

# Carlos Forcadell

## A propósito de la Historia

Carmen Frías  
Pedro Rújula  
Alberto Sabio  
(eds.)



La versión original y completa de esta obra debe consultarse en:  
<https://ifc.dpz.es/publicaciones/ebooks/id/3890>



Esta obra está sujeta a la licencia CC BY-NC-ND 4.0 Internacional de Creative Commons que determina lo siguiente:

- **BY (Reconocimiento):** Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.
- **NC (No comercial):** La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.
- **ND (Sin obras derivadas):** La autorización para explotar la obra no incluye la transformación para crear una obra derivada.

Para ver una copia de esta licencia, visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.



# Aragón hace balance del siglo XX

Conjunta inauguró ayer la muestra bajo, sociedad y cultura'

La retrospectiva, organizada por la UGT, repasa los últimos 100 años

"Es difícil construir el futuro sin conocer el pasado", dice Membrado

## Ramón de la Ge

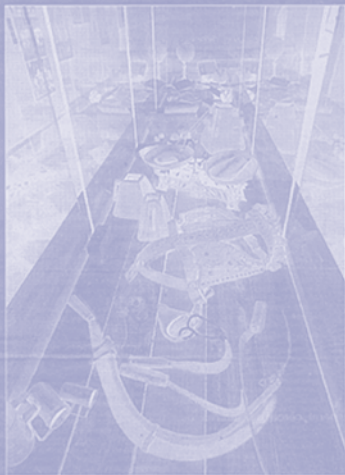
La Institución Fernando el Católico presentó ayer dos libros que rinden homenaje al más grande científico aragonés en el centenario de la concesión del Nobel de Medicina.

Santiago Ramón y Cajal, el gran científico español más célebre de la historia científica y, aún hoy, uno de los más reconocidos en los laboratorios de biología. Formó un modelo de organización celular que es, y por su origen y personalidad, bien en Aragón. La Institución Fernando el Católico en palabras de su director Carlos Forcadell. El libro conmemora el centenario de la concesión del Premio Nobel de Medicina a Ramón y Cajal. Lo celebra con la edición de dos libros y la concesión de una beca de investigación. Ramón y Cajal ha escrito la especial relación del científico con DIF, mediante una anécdota. En 1885, su implicación en la DIF encargó un estudio. Como pago se le hizo un regalo en un momento, que Cajal recordaría en sus memorias como su primer suceso.

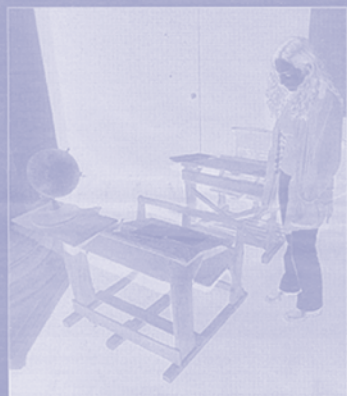
El primero de los libros presentado ayer, una gran obra colectiva, es el libro de la figura de Ramón y Cajal desde una perspectiva multidisciplinaria. Reflexiones filosóficas, sobre todo sobre el científico ante la opinión pública para situar a Cajal en el contexto social, intelectual y político de su época. El libro recoge conferencias que organizó José Carlos Rodríguez Cordero, que se celebraron en Zaragoza en el año 2006, conmemorando el centenario de Ramón y Cajal. 150 años atrás en Aragón. Incluye textos de profesores de la Universidad Zaragoza como Sánchez Jara, Carlos del Moral, Manuel Álvarez Allende e Ignacio Izquierdo. El segundo libro, La Revista Trimestral Aragonés y la Divina de la Historia, de Gabriel Urbiola, analiza la influencia de la obra de Cajal en la ciencia y en las investigaciones médicas de gran utilidad del siglo XX. El libro parte de la historia de la revista que dirigió el nobel, firma de otros trabajos y resalta la vigencia del pensamiento de Cajal.



Inauguración. Iglesias, Forcadell y Membrado observan una embotelladora de cerveza.



Agricultura. La muestra incluye varios aperos de labranza.



Educación. Una chica observa un pupitre antiguo.



Fotos. La exposición muestra fotografías antiguas.

que, que conviven con objetos cotidianos, como arados, pupitres...

El primer está dedicado a la Agricultura, agua y campesinado, donde se muestran las...

## Los 'Usos públicos de la historia' abren un debate en la Universidad

Voces críticas hablan de «ofensiva neoconservadora»

M. NAVARRORENA ZARAGOZA

Este congreso pretende contribuir a organizar las cuestiones y problemas que relacionan un saber académico con las diversas estrategias e intereses del uso público del conocimiento histórico. Este sería el objetivo que ha marcado y con éxito, el VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, celebrado por primera vez en Zaragoza, en la Facultad de Filosofía de Letras, desde el jueves y que hoy se clausura.

Un encuentro sobre Usos públicos de la historia que ha servido para el debate, a veces acalorado, de diferentes posturas acerca de un tema o aspecto común, lo que demuestra la actualidad de la reflexión, y sobre todo, la importancia de la temática en la sociedad de hoy. Un interés que se ha visto reflejado en la multitudinaria participación: unas 200 personas entre ponentes, estudiantes y profesores de universidades españolas.

### ○ ASUMIR EL PASADO

Por ejemplo, Walter Bernerke, de la Universidad de Erlangen-Nuremberg, expuso los problemas que han caracterizado la asunción de la historia por parte de los alemanes. Un argumento que podría servir de modelo a España, que también debe asumir un pasado muy difícil y conciliarlo con los nacionalismos.

José Álvarez Junco, de la Universidad Complutense, disertó, a través del coordinador del congreso, el catedrático Carlos Forcadell, sobre las identidades colectivas. «Siempre se...



El congreso ha reunido a alrededor de 200 participantes.

a través de la identidad nacional. Pero esto ya no tiene sentido hoy en día, porque existen muchas identidades», especificó Forcadell.

Giovanni Levi, de la Universidad de Venecia, trató para que sirva la historia hoy, haciendo hincapié en las razones de por qué el uso político de la historia. La conferencia de Carolyn Boyd, de la Universidad de California, giró en torno a la construcción de la nación y través de la enseñanza...

de la historia, se alzaron voces críticas a la nueva Ley de Calidad de la Enseñanza. «Existe actualmente una ofensiva neoconservadora que mantiene la cuestión de que la historia está al servicio de una idea nacional patriótica. Esta línea aparece en las actuales directrices del Ministerio de Educación y su imposición de un único programa de enseñanza de la historia», afirmó ayer Ramón López Etxari, de la Universidad de San Sebastián de Guipúzcoa.

ANIS DE CASERO

### ARAGONISMO DEBATE LOS USOS PÚBLICOS DE LA HISTORIA

Zaragoza o el VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea dio comienzo ayer en la Facultad de Filosofía y Letras a tratar los 'Usos públicos de la historia', 200 participantes tomaron parte en las conferencias. Walter Bernerke y José Álvarez Junco que siguieron al acto de apertura, que contó con la presencia de la profesora de Educación, Eva...

### Sube

Los usos públicos de la historia han centrado los debates del VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, que ha reunido en Zaragoza a unos doscientos especialistas. Carlos Forcadell ha coordinado este congreso.



### Baja



# **Carlos Forcadell**

**A propósito de la Historia**

# **Carlos Forcadell**

## **A propósito de la Historia**

**Carmen Frías**  
**Pedro Rújula**  
**Alberto Sabio**  
(eds.)



Primera edición, 2020

Publicación número 3808 de la  
Institución Fernando el Católico,  
organismo autónomo de la Excm. Diputación de Zaragoza,  
plaza de España, 2, 50071 Zaragoza (España)  
tels. [34] 976 288 878 / 976 288 879  
ifc@dpz.es  
<https://ifc.dpz.es>



Coordinación editorial  
Álvaro Capalvo

Diseño gráfico, arte final y coordinación técnica  
Víctor Lahuerta

Impresión  
Litocian, SL

Encuadernación  
Raga, SA

ISBN 978-84-9911-635-8

D.L. Z 1600-2020

© de los textos y fotografías, sus autores, 2020  
© del diseño gráfico, Víctor Lahuerta. Zaragoza, 2020  
© de la presente edición, Institución Fernando el Católico. Zaragoza, 2020

Impreso en España – Unión Europea  
Printed in Spain – European Union

*A Pilar Aznar Plana, compañera de Carlos,  
que participó activamente y se ilusionó con este proyecto  
pero no ha podido tener la publicación en sus manos*



# Contenido

## 13 **Presentación**

PARTE I

## 15 **A PROPÓSITO DEL HISTORIADOR**

### 17 **Tejiendo redes de historia**

Carmen Frías Corredor, Pedro Rújula López y Alberto Sabio Alcutén

### 41 **Memoria compartida**

Eloy Fernández Clemente

### 67 **La historia: razones y pasiones. Diálogo con Carlos Forcadell**

Eloy Fernández Clemente y Juan Sisinio Pérez Garzón

### 93 **Carlos Forcadell, una cronología académica y científica**

PARTE II

## 103 **A PROPÓSITO DE LA HISTORIA**

### 105 **1. El compromiso social del historiador**

#### 107 **El compromiso social del historiador**

Pedro Ruiz Torres

#### 121 **Sobre el compromiso del historiador, con Marc Bloch al fondo**

Ramón Villares

#### 133 **Unas palabras para Carlos Forcadell**

José-Carlos Mainer

### 143 **2. ¿La disolución de lo social en la Historia?**

#### 145 **¿Disolución o dilatación? «Lo social» en la Historia**

Ismael Saz

#### 155 **El desvanecimiento de las «leyes» de la Historia.**

##### **Críticas posmodernas al concepto, sentido y funcionalidad de la Historia**

Teresa María Ortega López

#### 169 **¿La disolución de lo social en la Historia?**

Juan Pan-Montojo

#### 177 **Una propuesta de lo social y un ejemplo neocatólico**

María Cruz Romeo Mateo

#### 187 **La disolución de lo social en la Historia**

Luis Castells Arteché

- 199 **3. La huella de la docencia y de los saberes transmitidos**
- 201 **Afectos y conceptos sobre la huella de Carlos Forcadell**  
Gema Martínez de Espronceda
- 205 **Manual y arte del *laissez faire* en Carlos Forcadell**  
Gloria Sanz Lafuente
- 213 ***Je me souviens* de Carlos Forcadell**  
Mercedes Yusta
- 223 **Cartografía de un maestro**  
Francisco Javier Ramón Solans
- 231 **El Dúo Dinámico de la historia zaragozana**  
Paco Goyanes
- 237 **Con el amigo**  
Virginia Maza
- 243 **4. De la ideología a la cultura**
- 245 **De la ideología a la cultura. Los paseos de Carlos Forcadell Rilke**  
María Sierra
- 255 **Ideología, cultura y biografía: en torno a Emilia Pardo Bazán**  
Isabel Burdiel
- 265 **Sobre la primacía de lo cultural en los estudios sobre los nacionalismos**  
Mariano Esteban de Vega
- 275 **Libre e independiente: historia de un sintagma**  
José María Portillo
- 287 **5. ¿Dónde ha quedado la ambición explicativa de la Historia?  
De los grandes relatos a la fragmentación postmoderna**
- 289 **¿Explicación en historiografía?**  
Elena Hernández-Sandoica
- 301 **Que el futuro no nos tome por sorpresa: viejas y nuevas ambiciones de la Historia**  
Juan Pro
- 311 ***Fake history*... El relato histórico en tiempos de la postverdad**  
Manuel González de Molina
- 321 **Función explicativa de la Historia, historias locales  
y el metarrelato identitario del conflicto vasco**  
Manuel Montero
- PARTE III
- 331 **EN LA ESTELA**
- 333 **Docencia, Investigación y Compromiso**  
Eliseo Serrano Martín
- 337 **¿Qué fue del materialismo histórico?**  
Gregorio Colás Latorre

- 343 Pla y Vicens. Dos ampurdaneses en l' hora de les decisions**  
Esteban Sarasa Sánchez
- 349 Mauthausen: pasado, presente y memoria, un juego de contrastes**  
Anna García Rovira
- 357 Del azar a la voluntad**  
Carmelo Romero Salvador
- 363 Carlos Forcadell, historiador imprescindible**  
Ángel García-Sanz Marcotegui
- 369 Al volver la vista atrás, al encuentro de Carlos Forcadell**  
Luis Germán Zubero
- 377 Labor de Departamento**  
Enrique Solano Camón
- 383 Aquellos años de renovación**  
Julián Casanova
- 391 Maestro de la historiografía democrática**  
Miguel À. Marín Gelabert e Ignacio Peiró
- 403 Seguro azar. El viaje de Carlos Forcadell en el contemporaneísmo español**  
Miguel Ángel Ruiz Carnicer
- 413 El magisterio de Carlos Forcadell y el oficio de historiador**  
Javier Muñoz Soro
- 417 Recuerdos de la docencia de Carlos Forcadell a finales de los ochenta**  
Ángela Cenaarro
- 423 El republicanismo histórico en Aragón: breve semblanza historiográfica**  
Pilar Salomón Chéliz
- 429 Cualquier tiempo pasado fue diferente**  
José Luis Ledesma
- 435 Carlos en el aula**  
Javier Rodrigo
- 439 Un capitán Swing de la enseñanza**  
Nicolás Sesma Landrín
- 445 La audacia discreta. A propósito de Carlos**  
Gustavo Alares López
- 451 CONCLUSIÓN**
- 453 Palabras de Carlos Forcadell**
- 461 Carlos Forcadell, bibliografía**



# Presentación

**D**esde hace 50 años Carlos Forcadell ha estado en el centro de todo lo interesante que ha sucedido en la Historia Contemporánea española. En la década de los setenta participó en los encuentros de Pau, donde anualmente se reunían en torno a Manuel Tuñón de Lara los historiadores que estaban llamados a renovar la práctica histórica y la docencia universitaria en las década siguientes. Y también estuvo implicado en el proyecto de *Andalán*, donde la historia venía al encuentro del presente para ofrecer referencias intelectuales y políticas ocultas que mostraban caminos por los que orientar Aragón hacia la democracia. Una década más tarde consolidó, entre el País Vasco y Zaragoza, su posición en la universidad, desarrollando una renovadora actividad docente y una amplia dirección de tesis y proyectos de investigación, creando un sólido grupo de historiadores en la Universidad de Zaragoza, siempre bien flanqueado por la figura tutelar de Juan José Carreras. Los noventa, que comenzaron con su recién estrenada condición de catedrático, le llevarán a formar parte del núcleo fundador de la Asociación de Historia Contemporánea, de la que siempre sería un miembro activo hasta que, en 2006, pasaría a ser su presidente y a dirigir la revista *Ayer*. Desarrollaría esta actividad en paralelo a la dirección de la Institución Fernando el Católico, al frente de la cual ha llevado a cabo una gran labor de gestión cultural incidiendo en la dimensión científica de esta mediante conexiones nacionales e internacionales e impulsando una política editorial que es buen reflejo de esta intensa actividad. Entre tanto, Carlos Forcadell, ha sido organizador de congresos nacionales e internacionales, ha escrito libros de referencia sobre el movimiento obrero o la sociedad española del siglo XIX, ha dirigido numerosas obras colectivas, prologado incontables publicaciones y publicado artículos sobre temas que van desde la historia económica a la historia cultural, pasando por la historiografía, la sociología electoral, la historia parlamentaria o el urbanismo, ha dictado conferencias y participado activamente en la vida universitaria, tanto en las instituciones académicas como en responsabilidades docentes.

En 2018, se dieron las circunstancias para detenernos un momento, celebrar lo andado, reflexionar sobre la situación actual de la disciplina y pensar la dirección a seguir. Sin duda era una buena excusa para reunir a todos esos amigos, colaboradores y colegas que han ido agrupándose en torno a Carlos Forcadell a lo largo de su larga y fértil trayectoria. El resultado de ese encuentro, que ahora tienes en las manos, es un combinado de reflexión intelectual, testimonio historiográfico y gestos de consideración y amistad que tienen como origen el congreso *A propósito de la Historia. Encuentro en torno al profesor Carlos Forcadell*, celebrado en Zaragoza los días 8 y 9 de noviembre de 2018 organizado por la Universidad de Zaragoza, la Diputación General de Aragón y por la Institución Fernando el Católico, con la colaboración del Instituto de Estudios Altoaragoneses y el Instituto de Estudios Turoleses. Confiamos en que estas páginas contengan, por lo menos, una buena parte del espíritu que cristalizó en ese encuentro.

Zaragoza, 4 de noviembre de 2020.

**Carmen Frías, Pedro Rújula, Alberto Sabio**

PARTE I

# A PROPÓSITO DEL HISTORIADOR



## Tejiendo redes de historia\*

**Carmen Frías Corredor**

**Pedro Rújula López**

**Alberto Sabio Alcutén**

Universidad de Zaragoza

\* Una versión anterior de este texto fue publicada con el mismo título en la revista *Huarte de San Juan. Geografía e Historia*, 23 (2016), pp. 27-47.



**E**l 26 de marzo de 2016 Carlos Forcadell cumplió 70 años. Cuatro meses después, a fines de junio, impartía su última clase como catedrático en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza, en un aula en la que, para su sorpresa, los pupitres no estaban ocupados solo por sus alumnos, sino por colegas y becarios del Departamento de Historia Moderna y Contemporánea que quisimos con aquel pequeño gesto, solo aparentemente pequeño, resumir y mostrar reconocimiento a una larga y fecunda trayectoria académica e investigadora, a través y a lo largo de la cual la convivencia y el encuentro diario acabarían por generar a la par no pocos, y sobre todo, sólidos afectos y amistades. Para quienes firman estas líneas fue también, confesamos, un particular viaje a nuestros recuerdos y memoria; a los de aquel tiempo de la década de los ochenta en el que, tan jóvenes entonces como los rostros entre los que nos mezclamos, la huella de su magisterio fue tan profunda que primero nos acabó decantando definitivamente por la Historia Contemporánea, y segundo y posteriormente condujo a buscar su apoyo para la realización de nuestras tesis doctorales, que dirigió. Su jubilación y su paso a la condición de profesor emérito nos brinda ahora la oportunidad de repasar, de forma un tanto caprichosa y bastante aleatoria, tanto su vida profesional como la significación de su dilatada trayectoria como historiador y como docente.

Defender la coherencia de una trayectoria académica suele acompañarse del dibujo de un recorrido lineal supuestamente ascendente, hasta llegar a los logros finales conseguidos, como si todos los actos previos tuviesen una racionalidad retrospectiva y un sentido en función del colofón y del punto de llegada. Tenemos dudas de que ese enfoque sea la mejor opción porque, como historiadores, no sabemos si aplicaríamos este tipo de análisis para estudiar a un individuo del pasado. Pero es que, además, las aportaciones de Carlos Forcadell ensayan variadas fórmulas y utilizan distintas perspectivas, unas veces centrándose en lo económico, las más en lo social, lo cultural o lo político; hacen gala de una diversidad sobrevenida y de un saber enciclopédico, no tanto de un recorrido lineal concienzudamente predeterminado desde el principio.

Siempre ha entendido Forcadell la labor profesional como la suma de esfuerzos individuales y de redes de relaciones que la refuerzan, de ahí que buena parte de su investigación la haya emprendido y desarrollado en el marco de asociaciones de historiadores (Sociedad Española de Historia Agraria, Asociación de Historia Contemporánea, Historia Social, etc.) que han nutri-



Tras la última clase del profesor Forcadell, de izda. a dcha., con Alejandro Martín, Miguel Ángel Ruiz, Daniel Aquilué, Carmelo Romero, Carmen Frías, Alberto Sabio, Pedro Rújula, Ignacio Peiró. Facultad de Filosofía y Letras, mayo de 2016.

do su identidad como «autor» y su devenir profesional. Ya Lucien Febvre confesaba, en uno de sus *Combates por la Historia*, que «cuando el oficio que se ha elegido es un oficio intelectual resulta abominable dividir la vida en dos partes, una dedicada al oficio que se desempeña sin amar y la otra reservada a la satisfacción de necesidades profundas».

### **Del aula a la cátedra**

Nacido en Zaragoza en 1946, aunque procedente su familia de tierras turolenses, Carlos Forcadell se licenció en Historia por la Universidad de Zaragoza en 1969, obteniendo el Premio Extraordinario de Licenciatura correspondiente a la Sección de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Tras su licenciatura, entre 1969 y 1971, fue profesor ayudante de clases prácticas en el Departamento de Historia Contemporánea, y de enseñanza media hasta 1972, año en el que obtuvo una beca del gobierno alemán que le brindaría la oportunidad de completar sus estudios y formación en la Universidad de Heidelberg durante dos cursos académicos, a lo largo de los cuales asistió a las clases del Historisches Seminar, investigó en el Institut für Sozial und Wirtschaftsgeschichte e impartió docencia de Lengua y Cultura españolas como profesor asistente en el Dolmetscher Institut.

A su vuelta a España en 1974, impartió docencia en el Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad de País Vasco durante un año, tras el cual se incorporó a la recién creada Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad de Zaragoza, ejerciendo como profesor titular interino de Historia Económica. Tres años después, en 1977, defendió su tesis doctoral sobre «El movimiento obrero español durante la Gran Guerra», por la que obtuvo Premio Extraordinario de Doctorado. En 1981 accedió por oposición a una plaza de profesor titular de Historia Contemporánea en la Universidad del País Vasco, desde la que, por concur-



En la orla académica, 1968.

so de traslado, regresó al año siguiente al Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza, al que ya se había incorporado Juan José Carreras, director del mismo desde 1981, y en el que ha venido desempeñando la profesión desde entonces.

La trayectoria de Carlos Forcadell, como se desprende de las anteriores líneas, arranca de los convulsos años del tardofranquismo y del particular y concreto contexto de agitación antifranquista y fuerte ideologización vivido por el país en aquellos años. Mientras se encontraba en su segundo curso de Licenciatura, las aulas y la vida universitaria asistían a la disolución del SEU, la cual corría paralela al crecimiento del activismo estudiantil, las detenciones de intelectuales de izquierda, y las expulsiones tanto de profesores no numerarios como de catedráticos entre las que se contaron, entre otras, las de José Luis López Aranguren, Enrique Tierno Galván, Agustín García Calvo, Santiago Montero Díaz, Mariano Aguilar Navarro... que no sirvieron para impedir, a inicios de la primavera de 1966, el encierro de la Capuchinada en Barcelona y la redacción del «Manifiesto por una Universidad democrática», si bien se saldaron con más expulsiones (Jordi Solé Tura, Josep Termes, Josep Fontana, Miquel Izard, Isidre Molas, Joaquim Nadal...). A fines de enero de 1969, el curso académico en el que Carlos Forcadell finalizaba su Licenciatura, el país asistía a la declaración del estado de excepción y a la consiguiente política represiva preventiva con la ocupación policial de las facultades, sin conseguir sepultar entre las jóvenes promociones de historiadores la crítica y rechazo a la pobreza y sordidez del mundo académico vigente, al inmovilismo de catedráticos de «línea azul» y al servilismo de un nutrido número de adjuntos y agregados<sup>1</sup>. Las transformaciones sociales y la bonanza econó-

---

<sup>1</sup> Ignacio PEIRÓ MARTÍN: *Historiadores en España. Historia de la Historia y memoria de la profesión*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2013, pp. 76 y ss.

ASUNTO

C O N F E R E N C I A

ORGANIZADA: Por el Colegio Mayor Universitario "SAN JOSE DE PIGNATELLI", delos PP. Jesuitas y por la revista "ANDALAN".-

PRESIDENCIA: No hubo.-

ORADORES: CARLOS FORCADELL ALVAREZ, nacido el 26-3-1946 en Zaragoza, hijo de Teodoro y Pilar, Licenciado en Filosofía y Letras, con domicilio en Princess, 18-5º. Profesor Ayudante de Historia Contemporánea de la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza. Colaborador de "ANDALAN". Carece de antecedentes político-sociales.-

TEMA: "APROXIMACION A LA HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO EN ARAGÓN".-

LOCAL: Salón de actos del Colegio organizador.-

CONCURRENCIA: Unas TRESCIENTAS OCHENTA PERSONAS, casi en su totalidad estudiantes universitarios, de ambos sexos.

FECHA: Ocho de marzo de 1973; comenzó a las 20,10 y terminó a las 21,45 horas, sin novedad.-

Informe policial sobre la conferencia pronunciada en el Colegio Pignatelli, 1973.

mica de los sesenta obligaron a cambios en la institución por una doble vía, directa e íntimamente relacionada: el aumento de matrículas y el obligado crecimiento de puestos docentes que, de momento y no obstante, no significaría ni se traduciría en una modificación sustantiva de la composición de los departamentos, circunstancia que tardaría todavía en llegar. El paso de Carlos Forcadell por el Departamento de Historia Contemporánea durante los dos años que transcurrieron tras finalizar su Licenciatura en 1969 apunta a las sombras de aquellos tiempos difíciles y convulsos, que se cerraron con su expulsión de la Universidad en 1971. La beca del gobierno alemán en 1972 le llevaría a Heidelberg, la misma universidad en la que Juan José Carreras había completado su formación desde 1954 y a lo largo de once años.

Al tiempo, en esa nueva década que se iniciaba, al otro lado de los Pirineos, en la vecina Francia, se sumaría a los Coloquios de Pau que, con la iniciativa de Manuel Tuñón de Lara, resumían el empeño por elaborar una historia contemporánea de España sobre una base crítica y científica, resultando el mejor reflejo de la renovación historiográfica durante el tardofranquismo y la Transición. Mientras tanto, el mundo universitario español se hallaba en plena

ebullición: estudiantes y profesores que no eran más que meros auxiliares subordinados a catedráticos con fama de retrógrados ponían en cuestión las bases sobre las que se asentaba el poder de estos últimos<sup>2</sup>.

Fue en ese contexto en el que Carlos Forcadell se comprometió con la puesta en marcha, junto a un reducido grupo de penenes y agregados, de un proyecto, esta vez periodístico, que representó entonces «la más interesante empresa realizada en Aragón por promover una visión polémica del pasado»<sup>3</sup>, y contribuyó a minar los cimientos sobre los que asentaba el poder de los catedráticos de Historia en la Facultad de Letras de Zaragoza: *Andalán*. Como señala Ignacio Peiró, no fue casualidad que en *Andalán* convergiera un grupo reducido de historiadores «unidos por el interés de esbozar un auténtico programa de investigación para el estudio del pasado regional, la interpretación general de la historia y el desarrollo de conocimiento histórico»<sup>4</sup>. La consciencia de la necesidad de dar publicidad a las investigaciones realizadas por historiadores españoles y europeos que estaban renovando la historiografía fue una de las señas de identidad de *Andalán*. Precisamente y en este sentido, la primera referencia a Manuel Tuñón de Lara vendría recogida de la pluma de Alejandro Checa, seudónimo de Carlos Forcadell<sup>5</sup>, quien se convertiría en el más activo divulgador de una historia social focalizada en el movimiento obrero e ignorada por la historiografía oficial, así como de los encuentros habidos en la capital bearnesa de Pau. En aquel ecuador de los setenta, años de la recepción en España del materialismo histórico y de la historiografía marxista, su contribución, como la de Juan José Carreras Ares, a la difusión de obras y teóricos del marxismo desde las páginas de *Andalán*, resultó ciertamente muy destacada.



Tarjetón conmemorativo del 25 aniversario del nacimiento de *Andalán*, 1997.

- 2 Jesús LONGARES: *Carlos Corona Baratech en la Universidad y en la Historiografía de su tiempo*, Zaragoza, Facultad de Filosofía y Letras y Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Zaragoza, 1987, pp. xv-xvii.
- 3 Ignacio PEIRÓ MARTÍN: «La historia de un periódico o los combates por el estudio del pasado en Aragón», en Carlos FORCADELL (coord.): *Andalán 1972-1987. Los espejos de la memoria*, Zaragoza, Ibercaja, 1997, p. 179.
- 4 *Ibid.*, p. 181.
- 5 A. CHECA: «La búsqueda de la utopía. Noticias del Anarquismo bajoaragonés», *Andalán*, 6 (1 de diciembre de 1972), p. 16.

En estrecha relación con el pasado siempre está el presente desde el que la historia se mira y se hace. Marc Bloch ilustraba con acierto esta idea distinguiendo al anticuario, apegado a los objetos del pasado, del verdadero historiador, quien para serlo debía estar inmerso en su presente. A este respecto, resultaron muy numerosas las colaboraciones de Forcadell en prensa y sus opiniones comprometidas cuando corrían tiempos dictatoriales. Una vez superados los anacronismos más retóricos de postguerra, latía la estulticia ideológica de los representantes del último franquismo y los intentos de socializar la dictadura durante sus últimos años a través del control de unos medios de comunicación que imponían una visión maniquea del pasado. En concreto, *Andalán* salía del silencio y de la inacción ante la conculcación de derechos y libertades. El nuevo quincenal aragonés, nacido en 1972, se dio cuenta de que por represión podía entenderse también la falta de información real. En este sentido, varios artículos de Carlos Forcadell padecieron la censura: así, los números 44 y 45 de *Andalán*, correspondientes a julio de 1974, fueron secuestrados por ser declarados «propaganda ilegal». La querrela del Ministerio Fiscal fue motivada por los siguientes artículos: *Emoción, tristeza y rabia*, firmado por Forcadell; *La batalla de Teruel*, de Eloy Fernández Clemente; y *Nótulas políticas*, suscrito por Poleñino, uno de

**VIDA UNIVERSITARIA**

Lectura de tesis doctoral  
en la Facultad de Filosofía  
y Letras



En el día de ayer, 27 de junio, tuvo lugar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza la lectura de la tesis doctoral presentada por Carlos Forcadell Alvarez sobre el tema: «El movimiento obrero español ante la primera guerra mundial, 1914-1918». Presidió el tribunal el magistrado de derecho político de la Universidad de Zaragoza doctor Manuel Ramírez. Formaban parte del mismo el doctor Mariano Quintana, catedrático de historia económica de la Universidad Autónoma de Barcelona; José Turres Angotxeo, profesor agregado de la misma materia en la Universidad Central de Barcelona; J. A. Ferrer Benimeli, profesor adjunto del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Zaragoza, y el doctor Juan José Carreras Ares, catedrático de historia contemporánea de la Universidad de Santiago de Compostela. Una larga sesión de docencia en la Universidad de Zaragoza y director de la tesis presentada.

La investigación del doctor Forcadell, actualmente profesor adjunto de historia académica en la Facultad de Ciencias Experimentales de nuestra ciudad, se centra en la descripción del movimiento obrero de crisis del socialismo, que abarca en 1918 al nacimiento del Partido Comunista. Es de resaltar que es la primera tesis doctoral presentada en la Universidad de Zaragoza sobre historia del movimiento obrero.

El tribunal estuvo presidido por unanimidad la MARCA (MAGISTRADO), convocando una sesión el nuevo doctor.

**EL DOCTOR FORCADELL ALVAREZ,  
PREMIO EXTRAORDINARIO DE DOCTORADO  
Y DEL GOBERNADOR CIVIL**

El doctor don Carlos Forcadell Alvarez ha obtenido el premio extraordinario de doctorado de la Sección de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras correspondiente al curso académico 1976-77 por su tesis sobre el movimiento obrero español ante la primera guerra mundial, 1914-1918, realizada bajo la dirección del profesor doctor don Juan José Carreras Ares, catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Autónoma de Barcelona. Asimismo ha merecido el premio gobernador civil a la mejor tesis doctoral de dicho curso académico en la Facultad de Letras.

El doctor Forcadell Alvarez realizó los estudios de Filosofía y Letras en nuestra Universidad, acabando su licenciatura con sobresaliente y premio extraordinario. Ocupó durante dos años una plaza de profesor en el Departamento de Historia Contemporánea y posteriormente marchó con una beca del Gobierno alemán a la Universidad de Heidelberg, en la que ejerció funciones docentes durante el curso 1974-75. Tras un curso contratado por el Instituto de Ciencias de Educación de la Universidad de Hildesheim pasó como

profesor adjunto instructor de Historia Económica y Empresarial de Zaragoza, plaza en la que permanece actualmente.

Es autor de numerosas publicaciones sobre historia del movimiento obrero y sobre historia contemporánea aragonesa.

Notas de prensa sobre la lectura de la tesis doctoral. *Heraldo de Aragón*, 1977 y 1978.



Con Juan José Carreras en su despacho, años ochenta.

los seudónimos de José Carlos Mainer. En el número 46 levantó susceptibilidades policiales otro artículo de Forcadell, esta vez titulado *Grecia también* y, en el 47, *Ricardo, corazón de ladrón*, «donde el autor ataca despiadadamente al expresidente Richard Nixon», según el informe policial de turno<sup>6</sup>. Años más tarde llegaron las «radiografías políticas» de Forcadell en *El Día de Aragón*, nuevo espacio donde expresar una perspectiva crítica sobre el poder y las instituciones.

Paralelamente y de puertas académicas para adentro, durante el primer lustro de los setenta se empezaban a dejar notar igualmente los efectos de la renovación historiográfica. A la publicación, entre otros, del estudio de Josep Fontana sobre la crisis del Antiguo Régimen y a la iniciativa dirigida por Miguel Artola de la *Historia de España* de la editorial Alfaguara, se sumaba en 1972 la contribución del propio Manuel Tuñón de Lara sobre el movimiento obrero, con un texto en dos volúmenes al que cabe atribuir carácter fundacional de la historia de la clase trabajadora española. Retomando la tradición de historia obrera y socialista de Núñez de Arenas, Ramos Oliveira o Bruguera, era una dirección que apuntaba al papel de la clase obrera organizada como agente histórico en la conquista de derechos políticos y sociales. En esa línea, en esa estela, con la formación añadida de su estancia en Heidelberg, y en aquel contexto en el que la renovación historiográfica iba consiguiendo dificultosamente abrirse camino, Carlos Forcadell defendió en 1977 su tesis sobre el movimiento obrero español en una etapa crítica y decisiva como fue la Gran Guerra, abordando el estudio de la estrategia del socialismo español y de sus escisiones en el marco europeo. Publicada con el título *Parlamentarismo y bolchevización*<sup>7</sup>, y prologada por Juan José Carreras Ares, se convertiría en referencia histo-

<sup>6</sup> Alberto SABIO ALCUTÉN: «La mirada del tardofranquismo. Un periodo nuevo en un Estado envejecido, 1972-1978», en Carlos FORCADELL (coord.): *Andalán, 1972-1987. Los espejos de la memoria*, Zaragoza, Ibercaja, 1997, pp. 49-71.

<sup>7</sup> Carlos FORCADELL ÁLVAREZ: *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español, 1914-1918*, Barcelona, Crítica, 1978.

riográfica y lectura obligada para los contemporaneístas en un contexto en el que la «historia social» contemporánea tuvo como eje central el «movimiento obrero», y en el que formó parte de un grupo de jóvenes historiadores que, atentos y sensibles a los déficits de la misma –con el sustrato común, también, de su disconformidad y oposición al régimen franquista–, abordaron diferentes temáticas, desde el reformismo socialista, el trotskismo del POUM, el radicalismo caballerista o el anarquismo.

A la par, en ese mismo y convulso marco de confluencia que fueron los años de la Transición desde una perspectiva política y los de una historiografía que comenzaba a manifestar importantes signos de cambio y vitalidad, las últimas décadas del siglo XVIII y las centrales del siglo XIX se convirtieron en objeto preferente de estudio. No fueron ajenos a ello ni los modelos historiográficos extranjeros que marcaron impronta –desde el marxismo británico a las contribuciones de los estudios sobre la Revolución de la mano de Ernest Labrousse o Albert Soboul–, ni el propio momento histórico que vivía España, invitando al estudio de un pasado histórico en torno a los procesos de transición desde su doble perspectiva socioeconómica y política. La disolución del Antiguo Régimen y las transformaciones económicas y sociales que acompañaron al establecimiento del régimen liberal se situaron en el epicentro de la atención historiográfica. Ya integrado en el Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Zaragoza, al que se había incorporado en 1980 Juan José Carreras, Carlos Forcadell contribuyó notablemente a los avances de la temática, así como a la revitalización de la historia contemporánea regional aragonesa. Fue el momento en que vio la luz *Tres estudios de historia económica de Aragón* que, firmado por Jaume Torras, Carlos Forcadell y Eloy Fernández Clemente<sup>8</sup>, vendría a constituir, en y desde la Universidad de Zaragoza, el punto de partida de los estudios sobre la disolución del Antiguo Régimen, el desarrollo de las relaciones de producción capitalistas y el establecimiento del régimen liberal. Fueron años en los que Carlos Forcadell dio muestras de una intensísima actividad productiva centrada sobre todo en el siglo XIX aragonés, entre la que destacaron sus numerosas contribuciones en torno a la cuestión agraria y la propiedad de la tierra, la evolución de la agricultura o la conformación de la burguesía urbana y agraria.

Su producción formó parte, y fue también reflejo, de una historiografía española que había experimentado un intenso proceso de regionalización en el que los espacios regionales, comarcas o locales se habían configurado como el objeto histórico por excelencia. Si bien el volumen y la impronta que dejó la misma resultan de todo punto indiscutibles, dicha producción estuvo siempre acompañada –esencialmente guiada y nutrida– de un necesario replanteamiento y reflexión crítica y teórica acerca de los caminos transitados por la historiografía contemporánea española, que siempre observó y abordó desde el conocimiento y atento seguimiento de la evolución de otras historiografías europeas y, por tanto, desde la obligada perspectiva en relación a las mismas.

En este sentido, contribuyó a los debates en relación a la necesaria renovación temática y metodológica de una historia del movimiento obrero hasta entonces focalizada o encorsetada en sus organizaciones, congresos o grupos dirigentes. Debates suscitados a raíz de la publicación del conocido artículo firmado por José Álvarez Junco y Manuel Pérez Ledesma<sup>9</sup>, y a los que siguieron otros en torno a los logros y límites de la historia social, resumidos metafórica-

---

8 Jaume TORRAS / Carlos FORCADELL / Eloy FERNÁNDEZ CLEMENTE: *Tres estudios de Historia económica de Aragón*, Zaragoza, Departamento de Historia Económica de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, 1982.

9 José ÁLVAREZ JUNCO / Manuel PÉREZ LEDESMA: «Historia del movimiento obrero. ¿Una segunda ruptura?», *Revista de Occidente*, 12 (1982), pp. 19-41.





Programa del homenaje a Manuel Tuñón de Lara. UIMP, Santander, 1981.



Coloquio organizado por la revista valenciana *Debats* sobre historia de los movimientos sociales, 1982.

mente como «desiertos» y «secanos»<sup>10</sup>. E igualmente reflexionaría Forcadell sobre la aludida regionalización historiográfica, con referencias en perspectiva comparada a Francia (*Histoire régionale*) y Alemania (*Landesgeschichte*)<sup>11</sup>. Como lo haría tiempo después, atento siempre a la evolución de los estudios históricos, acerca de la fragmentación del objeto histórico, de la ausencia de visiones globales de la sociedad y del cambio social y político, y de la tensión entre la compartimentación y la síntesis, defendiendo la necesidad de no instalarse en un escéptico apartamiento de la comprensión global de los problemas y abogando por eludir los peligros derivados de los extremos, tanto del optimismo ante una situación más saludable, en cantidad y calidad, de lo producido, como del pesimismo, más o menos absoluto, en relación a que otros hicieran las cosas antes, y consecuentemente, mejor<sup>12</sup>.

<sup>10</sup> Carlos FORCADELL: «Sobre desiertos y secanos. Los movimientos sociales en la historiografía española», *Historia Contemporánea*, 7 (1992), pp. 101-116.

<sup>11</sup> Carlos FORCADELL: «Historiografía regional y local en los siglos XIX y XX. Algunas reflexiones generales», en *Segundo Coloquio sobre Historia de la Rioja: Logroño, 2-4 de octubre de 1985*, Logroño, Colegio Universitario de la Rioja, vol. 2, 1986, pp. 251-260.

<sup>12</sup> Carlos FORCADELL: «La fragmentación espacial en la historiografía contemporánea: la historia regional/local y el temor a la síntesis», *Studia histórica. Historia contemporánea*, 13-14 (1995-1996), pp. 7-27.

En 1991, Carlos Forcadell dedicó su ejercicio de cátedra, titulado «Tierra y labradores en Aragón, 1850-1930», a profundizar en la historia agraria, lo que le exigió un seguimiento de la evolución de las superficies cultivadas desde comienzos del siglo XIX, la reconstrucción de las estructuras de propiedad y de las compraventas de tierras, la distribución del ganado y de los sistemas de transformación (bodegas, prensas, graneros, molinos), la atención a una pieza clave como el uso del monte público y del comunal, así como a sus procesos de privatización y roturación. Se trató de un exhaustivo estudio de la propiedad a partir de los amillaramientos y, con nuevas fuentes, de la dinámica de los patrimonios, del papel del Estado en la incorporación del cambio técnico agrario, sin olvidar la función del asociacionismo y del cooperativismo, todo ello enmarcado en unas concretas relaciones de poder que resultaba ineludible desentrañar<sup>13</sup>. En definitiva, se abordaba el análisis de una sociedad rural más compleja que la esquematización teórica presentada en no pocas ocasiones, lo cual abría posibilidades de relectura de la política desde la historia social.



Miguel Ángel Ruiz Carnicer, Ismael Saz, Pedro Rújula, Pedro Ruiz, Susana Tavera, Eliseo Moreno, Ignacio Peiró, José Luis Ledesma, Giovanni Levi. V Congreso de Historia Local de Aragón. Molinos (Teruel), 2005.

**13** Carlos FORCADELL: «La difusión de la pequeña propiedad campesina en Aragón durante el siglo XIX: estrategias campesinas hacia la propietarización», en *Antiguo Régimen y liberalismo: homenaje a Miguel Artola*, Madrid, Universidad Autónoma / Alianza, vol. 2, 1994, pp. 507-518; véase también, entre otros, Carlos FORCADELL: «Aragón en el siglo XIX: del dominio religioso y nobiliario a la parcelación y pequeña explotación campesina», en Pegerto SAAVEDRA / Ramón VILLARES (coords.): *Señores y campesinos en la Península Ibérica, siglos XVIII-XX*, Barcelona, Crítica / Consello da Cultura Galega, vol. 1, 1991, pp. 138-172 (con Ángela Atienza López); y Carlos FORCADELL: «La crisis finisecular en la agricultura interior: el caso de Aragón», en Ramón GARRABOU SEGURA (coord.): *La crisis agraria de finales del siglo XIX*, Barcelona, Crítica, 1988, pp. 69-93 (en colaboración con Luis GERMÁN ZUBERO).



Con el historiador italiano Giovanni Levi en el V Congreso de Historia Local de Aragón. Molinos (Teruel), 2005.

Forcadell logró contagiarnos a muchos su interés por la historiografía agraria, en buena medida porque esa inquietud conllevaba plantear una actitud problemática y reflexiva ante el conocimiento y un espíritu crítico ante las fuentes (y ante la realidad del momento). Era necesario redefinir con más precisión conceptos como «mercado» o «capitalismo», por lo menos en el contexto de la historia agraria; interesaba destacar que estábamos ante formas de producción no puramente capitalistas pero conservadas como tales en tanto que servían y ayudaban al desarrollo del capitalismo por medio de mecanismos básicos de extracción del trabajo campesino, que podrían sintetizarse en apropiación por renta, a través del mercado y vía impuestos.

La ampliación del campo de experiencia del historiador siempre le ha parecido importante a Forcadell: cuanto más extenso y abarcador sea, más recursos para comprender situaciones históricas distintas, aun a costa de navegar en los estrechos límites de áreas de conocimiento afines y fronterizas, áreas que él nunca ha entendido como simples compartimentos estancos. Ahora bien, al mismo tiempo ha apostado por un enfoque de la historia contemporánea como fenómeno procesual comprensible desde una escala local, pero huyendo de las visiones localistas en tanto que fin en sí mismas. Sus textos intentan escapar a cualquier tentación de historia-mito y a la sacralización de unos determinados valores presentistas o localistas que se pretenden inmutables en el espacio y en el tiempo, sin fecha de caducidad, imperecederos. Más bien estos libros<sup>14</sup> intentan participar, aunque a veces al propio interesado le cueste reconocerlo por modestia, del espíritu académico más auténtico: universalidad en los conocimientos sin perder la proximidad territorial y el apego a lo propio.

---

<sup>14</sup> Carlos FORCADELL / Alberto SABIO (eds.): *Las escalas del pasado*, Huesca, UNED / Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2005; o Carlos FORCADELL / Alberto SABIO (eds.): *Paisajes para después de una guerra. El Aragón devastado y la reconstrucción bajo el franquismo (1936-1957)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2008.



Reunión del Consejo del Departamento de Historia Moderna y Contemporánea: Eliseo Serrano, Juan José Carreras, Pilar Alejandre, Carmelo Romero e Ignacio Peiró. Facultad de Filosofía y Letras, 2004.

Más allá de los relatos de campanario, preocupados sobre todo por la anécdota y lo pintoresco, Forcadell ha estudiado localidades, territorios concretos o ciudades sin que la meta principal fuese analizar la localidad en sí misma sino, como señalase Clifford Geertz, estudiar problemas concretos, acciones, conflictos o experiencias *en* la localidad. Una historia local así concebida aspiraba a asemejarse a la forma de investigar que practicaban los microhistoriadores, los Lévi, Ginzburg o Banti, cuyas lecturas le resultan bien familiares a Forcadell, o a varios *Alltagsgeschichter* alemanes, también seguidos de cerca. Puede que hoy haya quedado la microhistoria en un segundo plano (no debiera ser así), dado que las urgencias del presente, con la globalización de por medio, han vuelto a escorar la nave académica hacia la historia global y transnacional, pero nosotros siempre hemos considerado que, como nos ha enseñado Forcadell, la perspectiva microanalítica ofrece resultados bien significativos y trabajos de enorme calidad, independientemente de la escala de los mismos.

La nación-Estado se ha vuelto, en términos historiográficos, demasiado pequeña para los grandes problemas y demasiado grande para las pequeñas cuestiones locales. Las ideas arquetípicas sobre la nación pueden tener una base falsa, artificial o directamente inventada, como mostraron Benedict Anderson o Eric Hobsbawm, es decir, pueden estar mal cimentadas en relatos históricos sin fundamento, aunque ello a menudo no les reste carácter «performativo» (o deformativo) en la opinión pública. A menudo la respuesta ha sido la fragmentación espacial y lo local, temática sobre la que Forcadell ha reflexionado con detalle<sup>15</sup>. Él ha apostado, en su dilatada trayectoria, por una historia con nombres y apellidos, con sujetos sociales, con rostros, con ojos que veían y bocas que hablaban, partiendo de la base de que el agente humano tiene un

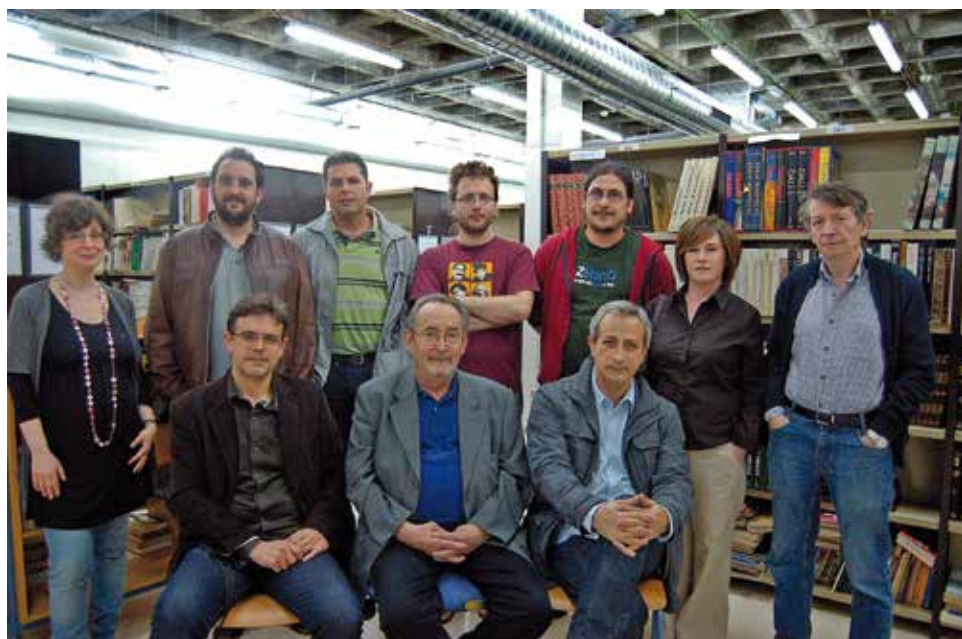
<sup>15</sup> Carlos FORCADELL: «La fragmentación espacial en la historiografía contemporánea...».

protagonismo clave frente a la dinámica anónima de las estructuras. A través de esta historia a pequeña escala salen a la luz una serie de valores, emociones y afectos que aparecen silenciados en otro tipo de discursos históricos, al tiempo que se valora la descripción y la narrativa, pero con una mirada informada por las fuentes documentales y las teorías historiográficas.

Del microscopio al telescopio, Carlos Forcadell ha puesto también la firma a varias investigaciones sobre historia de las relaciones internacionales, como el estudio del conflicto hispano-cubano-norteamericano (1895-1898), analizado a través de la correspondencia entre Cánovas del Castillo, Martínez Campos y el ministro de Ultramar, Tomás Castellano, entre 1895 y 1897, es decir, durante la mayor parte de la guerra hispano-cubana hasta que, tras el asesinato de Cánovas y la formación de un gabinete presidido por Sagasta, este renovase el gobierno<sup>16</sup>.

## Docencia y Academia

No menos significativa ha sido su trayectoria como docente. Carlos Forcadell se incorporó al entonces Departamento de Historia Contemporánea en 1982, a cuyo frente –tras la dilatada dirección de Carlos Corona Baratech a lo largo de 16 años (1965-1981)– se hallaba Juan José Carreras Ares. La universidad había visto crecer su número de alumnos cuando, en agos-



Con los miembros del grupo de investigación. De izda. a dcha., de pie: Mercedes Yusta, Gustavo Alares, Alberto Sabio, Javier Ramón Solans, Luis Gonzaga Martínez del Campo, Carmen Frías y Carmelo Romero; y sentados: Pedro Rújula e Ignacio Peiró, 2010.

<sup>16</sup> Carlos FORCADELL: «El lúcido pesimismo del gobernador general de la isla de Cuba: la correspondencia de Martínez Campos con el Ministerio de Ultramar (junio de 1895-enero de 1896)», *Revista Universidad de La Habana*, 250 (1999), pp. 86-115. Y Carlos FORCADELL: «El Gabinete Cánovas y la cuestión cubana: el archivo personal del ministro de Ultramar Tomás Castellano (1895-1897)», en Antonio MORALES MOYA (dir.): *Los 98 Ibéricos y el Mar*, 5 vols., Madrid, Sociedad Estatal Lisboa'98, 1998.

to de 1983, tras el triunfo del PSOE en las elecciones del año anterior, era aprobada la Ley de Reforma Universitaria con el objetivo de hacer realidad la modernización de las estructuras académicas y organizativas, los sistemas de representación, y los mecanismos de producción y difusión del conocimiento. Si bien el viejo y anacrónico modelo elitista y jerárquico de universidad estaba caduco a todas luces, la labor que quedaba por delante no era fácil, habida cuenta de la larga sombra, de la pesada losa de herencias y de las muchas «presencias» estructurales que dejaba tras de sí el franquismo en la institución universitaria.

En aquel contexto, la labor de Carlos Forcadell en la configuración del Departamento –que desde 1984 pasó a ser de Historia Moderna y Contemporánea–, y en la innovación y revitalización de la docencia resulta de obligado reconocimiento. En este último sentido, quienes fuimos sus discípulos y nos formamos en aquellos años en la Facultad de Filosofía y Letras podemos rendir cuenta de las profundas huellas que ha dejado su magisterio. En la generación de jóvenes estudiantes de Historia que fuimos, cuando todavía se sufría el caduco magisterio de catedráticos a la «vieja usanza» basado en la mera, simple, rancia y empobrecedora repetición/transcripción de sesiones magistrales, condición *sine qua non* para aprobar la asignatura, sus clases supusieron una verdadera inyección de «aire fresco» por su forma de enfocar una práctica docente universitaria basada en la constante invitación e incitación a la reflexión a la que, por otra parte, obligaban también unos extensos dosieres que, recogiendo los últimos y principales aportes historiográficos y una cuidada selección de documentos y textos, estaban fabricados y pensados para ser discutidos en el aula. No menos innovadora resultó la práctica –tan absolutamente inusual por aquel entonces como costosa debió resultar para él dado el nutrido número de alumnos–, de realizar exámenes orales en los que Carlos Forcadell no perdía la ocasión de dialogar con el alumno en torno a las cuestiones planteadas. Su compromiso con la docencia ha quedado igualmente resumido para sus alumnos en una fotografía compartida: la de un despacho que permanecía siempre con la puerta abierta y en el que trabajaba hasta



Presentación del libro *Contrarrevolución*, de Pedro Rújula, en 1998, con Miguel Ángel Ruiz, Ignacio Peiró, Julián Casanova, Josep Fontana, Antón Castro y Eloy Fernández Clemente.



Con la profesora Carmen Frías. Cité Universitaire de Paris, 2013.

las últimas horas de la tarde. No resulta extraño explicar y comprender cómo, gracias a su magisterio, no pocos de sus alumnos se hayan decantado definitivamente, como nosotros lo hicimos, por la Historia Contemporánea.

No menos destacable ha resultado su fecundidad en la dirección de equipos y proyectos de investigación: a lo largo de los últimos veinte años ha sido investigador principal de seis proyectos, que han sido, por su concepción y por los resultados cosechados, una buena muestra de la evolución de la historiografía, abordando temáticas desde la evolución de la propiedad de la tierra tras las reformas liberales en áreas de la España interior, a las redes de poder y control social, pasando por los usos públicos de la historia y las culturas políticas. A ello es obligado sumar la veintena de tesis doctorales dirigidas, entre ellas las nuestras propias, y un estilo de dirección con sus doctorandos que, alejado de tentaciones a sumisiones o servidumbres, también de paternalismos, siempre estuvo basado en una relación de respeto y apoyo a la independencia, y de confianza mutua.

La dirección de tesis doctorales, al depender del marco de promoción institucional de la investigación, suele estar influenciada por la coyuntura. Por eso es especialmente significativo que

en las tesis dirigidas por Carlos Forcadell puedan identificarse con facilidad unas líneas maestras cohesionadas en torno a un plan de investigación si no explícito, por lo menos reconocible.

Hasta 2018, entre tesis dirigidas y aquellas otras en las que ha actuado como ponente, Carlos Forcadell ha guiado y llevado a buen puerto 21 tesis doctorales. En el periodo 1989-2002, todas las investigaciones dirigidas defendidas como tesis podrían ser agrupadas en torno a dos ejes principales.

El primero de ellos se encuentra en la historia social y política, con especial énfasis en la forja del estado liberal. Aquí podemos señalar investigaciones como las de Carmen Frías, *Liberalismo y republicanismo en el Alto Aragón (1868-1898). De la revolución a la integración en el sistema caciquil de la Restauración*, (1991), Pedro Rújula, *Rebeldía campesina y guerra civil en Aragón* (1994), Montserrat Serrano, *La Restauración en Zaragoza 1875-1907* (1997) o José Luis Ollero, *Práxedes Mateo Sagasta y el estado liberal burgués: progreso, política y negocios* (2002)<sup>17</sup>.

El segundo de los ejes fue el cambio económico y social en el valle medio del Ebro durante la transición al Mundo Contemporáneo. En esta línea encontramos tesis como las de José Ignacio Iriarte, *Privatización, particularización y gestión de los montes públicos en Navarra (1855-1935)* (1995, ponente), Alberto Sabio Alcutén, *Relaciones de propiedad, mercados agrarios y poder local en la sociedad rural aragonesa, 1850-1930* (1995), Miqueas Lana, *Cambio agrario y relaciones de propiedad en el sur de Navarra, 1800-1936* (1997), o José Ramón Moreno, *La economía de montaña en La Rioja a mediados del siglo XVIII* (1999, ponente)<sup>18</sup>.

Después pudo apreciarse un deslizamiento cronológico hacia las primeras décadas del siglo XX con trabajos dedicados al asociacionismo agrario –Gloria Sanz Lafuente, *Organización y movilizaciones agrarias en Aragón 1880-1930* (1999)– y a la guerrilla antifranquista –Mercedes Yusta Rodrigo, *La resistencia armada contra el régimen de Franco en Aragón 1940-1952* (2000)–.

Entre la lectura de la última de estas tesis y la siguiente transcurrió una década completa sin nuevas investigaciones que culminaran ante un tribunal de doctores. Entre tanto se habían producido importantes cambios en el Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Zaragoza, el más notable de ellos fue la desaparición en 2006 del profesor Juan José Carreras, cuya influencia sobre amplios ámbitos del departamento era manifiesta. La ausencia de quien era reconocido como uno de los principales especialistas en historia de la historiografía española sirve para explicar que su discípulo directo asuma la responsabilidad de continuar la promoción de estos estudios en el seno del departamento. En esta última etapa cristalizaron tesis cuyos enfoques combinan la historia cultural con los contenidos historiográficos. Es el caso de las investigaciones de Mauro Vega Bendezú, *Discursos y representaciones de la alteridad social en la construcción del Estado nacional. Colombia, 1880-1930* (2012), Luis Gonzaga Martínez del Campo, *Business Spanish. La enseñanza del espa-*

---

**17** Dentro de este ámbito de investigación podrían situarse también las tesis de Manuel ARDID LORÉS: *La reacción conservadora en la provincia de Zaragoza durante la II República* (1990); José Vicente IRIARTE ARESO: *Movimiento obrero en Navarra durante el franquismo (1950-1977)* (1990); Francisco ZARAGOZA AYERZA: *La burguesía zaragozana durante la época isabelina* (1992); y José ESTARÁN IBÁÑEZ: *Los orígenes del catolicismo social en Aragón: Ideología y organización* (1993).

**18** En esta línea cabe tener en cuenta también las de Pilar ERDOZAIN AZPILICUETA: *Economías domésticas campesinas en la Navarra Media occidental 1850-1950* (1996) (ponente); Agustín SANCHO SORA: *La fundación Averly de Zaragoza 1880-1930. Producción y mercado* (1996); e Ignacio BARRÓN GARCÍA: *Economía y sociedad en Cantabria. La época de la Restauración* (1989).





Despidiendo el despacho de la vieja Facultad de Filosofía y Letras, 2018.

ñol en Inglaterra durante la primera mitad del siglo XX (2014), o Gustavo Alares López, *Las políticas del pasado en la España franquista (1939-1964). Historia, nacionalismo y dictadura* (2014)<sup>19</sup>.

## Las redes que construyen la Historia

Una de las facetas fundamentales en la trayectoria de Carlos Forcadell como historiador ha sido su capacidad para ir tejiendo redes. Unas veces académicas, otras institucionales, pero siempre manteniendo el criterio de elevar la labor historiográfica por encima de la acción individual y de la aportación aislada. Aquí nos centraremos en su actividad al frente de la Asociación de Historia Contemporánea y en la dirección de la Institución Fernando el Católico.

### Asociacionismo profesional: la Asociación de Historia Contemporánea

En 1989, reflejo de los importantes cambios que se habían producido en el panorama del contemporaneísmo español, surge la Asociación de Historia Contemporánea (AHC)<sup>20</sup>. El proyecto asociativo, creado para «estimular y promover la enseñanza, la investigación y la publicación

<sup>19</sup> En 2018 dirigió la tesis doctoral de Rolando CANIZALES VIJIL: *Política institucional agraria y tenencia de la tierra en Honduras: el caso de los agrosistemas de la región de Occidente (1876-1949)*, Universidad de Zaragoza.

<sup>20</sup> Fue registrada el 12 de mayo de 1989. Vid. Miquel MARÍN GELABERT: «Orígenes y primeros años de la Asociación de Historia Contemporánea», *Ayer*, 92 (2013), pp. 239-250.



Con Miguel Artola (1923-2020) en el IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea. Universidad de Murcia, 2008.

periódica o no de temas relacionados con la disciplina, así como contribuir a la preservación de todo tipo de fuentes históricas y en general impulsar cuantas actividades contribuyan a la realización de su finalidad», ha terminado siendo, después de tres décadas de andadura, un agente fundamental en el desarrollo profesional de la Historia Contemporánea española. Heredera del espíritu de los Encuentros de Pau y continuadora de la mejor historiografía profesional desarrollada aun en tiempos difíciles, la AHC se consolidó a través de sus encuentros científicos bienales y de la edición de una publicación periódica, la revista *Ayer*, cuyas páginas reflejan, en su más de un centenar de números, el devenir del contemporaneísmo de estos años. Juan José Carreras y Carlos Forcadell se encuentran en la asociación desde antes de su fundación, contribuyendo a las labores previas de definición intelectual del proyecto y discusión del modelo. Reflejo de ello, cuando se forme en Madrid la primera junta presidida por Miguel Artola, con Juan Pablo Fusi y Ramón Villares como vicepresidentes, María Jesús Matilla y Teresa Carnero, en funciones de secretaria y tesorera, Carlos Forcadell formará parte, junto a Francisco Bonamusa, Manuel González Portilla y Antonio Rodríguez de la Heras, de los vocales de la asociación.

Desde entonces su contribución a la vida interna de la asociación ha sido continua. En los primeros tiempos como parte del grupo fundador, bajo las presidencias de Miguel Artola (1990-1996), Ramón Villares (1996-2002) y Pedro Ruiz (2002-2006). En particular, con su entrada de nuevo en la junta directiva en el año 2000, asumió el encargo de organizar en Zaragoza el Congreso anual de la asociación dos años más tarde bajo el título: «Los usos públicos de la Historia». Y, a partir de 2006, mediante su propia gestión como presidente de la asociación hasta 2014, siendo quien ha asumido esta responsabilidad durante más tiempo. A lo largo de este período presidió cuatro juntas directivas en las que se combinaron 14 miembros diferentes procedentes de 9 universidades, a saber, las autónomas de Madrid y Barcelona, la de Cantabria, Castilla la Mancha, Granada, Salamanca, Sevilla, Valencia y el País Vasco, intentando siempre,

como dijo en la defensa de su candidatura, «garantizar un equilibrio generacional y una representatividad de comunidades historiográficas»<sup>21</sup>.

Durante los años en los que Carlos Forcadell ha presidido la AHC se celebraron cuatro congresos bienales, los de Murcia, Santander, Granada y Madrid. Desde el primero de ellos se puso en práctica una nueva forma de organización, más abierta y participativa, articulada en torno a sesiones y talleres. Además se celebró el I Congreso de Jóvenes Historiadores, que tuvo Zaragoza como escenario, al que siguieron los de Granada, Vitoria y Valencia, y se estableció el premio a las tesis doctorales «Miguel Artola». También tuvieron lugar importantes cambios en el ámbito organizativo. Así, en 2008, fueron aprobados unos nuevos estatutos para adaptar el funcionamiento de la asociación al marco legal vigente. Desde entonces, las asambleas pasaron a tener una periodicidad anual. Además, se diferenció la junta directiva del consejo de redacción de la revista *Ayer*. Esta medida reflejaba los esfuerzos de la publicación por adaptarse a los estándares de calidad, lo que se vio reflejado en el ascenso de posiciones en todos los *rankings* y en el reconocimiento como una cabecera fundamental dentro el campo de la Historia Contemporánea española. La pujanza de la asociación durante este período se pone de manifiesto tanto mirando al interior, donde el número creciente de socios alcanzó los 700, como hacia el exterior, donde la AHC era requerida para formar parte del jurado del Premio Nacional de Historia.



Con Ramón Villares y Pedro Ruiz. Recuerdo de Juan José Carreras en el décimo aniversario de su fallecimiento. Universidad de Zaragoza, 2016.

<sup>21</sup> Acta de la VIII Asamblea de la Asociación de Historia Contemporánea, Vitoria, 21 de septiembre de 2006 [[https://www.ahistcon.org/PDF/reuniones/2006/Acta\\_Asamblea\\_2006.pdf](https://www.ahistcon.org/PDF/reuniones/2006/Acta_Asamblea_2006.pdf)].

## Gestión científica y cultural: la Institución Fernando el Católico

Finalizaba el año 2006. La legislatura estaba muy avanzada cuando Carlos Forcadell fue nombrado director de la Institución Fernando el Católico tras unos meses en los que el puesto había estado vacante. La Institución, que es como suele nombrarse de manera abreviada por aquellos que la conocen, es un organismo autónomo de la Diputación Provincial de Zaragoza, que por entonces presidía el socialista Javier Lambán. Nacida seis décadas atrás, en 1943, como un «servicio de alta cultura aragonesa» bajo la influencia política de Falange, así seguiría, con vaivenes, hasta finales de la dictadura cuando, con la dirección del escritor y poeta Ildelfonso Manuel Gil, y más tarde con las de los profesores Guillermo Fatás y Gonzalo Borrás, asumió el reto de adaptarse al nuevo marco democrático. La Institución siempre había tenido un vínculo muy directo con la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza, lo que explica que hubiera cumplido bien con su dedicación a la alta cultura dentro del espacio aragonés. En esto Forcadell no tuvo que intervenir mucho, porque la relación entre la IFC y la Universidad de Zaragoza era muy amplia y se encontraba sólidamente instalada sobre apoyos institucionales –las cátedras–, editoriales –edición de monografías y revistas– y organizativos –cursos anuales–.

A su llegada a la dirección de la IFC, Forcadell esbozó algunas líneas de trabajo sobre las que proponía concentrar la actividad. Si, de un lado, confiaba en poder «combinar tanto factores de cambio como criterios de continuidad», de otro, consciente del prestigio ganado por la Institución, planteaba proyectarlo hacia delante actualizando las actividades de la Institución y adaptándolas a las nuevas realidades. También se manifestó a favor de «abrirse a nuevas prácticas culturales y a nuevos modos de colaboración con organismos públicos y privados». Finalmente, decía, mantenía como norte de su gestión el papel de servicio público que está en los orígenes de la Institución<sup>22</sup>.

Si entramos en la labor de gestión, los números son abrumadores. Durante los nueve ejercicios que ha completado al frente de la Institución, el número de títulos publicados asciende a 667, los cursos, congresos y coloquios celebrados han sido 290 en los que han participado cerca de 10 000 personas, y el número de becas y premios concedidos suma 104. Durante este tiempo las cátedras han permanecido constantes –16<sup>23</sup>– igual que el número de las revistas científicas publicadas –10<sup>24</sup>–.

Las líneas características de su gestión al frente de la Institución se encuentran en el alto ritmo de producción editorial –con ejercicios en que se acerca a los 90 títulos– y el importante incremento de los cursos y encuentros científicos que han hecho de la Institución un lugar de referencia intelectual en diversas disciplinas. Especialmente visible resulta este aspecto en el campo de la Historia. En este dominio, bajo su impulso han sido creadas colecciones destacadas de historia de la historiografía –Historiadores Aragoneses– o de tendencias historiográficas actuales, como la colección Historia Global, donde se han publicado traducciones de importantes obras como las de Lutz Raphael o Herman Paul, además de ofrecer títulos relevantes en

---

<sup>22</sup> Sesión ordinaria del Consejo Rector de la Institución Fernando el Católico, el 18 de enero de 2007 [<http://ifc.dpz.es/recursos/institucion/documentos/ConsejoRectorActa02.pdf>].

<sup>23</sup> Las cátedras a su llegada eran las de Relaciones Internacionales, Emblemática, Arqueología, Arte, Literatura (2), Geografía, Filología Aragonesa, Lingüística, Derecho Civil, Música Medieval, Economía, Arquitectura, Derecho Administrativo, Zaragoza, Historia.

<sup>24</sup> Son estas: *Ius fugit*, *Palaeohispanica*, *Caesaraugusta*, *Nassarre*, *Revista de Derecho Civil Aragonés*, *Archivo de Filología Aragonesa*, *Éntasis*, *Ciencia Forense*, *Emblemata* y *Jerónimo Zurita*.



Presentación del libro conmemorativo de los 75 años de la IFC, con José Carlos Mainer, Cristina Palacín y Carlos Pérez Anadón. Diputación de Zaragoza, 2018.

español sobre cuestiones como el revisionismo o la biografía. En la misma dirección, en 2009, fue creado el Seminario Permanente de Historia de la Historiografía española «Juan José Carreras», cuya actividad se ha mantenido mediante encuentros internacionales de periodicidad anual. Y todo ello, teniendo que hacer frente a una coyuntura en que las instituciones públicas de cultura han sufrido con severidad los efectos de la crisis<sup>25</sup>.

Al acceder al puesto de director de la Institución Fernando el Católico, Carlos Forcadell había manifestado que consideraba su nombramiento como «un reconocimiento personal y profesional»<sup>26</sup>. Después del tiempo transcurrido, en el que han pasado por la diputación provincial zaragozana tres presidentes distintos, con cambios de signo político de la mayoría en esta corporación<sup>27</sup>, aquel reconocimiento se ha visto reforzado por el consenso que ha generado su labor de gestión al frente de esta institución cultural.

•••

Llegados a este punto, y con la perspectiva que da el tiempo trascurrido, el trabajo de Carlos Forcadell en el campo de la historia destaca por su coherencia en los distintos campos historiográficos que ha explorado y por su concepción de la Historia como una empresa colectiva. Coherencia, en la medida que sus líneas de trabajo se han mantenido en el tiempo y se han alimentado unas a otras generando espacios fértiles de reflexión. Ya sea la historia social, la historia de Aragón, la historia económica o la historia de la historiografía, en todos los campos se ha mantenido en continuo diálogo con los problemas presentes de la disciplina. Y concepción colectiva del trabajo del historiador, porque siempre ha participado de las corrientes que han

<sup>25</sup> Las referencias a reducciones presupuestarias se traslucen en las actas del Consejo Rector a partir de 2011 [[http://ifc.dpz.es/institucion/consejo\\_rector](http://ifc.dpz.es/institucion/consejo_rector)].

<sup>26</sup> «Carlos Forcadell llega con aires renovadores a la IFC», *El Periódico de Aragón* (28 de diciembre de 2006).

<sup>27</sup> Javier Lambán (1999-2011), Luis María Beamonte (2011-2015) y Juan Antonio Sánchez Quero (2015).



Ascensión al Veleta tras el XI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea. Granada, 2012.

impulsado la historiografía española desde los años 70. Bien como participante, bien como impulsor de iniciativas, su presencia y activismo han sido relevantes para comprender la evolución de la disciplina a lo largo de medio siglo. Valga esta oportunidad, tal vez algo forzada por una circunstancia administrativa que, seguramente, poco afecta al historiador, para recapitular sobre toda esta contribución.

Los historiadores tenemos hoy nuevos instrumentos de investigación, en una época en que la revolución digital resulta imparable, pero entre las funciones del oficio sigue estando la reconstrucción crítica del pasado y el compromiso con el presente. Mantener el equilibrio entre el retorno al individuo y la atención a las estructuras y a las circunstancias ha figurado en el frontispicio del devenir profesional de Carlos. Al historiador, en puridad, le corresponde también subrayar cuestiones políticamente incorrectas o no demasiado metabolizables por los poderes políticos, económicos o culturales («cepillar la historia a contrapelo», como le gusta decir a Forcadell); y buscar en el pasado evidencias de que el orden podría haber sido diferente, de que la realidad podría ser distinta para no entregarnos absolutamente a la instalación en el presente. En eso Forcadell, como en tantas otras cosas, ha sido un verdadero maestro que, desde la vocación, la profesionalidad y la sabiduría, siempre acompaña en el camino, da consejos discretamente, corrige con sutileza, refuerza y se preocupa. Gracias por tantos años de dedicación.



## Memoria compartida\*

**Eloy Fernández Clemente**

Universidad de Zaragoza

\* Una versión anterior de este texto fue publicada con el título «Evocaciones sobre Carlos Forcadell» en la revista *Huarte de San Juan. Geografía e Historia*, 23 (2016), pp. 9-26.



## En Andalán

**B**reve alumno del colegio Calasancio de los escolapios de Zaragoza, iba él en primero cuando yo hacía 4º, y poco después marchó al Instituto Goya y yo a otro colegio de los escolapios, Magisterio y finalmente a Letras, donde de nuevo él llegó cuando yo acababa de marcharme a hacer la especialidad en Madrid. Se licenció en 1969, fue breve ayudante de clases prácticas de Historia Contemporánea en esa Facultad, y como se ha escrito, «las características de la situación política y universitaria en el final del franquismo, lo alejaron, junto con otros profesores, de la Universidad de Zaragoza». Nos conocimos en esos trasiegos, pues yo regresé, tras Madrid y cinco años en Teruel, en el otoño de 1971, y él se fue en 1972, becado por el Gobierno alemán un año en la Universidad de Heidelberg, donde prolongaría dos años más en el Seminario de Historia, el Institut für Sozial und Wirtschaftsgeschichte y el Dolmetscher Institut.

Carlos me escribió el 10 de agosto de 1972 (¡en un sobre con el logotipo de Andalán!) desde Boppard, «un pueblecito al lado del Rhin y entre montañas, viendo barcos ir y venir, rodeado de gentes exóticas –el único español soy yo– y aprendiendo alemán a marchas forzadas, con toda clase de laboratorios, magnetófonos, trastos, y seis horas diarias de clase». Como inmediato director le había pedido algo que publicar el 15 de septiembre en el nº 1 de nuestro gran proyecto cultural aragonésista y de izquierdas, y respondía: «Si hay problemas para que salga el artículo sobre regionalismo, me avisas con tiempo y preparo otra cosa. Material hay: elecciones aquí en Alemania, en Holanda, inflaciones, problemas de MCE y sobre todo cosas de emigrantes, para los que acaban de sacar una ley bastante dura. Si contestas me podías orientar también sobre cuál de todas estas posibilidades encaja mejor. En todo caso, me apetecería ver mi nombre en alguna esquina de *Andalán*, y más estando por estas tierras con morriñas y añoranzas». Y terminaba insistiendo: «Si no es robarte mucho el tiempo, tenme al tanto de las cosas y pide lo quieras de esta Europa. Suerte en todo y un abrazo».

Desde Alemania y luego el País Vasco y ya con nosotros, escribió docenas de excelentes artículos, sobre todo de política internacional. Así, fueron importantes sus artículos desde Bonn, sobre las elecciones alemanas, «Una esperanza recuperada», y «De la moda del socialismo en Europa»; «Grecia también»; sobre Gramsci; «Y Vietnam venció»; «Chile, el fascismo instaurado»; sobre la muerte de Mao; elecciones francesas, etc.



Con miembros del equipo *Andalán*, de izda. a dcha., de pie: Emilio Gastón, Jesús Delgado, José-Carlos Mainer, Lola Albiac, Carlos Royo Vilanova; sentados: Concha García, Guillermo Fatás, Eloy Fernández... Hecho (Huesca), 1974.

Otros muchos temas históricos y culturales españoles («Pío Baroja y la Historia», las «prisas constituyentes, prisas por gobernar», «El socialismo triunfante»). Escribía con mucha frecuencia excelentes análisis de nacional, tales como «El Congreso de Felipe», «La derecha conservadora», etc. Cuando el golpe del 23 F de 1981, Forcadell criticó la exposición sobre la guerra que se estaba inaugurando cuando se produjo el golpe, por falsa «imparcialidad» histórica. Y luego escribió «La estrategia del golpe de estado permanente» y «La debilidad política de la izquierda».

Y, claro, sobre el Aragón contemporáneo: «Sobre *Imán* y la novela histórica de Ramón J. Sender»; «La República, portavoz de las izquierdas aragonesas»; sobre el colectivismo en la guerra; la Restauración; el republicanismo; el movimiento obrero; el anarquismo; la II República y la guerra civil; «Más sobre el patriotismo y algo nuevo sobre Ramón y Cajal»; «Propuestas regionalistas»; sobre Aragón y Cataluña; una serie sobre las Brigadas Internacionales en Aragón; «El alcalde Burriel y el temprano sueño de una Zaragoza industrial»; en un Dossier sobre los 50 años del Congreso por la Autonomía en Caspe; o en los 75 del semanario Aragón (1912).

Hizo excelentes reseñas de libros: sobre la difícil historia social de España (Tuñón y otras cosas); sobre *Durruti* de Enzensberger; sobre bibliografía anarquista; sobre Noël Salomon; la *Historia de Galicia* de Moncho Villares; los trabajos en Cretas de los Simoni. Firmaría, además de con su primer apellido, como C. F. Álvarez, Checa, o Andalano, pseudónimo colectivo frecuente.

Cuando la policía secuestró, por orden judicial, todos los ejemplares del número a punto de salir, con fecha 1-15 julio de 1974 (núm. 44-45), uno de los autores de los cinco artículos era Forcadell, que había enviado desde Alemania, con firma «A. Checa», el titulado «Andalán, emo-

ción, tristeza y rabia», una espléndida «Carta abierta a Andalán, a Aragón, a Sender y a los espíritus», ironizando sobre los falsos pasos de apertura, y describiendo a los emigrantes que iba conociendo: «hay bastantes aragoneses, de mediana edad malgastada, viejos robles, todos descuajados de la raíz fuerte de la tierra. Porque alguien los arrancó. He visto brillar sus ojos cuando les doy a leer algunos artículos de *Andalán*. Yo, que he sido muchas veces público de José Antonio Labordeta, no me he emocionado nunca tanto con el efecto de sus canciones como cuando, traspasadas a una pobre *cassette*, las oyen y las comentamos». Y comentaba el traspás de Sender, a quien había leído lo mejor, y nuestro número sobre su venida.

El informe policial de 3 de julio de 1974 le calificaba (como a José-Carlos Mainer, que se atribuyó la firma «Poleñino», y a mí mismo): «pueden ser conceptuados como intelectuales de ideología contraria al Régimen». En cambio a Mariano Hormigón, que firmaba como «Pablo Quejido», le señalaba como «conocido militante del partido comunista». Nos reunimos de urgencia en La Renclusa, en el Pirineo, muy preocupados con el sesgo de los acontecimientos. Allí estuvo Carlos, junto a Emilio Gastón, Jesús Delgado, José-Carlos Mainer, Lola Albiac, Carlos Royo, Concha García Castán, Mariví Nicolás, Guillermo Fatás, los hijos de Emilio y Mariví y yo mismo.

Hicimos algún trabajo en comandita, como la crónica de un viaje: «El Bajo Ebro. Por las tierras del conde de Sástago»; y cuando se produjo la destitución de Ánchel Conte como profesor en Aínsa, tras siete años de espléndida labor, escribió Forcadell: «la noticia se enmarca dentro de la expulsión (rescisión de contrato es un término frío, burocrático, y por tanto falso) de todo el profesorado no numerario de los Institutos de Jaca, Sabiñánigo y Fraga... La enseñanza, en España, sigue siendo un oficio peligroso».



Tras la dimisión de Gonzalo Borrás como teniente alcalde del Ayuntamiento de Zaragoza. De izda. a dcha., de pie: Jesús Delgado, Lola García Castán, Gonzalo Borrás, Marisol Barreta, Juana de Grandes, Marisa Santiago, Guillermo Fatás, Carlos Forcadell, María José González, Lorenzo Martín Retortillo y José Antonio Labordeta; agachados: Ángel Vicién, Eloy Fernández Clemente, Juan José Carreras y Mary Carmen López. 1980.





Libro conmemorativo en los 25 años de la fundación de Andalán.

ción china y la evolución del marxismo) en el ICE de Zaragoza, organizada por el Departamento de Francés de la Universidad. Fue una velada tan larga como apasionante. Nos confesó que le animaron a escribir un libro sobre la Gran Guerra sus profesores Pierre Renouvin y Fernand Braudel, a quien confesó quería como a un padre, y de su utilización del cine, todo tipo de documentales de la época: «es un rico material, está ahí, aún no sé por qué se ignora con tanta frecuencia por los historiadores e intelectuales en general». Y hablamos de *La Revolución de 1917*, su tesis. (Años después del cierre de *Triunfo*, cuando Eduardo Haro Tecglen y José Ángel Ezcurra vinieron a Zaragoza a hacer entrega a la Universidad de las colecciones de *Triunfo* y *Tiempo de Historia*, se nos invitó a cenar con ellos, lo que hicimos encantados. Éramos, académicamente hablando, una irrefutable «pareja de hecho»).

Carlos fue siempre paciente, dialéctico, concienzudo negociador. Es muy «somarda» en una tierra pródiga en ese espécimen, callado, reflexivo, sentenciador, juguetón con las ideas y las personas, sin llegar nunca la sangre al río. En la crisis que sobrevino en 1977, Forcadell votó y defendió la opción minoritaria de cerrar la revista, aunque decidió quedarse en el Equipo, por considerarlo más útil. En el paso a semanal, en la lista de accionistas, estaban *ex aequo* entre los que más poseían Carreras Ares y Carlos Forcadell, 68 cada uno; formó parte del primer Consejo de Administración, que presidí, con Jesús Delgado, José Antonio Biescas y José Antonio Labordeta, Emilio Gastón y Luis Granell.

Cuando se iban a cumplir 25 años de su nacimiento, en 1997, Carlos fue elegido como la persona más adecuada para dirigir un libro que lo analizase: *Andalán, 1972-1987: los espejos de la memoria*. El libro era excelente por muchas razones. Con ese motivo, el 13 de septiembre de 1997, rememorando la presentación de su número 1 en L'Aínsa veinticinco años antes, las gentes de Andalán nos reunimos en la hermosa villa del Sobrarbe, y presentamos ese libro y una exposición sobre la historia de esa aventura intelectual, cultural y política de la revista.



Con Juan José Carreras, años noventa.

## La Facultad de Empresariales

De regreso a España, tras breve estancia en el Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad del País Vasco, se reincorporó a la de Zaragoza como profesor titular interino de Historia Económica en la Facultad de Empresariales (1975-1980), en la que su maestro, y mío, Juan José Carreras, ejercía como agregado que era en Letras, y yo era ya titular interino.

En el programa que para comenzar elaboramos con consejos de Carreras, Carlos y yo disponíamos de una bibliografía histórica muy pobre y solo a veces tangencialmente relacionada con la Economía. Por lo demás, aparte de impartir clases a los tres grupos en los que al principio se había dividido el alumnado (nos alternábamos clases para ofrecer monografías más detenidamente preparadas y para conocer y ser escuchados por todos los grupos), ofrecimos actividades voluntarias, monografías, algunas de particular éxito. Durante el curso 1976-1977 Carlos viajó al Institut fur Sozial Geschichte de Ámsterdam para obtener varias colecciones de prensa anarquista de la guerra civil en Aragón (que luego han servido a otros investigadores). Por entonces daba fin a su brillante tesis *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español ante la Primera Guerra Mundial 1914-1918*, que tendría pronta edición en Crítica.

Publicamos conjuntamente una *Bibliografía de historia económica universal y de España* (1977), un librito de *Estudios de Historia Contemporánea de Aragón* (1978), que recogía artículos publicados por ambos en Andalán, que editamos en la propia Facultad, en 1978. La dedicatoria rezaba: «A Emilio Gastón y Lorenzo Martín-Retortillo, compañeros de tantas cosas, parlamentarios aragoneses, con la esperanza, la seguridad, de que un futuro Aragón autónomo no podrá prescindir de personas de tan clara actuación y entrega».

De 1977 es el libro *Los Aragoneses* (Istmo) en el que encargué a Carlos Forcadell se ocupara del movimiento obrero. Y de 1978 la *Historia de Aragón* de Guara que edité con Guillermo Fatás y pedimos entre otras colaboraciones la de Carlos Forcadell. Y publicamos una *Historia*

de la prensa aragonesa (1979), quizá nuestro libro más utilizado y citado. En él señalábamos que se trataba de

una historia política de la prensa... porque, sobre todo durante el siglo XIX, la prensa escrita, incluso la pretendidamente informativa, es el gran instrumento de conformación y dirección de la opinión pública. Grupos y partidos políticos alcanzan a la opinión a través de los periódicos y el dotarse de los mismos es la primera condición para proyectarse políticamente en la sociedad, [pero añadíamos que] el periódico no es solamente un instrumento para conocer la realidad histórica. Es también un objeto de estudio en sí mismo.

También de 1979 es un librito que, encabezado por Santiago Castillo, escribimos varios compañeros sobre la *Historia del Socialismo en Aragón*: era el centenario del PSOE. Ese mismo año acudimos (con Ferrer Benimeli y L. Germán), al primero de tantos entusiastas encuentros patrocinados desde el ICE por Agustín Ubieto, que revisaba los Estudios sobre Aragón, con una comunicación muy pionera y por ello débil sobre la Historia contemporánea aragonesa, lo que revisamos, ya solos los dos, al año siguiente, en «El estado de la cuestión en historiografía regional y local» ponencia en Pau que aparecería en el libro de M. Tuñón de Lara y otros, *Historiografía Española Contemporánea*, publicado por Siglo XXI.

También coincidimos en varios encargos pedagógicos: un curso sobre Historia de Aragón en la Escuela de Verano de Aragón en 1980; y varias publicaciones de aquel ICE que dirigió Agustín Ubieto: *Aragón en España. Programación para un estudio de la región en relación con España*; *La ense-*



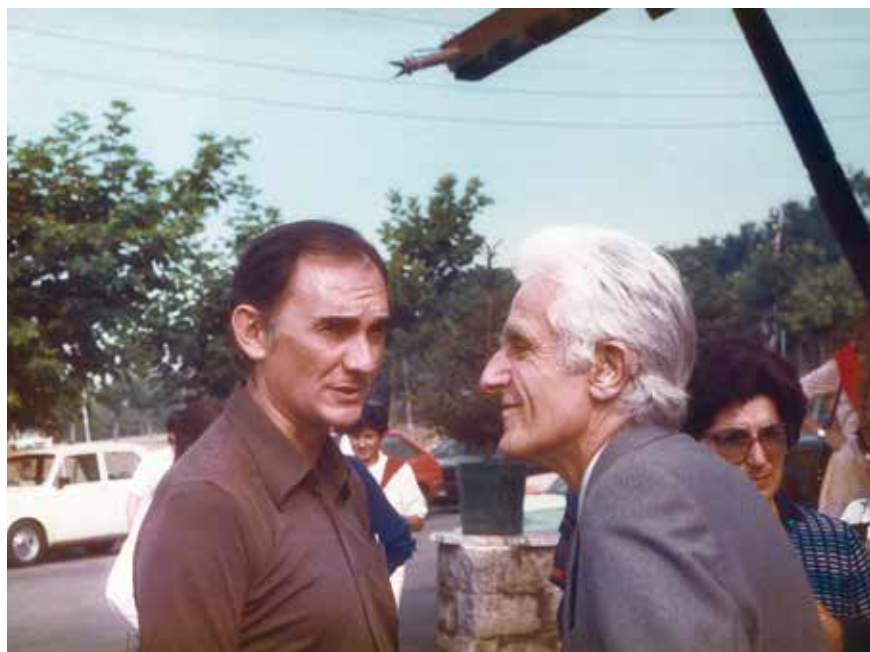
Publicación de la tesis doctoral en la editorial Crítica, 1978.

*ñanza de la Historia en BUP y COU: visión del profesorado; Aspectos didácticos en las enseñanzas medias.* Debo decir que siempre, en tantas ocasiones como hemos hecho juntos libros y artículos, ha cumplido los plazos establecidos, la división de temas, los métodos acordados. Ha sido algo prodigioso: el día y a la hora fijados, llegaba con sus papeles y los unía a los míos.

Carlos obtuvo plaza por oposición de profesor titular de Historia Contemporánea en la Universidad del País Vasco (1981), desde la que tras apenas un año (que le hizo conocer y amistar con varios estupendos profesores, especialmente Javier Corcuera) se trasladó a la Facultad de Letras de Zaragoza en 1982. Al despedirle, y también a Jaume Torras como agregado en Historia económica, publicamos un libro Torras, Forcadell y yo: *Tres estudios de Historia Económica de Aragón*. Y aunque ya estaba con un pie en Letras, su camino definitivo, siguió colaborando con nosotros, y nosotros con él, reuniendo seminarios conjuntos, y, por ejemplo, reseñando la exposición «Averly, 128 años de historia», que preparamos en Empresariales, con un grupo de alumnos en el curso 1982-1983 y con su ayuda y las de Biescas, Germán y Pinilla, con los que pensamos un manifiesto en defensa de la conservación de las viejas naves, las viejas máquinas, los orígenes del desarrollo industrial.

### **Manuel Tuñón de Lara**

Carlos Forcadell, siempre bien relacionado e informado, había acudido a Pau en 1972 (con una ponencia sobre «El marxismo y la cuestión colonial») y me había informado de la celebración del IV Coloquio, al que invitaba Tuñón, que iba a tener lugar los días 6 y 7 de abril de 1973. Fuimos varias veces juntos y en otras ocasiones, o cuando me escribía o llamaba, Tuñón me daba siempre recuerdos para él, o pedía un número nuestro que traía una crónica



Francisco Tomás y Valiente y Manuel Tuñón de Lara, fotografiados por Carlos Forcadell. UIMP, Santander, 1981.





En los coloquios de la Universidad de Pau, entre Manuel Tuñón y Eloy Fernández Clemente, 1974.

anónima del último Coloquio (que suponía mía pero era de Forcadell). En una de sus cartas se refería «al Benjamín de todos (y en el que tengo puestas las mayores esperanzas sin merma de todos los demás), tan buen compañero además, tan insustituible y ya sabes que estoy hablando de Carlos Forcadell». Quiso publicar su tesis («Dile a Forcadell que a ver si me trae un esquema para su libro: Nacho Quintana me ha preguntado ya dos veces»).

Poco después, forzando las cosas sin duda, en febrero de 1975, no obtuvo autorización del Gobernador Civil un ciclo sobre «Historia del movimiento obrero español», en el que Tuñón era la figura central. Organizado por el Colegio Mayor Pignatelli, convocaba a la plana mayor de los especialistas en el tema: Tuñón de Lara, Balcells, Elorza, Arbeloa, Álvarez Junco, C. Martí, Fernández de Pinedo y Carlos Forcadell. Protestamos, escribimos. Inútil: el régimen agonizante estaba muy nervioso como para permitir estas cosas.

En cambio, ese otoño, una de las primeras conferencias de Tuñón en su país recuperado es la que dio en nuestra Facultad de Empresariales, el 5 de diciembre de 1975. Habló de la periodización en la Historia, un texto que incluimos en el primer número de los recién creados *Cuadernos Aragoneses de Economía*. El acto, refería Carlos Forcadell (quien le entrevistaba en el núm. 79-80 de *Andalán*), fue presenciado por mucho más de mil personas: era su primera visita desde que pasó por Zaragoza con sus padres a los siete años. En esa ocasión visitaron los Tuñón nuestra redacción en la calle San Jorge, y luego cenaron en mi casa con un pequeño grupo de colegas amigos, naturalmente Forcadell y Carreras entre ellos.

En 1976 se quejaba de su ausencia en un coloquio y escribía a mano: «No he respondido una carta a Forcadell. Estará cabreado y con razón. Dile que un extracto del tema de su tesis es claro que lo sacamos en Siglo XXI. En cuanto a la tesis misma, «son otros López», pero



Manuel Tuñón de Lara entre Santiago Castillo, María Carmen García Nieto y Carlos Forcadell. UIMP, Santander, 1981.

se puede intentar». Carlos fue e hizo el 1 de abril de 1977 una crónica sobre ese encuentro. Al año siguiente nos propuso Tuñón como ponencia un estudio sobre los problemas de la educación en las Constituciones españolas, y la hicimos al alimón (y luego la publicamos en *Historia 16*). Y aseguraba sobre el prólogo que le pedimos para un librito nuestro: «Con mil amores lo haré, no como deber penoso sino como recreo y como mínimo rescate de nuestra enorme deuda de amistad con vosotros. ¡No faltaba más!». Y lo hizo, magnífico.

En 1979, ya en la clara transición democrática, estaba, como nos había anunciado Manolo, un nuevo cónsul viejo amigo suyo: Vicente Girbau, un viejo luchador del 56, que había sido encarcelado y expedientado. Manolo estaba encantado, ya no era un extraño y un enemigo para los diplomáticos de su país, todo lo contrario. Girbau nos dio una gran recepción en el consulado y, como se hiciera tarde y temiéramos encontrar cerrada la frontera, se ocupó personalmente, hablando con los guardias de frontera en Somport, de que nos dejaran pasar, pues cerraban a las diez de la noche. Nos estaban esperando (íbamos Carlos Forcadell y yo, Santiago Castillo y alguno más) y ni siquiera nos pidieron documentación ni registraron nada.

Para mediados de marzo de 1981 me había pedido el alcalde Ramón Sáinz de Varanda que le organizara un ciclo de conferencias sobre la Guerra Civil, para darlas en el salón de sesiones del Ayuntamiento zaragozano y con entrada libre, coincidiendo con una exposición sobre el tema (la interrumpida por el golpe de Tejero). Elegí a los cuatro ponentes: Mariano Constante, el héroe en los campos nazis, el general Ramón Salas Larrazábal, Luis Horno Liria y Manuel Tuñón de Lara. Carlos Forcadell ayudaría en las presentaciones.

En los últimos días de agosto de ese año rendimos a Tuñón un importante homenaje por su tan brillante trayectoria de historiador, en la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo en Santander. Firmamos la convocatoria, invitando a acudir al Palacio de la Magdalena o sumarse de otra forma, Sisinio Pérez Garzón, María Carmen García-Nieto, Santiago Castillo, Carlos Forcadell y yo, si bien el peso de la organización recayó luego en los otros cuatro. Hubo en *Andalán* dos crónicas de los actos. Y Carlos Forcadell exponía las razones, con motivo del cambio de rumbo de los Coloquios y a un año vista de la jubilación académica de Tuñón.

Entre mediados de octubre y mediados de diciembre de 1978, se celebró un I Curso de Estudios Aragoneses en el Pignatelli organizado por el Centro de Estudios Sociales de Aragón que dirigía Luis Germán y que ofrecía ponencias, coloquios, simposio y conclusiones: «Propuestas concretas para un Estatuto de autonomía de Aragón» en el que, junto a muchos colegas y amigos, desfilamos Carlos y yo. Hubo una cierta continuidad en el tema en la reunión celebrada en junio de 1985 también en el Pignatelli y organizada igualmente por el CESA, sobre «La Autonomía aragonesa. Historia de un proceso», en que participó Carlos en una mesa redonda coordinada por J.R. Marcuello con Germán y Mainer, sobre «El aragonesismo como debate histórico».



Con Juan José Carreras y Mari Carmen López en el homenaje a Manuel Tuñón de Lara. Palacio de la Magdalena, Santander, 1981.

A partir de 1978, cuando comenzamos a preparar la *Gran Enciclopedia Aragonesa*, pedí a Carlos Forcadell que dirigiera la sección de Historia Contemporánea, lo que aceptó, como siempre, y llevó a cabo con especial cuidado. Fue el de los directores de sección un cuadro de honor que garantizaba y demostró la valía de sus componentes, entre los que figuraba buena parte de los compañeros de otras batallas anteriores: los Borrás, Mainer, Jesús Delgado, Fatás y otros hasta dieciséis. La empresa, en los años siguientes, se completó en sus doce tomos y salieron hasta cinco apéndices, tres de los cuales dirigí de nuevo y conté con su inestimable ayuda. Además, Carlos, que presenta e incorpora siempre a sus nuevos amigos, me sugirió como secretaria a Carmina Vidaller, antigua alumna suya y pronto amiga de todos, pues era persona muy expansiva, informadísima de todo, y eficiente.

Con algunos saltos por los cambios de trabajo y residencia, de nuevo en la primavera de 1989 nos reunió Tuñón en Cuenca, en su VI Coloquio de Historia contemporánea de España organizado ahora por la UIMP, y acudimos desde Zaragoza, Juan J. Carreras, Carlos Forcadell y yo, que lo cerramos con una mesa de debate con el hispanista francés Carlos Serrano, que venía de Francia, como Desvois y Aubert. Presenté con Carlos un ensayo, «Crecimiento económico, diversificación social y expansión urbana en Zaragoza, 1900-1930», que se incluyó en el libro coordinado por J.L. García Delgado para Siglo XXI. Y en el X Coloquio de Historia contemporánea reunido en mayo de 1993, de nuevo acudimos él y yo, y hablamos de «Historiografía de las regiones y autonomías».

Un año largo después de la muerte de Tuñón, en la sala de grados de mi Facultad recordamos al que todos consideramos no solo de uno u otro modo nuestro maestro sino también,



Una generación de contemporaneístas en el VIII Coloquio de Historia Contemporánea. Con Manuel Tuñón de Lara y Ernst Lluch en el centro, y entre otros, Manuel Pérez Ledesma, Santos Juliá, Sisinio Pérez Garzón, Michel Devois, Eloy Fernández, Elena Hernández-Sandoica, Julio Aróstegui, Borja de Riquer, Félix Luengo... UIMP, Cuenca, 1991.



Monográfico sobre Manuel Tuñón. IFC, Zaragoza, 2002.

y sobre todo, un querido amigo; coordinamos con Carlos a un grupo de personas vinculadas a Manolo en Zaragoza (Manuel Ramírez, José Antonio Biescas, Jesús M. Alemany, Luis Germán, Jorge Sanz y nosotros dos), junto con cuatro invitados de excepción (Paul Aubert y Jean-Michel Desvois, Manuel Pérez Ledesma y Javier Corcuera), discípulos predilectos suyos. Intervenciones que luego editamos, en el libro *Manuel Tuñón de Lara, desde Aragón*, para la Institución Fernando el Católico.

## En Letras

Discípulo, compañero y amigo de Carreras, junto a él iba a realizar su ya larga y prestigiosa carrera académica, colaborando estrechamente con Juan José, cuyo magisterio se honra en reconocer. Carlos ha publicado mucho, y es un brillante analista, prologuista e introductor y «editor» de libros colectivos. Hemos coincidido de nuevo en otras muchas publicaciones: una *Historia de la Universidad de Zaragoza* (1983), *Aragón contemporáneo. Estudios* (1986), la historia del *Banco Zaragozano en su 75 aniversario* (1986), una incompleta *Historia de Aragón* en la que hicimos el tomo del siglo XIX (1987); y mucho después el libro *Pioneros de la industrialización: hacia la historia profesional de los Peritos e Ingenieros Técnicos Industriales en Aragón*, junto con L. Germán y J.A. Biescas (1996) y él dirigió para el Heraldo una coleccionable *Historia de Aragón* (1993) en que me invitó a colaborar. Y en 1994, organizamos, también con Carlos, un curso, iniciativa de la Asociación de la Prensa, sobre los cien años del *Heraldo de Aragón*, que se celebró en su sede pensando que las conferencias formarían un libro; pero *Heraldo* manifestó que no lo deseaba publicar.



Con Alberto Gil Novales en el IX Congreso de Historia Local de Aragón. Aínsa (Huesca), 2014.

También acudimos a la llamada en 1985 del gran historiador y querido colega Julio Valdeón, que dirigía la Editorial Ámbito, para que le hiciéramos una introducción a la reedición por provincias del mítico *Diccionario* de Pascual Madoz. Habían negociado con el Gobierno de Aragón la edición de los tres tomos y me encargaba Teruel, Zaragoza a Carlos Forcadell, y Huesca a Alberto Gil Novales.

Seguimos coincidiendo en ciclos o conferencias. Por ejemplo, en 1987, participamos en el homenaje a Antonio Gramsci en una comida-tertulia con Paco Fernández Buey, se proyectó la película *Antonio Gramsci, los años de la cárcel*, y en el Paraninfo, junto a Paco, intervinieron en espléndida mesa redonda C. Forcadell, J.I. Lacasta y J.L. Rodríguez, moderados por Javier Delgado, un día inolvidable.

Participamos en Teruel, en 1987, en un ciclo de la CAI y el Colegio Universitario, y en 1993 presentamos allí el libro *Cultura burguesa y letras provincianas*, acta del Congreso sobre periodismo aragonés, con Carlos, José Altabella, Jean-François Botrel, José-Carlos Mainer, Cecilio Alonso y Fermín Gil Encabo.

En noviembre de 1989, cincuenta aniversario de la muerte de Antonio Machado, el Secretariado de Actividades Culturales de la Universidad organizó un recital de poesía suya y dos hermosos y emocionantes actos, en los que participaron en Derecho, Forcadell, Izuzuiza y Mainer; en Ciencias, Á. Domingo, E. Gastón, Luisa Gavasa, Eduardo González, J.A. Labordeta, María J. Moreno, J.A. Rey y J.L. Rodríguez; y, en Letras, presenté un vídeo de la serie *España en guerra* (de M. Tuñón de Lara).

En 1990 acudimos invitados por sus organizadores a las V Jornadas sobre Cinco Villas, ese año reunidas en Tauste y dedicadas a la historia contemporánea. Me alegró especialmente su reseña en *El Periódico de Aragón*, en 1992, a mi libro sobre *Rey d'Harcourt y la rendición de Teruel*, destacando cómo deshacía la leyenda negra con tanta urgencia como eficacia. En la primavera de 1995, con motivo de la soberbia exposición *Luces de la ciudad* hubo en el Paraninfo

fo una serie de conferencias y unas mesas redondas: en la nuestra, además, J.C. Mainer y Enrique Serrano.

Y luego, cuando le pedí que se leyera y criticara el primer tomo de mi tetralogía *Gente de Orden. Aragón en la dictadura de Primo de Rivera*, lo hizo como siempre, puntual, amable, seco, eficazísimo. Y junto con Carreras aceptó igualmente presentarlo, el 6 de febrero de 1997 en IberCaja ante un público de muchos amigos fieles.

Muy divertidos ambos, como buenos mitómanos, asistimos en mi facultad a un jugoso coloquio con la actriz Charo López en 1999. Entre el público, muchos que habían crecido con la actriz: Enrique Gastón, Alberto Sánchez, José Antonio Labordeta, Juan Alberto Belloch, y Carlos y yo; con nuestras mujeres, que son muy buenas amigas. Y tras cuatro años organizando unos encuentros de Estudios sobre el Justicia de Aragón que patrocinaba esa institución, en 1994 pasé la antorcha a Forcadell.

Y por supuesto, tras la muerte del querido compañero, repentina, difícil de creer por su vitalidad hasta ese instante, se le dedicó un estupendo homenaje, y Carlos, que dirigía la sesión, me invitó de nuevo a colaborar, lo que hice emocionadamente, y fue recogido todo luego en un libro magnífico: *Razones de historiador. Magisterio y presencia de Juan José Carreras* (2009). Antes, cuando Carlos ordenó una *summa* de sus principales estudios, *Razón de Historia. Estudios de Historiografía*, tuve la satisfacción de apoyarlo desde el Consejo de la editorial Marcial Pons/Historia.



Con José Luis Melero, Gonzalo Borrás y Antón Castro en la presentación del libro de homenaje a Eloy Fernández Clemente. Andorra (Teruel), 2010.

## El Partido Socialista de Aragón

Como resultaría lógico y predecible con esas trayectorias, nos encontramos entre los dieciséis firmantes de la creación del Partido Socialista de Aragón (PSA), el 5 de febrero de 1976. Entendimos entonces, nunca más después, que era una obligación moral de los intelectuales, de quienes habíamos trabajado en distintos foros y experiencias por la democracia, las libertades, la solidaridad, dar ese paso. El PSA fue un partido claramente de izquierdas, aragonesista, en el que Carlos fue, con otros compañeros como Luis Germán, Santiago Marraco, Guillermo Fatás y otros, uno de los principales «ideólogos», si puede calificarse así una labor intensa, largas discusiones, correosas negociaciones. Estuvo en todo. Con entusiasmo, cuando la Federación de Partidos Socialistas convocó para los días 19 y 20 de junio de 1976 sus Jornadas Constituyentes. Aún no plenamente autorizados, nos reunimos en un amplio polideportivo de las afueras de Madrid. Y luego, ocupando con frecuencia la tribuna de *Andalán*: el 1 de julio hizo una excelente crónica («Un nuevo socialismo») en la que resumía los temas fundamentales tratados (aprobación de los estatutos de la Federación, unidad de los socialistas, y alternativa democrática) y concluía que tras estas jornadas el panorama del socialismo era plural, que no confuso.

Luego escribió un artículo contundente, «¿Qué pasa con los socialistas?», observando que el Congreso del PSOE había sido el único de una formación socialista que no había dedicado una ponencia ni un comentario a la unidad de los socialistas. Y estuvo en la plaza de toros, en un mitin multitudinario y emocionante (esto último no suele gustarle) y cuando se logró un escaño como diputado para nuestro secretario general, Emilio Gastón, analizó ese momento tan delicado: «El fracaso electoral de los socialistas regionales». Y como uno de los tres miembros de la Secretaría General (junto a Luis Marquina y Guillermo Fatás) fue uno de los autores de un lúcido y duro informe, realista y algo demoledor. No era, como yo, muy partidario del abrazo con el PSOE, displicente y arrogante, sino con el PCE.

De hecho, cuando tras muchos «pasos» individuales o finalmente en grupo, quienes optaron por el PSOE se acabaron yendo, aceptamos la propuesta de Vicente Cazarra de una relación fuerte con los comunistas (lo que también bendecía Carreras, desde luego), pero como escribiría Forcadell, reinaban «desencanto, mala conciencia, frustración...». Pero, a pesar de las insuficiencias e históricos residuos del PCE, como grupo de independientes (Labordeta, Fatás, Borrás, Forcadell, yo, entre otros) aceptamos trabajar y presentarnos juntos en las municipales del 79, sin apenas contrapartida. Pero su comportamiento sectario llevó a la dimisión como primer teniente de alcalde de Gonzalo Borrás. Una foto del homenaje de despedida es muy elocuente: con él y Marisol estamos Jesús Delgado, Concha G. Castán, Juana de Grandes, Marisa Santiago, G. Fatás, C. Forcadell, M<sup>a</sup> José y Lorenzo Martín-Retortillo, Labordeta, J.J. Carreras y M. Carmen López, A. Vicién y yo. La nueva dirección del PCE hizo inútiles intentos de recuperarnos.

## El historiador

Al presentar en la Diputación de Zaragoza en 1985 su libro con A. Embid sobre el malogrado anteproyecto de Estatuto de Autonomía de 1932, hablé de «el fino olfato descubridor de Carlos Forcadell y su escribir preciso y claro». No es Carlos un hombre muy amante de la comparecencia pública (salvo en conferencias y vida académica), pues rehúye actos y protocolos no imprescindibles y ha sido objeto de relativamente pocos estudios y entrevistas. Una de las mejores es la que le realizó la meritoria librería *on-line* Cazarabet, por haber codirigido el tomo tercero de la *Historia de las culturas políticas en España y América Latina*.





Con Emilio Gastón, Andrés Cuartero, José Bada y Guillermo Fatás, en la constitución del Partido Socialista de Aragón, 1976.

En ella explica:

El concepto de «cultura política» es un instrumento, una herramienta, que utilizan los historiadores para mejor conocer el pasado, y nació como respuesta a la conciencia de la insatisfacción que causaba la historia política más tradicional y convencional que se centraba en ideologías, programas y partidos políticos, discursos y acción política de los dirigentes... etc. Las diferentes «culturas políticas», que nacen, se desarrollan, se transforman a la par que el paso del tiempo histórico, nos aproximan a una realidad mucho más amplia que la del «partido político» o a las diversas opciones políticas que encuentran y practican los ciudadanos en el escenario social; Una «cultura política» está compuesta por un conjunto de creencias, valores, memorias parciales de grupos sociales, concepciones específicas del pasado, representaciones de la realidad social, presente y pasada, portadoras de normas y valores, de prácticas, lenguajes y discursos propios, ideas, símbolos y emociones compartidas, algo, en definitiva, que permite comprender la identidad política de los principales agentes colectivos a lo largo de la historia, y que, en definitiva, es previo a la acción política y nos permite comprenderla mejor, así como a sus actores a lo largo del tiempo.

Por eso añade:

Me interesa particularmente la problemática de los usos públicos y políticos de la historia, el cómo cada cultura política, grupo social, poder, estado, tiende a elaborar y transmitir una visión del pasado ajustada a sus valores o intereses, un proceso cultural complejo que conviene convertir en objeto de estudio, en objeto histórico, para describir y comprender el pasado, la historia, en toda su complejidad. Como decía Hobsbawm, si yo no creyera en la posibilidad de reconstruir el pasado me dedicaría a otra cosa. En este sentido mi último trabajo ha sido la edición, junto con Ignacio Peiró y Mercedes Yusta, de un libro sobre *El pasado en construcción. Revisionismos históricos en la historiografía contemporánea*, publicado en 2015.



Volumen III de la *Historia de las culturas políticas en España y América Latina*, 2015.

Ese volumen es el sexto de la obra más ambiciosa acometida por Forcadell: la dirección de la colección *Historia Global*, en la que ha reunido como editores al frente de muchos de los grandes historiadores contemporaneístas españoles y extranjeros, a M. Pérez Ledesma y M. Sierra, Pedro Ruiz Torres, Isabel Burdiel, M. Bolufer, J. Gomiz, T.M. Hernández, R. Foster, D. Bussy, Haupt, H.-G. y D. Langewiesche.

En esa línea ha publicado en los últimos quince años, casi siempre en colaboración, libros y artículos de títulos bien expresivos: *Usos públicos de la Historia* (2003); «Las primeras políticas y organizaciones socialistas» (2004); «La historia social, de la clase a la identidad» (2005); «Tuñón de Lara, los historiadores contemporáneos y la transición democrática» (2008); «El primer sindicalismo de masas en España: la movilización social y política en 1916-1920» (2008); «Ya no tan distante: recepción y presencia de la historiografía alemana en la España Contemporánea» (2009), o editó, con I. Saz y P. Salomón, *Discursos de España en el siglo XX* (2009).

Presidente de la Asociación de Historia Contemporánea (2006-2014) y director de la revista *Ayer* (2006-2010), en ella publicó importantes textos. Durante su mandato, escribí alguna cosa, porque Carlos siempre dice escuetamente: «Manda todo lo que quieras». En el entorno de Juan José Carreras, y luego el suyo también y como heredero, se ha formado un grupo muy brillante de contemporaneístas con Julián Casanova, Carmelo Romero, Pedro Rújula, Alberto Sabio, Ignacio Peiró, Ángela Cenarro, Mercedes Yusta, Carmen Frías y un largo etcétera.

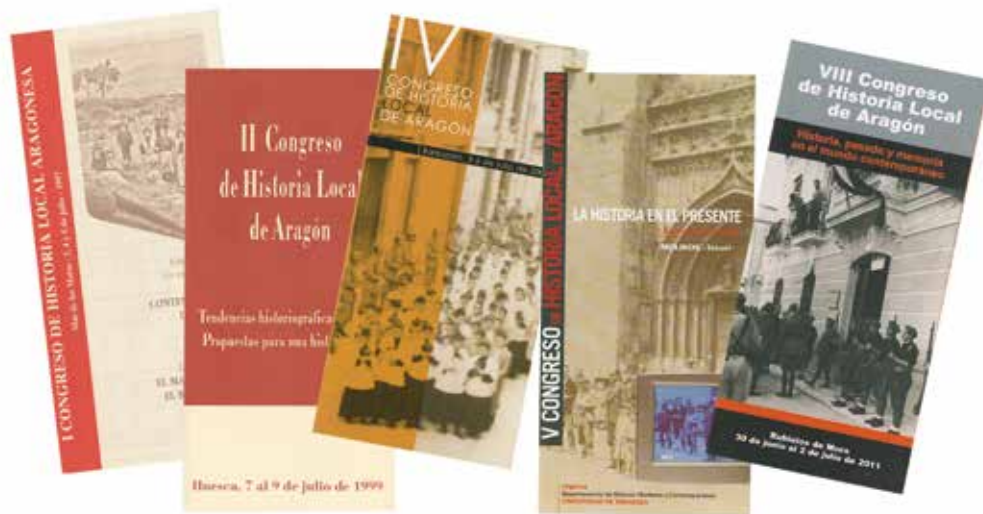
## La «Historia local»

Con los citados y otros muchos, siempre bajo su impulso y dirección, ha reunido Carlos durante veinte años, desde 1997, una serie de encuentros a los que denominó en principio «de his-

toria local». Entendí que esa denominación era una evasiva a designar los estudios principales como historia regional, y aunque acudí al primero, no los he frecuentado: pero los libros surgidos de sus ponencias y debates, que Forcadell introduce con frecuencia, son un legado magnífico. Creo que su obsesión por evitar lo que de «cutre» (es su expresión) han tenido el costumbrismo, el baturrismo, el nacionalismo o regionalismo políticos en Aragón, le han llevado a rehuir un planteamiento nítido, riguroso y académico, pero nada vergonzante, como no lo son en otras comunidades españolas. Tanto él como muchos de los grandes académicos aragoneses de su tan brillante generación (G. Fatás, J.-C. Mainer, Jesús Delgado y otros), aun manteniendo conmigo siempre el respeto profesional y el gran afecto mutuo, no han ocultado su crítica y menosprecio a formulaciones más resbaladizas. La única discusión fuerte, muy seria, aunque nunca hemos llegado a «reñir», fue con motivo de mi postura tajante sobre la enseñanza de la Historia de Aragón en la Facultad de Letras, que él y un grupo importante de profesores de ese centro remitían a una mera optativa.

Pero de hecho, ya en 1984, aludiendo a un pequeño volumen anterior («saludablemente envejecido, que los autores publicaron en 1978 con el título de *Estudios de Historia Contemporánea de Aragón*»), señalábamos Carlos y yo en la introducción a nuestro libro *Aragón contemporáneo*:

Hoy ya no es necesario justificar la orientación regional o local de la investigación histórica. Hace seis años sí. No ha sido este pequeño cambio. Pero sí que es conveniente hacer algunas reflexiones: no hay por qué ocultar que la historiografía regional es un elemento legitimador de la propia regionalización del Estado y de la voluntad política que la ha auspiciado y la defiende; pero hay también una razón previa y de carácter estrictamente científico e historiográfico, ya que han sido las grandes monografías regionales las que más han renovado y potenciado un conocimiento como el histórico, que para ser global y total necesita restringir y delimitar su objeto de análisis... Hoy es creciente el consumo de la historia de cada comunidad y su utilización docente en los diversos niveles. Pero hay que advertir que el conocimiento no se improvisa, y que difícilmente se puede divulgar algo que no se conoce.



Programas de los Congresos de Historia Local de Aragón.

Porque entendíamos que faltaba mucho por hacer en muchas épocas y temas. Luego, a comienzos de los noventa, al establecer Carlos un balance historiográfico sobre la historia regional española, salvo los casos de Cataluña y Euskadi, tras destacar «el abandono en que durante décadas estuvo la Historia regional española de los siglos XIX y XX», y sus causas, señala que «ahora ocurre precisamente lo contrario, que la cantidad y, afortunadamente, la calidad de lo publicado, desborda cualquier intento de panorama exhaustivo» por lo que solo aspira «a que las ausencias no sean muchas ni muy clamorosas, y que el repaso por lo publicado tenga más un aire de síntoma, y un tomarle el pulso a las tendencias que la práctica de los historiadores más frecuentan».

Y ya analizando la situación aragonesa, le asalta casi una década después, a fines del siglo XX, «la sospecha de si no oscurecimos, más consciente o inconscientemente, un cuadro que, interesados en protagonizarlo nosotros mismos, imaginábamos blanco, virgen y sin comenzar».



Los veinte años de congresos de Historia Local. Calatayud, 2016.



En la clausura del X Congreso de Historia Local de Aragón. Calatayud, 2016.

Sin embargo, celebra:

el notable crecimiento y desarrollo que la Historia Contemporánea ha experimentado en Aragón durante los últimos veinte años, tanto desde un punto de vista temático como desde la aplicación de nuevas perspectivas y de metodologías renovadas, como análisis histórico regional y local aplicado al territorio aragonés, con clara dimensión comparativa, y como investigación sobre los problemas históricos generales más característicos de la historiografía española y europea actual.

Señala luego cómo «las pautas de crecimiento y desarrollo de la historiografía en Aragón han venido orientadas por factores, comunes a la historiografía española como ya se ha señalado, de una visible ampliación temática, de renovación teórica y metodológica, y sobre todo y muy especialmente a través de la historia local o de la multiplicación y reducción de la escala espacial, un camino por el que más ha crecido cuantitativamente la historiografía en Aragón». E insiste en que «su persistencia, y su constante expansión... no puede ser despachada sin más como un producto de la 'balcanización' política, institucional y universitaria, o de esa especie de federalismo competitivo por el que circulan los diversos vagones del tren autonómico... En cualquier caso la militancia regionalista o nacionalista suele ser un peligroso compañero de viaje para el conocimiento histórico».

Pero precisamente algunos de sus escritos más penetrantes pertenecen a esta temática: «Políticas de la memoria en la Zaragoza de 1908: el Centenario de los Sitios y la Exposición Hispano Francesa» (2012); «La nación liberal y el pasado del reino de Aragón»; «Aragón, el reino en provincias» (2006), en el libro que editó con M. Cruz Romeo *Provincia y nación: los territorios del liberalismo* (2006); *Paisajes para después de una guerra. El Aragón devastado y la reconstrucción bajo el franquismo* (2008).

Y me referiré especialmente a «De la escritura a la política. Los usos públicos del pensamiento de Costa», un tema al que ha dedicado en diversos lugares trabajos como el de *Andalán* sobre «Joaquín Costa y su clase social» o su excelente introducción a la reedición de *Reconstitución y europeización de España. Programa para un partido nacional*, con motivo del centenario de la muerte de Costa. Sobre ese tema nos encontramos de nuevo en el soberbio catálogo de la exposición *Joaquín Costa, el fabricante de ideas* (coordinada por Ignacio Peiró y Rafael Bar-



Con Guillermo Fatás y Gonzalo Borrás, anteriores directores de la Institución Fernando el Católico, 2013.

daji) y en otro con textos también de Gabriel Jackson (su conferencia inaugural) y una serie de «Miradas contemporáneas». O en el Congreso Nacional sobre Joaquín Costa y la modernización de España, celebrado en Madrid en la Residencia de Estudiantes, en el que se ocupó de los ecos de sus ideas junto con Pedro Ruiz Torres, Ignacio Duque, Julián Sauquillo, Andrés de Blas y Alejandro Quiroga. O en el ciclo celebrado por el Centro Aragonés de Barcelona en el que participamos, junto con Josep Fontana, Gómez Benito, Ara Torralba y Calvo Carilla. Él, además, coordinó con Ignacio Peiró un curso en Jaca: «España fin de siglo: el universo cultural, social y político de Joaquín Costa».

## La Institución Fernando el Católico

Cuando con notable retraso el entonces presidente de la Diputación de Zaragoza, Javier Lambán, le nombró director de la Institución Fernando el Católico, una de las mayores y mejores de tipo provincial en España, Carlos llegó como un huracán. Aceleró los pasos medidos de sus antecesores para cambiar la vieja maquinaria, y terminar de limpiar la imagen de academia más o menos rancia; abrir la IFC, y sus recursos públicos, a personas y grupos de investigación de reconocida capacidad y mérito, tanto en lo relativo a la organización de cursos como la dirección de revistas y la promoción y gestión de las publicaciones, independientemente de que tuvieran o no relación orgánica o histórica con la IFC.

En esa línea, próxima a cumplir una década, se vienen realizando unos treinta cursos al año que proyectan y apoyan la docencia e investigación en la Universidad de Zaragoza, en ámbitos de ciencias humanas y sociales, preferentemente. Se publican unos setenta títulos al año, propuestas que son seleccionadas y pasadas a informes previos por una Comisión de Publicaciones creada a tal efecto, que procura, en la medida de lo posible, organizar en colecciones con una propia marca, como la de Historiadores de Aragón, la llamada Serie Negra, que se ocupa

de tratar e ilustrar visualmente temas de historia urbana zaragozana, la Serie Verde, dedicada a la edición crítica de textos históricos, la «naranja», etc. O Letra última, que hace ediciones críticas de textos literarios recientes pensadas para la enseñanza, Historia Global, que aborda temas de especial significación historiográfica en el mundo actual... etc. Además, han sido numerosos y sobresalientes los cursos y reuniones científicas, conciertos, becas y premios, asesoramiento a municipios y a otras entidades, Escaparate Cultural, etc. También se ha renovado la dirección de revistas.

Cuando llegó, estábamos acabando la *Biblioteca Aragonesa de Cultura*, que dirigí, medio centenar de libros que la IFC editaba con Ibercaja y ayudas puntuales de la DGA y los institutos de cultura turolense y altoaragonés. Carlos había contribuido a presentar alguno de esos libros, junto con G. Fatás: *Uno de los nuestros. Memorias de un joven comunista, 1969-1979*, de Javier Delgado, en diciembre de 2002 en el Centro Pignatelli. Por mi parte, a su invitación, he realizado bastantes reseñas, asistido a actos, realizado informes sobre trabajos presentados para edición, algún prólogo. Y me llena de libros.

## El viejo amigo

¿Qué balance puede hacerse de esta biografía intelectual de un viejo amigo, de trayectoria tan común o paralela en el último medio siglo? En esta especie de memoria compartida, queda clara la amistad intelectual, académica, incluso política. Amistad que se ha traducido también en muchos viajes juntos, que van desde el Pau de los años setenta hasta la Viena de 2009, donde nos orientó y fuimos todos con él y su esposa, Papi Aznar, al famoso café Sacher para probar sus pasteles de chocolate.

O en la asistencia a fiestas (también a penas) comunes, como la muy cautelosamente preparada para su sorpresa, cuando en 2006 cumplió los sesenta. Él no ha dejado de asistir, a su vez, a



Con Daniel Gascón, Pedro Rújula, Marisa Santiago, Pilar Aznar, Eloy Fernández y Luis Alegre, 2010.



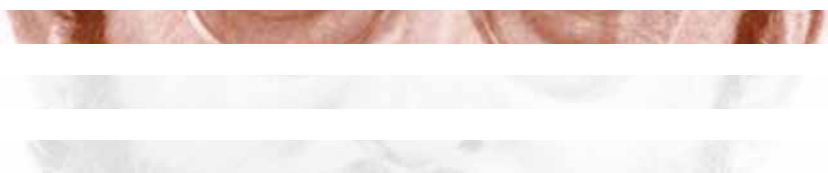
El guiñote de los lunes, de dcha. a izda., con Vicente Martínez Tejero, Gonzalo Borrás, Carmelo Romero, Alfonso Ballestín, Eloy Fernández, Ramón Salanova y José Borrás, 2012.

la que organizaron mis paisanos de la villa turolense de Andorra cuando en 2010 me hicieron hijo predilecto, participando con Borrás, Castro y Melero, en una mesa redonda. Precisamente allí habían sido maestros su prima hermana, Pili, y su marido Ángel Gracia, íntimos de mis tíos allí maestros igualmente. Porque ese es otro dato fundamental en unas vidas cruzadas: el conocimiento y trato familiar. Conocí a sus padres, y a la abuela paterna a la que visitamos un día en Teruel. Y, sobre todo, tanto mi mujer, Marisa, como yo, queríamos mucho a Papi, tan vital y cariñosa siempre, tan alegre, tan buena profesional de la psiquiatría.

Con ella nos han visitado hasta tres veces en nuestra casa de verano del Cabo Ortegal, en Cariño, la última en agosto de 2016, cuando aparecieron también por sorpresa junto a muchos otros familiares y amigos, a celebrar nuestras bodas de oro.

Carlos es más serio que formalista, ironiza pero no gusta de bromas, de una seguridad total para escribir en colaboración, defiende la socialdemocracia con energía, y gusta del buen vino y la amistad a prueba de bomba. Eso, diré para terminar, lo llevamos practicando desde hace muchísimos años, en una tertulia simpar, con otra media docena de colegas y amigos, cenando y guiñoteando los lunes, discutiendo afablemente, celebrando nuestras maravillosas veladas.





## **La historia: razones y pasiones**

### **Diálogo con Carlos Forcadell\***

**Juan Sisinio Pérez Garzón**

Universidad de Castilla-La Mancha

**Eloy Fernández Clemente**

Universidad de Zaragoza

\* Diálogo de Eloy Fernández Clemente y Juan Sisinio Pérez Garzón con Carlos Forcadell durante el congreso *A propósito de la Historia*, en el aula Pilar Sinués del Paraninfo de la Universidad de Zaragoza el 9 de noviembre de 2018.

ELOY: Se nos ha encargado, y hemos aceptado muy gustosamente, cerrar este tan justo y hermoso homenaje manteniendo con Carlos Forcadell un diálogo en el que le preguntamos algunas cuestiones clave en su biografía de historiador. Carlos nació en Zaragoza, hijo de una familia de clase media (como tantos de nosotros), con orígenes familiares turolenses (y luego, como consorte, las tendrá altoaragonesas para completar el mapa). Estudió Filosofía y Letras en Zaragoza, cuando había dos años de comunes y tres de especialidad, y en ella obtuvo la licenciatura en Geografía e Historia tras asistir a las clases impartidas, por lo general, y especialmente en las materias de Historia moderna y contemporánea, por un personal adicto al régimen franquista, homologable con el de tantas universidades de provincias en los últimos años del franquismo. El azar quiso que en 1968 Juan José Carreras, a su retorno de Alemania, ocupara la plaza de profesor agregado de historia contemporánea, lo cual determinó radicalmente su futuro destino profesional. Tras la licenciatura, en los primeros años setenta, escapó a Europa, buscando otros aires, que encontró en Heidelberg, Ámsterdam o París.

SISINIO: Comenzaste a hacer la tesis con Juan José Carreras y aquí ya entramos en la primera pregunta: ¿Por qué aquella tesis sobre *El movimiento obrero español ante la primera guerra mundial* en 1977?, justo el primer año en que se abrió la etapa democrática con las elecciones del 15 de junio.

CARLOS: Fue Juan José Carreras quien me sugirió el tema y el que me proporcionó las primeras orientaciones. Con el paso del tiempo me he dado cuenta de que tras una propuesta impecablemente académica, puesto que el tema del «movimiento obrero» durante la Gran Guerra era un clásico europeo, para quien conocía la historia europea posterior a 1945, tratado por el austriaco Braunthal para el conjunto de la II Internacional, por Alfred Rosmer para Francia, Leo Valiani en Italia, etc., libros todos ellos que ocupaban un lugar en su biblioteca personal, se encontraba también la intención, tácita en aquellos momentos de los primeros años setenta, de plantear los temas centrales de las organizaciones obreras políticas y sindicales y su respuesta a la revolución rusa y la emergencia de la URSS, dicho de otra manera, los orígenes del Partido Comunista de España, también. De todo eso era más consciente el Docktorvater que el doctorando, pues



Con Eloy Fernández Clemente y Juan Sisinio Pérez Garzón. Paraninfo de la Universidad de Zaragoza, 2018.

nos encontramos a comienzos de los años setenta, con todos los controles de la universidad franquista bien activos. De modo que recuerdo que las conversaciones con él –frecuentemente en su casa para devolver y tomar libros que no estaban en ninguna otra biblioteca– se mantenían en un terreno estricto y exquisitamente académico. Por entonces nos tratábamos de usted, como veo en cartas que recuperé a la hora de revisar esta conversación: «me alegra mucho verle totalmente integrado en la feria universitaria alemana, con todas sus confusiones. Desde esas latitudes le resultará muy extraño todo lo que pasa por aquí...», a la vez que me encargaba pedidos en su librería de la Hauptstrasse, Kurt Ziebank, comentaba que habían traducido a Poulantzias «con toda su pedantería estructuralista» o que había encargado el Miliband «para oxigenarme un poco con el empirismo anglosajón». Ahora veo que en el panorama de investigaciones y libros sobre las organizaciones políticas y sindicales de los trabajadores que emergió en la segunda mitad de los años setenta (Bonamusa, David Ruiz, Paniagua, Elorza, etc.) mi tesis surge de unos planteamientos y moldes marcadamente académicos, estimulados por un director capacitado y «consciente», todavía cauteloso, aunque ya se había colado en el escalafón, y no se debe tanto a circunstancias políticas o ideológicas personales que, por entonces, en mi caso, no pasaban de un cierto izquierdismo genérico sin compromisos organizativos. Pero sí, el resultado fue que se leyó en 1977, poco antes de las primeras elecciones democráticas, fue la primera que dirigió Juan José, quien dejaba gran libertad al doctorando, y ayer me gratificó mucho oír a alumnos y doctorandos míos que tenían de mí un recuerdo similar; fue una de las primeras

tesis presentadas sobre historia del movimiento obrero, la vieja guardia de la facultad se puso en estado de alerta y recusó sucesivamente el tema, la dirección de Juan José, que a la sazón era profesor agregado y, finalmente, el tribunal, que fue aprobado en Junta de Facultad con sus votos en contra; la lectura fue un acto masivo, con militantes sindicales y políticos entre el público. Claro, y me convertí en un «historiador del movimiento obrero», especie que comenzó a abundar en esos momentos entre los contemporaneístas.

**ELOY:** ¿Cuándo te sentiste no profesor (clases) ni estudioso (lecturas y escrituras), sino historiador, y qué significa para ti esa palabra?

**CARLOS:** No soy muy consciente, historiador es una palabra mayor. Sí que percibía progresivamente una cierta pasión por el pasado, por conocerlo y estudiarlo; es esta una marca de identidad de la profesión que a mí se me debió hacer presente cuando en cuarto de carrera abandoné los estudios de Derecho, que simultaneaba hasta entonces con los de la Facultad de Filosofía, pero sobre todo en el trabajo de investigación para la tesis doctoral, a la hora de las primeras publicaciones, de la rápida edición en *Crítica* del libro resultante, en 1978, que fue favorablemente informado por una persona que yo desconocía hasta ese momento (Josep Fontana), los requerimientos para asistir a congresos de «historiadores», el trato y conocimiento iniciales tanto con compañeros como con profesionales mayores y consolidados, un conjunto de factores y de experiencias entrelazadas que me confirmó esta identidad profesional, que, grandes palabras aparte, yo creo que consiste en leer, investigar, escribir y enseñar historia, en practicar un método histórico venerable que consiste en documentar, interpretar, explicar y relatar aspectos de la historia, cuya reconstrucción a partir de huellas y vestigios del pasado es posible, mas allá y por encima de relativismos, y constituye una actividad intelectual socialmente útil que es necesario trasladar y transmitir así al espacio público como al sistema educativo.



Con Josep Fontana en la Universidad de Zaragoza, 2013.

Me permito recordar, en esta revisión, como el viejo Hobsbawm observaba alarmado en su biografía [2002], que «las presiones políticas que sufre la historia a manos de los estados y los regímenes nuevos y antiguos, de los grupos de identidad [...] son en la actualidad más fuertes que nunca, y la sociedad mediática moderna ha dado al pasado una preeminencia y un potencial mercantil sin precedentes. La historia está siendo revisada o inventada hoy más que nunca por personas que no desean conocer el verdadero pasado, sino solo aquel que se acomoda a sus objetivos. La actual es la gran era de la mitología histórica. La defensa de la historia por sus profesionales es en la actualidad mas urgente en la política que nunca. Nos necesitan». Estos juicios y alarmas, escritos en 2002, hace casi dos décadas, tienen mucho de pronóstico adelantado, de adivinación, de augurio cierto, si convenimos en que la utilización de la historia, su conversión en mercancía, las potencias mediáticas que la trasladan a la opinión pública, no han hecho sino multiplicarse aceleradamente hasta los tiempos acelerados de nuestro presente. Esta defensa de la historia como disciplina de conocimiento en un mundo ávido de consumir el pasado lo es de las humanidades en general.

SISINIO: Aunque luego hablaremos mucho más de la evolución historiográfica, una pregunta de sopetón: desde aquella tesis a las últimas tesis que tú has dirigido ya como maestro de jóvenes o director de investigaciones algo ha cambiado. ¿Qué distancia existe entre



Con Manuel Pérez Ledesma. 2009.

comenzar estudiando el movimiento obrero, o dirigir en los años noventa tesis doctorales de reconocidos colegas [Rújula, Sabio, Frías...] sobre temas de historia social clásica y ahora propiciar o dirigir estudios sobre temas como: «Etnicidad, subalternidad y representaciones de alteridad en la construcción del Estado nacional? [en Colombia, 2012]; o esa otra sobre «Business Spanish. La introducción de la enseñanza del español en Inglaterra en la primera mitad del siglo XX»? ¿Por qué ese giro historiográfico? ¿Es que ya no interesa la clase obrera?

**CARLOS:** Pues, en primer lugar, la distancia que media entre casi medio siglo de transformación de la historiografía; se escribe, afortunadamente de otra manera, y sobre otros temas y ante nuevas preguntas que exigen respuestas distintas. La historia, como cualquier disciplina científica o humanística, siempre ha sido un saber acumulativo. Para empezar, yo no creo haber salido nunca a la búsqueda de doctorandos o discipulazgos, pero tampoco me he negado a dirigir investigaciones y los temas de las mismas han cambiado, naturalmente, con los tiempos; la sucesión de los títulos y planteamientos de los proyectos de investigación que he patrocinado o en los que he participado, desde 1990, reflejan la misma realidad. La veintena de tesis doctorales que he dirigido entre la primera de 1989 y la última de 2018 son una buena ilustración de la evolución de la historia de la historiografía en las últimas tres décadas, y 1989 no es una fecha indiferente para las inminentes transformaciones que las ciencias sociales y humanas comenzaron a desplegar en profundidad. Tampoco creo que tengan mucho que ver las clases que damos ahora en los cursos de máster con las que podía impartir un recién licenciado a principios de los años setenta.

Por otra parte los historiadores de nuestra generación somos, creo, mayoritariamente «generalistas», podemos saber más de unos temas que de otros, pero no nos hemos encontrado cómodos con las fronteras de una fuerte especialización, sea cronológica o temática, lo cual da mucho trabajo: a título de ejemplo, en estos momentos [otoño de 2018] estoy leyendo a la vez unos escritos inéditos de Hanna Arendt y una biografía de Espartero, que no tienen nada que ver aparentemente, pero pueden iluminar perspectivas nuevas sobre el liberalismo, la nación... Creo que mi generación (tú mismo, Moncho Villares, Pedro Ruiz, Elena, por citar solo colegas presentes aquí, y con un particular recuerdo a Manuel Pérez Ledesma) y la de nuestros mayores (Artola...), para bien y para mal, participamos de una cierta práctica, o ambición, «generalista».

Esas dos tesis recientes que has citado, desde perspectivas diferentes, son investigaciones de carácter cultural. No es que el «movimiento obrero», expresión en desuso, no interese, es que tampoco la «identidad» obrera (historia cultural) dispone de un lugar historiográfico propio entre el masivo atractivo e interés que vienen suscitando otro tipo de identidades culturales generadoras de lenguajes y dispositivos para la acción, subjetividades políticas y culturales como la identidad de género, identidades territoriales, religiosas, étnicas, etc. Claro que la «clase obrera», el proletariado, las organizaciones políticas y sindicales de los trabajadores, si se quiere, se ha desfigurado y desvanecido, así en la realidad sociológica y política como, paralelamente, en su condición de objeto historiográfico significativo, y no digamos en la de aquella pretensión de constituir el «sujeto» principal de la historia. A pesar de que la clase obrera organizada fue un agente histórico y social importante en la conquista de derechos políticos y sociales, las raíces de los derechos y la «ciudadanía» fueron más amplias y plurales; muchos movimientos sociales conquistaron derechos civiles y políticos, no solo desde



Con Ignacio Peiró y Juan José Carreras en el curso «Lecturas de Historia. Nueve reflexiones sobre Historia de la Historiografía». Paraninfo de la Universidad de Zaragoza, 2000.

y para los trabajadores, sino desde y para las mujeres, minorías raciales en occidente, identidades sexuales, etc. La ciudadanía era la candidata más cualificada para constituirse como un nuevo e integrador sujeto histórico que agrupa a sectores más amplios que la clase obrera tradicional, en un mundo en el que escasea el trabajo fijo y la identidad laboral.

Ayer y hoy, las principales fronteras de exclusión, que cualquier proyecto democrático y emancipatorio debe proponerse confrontar y disolver, han sido y son la clase, el género, y la raza... La historia social clásica, en la que la tradición y método marxistas desempeñaron un papel importante, renovó profundamente el conocimiento del pasado aunque quizá cometió el mismo pecado de soberbia que ha heredado hoy la historia cultural. El desplazamiento hacia el centro de la escena historiográfica de la cultura se ha producido, pues, desde el interior de las propias tradiciones disciplinares. Ha sido del activo sector de historiadores sociales, mirando fuera, hacia otras disciplinas, antropología, filología, en un mundo radicalmente diferente posterior a 1989, de donde han salido las principales propuestas de actualización y renovación historiográfica. No hay que olvidar que hoy, cuando en la historiografía y en la crítica cultural actuales se hace cada vez más visible la conexión entre las nociones de clase, raza y género, los historiadores sociales de antaño, así como las organizaciones de trabajadores en su momento, se encontraron en vanguardia de las tres más importantes luchas de la modernidad contemporánea: la resistencia al colonialismo, la emancipación de las mujeres y el combate contra el fascismo.



ELOY: Continuando las tareas de tu maestro, Juan José Carreras, has visto crecer en tu entorno un grupo de profesores y doctorandos especializados en historia de la historiografía como dedicación fundamental, algo que viene definiendo una especie de «grupo de Zaragoza» ante los colegas del resto de España. ¿Por qué causas y razones es esto así, y qué entiendes tú por historiografía? ¿Existen escuelas historiográficas en España? En tal caso ¿Existe una Escuela de Zaragoza y cuáles son sus marcas metodológicas?

CARLOS: Desde finales de los años setenta, ya desde la cátedra de historia contemporánea, en la Autónoma de Barcelona, luego en Santiago de Compostela y, finalmente, en Zaragoza, Juan José ya descubre sus cartas en el panorama historiográfico español. Recuerdo que cuando yo estaba en Heidelberg a mediados de los años setenta algunos profesores todavía me preguntaban por Carreras y un uruguayo del Dolmetscher Institut afirmaba que «Juan José es como Buda. No tiene origen». Pero sí que tenía origen. Conocía muy bien el mundo de la historiografía germana desde la posguerra, así como su contribución a que la sociedad alemana fuera asumiendo el traumático pasado del nazismo, incluyendo la reconstrucción del oculto pasado nazi de reconocidos académicos que despliega la generación de los «hijos» desde los años setenta y ochenta; y conoce muy bien, primero desde fuera y ahora ya desde el interior, la historiografía y la academia franquistas, ese mundo de «catedráticos franquistas» y «franquistas catedráticos» contra las que practicará con tanta eficacia como elegancia un auténtico ajuste de cuentas. Tiene un proyecto aunque no lo haga explícito. En el Heidelberg de los años cincuenta/sexenta, donde coinciden personas como Kosselleck, Gadamer, Löwith, Habermas..., se hace con unos *habitus* historiográficos escasamente conocidos entre nosotros que transmitía sutilmente en su docencia universi-



En el coloquio hispanoalemán *La revolución burguesa en España* con, de izda. a dcha. y de pie: Manuel González Portilla, Mauricio Pérez Sarabia, Kurk Schnelle, Juan Trias Vejarano, Alberto Gil Novales, Manfred Kossok, Werner Basler, Max Zeuske, Michael Zeuske, Luis Germán y Marc Baldó; agachados: José María Garmendia, Rainer Schlesier, José Ramón Urquijo, Carlos Franco de Espés, Vicente Pinilla, Juan José Carreras, Erich Kalwa y Juan Sisinio Pérez Garzón. Universidad de Leipzig, noviembre de 1983.

taria. La Historia de la Historiografía es una disciplina muy germana, todavía hoy, con marcos normativos propios, revistas y asociaciones europeas, exigencias y desarrollos específicos. Quizá el término «escuela» resulte algo pretencioso, pero sí que es cierto que comenzó a proponer y dirigir tesinas y tesis sobre estos temas, una trayectoria de la que surgieron las tesis doctorales de Gonzalo Pasamar (1986) sobre *La historiografía en la España franquista (la postguerra 1939-1950)*, publicada posteriormente en las Prensas de nuestra Universidad con el título de *Historiografía e ideología en la postguerra española. La ruptura de la tradición liberal* (1991), y la de Ignacio Peiró, centrada en la historia del nacimiento y consolidación de la historiografía liberal española, publicada con el título de *Los guardianes de la Historia: la historiografía académica de la Restauración* (1995). A partir de estas aportaciones seminales Ignacio y Gonzalo han configurado en la Universidad de Zaragoza, con sus investigaciones, proyectos de investigación, dirección de tesis..., un grupo reconocible y definido no solo entre los historiadores españoles, sino también en los ámbitos europeos e internacionales dedicados a la historia de la historiografía. No sé si se puede hablar de «Escuela historiográfica de Zaragoza», pero sí de que aquí, en el Departamento, hay una labor sistematizada y continua que desarrolla unos programas de historia de la historiografía reconocibles entre nosotros y por los ámbitos europeos especializados. Después del fallecimiento de Juan José en la Institución Fernando el Católico se creó un Seminario Permanente de Historia de la Historiografía Juan José Carreras en cuyos cursos anuales han participado los principales exponentes de esta discipli-



En la boda de Gonzalo Pasamar y Palmira Vélez, con Germán Navarro, Juan José Carreras e Ignacio Peiró. 1991.



Con Miquel A. Marín e Ignacio Peiró en la Escuela de Historia y Arqueología de Roma, 2012.

na, o subdisciplina (Lutz Raphael, Kristoph Cornelissen, Mauro Moretti...). Sí, es una de las marcas más características de la historiografía contemporaneísta desplegada en la Universidad de Zaragoza en el último cuarto de siglo.

**SISINIO:** ¿Se han producido giros en esta llamada, para entendernos, Escuela de Zaragoza? Por ejemplo: entre 1991 y 1995 dirigiste tres tesis doctorales de enorme calibre metodológico a tres jóvenes brillantes, hoy sólidos baluartes de nuestra historiografía, a Carmen Frías, a Alberto Sabio y a Pedro Rújula: una sobre republicanismo y liberalismo, otra sobre relaciones de propiedad y mercados agrarios; y otra sobre rebeldía campesina y guerra civil en el Aragón de 1821 a 1840. O sea, pura historia social, incluso con su dimensión política, todo trabado dialécticamente, con coherencia metodológica clásica. Pero las fechas no son casuales; es más, habías investigado hasta esas fechas la historia de la pequeña propiedad en Aragón, los señoríos, las desamortizaciones... y en 1997 publicaste algo sobre «Identidad comunitaria e historia en el Bajo Aragón y Maestrazgo», o acerca de «Las fantasías históricas del aragonésismo político»; pronto planteaste, en un artículo muy jugoso en 2005, unas reflexiones imprescindibles sobre «La historia social, de la clase a la identidad». ¿Qué ha pasado con la clase obrera? ¿Acaso es que se ha perdido por el sumidero de la identidad?

**CARLOS:** Mas que «giros» –han sido propuestos tantos en la historiografía reciente que pueden producir mareos–, lo que ha habido es un desarrollo natural en la investigación y escritura de la historia, así en los temas como en los métodos, del que creo hemos participado todos, salvo quienes prefirieron quedar anclados en alguna especie de monotema originario y reiterado. Fines de los ochenta y primeros noventa fue el momento de auge de la historia social en España, de una historia social de lo político, cultivada con



Seminario Juan José Carreras. IFC, Zaragoza, 2011.

De izda. a dcha., de pie: Ignacio Peiró, Miquel A. Marín y Francisco Javier Capistegui; sentados: Christoph Cornelissen, Mauro Moretti y Maestrogregori, durante el curso de «Historia de la Historiografía» del Seminario Juan José Carreras. Aula de la IFC, Zaragoza, 2012.

retraso entre nosotros y más obligada y necesaria si cabe en ámbitos académicos como el zaragozano que procedían de un patrocinio franquista que no suscitaba intereses e investigaciones de carácter tradicional más allá del siglo XVIII, ni más allá de un simple historicismo positivista. Se trataba de responder, pues, tanto a las renovaciones historiográficas exigidas por el tiempo como a los intereses renovados de licenciados y doctorados recientes.

Otra marca de identidad del despliegue del contemporaneísmo en Aragón en las dos últimas décadas ha consistido en la reunión sistemática de congresos que llamamos de

«Historia local en Aragón» desde que Ignacio Peiró y Pedro Rújula organizaran un encuentro en 1997, en Mas de las Matas, que resultó ser el primero de una serie que va por su edición número doce, en la que he participado, he animado y estimulado, desde esa perspectiva de «historia local en Aragón», y no tanto «de Aragón», asunto que discutíamos en ocasiones con Eloy. Eso lleva al tema, que no eludo, de la «identidad», un concepto hoy desbordante, o desbordado, que cuando comenzábamos nuestro oficio, como se puede comprobar en diccionarios, era propio de estudios y análisis de psicología, individual y social; no creo que este manido concepto esté definido, a pesar del abuso de que es objeto; en la composición de nuestra identidad hay elementos mucho más importantes que el origen o inserción territorial, sea local o nacional: el género, la edad, ser joven o viejo, ser padre o ser hijo..., proporcionan mucha más identidad, como la profesión o la clase, que ser de Astorga, de Calamocha o de Vic. Es el de la identidad un concepto altamente confuso, muy apropiado, por tanto, para cualquier especie de manipulación.

Por el contrario la identidad de la clase obrera ha sido objeto de una profunda erosión y corrosión, que diría Richard Sennet, y de profundas transformaciones en el marco del capitalismo globalizado. La edad de oro de la historia social, en la que desembocó la primigenia atención a las organizaciones de los trabajadores y sus prácticas políticas, si es que existió, se fue desvaneciendo, muy visiblemente después de 1989, desde los primeros años 90. La clase trabajadora desapareció como agente y sujeto histórico principal o de particular relevancia, a pesar del importante papel de sus organizaciones y prácticas políticas en la conquista y extensión de derechos ciudadanos en la historia contemporánea, o del innegable protagonismo que tuvo en la acción colectiva en España entre 1868 y 1939. Por otra parte yo me considero un historiador, insisto, generalista, que, como tantos, hemos evolucionado desde nuestros comienzos al compás de las transformaciones de la propia historiografía. Hay que tener en cuenta que mi tesis doctoral se presentó hace más de cuarenta años.



En el seminario sobre «Culturas políticas en la España contemporánea». IFC, Zaragoza, 2013.



Primer díptico y logo de la Asociación de Historia Contemporánea, 1991.

Convocatoria del Primer Congreso de Historia Contemporánea de España, organizado por la AHC.

Cartel del VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea sobre «Usos Públicos de la Historia». Universidad de Zaragoza, 2002.

EN LA PÁG. SIGUIENTE: Miembros de la Junta Directiva de la Asociación de Historia Contemporánea y del Consejo de Redacción de la revista *Ayer* ante la Librería Marcial Pons. De izda. a dcha., de pie: Ismael Saz, Mari Cruz Romeo, Juan Pro, Carme Molinero, Miguel Cabo, Teresa Ortega, Ricardo Martín de la Guardia, José María Portillo, Nerea Aresti, María Sierra, Juan Pan Montojo; en primer término: Ignacio Peiró, Anacleto Pons, Manolo Suárez Cortina, Susana Sueiro y Carlos Forcadell. Madrid, 2014.

**ELOY:** Vamos a dar un cambio rotundo, pasando a otro de tus rasgos profesionales más característicos. En las últimas décadas has sido un extraordinario difusor de obras de otros, editor, prologuista, introductor, impulsor, organizador o moderador de docenas de encuentros. ¿Cómo valoras esa práctica, esa dedicación que también identifica tu trayectoria?

**CARLOS:** Los historiadores tenemos la obligación de estar presentes, de una u otra manera, en el espacio público, y más si cabe en estos tiempos de presiones mediáticas y de usos, más interesados o más banales, del pasado. La práctica historiográfica, como cualquier ámbito de conocimiento, tiene dos destinatarios principales, la propia profesión y el conjunto de la sociedad en general. Un aspecto muy gratificante y creativo de nuestro oficio es la relación con maestros, colegas, discípulos, el intercambio de temas, problemas y conocimientos en el marco de una especie de biografía profesional colectiva. Tengo vivos recuerdos del primer congreso al que asistí organizado por Tuñón de Lara en 1973 en la universidad de Pau, y Juan Sisinio recordará probablemente como intentábamos sacar a la hija de Manuel Tuñón, Paloma, a bailar, sin ningún éxito ante la negativa paterna; participé asiduamente en los reencuentros anuales que propició después en Pau, o en las sedes de la UIMP en Cuenca y en Segovia. Probablemente el primer congreso que organicé, junto con Juan Sisinio, Santiago Castillo y Mari Carmen García Nieto, fue el de su homenaje en Santander en 1981, así como la posterior edición de los volúmenes de las correspondientes actas. Desde entonces he participado con continuidad en las actividades colectivas de los contemporaneístas españoles,



cuya novedad en comparación con la etapa anterior las hacía más atractivas. De ellas surgió la Asociación de Historia Contemporánea, nacida en 1988 y que presidí entre 2006 y 2014, la revista *Ayer*, que dirigí entre 2006 y 2010, y un rosario de congresos bianuales que acaba de reunir su 14 edición. Esta trayectoria me ha permitido tener un contacto directo con el conjunto de la profesión y con los quehaceres de los contemporaneístas españoles durante más de cuatro décadas y formar parte de una biografía colectiva generacional, con sus competencias curriculares, pero también con muchos componentes colaborativos; considero que, en conjunto, ocupa un espacio propio en mi biografía de profesor de historia e historiador.

**SISINIO:** Abundando en ello: Has dado hace poco una conferencia sobre la historia de la Institución Fernando el Católico. ¿Nos haces tu propio balance como director de la Institución en estos últimos tiempos? Estar al frente de este centro de estudios simboliza de alguna manera la enorme tarea que has desarrollado desde inicios de los años 80 investigando, primero, y a la par fomentando estudios locales o de escala reducida. De todos los institutos de historia locales creados por el franquismo y adscritos al patronato José María Quadrado del CSIC, la IFC es el que ha tenido una acti-



Con Enzo Traverso y Encarna Nicolás en el IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea. Murcia, 2008.

vidad más continuada y ambiciosa, hasta ahora mismo, que es una editorial de referencia nacional en el campo de las humanidades. Por otra parte, si no recuerdo mal, fue Clifford Geertz quien tituló un libro suyo *Saber local, saber global. Los lugares del saber*. ¿Te parece atinado ese título para definir tus investigaciones en esta área? ¿Y por qué?

CARLOS: Esa charla a la que te refieres tiene lugar en el contexto conmemorativo del 75 aniversario del nacimiento de la IFC, ocasión para la que he coordinado este mismo año un volumen titulado *Cultura y política del franquismo a la democracia. 1943-2018*, periodo a lo largo del cual se suceden dos etapas claramente diferentes, las cuatro primeras décadas de subordinación a una cultura franquista dirigida por elites universitarias zaragozanas procedentes directamente de Falange, y el tiempo transcurrido desde que en 1983 las nuevas corporaciones democráticas nombran director al escritor Ildelfonso Manuel Gil, procedente de universidades norteamericanas, con vinculaciones personales a Benjamín Jarnés, Francisco Ayala, etc.; desde entonces la dependencia lo es de las condiciones de una nueva cultura democrática y la IFC mantiene cierta autonomía independiente de las mayorías políticas de la corporación provincial. Yo mismo he sido director con gobiernos del PSOE y del PP. La dirección de este instituto de cultura me ha proporcionado, ciertamente, muchas satisfacciones, y también me ha supuesto un proceso de aprendizaje, tanto por la variedad de cursos organizados, que me ha faci-

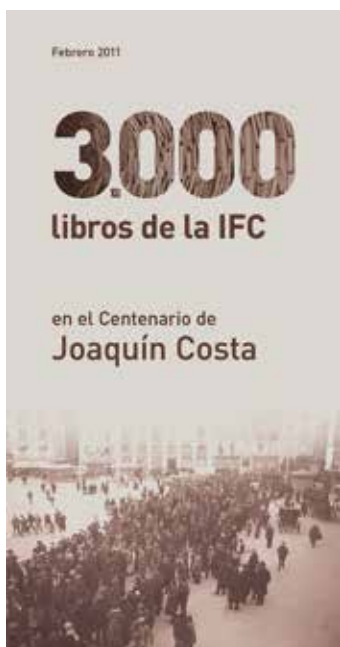


litado transitar de la historia al mundo de las humanidades, y de las ciencias sociales, en general, como por las labores de edición.

Mucho antes de ocuparme de la dirección de la IFC ya asistí, como participante y promotor, a los inicios en Mas de las Matas (1997) de una serie de congresos que llamamos de «historia local de Aragón» y que llevan ya 11 ediciones bianuales recorriendo el conjunto de la geografía aragonesa. Han sido reuniones muy alejadas de tentaciones identitarias, en las que ha estado presente ese mandato *geertziano* al que te refieres de considerar lo local, o territorial como la escala más adecuada para estudiar determinados procesos históricos generales, es decir, globales. Giovanni Levi nos remachaba en una de estas reuniones en la localidad bajoaragonesa de Molinos que *gli storici no studianno villagi, studianno nei villagi*. Por otra parte desde una institución cultural provincial es perfectamente posible, y necesario, atender al exterior, de modo que nadie se extraña de que yo mismo creara en 2010 y dirija hasta hoy una colección que lleva publicados doce títulos con este rótulo, el de Historia Global, serie que creo va teniendo cierta fortuna, en la que se han publicado traducciones de obras de referencia en la historiografía europea (Haupt, Langewiesche, Raphael, Herman Paul, Kuukkanen...) o investigaciones de reconocidos historiadores españoles (Perez Ledesma, Isabel Burdiel, María Sierra, Bartolomé Yun, Pedro Ruiz...). Este papel de editor, descubierto y desempeñado estos últimos años, constituye un espacio de aprendizaje, es muy gratificante, visibiliza bien los efectos y repercusiones de publicaciones necesarias, alejadas de la presión del mercado; se me ocurre proponer el ejemplo de la edición magna de *El Crítico* de Gracián (2016), dos tomos con más de 10 000 notas, tarea, como otras, tan necesaria como impensable para una editorial privada. Como decía ayer Txema Portillo lo que más rejuvenece es hacer cosas nuevas y aprender.



I Congreso de Historia Local de Aragón, con Carmen Frías y Pedro Rújula. Mas de las Matas (Teruel), 1997.



La IFC celebró en 2011 su publicación número 3000 con una edición de los *Estudios Ibéricos* de Joaquín Costa, preparada por Guillermo Fatás.

EN LA PÁG. SIGUIENTE: Con Guillermo Fatás en la presentación de la publicación número 3000 de la IFC, 15 de febrero de 2011.

**ELOY:** Muy bien. Voy a dar otro cambio de rumbo, ya en la recta final. Has prodigado últimamente mucho reflexiones sobre las relaciones entre Historia y Memoria, la llamada «memoria histórica», el auge del revisionismo sobre algunas certidumbres construidas por la mayoría de la profesión sobre la guerra civil y el franquismo... Parece que toma fuerza la idea de que no hay una historia única, veraz, crítica y analítica, sino varias, la de cada uno. Dínos algo al respecto.

**CARLOS:** Eloy, las preguntas que hace Sisinio son más accesibles, las tuyas tienen dimensiones oceánicas. Bien, una sociedad democrática no debe imponer ningún tipo de historia oficial, y en ella concurren y compiten, naturalmente, diversas formas de entender, interpretar o explicar el pasado, lo cual no quiere decir que todas las afirmaciones sean igualmente válidas desde el punto de vista profesional y de las exigencias del oficio de historiador. Pero también existen ciertos consensos profesionales, revisables, que exigen ajustarse a epistemologías normativas y métodos propios de la profesión, desplegados y contruidos desde hace más de un siglo. Como decía alguien, nadie puede afirmar que Bélgica invadió Alemania en dos ocasiones en la primera mitad del siglo XX. Hay un derecho de veto de las fuentes. No todo vale. Existen hechos, procedimientos de crítica y establecimiento de la veracidad de documentos y testimonios, métodos contrastados de establecer los que el historiador decide seleccionar, anteriores a las interpretaciones, que tampoco tienen la misma validez y veracidad y que han de ser objeto de demostración y debate. No todas las opiniones son igualmente respetables, las respetables han de ser las personas que las sostienen. No voy a dar una lección improvisada sobre las responsabilidades del historiador. Los historiadores alemanes, un cuerpo profesional prestigiado hoy, son probablemente quienes mejor han hecho los deberes de reconstruir y superar un pasado traumático con numerosas y sólidas investigaciones dirigidas tanto a sus colegas como al conjunto de la sociedad. Conocimiento



histórico y superación del pasado van juntos, pero para ello hay que sacar a la luz ese pasado, y no ocultarlo, como hizo la generación anterior de historiadores, entre 1945 y 1970/80. Quizá por esto son un modelo en determinados temas de teoría de la historia o historia de la historiografía.

Un relativismo o subjetivismo absoluto es nocivo, como un objetivismo radical es un sueño tan noble como ingenuo, pues todo conocimiento, incluso el científico, es provisional. La reconstrucción del pasado, incompleta pero veraz, es posible, de algunos de sus aspectos y dimensiones, a partir de huellas y vestigios, si no fuera así los historiadores nos dedicaríamos a otros quehaceres. Ciertamente que el pasado y su historia están sometidos a usos políticos y públicos tan diferentes que su percepción puede producir perplejidad o escepticismo sobre las posibilidades del análisis histórico. Los mejores historiadores profesionales han respondido constituyendo estos usos, o abusos, como objeto historiográfico de investigación y conocimiento, incluyendo un autoanálisis para estar alerta y eludir una instrumentalización elemental de nuestro propio relato del pasado. Conocer las políticas y usos del pasado, de la historia, de la memoria, permite revelar los intereses de los gestores de los mismos, la función de historias y memorias oficiales, y constituye un camino viable y eficaz para que la reconstrucción y comprensión del pasado siga siendo posible, para un análisis histórico y una reconstrucción del pasado que vayan más allá de la simple instrumentalización política o memorial.

Hoy predomina, en el campo y *habitus* de la profesión, una historiografía internacionalizada alejada del poder y centrada en el conocimiento. Los historiadores profesionales, los buenos profesionales, escriben para otros historiadores principalmente, o para la opinión pública y la ciudadanía, no para estados o grupos de poder. Una parte digna de mención se ha liberado de ataduras y prioridades nacionales e ideológicas.



Presentando a Lise London en Zaragoza, 1996.

Desde una perspectiva democrática e inclusiva, digamos, historiadores y científicos sociales en general, han desarrollado su trabajo al margen de los poderes establecidos, o en su contra, atraídos por revelar lo desconocido y oculto, explicar los mecanismos de dominación económica y política, recuperar la memoria y la historia de los vencidos, en la mejor tradición subrayada y alentada por Walter Benjamin.

En definitiva, una sociedad democrática ha de garantizar la existencia, convivencia y gestión de las distintas historias, de las personales y vividas memorias diferentes, de las plurales historias investigadas, enseñadas y aprendidas; no debe haber una historia oficial como en las dictaduras, pero hay que procurar hacer avanzar a la vez formas y elementos de consenso en el conocimiento e interpretación del pasado, más presentes hoy en la sociedad española, a pesar de las apariencias y el ruido político, de lo que estuvieron en las generaciones anteriores compuestas de fascistas y antifascistas, franquistas y antifranquistas. En el horizonte de la construcción de ese pasado común el reconocimiento compartido de las víctimas de la guerra civil tiene que reforzarse para facilitar un futuro común, pero también hay que avanzar en la construcción de un consenso mayoritario que encuentre las raíces de la democracia actual allá donde realmente germinaron y no en quienes las arrancaron.

**SISINIO:** Una pregunta o una reflexión que puede enlazar tu tesis con los dilemas de la izquierda hoy con el nacionalismo: tienes publicaciones recientes sobre asuntos como: «Los obreros y las naciones, el final del sueño internacionalista, 1914», o «Los socialistas y la nación», que parecen engarzadas en un hilo que tiene su inicio en tus primeras investigaciones juveniles y doctorales. Defínete, pues, sobre el clásico y oceánico tema de las relaciones entre nacionalismo y socialismo.

**CARLOS:** Los temas de las tesis doctorales, cuando se les ha dedicado mucho tiempo, trabajo e ilusión, como tú sabes por tu propia experiencia, te van a acompañar siempre. Yo re-

cuerdo el impacto que me produjo comprobar, a la altura de 1914, el brutal contraste entre el firme y compacto discurso internacionalista de los partidos y culturas socialistas europeas, y la fortaleza de una identidad nacional que les llevó a participar en gobiernos y acudir con convicción y entusiasmo a las trincheras y a unas matanzas mutuas de envergadura desconocida e inimaginable. Creo que desde entonces he desconfiado profundamente de los «discursos» y he intentado reconstruir las realidades más ocultas que esconden. La estrategia de la sospecha acerca de los testimonios, escritos u orales, forma parte del utillaje habitual del historiador, de una crítica alimentada por motores de la duda del calibre de Marx, Nietzsche, Freud, Foucault...

Volviendo al tema de los usos de la historia, las instrumentaciones, manipulaciones, falsificaciones de la historia más acreditadas ayer y hoy, son las que han practicado estados, naciones y nacionalismos, también las religiones, aunque este sea tema aparte, y precisamente de forma simultánea a la construcción y profesionalización de la «ciencia» histórica que coincide en el tiempo con el surgimiento y consolidación de los estados nacionales. En el XIX y comienzos del XX la disciplina histórica contribuyó, primero en Europa, luego en todas partes, al surgimiento de los estados nacionales. Estos estados, sus gestores políticos, y sus gestores culturales, historiadores pero también pintores, músicos, escritores, se dedicaron a meter en la cabeza a los ciudadanos relatos que interpretaban la historia como una marcha ineludible e imparable hacia la nación, como un «destino manifiesto». Esas historias nacionales y nacionalistas hipertrofiadas, falsificadas, con apoyo profesional, desde mediados del XIX, tuvieron un efecto mortífero, y lo tienen o lo pueden seguir teniendo. Una cosa son las pertenencias nacionales, y otra las ideologías y políticas nacionalistas; como decía aquel, todos te-



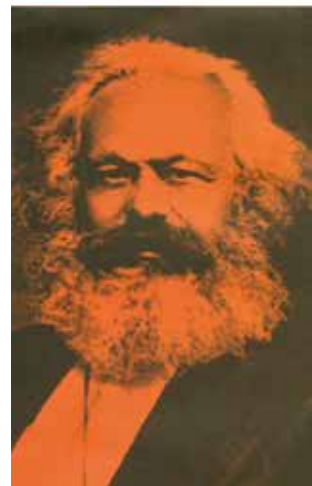
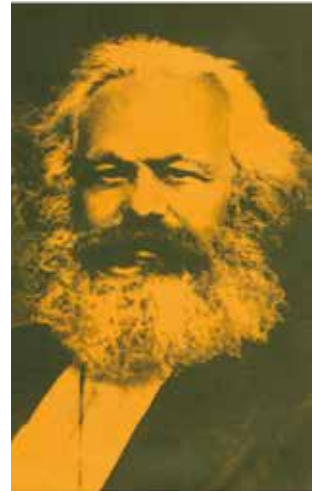
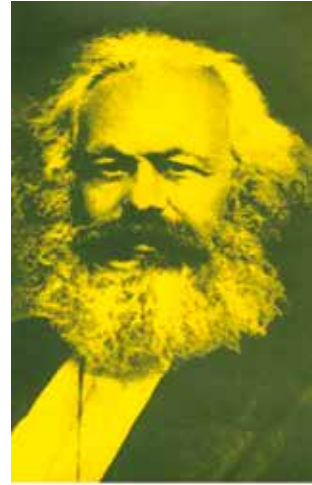
Con Emilio Lledó en la Universidad de Zaragoza, 2007.

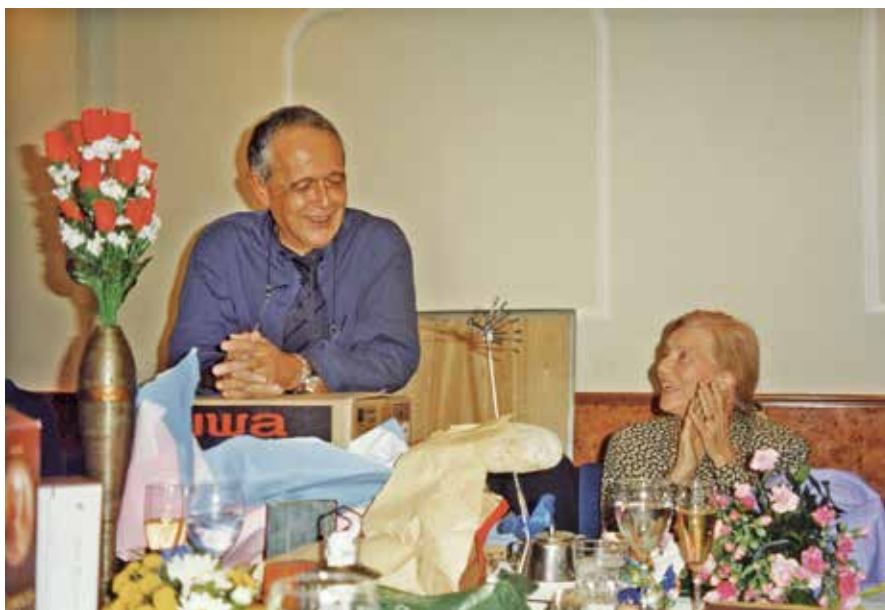
nemos oído, y algunos tienen otitis, que es una inflamación enfermiza. Yo quiero ver que aquel viejo discurso internacionalista, cien años después, se ha ido convirtiendo, lentamente, a pesar de apariencias y alarmas, en una realidad mucho más visible en nuestra Europa que en la de 1914.

**SISINIO:** Acabas de escribir un texto en el congreso que ha organizado la Fundación de Investigaciones Marxistas con el motivo de recordar el 200 aniversario del nacimiento de Marx que has titulado «Repensar el marxismo después de la derrota»; parece que el nacionalismo siempre gana, en 1914, en la URSS, en China..., pero hay una pregunta que planteó ayer Txema Portillo: ¿sigues siendo marxista?, o ¿qué es el marxismo para ti?

**CARLOS:** Las aportaciones del marxismo al método histórico y a la práctica historiográfica contemporánea han sido innegables y de gran envergadura, incluso para quienes han escrito historia alejados de una identidad «marxista». E.P. Thompson en su última etapa afirmaba que él era «posmarxista». Alguien tan poco marxista como Toni Judt, y con anterioridad a la crisis de 2008, a la vez que echaba en cara a Hobsbawm la persistencia de sus convicciones o militancias comunistas, escribía: «Sin embargo hoy las cosas están volviendo a cambiar. Vuelve la cuestión social de tiempos de Marx, cómo abordar y superar las enormes disparidades de riqueza y pobreza, las vergonzosas desigualdades en salud, educación y oportunidades... [...]. No hace falta ser marxista para reconocer que lo que Marx y otros denominaban ejército de reserva de mano de obra está resurgiendo en todo el mundo... Así, al mismo tiempo que perdemos de vista al comunismo, la caída de la URSS ha librado a Marx de sus herederos y nos ha liberado a nosotros, y probablemente crecerá el atractivo moral de alguna versión renovada del marxismo».

En 1989, tomada la fecha de la caída del muro de Berlín como principal hito de referencia para la apertura de un nuevo tiempo histórico, comenzó un escenario político, y por tanto historiográfico, radicalmente nuevo. La distancia ya permite comprobar cómo el desprestigio y rechazo del marxismo político que acompañó a la desaparición de los sistemas políticos que decían entronizarlo y here-





Jubilación de Juan José Carreras. Zaragoza, 2006.

darlo, llevó consigo, aceleradamente, el abandono de su fuerte presencia e influencia en el análisis histórico y social, en la comprensión de las sociedades y de sus pasados, hasta el punto de que una identidad explícitamente «marxista» comenzó a significar una descalificación académica y teórica de los escasos historiadores que se reconocían en ella.

Se puede constatar hoy un cierto y visible retorno a Marx en el despliegue de un nuevo pensamiento crítico, así como que determinadas críticas académicas y políticas al capitalismo actual recuperan no pocos elementos de la crítica económica y política de Marx a la sociedad de su tiempo; hay teóricos económicos que no se esconden ni necesitan ocultarse, especialmente tras los incrementos de desigualdad, el debilitamiento de derechos o conquistas sociales, el papel del capital financiero globalizado..., etc. Hay economistas que han leído o repensado a Marx, lo que no quiere decir que sean marxistas, Piketty, en su libro de 2013, repasaba todas las crisis económicas desde principios del XIX y venía a sostener una tesis muy simple, que mientras los rendimientos del capital aumenten más que el crecimiento económico se incrementará la desigualdad. El marxismo, históricamente, se construyó al calor y efecto de dos grandes derrotas, la de las esperanzas democráticas que los veinteañeros Marx y Engels depositaron en las revoluciones de 1848, que les obligaron a reformular todo, y, ya maduros, la que supuso el fracaso y represión de la I Internacional y de la Comuna de París en 1870-1871. Y adaptaron sus análisis a esas nuevas situaciones.

Algo similar –repensar la tradición marxista– es más difícil de encontrar entre los historiadores en general, como atemorizados por reconocer hoy el papel y la influencia de Marx en la concepción y en la práctica de los fundamentos del método histórico, temerosos de que solo su nombre, o el de marxismo, los pueda asociar con cementerios y cadáveres políticos. En Francia hoy, entre los historiadores, es un pecado acadé-

mico identificarse como marxista; la obra de Labrousse, Soboul, Vilar..., que tanto influyó en nuestra formación, es anterior a 1989. De modo que, en la actualidad, el relegamiento del marxismo en la historiografía –una especie de *terra incógnita* para los jóvenes historiadores o para seniores más olvidadizos que disidentes– puede ser considerado una desaparición debida a una derrota política e intelectual, aunque los más optimistas (Hobsbawm) interpretan que buena parte del método histórico marxiano y de sus aportaciones se han integrado de modo natural y acumulativo en la práctica historiográfica hasta tal punto que ya no es necesario reclamarse del mismo, convertido en una referencia callada, una *tradition cachée* (Traverso).

Como parece que vamos acabando quiero subrayar alguna reflexión sobre esta metáfora de repensar, el marxismo y todo lo demás, después de las derrotas, y evocar el papel de personas que no necesitaban autodefinirse como «marxistas»; Juan José, vg., nunca se autoidentificó como marxista, lo cual era la mejor vía para contribuir a la difusión de la tradición marxiana en la historiografía. Pero hay más ejemplos, en los años setenta Manuel Sacristán editó los primeros textos de Marx en castellano después de 1939, sus artículos periodísticos sobre el XIX español, y lo hizo en Ariel porque es la editorial en la que trabaja desde 1965; luego proyectará una edición de las obras completas de Marx, que se publicarían en varios volúmenes, pero eso no saldrá adelante. Pero su papel inicial es fundamental, como lo es, según el extraordinario testimonio de Gonzalo Pontón el que convenciera a la editorial de hacer una colección de bolsillo, la mítica «Ariel quincenal», en la que publicó el 18 de Brumario y la guerra civil en Francia de Marx, introdujo a Galbraith, Chomsky..., etc. Recuerdo estar acabando la licen-



Con Santos Juliá e Ignacio Peiró. UIMP, Santander, 2010.





Con Juan Sisinio Pérez Garzón durante el congreso *A Propósito de la Historia*. Zaragoza, 8 de noviembre de 2018.

ciatura cuando salió la colección y comprar religiosamente los dos tomitos mensuales, trataran de lo que trataran.

Simultáneamente Alianza Editorial comenzó sus libros de bolsillo desde mediados de los años sesenta, con extraordinario impacto también en la historia intelectual y cultural de nuestra generación; pudimos conocer los «Manuscritos económico-filosóficos» de Marx, con prólogo de Francisco Llorente desde la presidencia del Consejo de Estado, pero el de Venezuela. Detrás de esta labor está Javier Pradera. En el 65 expulsan a Sacristán de la Universidad, y poco después a Josep Fontana. ¿Qué es lo que quiero decir?, pues que he mencionado nombres claves para nuestra formación y normalización intelectual, Sacristán, Javier Pradera, Pontón, Fontana, tres eran militantes del PSUC como Pradera lo había sido hasta unos años antes del PCE. Son marxistas, pero ni deben ni tienen la necesidad de afirmarse públicamente como tales. Tuvieron una influencia fundamental en la vida intelectual y cultural de toda una generación, si se compara con la de aquellos que ejercían de «profesores marxistas» en la docencia y en las aulas universitarias.

Una de las últimas publicaciones del citado Enzo Traverso es una lúcida reflexión histórica sobre la *Melancolie de gauche. La force d'une tradition cachée XIX-XXI siècle* (2016), una melancolía que no significa el abandono de la idea de socialismo o la esperanza en un mundo mejor, sino que debe implicar repensar el socialismo después de la derrota que ha experimentado, desde los años ochenta, una generación completa. Se trata de recuperar la memoria de unas luchas políticas y sociales contra los intentos de relegarlas al olvido bajo el manto de una historia justificativa del presente, banal, o turistizada.

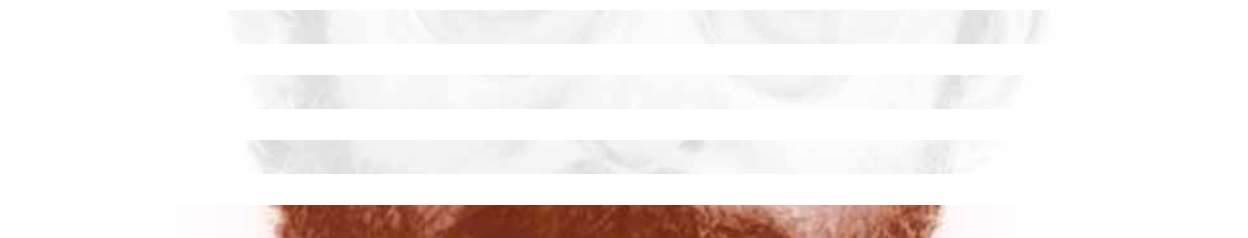
Para acabar me vais a permitir una pequeña defensa de la historia para la que recorro al recientemente desaparecido Santos Juliá, que tanto hueco intelectual, profesio-

nal y personal nos ha dejado, para quien no hay historia si no hay pasión por el pasado: «esa es la marca de nuestra identidad que nos diferencia de otros oficios. Nosotros no somos policías, tampoco jueces, ni políticos, ni legisladores: no salimos en busca del pasado mas que con el propósito de documentar, interpretar, comprender, explicar, en este orden desentrañar tramas de significado, representar, conocer, en definitiva, lo que ocurrió y narrarlo en la plaza pública. No pretendemos ni debemos servir a ningún señor, sea el estado, la justicia, la política, el partido, la clase, la identidad nacional, tampoco la memoria, que es otra cosa que la historia».

Lo que haya tenido esta conversación de defensa de la Historia lo es también, al final del trayecto, de defensa de las humanidades en general, algo que dejó bien asentado y resumido Cervantes: «la historia es madre de la verdad», escribió hace cuatro siglos, bien alejado de debates epistemológicos posmodernos, para quien también es «depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir», pues el futuro, como reza un dicho italiano, *a un cuore antico*.

**ELOY:** Creo que puedo decir en nombre de Sisinio y mío que estamos muy satisfechos de haberte provocado esta magnífica lección que nos has dado, un poco autobiográfica, de tu vida, de tus ideas, de tus actividades, pero también de los grandes temas que hemos estado tratando durante día y medio, con gran intensidad e interés. Te lo agradecemos a ti y estamos contentos de haberte provocado con preguntas *fáciles*. Y nada más.

**CARLOS:** Eloy se acordará que cuando no hace mucho era objeto de homenajes varios yo le decía que me parecía mejor, si fuere el caso, el modelo Juan José Carreras, una vez fallecido, que no era él muy partidario de estas celebraciones, mientras que Eloy prefería oírlos en vida; posiblemente me hayáis hecho cambiar de opinión. Muchas gracias a vosotros y a los organizadores.



A close-up portrait of Carlos Forcadell, a man with a full beard and glasses, wearing a dark suit jacket over a white shirt and a patterned tie. He is looking slightly to the right of the camera. The background is a blurred indoor setting with a window and some architectural elements.

**Carlos Forcadell,  
una cronología académica y científica**

- 1963** Ingresa como alumno en la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza.
- 1969** Licenciado en Historia en la Universidad de Zaragoza.
- 1969-1970** Ayudante de Clases Prácticas de la asignatura de Historia Contemporánea.
- 1970** Premio Extraordinario Fin de Carrera.
- 1972-1973** Beca Gobierno de la República Federal Alemana (Deutscher Akademischer Austauschdienst, DAAD) para cursar estudios durante un año en la Universidad de Heidelberg.
- 1973-1974** *Akademischen Tutor* en el Dolmetscher Institut (Escuela de Traductores) de la Universidad de Heidelberg. Asiste a clases y seminarios en el Historisches Seminar.
- 1974-1975** Breve estancia docente en el Instituto de Ciencias de la Educación de la recién creada Universidad del País Vasco (Bilbao).
- 1974-1989** Asiste a los coloquios de la Universidad de Pau.
- 1975-1981** Profesor adjunto interino de Historia Económica en la nueva Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad de Zaragoza.
- 1977** Doctor en Filosofía y Letras, Sección Historia, por la Universidad de Zaragoza,
- 1978** Premio Extraordinario de Doctorado y Premio Gobernador Civil.
- Participa como ponente en las primeras Jornadas de Estudios sobre Aragón auspiciadas por el ICE.
- 1980** Profesor titular de Historia Contemporánea en la Universidad del País Vasco (2 de julio).
- 1981** Coordinador de la *Semana de historia homenaje a Tuñón de Lara*, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Santander, 24 al 29 de agosto (con Santiago Castillo, María del Carmen García-Nieto y Juan Sisinio Pérez-Garzón).
- 1982** Traslado a la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza (1 de mayo).

- 1985-1995** Subdirector del Departamento de Historia Moderna y Contemporánea.
- 1990** Catedrático de Historia Contemporánea en el Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza (20 de noviembre).
- 1990-2012** Profesor en los cursos para extranjeros de la Universidad Menéndez y Pelayo en Santander.
- 1992** Ponente en el *I Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea* celebrado en Salamanca.
- 1995-1999** Director del Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Zaragoza.
- 1996-2005** Coordinación de las materias de Historia Contemporánea para el curso de orientación universitaria, COU.
- 1997** Presidente de Honor del *I Congreso de Historia Local Aragonesa*, Mas de las Matas (Teruel), 3, 4 y 5 de julio.
- 1998** Organizador del *Encuentro en recuerdo de Manuel Tuñón de Lara: «Tuñón de Lara, los historiadores contemporáneos y la transición democrática»*, Zaragoza, 8 de mayo de 1998 (con Eloy Fernández Clemente).
- Director del Curso de la Universidad de Verano de Teruel, *La sociedad española y aragonesa en torno a 1898*, 6 y 10 de julio.
- Coordinador del curso *La Historia de la Historiografía Contemporánea en España*, celebrado en Zaragoza, Zaragoza, 9, 10 y 11 de diciembre (en colaboración con Ignacio Peiró).
- 2002** Presidente del Comité organizador del *VI Congreso de la Asociación de Historia contemporánea «Usos públicos de la historia»*, Zaragoza, 19-21 de septiembre.
- 2003-2005** Segundo período como director del Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Zaragoza.
- 2003** Director del *IV Congreso de Historia Local de Aragón. «Las escalas del pasado»*. Barbastro (Huesca), 3 al 5 de julio (en colaboración con Alberto Sabio Alcutén).
- 2004** Director del curso *El ojo que ves: hispanistas y españoles ante la España contemporánea*, Baeza, 6-11 de septiembre (en colaboración con José-Carlos Mainer).
- 2005** Coordinador del curso *Provincia y Nación. Los territorios del liberalismo*, Zaragoza, el 27 y 28 de octubre (en colaboración con María Cruz Romeo Mateo).
- 2005-2008** Miembro electo de la Junta de Facultad regularmente y miembro de su Comisión Permanente.
- 2005-2009** Coordinador del Programa de Doctorado Interdepartamental *España contemporánea: política, sociedad, cultura*.
- 2006** Director del curso *Discursos de España en el siglo XX*, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Valencia, 6-10 de noviembre (en colaboración con Ismael Saz).

Miembro del Comité organizador del *VI Encuentro de Investigadores sobre el Franquismo*, Zaragoza, 15-17 de noviembre.

Coordinador del *Encuentro Razones de historia. Presencia y memoria de Juan José Carreras (1928-2006)*, Zaragoza, 13 y 14 de diciembre.

Coordinador del ciclo de conferencias *II República. 75 años de la Constitución de 1931*, Zaragoza, 18 y 19 de diciembre.

**2006-2013** Presidente de la Asociación de Historia Contemporánea.

**2006-2010** Director de la revista *Ayer*, órgano de la AHC.

**2006-** Director de la Institución Fernando el Católico.

**2008** Decano en funciones (abril-mayo) de la Facultad de Filosofía y Letras.

**2008-2015** Participación en la «Red temática de historia cultural de la política» y su continuación en «Historia de las culturas políticas e identidades contemporáneas».

**2009** Director del *workshop Culturas Políticas: de teoría y método*, Zaragoza, 4 y 5 de junio (codirigido con Manuel Pérez Ledesma).

**2010-2015** Coordinador del Programa de Doctorado Interuniversitario en Historia Contemporánea de la Universidad de Zaragoza (Autónoma de Madrid, Complutense de Madrid, Universidad de Santiago, Universidad de Cantabria, Universidad del País Vasco, Universidad de Valencia).

**2010** Coordinador del ciclo de conferencias *En el centenario de Jaume Vicens Vives*, Zaragoza, 15, 18 y 19 de octubre.

Director del curso internacional *Presencia de los héroes en España y Francia: biografías de escritores y políticos contemporáneos*, Jaca del 5 al 7 de julio (en colaboración con Ignacio Peiró Martín).

Director de la colección editorial *Historia Global*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico.

**2011** Director del curso internacional *España fin de siglo: el universo cultural, social y político de Joaquín Costa*, Jaca del 5 al 7 de julio (en colaboración con Ignacio Peiró Martín).

Director del *workshop Las culturas políticas en la España de la Restauración y la II República (1875-1936)*, Zaragoza, 24-25 de noviembre (en codirección con Manuel Suárez Cortina).

**2012** Director del curso internacional *Batallas por la Historia: los caminos de los revisionismos*, Jaca 5 y 6 de julio (en colaboración con Ignacio Peiró Martín).

**2012-** Vocal de la Junta del Comité Español de Ciencias Históricas.

**2016** Dirección del *X Congreso de Historia Local de Aragón* celebrado en Calatayud (en colaboración con Carmen Frías).

Profesor Emérito de la Universidad de Zaragoza.

2020 Profesor colaborador extraordinario del Departamento de Historia de la Universidad de Zaragoza.

### Miembro de comités y comisiones

- Miembro del Comité Asesor de la revista *Ayer*. Miembro del comité de redacción de las revistas *Alcores* (Universidad de Salamanca), *Huarte de San Juan* (Universidad Pública de Navarra), *Jerónimo Zurita* (Institución Fernando el Católico-CSIC), *Afers* (Universidad de Alicante).
- Miembro del consejo editorial de Ediciones de la Universidad de Salamanca.
- Vocal del Jurado del Premio Nacional de Historia en las convocatorias de 2011, 2012, 2015 y 2020.
- Vocal del Jurado del Premio Miguel Artola a la mejor tesis doctoral en Historia Contemporánea, convocado por el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales y la Asociación de Historia Contemporánea en las convocatorias de los años 2008 a 2014.
- Miembro de la Comisión calificadora de documentos históricos y administrativos del Ayuntamiento de Zaragoza.
- Miembro de la Comisión calificadora de documentos históricos y administrativos de la Universidad de Zaragoza.

### Tesis doctorales

- Ignacio Barrón García, *Economía y sociedad en Cantabria. La época de la Restauración*, 1989.
- José Vicente Iriarte Areso, *Movimiento obrero en Navarra durante el franquismo (1950-1977)*, 1990.
- Manuel Ardid Lorés, *La reacción conservadora en la provincia de Zaragoza durante la II República*, 1990.
- Carmen Frías Corredor, *Liberalismo y republicanismos en el Alto Aragón (1868-1898). De la revolución a la integración en el sistema caciquil de la Restauración*, 1991.
- Francisco Zaragoza Ayarza, *La burguesía zaragozana durante la época isabelina*, 1992.
- José Estarán Ibáñez, *Los orígenes del catolicismo social en Aragón: ideología y organización*, 1993.
- Pedro Rújula López, *Rebeldía campesina y guerra civil en Aragón*, 1994.
- José Ignacio Iriarte, *Privatización, particularización y gestión de los montes públicos en Navarra (1855-1935)*, 1995 (ponente).
- Alberto Sabio Alcutén, *Relaciones de propiedad, mercados agrarios y poder local en la sociedad rural aragonesa. La agricultura cerealista de las Cinco Villas 1850-1930*, 1995.
- Agustín Sancho Sora, *La fundición Averly de Zaragoza 1880-1930. Producción y mercado*, 1996.
- Pilar Erdozain Azpilicueta, *Economías domésticas campesinas en la Navarra Media occidental, 1850-1950*, 1996 (ponente).



- Miqueas Lana, *Cambio agrario y relaciones de propiedad en el sur de Navarra 1800-1936*, 1997 (ponente).
- Montserrat Serrano García, *La Restauración en Zaragoza, 1875-1907*, 1997.
- José Ramón Moreno Fernández, *La economía de montaña en La Rioja a mediados del siglo XVIII*, 1999 (ponente).
- Gloria Sanz Lafuente, *Organización y movilizaciones agrarias en Aragón 1880-1930*, 1999.
- Mercedes Yusta Rodrigo, *La resistencia armada contra el régimen de Franco en Aragón, 1940-1952*, 2000.
- José Luis Ollero Vallés, *Práxedes Mateo Sagasta y el Estado liberal burgués: progreso, política y negocios*, 2002.
- Mauro Vega Bendezu, *Discursos y representaciones de la alteridad social en la construcción del Estado nacional. Colombia, 1880-1930*, leída el 3 de febrero de 2012. Universidad de Zaragoza.
- Luis Gonzaga Martínez del Campo, *Business Spanish. La enseñanza del español en Inglaterra durante la primera mitad del siglo XX*, leída el 9 de junio de 2014. Universidad de Zaragoza.
- Gustavo Alares López, *Las políticas del pasado en la España franquista (1939-1964). Historia, nacionalismo y dictadura*, leída el 10 de junio de 2014. European University Institute de Florencia (codirector con Heinz Gerhard Haupt).
- Rolando Canizales Vijil, *Política institucional agraria y tenencia de la tierra en Honduras: el caso de los agrosistemas de la región de Occidente (1876-1949)*. Universidad de Zaragoza, noviembre de 2018.

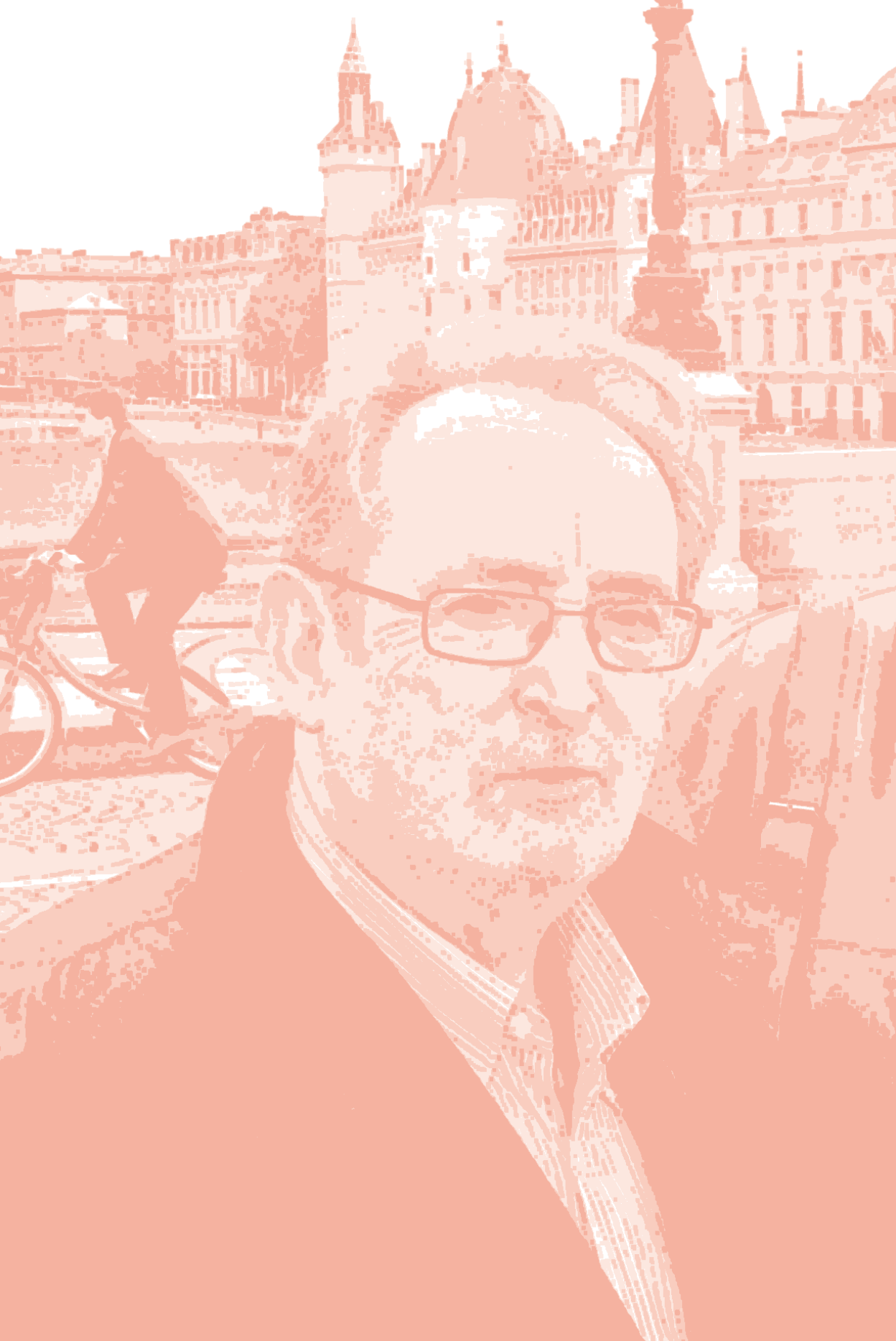
### Investigador principal de proyectos y grupos de investigación

- 1988-1992** Proyecto PS90-0136, «La evolución de la propiedad de la tierra en el siglo XIX (1830-1900): análisis comparativo de algunas áreas de la España interior», DGICYT.
- 1994-1997** Proyecto PS93-0084, «El campesinado parcelario en la España interior (Aragón, Castilla, La Rioja): estrategias económicas, comportamientos políticos y poder local (1800-1936)», DGICYT.
- 1998-2001** Proyecto PB97-1004, «Estado y sociedad civil: redes de poder y control social en Aragón, 1890-1930», DGES.
- 2001-2004** Proyecto BHA2001-2497, «Los usos públicos de la historia en la España del siglo XIX: historiografía, política y memoria colectiva», CICYT.
- 2002-2006** Proyecto BHA2001-2497, «Los usos públicos de la historia en Aragón y en España durante el siglo XIX: historiografía, política y memoria colectiva», Gobierno de Aragón.
- 2005-2008** Proyecto HUM2005-04651/HIST, «Espacio público y culturas políticas en la España Contemporánea». Entidad financiadora: MEC.
- 2006** Grupo de Investigación consolidado *H23. UPH. Aragón*. «Usos públicos de la historia: Aragón». Gobierno de Aragón, Departamento de Ciencia, Tecnología y Universidades.

- 2007** Grupo de Investigación consolidado *H23. UPH. Aragón*. «Usos públicos de la Historia: Aragón». Gobierno de Aragón, Departamento de Ciencia, Tecnología y Universidades.
- 2008** Grupo de Investigación consolidado *H23. UPH. Aragón*. «Usos públicos de la Historia: Aragón». Gobierno de Aragón, Departamento de Ciencia, Tecnología y Universidades.
- 2009** Grupo de Investigación consolidado *H23. UPH. Aragón*. «Usos públicos de la Historia: Aragón». Gobierno de Aragón, Departamento de Ciencia, Tecnología y Universidades.
- 2009-2011** Proyecto HAR2009-12080, «La cultura nacional española: culturas políticas, políticas del pasado e historiografía en la España contemporánea». Ministerio de Ciencia e Innovación.
- 2010** Grupo de Investigación consolidado *H23. UPH. Aragón*. «Usos públicos de la Historia: Aragón». Gobierno de Aragón, Departamento de Ciencia, Tecnología y Universidades.
- 2011-2013** Grupo de Investigación consolidado *H23*. «Culturas políticas y usos públicos de la Historia en la España contemporánea». Gobierno de Aragón, Departamento de Ciencia, Tecnología y Universidades.
- 2015** Grupo de Investigación consolidado *H23*. «Culturas políticas y usos públicos de la Historia en la España contemporánea». Gobierno de Aragón, Departamento de Ciencia, Tecnología y Universidades.

### **Participación en labores de evaluación**

- Miembro de la comisión correspondiente en la ANEP para la selección y el seguimiento de los contratos de investigación Ramón y Cajal, 2001.
- Miembro de la Comisión Evaluadora Nacional de Proyectos de Investigación del Ministerio de Ciencia y Tecnología, 2004 (ANEP).
- Vocal del Comité de Humanidades del programa de evaluación del profesorado de la Agència de Qualitat Universitària de les Illes Balears, 2006-2008.
- Miembro de la Agencia Andaluza de Evaluación de la Calidad y de la Acreditación Universitaria para la Evaluación de la Actividad Docente e Investigadora en el Ámbito 8: Humanidades, 2006-2008.
- Vocal del Comité de Humanidades de la Agencia de Calidad de la Universidad de Castilla la Mancha, 2007-2009.
- Vocal del Comité Asesor de Historia y Expresión Artística de la Comisión Nacional Evaluadora de la Actividad Investigadora (CNEAI) para la evaluación y el reconocimiento de los sexenios de evaluación en el periodo 2011-2013, nombrado el 22 de diciembre de 2011 *en atención a sus méritos científicos*.
- Miembro de la Comisión de Arte y Humanidades de la Fundación Española para la Ciencia y Tecnología para la evaluación de la Calidad editorial y científica de las revistas españolas y reconocer el correspondiente sello de calidad FECYT, 2014.



PARTE II

## **A PROPÓSITO DE LA HISTORIA**

## **1. El compromiso social del historiador**



## **El compromiso social del historiador**

**Pedro Ruiz Torres**

Universitat de València

## Cuando éramos jóvenes

**M**uchos de nosotros nos interesamos por la historia y quisimos ser historiadores en una época en la que el compromiso social del historiador resultaba inseparable de un modo nuevo de concebir nuestra disciplina. Teníamos claro que había una *nueva historia*, la única que nos gustaba, y que esta era muy diferente de la *vieja historia*.

La *nueva historia* llevaba al estudio de las sociedades en las que se desenvolvía la vida de los seres humanos en el pasado y sobre todo a cuestiones importantes para entender lo que estaba ocurriendo en nuestro presente. Era una «historia problema» que aspira a «comprender» la vida de los seres humanos en el tiempo<sup>1</sup>, una historia para *comprender el món*, «que acude al pasado en función de las preocupaciones presentes, las cuales, a su vez, se encaminan hacia la configuración del futuro»<sup>2</sup>; una historia que se ocupa de los hombres en sociedad, de sus luchas y de su progreso, con la finalidad de «ayudarles a comprender el mundo en que viven, para que les sirva de arma en sus luchas y de herramienta en la construcción de su futuro»<sup>3</sup>. La *vieja historia* se nos presentaba entonces como un ejercicio memorístico y de erudición sobre acontecimientos y personajes que habían destacado en el pasado, una historia *événementielle* que no ayudaba a comprender el cambio y, en consecuencia, a transformar y mejorar nuestra sociedad.

En la particular coyuntura en que nos hicimos historiadores, los años finales de la dictadura franquista, el compromiso social era también y sobre todo eminentemente político. La doble aspiración a un cambio que pusiera fin, por una parte, a la desigualdad y a la explotación del capitalismo y, por otra, a un régimen político que provenía de la época del fascismo y resultaba una anomalía antidemocrática en el contexto de la Europa occidental, orientó de distin-

---

1 Marc BLOCH: *Introducción a la historia*, México-Madrid-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1952, hoy tenemos la mucho más completa edición crítica preparada por Étienne BLOCH: *Apología para la historia o el oficio de historiador*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996; Lucien FEBVRE: *Combates por la historia*, Barcelona, Ariel, 1970.

2 Joan REGLÀ: *Comprender el món*, Barcelona, Editorial A.C., 1967, versión en castellano *Introducción a la historia*, Barcelona, Teide, 1970, p.14.

3 Josep FONTANA: *La historia*, Barcelona, Biblioteca Salvat de Grandes Temes, 1973, p. 32.



tas maneras el ineludible compromiso del historiador de la nueva historia. Hacíamos historia en el doble sentido de la palabra: la estudiábamos, queríamos convertirnos en historiadores y al mismo tiempo pensábamos que de esa manera seríamos capaces de transformar el mundo en que vivíamos y mejorarlo.

Marc Bloch había expuesto ese doble compromiso, poco antes de que en 1943 los nazis le fusilaran. A la pregunta «¿qué es lo que justamente legitima un esfuerzo intelectual?» respondió: «la historia tiene el derecho a reivindicar su lugar entre los conocimientos verdaderamente dignos de esfuerzo, solo en la medida en que, en vez de una simple enumeración sin relaciones y casi sin límites, nos permita una clasificación racional y una progresiva inteligibilidad. No obstante, es innegable que una ciencia siempre nos parecerá incompleta si, tarde o temprano, no nos ayuda a vivir mejor»<sup>4</sup>.

### **El doble compromiso del historiador como problema**

También Marc Bloch manifestó entonces una conciencia de la tensión a que constantemente se veía sometido el historiador al reivindicar el doble compromiso de una historia que, por un lado, se proponía comprender, proporcionar una progresiva inteligibilidad a los hechos del pasado y, por otro, quería ayudarnos a vivir mejor en el presente y en el futuro. Su modo de plantear el problema del doble compromiso del historiador, en plena Segunda Guerra Mundial, le llevó a establecer una nítida separación entre la legitimidad intelectual y la utilidad de la historia. La «legitimidad propiamente intelectual», en su opinión, provenía de la práctica correcta, científica del «oficio de historiador», lo que requiere una constante reflexión sobre lo que hacemos, su alcance y sus límites. La «utilidad de la historia» había de entenderse en el sentido pragmático de la palabra útil, es decir, en tanto que la historia proporciona «los medios para guiar nuestra acción». A ello Marc Bloch añadía un orden de prelación: el problema de la utilidad de la historia debía plantearse en segundo término, pues para obrar razonablemente, ¿acaso no se necesita antes comprender?

Semejante manera de separar ambos asuntos y de establecer un orden de prelación en favor del primero, como proponía Marc Bloch, no resulta hoy tan convincente y ni siquiera creo que lo fuera entonces, a principios de la década de 1940, cuando él lo afirmaba. Ciertamente es que, desde que la historia se convirtió en disciplina universitaria durante el siglo XIX hasta nuestros días, la separación entre la historia como conocimiento y la utilidad o la función social de la misma se ha reiterado de un modo u otro. Leopold von Ranke distinguía en 1836 entre la historia, como conocimiento desinteresado, y la política, en tanto que acción o actividad intelectual con una dimensión eminentemente práctica<sup>5</sup>. Sin embargo, ¿cómo no darse cuenta de que existe una flagrante contradicción en la lección de apertura del curso de historia moderna pronunciada por Lucien Febvre en la Universidad francesa de Estrasburgo, poco después del final de la Primera Guerra Mundial? El otro gran historiador de lo que no tardaría en ser el momento inaugural de la nueva historia de los *Annales* escribió lo siguiente: «La historia es una ciencia y no debe ponerse al servicio de la justificación de una política o de la glorificación de

---

<sup>4</sup> Marc BLOCH: *Apología para la historia...*, op.cit., p. 126.

<sup>5</sup> Leopold von RANKE: «Historia y Política», en *Pueblos y Estados en la historia moderna*, México, Fondo de Cultura Económica, 1948, pp. 509-520.



Con Pedro Ruiz en el congreso sobre el centenario del nacimiento de Jaime Vicens Vives. Residencia de Estudiantes, Madrid, 2010.

una dinastía y de un estado. Sin embargo, como el ingeniero, como el gran industrial, el historiador debe trabajar para la gloria, la grandeza, la expansión de su país<sup>6</sup>.

Sabemos del importante papel del historiador en tanto que «actor del combate nacional», por utilizar la expresión de Olivier Dumoulin, antes y durante la Primera Guerra Mundial<sup>7</sup>. Ahora bien, a diferencia de lo que considera este autor, la crítica de Lefebvre a la «historia sierva» del evangelio nacional oficial, por más que insista en el carácter por encima de todo científico que debía tener nuestra disciplina, iba en compañía como acabamos de ver del compromiso del historiador por trabajar en favor de la gloria y la grandeza de su país. Por decirlo de un modo más suave, como hizo Jaime Vicens Vives en una carta a Josep Fontana: «La Universidad es más importante que la ciencia histórica, y el país lo es más que la universidad; pero se puede servir al país a través de la ciencia histórica»<sup>8</sup>. No obstante, la alternativa a la historia que se había puesto por completo al servicio del nacionalismo expansivo y excluyente, la alternativa de los fundadores de los *Annales* en los años treinta y de los partidarios de la nueva historia económica y social tras la Segunda Guerra Mundial, era ir construyendo una historia cada vez más exigente desde el punto de vista científico. Sin embargo, ello ni mucho menos suponía renunciar a que el historiador fuera un hombre de acción que no rehuía el compromiso cí-

<sup>6</sup> Lucien FEBVRE: «L'Histoire dans le monde en ruines : Leçon d'ouverture du cours d'Histoire moderne à l'Université de Strasbourg», *Revue de Synthèse Historique*, vol. XXX-1, 88 (février 1920), pp. 3-6.

<sup>7</sup> Olivier DUMOULIN: *Le rôle social de l'historien. De la chaire au prétoire*, Paris, Albin Michel, 2003, pp. 189-216.

<sup>8</sup> Josep FONTANA: «Mestres i amics», en *Sobre la història i els seus usos públics*, edición de Antoni Furió y Pedro Ruiz Torres, València, PUV, Col·lecció Honoris Causa Universitat de València, 2018, p. 96.



Con Pedro Ruiz y Ramón Villares. Los tres presidentes de la Asociación de Historia Contemporánea (1996-2014). Residencia de Estudiantes, 2010.

vico y estaba presto a intervenir en el presente. Más allá de frases más o menos afortunadas, que una y otra vez han hecho hincapié en esta doble implicación, separar lo uno de lo otro resulta muy difícil en la práctica y más todavía establecer una jerarquía o un orden de prioridad en favor de la legitimidad de la historia, en sí misma considerada, por delante de su función social y de su uso público y político.

Después de todo, durante la mayor parte del siglo XX ha predominado un concepto de historia, heredado de la segunda mitad del siglo XVIII que, como puso de relieve Reinhart Koselleck, no perdió su carácter de *concepto-guía moderno* con funciones sociales y políticas, por más que en el siglo XIX fuera ganando su propio espacio científico en las universidades<sup>9</sup>. Con desarrollos múltiples y diversos, a lo largo del siglo XX, ese moderno concepto de historia llegó a la última década de la pasada centuria envuelto en numerosos interrogantes, a los que en absoluto fueron ajenos los cambios sociales y culturales que venían dándose y el momento histórico que se vivió. En «la crisis de la historia», como se la denominó durante el cambio de siglo, iba a cuestionarse tanto aquello que desde el siglo XIX había dado legitimidad intelectual al trabajo del historiador (el carácter más o menos científico de su oficio o profesión), como la

<sup>9</sup> Reinhart KOSELLECK: *historia / Historia*, Madrid, Trotta, 2004, pp. 106-113.

pretensión, que venía de muy atrás en el tiempo, de utilizar el saber histórico y convertirlo en una guía de la acción social y política en el presente.

Algo parecido le ocurrió a otro modo de dar legitimidad intelectual al estudio del pasado, vinculado también al moderno concepto de historia y a la filosofía de la historia de la época de la Ilustración y de la Revolución francesa, pero que anulaba la dicotomía establecida por Ranke y la prioridad contemplada por Marc Bloch. Me refiero al «materialismo histórico» que Marx propuso en el siglo XIX desde fuera del medio académico y en plena sintonía con su activismo político. Marx se enfrentaba a la contradicción en el mundo real entre uno y otro compromiso (el estudio del pasado y la acción en el presente) y pretendía haberla resuelto dialécticamente en la síntesis que une indisolublemente la crítica teórico-práctica del capitalismo y de la sociedad existente, con el esfuerzo por comprender unitariamente y con rigor científico «la historia». Solo que desde el siglo XIX y en los distintos marxismos durante la mayor parte del XX, esa unión o síntesis apenas se notó o no tuvo efectos significativos. Unas veces dejó paso a una serie de dogmas marxistas puestos al servicio de las políticas de partido o de los regímenes comunistas y otras, por el contrario, a sofisticadas elaboraciones teóricas (ahora sí, en el medio académico) que guardaban poca o ninguna relación con la praxis. No es de extrañar, por tanto, que la aludida «crisis de la historia» y el derrumbe del Muro de Berlín llevaran a que, nada más comenzar el siglo XXI, Gérard Noiriel opinara lo siguiente en su intervención en el V Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, celebrado en Valencia, con el título de «El siglo XX: balance y perspectivas»:

Creo que el principal error que hemos cometido no se debe al hecho de que hayamos adorado antes a Marx que a Nietzsche o Dilthey. El error reside en los poderes exagerados que hemos atribuido a la epistemología para resolver nuestros problemas de historia. En el contexto 'revolucionario' de los años setenta, establecimos un lazo lógico entre la acción política, con la intención de invertir toda forma de dominación, y la actividad intelectual. Gracias al materialismo histórico, pensamos que podíamos 'invertir' los prejuicios de los historiadores que quedaron presos de las 'ingenuidades' empiristas o atrapados en su ideología de pequeños burgueses... La destrucción del Muro de Berlín terminó por aniquilar las esperanzas revolucionarias de los menos lúcidos de entre nosotros. Ahora estamos todos convencidos de que no hay salvación fuera de la democracia<sup>10</sup>.

## El pasado omnipresente

Si, como escribía Gérard Noiriel a principios del siglo XXI, no era posible establecer un vínculo entre la acción política y la actividad intelectual de los historiadores, desaparecía entonces el problema del doble compromiso señalado hace un momento. La *nueva nueva historia* (otra nueva historia más) amplió considerablemente los temas de estudio a distintas escalas, introdujo enfoques originales en el análisis de los documentos y en la consideración misma de las fuentes y propuso términos y conceptos en los que se repite una y otra vez la palabra cultura. Sin embargo, en no pocas ocasiones, ha tendido a interesarse paradójicamente solo por el pasado, como lo hacía antes la antigua historia erudita, tal es el escepticismo que provoca hoy cualquier pretensión de imaginar y más aún de anticipar el futuro. No encuentro mejor ejemplo para ilustrar dicha paradoja que el «modernísimo» libro (por lo demás poco o nada «posmoderno») de introducción a cómo piensan los historiadores que en 2002 publicó John Lewis Gaddis, *El paisaje de la historia. Cómo los historiadores representan el pasado*, a partir del

---

<sup>10</sup> Gérard NOIRIEL: «Historia: por una reflexión pragmatista», en Ismael SAZ / M<sup>a</sup> Cruz ROMEO (coords.): *El siglo XX. Historiografía e historia*, València, PUV, 2002, pp. 11-12.

material de las clases que un año antes había impartido en la Universidad de Oxford. De la edición en castellano saco el siguiente párrafo:

Para mí, la postura del caminante de Friedrich (se refiere al cuadro de 1818 de Caspar David Friedrich, El caminante ante un mar de niebla) –esa impresionante imagen de una espalda frente al artista y a todos los que desde entonces han visto su obra– ‘se asemeja’ a la de los historiadores. La mayoría de nosotros piensa que, después de todo, en eso precisamente consiste nuestro oficio, en dar la espalda al sitio hacia el cual vamos, sea cual fuere, y centrar la atención, desde cualquier punto de vista favorable que encontremos, en el lugar donde hemos estado previamente. Nos sentimos orgullosos de no tratar de predecir el futuro, como intentan hacer nuestros colegas en economía, sociología y ciencia política. Nos resistimos a dejarnos influir por las preocupaciones contemporáneas (entre los historiadores, el término ‘presentismo’ no es precisamente un cumplido). Avanzamos valientemente hacia el futuro con los ojos firmemente clavados en el pasado: la imagen que presentamos al mundo es, para decirlo sin rodeos, la del trasero<sup>11</sup>.

¿Cómo se puede avanzar hacia el futuro con los ojos clavados en el pasado? ¿Qué imagen es esa, la del trasero, que los historiadores supuestamente presentamos al mundo? Quedarse en el pasado y no mirar hacia el futuro estaba muy bien visto en los años sesenta por los profesores de la «vieja historia» en la España del final del franquismo. Por el contrario, el compromiso social asumido por los nuevos historiadores los descalificaba en el mundo académico de la historia tradicional, al considerar que se trataba de algo «político» y, en consecuencia, «nada científico».

Ni mucho menos la mayoría de los historiadores, como dice Gaddis, dieron la espalda entonces, en el cambio de siglo, al compromiso con el presente y decidieron orientar su labor, fuera o no concebida como científica, al estudio solo del pasado. La prueba de que no fue así es el éxito que precisamente tuvo en esos mismos años del final del cambio de siglo la problemática de los usos públicos de la historia, a la que la Asociación de Historia Contemporánea dedicó su VI Congreso, celebrado en Zaragoza en septiembre de 2002. Un año después, en el libro *Usos públicos de la Historia*, en el que aparecen como editores Juan José Carreras y Carlos Forcadell, ambos historiadores destacaban en la introducción que estábamos ante un tema vivo y actual, tanto para los historiadores como para la sociedad y la opinión pública<sup>12</sup>. Un tema este, el de los usos de la historia y sobre todo el más determinante, su uso político, que tenía una larga historia, como se ponía de relieve en esa introducción, desde la Antigüedad hasta enlazar con el momento en que en Alemania el filósofo Jürgen Habermas, durante el *Historikerstreit*, publicó el 7 de noviembre de 1986 en el semanario *Die Zeit*, un artículo, «Vom öffentlichen Gebrauch der Historie»<sup>13</sup>. En él Habermas polemizaba con Ernst Nolte y los historiadores que habían salido en defensa de este último.

Me gustaría volver a esta controversia con el único objetivo de destacar que la expresión «el uso público de la historia», tal como la utiliza Habermas, destinada a tener tanto éxito como sabemos, plantea de una manera diferente el doble compromiso del historiador a que he venido haciendo referencia. En primer lugar, obliga a ir más allá de procurar o no separar el ámbito científico y el pragmático y establecer prioridades, y fuerza a un *desdoblamiento* en relación

---

**11** John Lewis GADDIS: *El paisaje de la historia. Cómo los historiadores representan el pasado*, Barcelona, Anagrama, 2004, pp. 18-19.

**12** Juan José CARRERAS / Carlos FORCADELL: «Introducción. Historia y política: los usos», en Juan José CARRERAS / Carlos FORCADELL (eds.): *Usos públicos de la historia*, Madrid, Marcial Pons/Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003, pp. 11-45.

**13** Jürgen HABERMAS: «Del uso público de la historia. La quiebra de la visión oficial de la República Federal de Alemania», *Pasajes de pensamiento contemporáneo*, 24 (otoño 2007), pp. 77-84.

con ciertos asuntos de especial importancia que afectan a la sucesión jurídica de un Estado y a las tradiciones culturales de una nación. La intervención en primera persona del historiador en los medios de comunicación por estos motivos, viene a decirnos Habermas, no tiene el mismo carácter que la discusión entre científicos que han de adoptar en su trabajo la perspectiva de observación propia de la tercera persona. No estamos ante controversias epistemológicas, consideraciones o interpretaciones de hechos, ni se trata de hacer avanzar el conocimiento histórico por medio de comparaciones. Aquello que se plantea ante la opinión pública y afecta a la moral de una comunidad política como la alemana, liberada por las tropas aliadas sin haber hecho nada por su parte y cuya cultura política se edificó desde entonces «en el espíritu de la concepción occidental de la libertad, la responsabilidad y la autodeterminación», es otra cosa. «¿Puede aceptarse la sucesión jurídica del Reich alemán, pueden proseguirse las tradiciones de la cultura alemana, sin asumir a la vez la responsabilidad histórica por la forma de vida en la que Auschwitz fue posible?».

La segunda diferencia de este otro compromiso, ahora ante la opinión pública, está en la respuesta de Habermas a la pregunta anterior. No debemos rebajar la responsabilidad que nos corresponde mediante comparaciones niveladoras. «La historia contemporánea continúa fijada en el periodo que va de 1933 a 1945... Solo en los años ochenta se ha tomado amplia conciencia pública de este traumático no-querer-pasar de una imperfección moral marcada a fuego en nuestra historia nacional» y lo fue como consecuencia de sucesivos aniversarios (el 50 aniversario del 30 de enero de 1933, el 40 aniversario del 20 de julio de 1944 y luego del 8 de mayo de 1945). A medida que se agranda la distancia histórica, se intensifica la necesidad y el deber «de mantener viva la memoria de los sufrimientos de los asesinados a manos de alemanes y de hacerlo sinceramente, y no solo de manera cerebral». Aun cuando, añade Habermas, la



Libro editado por Marcial Pons en 2003, que recoge las ponencias del VI Congreso de la AHC (Zaragoza, 2002).

controversia actual no versa solo sobre el deber de memoria, sino sobre «la cuestión de saber qué actitud conviene adoptar –para nuestro propio bien– con respecto a nuestras tradiciones».

Tal como ha puesto de relieve Andreas Huyssen<sup>14</sup>, el surgimiento de la memoria como una preocupación central de la cultura y de la política de las sociedades occidentales se remonta a finales de los años sesenta. Dio origen a «discursos de la memoria» que se intensificaron en la década de 1980, activados en primera instancia por el debate sobre el Holocausto y también por una serie de «aniversarios alemanes» de fuerte carga política y vasta cobertura mediática. Más tarde, con la recurrencia de las políticas genocidas (Ruanda, Bosnia, Kosovo), adquirieron una dimensión mundial. Junto con muchas otras manifestaciones (restauración historicista de viejos centros urbanos, paisajes y pueblos enteros devenidos museos, protección del patrimonio, escrituras de memorias y difusión de prácticas de la memoria en las artes visuales, proliferación de aniversarios, estrategias museísticas y «lugares de memoria» etc.), dan cuenta de una nueva cultura en la que se ha producido un giro hacia el pasado que contrasta de manera notable con la tendencia a privilegiar el futuro, tan característica de la primera modernidad. En esa nueva «cultura de la memoria», el compromiso del historiador con el presente ha experimentado un cambio drástico de orientación: se ha desplazado de los «futuros presentes» a los «pasados presentes» de un modo muy notable. Ello trae problemas, en los que no es posible entrar ahora, problemas en una sociedad en la que, como nos dice Huyssen, no existe un espacio puro, exterior a la cultura de la mercancía y en la que nuestras vidas se transforman por la compleja interacción de los cambios tecnológicos, los medios de comunicación masiva, los nuevos patrones de consumo y la movilidad global. Además, cabe añadir, los múltiples, diversos y en no pocos sentidos opuestos usos públicos y políticos de la historia, de la memoria y en general de las representaciones del pasado no suelen ir por el camino propuesto por Habermas. Unas veces llevan a la movilización de pasados míticos para dar sustento a políticas chauvinistas o fundamentalistas y otras, por el contrario, a intentos de contrarrestar el olvido de los regímenes posdictatoriales con políticas de «memoria democrática»

## Algunas conclusiones

En primer lugar, me parece que hay que asumir como irresoluble la contradicción inherente a la práctica del historiador si este se considera doblemente comprometido, con su «oficio» o disciplina y con su presente, y procurar establecer un «razonable y razonado» equilibrio y, mejor todavía, una «razonable y razonada» proporción entre ambos.

Para lo cual, en segundo lugar, podría servir la siguiente recomendación de Kracauer en su libro póstumo *History. The Last Things Before the Last*<sup>15</sup>. El «interés presente» nos convierte en hijos de un tiempo, pero no por ello hemos de entregarnos por completo a él y considerar, como Croce y Collingwood, que toda historia es historia contemporánea. El historiador, como el emigrante o el refugiado, ha de viajar al extranjero, en este caso al pasado, no quedándose en el presente cuando lo visita. Extranjero para el mundo evocado por las fuentes, se ve enfrentado con la tarea (la tarea del exilio) de penetrar sus apariencias exteriores, de manera que pueda comprender ese mundo desde dentro. Pero ha de regresar al presente y hacer buen uso de su botín, asimilar el material reunido, determinar y organizar los hechos, interpretarlos. To-

---

<sup>14</sup> Andreas HUYSSSEN: *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, pp. 13-40.

<sup>15</sup> Siegfried KRACAUER: *Historia. Las últimas cosas antes de las últimas*, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2010, pp. 119-139.



Con Pedro Ruiz e Ismael Saz en el curso «El legado de Juan José Carreras». IFC, Zaragoza, 2016.

do ello trae consigo un conjunto muy diverso de operaciones mentales y acciones formativas que, cabe añadir a lo dicho por Kracauer, llevan a producir un discurso (Ricoeur lo denomina una «representación historiadora»<sup>16</sup>) o, si se prefiere, una obra sobre el pasado, que tiene sus correspondientes componentes literarios e ideológicos, como cualquier otro tipo de discurso o de obra. Sin embargo, en nuestro caso, la diferencia es que el texto de una historia con pretensiones de ciencia contiene un aparato crítico y un mecanismo de control que permite verificar o desmentir las afirmaciones y las interpretaciones hechas sobre acontecimientos, personajes y procesos dotados de existencia real en el pasado. Por tanto, el compromiso adquirido en ese sentido por parte del historiador *hijo de dos tiempos*, como lo piensa Kracauer, que ha de cambiar de identidad en su viaje al pasado y deja de tener la misma de antes cuando regresa al presente, sigue siendo un compromiso ineludible e irrenunciable.

En tercer lugar, por lo que se refiere al compromiso con el presente, existe hoy en día una amplia y muy diversa gama de opciones en el terreno de la acción social y política, de la enseñanza o en los medios de comunicación y ante la opinión pública. Juan José Carreras y Carlos Forcadell rechazaban a principios del siglo XXI la proliferación de unos usos públicos oportunistas de la historia y el uso abusivo del término memoria, y reivindicaban como una de las funciones del saber histórico «disipar las ilusiones y remediar los olvidos que fomentan los usos que de la historia hacen en cada momento el poder y las clases sociales hegemónicas». Para ambos, «un justo uso público de la historia sería una prosecución en cierta manera de la em-

<sup>16</sup> Paul RICOEUR: *La memoria, la historia, el olvido*, Madrid, Trotta, 2003, pp. 311-376.





Una de las últimas fotografías de Juan José Carreras, marzo de 2006.

presa iniciada por Marx, 'cuyo esfuerzo desplegado para escribir la historia en términos de lucha de clases' –escribe Hanna Arendt- 'estuvo inspirado, al menos parcialmente, por el deseo de rehabilitar póstumamente a aquellos a cuyas aperreadas vidas la historia había añadido el insulto del olvido'<sup>17</sup>.

Por último, en un mundo como el nuestro que está viendo surgir, dentro de la democracia, diversas y cada vez más preocupantes amenazas a los valores de que tan orgullosos nos sentimos, ¿la optimista simbiosis de capitalismo y democracia liberal ha de seguir siendo nuestro único horizonte, tal como interesadamente se nos presentó a finales del siglo XX? ¿Tal vez sea tiempo de recordar el futuro, como sugería Andreas Huyssen, en vez de preocuparnos únicamente por el futuro de la memoria? Añadiré, por mi parte, que si no lo hacemos es muy posible que ese futuro caiga en manos de una derecha populista y posfascista que moviliza a la gente con el miedo a lo extraño y a lo diferente, el cultivo de la identidad uniforme y excluyente y el recurso tradicional a la protección de la nación-Estado.

Si hay que imaginar futuros nuevos, en un año 2018 en el que Marx vuelve a estar de actualidad, nada mejor que terminar mi intervención en este homenaje al querido y admirado amigo

---

<sup>17</sup> Juan José CARRERAS / Carlos FORCADELL: «Introducción...», *op. cit.*, p. 45.

Carlos Forcadell con dos citas de sendos historiadores para los que el futuro contaba tanto como el pasado. A Josep Fontana no le interesaba una «teoría marxista de la historia» que condujera a codificaciones más o menos dogmáticas y llevara a la fosilización del pensamiento marxista ortodoxo y a un insoportable dogmatismo. Aquello que sobre todo valoraba en Marx, y le resultaba muy útil para orientar el oficio de historiador, era su modo de pensar los grandes problemas de la historia de los seres humanos, un modo de pensar que iba unido a un proyecto de futuro en el que inscribir el trabajo del historiador.

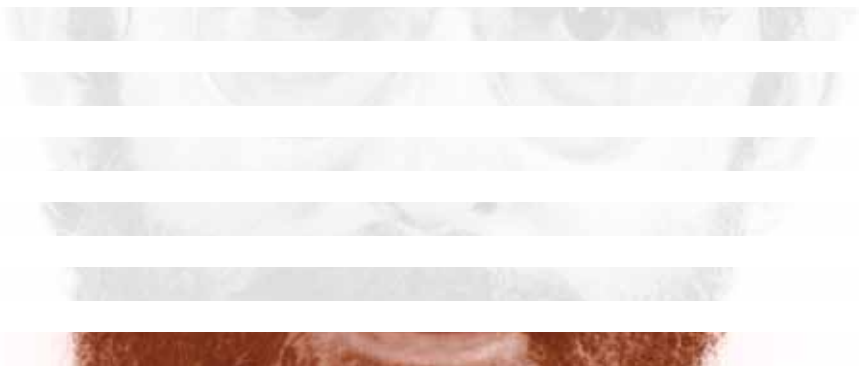
En este mundo de hoy, tan distinto del que se nos había prometido, vamos a necesitar, si queremos evitar que se realicen los futuros pesimistas que se anuncian, un análisis histórico liberado de tópicos y aligerado de la carga muerta de las esperanzas fallidas. Necesitamos un método nuevo de estudio del pasado construido sobre la base del análisis de los problemas concretos de los hombres y de las mujeres... Este método podría tal vez ayudarnos a devolver su sentido más legítimo a la historia, que no es el de contentarse con el estudio del pasado, sino el de revelar la evolución que ha conducido al presente: la de convertirse en una herramienta para interpretar los problemas colectivos de los hombres y de las mujeres, para explicar el mundo y ayudar a cambiarlo<sup>18</sup>.

Por su parte, Juan José Carreras dejó escrito lo siguiente. «El sabio de Tréveris no es responsable de que a partir de entonces muchos se empeñaran en ver en su obra 'una teoría histórico-filosófica sobre la evolución general impuesta fatalmente a todos los pueblos, cualesquiera que sean las circunstancias históricas en las que ellos mismos se encuentran', términos en los cuales se defiende de tal acusación en un texto de 1877». Por ello, añade Juan José Carreras, «resulta difícil hablar de Marx sin más. Aunque uno no comparta siempre la certidumbre de sus ideas o la seguridad de sus juicios, se puede compartir su esperanza en una 'completa emancipación humana', el que alguna vez se pueda lograr que 'el hombre sea la esencia suprema para el hombre', por muy difícil que nos parezca esto tal como marcha el mundo»<sup>19</sup>.

---

<sup>18</sup> Josep FONTANA: *Introducción al estudio de la historia*, Barcelona, Crítica, 1999, pp. 304-305.

<sup>19</sup> Juan José CARRERAS: *Lecciones sobre Historia*, edición e introducción de Carlos Forcadell Álvarez, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2016, p. 76.



## **Sobre el compromiso del historiador, con Marc Bloch al fondo**

**Ramón Villares**

Universidade de Santiago de Compostela

**P**articipar en el homenaje a un colega recién jubilado de sus tareas universitarias, como es el caso de Carlos Forcadell, tiene mucho de afecto personal pero también de reconocimiento intelectual. Y es ocasión para evocar algunas querencias compartidas, que coloco en el incipit de mi intervención. Después de escuchar tus palabras sobre el papel del azar en cada biografía individual, y traer a colación el nombre del maestro común, Juan José Carreras, me viene a la mente una frase escrita por ti, en una carta del verano de 1981 (y pido excusas por no haber cumplido el mandato de haberla roto en su día). Era un desahogo tras un revés "opositoril", en la que me confesabas que al menos te (nos) quedaba el consuelo de tener como maestro a un profesor que, en los ambientes universitarios de Compostela, alguien definió como persona que "fumaba puros y leía libros en lenguas extranjeras debajo del televisor del café Derby". Cuatro décadas más tarde, aquí estamos sin puros ni televisor pero con libros, orgullo y algo de saudade por aquel maestro tan discreto como eficaz, que era capaz de expresar de modo elegante y conciso los conceptos y problemas más sutiles de la historiografía europea. Si tuviera que escoger una palabra para definir aquel estilo intelectual, sería la de razón de historia y razón de historiador, con la que has encabezado dos libros compilados o dedicados al maestro. Ahora viene una tercera entrega que será la razón del historiador Forcadell.

Entre los ingredientes esenciales de la razón del historiador está claramente la de ser consciente de la relación entre su disciplina y los avatares propios de la época en que vive, porque nadie es capaz de hablar más del presente, aunque sea sin darse cuenta de ello, que el investigador de pasados. Por eso es difícil analizar los límites y contenidos de algo que los organizadores han definido como el «compromiso del historiador», porque su principal desafío está justamente en la elección de su profesión, que es inseparable de una estrecha y peculiar relación entre el pasado, el presente y, si es el caso, también del futuro. Tampoco creo que se espere un análisis político o filosófico de la posición social o intelectual del historiador en abstracto, ni de las sucesivas «batallas de historiadores» que han tenido lugar en la historia de la historiografía. De forma mucho más modesta, diré algunas cosas sobre las servidumbres y la voluntad de independencia del historiador respecto de la sociedad en la que le tocó vivir, tomando como marco de referencia la obra de Marc Bloch, vista en cierto modo como un contramodelo del historicismo alemán que J.J. Carreras tanto nos ayudó a entender.

Confieso que no es fácil encontrar una respuesta contundente y unívoca a la idea del compromiso o, si se quiere una palabra menos fuerte, de la responsabilidad. En el pasado, desde los «padres fundadores» de la historia grecolatina, ha sido frecuente que la historia fuese una compañera de viaje de los poderes gobernantes, espirituales o terrenales. Pero también sabemos, como ha subrayado con frecuencia A. Momigliano, que la mayor virtud del historiador grecolatino fue la de adoptar un enfoque de extranjero o de exiliado, para entender mejor, tal que Tucídides, los acontecimientos narrados. Había compromiso pero también distancia o extrañamiento. La creencia de que la historia era una *magistra vitae*, que prestaba consejo cierto para el ejercicio de la política y el buen gobierno, acompañó durante muchos siglos la práctica intelectual de los historiadores, hasta culminar en la figura de un Bossuet que quiso instruir al Delfín de Francia a través de su *Discurso sobre la historia universal* (1681). Posición subsidiaria a la que Voltaire trató de darle la vuelta, a pesar de su evidente complicidad con las elites políticas de su época. Desde entonces, especialmente a partir de la confluencia de la Ilustración y la experiencia revolucionaria, el historiador alcanzó un perfil más autónomo pero sin dejar de ser un consejero de reyes. Baste recordar figuras como las de François Guizot en Francia o de Leopold von Ranke en Alemania, cuyos textos estaban escritos, entre otros fines, para ilustración del rey Luis Felipe o de Federico Guillermo de Prusia, que incluso tuvo la deferencia de asistir a algunas conferencias del historiador. A pesar de considerarse aquella centuria como «el siglo de la historia», la autonomía de la disciplina fue un parto laborioso que tardó décadas en salir a la luz.

Un primer paso en la dirección de una mayor autonomía trató de alcanzarse a través de la erudición y la construcción de un relato basado en hechos y documentos sometidos a una severa crítica, recuperando la tradición *à la Mabillon*, a pesar del desprecio que por este tipo de historia le había merecido a Voltaire. La convergencia en la cultura alemana del aprecio por el pasado como expresión de un *volksgeist*, germen de la nacionalidad, dio alas al cultivo de la historia como un modo de legitimar el nuevo poder político. Nacieron de este modo las dos corrientes historiográficas que dominaron desde mediados del siglo XIX hasta, en algunos casos, la segunda postguerra mundial: el positivismo (francés) y el historicismo (alemán), modelos científicos apropiados para el cultivo de la historia y, en general, de las ciencias del espíritu. Se admitía de buen grado que el terreno de la historia era el de narrar y explicar hechos concretos, mientras que las ciencias de la naturaleza lo harían de hechos generales o universales, practicando de este modo lo que J.J. Carreras ha denominado un «dualismo metodológico» que, en el mejor de los casos, oponía la capacidad de comprender (*verstehen*) por parte de la historia a la de explicar mediante leyes generales, propia de las ciencias experimentales.

Esta diversidad de métodos no explica un diferente grado de compromiso social o político, pero permite que, sobre todo en Alemania, historiadores y demás cultivadores de las ciencias humanas pudiesen cohonestar su estatuto intelectual y su defensa del estado moderno como una «individualidad histórica», expresión tanto de poder como de identidad nacional. La resiliencia del historicismo alemán, como escuela y como método, es constatable durante la época de entreguerras, manteniendo el historiador su papel de guardián del pasado y legitimador del presente que, a veces, tomó formas de sincero pragmatismo. Como diría el albacea del historicismo alemán, Friedrich Meinecke, en tiempos de la república de Weimar, «ya que no podemos tener lo que amamos, una monarquía tradicional, amemos lo que tenemos, la república». Aunque esta declaración no llegó muy lejos, fue suficiente para evitar caer en la tentación del nacional-socialismo y lograr, tras la derrota de 1945, escribir un postrer libro sobre la «catástrofe alemana» (1946) como una indagación sobre las «influencias históricas y sociales» que llevaron al ascenso y ruina de Hitler y de Alemania.



Con Ramón Villares Paz. Universidad de Zaragoza, 1997.

La revisión de la hegemonía de la historia erudita y la denuncia de sus servidumbres políticas tuvo lugar en Francia, a partir de las primeras décadas del siglo XX, cuando aparece en escena el intelectual como figura pública, alentado por grandes combates como el *affaire* Dreyfus y debates análogos en otros países europeos, proceso que los «extremos» de la política de entreguerras acabarían por acelerar. Nació de este modo un tipo de «intelectual profético» que, en opinión de François Dosse, alcanzaría su esplendor años más tarde y que no comenzaría a declinar hasta los años setenta/ochenta del siglo pasado. Que este papel del intelectual comenzaba a ser relevante en el panorama cultural europeo lo muestran, entre otras, las obras de filósofos como Julien Benda o José Ortega y Gasset, que colocaron el conflicto entre las masas y las elites en la vida pública como cuestión central de su idea de la política y de la sociedad, al descubrir que muchos de sus colegas intelectuales sucumbían al «realismo de las multitudes», que es una versión de la «rebelión de las masas» orteguiana. El texto o «pamphlet» de Benda, *La trahison des clercs*, cuya aparición tuvo lugar en 1927, provocó algunas polémicas y, en el caso de los historiadores, también cierta indiferencia. En las pocas menciones del autor en el epistolario cruzado entre Febvre y Bloch se encuentra un comentario irónico del primero cuando se refiere Bloch, que estaba pasando unas semanas de estudio en Londres, encerrado en la biblioteca del Museo Británico, como «la imagen encarnada del clerc del querido señor Benda». El texto de Benda era una presentación maniquea del intelectual, al distinguir el «puro», especulativo y universalista y el «militante de lo particular» que está preso de algunas pasiones propias de las masas: la raza, la clase o la nación y que, por eso, detestaba la «raza de clérigos al estilo de [Maurice] Barrés que enseñan que siempre hay que dar la razón a la patria». El filósofo Benda, a pesar de su devoción por el «método histórico» y por el manual de Langlois y Seig-



Ramón Villares y Juan José Carreras. Cursos en la Universidad de Santiago, finales de los años ochenta.

nobos, no se dirigía a los historiadores, sino a sus colegas escritores y pensadores, pero en su denuncia del clérigo traidor está implícita la principal de las características del historiador, que es el rechazo de lo abstracto en favor de lo concreto. Y, sin embargo, los rumbos de la historiografía europea estaban caminando en una dirección diferente de la que creía Benda, tratando de construir una historia científica, de vocación comparatista y conectada con la sociedad de su tiempo más a través del método de trabajo que de una adscripción ideológica o partidaria.

Esto es lo que trataron de hacer algunos de los más influyentes historiadores y científicos sociales franceses, desde los maestros Vidal de la Blache, E. Durkheim y Henri Berr, hasta los dos fundadores de la revista *Annales* en 1929. Los promotores de aquella revista, Lucien Febvre y Marc Bloch, lucharon por construir un oficio del historiador (*métier*, en la conocida obra de Bloch) que, sin rechazar la tradición erudita, pudiese dialogar con las demás ciencias sociales e incluso experimentales. También aspiraban a que, sin dejar de ser una ciencia de los hombres en sociedad, fuese capaz de entender el presente a partir del análisis del pasado. Puede comprobarse esta orientación en la biografía y obra de Marc Bloch, un ejemplo bien logrado de historiador consciente de su misión como ciudadano (y patriota francés) más que de intelectual *engagé* o un *clerc* traidor. Algunos años antes de la aparición del libro de Benda, los fundadores de *Annales* ya se habían planteado el problema de la servidumbre política de la disciplina. En una fecha bien simbólica, la inauguración de la facultad de letras en la universidad de Estrasburgo en 1920, pronunció Lucien Febvre uno de sus muchos discursos de combate a favor de una historia que estaba necesitada de tener voz propia después de la tragedia de la guerra europea. Allí afirmaba Febvre que «la historia que sirve es una historia sierva». Parecía que a la disciplina histórica le había llegado la hora de superar las dependencias políticas y alcanzar su autonomía intelectual.

El que más empeño puso en lograr este compromiso, científico y ciudadano, fue el medievalista Marc Bloch, el historiador que no solo ha sido cofundador de *Annales*, sino la expresión



suprema de entrega a una causa ideológica y política con su ingreso como combatiente activo en la resistencia francesa en 1943, sin dejar por ello de ser y actuar como un historiador. De su obra como medievalista e incluso de sus textos sobre la «historia del presente», tal que *L'étrange défaite* redactada durante los meses siguientes al desmoronamiento o «agonía» (en palabras de Chaves Nogales) de Francia ante el avance del ejército nazi, se ha escrito bastante, hasta el punto de lograr desde los años ochenta del siglo pasado una recuperación de su figura y su obra, algo ensombrecida por Lucien Febvre y su sucesor Fernand Braudel. Sin embargo, no hay concordia en cuanto a su relación con la política de su tiempo. Mientras que algunos de sus biógrafos (C. Fink u O. Dumoulin), aun reconociendo su patriotismo, consideran que tanto Bloch como Febvre «evitaron el compromiso político» explícito, una aproximación más analítica que descriptiva, como es la del alemán U. Raulff, publicada tras la obra de Fink pero antes de la de Dumoulin es mucho más matizada. Raulff subraya con énfasis que la dimensión social y política de Bloch debe analizarse a partir de su propia obra historiográfica, porque a través de ella fue capaz de establecer un «vínculo sustancial» con la cultura política de su tiempo, en la medida en que la historia, como «sismógrafo» del presente, es «una manera diferente de pensar y entender la política». La obra es su modo de establecer un compromiso.

No es preciso recordar que una de las grandes obsesiones intelectuales de Bloch fue enlazar la investigación sobre el pasado con los problemas del presente, como demuestra en sus escritos de reflexión metodológica y de análisis de la situación intelectual de la sociedad francesa: «sin inclinarse sobre el presente, resulta imposible comprender el pasado», se lee en *L'étrange défaite*. La experiencia de las dos guerras mundiales, la apertura a otras disciplinas (psicología, sociología, lingüística, geografía rural, economía), el esfuerzo por renovar el método histórico heredado de sus maestros Fustel de Coulanges, Gabriel Monod y Charles Seignobos constituye su más relevante aportación a la historiografía del siglo veinte. Era, en suma, un «historiador crítico» pero sobre todo, a juicio de U. Raulff, un «ciudadano dotado de sentido político»



Con Ramón Villares.

que no ejercía de intelectual público –como haría Sartre años más tarde– sino que trataba de aprovechar su propia experiencia individual –la guerra, el antisemitismo– para transformar el modo de hacer historia, explicando el pasado a la luz del presente. Por eso se puede considerar su libro aparentemente de circunstancias, *L'étrange défaite*, como la obra de un educador de la nación, al modo en que Renan lo quiso hacer tras la derrota de Francia ante el ejército prusiano en 1870. La obra es también un ejercicio intelectual que usa la guerra como laboratorio y que le permite incluir la figura del «juez de instrucción» como una forma de aplicar a la historia el método experimental. ¿Hay compromiso político o está escondido bajo el manto de una ideal de cientifismo, como denuncia Dumoulin? Ciertamente, hay pocas referencias en su obra a los grandes problemas políticos de su tiempo, incluida una única referencia a la «guerra de España», pero no es en la plaza pública donde se temple el ideal de Bloch, sino en su posición intelectual y moral de analista del pasado y del presente.

Las peripecias sufridas por Bloch en sus últimos años de vida transforman, pero no desvirtúan su ejecutoria como historiador y como ciudadano. Fue entonces cuando escribió en su testamento que deseaba ser recordado como una persona amante de la verdad (*dilexit veritatem*), reforzando la idea de que la historia no debe servir a un partido, ni tan siquiera a una nación, sino que «debe servir a la verdad». Esta es la base sobre la que, en tiempos recientes, se ha recuperado a Bloch como uno de los padres de la «historia del tiempo presente» y, sobre todo, como un «héroe moderno», en palabras de N. Zemon Davis, que hacen del historiador una verdadera figura cívica y un espejo moral. Uno de sus discípulos en lontananza, temporal y espacial, el historiador polaco Bronislaw Geremek, se preguntaba en 1986 en el curso de la conferencia dedicada a examinar la obra de Bloch si no sería el momento de reexaminar el viejo grito de guerra de las clases dirigentes francesas en 1939, que rechazaban en nombre del miedo (o la comodidad) que no valía la pena luchar frontalmente contra la amenaza nazi, aceptando la tesis del «apaciguamiento» sellado en Munich. La reflexión de Bloch era que «ningún francés, en 1939, aspiraba a morir por Dantzig, como tampoco ninguno, en 1914, [estaba dispuesto] a morir por Belgrado». La respuesta de Geremek es que la muerte de Bloch, a manos de la Gestapo en la primavera de 1944, constituye la mejor refutación de aquel miedo de la sociedad francesa que, por otra parte, el historiador había analizado con sagacidad en su texto sobre la «extraña derrota» de 1940 y que, en consecuencia, es plausible que un intelectual e historiador pueda «morir por Dantzig», esto es, luchar por la libertad contra el totalitarismo, abandonando su «extrañamiento» o marginación de la vida pública. Era posible hacerlo y eso es lo que hizo Bloch, como historiador y como ciudadano, más allá de cualquier compromiso o posición moral.

Demos un salto hacia los tiempos presentes, sin abandonar la figura de Bloch. Como es sabido, la cuestión del compromiso o *engagement* del intelectual adquirió perfiles bastante diferentes a partir de la segunda potsguerra y en el curso de la «guerra fría» cultural que acompañó a la política de bloques entre el primer y el segundo mundo. Las prevenciones de Benda sobre la «traición» de los intelectuales se cumplieron debidamente, al menos hasta el momento crítico del año 68, con las revueltas estudiantiles y el bloqueo por la URSS de la primavera de Praga. Fue el periodo en que tiene lugar, a juicio de F. Dosse, la «desaparición del intelectual profeta». Lo que vino a partir de los años ochenta del siglo pasado, al menos en el campo de la historiografía, fue una fragmentación de los viejos modelos y una sustitución del peso de la erudición y de los hechos por el análisis cultural de los procesos de construcción de valores y símbolos. El historiador no quedó al margen del sistema político, pero mudó sus áreas de interés y también sus métodos de trabajo, explorando de forma sistemática la memoria y la conmemoración como un modo de celebrar el presente. De acuerdo con la fecunda idea de la «historia de



Con José García Velasco, Ignacio Peiró, Ramón Villares y Pedro Ruiz. Residencia de Estudiantes, Madrid, 2010.

los conceptos» promovida por Reinhart Koselleck, la Historia como un «concepto regulador» de la modernidad construida a partir de la doble experiencia de la ilustración racionalista y la revolución política está llegando a su fin. No estamos ante una «nueva historia» al estilo de la definida en los años setenta del siglo pasado como una renovación interna, sino de nuevos paradigmas y con ella de cambio de algunos de los valores más sólidos de la tradición historiográfica. Aunque el pronosticado «fin de la Historia» fue concebido con otra finalidad, parece evidente que tanto el estatuto de la disciplina como la presencia social y política del historiador experimentaron un cambio muy profundo desde entonces, lo que invita a poner un breve colofón sobre el compromiso de la historia y del historiador en la sociedad actual, atendiendo a varios problemas de desigual alcance.

El primero es constatar el cambio radical del papel desempeñado por el historiador en la vida pública actual, cuya condición «profética», si es que alguna vez la ha tenido, está siendo claramente superada por otras disciplinas (sociología, ciencia política, comunicación) cuando no por tertulianos e *influencers*. Es evidente que vivimos en una época de profundo interés por el pasado, en general manifestado a través de la memoria y de la conmemoración, pero de escaso interés por la espesura de ese pasado, al modo que M. Bloch pretendía explicar los problemas de la historia de Francia. A este viraje se unen otros, como el debilitamiento de la vieja distinción entre pasado y futuro, la aceleración del curso de la historia y, en consecuencia, la seducción de la historia por las tentaciones del presentismo y el olvido de su dimensión empírica. En cierto modo, se está produciendo un retorno al modelo de la historia grecolatina, en la que el narrador-historiador contaba lo que había visto directamente o lo que podrían haber contado testigos oculares. Un ejemplo bien significativo de esta actitud, aunque alejada de la profesión de historiador, puede ser Claude Lanzmann, quien ha construido su influyente visión del Holocausto, a juicio de un historiador poco sospechoso de antisemitismo como es Saul Friedländer,



En la conferencia de Ramón Villares en la biblioteca María Moliner. Zaragoza, 2016.

mediante una «absoluta primacía del testigo». Pero no es el testigo reflexivo y experimentado, invocado por Bloch para explicar la «extraña derrota» de Francia, sino la suma de experiencias individuales con las que construir un relato.

Un segundo punto, también conectado indirectamente con el legado intelectual de M. Bloch, es el replanteamiento radical de la base empírica sobre la que se había sustentado el método histórico. Actualmente disponemos de una inmensidad de información como son los almacenes digitales de macrodatos (*big data*) y, al mismo tiempo, de una evidente inseguridad metódica ante la proliferación de noticias falsas (*fake news*) que, de nuevo, nos enlazan con la perspicaz visión de Bloch sobre las falsas noticias o «bulos» que el advirtió en el curso de la primera guerra mundial. Releer aquel ensayo publicado en 1921 permite observar la sutileza con que se mezcla el saber del historiador con el observador de un laboratorio tan complejo como es la guerra, al comprobar que «todo bulo nace siempre como consecuencia de representaciones colectivas preexistentes a su propio nacimiento», de modo que nada es fortuito ni casual hasta el punto de que también el historiador ha de ocuparse del bulo o del error como objeto de estudio. No sé si es mucho consuelo traer a colación estas advertencias de Bloch, pero al menos siguen siendo útiles para renovar el oficio de historiador y, tal vez, también para renovar su compromiso, más que político o social, de carácter moral con la verdad. En el fondo, no iba tan descaminada la broma de Febvre de considerar a Bloch una perfecta encarnación del clérigo liberado de toda pasión por los ídolos de la tribu.

Esta apelación al amante de la verdad que Bloch quería que figurase en su sepultura como definición de toda una vida de estudio y de ciudadano consciente me permite concluir con una reflexión que une pasado y presente, a propósito de este nuevo desafío para el historiador que constituyen las «humanidades digitales» de macrodatos y postverdades. La existencia de esos inmensos almacenes de información digitalizada plantea el problema nada sencillo de resolver

la causalidad como elemento central de la explicación histórica. Saber que millones de datos informan de lo que sucede en una ciudad cualquiera y permiten saber gustos y preferencias de sus transeúntes es probable que ayude a adoptar buenas decisiones en materia de servicios o de oportunidades comerciales. Pero indican poco sobre las razones de esas acciones individuales que, analizadas y conectadas en la red, producen una realidad que carece de explicación causal. Los historiadores presentes y futuros habrán de encontrar soluciones para este presentismo invasor, que permite saber qué acontece pero que dice poco de sus causas. Algo análogo pasa con los bulos y, en acepción actual, postverdades: ¿bastaría con considerarlas como una fuente u objeto de análisis o como un desafío al meollo del método positivista de realizar una crítica de las fuentes? Un historiador muy influenciado por Bloch, como Carlo Ginzburg, que ha escrito sobre el «juez y el historiador» y ha hecho del «paradigma indiciario» un modelo de actuación para el investigador, reclamaba hace poco la necesidad de recuperar la «noción de prueba», como en el viejo método positivista, para distinguir las noticias «falsas» o «fingidas» y el contexto en que ha sido fabricadas.

Termino recuperando algunas ideas expresadas al inicio. No sé muy bien si podemos, en los tiempos presentes, hablar de compromiso del historiador, como profesional o, tan solo, como ciudadano consciente. Las nuevas herramientas de naturaleza digital suponen, a juicio de Anacleto Pons, que «nuestra forma de consultar documentos, nuestra manera de leer libros y artículos, también está cambiando» y que, en consecuencia, se está produciendo una mutación del oficio de historiador. Marc Bloch fue consciente de ello hace casi un siglo y, por ello, sigue siendo un espejo en el que poder mirarse. Otros desafíos, como la existencia de varios «Dantzig» en el horizonte (ideológicos, climáticos, migraciones, desigualdad, etc.) serán un nuevo laboratorio para el historiador y los científicos sociales. Pero la idea de compromiso ha cambiado y se ha desplazado a territorios en los que el historiador solo podrá actuar como el benjaminiano *angelus novus*, nadando mar adentro sin perder de vista el torbellino de la historia, con el rostro vuelto hacia el pasado. Así terminaba J.J. Carreras sus *Seis lecciones sobre historia* y no encuentro mejor apoyo para concluir mi intervención.

## Referencias bibliográficas

BENDA, Julien: *La trahison des clercs*, París, Grasset, 1927.

- *Memorias de un intelectual*, ed. Xavier Pericay, Madrid, Espasa-Calpe, 2005.

BLOCH, Marc: *L'Histoire, la Guerre, la Résistance*, Quarto, París, Gallimard, 2006.

BLOCH, M. / FEBVRE, L.: *Correspondance*, Ed. Bertrand Müller, París, Fayard, 3 vols., 1994-2003.

CARRERAS, Juan José: *Razón de historia. Ensayos de historiografía*, Madrid, Marcial Pons, 2000.

- *Seis lecciones sobre historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2003.

DOSSE, François: *La saga des intellectuels français, 1944-1989*, París, Gallimard, 2018, 2 vols.

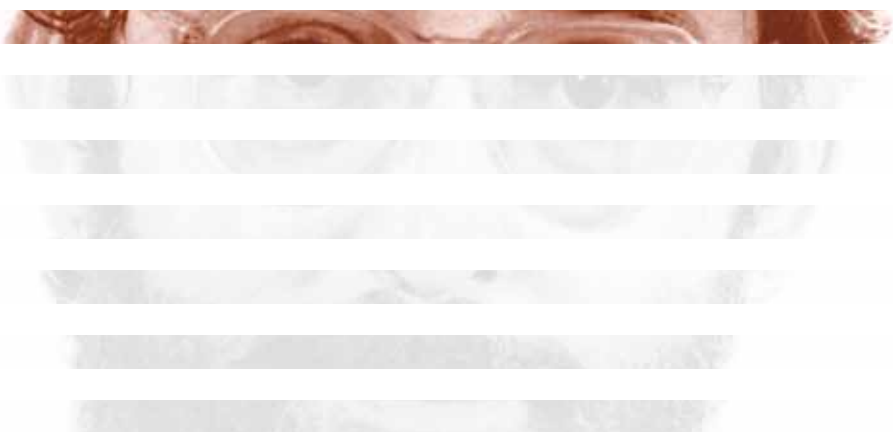
DUMOULIN, Olivier: *Marc Bloch o el compromiso del historiador*, Universidad de Granada, 2003 [París, 2000].

FEBVRE, Lucien: «L'histoire dans un monde en ruines», *Revue de Synthèse Historique*, 30 (1920).

FINK, Carole: *Marc Bloch. A Life in History*, Cambridge University Press, 1989 [*Una vida para la historia*, Valencia, PUV, 2004].

FORCADELL, Carlos (ed.): *Razones de historiador. Magisterio y presencia de Juan José Carreras*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2009.

- FRIEDLÄNDER, Saul: *Où mène le souvenir. Ma vie*, Paris, Seuil, 2016.
- GEREMEK, Bronislaw: «Marc Bloch, historien et résistant», *Annales, E.S.C.*, 41 (1986).
- GINZBURG, Carlo: «El oficio de historiador y la filosofía», *Pasajes*, 29 (2009).
- KOSELLECK, Reinhart: «Le concept d'histoire», in *L'expérience de l'histoire*, Paris, Ecole de Hautes Etudes et Sciences Sociales / Gallimard, 1997.
- PONS, Analet: «El pasado fue analógico, el futuro es digital. Nuevas formas de escritura histórica», *Ayer*, 110 (2018).
- RAULFF, Ulrich: *Marc Bloch. Un historien au XX<sup>e</sup> siècle*, Éditions de la Maison des Sciences de L'Homme, Paris, 2005 [Franfurt am Main, 1995].
- WINOCK, Michel: *El siglo de los intelectuales*, Barcelona, Edhasa, 2010 [Paris, 1997].



## **Unas palabras para Carlos Forcadell**

**José-Carlos Mainer**  
Universidad de Zaragoza



**E**s un honor inmerecido, sin duda, pero también gustoso e irrenunciable, poder participar en el primer acto público de este homenaje que se ofrece a Carlos Forcadell. Me corresponde enumerar los méritos de mis compañeros de mesa y pienso que lo más oportuno, sin embargo, es limitarme a subrayar su idoneidad y representatividad aquí donde se ha de hablar del *compromiso social del historiador*. Tanto Pedro Ruiz Torres como Ramón Villares Paz encarnan unas líneas de trabajo renovadoras en las que llama la atención la vocación interdisciplinaria, porque ambos padecen –afortunadamente para ellos y para sus lectores– la misma curiosidad universal y avizora que profesa Carlos Forcadell. Me permito recordarles que el primero dirige desde 1999 la revista *Pasajes de pensamiento contemporáneo*, un título tan delatoramente benjaminiano que evoca que el «ángel de la Historia» que pintó Paul Klee sigue siendo testigo insomne de la batalla de la cultura en tiempos poco gratos. Ramón Villares ha brindado, junto a estudios generales sobre la historia moderna de Galicia, algunos trabajos memorables sobre la trama del nacionalismo literario, trayendo a colación la obra fundadora de Eduardo Pondal, el significado del grupo de la revista *Nós* y una bienvenida exploración del libro *Arredor de sí*, de Ramón Otero Pedrayo, que es una de las autobiografías intelectuales más fascinantes de las letras hispánicas al filo de los años treinta del siglo pasado.

Ambos disfrutaron de un elevado reconocimiento científico, porque poseen de añadidura los dones del buen gobierno de la vida académica y de ese arte particular de la síntesis madura, que es prenda todavía más rara. Los dos han sido memorables rectores de sus viejas universidades de Valencia y Santiago. Nuestro Carlos Forcadell ha sido un imprescindible director de Departamento en momentos de mudanza, ha presidido con acierto la Asociación de Historia Contemporánea y ha refundado la Institución Fernando el Católico, sin duda el más fecundo de los centros de su naturaleza que subsisten en España, pero como todos los demás necesitado de purgar la huella de su pecado original. Torres y Villares han participado –Villares en la dirección; uno y otro en la redacción de sendos volúmenes– en el valioso empeño de la *Historia de España*, editada por la barcelonesa Editorial Crítica (cuando todavía regía sus destinos Gonzalo Pontón) y la madrileña de Marcial Pons, bajo dirección compartida con Josep Fontana. Y no parece casualidad que Carlos Forcadell escribiera una cumplida reseña de los tres primeros volúmenes que aparecieron (los dedicados al siglo XVIII por Ruiz Torres, al siglo XIX por Josep Fontana y la república y la guerra civil por Julián Casanova) bajo el título

revelador de «Una nueva historia general de España para nuestro tiempo» (*Revista de Libros*, 148, 1 de abril de 2009).

Forcadell recuerda allí que «las historias nacionales son productos estrictamente contemporáneos que se configuran como poderosos instrumentos educativos, universitarios, investigadores y culturales a partir de la constitución de las naciones modernas y de la construcción de unos nuevos Estados liberales cuyo programa se desplegó nacionalizando todas las variables de la realidad social y cultural, desde el mercado y la economía a la política, desde los bienes de la Iglesia hasta el propio relato del pasado». Pero le constaba también que, en los confusos comienzos del presente siglo XXI, el grado de certidumbre que en España presenta la aceptación de ese «Estado liberal» (o simplemente constitucional), la relación con la religión mayoritaria y con la imagen del pasado –convertido en mosaico de recelosas identidades conflictivas– han hecho mucho más difícil acertar en el empeño de cartografiar ese pasado sin que nuestro presente destiña demasiado sobre él. Y por eso nos recuerda oportunamente en esta larga reseña que los importantes pasos de ese propósito de una conciliación atenta, inteligente e imparcial se iniciaron en la obra pionera de Rafael Altamira, a finales del siglo XIX, y han sido encarnados sucesivamente por el proyecto de nacionalismo liberal y unitario de Menéndez Pidal en 1927, la voluntad rupturista con el credo franquista que Miguel Artola imprimió a la *Historia de España Alfaguara*, de Alianza Editorial (1972), la buena nueva progresista que inspiraba el proyecto de Manuel Tuñón de Lara en la *Historia de España* que dirigió para Editorial Labor en los años ochenta y el tono renovador e interdisciplinario que José María Jover Zamora alcanzó a dar a la última etapa de la *Historia* de Menéndez Pidal, ya en los noventa. Tales eran, a su entender, los valiosos antecedentes de la empresa de Fontana-Villares, que «se propone ser la obra de una generación, para una generación, y está destinada a ocupar un lugar destacado en el mercado cultural de los manuales y síntesis de Historia de España», según consigna Forcadell.

### **Sobre los usos de la historia**

La significativa reseña de Forcadell olvidó advertir que seguramente será también la última obra que basará buena parte de su autoridad en su condición de imponente texto impreso de referencia, cuando el futuro de la comunicación intelectual se apoya cada vez más en la volatilidad de las redes y en la renuncia tácita a los esfuerzos de síntesis. Y donde los aires «democráticos» (y algo conspiratorios) de los congresos que proliferan y de los proyectos de investigación en marcha parecen apagar los últimos ecos de los grandes esfuerzos solitarios y de la huella de la legítima hegemonía de los «maestros». Porque nadie puede dudar que Carlos Forcadell pertenece a esa estirpe, aunque se haya sabido adaptar muy tempranamente a los nuevos hábitos mezclando las proporciones adecuadas de camaradería, afable y algo socarrona, con la autoridad intelectual (sin énfasis innecesario) que le otorga su larga trayectoria. Con el añadido de eso que todavía llamamos con admiración «formación alemana»: una solidez que no excluye la originalidad y el atrevimiento pero ponderados y reflexivos.

Como su maestro y amigo, el inolvidable Juan José Carreras, Forcadell es un devoto de la teorización que, sin embargo, sucumbe siempre a la tentación de la praxis, tan inevitable en los tiempos que corren y a la vista de los muchos desaprensivos que los frecuentan. Nunca deja de cavilar con grandeza y rigor pero tampoco descuida que hay que actuar con cálculo y tino. Nuestro Carreras escribió menos de lo que llegó a tener bien pensado y bien resuelto –era un tiempo más inclemente–, pero Forcadell ha hecho de todo y en su bibliografía hallamos historia nacional, local y comparada, teorización de conceptos historiográficos, historia cultural e ideológica... Y, a menudo, usa un término que define y sintetiza casi todo: discorra sobre lo que



Con José Carlos Mainer en la presentación de la publicación número 3000 de la IFC. Salón de actos de la DPZ, 15 de febrero de 2011.

discurra, siempre tiene presente la variedad de los «usos» de la historia, tan diversos y hasta enfrentados. Ese fue precisamente el tema sobre el que versó el VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea en Zaragoza, que él organizó en 2002. Y añadamos que, a la fecha y desde 2009, dirige un proyecto de investigación sobre «La cultura nacional española» y el Grupo Consolidado de Investigación que se trabaja en «Usos públicos de la Historia en Aragón».

Nunca ha dejado de atender a lo local y a lo universal. Era una tentación en una región marginal convertirse en bardo de entusiasmos y vindicaciones localistas cuando los primeros síntomas de la Transición –en el comienzo de los setenta– parecían ir por ese camino. Forcadell lo recorrió con provecho pero, cuando se decidió conmemorar la existencia del periódico *Andalán* (1972-1989) y fue él quien dio forma a la idea, supo buscar un título evocador pero también desmitificador (*Los espejos de la memoria*) y, en definitiva, acertó con la cercanía cómplice y la distancia estratégica y bienhumorada que aquel recuerdo colectivo requería. La mezcla de ecuanimidad y escepticismo es muy recomendable cuando alguien anda en los vericuetos de la historia y se mueve en un terreno sacudido todavía por los terremotos metodológicos recientes. El ejercicio de la memoria sobre nuestro propio pasado requiere la aplicación frecuente de desinfectantes. Y esa prevención fue, sin duda, otra lección vital de Juan José Carreras.

Cuando escribo estas líneas, hace un año (febrero de 2018) que tuve el honor y la satisfacción de presentarle una conferencia en el curso de la Asociación de Profesores Eméritos de la Universidad de Zaragoza; el punto de partida era una reflexión a propósito de la presencia de las Humanidades en el ámbito del conocimiento. Desde el veterano George Steiner hasta Martha Nussbaum desfilaron por la charla todos los ardorosos defensores de la universalidad del humanismo, incluidos los apologetas españoles como Carlos García Gual o Jordi Llovet. Pero



Con Gonzalo Borrás y Guillermo Fatás. IFC, Zaragoza, 2007.

aquella apelación a la unidad intelectual del conocimiento y aquella aversión a las simplificaciones utilitarias no era cosa nueva en Forcadell: hace veinte años quizá, me comentaba que cuando explicaba un tema que era muy suyo –la primera guerra mundial y las convulsiones que la precedieron y siguieron– demandaba a sus alumnos leer *La cripta de los Capuchinos*, la novela de Joseph Roth. Yo prefería para el caso *La marcha de Radetzki*, le apostillé, pero de cualquier modo, a los dos nos fascinaba la literatura de aquel lúcido judío austrohúngaro (al que, seguro, él había leído en alemán y antes que yo), que murió en París, justo cuando comenzaba el otro gran incendio general del siglo pasado.

### **La batalla de la historia contemporánea**

Por razones de edad, Forcadell ha sido testigo del despliegue del estudio de la Historia Contemporánea en la España de los últimos cincuenta años. Sabido es que el franquismo la tuvo en cuarentena porque el siglo XIX había sido el siglo del liberalismo (que fue castigado por la inestabilidad y la insignificancia) y porque el precedente siglo XVIII fue una centuria envarada y galicana, ajena a la verdadera sustancia del país. Y del siglo XX solo había que saber que fue la incómoda antesala de la Cruzada y la Victoria, a las que siguió el tranquilo disfrute de sus magnos logros. El pasado tenía que ser antiguo y enfático: para eso estuvieron el milenario de

Castilla en 1943, el recuerdo vivo de la Reconquista siempre y, sobre todo, los Reyes Católicos. Solo cambió un poco el guión de lo conmemorable cuando en 1958 se celebró el centenario de la muerte de Carlos I y hubo que hablar alguna vez del Imperio y de conflictos europeos, de erasmistas y de protestantes. Lo demás fue, en gran medida, jurisdicción de lo que –muy agudamente– Jean François Botrel llamó *hispanismo de sustitución*, y de algunos ilustres exiliados de 1939: las mejores síntesis sobre el siglo XVIII vinieron del francés Jean Sarrailh (*La España ilustrada en la segunda mitad del siglo XVIII*) en los años cincuenta y del estadounidense Richard Herr (*España y la revolución del siglo XVIII*), ya en los sesenta; los primeros grandes trabajos de historia cultural del siglo XIX fueron los que publicaron en el destierro Vicente Lloréns sobre las emigraciones liberales de la época fernandina, los de Juan López Morillas sobre la historia del krausismo y el ciclo de José Fernández Montesinos sobre el desarrollo de la novela, desde el costumbrismo y la novela histórica hasta Galdós.

Por supuesto que un veterano ensayista liberal-conservador, Melchor Fernández Almagro, escribió panorámicas acertadas y que Gregorio Marañón mantuvo en sus ensayos el honor del siglo liberal. Pero solo en los años cincuenta comenzaron los empeños académicos que, en muchos casos, provenían de estudiosos que se habían iniciado en trabajos sobre la Edad Moderna: fue el caso de Jaume Vicens Vives (de quien proceden Josep Termes y Josep Fontana, entre otros) y de José María Jover Zamora. O el de personajes de perfil algo diferente como Vicente Cacho Viu y Carlos Seco Serrano. Por ellos supimos algo de la constitución de la burguesía mercantil catalana, la formación de la conciencia burguesa y la conciencia obrera, la historia



Con Ignacio Izuzquiza, Jose Carlos Mainer y María Dolores Albiac en el ciclo *Cajal, una reflexión sobre el papel de la ciencia*. Salón de actos de la DPZ, 29 de noviembre de 2002.

de la Institución Libre de Enseñanza o dispusimos en ediciones en la Biblioteca de Autores Españoles de importantes textos de los siglos XVIII y XIX.

Pero en 1980 el escalafón reflejaba un panorama poco alentador. La historia de la liquidación de un modelo académico y su reemplazo la ha contado el propio Carlos Forcadell en el trabajo «Tuñón de Lara, los historiadores contemporáneos y la transición democrática», un incitante capítulo de lo que podrían ser unas memorias colectivas. La ocasión fue el crucial homenaje a Tuñón que auspició la Universidad Internacional Menéndez Pelayo en el verano de 1981. El trabajo vio la luz en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 2008, pero antes se anticipó parcialmente en el homenaje aragonés a Tuñón, en 2006; lo recomiendo vivamente a quien quiera saber la significación del carisma de Tuñón de Lara en el proceso de la nueva historia y para quien quiera disponer de un análisis impecable de las fuerzas renovadoras de la universidad de los setenta y también de un vivaz retrato de las jactancias, las servidumbres y los pactos que configuraron el cambio de las cosas en el decenio de los ochenta y parte del siguiente.

### **Carlos Forcadell y (al fondo) la Universidad de Zaragoza**

Carlos Forcadell obtuvo el título de Licenciado en Filosofía y Letras en 1969; tras un par de años de dar clases en enseñanza media se trasladó a Heidelberg en 1972 y regresó en 1974 a la entonces muy joven y bastante movida Universidad del País Vasco. De allí pasó otra vez a Zaragoza y obtuvo plaza de titular en 1980, primero en la Universidad del País Vasco y en 1982 en la aragonesa.

En 1969 la Facultad de Letras zaragozana era un centro modesto y provinciano aunque ya daba alguna señal de cambios inminentes, como el resto del país. En 1970 se había promulgado



Con Ignacio Peiró, y al fondo la imagen de Luis Buñuel, en la exposición *100% Residencia (1910-2010)*. Residencia de Estudiantes, Madrid, 2010.



Junta directiva de la Asociación de Historia Contemporánea: Teresa Ortega, Mariano Esteban, Juan Pro, Carme Molinero, Anacleto Pons, Carlos Forcadell, Ángeles Barrio, Manuel Pérez Ledesma, Pedro Novo. Granada, 2012.

la Ley General de Educación que los inconformes entendieron como una reconversión del vetusto aparato educativo público en una palanca al servicio del *neocapitalismo* (así decíamos entonces) que parecía necesitar con urgencia dóciles profesionales y fuerzas laborales capaces de leer y entender un folleto de instrucciones. Puede que, en parte, fuera esa la intención última del legislador, pero los efectos prácticos fueron muy otros y más benéficos: hubo una exponencial –y vista de cerca, casi conmovedora– demanda de estudios, se crearon universidades y facultades por doquier y, como consecuencia del estirón, se consolidó una suerte de joven proletariado académico (los profesores no numerarios: «PNN» o «penenes» en la jerga del momento), todo lo cual iba a ser un elemento decisivo en la inminente modernización de la sociedad española.

La mayoría de los catedráticos zaragozanos que Carlos Forcadell había tratado hasta 1969 habían arribado a sus puestos en los años cuarenta o cincuenta; apenas existía profesorado subalterno, de estatus menos que precario y del que no era fácil manumitirse. En los años siguientes, la situación cambió mucho. El más veterano, el catedrático de Lengua y Literatura Españolas, Francisco Ynduráin, obtuvo plaza en Madrid en 1972, donde ya andaban sus hijos (todos con brillantes carreras académicas) y donde esperaba quizá más justo reconocimiento de sus méritos. Aquel mismo año murió Francisco Abbad-Jaime de Aragón, catedrático de Arte, que ya había obtenido el traslado a Madrid. Ynduráin había sido discípulo de Unamuno y, aunque cauto en su expresión, era hombre de ideas y ambiciones más avanzadas. Abbad había iniciado su carrera académica con una tesis doctoral de 1935, dirigida por Manuel Gómez Moreno nada menos, sobre el arte románico de Cinco Villas; fue suboficial republicano durante la guerra civil y yo le oí –en un café de Teruel, ya avanzada la noche– pronunciar un sonoro y significativo «¡Viva la Institución Libre de Enseñanza!». También habían iniciado sus carre-

ras en los felices tiempos pretéritos de la Junta para Ampliación de Estudios el catedrático de latín Vicente Blanco García, muy activo en publicaciones hasta los primeros años cincuenta (y luego, mudo), y José María Lacarra, catedrático de Historia Medieval y, sin duda, el investigador más prestigioso de la Facultad zaragozana a la que había llegado en 1940. Eugenio Frutos, catedrático de Filosofía, se jubiló en 1973. Había sido simpatizante falangista y era un pensador católico, interesado por la antropología y por la literatura, que, antes de la guerra civil, había iniciado una prometedora trayectoria de escritor vanguardista cuyos libros editó mucho después su nieto Alberto Montaner, brillante filólogo. De su ecuanimidad bondadosa daba fe el que a menudo se refería a «mi ilustre predecesor en esta cátedra»... Que era José Gaos, republicano, exiliado en México y traductor de Heidegger.

Quienes representaban la más recia encarnación de los vencedores de 1939 eran Fernando Solano Costa, catedrático de Historia Moderna desde 1950, que ya era jefe del SEU en 1934 y ostentaba la medalla de la Vieja Guardia, y Carlos Corona Baratech, de Historia Contemporánea (desde 1953), falangista convencido que también mantuvo simpatías opusdeístas. Uno y otro no ocultaron jamás sus ideas políticas, incluso cuando cambiaron las fechas y las tornas. El poder alternativo del mismo franquismo lo encarnaba una amplia y casi autónoma Cátedra de Geografía en la que ejercía mando omnímodo José Manuel Casas Torres, llegado a Zaragoza en 1945 a punto de cumplir treinta años pero ungido de celo al haber sido reclutado para el Opus Dei por el propio Escrivá de Balaguer en la Valencia de 1939. Nunca ocultó serlo. Y tampoco lo hizo con sus personales convicciones, acerca del orden y de la autoridad, Ángel Canellas López, catedrático de Paleografía y Diplomática, desde 1945. Antonio Beltrán, que llegó como catedrático de Arqueología (luego lo fue de Prehistoria), fue –como todos ellos– un hombre de notoriedad pública, concejal del ayuntamiento y diputado provincial; pocos sabían que, por imperativo geográfico, había sido también soldado republicano en la guerra civil pero pronto dio a conocer que él era fundamentalmente apolítico. Por ello ejerció un largo decanato que cubrió con holgura la transición de la Facultad zaragozana y favoreció la inevitable renovación (que a su lado impulsaba decisiva y sagazmente el secretario de la Facultad, Guillermo Fatás); parte de ella fue el reingreso de Carlos Forcadell en 1982, aunque también debió bastante a la autoridad moral que –desde los departamentos de Historia y los de Filología– ejercieron con discreción dos catedráticos que habían venido de países germánicos: Juan José Carreras, que lo hizo en 1969 desde Alemania, y Félix Monge que vino de Zurich un año antes. Y un hecho significativo de la culminación del cambio fue la sesión, ni breve ni fácil, en que el pleno de una Junta de Facultad de 1984 aprobó la propuesta de otorgar el doctorado Honoris Causa –que celebraba el IV Centenario de la Universidad– a José Manuel Blecuá, Luis Buñuel, Pablo Serrano y Manuel Tuñón de Lara. La moción surgió en gran medida del Departamento de Historia Contemporánea y fue aprobada, no sin dificultades, por el pleno. Constituyó todo un símbolo.

El relevo generacional se cumplía en personas que estaban entonces en la treintena de su edad y que a fecha de ahora se vienen jubilando en este segundo decenio del siglo. Pero cuando lo hacen, ya no se abre a los pies de sus sucesores un abismo de dudas y conspiraciones como en aquellos primeros ochenta del pasado siglo, sino el tranquilo sucederse de otra promoción que ya está en plena y bien probada madurez. Y detrás de la cual ya hay, por lo menos, otra en espera... Algunos de sus componentes son los que han organizado este homenaje y es un honor poder recordarles que una parte del *compromiso social del historiador* –al que se refiere el título de la mesa que presido– consiste precisamente en propiciar y aceptar la continuidad natural de nuestro trabajo en aquel que ya están haciendo otros.



## **2. ¿La disolución de lo social en la Historia?**



## **¿Disolución o dilatación? «Lo social» en la Historia**

**Ismael Saz**

Universitat de València

**N**o creo que sea ocioso recordar que el planteamiento mismo de la cuestión remite a una de las más ásperas controversias de nuestra disciplina: la relacionada con la que, en sus términos más generales, pero sin olvidar tampoco sus múltiples facetas y concreciones, podríamos definir como confrontación entre la historia social y la historia cultural. Y no está de más recordar que estas controversias lo fueron especialmente en el mundo anglosajón, aunque no solo, a «cara de perro», alcanzando en ocasiones una virulencia extraordinaria. No es nuestra intención entrar en consideraciones mayores acerca de estas controversias<sup>1</sup>. Aunque quizás valga la pena constatar que en los últimos tiempos las aguas se han «remansado» y que, lo que es más importante, se han abierto vías de comunicación entre las distintas posiciones que, desde mi punto de vista, han venido a enriquecer tanto a la historia social como a la cultural. En el mismo sentido, se podría añadir que lo que podría haber terminado como víctima propiciatoria de las acometidas del giro lingüístico, el posmodernismo o la historia cultural en sus múltiples formulaciones, «lo social», podría haber quedado, más dilatado que «disuelto en la historia».

En efecto, hoy podemos considerar que muchas de las antinomias que se vivieron como «absolutos» irreconciliables se han despojado de sus aspectos más esencialistas para abrirse a relaciones más abiertas y «dialécticas» más fecundas. Me refiero, es claro, a las contraposiciones entre «lo social» y «lo cultural»; «lo cultural» y «lo real»; entre lo local y lo general; entre lo micro y lo macro; entre lo individual y lo colectivo; entre lo privado y lo público; entre el lenguaje y la materialidad<sup>2</sup>.

---

**1** Entre otras cosas porque el autor de estas líneas no puede considerarse ni como un epistemólogo ni como un especialista en historia social. También por la propia complejidad de la historia social, que, como recordara Carlos Forcadell, es un concepto que en sí mismo no es unívoco, puede albergar distintos contenidos y abrirse a concepciones y formulaciones más amplias y complejas. Carlos FORCADELL: «Sobre desiertos y secanos: los movimientos sociales en la historiografía española», *Historia Contemporánea*, 7 (1992), pp. 101-116 (103-104). Finalmente, porque entre los propios especialistas parece más frecuente que otra cosa el lamento por la escasa reflexión en la historiografía acerca del concepto de «lo social». Patrick JOYCE: «Lo social en la historia social», *Historia Social*, 60 (2008), pp. 155-158. Y desde luego no faltan los reproches a quienes se aventuran en terrenos tan peligrosos sin distinguir y articular adecuadamente conceptos como «social», «lo social» y «sociedad», por ejemplo. Cfr. Álvaro SANTANA ACUÑA: «Sociedad, social y lo social: la historia ramificada de tres conceptos», *Ariadna histórica. Lenguajes, conceptos, metáforas*, 1 (2012), pp. 2261-265.

**2** Para esto último, la constatación de un «giro a lo material» que habría ido a acompañar en los últimos tiempos al giro cultural. Patrick JOYCE: «Lo social en la historia social», *op. cit.* Véase también n. 6.

Es verdad que, en algunas de sus permutaciones más extremas, el «giro cultural» pudo conducir a «excesos» que podían llegar a amenazar la posibilidad misma del conocimiento histórico, o a condenar toda forma de hacer historia que no se adecuase a alguna de sus premisas. Paradójicamente, tales pretensiones venían a reproducir, en negativo, algunas de las formulaciones y prácticas más abusivas de la propia historia social cuando esta llegó a ser concebida prácticamente como la única forma de hacer historia. Y no deja de resultar paradójico, también, que lo que en el posmodernismo/posestructuralismo podía haber de serio correctivo al estructuralismo propio de cierta historia social terminara por resolverse en otro estructuralismo, este lingüístico, no menos problemático a la hora de captar la complejidad de los procesos históricos<sup>3</sup>.

Ciertamente, la historia social había incurrido en estos y otros vicios, así como mostrado de modo cada vez más acusado algunas de sus limitaciones, tales como, entre otras, la de no haber estado siempre bien avenida con problemáticas relativas a la cultura, la ideología, la subjetividad o a otros sujetos sociales más allá del que lo era en ella por excelencia, la clase.

Pero, más allá de esto, hay algunas cuestiones que conviene recordar. En primer lugar, que no toda la historia social se reducía a un cúmulo de estructuras sin sujeto, determinismos y auto-referencias; que, lejos de ello, hubo una autoconciencia creciente de esas limitaciones; y que de forma muy significativa algunos de sus más cualificados exponentes abrieron líneas fecundas de apertura a «lo cultural», empezando, cómo no, por E.P. Thompson y R. Williams<sup>4</sup>.

En segundo lugar, pronto se pudo hablar de una «nueva historia cultural» capaz de articular diversos enfoques, como la antropología de Geertz, la lingüística de Saussure, el estructuralismo de Levi Strauss o los aportes en otros planos de Foucault o Bourdieu<sup>5</sup>. Y es por este lado por el que se abría el paso a una ruptura de la dicotomía entre el ámbito de lo «cultural» y el de «lo real» –social o político–, porque, entendida la cultura como un entramado simbólico de actividades, representaciones y prácticas, podía considerarse, ella misma, como constitutiva de lo «real» social y político. Dicho de otro modo, desde esta perspectiva, lo cultural podía considerarse clave no ya para la «disolución de la social», sino para el enriquecimiento de nuestra forma de aproximación y conocimiento de lo social<sup>6</sup>.

Así pues, desde mi punto de vista hay que rechazar viejas dicotomías, antinomias y absolutos para abrirse a la complejidad de enfoques, a la pluralidad interdisciplinar<sup>7</sup>, a la hibridación de distintas perspectivas teóricas y, por qué no, a un eclecticismo creativo<sup>8</sup>. Dos ejemplos

---

3 Reflexiones imprescindibles acerca de los distintos «estructuralismos» en Gabrielle M. SPIEGEL: «La historia de la práctica: nuevas tendencias en historia tras el giro lingüístico», *Ayer*, 62 (2006), pp. 19-50.

4 Cfr., Geoff ELEY: *A Crooked Line. From Cultural History to the History of Society*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 2005, pp. 1933 y ss. También, Geoff ELEY / Keith NIELD: *El futuro de la clase en la historia. ¿Qué queda de lo social?*, Valencia, PUV, 2010. Véase para una clarificadora visión de conjunto, el artículo citado de Gabrielle Spiegel.

5 Lynn HUNT (ed.): *The New Cultural History*, Berkeley / Los Ángeles, University of California Press, 1989.

6 Cfr., Victoria E. BONNELL / Lynn HUNT (eds.): *Beyond the Cultural Turn: New Directions in the Study of Society and Culture*, Berkeley, University of California Press, 1999.

7 Como señala Patrick Joyce cuando apuesta por la «unidad entre práctica y teoría...», entre historia cultural e historia social (y de ambas con la historia económica y política), así como entre la historia y las ciencias sociales. Poniendo así de manifiesto que las actuales divisiones entre disciplinas y subdisciplinas, aunque en algunos aspectos pueden ser legítimas y productivas, pueden constituir, sin embargo, un obstáculo para el avance del conocimiento». Patrick JOYCE: «Materialidad e historia social», *Ayer*, 62 (2006), pp. 86-87.

8 Una contundente apuesta por la «hibridación» en Geoff ELEY: *A Crooked Line*, *op. cit.*, pp. 200-203.



Cartel del curso organizado con motivo del décimo aniversario del fallecimiento de Juan José Carreras. Zaragoza, 2016.

relacionados con mi actividad investigadora podrían servir, tal vez, para clarificar los planteamientos apuntados: el relativo a la historia de las culturas políticas y el que se refiere a la *Alltagsgeschichte*.



En lo que toca a la **historia de las culturas políticas** es perfectamente conocida la crítica a las iniciales formulaciones de Gabriel Armond y Sydney Verba, a las que se reprochaba, creo que justamente, su funcionalismo, su carácter consensual, la jerarquización predeterminada de las sociedades, la limitación del campo y los objetos de estudio, y que todo Estado-nación tenía una, y solo una, cultura política<sup>9</sup>; incluso se ha podido decir que tal concepto de cultura política podía llegar a usarse en un modo que ni era político ni era cultural<sup>10</sup>. En las antípodas de esta aproximación podrían situarse los planteamientos de Keith Baker, cuya noción de cultura política se situaba, por así decirlo, en las posiciones más extremas del radicalismo lingüístico. Su noción de cultura política como un «conjunto de discursos y prácticas simbólicas» termina-

<sup>9</sup> Gabriel ALMOND / Sidney VERBA: *La cultura cívica. Estudio sobre la participación política democrática en cinco naciones*, Madrid, Suramérica, 1970.

<sup>10</sup> Margaret R. SOMERS: «¿Qué hay de político o de cultural en la cultura política y en la esfera pública?», *Zona Abierta*, 77-78 (1996-1997), pp. 31-94.



Sesión inaugural del curso «El legado de Juan José Carreras», en la mesa: Ramón Villares, Carlos Forcadell, Pedro Ruiz e Ismael Saz, expresidentes y actual presidente de la Asociación de Historia Contemporánea. Facultad de Filosofía y Letras, 2016.

ba por concluir que «la autoridad política e(r)a esencialmente una cuestión de autoridad lingüística». Tal enfoque podría conducir, como se le ha reprochado justamente, a una suerte de reduccionismo tendente a disolver lo social -y lo político- en los marcos discursivos<sup>11</sup>.

Sin embargo, la propia caracterización de Baker podría ser reinterpretada en el sentido de que el imprescindible reconocimiento de la centralidad del discurso no tendría, contra lo que el propio Baker sostiene, por qué conducir a negar la existencia de otras formas de acción humana<sup>12</sup>. De hecho, una visión más abierta sobre aquello que entendemos por «prácticas simbólicas» abriría el camino al diálogo con otras líneas de investigación.

Tal sería en nuestra opinión, desde una perspectiva no exenta de cierto eclecticismo, de lo que atañe a los estudios más sobresalientes sobre las culturas políticas en la historiografía francesa. Así, la concepción de Jean-François Sirinelli de la cultura política como un «código y un conjunto de referentes (especialmente, creencias, valores, memoria específica, vocabulario propio, sociabilidad particular, ritualizada o no) formalizados en el seno de un partido o difundido más ampliamente en el seno de una familia o de una tradición política, y que le confiere una identidad propia». Desde este punto de vista, la cultura política podría definirse también «como un conjunto de representaciones que configura un grupo humano en el plano político, es decir, una visión del mundo compartida, una común lectura del pasado, una proyección

<sup>11</sup> Keith M. BAKER: «Introduction», en *The French Revolution and the creation of Modern Political Culture*, Oxford, Pergamon, Press, 1987, t. 1, pp. XI-XXIV; *id.*, «El concepto de cultura política en la reciente historiografía sobre la Revolución Francesa», *Ayer*, 62 (2006), pp. 89-110. Para la crítica, Roger CHARTIER: «La historia entre narración y conocimiento», en, mismo autor, *Entre poder y placer. Cultura escrita y literatura en la Edad Moderna*, Madrid, Cátedra, 2000, pp. 55-69.

<sup>12</sup> William H. SEWELL: «Por una reformulación de lo social», *Ayer*, 62 (2006), pp. 51-72.

en el futuro vivida conjuntamente»<sup>13</sup>. Paralelamente, Serge Bernstein subrayaba la importancia de toda una serie de parámetros como los fundamentos, referentes y visiones filosóficas, históricas, económicas o sociales, en cuya articulación serían fundamentales los símbolos, los ritos y el discurso<sup>14</sup>.

Es verdad que el eclecticismo que aquí reivindicamos, consistente en combinar, diríamos que de forma creativa, los enfoques de Baker con los de Sirinelli y Bernstein podría ser visto desde las perspectivas esencialistas –siempre poseedoras, como se sabe, de «la verdad»– como el culmen de la heterodoxia o de la incoherencia teórica. Pero no es menos cierto que para la práctica historiográfica, que es la que realmente nos importa, este eclecticismo se ha mostrado sumamente rico y provechoso. En este sentido no puedo sino recordar el *workshop* de Zaragoza organizado por Carlos Forcadell<sup>15</sup>, un hito en la gestación de aquella historia de las culturas políticas en seis volúmenes que impulsara de forma tan decisiva como clarividente Manuel Pérez Ledesma<sup>16</sup>.

Cabe decir, por volver al hilo general de nuestra exposición, que nada había más lejos por este lado que la disolución de lo social. Porque, entendidas las culturas políticas como discursos, prácticas, representaciones y sociabilidades habría pocas dudas de que «lo social» se habría dilatado respecto de las viejas estrecheces de las historias, en su tiempo al uso, del movimiento obrero, de los partidos obreros, de las estructuras sociales. De este modo, todo lo que podría ser visto en su momento como una embestida contra «lo social» desde el «giro cultural», podría ser considerado también como una dilatación de lo primero merced al impulso experimentado a raíz de un desafío a la postre enriquecedor.

Mucho de esto hay también en la *Alltagsgeschichte*, la cual pudo ser entendida como un desafío a la Ciencia Social Histórica, hasta el punto de recibir de esta última los más duros anatemas, no excluido aquel que la identificaba como una suerte de neohistoricismo<sup>17</sup>. Y, sin embargo, hay que decirlo una vez más, no tendría por qué darse esa oposición entre lo privado y lo público, entre el individuo y la sociedad, entre la recuperación del sujeto y la atención a los procesos generales, entre lo local y lo general<sup>18</sup>. En este sentido me remito a la feliz concreción por parte de Lüdtke de algunos de los supuestos metodológicos fundamentales de este enfoque poniéndolo en relación, precisamente con uno de los más felices aforismos marxianos:

---

**13** Jean-François SIRINELLI: «Éloge de la complexité», en Jean-Pierre RIOUX / Jean-François SIRINELLI (dirs.): *Pour une histoire culturelle*, Paris, Le Seuil, 1997, p. 438.

**14** Serge BERSTEIN: «Nature et fonction des cultures politiques», en Serge BERSTEIN (dir.): *Les cultures politiques en France*, Paris, Le Seuil, 1999, pp. 1-10; «Les cultures politiques à la fin du XX siècle», *id.*, pp. 391-396.

**15** Resultado del cual fue el libro que tuvo como editores a Manuel PÉREZ LEDESMA / María SIERRA: *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2010.

**16** Manuel PÉREZ LEDESMA / Ismael SAZ (dirs.): *Historia de las culturas políticas en España y América Latina*, Madrid / Zaragoza, Marcial Pons / PUZ, 2014-2016.

**17** En palabras de Jürgen Kocka que recojo en la traducción de Carlos Forcadell: «cálido viento del neohistoricismo en el rostro de la historia de las estructuras y de los procesos teóricamente orientada». Carlos FORCADELL: «Sobre desiertos y secanos...», *op. cit.*, p. 104.

**18** Como precisara con claridad el más cualificado exponente de la *Alltagsgeschichte*. Alf LÜDTKE: «Introduction. Qu'est-ce que l'histoire du quotidien, et qui la pratique», en, mismo autor, *Histoire du quotidien, Paris, Maison des sciences de l'homme, 1994* (1989). Carola Lipp, por otra parte, abogaba por una antropología política que, relacionando la política con la vida cotidiana, podría superar la separación clásica entre las esferas privada y pública. Carola LIPP: «Writing History as Political Culture. Social History versus *Alltagsgeschichte*. A German Debate», *Storia della Storiografia*, 17 (1990), pp. 66-100.



«los hombres hacen su propia historia, pero... en circunstancias halladas, dadas y transmitidas». Y Lüdtke simplemente añadía «¡pero la hacen ellos mismos!» Se «completaba» de este modo la redacción para subrayar que «cada hombre y cada mujer ha 'hecho historia' diariamente»<sup>19</sup>. El concepto de *eigensin*, de difícil traducción, articularía en el sentido apuntado el proceso de reapropiación por los dominados de las propias condiciones de su dominación, para enfrentarse a ellas en los términos dictados por su propio interés y racionalidad<sup>20</sup>.

Como apuntábamos en relación con la historia de las culturas políticas, no hay nada en este complejo maridaje de lo social y lo cultural, de lo «historiográfico» y de lo «antropológico», que conduzca a una ulterior disolución de lo social. Todo lo contrario, este redescubrimiento del sujeto activo, de lo local, de lo cotidiano, lejos de cualquier neohistoricismo, permite arrojar nueva luz en nuestra aproximación al conocimiento de los procesos sociales y políticos<sup>21</sup>. No por casualidad, la aparición de la historia de la vida cotidiana ha conllevado una radical renovación de los estudios sobre el nazismo y, más en general, sobre las dictaduras contemporáneas. Algo que, dicho sea de paso, ha permitido cuestionar radicalmente enfoques procedentes de las teorías del totalitarismo y de la modernización, al tiempo que superar muchas de las «estrecheces» de una determinada forma de concebir la historia social.



Es posible decir, a la luz de todo lo expuesto, que estaríamos bien lejos de la disolución o declive de «lo social». Más bien al contrario, se podría considerar que, a través de largas, conflictivas y siempre complejas batallas epistemológicas, los confines de lo social se han dilatado tanto como enriquecido nuestras herramientas –porque de eso se trata en última instancia, de herramientas– para su estudio. Es cierto que ya no se podrá volver a la «vieja historia social», que, por otra parte, ni era tan vieja ni se había cerrado a sí misma vías de renovación y apertura a otras formas de entender la historia. Del mismo modo, el «giro lingüístico», o el «cultural», el «posmodernismo», o el «posestructuralismo» en sus múltiples y complejas permutaciones parece haber mostrado algunos de sus límites; pero también sus múltiples potencialidades. Y, desde luego, no parece que el quehacer del historiador salga beneficiado por el enquistamiento en posiciones, valga la redundancia, esencialmente esencialistas. Todo lo contrario, la voluntad de diálogo y desde posiciones que aspiraban a articular las principales líneas de renovación de la historia social con los nuevos retos –que vinieron a quedarse para siempre– de la historia cultural, han mostrado toda su fecundidad potencial.

Buena muestra de lo que apuntamos es que algunos «muertos» prematuramente sepultados, parece que empiezan a ser liberados, desde los más variados presupuestos epistemológicos, de viejas ataduras y embalsamamientos. No hace mucho, Patrick Joyce hablaba de la eventualidad de un nuevo «giro material»<sup>22</sup>. William H. Sewell, por su parte, tenía que remitirse nada menos que al *Manifiesto Comunista* para apuntar que las realizaciones humanas «no son solo realizaciones semióticas», sino que son también y «*simultáneamente* (s.o.) actos en y sobre entornos

---

19 Alf LÜDTKE: «De los héroes de la resistencia a los coautores. *Alltagsgeschichte* en Alemania», *Ayer*, 19 (1995), pp. 49-69. La bibliografía sobre esta perspectiva historiográfica es muy abundante, aunque a título introductorio sirven bien los textos que acabamos de mencionar. También el muy clarificador de Geoff ELEY: «Labor History, Social History, *Alltagsgeschichte*: Experience, Culture, and the Politics of the Everyday –a New Direction for German Social History?», *Journal of Modern History*, 61 (1989), pp. 297-343.

20 Cfr. Geoff ELEY: «Labor History...», *op. cit.*

21 Geoff ELEY: *A Crooked Line*, *op. cit.*, pp. 184-185.

22 Véase n. 2 del presente texto.



Con Manuel Pérez Ledesma e Ignacio Peiró –en primer término–, en un curso del Seminario Juan José Carreras. IFC, 2009.

materiales»<sup>23</sup>. Como apuntábamos más arriba, Lüdtke completaba, más que negaba, uno de los más importantes aforismos de Marx. Keith Nield, en otro orden de cosas, se remitía hace unos años al Capítulo 10, Libro 1, del *Capital* para incidir en la «reticencia de Marx a extraer conclusiones sobre su relato *histórico* desde las *epistemes* de la determinación», así como a la «enorme importancia» que el propio Marx concedía a los «factores contingentes y contextuales en el proceso histórico»<sup>24</sup>. Y, casualidad o no, no deja de aportar motivos para la reflexión la reciente biografía de Marx de Gareth Stedman Jones<sup>25</sup>. Tal vez, liberado del lastre de tantos y tantos «marxismos», el viejo y venerable barbudo de Tréveris, aquel predispuesto a dar a la historia el *status* de única ciencia, pueda sernos todavía de alguna utilidad. ¿Hasta el punto de poder hablar de un ulterior «giro marxiano»?

---

<sup>23</sup> William H. SEWELL: «Por una reformulación de lo social», *op. cit.*, pp. 65-66.

<sup>24</sup> Keith NIELD: «Epistemología y mal humor en la historia de lo social», *Historia Social*, 60 (2008), pp. 175-176.

<sup>25</sup> Gareth STEDMAN JONES: *Karl Marx. Ilusión y grandeza*, Madrid, Taurus, 2018.



# **El desvanecimiento de las «leyes» de la Historia**

## **Críticas posmodernas al concepto, sentido y funcionalidad de la Historia**

**Teresa María Ortega López**

Universidad de Granada

**Q**uisiera dedicar estas páginas a las repercusiones que ha tenido la *posmodernidad* en la historiografía, y al contexto histórico en que se gestó. *Posmodernidad* que, como veremos a continuación, ha desempolvado viejas críticas y generado otras nuevas. Entre quienes entendían que la Historia podía explicar el pasado y quienes se inclinaban a la comprensión, entre quienes definían la Historia como ciencia de lo particular y quienes creían que se podía generalizar y formular leyes, entre quienes aspiraban a un monismo metodológico y quienes sostenían la pluralidad metodológica.

En el último cuarto del siglo XX se produjo un conjunto de acontecimientos cuya magnitud y efectos dieron fundamento a la idea de la existencia de una verdadera *ruptura civilizatoria*, en la medida en que afectaron los propios fundamentos de la sociedad occidental. La revolución de mayo de 1968, la marea de nuevos movimientos sociales que se sucedieron más tarde –algunos insurreccionales, otros contraculturales–, sin olvidar la profunda crisis económica mundial de los setenta, pusieron fin al optimismo de la segunda posguerra –base sobre la cual crecieron los grandes paradigmas funcionalistas, estructuralistas y marxistas–, y fueron cediendo terreno al pesimismo y a la incertidumbre.

## **La ruptura civilizatoria y las críticas al estatuto epistemológico de la Historia**

Las consecuencias de lo acontecido en la convulsa década de los setenta del pasado siglo estaban ya presentes en los programas teóricos de algunos de los mecenas de las nuevas disciplinas históricas. Un buen ejemplo de esto es el de Carlo Ginzburg. Padre de la microhistoria, Ginzburg advertía ya en 1979 los síntomas y las secuelas que, para la práctica histórica, iba a tener la quiebra de los grandes paradigmas políticos e ideológicos, así como el relativismo científico, cuando decía:

En estos últimos años, fenómenos muy diferentes entre sí, como las recentísimas guerras del sureste asiático, o los desastres ecológicos [...] han inducido a poner en discusión objetivos estratégicos que se daban por descontados desde hacia mucho tiempo –y por tanto no sometidos a análisis–, ya se tratara del socialismo o del desarrollo tecnológico ilimitado. No es arriesgado suponer que el creciente éxito de las construcciones microhistóricas está ligado a las dudas crecientes sobre determinados procesos

macrohistóricos. Precisamente porque ya no se está tan seguro de que el juego valga la pena, se han vuelto a analizar las reglas del juego<sup>1</sup>.

La crisis capitalista de los setenta no solo puso fin a la expansión capitalista de la segunda posguerra, al optimismo y al mundo previsible configurado en los Estados de Bienestar, sino que vio derrumbarse los avances de la pretendida científicidad de la ciencia histórica, tal y como se venía entendiendo. Sensación ésta que se acentuó a finales de la década de los ochenta cuando tuvo lugar otro acontecimiento de enorme repercusión mundial, el colapso de la URSS. Con la desintegración de la otrora superpotencia se desvaneció también la idea de que el mundo tenía un futuro relativamente previsible. Todo ello no hacía sino poner de manifiesto los problemas realmente existentes en la relación entre ciencia y sociedad.

La *ruptura civilizatoria* condujo a otra de carácter *epistemológico*. En ese contexto, brevemente descrito, las acusaciones y peticiones de responsabilidad se van a dirigir inmediatamente hacia el conocimiento científico-técnico. Al que se le acusará, entre otras cosas, de inducir y legitimar los desajustes, las contradicciones, que estaba generando ese proceso modernizador asentado en la fe ciega en la bondad del progreso tecnológico. Frente a ello se acabaron imponiendo, como es conocido, criterios y perspectivas de subjetividad y relativismo que venían a cuestionar seriamente la arrogante prepotencia de la epistemología y metodología científica. La misma historiografía no escapó a esta oleada de críticas. Las disfunciones anteriormente apuntadas en la comunicación entre ciencia y sociedad se tradujeron aquí y ahora en la denuncia de la incompatibilidad entre lo que era la epistemología estructural y analítica dominante en la Historia científica, y la realidad diversa, multiforme y contradictoria de la experiencia humana. Circunstancia que evidenciaba, en opinión de quienes mantenían y defendían estas críticas, la incapacidad que tenía nuestra disciplina para asimilar y asumir cognitivamente la realidad, no solo del presente sino también, y en estrecha relación a lo anterior, del pasado.

El ataque a la racionalidad científico-técnica y, con ello, al estatuto científico de la Historia dio lugar a dos consecuencias más que evidentes ya en las postrimerías del siglo XX. De una parte, la aludida pérdida de certezas precipitó en muy buena medida, la aparición, una vez más, de un escenario marcado por la desorientación epistemológica. De otra parte, esta se acompañó igualmente de la propensión a la dispersión metodológica que se derivaba de la crisis del sueño de la Historia total asentada en la unidad del método científico. Y que se manifestó en la emergencia de la sectorialización dentro de la práctica historiográfica.

Desorientación epistemológica y dispersión metodológica que provocaron, a su vez, que el debate y argumentaciones sobre la reiterada crisis de la Historia se llevaran a cabo en la década de los años ochenta, al menos desde una doble perspectiva. Por un lado, cuestionando la naturaleza científica o, incluso, la posibilidad como tal, del conocimiento histórico. Por otro, discutiendo y debatiendo igualmente sobre el grado de idoneidad de los diferentes métodos a aplicar en el quehacer del historiador.

Discusiones sobre la posibilidad misma del conocimiento histórico como conocimiento científico y verdadero, así como sobre la idoneidad del método que, por más que se plantearan ahora en términos de radical *novedad posmoderna*, lo cierto es que episodios de esta envergadura ya se habían producido, bastantes décadas antes, en el propio marco de la modernidad. Baste recordar, en este sentido, las aseveraciones que en 1957 hicieron autores como Karl R. Pop-

---

<sup>1</sup> Carlo GINZBURG / Carlo PONI: «El nombre y el cómo: intercambio desigual y mercado historiográfico», *Historia Social*, 10 (1991), pp. 63-70, esp. p. 65 (*Quaderni Storici*, 40, 1979).



Inauguración del curso 2014-2015 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Granada, con Teresa Ortega y el decano José Antonio Pérez Tapias.

per, a propósito de la publicación de su libro *Miseria del historicismo*, sobre la inviabilidad de aplicar el método científico a la Historia. Para este autor, la historiografía carecía de verdaderas teorías capaces de explicar el hecho histórico, no existía pues la posibilidad de una Historia del pasado tal y como sucedió, sino interpretaciones históricas que obviamente cambiarían de una generación a otra en función de sus respectivas preocupaciones. La Historia, por su propia naturaleza, no podía usar del método científico y debía conformarse con el viejo método erudito que le permitía solo la reconstrucción subjetiva de los hechos a partir de los datos empíricos contenidos en los documentos<sup>2</sup>.

Argumentos de Popper sobre la ausencia de carácter científico en el conocimiento histórico, a los que se podrían sumar las críticas que en su día realizaron otros autores como Max Horkheimer y Theodor W. Adorno sobre la idea de una Historia de la humanidad entendida como progreso de la razón<sup>3</sup>. Y, sobre todo, las que lanzó el neohistoricismo contra los modelos deterministas de la denominada Historia científica. En noviembre de 1979 Lawrence Stone publicaba en la revista *Past and Present* un artículo de enorme impacto y repercusión mundial. El autor proponía la vuelta a la narración como alternativa a la Historia científica por cuanto consideraba que esta había desembocado en un callejón sin salida epistemológico. La narración era concebida como lo contrario del método científico y consistía en ordenar los acontecimientos

<sup>2</sup> En cierta medida, las críticas que ya hiciera Karl R. POPPER en su *Miseria del historicismo* (Madrid, Taurus, Alianza, 1999) en los cincuenta, vuelven a apuntar con *La sociedad abierta y sus enemigos*, Barcelona, Paidós, 2006.

<sup>3</sup> Jonathan GLOVER: *Humanidad e inhumanidad: una historia moral del siglo XX*, Madrid, Cátedra, 2001.

según su cronología, lo que permitía captar su carácter proteico y su complejidad<sup>4</sup>. Se trataba de volver, según Stone, al viejo método propio de la historiografía. Método que debía poner de nuevo en el centro de la investigación la cultura del grupo y la voluntad de los individuos como causas y agentes del cambio, por encima de las fuerzas impersonales de la producción material y de la demografía.

En consecuencia, el cuestionamiento al que era sometido el estatuto epistemológico de la Historia a la altura de los años ochenta y noventa, en el marco de la crisis de la modernidad, no constituía, en sí mismo, un argumento desconocido tal y como ha quedado sobradamente indicado. Es más, se podría incluso argüir que la tan reiterada centralidad que otorgaba la crítica posmoderna a la relación entre lingüística e Historia, ejemplificado en el denominado *giro lingüístico*<sup>5</sup>, tampoco constituyó, *per se*, una novedad en el debate historiográfico de las últimas décadas. Ya el propio Ranke reclamaba el entendimiento entre ambas disciplinas a la hora de abordar críticamente la documentación histórica. Y el mismo Lucien Febvre, adalid de la Historia científica y total, reconocía explícitamente que Historia y lingüística constituían dos disciplinas vecinas que podían y debían fecundarse mutuamente.

En definitiva, pues, pese a las formas y proclamas en este sentido, la crítica posmoderna al estatuto epistemológico de la Historia como actividad científica, en realidad introducía pocas novedades argumentales en el debate en torno al concepto y método de nuestra disciplina. Todo lo más, reformulaba viejas críticas, actualizaba viejos debates, eso sí, incardinados ahora en el marco del cambio de paradigma que suponía la crisis del pensamiento moderno. Esto es perfectamente perceptible si tomamos como ejemplo lo que le ha sucedido, en uno de los campos temáticos estrella de la crítica posmoderna, al concepto y método científico de la Historia. Esto es, la relación entre lingüística e Historia. Si uno se acerca a los términos en los que se ha desarrollado aquí la crítica desplegada desde el denominado giro lingüístico, llega a la conclusión de que el hilo argumental de la crítica se ha seguido moviendo, más o menos, por aquellas sendas y direcciones ya asumidas en la historiografía a la altura de los años setenta. Abundando en advertencias sobre la falta de transparencia o la ausencia de neutralidad del texto, documento o fuente con la que trabajaba el historiador.

Como decíamos, la novedad no radicaba aquí, sino en el alcance. En efecto, de la mano de las críticas ya apuntadas a las ideas de progreso y racionalidad científico-técnica, la lingüística postestructural –Saussure, Derrida, Kristeva, Foucault, etc.– llegará a plantear no únicamente la reiterada necesidad de superar la vieja o nueva ingenuidad sobre la veracidad y objetividad del documento histórico sino a concluir que la misma realidad es imposible de ser determinada y, por tanto, aprehendida más allá del lenguaje. Derivándose de todo ello la conclusión, no menos inquietante para el quehacer historiográfico, de la imposibilidad de deducir del documento cualquier tipo de conocimiento seguro y verdadero<sup>6</sup>.

A partir de aquí, y dentro de lo que ha sido un contexto de debate marcado por un clima denso, abigarrado por la diversidad de sendas reivindicativas, y por la proliferación de etiquetas, rivalidades y polémicas, arreciarán las críticas especialmente a partir de los años setenta. En efecto, si la década de los sesenta se había caracterizado por el desarrollo de la polémica entre

---

4 Lawrence STONE: «The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History», *Past and Present*, 85 (1979), pp. 3-24. Traducido al castellano en *Debats*, 4 (1982), pp. 92-105.

5 Richard RORTY: *El giro lingüístico*, Barcelona, Paidós, 1990.

6 Jacques DERRIDA: *La deconstrucción en las fronteras de la filosofía*, Barcelona, Paidós, 1993; y Jacques DERRIDA y otros: *Teoría literaria y deconstrucción*. Madrid, Arco, 1990.



lingüística e Historia dentro de unos márgenes de respeto y sensatez mutua, la de los setenta cambió por completo este panorama por la visión que el postestructuralismo ofrecería de la disciplina histórica<sup>7</sup>. El controvertible escenario ya fue precedido, no obstante, por el propio Michel Foucault. En 1968 publicaba su libro *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, y en él planteaba polémicamente la identidad entre Historia y ficción. Aun cuando en Foucault esta identidad no supondrá todavía la exclusión de la Historia del campo de la verdad<sup>8</sup>. Parte de los aportes *foucaultianos* fueron difundidos por Paul Veyne, quien en su libro *Cómo se escribe la Historia. Ensayo de epistemología* (1971) cuestionaba las pretensiones científicas de una disciplina que no podía distinguirse con precisión de la literatura. El historiador francés aseguraba que las fronteras entre la Historia y la ficción eran por demás inciertas. En una famosa frase llegó a decir que «la historia no es una ciencia, sino una novela verdadera. No explica ni tiene método». Identidad entre ficción e Historia que se agudizó sensiblemente en Roland Barthes, cuya obra vio la luz también a principios de los años setenta. Influenciado por la obra de Foucault, Barthes llegó a plantear que no existen diferencias sustanciales entre la estructura de la narrativa histórica y la de la narración de ficción, afirmando, en consecuencia, que toda historiografía es imaginaria<sup>9</sup>. En la misma línea, el historiador norteamericano Hayden White publicaba *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. Allí puso en relación la teoría literaria con el análisis historiográfico, identificando los elementos específicamente poéticos de los libros dedicados a la Historia. En este sentido llegó a decir que los análisis históricos carecían de un criterio epistemológico que permitiera diferenciar la realidad histórica de su representación historiográfica, por lo cual no existía ninguna diferencia entre los discursos de la historiografía y la ficción. Para White, la Historia, lejos de ser una disciplina científica, era un género literario equivalente al cuento o a la novela<sup>10</sup>.

Equiparamiento y relación que condujo progresivamente a considerar las propias narraciones históricas como meras ficciones verbales, que tienen un contenido tan inventado como fundado y cuyos términos se aproximan claramente más a los de la literatura que a los de las ciencias sociales. Afirmación compartida, unos años más tarde, por otros autores como Michel de Certeau, A. Momigliano, Carlo Ginzburg y sobre todo, Paul Ricoeur. Este último acabó identificando, ante el creciente interés por la narración de acontecimientos, la Historia como una mera creación literaria próxima a la novela<sup>11</sup>. Así como por aquellos, caso de Frank R. Ankersmith, ya en el culmen del idealismo, que definían el quehacer del historiador como una actividad propiamente poética, que conducía al campo de lo imaginario y de la creación artística<sup>12</sup>.

Como se puede imaginar, este tipo de aseveraciones lanzadas por los autores mencionados no solo conllevó cuestionar el propio estatuto de disciplina científica para la Historia. Como se puede imaginar, a partir de aquellas afirmaciones se comenzó a debatir, de forma radical, la

---

7 Véase Gérard NOIRIEL: «Historia. Dar una reflexión pragmatista», en María Cruz ROMEO / Ismael SAZ (eds.): *El Siglo XX. Historiografía e Historia*, Valencia, Universidad de Valencia, pp. 11-28.

8 Michel FOUCAULT: *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1992, pp. 162 y 109 respect.

9 Roland BARTHES: «Historical Discourse», en Michael LANE: *Introduction to Structuralism*, Nueva York, Basic books, 1970, pp. 144-155.

10 Hayden WHITE: *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1973; «The historical Text as Literary Artefact», *Clio* (1974), pp. 277-303; en castellano: *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992.

11 Paul RICOEUR: *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*, Madrid, Cristiandad, 2 vols., 1987; y *La memoria, la historia, el olvido*, Madrid, Trotta, 2003.

12 Frank R. ANKERSMITH: «Historiography and post-modernism», *History and Theory*, 28(1), 1987, pp. 137-153.

supuesta objetividad del conocimiento histórico. Señalándose al respecto que el discurso histórico no era más que una forma de elaboración ideológica. En este sentido, para autores como Foucault, Derrida, o Kristeva, la Historia en general, y la narratividad específicamente, no son sino prácticas representacionales, una forma de discurso ideológico o imaginario privado del estatuto de verdad. Cuestionamiento de la objetividad *strictu sensu* que tradicionalmente no ponía en entredicho la posibilidad de un acercamiento verdadero al pasado ya que, como afirmara el propio E.P. Thompson en su obra, *Miseria de la Teoría*:

La Historia considerada como suma de los productos de la investigación histórica cambiará, y deberá hacerlo, con las preocupaciones de cada generación o, por decirlo así, de cada sexo, de cada nación, de cada clase social. Pero esto no supone, ni mucho menos, que los acontecimientos pasados en sí mismos cambien con cada interrogador, ni que los datos empíricos sean indeterminados.

El diálogo entre presente y pasado *todavía* estaba asegurado<sup>13</sup>. Y subrayamos todavía porque desde el postestructuralismo, y en el seno de la crítica lingüística sobre el conocimiento histórico, estos lazos, estos puentes entre pasado y presente se rompieron. De la duda sobre el grado de objetividad pasamos ahora a la negación rotunda de la misma para aprehender la realidad del pasado. Negación que debe relacionarse, como ya se ha explicitado anteriormente, con el rechazo de la idea de progreso que muchos de estos autores mantuvieron tras la crisis epistemológica del 68. Rechazo que llevará a Michel Foucault a concebir la Historia sin progreso y a escribir una Historia discontinua y sin sujeto, abandonando, por tanto, todas aquellas categorías –tradicción, desarrollo, influencia, mentalidad, origen, etc.– que la ataban a un proceso centrado en el progreso humano. En efecto, Foucault hará una Historia de la discontinuidad, intentando demostrar cómo el pasado fue diferente, extraño y amenazador. El pasado y el presente están irremisiblemente distanciados e incommunicados. El historiador, según Foucault, al acercarse a los documentos pone en marcha un activo y deliberado trabajo sobre los materiales, lo que constituye una creación, una ficción, en el sentido más pleno del término, que, tal como ha sido practicada por igual por positivistas, liberales y marxistas, produce un discurso con una estructura de significados que actúa sobre cualquiera que entra en contacto con ella. La historiografía, sostiene el autor, es una práctica que tiene efectos, y estos efectos tienden, cualquiera que sea el partido político del autor, a borrar la diferencia del pasado y a justificar una cierta versión del presente<sup>14</sup>.

Posiciones teóricas como las de Foucault situaban a la Historia en un auténtico callejón sin salida epistemológico. Porque el problema ya no estaba en si la Historia era una disciplina científica, o si tan solo constituye un ejemplo de *protociencia* o, incluso, si la única alternativa era la vuelta a las viejas formas, superadas ya por otra parte, de la Historia como mero relato de hechos yuxtapuestos en función de criterios espaciales y cronológicos. El problema, como decimos, ya no estaba ni tan siquiera aquí, ya que lo que se llegaba a plantear era que la realidad del pasado era absolutamente imposible de aprehender desde el presente. Como sugirió Dominique La Capra<sup>15</sup>, la Historia no solamente no respondía a las tradicionales ideas de razón y progreso, sino que tampoco era continua –pasado–presente–futuro–. La Historia, concluía, estaba huérfana de sujeto y resultaba claramente discontinua.

---

**13** No en vano, Jürgen HABERMAS en *El Discurso filosófico de la modernidad* (Madrid, Taurus, 1989) había definido «lo moderno» como la conciencia de una época que se relaciona con el pasado, la antigüedad, a fin de considerarse a sí misma como resultado de una transición de lo antiguo a lo nuevo.

**14** Mark POSTER: *Foucault, el marxismo y la historia*, Buenos Aires, Paidós, 1987, pp. 108-113.

**15** Dominique LA CAPRA: «Repensar la historia Intelectual y leer textos», en Elías José PALTÍ (org.): *Giro lingüístico e historia intelectual*, Quilmes, UNQ, 1998, pp. 253-256.

Este intenso debate sobre el estatuto epistemológico de la Historia se acompañó de otro, no menos evidente e importante para la propia práctica historiográfica, como el que hacía referencia al método.

### **Acoso y derribo a la Historia social**

Los postulados que se manejaban desde la lingüística postestructural, que se habían traducido en una cierta visión *acientífica* de la historiografía, con claras reminiscencias de posiciones idealistas del pasado o de postulados neohistoricistas, habían conducido a muchos de sus seguidores a embarcarse, desde la lógica y defensa del discurso, en una campaña de acoso y derribo de la denominada Historia social. Debate en torno a la Historia social que no debe ser visto exclusivamente desde una perspectiva negativa, de rechazo, sino que junto a la misma también debe considerarse una dimensión positiva en la medida en que dicho debate ha permitido remover algunos de los presupuestos, de los axiomas, con que contaba la misma, ampliándose y mejorándose, en determinados casos, el soporte teórico y metodológico de partida.

Lo que cabría preguntarse, en todo caso, es ¿por qué precisamente el campo de la Historia social y no otro como núcleo prioritario de las críticas de buena parte de estos autores postestructurales? Dos cuestiones podrían ayudar a explicar esta preferencia. En primer lugar, por el propio hecho de que una buena parte de los historiadores en los que comienza a calar el mensaje postestructural sobre el discurso histórico ejercían su profesión precisamente en este cam-



Con Teresa Ortega. Seminario «Culturas políticas en España». Universidad de La Laguna, 2012.

po de la disciplina histórica. Tal fue el caso de R. Robin, W.H. Sewell, J.W. Scott, G. Claes, B. Gray o G.S. Jones. En segundo lugar, por el hecho de que el estudio de lo social en la Historia había llevado a Marc Bloch y a Lucien Febvre a lanzar un combate por una nueva Historia. Una Historia que se autoproclamaba científica, que elaboraba un conocimiento de forma científica, y cuyo objeto de estudio no era el hombre individual, lo particular, sino los hombres, las sociedades humanas, los grupos organizados, en una palabra, lo social. Los postulados de *acientifismo* del conocimiento histórico, ya expuestos, y la apelación a la vuelta al acontecimiento, a lo particular, que se lanzaban desde la óptica postestructural debían de chocar obviamente con las pretensiones científicas y globalizantes de aquellos estudios de Historia centrados sobre lo social, sobre la sociedad.

La nueva situación se tradujo en una crítica a los fundamentos de la Historia social clásica. En especial, se puso en cuestión la propia idea de lo que sería lo social, que ya no se concebía como una estructura homogénea, unitaria y continua que podía ser pensada desde un centro único. En cambio, la nueva historiografía pensó lo social como un conglomerado de múltiples actores sociales considerados como sujetos activos y significativos, capaces de operar sobre la realidad a partir de racionalidades específicas. Tales actores no podían ser reducidos a las categorías predeterminadas utilizadas por los estudios macrosociales como las clases o la profesión. Pero el vuelco más importante se produjo en la consideración de la relación entre los actores y la realidad social. En efecto, la realidad social ya no era concebida como una entidad objetiva externa a los sujetos sino como un producto de la acción de esos mismos sujetos. En otras palabras, la sociedad ya no funciona como una estructura coercitiva que determina el destino de los hombres, sino como un conjunto de interrelaciones cambiantes<sup>16</sup>. La famosa consigna de mayo del 68, «la imaginación al poder», se hacía realidad. Desde comienzos de los ochenta, buena parte de las indagaciones históricas y las explicaciones de los procesos recayó sobre los actores sociales. La realidad social ya no se concebía como una estructura que impone sus determinaciones a los hombres, sino como el resultado de la acción de esos hombres, como creaciones históricas de los actores que ya no se imaginan cómo, y no como resultados ineluctables de factores o fenómenos estructurales de los que los actores son simples portadores pasivos. La idea de que los actores, sus acciones y sus deseos tenían un papel relevante en el proceso histórico, pasó de las prácticas políticas a las ciencias sociales, de las baricadas a los libros<sup>17</sup>.

Siguiendo a la historiadora norteamericana Joan W. Scott<sup>18</sup>, de lo que se trataba era de reformar la estereotipada visión de la Historia social de los años sesenta y setenta, acudiendo para ello a una reflexión sobre el lenguaje y la política que superase el determinismo social que fue favorecido tanto por los Annales como por el marxismo. Incluso por la vertiente más *culturalista* del grupo británico. Excesos del determinismo social de los que era *culpable*, según la historiadora norteamericana, la sociología. Tal circunstancia llevó a esta autora a mostrar una

---

<sup>16</sup> Dos obras colectivas de los años noventa ilustran este cambio. La primera es el libro compilado por Peter BURKE: *Formas de hacer Historia*, Madrid, Alianza Universidad. Y la segunda, el libro dirigido por Bernard LEPETIT: *Les formes de l'expérience. Une autre histoire sociale*, París, Albin Michel, 1995. En ambos trabajos se alienta el paso de la clásica *historia social* a una *historia de la sociedad*, llamada *nueva historia social* en Francia o *ciencia social histórica* en Alemania.

<sup>17</sup> Esta síntesis de la quiebra de la historia social clásica o macrosocial la encontramos en la siguiente dirección electrónica [<http://aportes.educ.ar/historia/>]. Además en ella encontramos la evolución experimentada en los últimos treinta años por la historiografía.

<sup>18</sup> Joan W. SCOTT: «Sobre el lenguaje, el género y la historia de la clase obrera», *Historia Social*, 4 (1989), pp. 81-98.

cierta aversión sobre la misma. La antropología simbólica de Clifford Geertz o la microhistoria italiana se convirtieron, según Scott, en las posibles alternativas a la sociología. Alternativas que pasaban, en todo caso, por acudir al manantial original del post-estructuralismo y, especialmente, al estudio del lenguaje. Por cuanto el lenguaje permitía analizar cómo se entiende, en una época, la organización de la existencia. En consecuencia, al analizar los movimientos sociales –Scott– o políticos –Rabinsbasch<sup>19</sup>– no tendría ya sentido una investigación de tipo *moderno* que trata de entender a aquellos como sistemas de pensamiento coherente, sino de verlos como amalgamas de interpretaciones y programas que adquieren su contextualización en campos discursivos determinados<sup>20</sup>. El discurso aparece así, como el ámbito donde el sujeto debe ser explorado. Además, las formas lingüísticas, en tanto que representaciones de la realidad, tienen la virtud de permitir la aprehensión de esta que, de otro modo, sería inabarcable por su enorme globalidad, apareciendo la teoría del discurso como una reflexión sobre la relación entre individuo y totalidad<sup>21</sup>.

## El abandono del determinismo unicausal de la Historia

El protagonismo del lenguaje condujo a los historiadores e historiadoras mencionados, aparte de al abandono de los sujetos históricos reconocidos por la Historia social clásica, por una senda de la que resultó, de una parte, el abandono igualmente de la unidad del método y con ello de la vieja aspiración de la Historia total<sup>22</sup>. Y, de otra, la plasmación de una alternativa a lo anterior definida en los términos de una vuelta a la pluralidad metodológica. E incluso en la negación de las explicaciones estructurales y su canje por la recuperación de lo particular e individual. Frente a la Historia social, la vuelta de la Historia política, intelectual y cultural. En suma, el *desmigajamiento* y descomposición de la otrora unidad de la Historia –la Historia total– en un número indefinido de historias sectoriales<sup>23</sup>, y de la que hablarán entre otros François Dosse o Peter Burke al referirse a la denominada Tercera Generación de Annales<sup>24</sup>. Para G. Duby, F. Furet, P. Nora, M. Agulhon, J. Le Goff, E. Le Roy Ladurie y Marc Ferro, sin abandonar plenamente el análisis cuantitativo, se abocaron a los problemas culturales y a la Historia de las mentalidades, retomando el camino de Bloch y Febvre. Asimismo, iniciaron un diálogo con la antropología por la vía de Levi-Strauss y Clifford Geertz, y valoraron la obra inclasificable de Michel Foucault junto a la de un historiador ajeno a los medios académicos como Philippe Ariès.

Un muestrario de la diversidad de temas, problemas, métodos y enfoques que caracterizan la *Nouvelle Histoire* lo ofrecen los tres volúmenes que conformaron la obra dirigida por Jacques Le Goff y Pierre Nora, *Hacer la Historia* (1974) y el libro que coordinaron el propio Le Goff jun-

---

19 Anson RABINSBASCH: «Racionalismo y utopía como lenguajes de la naturaleza: una nota», *Historia Social*, 4 (1989), pp. 119-126.

20 Raphael SAMUEL: «La lectura de los signos», *Historia Contemporánea*, 7 (1992), pp. 51-76.

21 Véase Bryan D. PALMER: «La teoría crítica, el materialismo histórico y el supuesto fin del marxismo. Retorno a la miseria de la teoría», *Historia social*, 18 (1994), pp. 125-151.

22 Los interrogantes formulados por la *posmodernidad* han sido plantados con revelación en trabajos como el de Marshall BERMAN: *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Bogotá, Siglo Veintiuno, 1991; o el de Alain TOURAINE: *Crítica de la modernidad*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 2000.

23 Antonio MORALES MOYA: «Historia y postmodernidad», *Ayer*, 6 (1992), pp. 15-38.

24 François DOSSE: *La historia en migajas...*, *op. cit.*

to a Revel y Chartier, *La Nouvelle histoire* (1978). Multitud de campos de estudios que contrastaban con el programa más orgánico que habían esbozado Labrousse y Braudel: las mentalidades, el imaginario colectivo, las actitudes frente a la vida y la muerte, la brujería, el cuerpo y la enfermedad, la sociabilidad. Pero además retornos: la Historia política, el acontecimiento, lo singular.

En resumen, este afán por la *destotalización* de la Historia se concretó en la *Nouvelle Histoire* en el abandono del determinismo unicausal, en la apertura hacia nuevas fuentes –con influencias de la etnología y antropología–, en una nueva valoración del factor humano, con especial referencia a la producción de la cultura popular, traducido en el estudio de aspectos antes poco tratados como los de la familia y el parentesco en su acepción amplia, o como la fiesta, la sexualidad, las actitudes ante la muerte, y todo lo referente a las mentalidades<sup>25</sup>. Esto último condujo, a veces, a establecer preferencias, como objeto de estudio, por los sectores periféricos o subalternos de la sociedad.

La consecuencia de todo esto fue la aparición de un amplio y vasto terreno para las historias sectoriales. Así, la Historia demográfica con campos de referencia como la sexualidad y el matrimonio, la familia, la infancia... Investigaciones específicas sobre las enfermedades, que van desde las dedicadas a una concreta, como la peste, el cólera, la tuberculosis, etc., hasta las de carácter más general, sin olvidar los dedicados a la locura, la muerte... La Historia de las mujeres que se ha transformado en la *Gender History*, que pretende ir más allá de la consideración aislada de la mujer. La Historia de los procesos de urbanización. La Historia de la pobreza y el trato dispensado a los pobres. La Historia de la marginación. La Historia de las cárceles y las galeras, la del pecado, la del vestido, la de la comida... Lista de especializaciones que, como puede intuirse, se haría inacabable.

Aspectos, campos objeto de estudio y tratamiento historiográfico, que en el panorama actual tienden a desgajarse, a cerrarse sobre sí mismos, aislándose en ocasiones del estudio global de la sociedad, y a convertirse en territorio acotado de una práctica científica que se pretende autónoma. Desmenuzamiento en historias sectoriales que a veces provoca, asimismo, una pérdida de vista, por fuerza, del hombre en su globalidad, inabarcable desde cualquiera de estas visiones, que se proponen a veces como alternativas más científicas a la supuesta vaguedad de una imaginaria Historia total.

## Y después de todo esto ¿qué?

Alejándonos de las valoraciones pesimistas, incluso de alarma, sobre el futuro de la disciplina que han provocado estas críticas en determinados sectores, quisiera terminar este texto de una forma «tranquilizadora», arrojando sensatez en medio de tanta crítica y tantos debates vividos<sup>26</sup>. Y es que, pese al grado de popularidad que han alcanzado determinadas formulaciones maximalistas como las propugnadas desde el giro lingüístico, lo cierto es que, pasados ya unos años de estas primeras formulaciones, hay que decir que los efectos de estas teorías y planteamientos han sido más que limitados en la práctica historiográfica. Pues, como señalá-

---

<sup>25</sup> *Idem*.

<sup>26</sup> Remito en este sentido al historiador Carlos FORCADELL, quien ha sabido «radiografiar» magníficamente las tribulaciones de la historiografía española reciente. En concreto a su capítulo: «La Historia Social, de la 'clase' a la 'identidad'», en Elena HERNÁNDEZ-SANDOICA / Alicia LANGA (eds.): *Sobre la historia actual. Entre política y cultura*, Madrid, Abada, 2005, pp. 15-35.



Con Conchita Mir y Teresa Ortega, en las estribaciones del Teide. Tenerife, 2012.

bamos más arriba, si desechamos las versiones más extremas, la reflexión en torno al lenguaje no solo no es un óbice para la investigación histórica sino que ha advertido a los historiadores sobre la complejidad del conocimiento histórico, sobre la necesidad de considerar los apriorismos ideológicos inconscientes, y las dificultades y limitaciones del lenguaje. Lo que, de hecho, no solo no hace imposible el conocimiento histórico sino que, muy al contrario, lo perfecciona.

De otra parte, la misma generalización del término de crisis aplicado a la Historia no ha hecho sino contribuir a aumentar la confusión, generando, como decíamos, un cierto clima de desorientación. Y es que se ha tendido a perder de vista que la apuesta posmoderna por la recuperación del sujeto, de sus estrategias y de sus modos de comportamiento en el entorno de valores y creencias que lo definen, y a su vez contribuye a definir, no es algo nuevo. Tiene sus precedentes en el propio marxismo británico. Recuérdese en este sentido la obra de Thompson, entroncada por otra parte con la crítica antiestructuralista de un sector de pensadores marxistas como Luckacs o Gramsci. Quienes, contra la interpretación oficial, ya habían destacado la importancia de la cultura en su crítica al capitalismo. Igualmente, y sin necesidad de remontarnos a algunos de los trabajos de la primera generación, la tercera generación de Annales y su apuesta por la Historia de las mentalidades ya anunciaba en cierto modo la perspectiva culturalista que se airea ahora. Y ello en modo alguno significaba ni se entendía en su momento en términos de crisis. Pero es más, incluso desde dentro de la propia Historia social se ha venido señalando la relevancia del lenguaje y de los conceptos en la conformación de la realidad histórica, tal y como lo plantea en la actualidad la escuela alemana de Bielefeld.

En tercer lugar, el proceso de simplificación y vulgarización al que nos referíamos al principio, ha llevado a una especie de ejercicio de enfrentamiento mecánico entre historiografía posmo-

derna y todo lo anterior. Presentando ambas partes como unidades ideológica y metodológicamente cerradas en sí mismas, perfectamente definidas y opuestas e incompatibles. Y evidentemente, esto ni es ni ha sido así. La realidad es y ha sido más plástica, pudiéndose apreciar, junto a las diferencias, también puntos de contacto evidentes. Así, por aportar un ejemplo más que significativo al respecto, la Historia cultural se ha distanciado de algunas categorías macrohistóricas como el Mercado o el Estado. Sin embargo, comparte con las diversas corrientes de la ciencia social histórica otras ideas como el carácter conflictivo de la sociedad. O que el poder y la desigualdad constituyen factores básicos para la Historia y para explicar el conflicto. De hecho, la mayoría de las historiografías sectoriales posmodernas presuponen en sus interpretaciones los grandes procesos como la modernización y la industrialización. En cuyo marco intentan desvelar las vivencias y los comportamientos individuales.

Por último, no deja de resultar paradójico que la insistencia en la crisis de la Historia coincida precisamente con unos momentos en los que las ciencias sociales han recuperado la sensibilidad historicista. Y ello es lógico, sobre todo si consideramos que la crítica a la lógica estructuralista, a las interpretaciones finalistas y vectoriales de progreso y, en general, al modelo de racionalidad científico-técnica revaloriza lo histórico como elemento explicativo y significador de la realidad social.

Sin lugar a dudas, pese a los argumentos anteriores, no se puede negar que el término de crisis sí que puede ser ajustado, en cambio, para definir la pérdida de confianza y el declive de formas de conocimiento, métodos y visiones de la Historia hasta hace poco dominantes. Y esto es cierto. Incluso se puede compartir la idea de que dicha percepción de crisis puede estar acentuada, en el caso concreto del panorama español, por el desaliento que sin duda provocan problemas profesionales relacionados con la estructura docente y académica. O con la misma función social del historiador y de la Historia en la sociedad de nuestro entorno.

No obstante, planteado lo anterior y asumiendo esto último, tenemos que manifestar nuestro optimismo. No exento de cautelas, pero optimismo, al fin y al cabo, sobre el panorama que tenemos delante de nosotros. Es cierto que la decadencia de las viejas interpretaciones teleológicas, deterministas y totalizantes nos ha abierto un presente inseguro y, en ocasiones, poco confortable. Ahora bien, con todo, la pluralidad de enfoques y perspectivas, la incorporación de nuevas voces y miradas que ha acarreado la descentralización de las disciplinas historiográficas, junto a lo que se ha llamado el *retorno del sujeto*, suponen de hecho un escenario mucho más ancho, al tiempo que más abierto y plural, y en el que caben más protagonistas. Sin lugar a dudas la escena se ha vuelto más compleja, pero por ello mismo más interesante, más sugerente.





## ¿La disolución de lo social en la Historia?

**Juan Pan-Montojo**

Universidad Autónoma de Madrid

La pregunta que organiza esta mesa no es nada sencilla pues las palabras que están en su eje son polisémicas y al combinarse entre sí desembocan en muchas cuestiones diferentes. A la amplitud de significados se suma el hecho de que se trata de una pregunta sin verbo, con lo que cada lector puede interpretar la acción ausente de formas diversas. En estas circunstancias, voy a recurrir a una vieja estrategia retórica: la de identificar algunos de los significados posibles de social, de disolución y de historia, para tratar de combinarlos entre sí y llegar a alguna respuesta.

Social es un adjetivo al que se pueden atribuir campos de referencia de diferente amplitud. Social es lo que se relaciona con la sociedad en su conjunto, como ocurre cuando acompaña a estructura o a organización. Social alude, en un nivel algo más restringido, a las relaciones entre personas y grupos: por ello decimos tener mucha o poca vida social o mucha o poca agenda social. En tercer lugar, social sirve a menudo para referirnos a grupos subordinados (pobres, explotados, excluidos...) y a las decisiones, medidas y programas que les atañen: de ahí que se hable de política social o responsabilidad social o de giro social. En cuarto lugar, social es el adjetivo que corresponde a las sociedades y asociaciones formales, sean civiles o mercantiles: en consecuencia, hablamos de capital social, sede social, estatutos sociales o razón social. Hay otros muchos significados posibles pero estos cuatro nos sirven para avanzar en nuestra respuesta.

Disolución es el sustantivo del verbo disolver que a su vez quiere decir la acción de cambiar la forma y disminuir o eliminar la visibilidad de algo, como cuando disolvemos el azúcar en un líquido. Precisamente por esto último, por la eliminación de la visibilidad, cuando lo disuelto tiene en la percepción por parte de los demás su rasgo esencial, disolución también equivale a desaparición o fin: si se disuelve una manifestación, se acaba la manifestación.

Sobre el término historia se han escrito miles de páginas, las mismas o más que las que se han escrito sobre el término social, y sería difícil sintetizarlas en unas líneas. Tampoco tendría mucho sentido. Queremos simplemente recordar que historia es un conjunto de relatos sobre el pasado y es también la disciplina que determina las reglas para la construcción de esos relatos, disciplina que algunos consideran más correcto e inequívoco llamar historiografía.

En una primera impresión podría pensarse que la pregunta que se refiere a tres o, a lo sumo, a cuatro de estas acepciones: la historia como disciplina para la producción de relatos sobre

el pasado, la disolución como pérdida de visibilidad y lo social como relaciones interpersonales o como sociedad. Si lo que se nos pregunta es si captar las relaciones entre personas y grupos ha pasado a ser un aspecto secundario de la historiografía, la respuesta es no. Idéntico es el resultado si social se refiere a sociedad, solo que entonces debemos precisar a qué sociedad nos referimos. Los historiadores seguimos dedicándonos a la construcción de relatos verídicos en los que esas relaciones constituyen el centro: la historia ha sido, es y sigue siendo social, si otorgamos a social el sentido relacional. No es evidentemente eso sobre lo que se espera que reflexionemos.

Las otras acepciones con las que he iniciado este texto pueden ser más productivas. La historia social como especialidad dentro del quehacer historiográfico nació y se desarrolló alrededor de los grupos subalternos y, para ser más concretos, alrededor de los trabajadores asalariados y, hasta cierto punto, de los campesinos, al menos en la contemporaneidad. Pero como además no era una especialidad, sino una tendencia historiográfica inspirada en el marxismo y, por lo tanto, en su proyecto emancipador, su plasmación fue una historia de los obreros y su «progreso» hacia la conciencia de clase y hacia su organización en movimiento obrero, determinada por el avance de la relación salarial y con ella de la lucha de clases. La historia social así concebida no ha desaparecido y probablemente no lo haga tampoco en el futuro, pero ha perdido fuerza y se ha diluido, más que disuelto, en una nueva historia social. Esta nueva historia social es una historia de las relaciones interpersonales e intergrupales, especialmente centrada en los actos y procesos intencionales, en la construcción, aplicación y transformación de las normas que les otorgan significado y en los espacios que esas normas abren a los juegos culturales.

Algunos autores colocan en el eje de esta nueva historia social a la historia cultural de la sociedad. La historia cultural viene a funcionar en nuestros días como una tendencia historiográfica, es decir, como un determinado acercamiento teórico al estudio del pasado, en la estela del postestructuralismo y de los giros lingüístico y cultural<sup>1</sup>. No es un estudio de los fenómenos culturales en el mismo nivel que la historia política lo es de los políticos o que la historia económica de los económicos. Su punto de partida es que el estudio de los procesos históricos no debe prestar atención a las situaciones reales de los sujetos sino a las percepciones que los sujetos tienen de su realidad, percepciones que no se derivan mecánicamente de esas situaciones, sino que están atravesadas por las representaciones que constituyen una cultura<sup>2</sup>. La historia social como historia cultural de la sociedad es por ello una forma teóricamente determinada o delimitada de hacer historia. Ha sido un producto de la evolución de la propia historiografía (a partir en particular de la de la historia social marxista británica con E.P. Thompson como figura central y de la casi paralela reconstrucción de la historia de las mujeres como historia de género de la mano de Joan Scott, aunque una y otra tradición no hayan estado desconectadas entre sí ni de otras corrientes), pero ha reflejado adicionalmente el giro cultural de una parte de la teoría social y un peso creciente de la antropología<sup>3</sup>. Se trata de un enfoque que quizá no posea una

---

1 Véase, por ejemplo, su caracterización en Ute DANIEL: *Compendio de historia cultural. Teorías, prácticas, palabras clave*, Madrid, Alianza, 2005

2 Roger CHARTIER: *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1992, p. 43 y ss..

3 E.P. THOMPSON: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Capitán Swing, 2012; y Joan SCOTT: «El género: Una categoría útil para el análisis histórico», en Marta LAMAS (comp.): *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, PUEG, México, 1996, pp. 265-302. Sobre el giro cultural en sociología: Roger FRIEDLAND / John MOHR (eds.): *Matters of Culture: Cultural Sociology in Practice*, Cambridge, CUP, 2004.



De dcha. a izda.: Manuel Pérez Ledesma, Ignacio Peiró, Ángeles Barrio, Juan Pan-Montojo... Seminario sobre Culturas Políticas, IFC, Zaragoza, 2013.

metodología propia, pero que deja extramuros las técnicas cuantitativas de análisis. La historia cultural de la sociedad opta además por diferentes formas de interpretación, pero no acepta con facilidad que se pueda explicar, en el sentido de proponer relaciones causales, ni siquiera está claro que lo quiera hacer.

Al mismo tiempo que historia cultural de la sociedad, la nueva historia social es también una historia de lo social entendido como instituciones colectivas. Ese ámbito, que nos remite a la cuarta de las acepciones que hemos desplegado para el término social, estaba también presente en la historia social «clásica», puesto que la organización formal de los subalternos se consideraba un paso fundamental en el desarrollo de su capacidad organizativa. Pero la nueva historia social además de incluir a obreros y patronos organizados, incluye las asociaciones socioprofesionales, las asociaciones de recreo, los clubes, las asociaciones empresariales... Se acerca también a otras formas de articulación colectiva de los seres humanos que, sin tener forzosamente un reconocimiento legal, implican ciertos grados de explicitación de los límites o criterios que permiten fijar quién se halla dentro y quién está fuera o que al menos reconocen una autoridad que puede decidir la pertenencia: comunidades locales o de otro tipo, familias, clanes, tribus... De este vasto ámbito de grupos humanos suelen quedar fuera por el contrario las empresas y los partidos, puesto que las primeras son objeto de atención de la historia empresarial y los segundos, de la historia política: una opción un tanto discutible, que muestra una vez más lo poroso y asistemático de cualquier clasificación de la historia atendiendo a especialidades. Sí que están presentes otros grupos más o menos transitorios como los que en ocasiones se configuran en los procesos de movilización colectiva o

conjuntos de personas sin identidad ni reglas de pertenencia explícita, deducidos por el observador de las pautas de interacción que observa, como son las redes<sup>4</sup>. De hecho, la historia de los movimientos sociales, cuyo análisis se ha construido entre nosotros en diálogo permanente con la teoría de la acción colectiva, ha continuado manteniéndose como uno de los campos más prolíficos de trabajo de los que se llaman historiadores sociales. Asimismo, en este ámbito cabe apreciar la influencia creciente de la historia cultural, aunque la sociología de la acción colectiva y la sociología histórica sigan siendo las referencias más frecuentes de este tipo de obras<sup>5</sup>.

La nueva historia social es por lo tanto el resultado de la agregación de una propuesta teórica más o menos omnicomprendiva, aunque precisamente por sus rasgos teóricos tienda a dejar fuera determinados motores de la vida social como los recursos materiales o los mecanismos impersonales, e incluso todos los motores inconscientes o subconscientes de la acción humana, y de objetos que las diversas teorías o especialidades de la sociología consideran propios<sup>6</sup>. Es, por ello, una suma heterogénea de miradas al pasado, sin límites precisos, teóricos o de otro tipo, que señalen adónde llega.

La transformación de la historia social en una historia cultural de la sociedad nos remite a un problema adicional. ¿Qué es la sociedad? Los historiadores hemos dado durante mucho tiempo por supuesto que la sociedad era el grupo humano delimitado por las fronteras del Estado nacional, sucesivamente fragmentable en sociedades regionales o agregable en otros niveles superiores. Pero si entendemos lo social desde un punto de vista relacional, como campos de las relaciones entre personas y grupos humanos, entonces la definición de sociedad, del espacio relevante a los efectos de estudiar las relaciones entre sujetos debe ser el resultado del estudio y no su punto de partida. Eso es lo que con coherencia teórica subraya la historia transnacional, entendida como proyecto de construcción de relatos, con sus interpretaciones y explicaciones, que desborden la función nacionalizadora y nacionalista de nuestra disciplina. El adjetivo transnacional alude a relaciones que trascienden las fronteras nacionales –y esta es una de sus contradicciones pues el propio término parece dar por supuesta la existencia en todas partes y, hasta cierto punto, en todos los períodos, de naciones que trascender– y que no son internacionales, en el sentido de que no reflejan la acción exterior de los aparatos estatales que gobiernan las naciones, pues en ese ámbito preexistía a la historia transnacional una fuerte tradición de historia de las relaciones internacionales. Por lo tanto, la historia transnacional tendría como rasgo distintivo «su especial atención al movimiento y la interpenetración; a las transferencias, contactos y conexiones; a la circulación de personas, ideas, discursos y bienes, desde la firme convicción de que los procesos históricos se construyen a través de [...] movimientos constantes que atraviesan territorios, espacios y regiones»<sup>7</sup>. Semejante objeto no es incompatible con

---

4 Una introducción al análisis de redes y un listado, más que un estudio, de las aplicaciones de esta teoría a la historia contemporánea en Emma SARNO: «Análisis de redes e historia contemporánea», *Ayer*, 105, 2017 (1), pp. 23-50.

5 Véanse a este respecto las consideraciones de Rafael CRUZ en su recopilación: *Repertorios. La política de enfrentamiento en el siglo XX*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2008.

6 Incluso cuando la historia cultural entra en el campo de las emociones es menos para tratar de estas en sentido estricto y más para referirse a la construcción cultural de las expresiones de emotividad y a la interacción entre esas expresiones y las propias emociones en tanto que procesos fisiológicos. No son tanto las emociones como la interacción entre cultura y emociones y la gestión social de esa interacción su objeto, por más que se llame a sí misma historia de las emociones. Véase al respecto la obra fundacional de William M. REDDY: *The Navigation of Feeling: A Framework for the History of Emotions*, Nueva York, Cambridge University Press, 2001.

7 Florencia PEYROU / Darina MARTYKÁNOVÁ: «Presentación: la historia transnacional», *Ayer*, 94, 2014, p. 19.

la historia cruzada que es presentada como una variante de la historia transnacional ni con una historia de las transferencias ni con una historia mundial. De hecho, como señalábamos Carmen de la Guardia y yo mismo en nuestro artículo de 1998, las diferencias entre todas estas historias, a menudo de pretensiones posnacionales o, para ser más exactos, posnacionalizadoras, no son nada claras, pues en buena medida se intersectan, confluyen y divergen de la mano de sus diversos intérpretes<sup>8</sup>.

La existencia de una nueva historia social únicamente resulta admisible cuando la contraponemos a la historia social marxista o clásica que es lo que hacía Santos Juliá en un artículo de 1992, en el que citaba una amplia lista de historiadores reconocidos internacionalmente que compartían su visión: Nathalie Davies, Georg Iggers o Serge Noiriel<sup>9</sup>. La historia social nacida de aquella ruptura no puede ser considerada nueva casi cuarenta años después: es ya historia social sin adjetivos. Se halla nucleada por un saber que tiene una «naturaleza tecnológica identificante», es decir, que trata de ofrecer materiales del pasado a la tarea de construir o consolidar identidades colectivas<sup>10</sup>. Pero ese es su núcleo, no el criterio que delimita sus fronteras. Como se ha señalado antes, hoy circula como historia social una historia interpretativa, que otorga prioridad a analizar el sentido y la acción simbólica, que es lo que podemos llamar historia cultural de la sociedad. Esa historia se enfrenta por su parte a la vuelta de tuerca que implica la llamada historia postsocial y su determinismo semiótico<sup>11</sup>. Pero coexiste además con un conjunto de autores que, si tienen que hacerlo, califican sus textos de historia social (sin aparente rechazo por parte de quienes insisten en que esta «especialidad» de la historiografía debe ser ante todo pluralista) y que por medio de la elección de su objeto introducen, a menudo de forma poco consciente, métodos, conceptos y propuestas teóricas que no se sitúan en absoluto en la tradición hermenéutica. La historia social se debate entre ser una historia cultural de la sociedad, es decir, entre ser historia cultural, o bien ser una historia especializada con un objeto tan diverso como permiten los significados de social con que iniciábamos estas consideraciones (o los todavía más numerosos que le otorga la sociología a la hora de delimitar su objeto), o bien sumar ambas opciones e incluso añadir las de una historia social clásica que, minoritaria o no, se resiste a desaparecer.

Si sociales son todas las prácticas humanas cargadas de sentido y todas las prácticas que no lo están porque nacen como resultados imprevistos y no intencionales de la propia acción, lo social es idéntico a todos los objetos posibles de la historia como disciplina y decir nueva historia social es tanto como decir historia, en el sentido de reglas y referencias teóricas para hacer relatos sobre el pasado. En ese caso, sí, lo social se habría disuelto en la historia, es decir, la historia social habría pasado a ser lo mismo que la historia, en el sentido de saber sobre el pasado de los seres humanos. Y la etiqueta de historia social se habría vuelto prescindible, dada su incapacidad de definir ningún espacio dentro del universo historiográfico.

Quedan en los discursos que hacen circular los historiadores dos únicos asideros para preservar la utilidad de la etiqueta de historia social. Por una parte, el de contraponer historia social a

---

**8** Carmen de LA GUARDIA / Juan PAN-MONTOJO: «Reflexiones sobre una historia transnacional», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 16, 1998, pp. 9-31.

**9** Santos JULIÁ: «La historia social y la historiografía española», *Ayer*, nº 10, 1993, pp. 29-46.

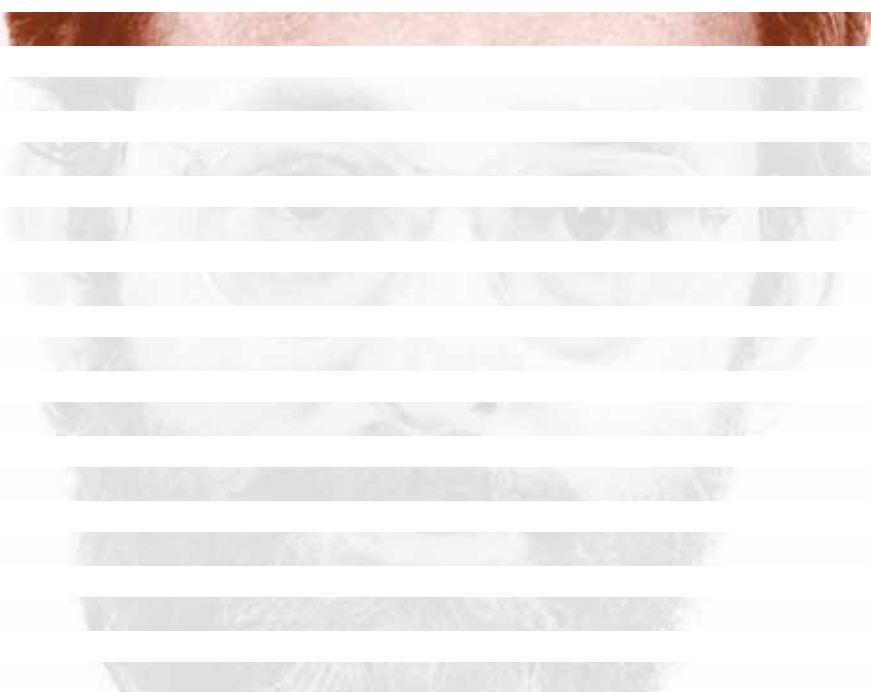
**10** La vinculación entre la historia social y una tecnología de identificación es subrayada por Pablo SÁNCHEZ LEÓN / Jesús IZQUIERDO (comps.): *Clásicos de la historia social de España. Una selección crítica*, Valencia, Fundación Instituto Historia Social, 2000, p. 47.

**11** Miguel Ángel CABRERA: *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Madrid, Cátedra, 2001.

historia política, a una historia ordenada por los acontecimientos políticos y, por lo tanto, por las elites políticas que los protagonizan. Esa definición en negativo, que además se superpondría parcialmente a la de historia desde abajo, deja muchos espacios indefinidos, engloba formas muy heterogéneas de hacer historia y excluye lo político del campo de trabajo de los historiadores sociales, algo con lo que no creo que estuviesen de acuerdo muchos de quienes se reconocen como tales. Otra posibilidad es entender que la nueva historia social, al igual que la clásica, dialoga con la teoría social o, más precisamente, a la vista de la relevancia de la historia cultural de la sociedad, dialoga con las ciencias sociales, dentro de una disciplina, la historia, que no exige esa condición: muchos libros de historia se hacen desde la ausencia consciente y buscada de cualquier conexión con las ciencias sociales e incluso sin reflexión teórica de ningún tipo. Una vez más, sin embargo, esa demarcación excluiría a muchos que se consideran historiadores sociales e incluiría, por el contrario, a historiadores políticos, a historiadores de las relaciones internacionales y a historiadores económicos que sí construyen sus relatos en interacción con la ciencia política, con la teoría de las relaciones internacionales y con la teoría económica.

Por todo ello, y a pesar del uso amplio de la etiqueta historia social como forma de aludir implícitamente a discursos y prácticas historiográficas con rasgos distintivos propios, si «social» es en la pregunta que nos reúne una forma elíptica de referirse a historia social, creo que lo social sí se ha disuelto en la historiografía. Por más que por razones diversas haya instituciones (revistas, grupos de investigación, institutos...) e historiadores que se resisten a admitir esa disolución. En ocasiones apelan a sus propias representaciones de lo que es la historia social para defender la vigencia del proyecto que sostienen que da coherencia a los textos en los que ven reflejadas sus apuestas teóricas: si contrastamos sus conceptualizaciones de su «especialidad», hallamos, sin embargo, que suelen ser parcial o totalmente incompatibles entre sí. La etiqueta de historia social es en realidad y sobre todo identificadora: sirve para que quienes dicen dedicarse a esa forma de hacer historia caractericen sus trayectorias académicas y las de otros e incluso se asocien con apuestas tecnológicas. Puede llegar también a colocar en el espacio político a los historiadores que escogen esa forma de nombrar lo que hacen, aunque ya no quepa establecer una correspondencia plena entre historia social y posiciones políticas concretas como ocurría con la vieja historia social, todavía el adjetivo mantiene sus connotaciones de orientación hacia sectores concretos de la sociedad y hacia su promoción, inclusión o emancipación. Pero sobre todo permite que quienes se dicen historiadores sociales hagan suya una genealogía larga de historiadores críticos, empeñados en que pensar históricamente sea un instrumento para afrontar el presente y el futuro, receptivos a la innovación teórica y abiertos al diálogo con las ciencias sociales en su pluralidad. Exactamente el linaje al que pertenece Carlos Forcadell.





## **Una propuesta de lo social y un ejemplo neocatólico**

**María Cruz Romeo Mateo**

Universitat de València

Una cuestión tan sumamente amplia y compleja como «¿La disolución de lo social en la Historia?» admite reflexiones diversas desde perspectivas también diferentes. No siendo una teórica de la disciplina, mi intervención gira en torno a la evolución de una experiencia investigadora fundamentada en la suposición de que los hombres y las mujeres son los protagonistas del devenir histórico. Esta afirmación, aparentemente sencilla, constituye el núcleo de un dilatado debate no solo entre tradiciones historiográficas sino también en el interior de ellas. Mi objetivo no es llevar a cabo un estado de la cuestión de aquellas discusiones, sino de apuntar algunas propuestas y consideraciones que permitan sostener la presencia de lo social, de lo intersubjetivo e interindividual, en la Historia.

En la época en que Carlos Forcadell, allá por los inicios de la década de 1990, disentía de secanos y desiertos y prefería hablar, siguiendo con la metáfora geográfico-agraria, de cultivos desiguales en la historia social española, en general, había pocas dudas sobre la primacía de este enfoque y la posibilidad de hacer una «historia de la sociedad»; una historia, en la línea de Eric Hobsbawm o de Jürgen Kocka, orientada hacia la totalidad del proceso histórico y capaz de integrar una historia de las relaciones entre las estructuras y los procesos sociales y las experiencias y actuaciones de los grupos sociales. Al menos este era mi caso. Confiaba en una concepción de la historia como historial social en respuesta a la necesidad de un planteamiento global de los problemas del cambio histórico.

Era esta una historia social que situaba en el centro de su reflexión las relaciones entre las estructuras y procesos sociales y las experiencias y actuaciones de los grupos sociales. Entendía, eso sí, que la historia social no podía quedar reducida a analizar los procesos sociales supra-individuales, las estructuras descarnadas) si no quería prescindir de aspectos importantes de la realidad histórica. Por lo tanto, debía incluir los planteamientos de historia de acontecimientos, personas y acciones, evitando la contraposición dicotómica entre historia estructural e historia de los acontecimientos o una eliminación de una de las dos. Y, por supuesto, el engarce entre ambas dimensiones era el concepto de clase social. Como escribió Jürgen Kocka: «Finalmente, debería formar parte de las experiencias de trabajo de todo historiador que investiga empíricamente el hecho de que, sin la consideración de acontecimientos, acciones singulares y personas, frecuentemente, no se sale adelante y que estos se explican casi siempre por estructuras dadas previamente y que se transforman, pero que no pueden deducir-

se completamente de ellas, en tanto que, al revés, aquellos contribuyen a la transformación de las estructuras».

Hoy, casi tres décadas después, esta confianza se ha desvanecido en gran parte. Las grietas en la voluntad totalizadora de aquella historia y la quiebra del enfoque estructuralista marxista de lo social destruyeron las viejas certidumbres. Como escribió a principios del siglo XXI Geoff Eley, «la historia social sencillamente ya no está disponible [...] ha dejado de existir». El historiador afincado en Estados Unidos se refería a aquella historia que hacía derivar su coherencia del primado de las determinaciones sociales, del paradigma materialista de la totalidad social y de la primacía de la clase social.

Como es bien sabido, las dos últimas décadas de finales del siglo XX constituyeron un momento historiográfico excepcional y en permanente evolución. En ocasiones de modo independiente y en otras más o menos imbricadas, las reflexiones en torno a las limitaciones de aquella historia social, la capacidad explicativa de la narración, la influencia de la perspectiva antropológica, el giro lingüístico o los estudios culturales desvanecieron las seguridades del ayer. Todo se puso en crisis, incluso lo que parecía menos problemático en la disciplina histórica, desde la verdad como correspondencia hasta la causalidad social pasando por el carácter referencial del lenguaje.

Los efectos sobre la disciplina histórica fueron profundos, aunque desigualmente valorados por la historiografía española. Fueron interpretados como desarrollos de la historia social o ampliación del conocimiento histórico en la medida en que no se percibía una ruptura o planteamientos relativistas en el caso español. Exigían una revisión del modelo de historia social, nuevas estrategias de investigación, nuevos temas y nuevas fuentes. En otros casos, con la mirada puesta en las academias estadounidense y británica o en los postulados teórico-metodológicos de aquellas reflexiones, fueron valorados como el desmoronamiento del sujeto social, la retirada de lo social en Historia frente a las identidades, las subjetividades, las representaciones, los significados o los discursos. Más aún, la propia posibilidad de pensar lo social y la sociedad como una entidad referida a fenómenos o procesos objetivos y realmente existentes ha sido cuestionada, con las consecuencias que ello tiene en la epistemología del saber histórico. Sea como sea, el ideal y la centralidad historiográfica de una historia apoyada en la dimensión social a efectos explicativos y organizativos quedaron arrumbados. Con ellos se abandonó también la intrínseca capacidad explicativa de las estructuras sociales como condicionantes de la acción de los sujetos históricos y la noción de clase social como una adscripción automática a unas relaciones sociales específicas.

En la actualidad, el impacto de aquellos debates ha condicionado la manera de entender la disciplina histórica y la práctica investigadora. Con más o menos solidez, ha arraigado un conjunto de suposiciones que han dejado atrás el determinismo materialista, el antihumanismo de las estructuras socioeconómicas, el tratamiento anónimo y masivo de los sujetos o la absolutización de la verdad histórica. La primacía de la historia cultural, en ocasiones a partir de una definición antropológica geertziana de lo que es cultura, y la importancia teórica e histórica de los discursos y los lenguajes han llevado a incorporar la idea de mediación en las nociones de sujeto, experiencia y realidad. Hoy, pocos son los historiadores e historiadoras que no se planteen, al menos en principio, la crítica al sujeto natural, atemporal y universal y que, en cambio, no afirmen el carácter necesariamente mediado, cultural y discursivamente, de toda experiencia, los patrones culturales a través de los cuales los individuos y grupos hacen significativo el mundo social y, en definitiva, la naturaleza socialmente construida de la realidad.



Mari Cruz Romeo con Giovanni Levi en Molinos (Teruel), 2005.

¿Significa todo esto aceptar la disolución inexorable de lo social? ¿Obliga a una aproximación narrativa al pasado, a una historia «deconstructiva», incapaz de proponer secuencias más explicativas? ¿Aboca, en fin, a admitir las consecuencias relativistas de una cierta crítica a la modernidad? No necesariamente.

Hay razones para esta confianza. A mi juicio, algunas de las premisas del giro cultural han potenciado una indagación más compleja e histórica del mundo social. En segundo lugar, desde principios del siglo XXI, destacados historiadores cercanos al giro lingüístico y a la llamada historia postsocial han expresado su malestar hacia una visión totalizadora y esencialista de la cultura, proponiendo en consecuencia una revitalización (por supuesto, revisada de los viejos determinismos) del lugar de lo material, lo estructural y lo social en la Historia. Por último, la percepción de que el desarrollo del capitalismo global y la deriva iliberal de la democracia de estos años exige también una visión amplia y estructural de los problemas que generan y de los retos que plantean.

Para lo que aquí interesa, me detendré solo en el primer motivo esgrimido, relacionándolo con mi propia investigación. Tres consideraciones surgidas o desarrolladas de aquel momento historiográfico permiten una reevaluación de lo social.

En primer lugar, el carácter de artificio de los grandes relatos históricos. De ser considerados como verdaderos, como reflexiones precisas de un pasado real y como base de la investigación científica, el giro cultural los concibe como «marcos de comprensión selectivos», como «narraciones construidas» contadas por «narradores situados en un tiempo y lugar específicos». Esta perspectiva ha impulsado también la crítica del paradigma clásico de la secularización. Por supuesto, no ha sido el único factor, pero sí se puede decir que la revisión acaecida en la disciplina histórica ha facilitado la integración de ciertas valoraciones de un concepto y de un proceso estrechamente ligados a un esquema teleológico, universalista y eurocéntrico de la evolución histórica y de la modernidad, en especial.

La crítica del relato secularizador dominante en la segunda mitad del siglo XX se ha desplegado en tres direcciones, al menos. Por un lado, se ha subrayado el carácter ideológico de este relato y su construcción «sexuada», basada en premisas de género. Por otro, se ha hecho más compleja la interpretación de la presencia pública y política de las creencias religiosas, especialmente las católicas. Finalmente, se ha insistido en la diversidad de planos y significados contenidos en el concepto de secularización. No se trata, por lo tanto, de desterrar una noción y un proceso del acervo investigador. Se trata de tomar conciencia de las relaciones de poder y de género que transmite la ideología del secularismo; de analizar esta dinámica integrada en una historia más sinuosa, más contradictoria, de modo que admite momentos de recomposición de la religión, sin por ello identificarlos como retrasos inapelables de un mundo que se resiste a desaparecer. La cuestión es ser consciente de la diversidad de vectores y trayectorias singulares y dispares que esconde la noción sociológica de secularización, desde la formación de esferas diferenciadas para la política o la religión hasta la subjetivación de las creencias, pasando por la erosión del poder normativo de las autoridades y de los discursos religiosos.

Las «predicciones normativas» del viejo paradigma secularizador han mostrado tener muchas «excepciones». Tampoco encajan con el proceso histórico de España, si dejamos de lado visiones forzadas que proyectan hacia el pasado lo que fue propio del nacionalcatolicismo. Se libera así una constricción para interpretar la presencia de las creencias religiosas en la esfera pública de la España del siglo XIX, no como una rémora del pasado, una falsa conciencia o un reflejo de conflictos sociales y políticos más profundos y más explicativos. Tampoco como un patrón normativo que determina y limita la agencia de los sujetos históricos. En la España decimonónica, la unidad religiosa de la nación, defendida por el grueso del liberalismo desde 1812 –con pocas excepciones–, fue compatible con la autoridad suprema de la nación a la hora de imponer aquellas reformas que la Iglesia católica requería y de definir un modelo de emancipación individual que cifraba en las nuevas condiciones sociales creadas la ampliación gradual del margen de acción de los individuos. Por otra parte, el anclaje religioso de algunas de las alternativas al liberalismo no impidió la formulación de discursos emancipadores. Hubo culturas políticas radicales en Europa y en España embebidas de preceptos cristianos –y anticlericales–, lo que, además de condicionar la acción de los sujetos históricos, cuestiona la rígida separación entre el espacio religioso-privado y el mundo secular-público que el secularismo ha dibujado. Claro que este hibridismo podía tener costes políticos, que la investigación histórica debe sacar a la luz. No obstante, testimonia también cómo los discursos disponibles y los marcos culturales de un momento dado conformaron las identidades políticas y articularon las acciones de los actores históricos.

La segunda consideración que se extrae del giro cultural se refiere al carácter histórico y contingente de las categorías analíticas, desde los conceptos de sociedad y lo social hasta los de identidad, clase o nación. Todas ellas vienen cargadas de contextos y de significados que los historiadores necesitamos especificar. Al socavar el aura de naturalidad de que disfrutaban estas nociones, puedo formular la pregunta que orienta mi investigación actual: ¿Cómo construyeron los hombres y mujeres su identidad católica, sin darla por evidente o natural ni considerarla necesariamente una rémora del pasado?

Especialmente significativa es la movilización de algunas mujeres en la España del Bienio Progresista en favor de la ortodoxia católica de la nación frente a la segunda base del proyecto constitucional que proponía la tolerancia privada de cultos. Fueron interpeladas por los discursos disponibles en un contexto extremadamente fluido desde el punto de vista político y cultural. Lejos de agotarse en el lenguaje amable de la religiosidad natural de las mujeres, tan

presente entre sectores tanto liberales como antiliberales, recurrieron a un conjunto limitado pero contundente de recursos discursivos. De esa forma configuraron una identidad católica que les permitía ocupar la esfera pública a través de representaciones elevadas a las Cortes o recogidas de firmas y escritos dirigidos a la prensa afín. El patriotismo católico, de larga trayectoria posterior, enlazó en la pluma de una escritora granadina, Enriqueta Lozano, los mitos enaltecedores del pasado nacional con la historia religiosa. El discurso eclesiástico que redefinió los viejos planteamientos de la misoginia tradicional ofreció, incluso a través de la producción de un intransigente como Antonio María Claret –y por supuesto mediante la circulación de ensayos procedentes de Francia e Italia, rápidamente traducidos al castellano–, nuevos postulados en torno a la feminidad y las funciones sociales que podían y debían desplegar las mujeres en la sociedad posrevolucionaria en defensa del catolicismo. El discurso de nación y el de la mujer católica no fueron los únicos recursos disponibles. Hubo dos más, al menos. Por un lado, el sistema normativo de una religión que pautaba la vida cotidiana de tantos individuos en la España del siglo XIX y el significado de ser católico fijó los límites de otras representaciones. Por otro, los lenguajes de los derechos, tanto los procedentes de patrones tradicionales, que incluían el derecho de petición, como los derivados de un uso interesado de la ciudadanía liberal. Cada uno de estos recursos ofrecía estrategias de acción, cuya plasmación dependió por igual de las distintas posibilidades contenidas en los diferentes marcos de pertenencia en los que se integran los sujetos, comenzando por las redes familiares y los espacios de sociabilidad. Es esta provocadora combinación de materiales y de marcos sociales lo que resulta



V Congreso de Historia Local de Aragón. Con Ignacio Peiró, Pedro Ruiz y Mari Cruz Romeo. Molinos, 2005.

interesante. A la vez que ofrece alicientes para interrogarse sobre la autonomía o no de estos actores. Al invocarse la movilización femenina se podía estar estimulando también la movilización de las mujeres en otras dimensiones simultáneas, poniendo en marcha el conjunto de marcos sociales en que estaban «encontradas»: la familia, pero también la Iglesia o la nación.

En efecto, lo que pudo ser una acción y un marco argumentativo coyunturales tuvo continuidad en otras actuaciones específicas hasta eclosionar en el momento de la revolución de 1868. La reducción del número de conventos femeninos y otras medidas tomadas por las juntas locales condujeron a una amplia manifestación por escrito de mujeres de distintas ciudades y pueblos, que la prensa católica se encargó de reproducir. «Somos españolas, somos madres, somos mujeres católicas; esto nos basta, esto nos abre el camino» para reclamar contra lo que entendían que era un expolio que atentaba contra «la conservación de la religión divina, por la cual España se ha envanecido siempre con el renombre de católica, por la que tantas glorias ha alcanzado, y sin la que nada hubiera sido». Atentaba, además, contra los principios proclamados por el nuevo orden político: la libertad individual, el respeto a la propiedad y el derecho de asociación. Estas señoras utilizaron los recursos a su alcance y a través de esta operación se definieron como un sujeto colectivo.

Las identidades, como la católica que se estaba reconstruyendo a mediados del siglo XIX, son contextuales, cultural y materialmente, contingentes y heterogéneas. El yo público a través del cual se constituyó la figura de Enriqueta Lozano distaba de la percepción del mundo que podían tener otras mujeres procedentes de otros espacios, aun cuando todas se definían y eran definidas en primer lugar como católicas. Esta diversidad interna, aunque limitada, entraba en relación con la visión externa y estrecha de los secularizadores, para quienes esas mujeres eran el reflejo de la dominación eclesiástica y el natural sometimiento femenino. Cómo se articulaban todos estos estratos en la construcción de la femineidad católica en la segunda mitad del siglo XIX y hasta qué punto esta identidad formó parte de la subjetividad individual son tareas pendientes.

La última consideración relacionada con el giro culturalista y la reflexión en torno a la biografía, entendida como un enfoque que problematiza las preguntas generales de la Historia, remite a la rehabilitación del sujeto y su capacidad para la acción. Frente a una historia estructuralista, que, por otra parte, restringía las tesis de Edward P. Thompson, se ha desarrollado una mayor sensibilidad hacia los sujetos históricos, sus relaciones e interdependencias. Es la recuperación del sujeto, entendido como un individuo inserto en un conjunto de valores, normas o creencias, en un patrón cultural que ejerce influencia sobre él, pero que no lo determina. El concepto de sujeto moviliza su capacidad de actuación en un contexto dado, no en una estructura que lo «programe». En el imaginario social moderno, la noción de individuo está estrechamente ligada a la de autonomía. Cabría por lo tanto interrogarse sobre la constitución del sujeto femenino de las católicas españolas movilizadas en las décadas de 1850 y 1860.

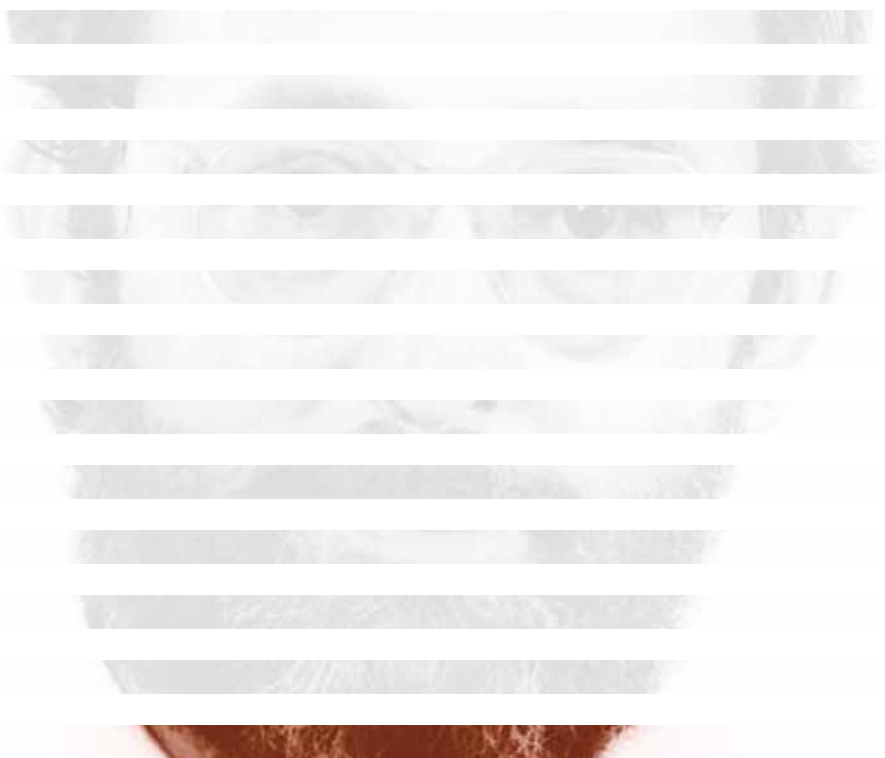
La reflexión en torno a todos estos planteamientos tiene también la virtud de generar una reserva con respecto a visiones instrumentales de la religión y a escala del conjunto social, habituales en ciertas teorías sistémicas de la modernidad y en algunos planteamientos de la historia política. No hacerlo así tiene el riesgo de tener que recurrir a argumentos que oscurecen a los individuos o remiten a las llamadas determinaciones «objetivas». Muchos de los neocatólicos formados en la estela de Donoso Cortés encontraron en la defensa del catolicismo, frente a supuestos ataques secularizadores, un bastión de crítica al liberalismo. Cuestionaron sus premisas individualistas y de progreso, pero no fueron impulsados por un elitismo antiguorregimental o por un uso de la religión dependiente de las tesis políticas. Hubo en algunos casos



un descubrimiento de la fe o una vuelta a las creencias como anclaje de un contexto individual incierto y de un mundo posterior a 1848 turbulento e inestable. En ciertos casos, por lo tanto, la aceptación de planteamientos religiosos como guía de la acción pública y política implica un proceso de significación tanto individual como social, tanto cultural como material.

¿La crisis de la historia social como historia explicativa aboca a la disolución de lo social? No necesariamente, como he intentado exponer a partir de mi propia investigación. La alternativa no es un deslizamiento a lo discursivo desvinculado de lo social o la sustitución del viejo determinismo estructuralista, y en ocasiones economicista, por un nuevo marco constrictivo de matriz lingüística o culturalista que ahogue el margen de acción de los individuos y colectivos. Una perspectiva útil puede ser la de situar en el centro las relaciones entre el sujeto concreto y la acción, es decir, los márgenes de opción y actuación que tienen los individuos. En el caso del universo neocatólico, estas conexiones se concretan en el estudio de las condiciones peculiares del contexto histórico y la forma en que fueron representadas; las acciones de hombres y mujeres que situaron o aceptaron de modo consciente la religiosidad como fundamento de sus pensamientos y sentimientos, los discursos públicos y las convenciones normativas que las hicieron posible o las regularon en su alcance en un marco contextual específico y la noción de sujeto desde la que actuaron en la España de mediados del siglo XIX.

Esta no es más que una propuesta entre otras, en la medida en que no hay una metodología ya bien establecida y que los enfoques holísticos han sido erosionados. Se trata de comprender contextos, entender las acciones y el significado de los discursos, para luego proponer una reconstrucción siempre provisional. Una propuesta híbrida para un pasado complejo, del que podemos aprender mucho más que lo que creíamos saber.



## **La disolución de lo social en la Historia**

**Luis Castells Arteche**

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea

La cuestión que se nos propone abordar presenta diferentes dificultades. Una primera es la indeterminación que genera el término *disolución* que encabeza el título de esta mesa. ¿Qué se quiere decir? ¿destruir o aniquilar, como reza el diccionario de la RAE cuando define disolver? ¿o bien separar algo que está presente y disolverlo en otras moléculas, como también dice esta misma fuente? No me cabe duda que la elección de esta palabra por parte de la comisión organizadora responde a un propósito deliberado y con su empleo se está incitando a una reflexión acerca del estado actual de uno de los campos historiográficos a los que más ha atendido nuestro amigo Forcadell. ¿La historia social ya no existe o está diseminada en distintos campos?

Además, si la cuestión que se nos plantea es incierta, el objeto que debemos abordar, el sintagma historia social, tampoco resulta sencillo dada su vaguedad comprensiva. De hecho, si hay una vieja y reiterada discusión en nuestra disciplina esta es qué es lo social y qué es la historia social. No en vano una de las más prestigiosas revistas españolas, *Historia Social*, reproducía, en 1991, una serie de análisis de eminentes historiadores en torno a la cuestión *¿qué es la historia social?*, afirmando uno de ellos que es *difícil de definir* pues el término social lo cubre *virtualmente todo*<sup>1</sup>, idea que era compartida por buena parte de los encuestados. Es significativo que años después la misma revista suscitara de nuevo la pregunta, reflejo de la inquietud intelectual que genera la disciplina, y que más tarde, en 2011, significativamente encabezara uno de sus números con el título *de la historia cultural a la historia social*<sup>2</sup>. Es una cuestión sobre la que se ha venido debatiendo desde hace lustros y para la que parece que no ha pasado el tiempo pues leyendo en la actualidad reflexiones sobre la historia social se reiteran viejas cuestiones que, en su persistencia, están indicando su complicada resolución.

Esa complejidad comprensiva de lo que es la historia social deviene de lo que en su momento señalaba Kocka acerca de que con este enfoque o disciplina historiográfica estamos hablando de un campo vastísimo, con unos límites muy borrosos y que abarca temas muy diversos<sup>3</sup>. Por esos años, Carlos Forcadell formulaba una delimitación conceptual indicando que la historia

---

1 John BREULLY: *Historia Social*, 10 (1991), p. 141. Recogía lo publicado en la revista *History Today*.

2 «20 años», *Historia Social*, 60 (2008). *Historia Social*, 69 (2011).

3 Jürgen KOCKA: *Historia social. Concepto, desarrollo, problemas*, Barcelona, Alfa, 1989, p. 133.

social puede cobijar distintos contenidos, desde concepciones más amplias que pueden tomar como referencia a Hobsbawm y su *historia de la sociedad*, hasta formulaciones más delimitadas con análisis de estructuras, procesos, grupos, clases, conflictos...<sup>4</sup>. El hecho de que lo social lo comprende todo o casi todo hace difícil hallar una definición precisa e incluso su propia delimitación como rama historiográfica resulta confusa: disciplina, subdisciplina, enfoque, perspectiva, son todos ellos términos que suelen emplearse para referirse a la historia social. Ello viene también condicionado por el hecho de que el propio término *social* es maleable y promiscuo, ambiguo, aunque a la vez repleto de contenidos<sup>5</sup>.

Hay una cierta coincidencia en que la raíz de esta situación de confusión se encuentra, en buena medida, en la falta de un *centro intelectual consistente*, de un *concepto organizador fundamental* que pueda otorgar una cierta coherencia y homogeneidad a los estudios de historia social. Por eso algunos historiadores han optado por una enumeración descriptiva de las materias que incluye la historia social o bien delimitan lo que no es. Así, Jorge Uría señalaba que la historia social abarcaba desde los temas más generales como la vida humana, los diversos tipos de sociedad, la vida cotidiana, el trabajo, la cultura popular, el género, hasta los más específicos como el cuerpo, la sexualidad, la familia, etc.<sup>6</sup>; en suma una larga lista que refleja la amplitud de aspectos que puede abarcar. A este respecto Jürgen Kocka expone una diferenciación que nos parece útil, y que está ya señalada en lo expuesto en el texto de Forcadell, de distinguir entre la historia social como *subdisciplina de la historia y centrada en el estudio de las estructuras, procesos y hechos sociales* en primer lugar, y *la historia social en el sentido de historia de la sociedad y, en este caso, el término alude [...] a una forma concreta de contemplar la historia general* como una segunda variante<sup>7</sup>. Tanto una (como *subdisciplina*) como otra (como *historia de la sociedad*) son dos prácticas historiográficas distintas, pero ambas pueden ser consideradas como *sociales* y es sobre estos dos railes que entiendo que discurre la historia social.

Tratando de delimitar, aunque sea de forma vaga, los términos aquí empleados, me siento cómodo con esa referencia tautológica de que la historia social se refiere a hechos sociales, o bien lo que escuetamente expone Katrina Navickas en un libro reciente en el sentido de que es el estudio de las sociedades y de las estructuras que las componen<sup>8</sup>. Hay en este sentido una afinidad con la propuesta clásica de Hobsbawm en *Daedalus*, en 1971, de vincular los objetos de estudio particulares o sectoriales con el retrato más amplio de la sociedad que se trate y, por lo tanto, ambicionar una *historia de la sociedad*<sup>9</sup>. Claro que otra forma, también útil, de entender lo que es la historia social, dado su componente *relacional*, resulta de exponer lo que no es y en este punto Kocka nos hace una propuesta también discutible como toda delimitación taxonómica<sup>10</sup>.

---

4 Carlos FORCADELL: «Sobre desiertos y secanos. Los movimientos sociales en la historiografía española», *Historia Contemporánea*, 7 (1992), p. 104.

5 Patrick JOYCE: «What is the social in social history?», *Past and Present*, 206 (febrero 2010), p. 224.

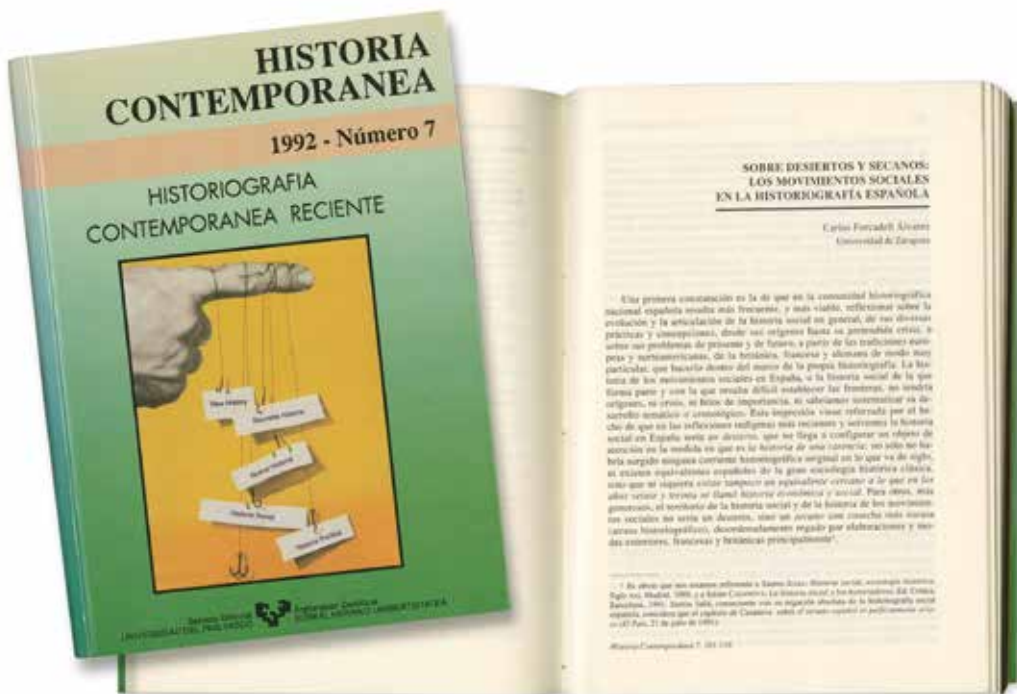
6 Jorge URÍA: «La historia social hoy», *Historia Social*, 60 (2008), p. 234.

7 Jürgen KOCKA: «Historia social - un concepto relacional», *Historia Social*, 60 (2008), p. 159.

8 Katrina NAVICKAS: «A return to materialism? Putting social history back into place», en Sasha HANDLEY *et alii* (eds.): *New directions in social and cultural history*, London, Bloomsbury, 2018, pp. 87-109.

9 Una reflexión sobre la importancia de Hobsbawm en el quehacer historiográfico. Jürgen KOCKA: «Obituary», *International Review of Social History*, 58, 1 (2013), pp. 1-8.

10 Véase, Jürgen KOCKA: «Losses, gains and opportunities: social history today», *Journal of Social History*. vol. 37-1 (2003), p. 26.



Artículo publicado en 1992 que formó parte de un debate historiográfico característico de la época.

Cuando Kocka escribe este texto en 2003 la historia social se encontraba en una situación de reflexión y adaptación a las nuevas corrientes historiográficas después de la edad de oro, que iniciada en los años 30 del siglo XX con la aparición de *Annales*, continuó después de la Segunda Guerra Mundial (*Past and Present* sale en 1952; *Geschichte und Gesellschaft* en 1975), alcanzando su pico en los 60-80, ocupando la historia social un espacio dominante en la historiografía. Hubo, en este sentido, y durante este periodo, un giro hacia la historia social. Su peso e influencia se correspondía con una etapa de intensa agitación política y de unas nuevas expectativas para la izquierda. En este contexto, la historia social se presentó como la proyección en el terreno historiográfico del desafío al *statu quo*, como una forma de compromiso que se revelaba y desafiaba a las políticas hegemónicas, así como a los usos historiográficos dominantes, representados, sobre todo, por una historia política empírica y narrativa. Este carácter de oposición, de tratar de contribuir desde su esfera a un cambio de la sociedad, dotó a este proyecto de una gran fuerza y atractivo en la medida que mantenía una posición crítica y abierta hacia sí misma y hacia las otras disciplinas sociales. Fue una etapa en la que la historia social tuvo unos perfiles delimitados que hacían posible identificarla. Sus objetos preferentes eran el estudio de los problemas y las cuestiones sociales, el uso preferente de los análisis frente a lo narrativo, la relación con otras disciplinas sociales con un peso en las formulaciones marxianas o weberianas<sup>11</sup>, muy en especial con la sociología, y en la atención a lo material y la clase como subsuelo de las investigaciones. Una concepción que va a ser crítica-

<sup>11</sup> Jürgen KOCKA: «Historia social...», p. 160.



Con Javier Corcuera en el curso «Nacionalismo e Historia». Universidad de Zaragoza, 1997.

da unos años después por entender que con esa idea de lo social se forjaba una suerte de mecanismo subterráneo, de una subyacente estructura en la que lo económico marcaba la evolución de las cosas y que en palabras de Stedman Jones dotaba a los análisis históricos de un rumbo determinista.

Como es sabido, desde fines de los ochenta y en los noventa se vivió un nuevo clima político e intelectual que afectó profundamente a la historia social y que condujo a su relativa postergación. En ese estrecho vínculo que hay entre la política y la historia social, los acontecimientos que se vivieron en aquel tiempo, con el desplome de la Unión Soviética acompañado de la expansión del capitalismo global, trajo el triunfo del neoliberalismo –sintetizado en la idea de Fukuyama del *Fin de la historia*– y la crisis del marxismo como propuesta teórica y emancipadora. Ello supuso que la historia social, tal como se había entendido, dejara de presentarse como un instrumento útil, y que a su vez decayeran las interpretaciones en clave marxista y lo que con ellas iba asociado: el análisis a través de la clase y el peso de lo material. Era también, y muy principalmente, una crisis no de la historia social, sino de forma más general de un paradigma, de un modelo explicativo en clave estructural, bien sea en su versión marxista o bien en la funcionalista<sup>12</sup>. La historia siguió en diálogo con otras disciplinas, pero ahora no eran las que podían representar una versión «dura» de las ciencias sociales, sino otras como la antropología, la teoría literaria, la lingüística, por donde entraron el posmodernismo y el posestructuralismo, y a través suyo se hicieron también presentes los dos grandes giros, el *linguistic turn*

<sup>12</sup> Carlos FORCADELL: «La historia social, de la clase a la identidad», en Elena HERNÁNDEZ-SANDOICA / Alicia LANGA (eds.): *Sobre la historia actual. Entre política y cultura*, Madrid, Abada Editores, 2005, p. 27.

y el *cultural turn*, este segundo asociado en una de sus versiones con el vaciado de componente social. Donde antes había explicaciones materiales basadas en la economía y en la estructura social, ahora, años 90 y siguientes, la atención se ponía en el significado, las percepciones, el lenguaje<sup>13</sup>.

Se produjeron, así, varios movimientos simultáneos. Por un lado, la historia cultural apareció como principal referente historiográfico, eclipsando, o más llanamente, relegando, a la historia social conocida<sup>14</sup>. A la par, el giro lingüístico se hizo presente impugnando lo que entendía que eran las claves de la historia social «tradicional», planteando la centralidad del lenguaje como elemento generativo de *la constitución tanto de los significados como de las relaciones sociales*<sup>15</sup>, rechazando el fundamento material en la historia y cuestionando, por tanto, la causalidad social que consideraban que caracterizaba a esa «vieja» historia. Según algunos de sus impulsores, era y es una historia postsocial, que cuestiona las categorías de lo *social* y la *sociedad*, que atendería principalmente al discurso, a lo individual y que evitaría el condicionante social o material todavía presente, a su entender, en las formulaciones de una nueva historia cultural, que también podía presentarse como historia sociocultural. Y es que, en efecto, el tercer movimiento que se registra es el desarrollo de una nueva historia social, que se caracterizaba por estar permeada de lo cultural, que se erigía en una herramienta fundamental con la que evitar un grosero materialismo o un determinismo social esquemático basado en la economía y en la estructura social, lastres que habían estado presentes en la historia social anterior. Existirá también una historia cultural no social, la más vinculada al *giro lingüístico*, y en este sentido se propondrá como una especialidad distinta y hasta opuesta de la historia social, si bien lo que aquí nos interesa es la otra versión, esa historia social mediada por el giro cultural.

Lo cierto es que la crisis epistemológica del estructuralismo exigía unos análisis más refinados que evitaran una interpretación materialista y un determinismo social, valorando, por el contrario, la cultura como un ámbito autónomo en el que lo que se dirime *no es la lucha por los intereses individuales o de clase, sino la creación de dominio de significado*<sup>16</sup>. El abandono de los determinismos sociales vino acompañado por el abandono del lenguaje marxista y del concepto de clase como eje analítico y, simultáneamente, por un énfasis en lo subjetivo y, acompañándole, por la pluralización de los sujetos. En este período se produjeron nuevos acercamientos y emergieron nuevos temas como el género, la raza, la sexualidad, pero también el consumo, el ocio, la sociabilidad, el cuerpo... A la par se rompía el vínculo con la sociología como disciplina compañera y se producía un encuentro con la antropología y conforme a ello se optaba por la reducción de escala y el desarrollo de la microhistoria y de la vida cotidiana con la *Alltagsgeschichte*, temas de investigación, en suma, relacionados con las corrientes políticas y sociales del momento. Este indudable enriquecimiento ha provocado, como ya viera hace años Stearns<sup>17</sup>, una proliferación temática que ha ocasionado una excesiva especialización,

---

<sup>13</sup> Geoff ELEY: «Dilemmas and Challenges of Social History since the 1960s: What Comes after the Cultural Turn?», *South African Historical Journal*, 60:3, (2008), p. 316.

<sup>14</sup> Patrick JOYCE: «What is the social in social history», *Past and Present*, 206 (febrero 2010), pp. 213-248. Como ya se señalara en un número de *Historia Social* (69, 2011), el proceso de lo *social* a lo *cultural* es más complejo que la obligada brevedad que este texto puede acometer.

<sup>15</sup> Miguel Ángel CABRERA: *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Madrid, Cátedra, 2001, p. 181.

<sup>16</sup> Gabrielle SPIEGEL: «La historia de la práctica: nuevas tendencias en historia tras el giro lingüístico», *Ayer*, 62 (2006-2), p. 27. Aquí se entiende la cultura como un sistema de pautas de pensamiento y de conducta.

<sup>17</sup> Peter STEARNS: «Social History present and future», *Journal of Social History*, vol. 37, 1 (octubre 2003), pp. 9-19.



una fragmentación y un marcada dispersión que puede ir en detrimento de una comprensión general del pasado. De aquí que sea conveniente la reiterada recomendación de combinar lo micro con lo macro, pero también no perder la referencia que nos hace Kocka de considerar la historia social como una *subdisciplina que analiza temas concretos, pero también como una forma concreta de contemplar la historia general*.

## La historia social en el tiempo reciente

No cabe duda de que tras el giro lingüístico y el postestructuralista, es perceptible una disminución del referente social en las prácticas historiográficas actuales. No solo es una cuestión que afecta a la historia social, sino también a la misma proyección de lo social en la historia. Se ha instalado la idea no solo de una pérdida de centralidad de la historia social, sino de su escasa presencia o relevancia en el hacer historiográfico. Reflejando esa situación de postergación, se señala que se ha pasado de reclamar en los años 80 que la historia social incorpore la política<sup>18</sup>, a una situación en la que la historia política y la historia cultural desdeñan las aportaciones de la historia social<sup>19</sup>. No cabe duda que, entre otras cosas, ha perdido vitalidad y empuje pues ya no desempeña esa función de oposición que ejercía en aquellos años frente a la historiografía dominante y a la vez de disidencia frente al sistema político, lo que le otorgaba una especial fuerza. Aun con todo, entiendo que la historia social sigue disfrutando de un *status* relevante en la historiografía y lo social sigue estando presente en muchos trabajos, aunque estos no se inscriban bajo tal etiqueta. Veamos esta formulación.

La historia social, entendida como un territorio historiográfico específico, ha cambiado respecto a la de los años 60-80. Entre otras cosas, se ha hecho más sutil y compleja, atendiendo a una variedad de campos, empleando un utillaje epistemológico más sofisticado, y ha incorporado y hecho suyas determinadas apreciaciones de los giros habidos. Es un cambio en el que han participado de manera destacada los historiadores sociales, que han sido unos de los principales agentes de esa renovación<sup>20</sup>. Se han roto esquemas binarios y donde hace pocos años había un juego de polaridades, ahora se postula –y se practican– las hibridaciones. Como señalara en un breve y acertadísimo artículo Kocka, buena parte de la historia social acepta el carácter construido de los objetos de estudio, su componente hermenéutico, atiende sus proyecciones simbólicas como un referente sustantivo, se tiene en cuenta la capacidad generativa del lenguaje y el estudio de los intereses es complementado con el estudio de las experiencias<sup>21</sup>. A este respecto, el propio Kocka propone un maridaje entre las experiencias y las percepciones por un lado, y las estructuras y los procesos por otro, aunque ello no le impide continuar mostrando su distancia con la historiografía de la cotidianidad<sup>22</sup>.

Retomando el dilema que se nos propone en esta mesa, y frente a una percepción en exceso pesimista en el sentido de considerar la «disolución» como aniquilamiento de la historia social, hay que constatar que su versión tradicional, aquella que toma como referencia al mundo del

---

18 Geoff ELEY / Keith NIELD: «Why Does Social History Ignore Politics?», *Social History*, 5 (1980), pp. 249-272.

19 Geoff ELEY / Keith NIELD: *El futuro de la clase en la historia. ¿Qué queda de lo social?*, Valencia, 2010, p. 78. Theodore KODITSCHKEK: «Review of The Future of Class in History: What's Left of the Social?», *The Journal of modern history*, vol. 81, 2, (junio 2009), p. 373.

20 Carlos FORCADELL: «La historia social, de la clase a la identidad», p. 26.

21 Jürgen KOCKA: «Historia social - un concepto...».

22 Jürgen KOCKA: *Historia social y conciencia histórica*, Madrid, Marcial Pons, 2002, pp. 65-87.



Con Jon Juaristi, 1997. Los historiadores vascos eran indispensables en los debates sobre Nacionalismo e Historia.

trabajo, los movimientos organizados y a las estructuras, no ha dejado de practicarse, y ejemplo de ello es, por ejemplo, la notable presencia que sigue disfrutando la *labour history* en el Reino Unido, tal como al menos sostienen sus practicantes. Así, Neville Kirk defiende que frente a aquellos que consideran que esta área temática se encuentra en una fase declinante o casi extinta, las investigaciones que se elaboran muestran, por el contrario, una gran capacidad de renovación e innovación<sup>23</sup>. En cualquier caso, los acusados cambios sociales, con el declive de la «tradicional» clase obrera, las nuevas cuestiones suscitadas en torno a la ecología o al medio ambiente, están suponiendo también una acusada renovación de lo que se ha entendido como la *historia de los trabajadores*.

Pero más allá de un área especializada, lo que se está produciendo son nuevos virajes en los postulados epistemológicos vinculados también con las nuevas pautas que se viven en la sociedad. La explosión neoliberal, la crisis del 2008, la precarización del trabajo y de los derechos laborales, la agudización de las diferencias sociales, el papel de las mujeres, son factores de peso que están propiciando una cierta recuperación en la historiografía de temas y enfoques que

---

<sup>23</sup> Neville KIRK: «Challenge, Crisis, and Renewal? Themes in the Labour History of Britain, 1960-2010», *Labour history review*, vol. 75, 2 (agosto 2010), pp. 162-80.

habían sido orillados en los últimos años. En este sentido se percibe también un agotamiento del *giro lingüístico*, criticado por sustituir una causalidad –la social– por otra –el lenguaje–, que se constituye así en una estructura rígida y determinante, que anula el espacio de los sujetos como agentes intencionales<sup>24</sup>. Recientemente, P. Stearns indicaba que el giro lingüístico *is essentially over*<sup>25</sup>. Junto a ello hay una perceptible vuelta a lo social, a considerar que esta es una dimensión imprescindible que no puede ignorarse en los análisis históricos. Referentes en historiografía que más han participado en la renovación historiográfica, proponen que se recupere tanto la dimensión social como material, a la vez que se constata un creciente uso de estas categorías entre jóvenes investigadores<sup>26</sup>. En este sentido se reconoce que el énfasis puesto en el mundo de las representaciones y significados ha llevado a descuidar los aspectos sociales, elementos imprescindibles para comprender la acción humana.

Junto a ello se ha producido una consolidación de la historia sociocultural, que se ha erigido en un enfoque, en una manera de ver la historia, crecientemente incorporada en los usos historiográficos. Geoff Eley y otros reiteran cómo las nuevas generaciones de historiadores no participan de la idea de confrontar historia social e historia cultural, y apuestan, en cambio, por combinar ambas de una manera *imaginativa*<sup>27</sup>. Contra lo que a veces se señala, esta propuesta de hibridación no es en cualquier caso una tendencia nueva en la historia social pues ya en los años ochenta del siglo pasado autores como E. P. Thompson reflejaban el peso de lo cultural en sus trabajos y lo mismo cabe decir sobre corrientes historiográficas tales como la microhistoria, la vida cotidiana alemana o la historia del género. Aunque algo posteriormente, también en España hubo expresiones de la historia sociocultural a través de la escuela francesa (Juan Luis Guereña, Carlos Serrano), o en trabajos de Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma, o la excelente investigación que bajo estas pautas realizó Javier Ugarte al acabar el siglo<sup>28</sup>, entre otros varios. Este enfoque, a través de Pérez Ledesma, criticaba en aquellos años una tendencia en la historiografía española de *reducir lo social a lo económico* y de no prestar atención a los factores culturales<sup>29</sup>.

En este punto, la propuesta que aquí se recoge es considerar la historia cultural no como un asalto a lo social o a la clase, sino que ambas esferas se informan y se constituyen. En este sentido, y reproduciendo lo que señala la británica *Social History Society*, se considera que hay que atender a los dispositivos culturales porque dotan de sentido y significado a la experiencia social de los individuos y grupos. De manera similar, la cultura es entendida no como una entidad distinta de la sociedad, sino como un producto de la práctica social y de este modo se sitúa en el centro de la sociedad misma<sup>30</sup>. No en vano la referida *Social History Society* publica desde el 2004 una revista bajo el título *Cultural and Social History*, reflejando, en suma, que la

---

24 Gabrielle M. SPIEGEL: «La historia de la práctica: nuevas tendencias en historia tras el giro lingüístico», *Ayer*, 62 (2006), pp. 20-50.

25 «Five Decades of Social History: An Interview with Peter Stearns», *Journal of Social History*, vol. 51, 3 (2018), pp. 488-499.

26 Victoria E. BONNELL / Lynn HUNT (eds.): *Beyond the Cultural Turn*, 11. Gabrielle M. SPIEGEL: «The Future of the Past. History, Memory and the Ethical Imperatives of Writing History», *Journal of the philosophy of history*, 8 (2014) 149-179.

27 Geoff ELEY: *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad*, Valencia, PUV, 2008, p. 295.

28 Javier UGARTE: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.

29 Manuel PÉREZ LEDESMA: «Una lealtad de otros siglos (en torno a las interpretaciones del carlismo)», *Historia Social*, 24 (1996), p. 148.

30 <http://socialhistory.org.uk/publications/journal/>

división polarizada de lo social y cultural es falsa, que no hay que elegir entre una y otra sino fusionarlas y evitar así una lectura excesivamente textual de la historia cultural<sup>31</sup>.

Otro movimiento que está cobrando fuerza son estudios en los que reaparecen la clase y las estructuras económicas, entendiendo la clase en el sentido thompsoniano como un *proceso* que está marcado por la *experiencia* vivida y no como una categoría objetiva<sup>32</sup>. En este punto se considera que la clase proporciona un marco conceptual importante para entender la evolución de las sociedades, clase que se entiende que está construida por *individuos que son empujados a reunirse bajo circunstancias y experiencias compartidas*<sup>33</sup>. Con esta recuperación de la clase no se hace sino reproducir en el terreno de la historiografía los debates que en las ciencias sociales se están produciendo sobre su uso y vigencia<sup>34</sup>. De todos modos, en buena parte de estos casos hay una voluntad expresa de no reproducir los viejos análisis deterministas que toman como único referente o el más importante a la clase, ni retomarla como *categoría maestra*.

Asimismo y, más en particular, es perceptible el énfasis en volver a lo material, en sintonía con uno de los últimos giros habidos, el *material turn*<sup>35</sup>. Es cierto que el *material turn* tiene varias aplicaciones (estudios de los objetos, la influencia del medio físico y del paisaje, la *labour geography*) y que en su sentido originario (Chartier, Darnton) se refiere a la centralidad de la cultura impresa, pero dentro de todo ello este giro refleja, en una de sus versiones, la sensibilidad por recuperar el mundo de lo material, la perspectiva materialista y el peso que este ámbito tiene en los sujetos históricos.

Con todo ello la historia social ha consolidado, como *subdisciplina*, campos temáticos como la historia de género en esa idea de la pluralización de los sujetos, a lo que se han añadido otros nuevos como la sexualidad, el cuerpo, el medio ambiente, etc., por no abundar sobre uno de los últimos giros, el de las emociones y la sensibilidad, que suscita un creciente interés. Bien es verdad que la continuada ampliación de objetos de estudio hacia terrenos que hace poco parecerían sorprendentes (se podría incluir la neurohistoria, las relaciones humanos-animales en la historia, etc.) está suponiendo intensificar la comentada dispersión de la historia social, lo que supone que pierda parte de su propia identidad, aunque a la par se está produciendo una nueva influencia de este enfoque en la historia general. De aquí que suscriba la idea de Kocka de que *la historia social ha ganado y ha perdido. Ha ganado influencia y capacidad formadora, pero ha perdido parte de sus rasgos peculiares y de su identidad. Sigue practicándose historia social, pero cada vez menos como un campo o un paradigma específico y más en fusión múltiple y cambiante con otros campos y paradigmas*<sup>36</sup>.

En este punto habría que acabar retomando el dilema propuesto acerca del término disolución que comentábamos al principio del texto, para finalizar señalando que la historia social no está *aniquilada*, sino que ha ampliado sus centros de interés, lo que la ha llevado a diluir-

---

31 Otra cosa es el debate que suscita P. Joyce de rechazar lo cultural y lo social como dos categorías separadas.

32 Selina TODD: «Class, experience and Britain's twentieth century», *Social History*, vol. 39, 4 (2014), pp. 489-508. *El Pueblo. Auge y declive de la clase obrera (1910-2010)*, Madrid, Akal, 2018.

33 Selina TODD: *El Pueblo*, p. 14.

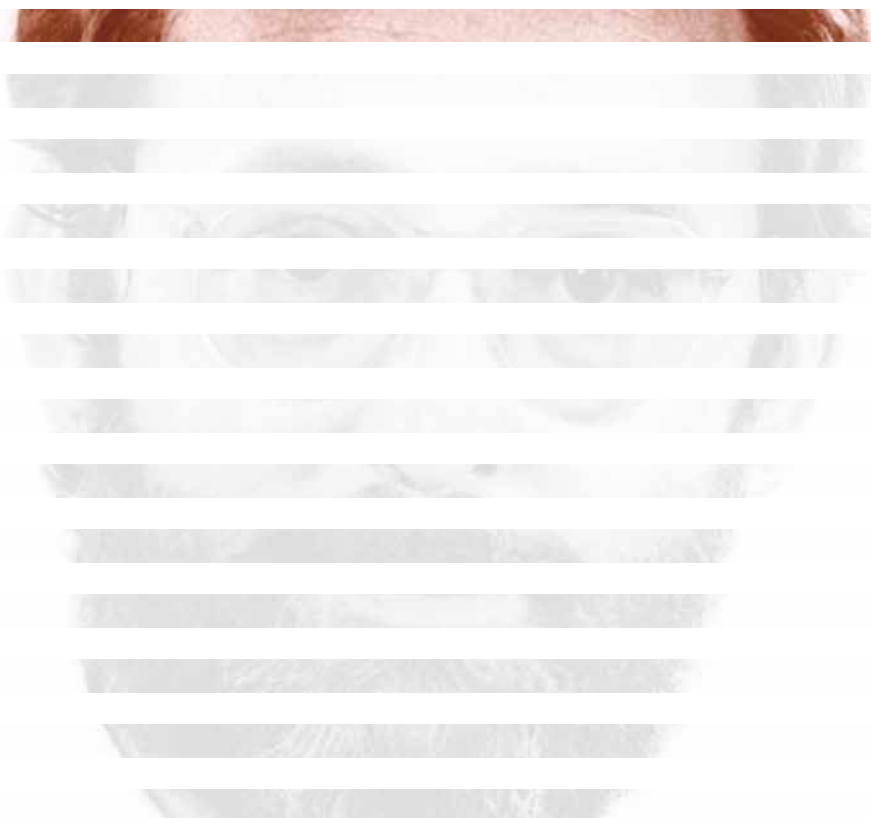
34 En el caso de España, y recientemente, Daniel BERNABÉ: *La trampa de la diversidad. Cómo el neoliberalismo fragmentó la identidad de la clase trabajadora*, Madrid, Akal, 2018.

35 Katrina NAVICKAS: «A return to materialism?», pp. 87-109.

36 Jürgen KOCKA: «Historia social - un concepto...», p. 162.

se como rama específica a la vez que ha ganado influencia en la historiografía. Independientemente de su afinidad por unas u otras corrientes, es común en buena parte de la narrativa historiográfica insertar los relatos dentro del contexto social y de las relaciones que ahí se tejen, haciéndose así presente la dimensión social que toda acción humana contiene a la vez que el referente de la sociedad permite reconstruir más adecuadamente la trama histórica. Un ejemplo de ello pueden ser los *estudios de guerra* que a través de la inclusión de la perspectiva social y cultural están suponiendo un nuevo y más profundo conocimiento de este fenómeno, o bien los estudios de historia política en los que la presencia de lo social y lo cultural marcan el ritmo del relato.

### **3. La huella de la docencia y de los saberes transmitidos**



# **Afectos y conceptos sobre la huella de Carlos Forcadell**

**Gema Martínez de Espronceda**

Universidad de Zaragoza



**C**arlos Forcadell nació siendo uno y ha vivido siendo varios, tanto en su versátil y fecunda biografía como a través de la impronta, confesada y agradecida, de discípulos y colegas que en sus intervenciones han destacado la huella de Carlos en su propia trayectoria intelectual y vital. Todo ello queda plasmado en los textos que siguen, de la sesión más personal y emotiva, del encuentro-homenaje a Carlos Forcadell; estas intimistas glosas de Carlos fueron las ponencias de Paco, Mercedes, Gloria, Javier y Virginia.

Le evoca repleto de curiosidad intelectual y avidez lectora Paco Goyanes, apasionado librero que es, en sí mismo, una referencia para Zaragoza y su Universidad, testigo de las recaladas del profesor Forcadell en la célebre Cálamo. Recuerda este a Carlos en sus años de pantalones de campana y barbas reivindicativas en la Facultad de Filosofía y Letras, en la que cobra vida otra figura relevante, primero mentor curricular y después entrañable amistad de toda una vida, Juan José Carreras Ares. A ambos, Paco los describe como el Dúo Dinámico de la historia zaragozana.

Transitando de la Facultad de Letras zaragozana a la cátedra universitaria parisina, la profesora Mercedes Yusta rememora el magisterio de Carlos Forcadell, su director de tesis, del que teje una lista de momentos que perfilan su silueta como un gran mentor que le enseñó a desentrañar a través de los archivos y de los libros de historia, pero también de la literatura, el mundo de lo intelectual y de la pasión por la investigación. Recuerda, Mercedes, como muchos de nosotros, las clases de historia de España de Carlos Forcadell, simiente del amor que inculcó en tantos alumnos, hoy colegas, por la profesión.

La huella académica de Carlos Forcadell también está impresa en la brillante profesora universitaria, Gloria Sanz Lafuente, discípula que se contagió de las otras vías que abrió el Carlos académico: la historia económica, la agraria y el particular *Grand Tour* de sus alumnos aragoneses en la Universidad de Heidelberg, del que fueron pioneros mitificadores Juan José Carreras y Carlos Forcadell. Gloria concluye su ponencia con el agradecimiento afectuoso porque Carlos le hizo ver, «mucho más allá de lo que una alumna y doctoranda podría haber llegado a ver», y le ayudó a profundizar en lo que sustentó su rica carrera intelectual.

Con fluida pluma, el investigador y premio extraordinario de doctorado Francisco Javier Ramón Solans se define como nieto, en un hipotético árbol genealógico académico, de Carlos



Gema Martínez de Espronceda con Carmelo Romero y Juan José Carreras, mediados de los años noventa.

Forcadell. Javier cartografía a un maestro, como él considera a Carlos, al que diferencia de profesores que parlotean conocimientos. La semblanza de Javier, es especialmente interesante porque él es ya de la generación de «todo está en Google» y, sin embargo, queda fascinado por el magisterio de Carlos, que según Javier: se traduce en un estilo y forma de pensar y estar en el mundo de manera crítica y consciente.

«Yo a Carlos, lo cojo siempre del brazo para que llevándolo sea él quien me lleve a mí», dice la exquisita amiga y prodigiosa traductora, también, del alma de Carlos, Virginia Maza. Conmueve el texto de Virginia porque sabe transformar en poesía la semblanza de Carlos y diagramar muchas de sus cualidades no académicas. Carlos amigo, hombre delicado y sutil que propicia los encuentros de afines, que fomenta el conocimiento como entretenimiento y satisfacción, que escucha y a la vez aconseja sin imponer, haciendo que a su lado fluya lo mejor de uno mismo.

También soy discípula, amiga y cuidadora de recuerdos tan emotivos como los de los ponentes que me ha correspondido presentar, y pienso que Carlos puede percibir el sentido de su propio valor viéndose reflejado en el espejo de la admiración y el afecto que tan vívidamente se ha mostrado en esta sesión. Carlos es ese buen amigo, que te refugia en el pasado compartido y que te da la clave de la cordura en un camino hacia el futuro en un mundo confuso.



## Manual y arte del *laissez faire* en Carlos Forcadell\*

**Gloria Sanz Lafuente**

Universidad Pública de Navarra

\* Con algunas pequeñas modificaciones, este texto es la transcripción del manuscrito leído en la mesa dedicada a «La huella de la docencia y de los saberes transmitidos», que formó parte del encuentro *A propósito de la Historia. Encuentro en torno al profesor Carlos Forcadell*. Se celebró en Zaragoza entre el 8 y 9 de noviembre de 2018. Agradecemos a Carmen Frías, Alberto Sabio y Pedro Rújula la invitación para participar en este encuentro. Gracias a Merche Sanz Lafuente y a Joseba de la Torre por ver mejor todo lo que yo no vi en una primera versión de este texto.

*Jeder Mensch findet sich von den frühesten Momenten seines Lebens an, erst unbewusst, dann halb, endlich ganz bewusst, immefort bedingt, begrenzt in seiner Stellung.*

Johan Wolfgang VON GOETHE

**M**uchas veces, no somos conscientes de nuestra propia huella ecológica, en este caso, de la impronta intelectual que recibimos de los maestros. Sería muy ingrato decir que durante mis años en la Universidad de Zaragoza no fui una persona afortunada. La suerte me acompañó por varios motivos. La inmensa mayoría de los docentes e investigadores de esta universidad contribuyeron a mejorar mi formación, a estimular mi interés por la investigación histórica y también han sido los primeros ejemplos para mis clases. Así, que comienzo dando las gracias a Juan José Carreras, a Benno Hübner y a Joaquín Lomba por su maravillosa heterodoxia docente en las diferentes formas en que la ejercieron. A Esteban Sarasa, Severino Escolano, José Ignacio Gómez Zorraquino, Elena Maestro, Angustias Villacampa, Ignacio Izuzquiza o Inés Ayala Sender les agradezco su ortodoxia docente. En cuarto y quinto de aquella licenciatura de cinco años comenzaba la especialización. Y ahí encontré el *oro molido* de las clases de Carmelo Romero y me cautivó la seducción docente de Jesús Longares. Afortunadamente, en nuestra facultad no se participó del entusiasmo maniqueo de desprendernos ni de la historia social ni de la economía. Así, que cursamos historia económica durante un año. Eran las mismas horas que reciben en 2018 los estudiantes del Grado de Economía en universidades públicas españolas. Lo cierto es que no era algo insólito en la ciudad del políglota Emilio Larruga y de sus inacabadas *Memorias políticas y económicas*<sup>1</sup>, que no solo eran un manual para comerciantes.

Lo que sigue a continuación es ante todo una expresión de gratitud especial para Carlos Forcadell, quien fue primero profesor y después director de mi tesis doctoral. Es complicado no caer en la hagiografía o en la autocomplacencia, utilizando al otro, cuando se quiere recordar la huella de Carlos en mi docencia y su relevante papel en los saberes transmitidos. Para solucionar este problema decidí recurrir a dos paisanos de la comarca de Calatayud con verdadera proyección internacional: Marco Valerio Marcial (Bilbilis/Calatayud 40dc-*Ibidem* 104dc) y Baltasar Gracián (Belmonte de Gracián, 1601- Tarazona, 1658). Carlos Forcadell responde a varios «aciertos del vivir» que Gracián expuso en su *Oráculo Manual y Arte de Prudencia*<sup>2</sup>, permitien-

---

1 LARRUGA BONETA, Eugenio (1787-1800): *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España: con inclusión de los reales decretos, órdenes, cédulas, aranceles y ordenanzas expedidas para su gobierno y fomento*, Madrid, Imprenta de Benito Cano, f. 45v.

2 GRACIÁN, Baltasar (1647/1995): *Oráculo manual y arte de prudencia*, Madrid, Cátedra. Edición de Emilio Blanco, p. 96.

do estos detallar su papel en la docencia y la investigación. Y los famosos *Epigramas*<sup>3</sup> del bilitano Marcial también sirven para definir los primeros estilos pedagógicos y métodos de investigación aprehendidos. Así que «Orador, al asunto»<sup>4</sup> que decía Marcial.

Voy a comenzar por el número veinte de los «aciertos del vivir» de Gracián. Eras entonces, y todavía imagino que eres, un «Hombre en su siglo»<sup>5</sup> y no en otro pasado o en uno imaginado y futuro, sea este *distópico* o utópico. No cumpliste con el acierto noveno del de Belmonte cuando señalaba que había que «Desmentir los achaques de la Nación»<sup>6</sup>, porque no encontré en las clases reconocimientos hagiográficos triunfalistas. Tampoco vi una exposición reiterada y sin tregua de la cámara de los horrores históricos, que provoca lo contrario de lo que pretende: la inmovilización, el miedo o un enfermizo resentimiento. Hubo momentos en los que predominó el blanco, en otros era el gris y nunca se ocultó lo negro. A fin de cuentas, estabas entonces cumpliendo a la perfección el acierto número 82 de Gracián: «Nunca apurar, ni el mal, ni el bien»<sup>7</sup>. No nos ocultaste el dolor o el duro coste del aparentemente suave e indoloro progreso gradual, pero sin aspavientos. Eso me gustaba. Ni fatalismo, ni maniqueísmo, ni relativismo. Algo esencial para ser docente e investigador. Sigo con el acierto 19: «No entrar con sobrada expectación»<sup>8</sup> en la clase. En tu estilo docente predominaba el trazo de unas líneas generales a modo de vías por las que debían circular las locomotoras de las lecturas propias. Eras sobrio, pero con la complejidad necesaria. Prohibida la seducción docente. Seguiste al pie de la letra la máxima 107: «No mostrar satisfacción de sí»<sup>9</sup>. Y también cultivaste la 239: «No ser reagudo»<sup>10</sup>. Nunca diste en aquellas clases de unos benditos sesenta minutos todo el puzle estructurado y perfecto. Suministrabas un marco general y a ese escenario nosotros teníamos que añadirle la lectura por obligación. Y ahí encontré lo que más me gustó. Lo he dado en llamar el particular *laissez faire* de Carlos Forcadell. Un dejar hacer que nunca anulaba a la alumna, ni la eximía de la exigencia final, sino que la convertía en autónoma. Carlos, eso era como dice Gracián: «Saber obligar»<sup>11</sup>. Creo que lo hacías porque no hay que «Vestirse con plumas ajenas»<sup>12</sup> como sostenía Marcial. Esa autonomía en el trabajo es probable que fuera la primera pieza que me encandiló para hacer la tesis. Y disfruté como alumna y después como doctoranda del «No ser ceremonial»<sup>13</sup> y, sobre todo y, ante todo, de tu maravilloso «Arte de dexar estar»<sup>14</sup>, en definitiva, de la libertad como instrumento de enseñanza y como primera escuela de investigación histórica.

---

3 MARCIAL, Marco Valerio (edición 2010): *Epigramas*, Zaragoza, Heraldo de Aragón. Texto de José Guillén. Revisión de Fidel Argudo de la segunda edición publicada por la Institución Fernando el Católico de la Diputación Provincial de Zaragoza en 2004.

4 MARCIAL: *Epigramas*, Libro VI. XIX, p. 136.

5 GRACIÁN: *Oráculo*, 20, p. 112.

6 GRACIÁN: *Oráculo*, 9, p. 105.

7 GRACIÁN: *Oráculo*, 82 p. 147.

8 GRACIÁN: *Oráculo*, 19 p. 112.

9 GRACIÁN: *Oráculo*, 107, p. 161.

10 GRACIÁN: *Oráculo*, 239, p. 232.

11 GRACIÁN: *Oráculo*, 244, p. 235.

12 MARCIAL: *Epigramas*, Libro II. LXXIV, p. 61.

13 GRACIÁN: *Oráculo*, 184, p. 203.

14 GRACIÁN: *Oráculo*, 138, p. 176.



Con Juan José Carreras. Paraninfo de la Universidad de Zaragoza, 2000.

No tengo ninguna duda de que sigues el aforismo 26: «Hallarle su torcedor a cada uno». «Es el arte de mover voluntades; [...]»<sup>15</sup>, en mi caso, promover la petición de una beca predoctoral y despertar el deseo de embarcarse en una tesis, y nada menos que sobre cooperativas, cajas de crédito y organizaciones de intereses agrarios. Porque lo de aquel tema, Carlos, fue a medias entre los dos. No en vano cumples el «Tener un punto de negociante»<sup>16</sup>. Una capacidad que procede de que eres «Buen entendedor»<sup>17</sup>. Supiste «Cifrar la voluntad», mi voluntad, porque como escribió Gracián «Las verdades que más nos importan vienen siempre a medio decir»<sup>18</sup>. Y ya como doctoranda, en aquellas primeras reuniones, tuviste que «Templar la imaginación. Unas veces corrigiéndola; otras ayudándola...»<sup>19</sup>. Me dijiste que debía poner «Atención al informarse»<sup>20</sup> y «Nunca exagerar»<sup>21</sup>. Y desde luego que eres «Hombre de espera»<sup>22</sup> porque me costó entregar los primeros borradores. Y es que en la dirección de una tesis hay que «Saberse atemperar»<sup>23</sup>. Siem-

<sup>15</sup> GRACIÁN: *Oráculo*, 26, p. 116.

<sup>16</sup> GRACIÁN: *Oráculo*, 232, p. 229.

<sup>17</sup> GRACIÁN: *Oráculo*, 25, p. 115.

<sup>18</sup> GRACIÁN: *Oráculo*, 98, pp. 25, 115, 116 y 155.

<sup>19</sup> GRACIÁN: *Oráculo*, 24, p. 115.

<sup>20</sup> GRACIÁN: *Oráculo*, 80, p. 146.

<sup>21</sup> GRACIÁN: *Oráculo*, 41, p. 125.

<sup>22</sup> GRACIÁN: *Oráculo*, 55, p. 132.

<sup>23</sup> GRACIÁN: *Oráculo*, 58, p. 134.

pre tuviste muy claro que había que «Saber negar». Y lo hiciste cuando fue necesario teniendo en cuenta que «El No y el Sí son breves de decir y piden mucho pensar»<sup>24</sup>.

A lo largo de esas reuniones discutiendo los primeros textos de la tesis me dejaste claro que cuando ya se «[...] tiene el No, váyase en busca del Sí con destreza, que las más de las veces no se consigue porque no se intenta». En definitiva, había que «Saber pedir»<sup>25</sup>. Me refiero a algunos gerentes de cooperativas, convertidos en guardianes de sus papeles antiguos, que no me permitían acceder a las fuentes. Y es que, como doctoranda, había que aprender ya a «Saber sufrir necios» y a «Saber jugar del desprecio»<sup>26</sup>. Cumpliste a la perfección como director de tesis con el «No cansar» porque «La brevedad es lisonjera, y más negociante» y con el «No ser acriminador».<sup>27</sup> No hubo cafés, ni cervezas, ni vinos contigo. No era de café, menos de cerveza y tardé en descubrir el vino. Tampoco hubo largas reuniones con prosopopeya, ni extensas conversaciones y la comunicación no discurre nunca sobre temas personales. Hubo, eso sí, muchos consejos certeros que apuntalaron mi trabajo de investigación. Y si el poeta de Bilbilis decía: «Qué mis versos los entienda todo el mundo»<sup>28</sup>, esa era tu idea con mi tesis. También disfruté de la particular biblioteca del despacho de Carlos Forcadell y pocas veces salí de allí sin un libro. Debo reconocer, sin embargo, que al revisar esos primeros manuscritos me dijiste como decía Marcial: «Confundes calidad con cantidad»<sup>29</sup>. Incluso alguna vez utilizaste el epigrama LX de Marcial en el libro VIII y me dijiste con acierto: «Te has pasado»<sup>30</sup>. Contigo, Carlos, «¡Adiós, adulaciones!»<sup>31</sup>. Pero lo mejor es que conseguiste «Dar entendimiento» porque «Es de más primor que dar memoria, quanto es más»<sup>32</sup>.

Revisando aquellos borradores de la tesis doctoral fuiste más allá. Entraste en la diferencia entre «Realidad y apariencia»<sup>33</sup> y en la necesidad de «Ponerse bien en las materias»<sup>34</sup>. Se trataba de «No ser fácil...»<sup>35</sup> aunque «La confusión era fácil»<sup>36</sup>. No era malo «Discurrir tal vez a lo singular y fuera de lo común» porque «Pésele de que sus cosas agraden a todos...»<sup>37</sup>. Y sobre todo había de tener presente el «Saber con recta intención», es decir, alejarse de la idea de «Ciencia sin seso, locura doble»<sup>38</sup>. Todo tenía como aspiración «Hazer concepto. Y más de lo que importa más»<sup>39</sup>.

---

**24** GRACIÁN: *Oráculo*, 70, p. 141.

**25** GRACIÁN: *Oráculo*, 235, p. 230.

**26** GRACIÁN: *Oráculo*, 159, pp. 189, 205 y 214.

**27** GRACIÁN: *Oráculo*, 105, pp. 109, 159 y 162.

**28** MARCIAL: *Epigramas*, Libro X. XXI, p. 234.

**29** MARCIAL: *Epigramas*, Libro XII. XXVII (XXVIII), p. 289.

**30** MARCIAL: *Epigramas*, Libro VIII. LX, p. 194.

**31** MARCIAL: *Epigramas*, Libro X, LXXII, p. 247.

**32** GRACIÁN: *Oráculo*, 68, p. 139.

**33** GRACIÁN: *Oráculo*, 99, p. 156.

**34** GRACIÁN: *Oráculo*, 136, p. 175.

**35** GRACIÁN: *Oráculo*, 154, p. 186.

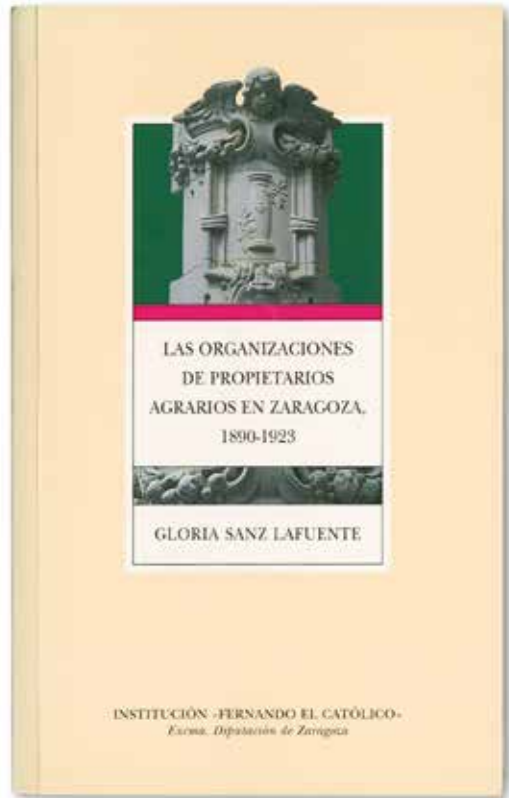
**36** MARCIAL: *Oráculo*, Libro X. LII, p. 243.

**37** GRACIÁN: *Oráculo*, 245, p. 235.

**38** GRACIÁN: *Oráculo*, 16, p. 110.

**39** GRACIÁN: *Oráculo*, 35, p. 122.





Tesis de Licenciatura de Gloria Sanz. IFC, Zaragoza, 2000.

Querías que aprendiese a «Mirar por dentro»<sup>40</sup> y a «No ser de primera impresión»<sup>41</sup>. Siempre había que tener en cuenta «La realidad y el modo», de manera que no bastaba con «...la sustancia, requiérese también la circunstancia»<sup>42</sup>. Y ante todo había que evitar lo que así describía el de Belmonte: «...Vanse muchos o por las ramas de un inútil discurrir, o por las hojas de una cansada verbosidad, sin topar con la substancia del caso. Dan cien bueltas rodeando un punto, cansándose y cansando, y nunca llegan al centro de la importancia»<sup>43</sup>. Sabías y comunicabas muy bien la complementariedad y también esas aparentes paradojas que no lo eran en realidad. Y es que percibías bien cómo: «El vanguardismo estético no le impidió a Ramón Acín el compromiso político, bien pegado a la realidad social de su entorno, un compromiso llevado hasta las últimas consecuencias»<sup>44</sup>. Esto último lo escribiste en 1988. «Ante todo, aprecio tu detalle y tu juicio»<sup>45</sup> argumentando.

<sup>40</sup> GRACIÁN: *Oráculo*, 146, p. 181.

<sup>41</sup> GRACIÁN: *Oráculo*, 227, p. 226.

<sup>42</sup> GRACIÁN: *Oráculo*, 14, p. 109.

<sup>43</sup> GRACIÁN: *Oráculo*, 136, p. 175.

<sup>44</sup> FORCADELL, Carlos (1988): *Huesca era Granada*. ID: CATF1, catálogo de la exposición.

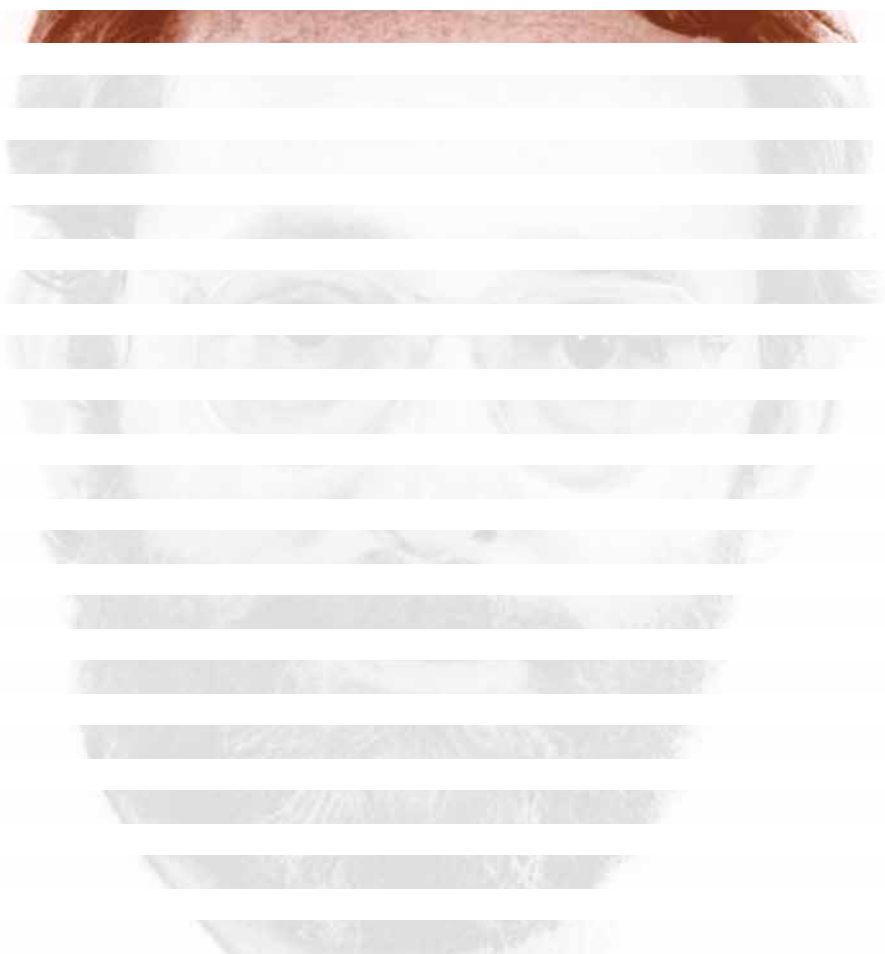
<sup>45</sup> MARCIAL: *Epigramas*, Libro X. LXXIII, p. 248.

Gracias por ver mucho más allá de lo que tu alumna y doctoranda veía, y por haber alterado los términos del intercambio pedagógico e investigador en favor del mejor de los combates posibles y del único que es incruento: el combate intelectual. Obtuve en esos años mucha «Cultura, y aliño»<sup>46</sup> además de autonomía. Y, aunque Alemania ya estaba muy presente en mi familia, fuiste tú –y Juan José Carreras– los que apuntasteis a la Universidad de Heidelberg como el mejor destino para mi beca postdoctoral. Otro acierto, que seguía una senda, que también transitaste, y que fue iniciada por Carreras. Parece ser que existe la *path depence*. Quiero acabar contradiciendo el famoso título del libro de Francis Fukuyama que fue publicado el año en el que mi promoción acabó la licenciatura. Aquella promoción sabe que no hay fin de la historia. Y todo lo aprendido me ha hecho pasar del trillo de la *Asociación de Labradores de Zaragoza* a la historia de la *Central Nuclear de Trillo* sin dejar de trillar.

Tengo que reconocer que he dudado si acabar esta breve exposición oral con el epigrama CII del libro XI de Marcial que dice: «Callada estás mejor». Y es que el poeta bilbilitano es muchas veces atroz. Te reitero mi agradecimiento, y a todos los demás, os doy las gracias por vuestra atención.

---

<sup>46</sup> GRACIÁN: *Oráculo*, 87, p. 150.



## ***Je me souviens de Carlos Forcadell***

**Mercedes Yusta**

Université Paris 8/Vincennes–Saint-Denis

**H**ay encuentros que pueden cambiar una vida. De hecho, hay encuentros que pueden cambiar la vida varias veces, en momentos diferentes y de diversas formas. Hay momentos que parecen banales y sin embargo alteran el curso de la existencia. Y a la hora de recordar el magisterio de Carlos Forcadell, maestro, director de tesis, amigo, lo que va tomando forma en mi cabeza es una lista de momentos.

El escritor francés Georges Pérec, miembro del movimiento de experimentación literaria Oulipo e hijo de judíos polacos desaparecidos en un campo de exterminación nazi, publicó en 1978 un libro compuesto de una larga lista de cosas que recordaba, esas cosas banales y cotidianas que, siendo profundamente individuales, acaban dando forma y contenido a una conciencia colectiva: *Je me souviens*<sup>1</sup>. Bajo una apariencia desenfadadamente vanguardista, Pérec es un escritor del recuerdo y la rememoración, de la lucha contra el olvido, que es el otro nombre de la muerte. Otro de sus libros, *La disparition*, es una extensa metáfora del trauma dejado en la conciencia europea por la aniquilación de los judíos: del texto ha desaparecido la letra «e», que en francés se pronuncia de la misma forma que la palabra *eux*: ellos, los desaparecidos. Pérec es un testigo vicario de esa historia traumática del siglo XX que Carlos Forcadell nos enseñó a desentrañar, no solamente a través de los archivos y de los libros de historia, sino también de la literatura. Otros y otras hablarán en este volumen de la honda huella del magisterio de Carlos Forcadell en la historiografía española contemporánea. Yo, a la manera de Pérec, iré desgranando una lista de cosas que recuerdo.

Recuerdo la Universidad zaragozana de principios de los años noventa. Una Universidad en la que las Humanidades ya estaban en crisis y el horizonte de posibilidad de los futuros licenciados de Historia era bastante poco prometedor. Pero no nos preocupaba demasiado, porque nosotros, y nosotras, no queríamos estudiar historia para entrar en el mercado laboral, que dicho así nos parecía una vulgaridad pequeñoburguesa, sino para cambiar el mundo y para quitarle la razón a Fukuyama, cuyo libro *El fin de la historia* se acababa de publicar en España<sup>2</sup>. Nuestra entrada en la Universidad se acompañó de los ecos de la caída del Muro de Berlín y

---

1 Georges PÉREC: *Je me souviens*, Paris, Hachette, 1978.

2 Francis FUKUYAMA: *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta, 1992.

de las festividades colectivas que lo acompañaron, pero también de la nostalgia en sordina de quienes habían perdido por el camino las utopías: desde ese momento, la izquierda en la que nos reconocíamos inició un bucle melancólico en el que todavía sigue atrapada<sup>3</sup>. Pero nosotros éramos jóvenes y pensábamos, como lo pensarían después los que nos siguieron, que otro mundo era posible.

Recuerdo las clases de historia de España de Carlos Forcadell, la bonhomía con la que nos saludaba en los pasillos o en la cafetería de la facultad, la colilla apurada, estrujada nerviosamente entre los dedos y arrojada antes de entrar en el aula. Recuerdo que gracias a su magisterio pudimos dialogar con jóvenes del pasado que también querían cambiar el mundo. La historia ya no era únicamente el campo de batalla en el que se desplegaban reyes y generales, sino también los talleres y las fábricas en los que resonaban los primeros balbuceos de la Internacional. Carlos nos llevó a los barrios populares de la Barcelona de comienzos del siglo XX agitados por las luchas obreras y el pistolero patronal, esa ciudad de *gangsters* y sindicalistas que retrató Eduardo Mendoza en *La verdad sobre el caso Savolta*<sup>4</sup>. Nos llevó de viaje por los pueblos cerealistas de Castilla en los que caciques y diputados cuneros amañaban de consuno las elecciones, por los latifundios andaluces agitados por los rumores de los crímenes fantasmáticos de la Mano Negra y el terror bien real de la Guardia Civil. Con él descubrimos la historia del *Angelus Novus*, la acuarela de Paul Klee adquirida por Walter Benjamin en 1921 que representaba para él al Ángel de la Historia sobrevolando campos de ruinas, empujado por ese viento implacable al que llamamos Progreso<sup>5</sup>. Esa acuarela que Benjamin llevaría consigo, como un amuleto, a lo largo de su periplo de filósofo judío perseguido que le condujo a acabar con sus días en Port Bou, acorralado por el aliento de la Bestia. Años después algunos fuimos tan osados como para leernos sus *Tesis sobre la Historia*, de las que no entendimos prácticamente nada pero que nos dejaron un poso de poesía y utopía que, de vez en cuando, transluce en la escritura de nuestros textos. Lo que sí entendimos fue que, si el enemigo vence, ni siquiera los muertos estarán a salvo. Y que ese enemigo no ha cesado de vencer<sup>6</sup>.

Recuerdo que descubrimos en compañía de Carlos Forcadell, y hoy por desgracia sabemos lo privilegiados que fuimos, la fundición Averly y las luchas sindicales y antifranquistas de sus trabajadores en la Zaragoza del tardofranquismo: hoy la antigua fundición, que podría haber sido un fabuloso museo de la memoria obrera de la ciudad, se ha convertido en un enorme depósito de fantasmas y dentro de poco será un solar en el que brotarán como hongos bloques de apartamentos (... ese enemigo que no ha cesado de vencer). Recuerdo que con Carlos Forcadell descubrimos, en fin, la historiografía social marxista, y ese es un virus del que nunca se sana del todo.

Recuerdo el momento, allá por el año 1995, en que empujé la puerta del despacho de Carlos Forcadell para preguntarle si aceptaba dirigir mi tesis doctoral. Yo solo sabía entonces dos cosas: que quería trabajar sobre antifranquismo y sobre mujeres, lo cual era bastante minimalista como proyecto de doctorado. Ahora que yo misma dirijo tesis de doctorado, sonrío para mis adentros cuando mis estudiantes me hacen ese tipo de propuestas y aprecio en su justa medida la paciencia y la generosidad de Carlos con aquella joven estudiante sumamente despistada. Recuerdo que Carlos me propuso que fuese a entrevistar a una histórica militante del PCE,

---

<sup>3</sup> Enzo TRAVERSO: *Mélancolie de gauche. La force d'une tradition cachée (XIX<sup>e</sup>-XXI<sup>e</sup> siècles)*, La découverte, 2016.

<sup>4</sup> Eduardo MENDOZA: *La verdad sobre el caso Savolta*,

<sup>5</sup> Walter BENJAMIN: «Sobre el concepto de historia», en *Obras*, libro I, vol. 2, Madrid, Abada, 2008, p. 310.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 21.



Con Mercedes Yusta, Danièle Bussy Genevois e Ignacio Peiró. Colegio de España, París, 2012.

Esperanza Martínez, que había pertenecido a una organización guerrillera antifranquista durante la posguerra –que había formado parte, por tanto, de ese fenómeno, conocido popularmente como «el maquis», que en aquella época se debatía entre el mito y el olvido– e incluso me acompañó en una primera visita. «Y luego –me dijo– ya hablaremos». Recuerdo la voz de Esperanza Martínez, las tazas de café frente a las cuales iba desgranando, durante largas horas, su historia de horror y de lucha. Recuerdo una primera visita al Archivo Provincial de Teruel acompañada por Carlos Forcadell, la mejor carta de presentación posible frente a una archivera amable pero estricta, cancerbera de una documentación nunca consultada antes, varias cajas de informes policiales y de la Guardia Civil sobre la «lucha contra el bandolerismo» que acababan de ser transferidas del Gobierno Civil y todavía exhalaban olor a azufre. El resto, como se dice en las novelas baratas, es historia, o más bien fue primero una tesina sobre el maquis en el Maestrazgo turolense que acabó ampliándose en una tesis doctoral sobre la guerrilla en Aragón<sup>7</sup>.

Recuerdo viajes en coche atravesando el ocre de las tierras turolenses, adentrándonos en los murallones de piedra del Maestrazgo en compañía de otros amigos: Ignacio Peiró, Pedro Rújula, Inmaculada Blasco, Antón Castro, Alberto Sabio, José Giménez Corbatón... Recuerdo una visita a las trincheras del frente de Teruel que le hizo recordar a Carlos el niño que fue, un niño curioso y seguramente bastante travieso que buscaba restos de municiones por el campo, ya tempranamente fascinado por las reminiscencias del pasado en el presente. Recuerdo que una vez nos contó que en una de aquellas trincheras encontró una calavera sobre la que

<sup>7</sup> Mercedes YUSTA: *La guerra de los vencidos. El maquis en el Maestrazgo turolense*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1999, y *Guerrilla y resistencia campesina. La resistencia armada contra el franquismo en Aragón*, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003.

alguien había escrito a lápiz: «Este hombre se llamaba Juan». Recuerdo que a Carlos le sobrecogía aquella precisión, aquel nombre sobre la calavera, la noble calavera, como escribiera Miguel Hernández en la elegía a su amigo Ramón Sijé, que tal vez alguien arrancó a la tierra para, retomando las palabras del poeta, desamordazarla y regresarla<sup>8</sup>. Era antes, infinitamente antes de que la llamada «recuperación de la memoria histórica» llevara adelante el empeño de poner nombres a los huesos de los muertos de la guerra y de la represión franquista, de desenterrar tantas nobles calaveras que contiene aún la tierra de España.

Recuerdo que algunas de nosotras nos desazonábamos con aquella historia que no nos contaba ni nos contaba, con aquella historia que había sustituido reyes y diplomáticos por obreros y sindicalistas, pero que seguía ignorando nuestra experiencia y nuestra genealogía femeninas. Y recuerdo que fue Carlos Forcadell, entonces director del Departamento de Historia Moderna y Contemporánea, quien nos propuso a Inmaculada Blasco y a mí, por entonces jóvenes becarias predoctorales, crear e impartir una clase llamada «Historia de las mujeres en Occidente». Esa experiencia fue un fabuloso aprendizaje de libertad, una carta blanca para reconstruir un relato en el que por fin podíamos reconocernos y, regalo supremo, compartirlo con una generación apenas más joven que nosotras: algunas de aquellas chicas y aquellos chicos que se sentaron en los bancos frente a nosotras son hoy nuestras y nuestros colegas.

Recuerdo que ser doctoranda de Carlos Forcadell significó una libertad casi total, lo que también implicaba una gran responsabilidad. Carlos sugería y acompañaba, nunca imponía; recomendaba lecturas y regalaba libros cuya relación con el tema de la tesis podía a veces parecer muy aleatoria. Pero los libros regalados y sugeridos por Carlos componían en realidad un palimpsesto en el que, en filigrana, se podían seguir las líneas de sus intereses y obsesiones, de las ideas que le estimulan, le divierten y le hacen pensar. Regalar lecturas es para Carlos Forcadell una manera de compartir una visión del mundo y de la historia, de entablar un diálogo múltiple con un autor y con sus lectores, un diálogo que muy a menudo gira sobre las diferentes formas de comprender, aprehender y transmitir el pasado.

Recuerdo un libro en particular, ofrecido en 1999, cuando emprendía la redacción de mi tesis, ese momento a la vez temido y deseado en el que se ponen a prueba varios años de trabajo, sudor, estrés y algunas lágrimas y que tiene mucho de ordalía y de juicio final. El libro se titulaba (se titula, porque por supuesto lo conservo) *El antropólogo inocente* y es un curioso libro autobiográfico en el que un antropólogo inglés, Nigel Barley, narra las diversas desventuras cotidianas vividas durante su investigación de campo, en los años setenta del siglo pasado, entre la tribu de los dowayos en Camerún<sup>9</sup>. Barley evoca, en páginas repletas de humor y ternura, la dificultad del idioma, las enfermedades tropicales, los miles de kilómetros recorridos en jeep por caminos intransitables para entrevistarse con un anciano brujo o para asistir a la ceremonia del inicio de la estación de las lluvias, pero también las condiciones de posibilidad de la construcción de un conocimiento sobre el Otro. Dado que yo llevaba dos años recorriendo los pueblos del Maestrazgo y el Sobrarbe en un todoterreno que me habían prestado en busca de información sobre los «maquis», y que los lugareños con los que me entrevistaba eran a menudo tan reacios como los dowayos a compartir información conmigo, lo primero que me vino a la cabeza es si no sería yo la antropóloga inocente, y que por tanto el sentido del regalo era principalmente humorístico. Pensé que Carlos se estaba burlando amablemente de mi tendencia a dejarme seducir por la antropología, tendencia habitual en aquellos momentos

---

<sup>8</sup> Miguel HERNÁNDEZ: «Elegía», *El rayo que no cesa*, Madrid, Héroe, 1936, p. 29.

<sup>9</sup> Nigel BARLEY: *El antropólogo inocente. Notas desde una choza de barro*, Barcelona, Anagrama, 1989.



en mi generación de historiadores y contra la que ya prevenía su maestro y cómplice intelectual Juan José Carreras a principios de los años noventa, concretamente contra ese «matrimonio por amor» que exige «renuncias y sacrificios por parte del amado, en este caso la historia. La antropología exige a la historia social que renuncie a sus objetos y sus sujetos». ¿Me estaba poniendo en guardia Carlos contra una eventual seducción antropológica en la que perdería mi alma de historiadora social?<sup>10</sup>

Pero las lecturas recomendadas por Carlos siempre tienen varias capas de interpretación. Lo esencial en este caso era que, después de haber emborronado decenas de cuadernos sin entender lo que sus entrevistados le estaban contando, un día el antropólogo se da cuenta de que todo el trabajo que ha estado elaborando pacientemente durante años, sin saber muy bien hacia dónde estaba avanzando, cobra sentido de pronto y conforma un sistema de interpretación del mundo. Para una doctoranda que en aquellos momentos sudaba sobre sus fichas de archivos, transcripciones de entrevistas y notas de lectura, aquella revelación fue luminosa. Al antropólogo inocente le ocurre algo aún más importante, y es que en el camino pierde la inocencia. De retorno del país de los dowayos, su mirada antropológica se pro-



Dibujo de Juan José Carreras mientras presidía la tesis doctoral de Mercedes Yusta sobre la resistencia del maquis en Aragón, 2000.

<sup>10</sup> Juan José CARRERAS: «La Historia hoy: acosada y seducida», en *Razón de Historia. Estudios de historiografía*, Madrid, Marcial Pons, 2000 (conferencia pronunciada en 1991), cita en p. 230. Ver también el comentario de Carlos FORCADELL: «Sobre desiertos y secanos. Los movimientos sociales en la historiografía española», *Historia Contemporánea*, 7 (1992), pp. 101-116.

yecta sobre su Inglaterra de origen y el extrañamiento propio del trabajo de campo se ve reflejado en sus propios compatriotas. El antropólogo se convierte en un ser liminar, entre los dos mundos; en palabras de Barley, «el investigador de campo retornado acepta las dos posiciones pero no se identifica con ninguna»<sup>11</sup>. O en palabras de Gadamer, citado por Juan José Carreras, «a fin de cuentas, la humanidad de nuestra existencia depende de lo lejos que aprendamos a ver las fronteras de nuestro ser con las de otros seres»<sup>12</sup>. Cuando investigamos, me estaba diciendo mi director de tesis, no nos identificamos con los actores y actrices del pasado, o al menos no deberíamos hacerlo; como nos ha mostrado Carlo Ginzburg, el *straniamento* es una forma de pensar históricamente, de tomar conciencia de que el pasado es radicalmente *otro*<sup>13</sup>. Pero tampoco regresamos indemnes del viaje y nuestra mirada a nuestro propio presente se hace más compleja y más crítica porque, aunque la historia no es una ciencia adivinatoria, sí permite tomar conciencia de la trascendencia que tuvieron para un *futuro pasado*<sup>14</sup> decisiones tomadas en un determinado momento histórico, y esa conciencia ilumina las decisiones del presente con la «chispa de esperanza» que evocaba Benjamin: la chispa que ilumina al historiador penetrado de la urgencia de tratar de evitar que el enemigo siga venciendo, de rescatar la memoria, pero también las utopías y las esperanzas, de las víctimas y los vencidos.

Recuerdo, como en un sueño, ese momento que dicen cumbre de la defensa de la tesis, y recuerdo que Carlos estaba casi tan nervioso como yo. El recordado Juan José Carreras era el presidente del tribunal: me reprochó haberme dejado llevar, quizá en exceso, por el giro antropológico en mi análisis de los efectos de la violencia política en las comunidades rurales del Aragón de la posguerra. Me puso en guardia sobre una posible idealización de las lealtades, identificaciones y sentido de pertenencia que, en mi interpretación, explicaban la resistencia de algunas comunidades rurales a la institucionalización impuesta por el franquismo y su solidaridad con la guerrilla. Para después admitir, finalmente, que las fracturas y divisiones que agitaron el campo aragonés durante la posguerra no podían explicarse totalmente aplicando un análisis marxista de lucha de clases. Y en ese momento cobraron sentido las lecturas que Carlos Forcadell ponía en mis manos, y en las de toda una generación de historiadores: no solo el antropólogo inocente, sino sobre todo James C. Scott, Clifford Geertz, Roger Chartier, Nathalie Zemon Davies, Carlo Ginzburg... Lo que ya estaba haciendo Carlos Forcadell en esos momentos era abrir el campo de la historia social para introducir elementos de análisis culturales o antropológicos. Gracias en gran medida a aquellas lecturas sugeridas por él, a la invitación que proponían a repensar la metodología y los sujetos de la historia social, una generación de jóvenes historiadores e historiadoras pudimos escribir nuevos relatos acerca del pasado, relatos más complejos y abarcadores que nos permitieron hacer visibles en la narración histórica a sujetos subalternizados como los campesinos o las mujeres de las clases populares, cuyas acciones se consideraban tradicionalmente como no políticas. Encontramos nuevas explicaciones, nuevas formas de escritura, y creo que Carlos Forcadell, con su sutil magisterio que se desplegaba más allá del despacho y del aula, entre regalos de libros e ideas sugeridas a la hora del vermut, nos permitió contribuir modestamente a la renovación, que no la disolución, de la historia social.

---

11 *Ibidem*, p. 232.

12 Juan José CARRERAS: «'Bosques llenos de intérpretes ansiosos' y H.G. Gadamer», en Elena HERNÁNDEZ-SANDOICA / Alicia LANGA (eds.): *Sobre la historia actual. Entre política y cultura*, Madrid, Abada, 2005, pp. 205-227, cita en p. 226.

13 Carlo GINZBURG: *Ojazos de madera. Nueve reflexiones sobre la distancia*, Barcelona, Península, 2000.

14 Reinhart KOSELLEK: *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.



Con participantes en el curso sobre «Políticas del pasado y discursos de la Nación». Colegio de España, París, 2015.

Recuerdo que Carlos Forcadell, seguramente sin pretenderlo, imprimió un giro a mi vida de nuevo en el año 2000, cuando, tras la lectura de la tesis, me sugirió que solicitara una beca postdoctoral para pasar un par de años en una universidad extranjera. «Y luego –me dijo– ya hablaremos». Jamás volví, y el magisterio heredado de Carlos Forcadell se imparte ahora en una universidad de la *banlieue* parisina. Pero el hilo con la Universidad de Zaragoza nunca se ha roto y Carlos Forcadell, junto con otros, es en gran medida el responsable. Nunca hemos dejado de dialogar y de intercambiar recomendaciones de lecturas, largas cartas que se convirtieron con los años en *e-mails* interminables, reflexiones sobre la historia, pero también sobre el presente, pues otra de las cosas que he aprendido de Carlos Forcadell, y también de Ignacio Peiró, es la responsabilidad que el historiador, y la historiadora, contraen con el tiempo en el que viven<sup>15</sup>. A ambos lados de los Pirineos se han tejido amistades y colaboraciones entre el departamento de Historia Contemporánea de Zaragoza y el Département d'Études Hispaniques de la Universidad Paris 8; se ha leído una tesis en cotutela con Pedro Rújula, la de Javier Ramón Solans, y se han doctorado otros investigadores e investigadoras que son otros tantos nietos y nietas espirituales de Carlos Forcadell<sup>16</sup>.

Desde la perspectiva de 17 años de ejercicio en varias universidades francesas, recuerdo que me formé en una Universidad más libre, menos plegada a los dictados de la vulgata neolibe-

<sup>15</sup> Y de esta responsabilidad surgen proyectos científicos y editoriales como el libro colectivo editado por Carlos FORCADELL / Ignacio PEIRÓ / Mercedes YUSTA (eds.): *El pasado en construcción. Revisiones de la historia y revisionismos históricos en la historiografía contemporánea*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico (col. Historia Global), 2015.

<sup>16</sup> Francisco Javier RAMÓN SOLANS: *La Virgen del Pilar dice... Usos políticos y nacionales de un culto mariano en la España contemporánea*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2014.

ral, donde se podía ejercitar el pensamiento crítico y los profesores podían ser de verdad investigadores y no tecnócratas aplastados por una burocracia paralizante. Una Universidad en la que ejercían y enseñaban historiadores como Juan José Carreras, como Carlos Forcadell, como tantos otros y otras, que nos han transmitido una forma de hacer historia a la vez exigente, crítica y libre, comprometida con el pasado pero también con el presente, comprometida *tout court*.

Recuerdo que he sido inmensamente afortunada de aprender el oficio con uno de los grandes.



# Cartografía de un maestro

**Francisco Javier Ramón Solans**

Universidad de Zaragoza

*... y entonces remontas vuelo, audaz espíritu,  
como las águilas ante la tormenta que se avecina,  
precedes con tu vuelo a los dioses venideros*

HÖLDERLIN, ROUSSEAU

**E**n la universidad, como en la vida, son muchos los profesores y escasos los maestros. Entre las múltiples razones que se podrían aducir para incluir a Carlos Forcadell en este segundo grupo estaría, sin duda, la de un magisterio que escapa a los límites espaciales y temporales de la clase y se traduce en un estilo y forma de pensar y estar en el mundo de manera crítica y consciente. Asimismo, su magisterio también ha trascendido generaciones y, en cierto sentido, podría definirme en un árbol genealógico académico como su «nieto», ya que no solo he aprendido directamente de él, sino también de dos de sus discípulos, que serían mis dos directores de tesis, Pedro Rújula y Mercedes Yusta.

Entre las múltiples facetas que se pueden evocar y que ya se abordan en este libro, he preferido centrarme en su labor como docente, ya que, como ha señalado en muchas ocasiones el propio Carlos Forcadell, es este nuestro papel más importante y es por esto por lo que nos pagan. Para esta función, cabría imaginar mejor docente que un lector incansable y curioso que comparte contigo sus descubrimientos, alguien que entiende la docencia como un compromiso, no infantiliza a su alumnado y coloca puntos de interrogación detrás de cada afirmación.

Pertenezco a la generación que se licenció en Historia entre 2001 y 2006 y que cursó luego sus estudios de doctorado al año siguiente. Durante este tiempo, tuve como profesor a Carlos Forcadell en la asignatura de licenciatura «Historia contemporánea de España» y en el doctorado «Historiografía y nacionalismo en la España del siglo XX». Por ello, solo puedo ofrecer un relato fragmentado y mediado por el agradecimiento de esta gigantesca carrera docente. Sin embargo, creo y espero que muchos se sientan identificados con este relato.

Desde su entrada en clase comenzaban las diferencias. En lugar de folios amarilleados, con apuntes recitados como jaculatorias, o manuales que se seguían como Sagradas Escrituras, llevaba sus lecturas, libros que acababa de recibir o que consideraba importantes y que, por lo tanto, consideraba necesario compartir con nosotros.. Y es que sus clases no eran meras enumeraciones de acontecimientos, ni siquiera de causas, procesos y consecuencias, sino que era la constatación de que la historia es una disciplina en construcción, en constante debate y reflexión. Para comenzar a describir el estilo docente de Carlos, qué mejor que recordar la descripción que hacía el propio Carlos de las clases de su maestro Juan José Carreras, donde «los

alumnos podían desconocer la fecha de la independencia de Kenia pero aprendían el método histórico y a pensar históricamente»<sup>1</sup>.

Algunos alumnos experimentaban sorpresa, incluso incomodidad, al constatar que la historia no es un listado de certezas que debían simplemente reproducir en su examen. Sin embargo, para el resto, Carlos Forcadell actuaba como un cartógrafo que desvelaba las fronteras y espacios disputados de la disciplina, aquellos terrenos recientemente explorados. Durante aquella hora nos hacía partícipes de estos debates con cercanía, creando las condiciones de igualdad sobre las que se deben fundar los debates intelectuales más fértiles.

En este sentido, uno no puede dejar de notar las reminiscencias de su formación alemana, de aquellos seminarios en los que el profesor coordinaba su investigación con la docencia en la creación de un espacio único de debate y conocimiento. Este estilo, importado por su maestro Juan José Carreras y él mismo desde sus estancias formativas en Heidelberg, se ha convertido en una seña de identidad del departamento de Historia moderna y contemporánea de la Universidad de Zaragoza, en donde cualquier exposición va siempre acompañada de una reflexión y un debate en torno a un problema historiográfico.

En ocasiones, recurría al humor, al juego de palabras, a una calculada ironía que buscaba la complicidad del auditorio. El excurso o la anécdota servían para ilustrar aspectos centrales de la clase. Así, por ejemplo, la pequeña venganza del escultor que esculpió el rostro del rector liberal Jerónimo Borao en la cabeza del demonio que estaba siendo atravesado por San Miguel en la Iglesia homónima de Zaragoza le servía para ilustrar las tensiones entre anticlericales y clericales en la ciudad, las disputas políticas en torno a la educación, etc.

La anécdota y lo local nos permiten acercarnos a un debate más profundo y esencial, desde dónde hacer historia y las consecuencias que tiene dicha elección para la comprensión del pasado. Así, algunos, prefieren quedarse a ras de suelo para contemplar de forma microscópica y minuciosa el objeto de estudio. Otros prefieren subirse a una atalaya a orillas del Neckar, como August Ludwig von Schlözer, o, más bien, elevarse a lomos de un águila, como decía Goethe, para obtener una mayor perspectiva y mirar incluso más allá de los límites nacionales, todo ello sin perder, claro está, los detalles. Para otros, esta perspectiva es insuficiente y prefieren tomar como objeto de estudio grandes procesos y continentes, estos son aquellos, como señala Jürgen Osterhammel, que ilustran las portadas de sus libros con vistas del planeta desde el espacio<sup>2</sup>.

Sin embargo, mucha menos atención se ha dedicado a cómo transmitir esta riqueza de enfoques en el aula. Las clases de Carlos Forcadell tienen la virtud de ofrecer todas estas perspectivas, desde lo local y concreto a lo global. En sus clases pasabas del Turia al Neckar, del regeneracionismo a la Revolución rusa, de Isidoro de Antillón a Hegel. Todo ello, obviamente, lo hacía sin descuidar su laboratorio de estudio y de querencias, Aragón. Fue luego, durante el doctorado, cuando descubrí que esto no era casualidad y que su obra constituye en sí misma la más completa historia de esta región y su inserción en los procesos históricos globales. Ya se tratara de la historia política, las huelgas y la acción colectiva, la prensa, la economía, los monumentos o la educación, siempre encontraba un texto de Carlos Forcadell que abría camino y servía de perfecta introducción a estos temas en Aragón.

---

1 Carlos FORCADELL: «Nota preliminar» a Juan José CARRERAS: *Razón de Historia. Estudios de historiografía*, Madrid, Marcial Pons, 2000, p. 13.

2 Jürgen OSTERHAMMEL: *El vuelo del águila. El mundo actual en una perspectiva histórica*, Barcelona, Crítica, 2019.





Con Javier Ramón –cuarto por la dcha.– en la Cité Universitaire, a la salida de un curso en el Colegio de España. París, 2015.

Esta reflexión sobre la dimensión espacial también es válida para otras perspectivas historiográficas y es que en sus clases se combinaban elementos de historia social y económica, historia de los conceptos, historia cultural o historia política. Esta multiplicidad de perspectivas también evidencian la propia evolución historiográfica de Carlos Forcadell, así como de toda una generación, desde la historia social a una historia más cultural<sup>3</sup>. Por sus clases desfilaban los grandes prohombres de la historia, acontecimientos y procesos, libros y periódicos, leyes y discusiones parlamentarias, monumentos y conmemoraciones, etc. Todo ello sin olvidarse, como señalaba Walter Benjamin, de «pasarle a la historia el cepillo a contrapelo» y «honrar la memoria de los seres anónimos»<sup>4</sup>. En sus clases, como no podía ser de otro modo, también encontramos los efectos de la crisis agraria en la población, las huelgas y los motines, la toma de conciencia del movimiento obrero, etc.

Además, como se ha señalado, sus cursos no ofrecían un relato complaciente con el pasado ni con los mitos que de este se han forjado<sup>5</sup>. En especial, se cuestionaban algunos discursos que

---

3 Ver sobre la evolución de lo social a lo cultural, Geoff ELEY / Ronald Grigor SUNY: «From the Moment of Social History to the Work of Cultural Representation», en *Becoming National. A reader*, Oxford, Oxford University Press, 1996, pp. 3-37.

4 Citado en Juan José CARRERAS / Carlos FORCADELL: «Historia y política: los usos», en Carlos FORCADELL / Juan José CARRERAS (coords.): *Usos públicos de la historia: ponencias del VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea (Universidad de Zaragoza, 2002)*, Madrid, Marcial Pons, 2003, pp. 11-45, p. 45.

5 Ferran ARCHILÉS I CARDONA: «Melancólico bucle: Narrativas de la nación fracasada e historiografía española» en Ismael SAZ / Ferran ARCHILÉS I CARDONA (coords.): *Estudios sobre nacionalismo y nación en la España contemporánea*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2011, pp. 245-330.

por plantearse desde el melancólico bucle de la derrota y el fracaso parecían más vacuos e inocentes. Sin embargo, no por ello, oscilaba hacia el lado contrario y seguía el discurso complaciente de la normalización. En sus clases, se cuestionaba precisamente la esencia de este tipo de relatos que se basan en apriorismos y presentismos.

Entre las obras que traía a clase recuerdo que estaba el clásico de Jordi Nadal sobre el fracaso de la Revolución industrial en España<sup>6</sup>. El libro era una excusa para presentarnos el debate en torno a la calificación de este proceso, mostrando las críticas que se habían hecho a la tesis de Nadal por Gabriel Tortella, David Ringrose y Jordi Palafox. Además, en sus clases, Carlos gusta de subrayar la honradez intelectual de los autores que asumen una parte de las críticas vertidas contra su obra, aunque siguiera defendiendo la validez de sus tesis, como es el caso de Jordi Nadal<sup>7</sup>. En otra ocasión, Carlos Forcadell trajo otra obra más reciente y colectiva, *Las máscaras de la libertad*, para cuestionar otra historia de fracasos, el de la Revolución liberal, y mostrar las múltiples declinaciones que había tenido en España<sup>8</sup>.

Ya en el doctorado, nos habló de otro de estos debates marcados por la retórica del fracaso como el de la débil nacionalización española y nos presentó las críticas que había recibido recientemente por parte de una historiografía que, no solo no veía tan clara esta excepcionalidad española, sino que planteaba que esta tesis asumía en parte el discurso nacionalista español<sup>9</sup>. Tampoco en la historiografía gustaba de este tipo de relatos y criticaba las versiones excesivamente pesimistas, que en la historiografía española se caracterizaban por imágenes pesimistas de desiertos y secanos. Para Carlos Forcadell,

Parece ingenuo insistir en la crisis actual de la historia que, o no existe o es perpetua, y algo peor que ingenuo sugerir individualmente que se está en el secreto de su solución. No resulta muy eficaz subrayar toda clase de novedades si no se las sitúa en la tradición de la que proceden y se las filtra a través del sentido común, con lo que siempre acaban perdiendo algo de la pretendida novedad. Y tampoco resulta muy convincente la autocomplacencia sectorial de una determinada especialización o perspectiva, de una «parte» que sería siempre la más adecuada para la explicación del «todo» del proceso histórico en opinión de quienes la practican, cualquier tentación «imperialista» cobijada en algún adjetivo añadido al sustantivo «historia»<sup>10</sup>.

Recuerdo que en sus clases de licenciatura me sentí por primera vez investigador, ya que para la asignatura de Historia de España había que realizar un trabajo colectivo con fuentes hemerográficas. Nuestro tema fue la cuestión de la propaganda bélica durante la Guerra civil y,

---

6 Jordi NADAL: *El fracaso de la Revolución industrial en España, 1814-1913*, Barcelona, Ariel, 1975.

7 Otro caso que mencionaba en sus clases era el del antropólogo Benedict Anderson, en la reedición de sus *Comunidades imaginadas*, asume con humor los errores de sus predicciones sobre el fin de los nacionalismos y dice, «resulta una consolación melancólica observar que la historia parece estar confirmando la 'lógica' de *Comunidades imaginadas* mejor que su propio autor». Benedict ANDERSON: *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 11.

8 Manuel SUÁREZ CORTINA (ed.): *Las máscaras de la libertad: el liberalismo español, 1808-1950*, Madrid, Marcial Pons, 2003.

9 Un balance sobre estas nuevas aproximaciones en Ferrán ARCHILÉS I CARDONA: «¿Quién necesita la nación débil? La débil nacionalización española», en Carlos FORCADELL ÁLVAREZ et alii: *Usos públicos de la Historia. Comunicaciones al VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, vol. 1, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2003, pp. 302-322.

10 Carlos FORCADELL ÁLVAREZ: «La fragmentación espacial en la historiografía contemporánea: la historia regional/local y el temor a la síntesis», *Studia histórica. Historia contemporánea*, 13-14 (1995-1996), pp. 7-27, esp. p. 10. Ver también, Carlos FORCADELL ÁLVAREZ: «Sobre desiertos y secanos: Los movimientos sociales en la historiografía española», *Historia contemporánea*, 7 (1992), pp. 101-116.

para ello, tuvimos que bajar regularmente a la hemeroteca municipal y dialogar por primera vez con las fuentes. Allí fue donde me encontré por primera vez con el que iba a ser mi tema de investigación doctoral, la Virgen del Pilar y el papel tan importante que había tenido en la legitimación de la causa franquista. En mi memoria quedará para siempre la emoción al encontrarme por primera vez con la materia prima de la que se forjan los sueños, tanto de los actores sociales como de los historiadores que los contemplan. Y es que, como señalan Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, «no se trata de conservar el pasado, sino de cumplir las esperanzas del pasado»<sup>11</sup>.

Esta inspiración del tema de tesis es una buena muestra de que sería un error limitar la docencia de clase al espacio y tiempo de la clase. En primer lugar, porque es el propio Carlos Forcadell quien no entiende estos límites, deja las puertas de su despacho abiertas y siempre está dispuesto para cualquier duda o consulta. En mi caso, y en el de muchos de mis compañeros, esta generosidad se ha traducido además en ayuda y orientación. En los momentos críticos de mi carrera profesional siempre he encontrado a Carlos ayudándome.

En segundo lugar, porque sus clases dejan un sólido y profundo poso de reflexión y crítica que volvía a la superficie en los momentos más oportunos. Algún tiempo después, en la elaboración de mi tesis doctoral aparecía mucho de lo visto en las clases de licenciatura y doctorado. Entre otros elementos que nutrieron la metodología y el sustrato teórico de mi trabajo estarían sus comentarios sobre las culturas políticas, la historia local, los nacionalismos y los usos públicos de la historia. Solo más tarde, al observar la historiografía en castellano sobre estos y otros temas eras consciente del lujo que suponía participar desde sus clases de los debates que estaban guiando la historiografía española. De hecho, al analizar la bibliografía existente, Carlos Forcadell aparecía siempre como uno de los introductores o primeros lectores y comprobabas de nuevo que había intuido y comprendido la importancia de estos debates.

Un último rasgo que me gustaría evocar y que quizás sintetice todo lo demás es su compromiso como docente. Y es que para Carlos la docencia no es un castigo, una tarea penosa, el precio que hay que pagar por habitar esta particular república de las letras sino que es un espacio de transformación y diálogo. Su compromiso me recuerda al del mítico catedrático de Historia de la Revolución francesa y pionero de la historia social, Albert Mathiez, que terminó su vida impartiendo clase a su alumnado en la tarima de una de las aulas de la Universidad de la Sorbona. Sin llegar afortunadamente a tan trágico extremo, Carlos Forcadell, al igual que Mathiez, contagia esta pasión por la historia a los que nos rodea y hace de la docencia una forma de compromiso con la mejora de este mundo.

Esta postura con la docencia implica un profundo respeto por su auditorio. Y es que, ni como alumno de licenciatura, ni como estudiante de doctorado me sentí infantilizado. Esto obviamente implicaba como contrapartida tomarte en serio la asignatura y seguir el reguero de lecturas, sugerencias y pistas que se apuntaban en sus clases. Ya como joven investigador, siempre he apreciado que en ningún momento se mostrara condescendiente ni arrogante sino cercano y atento. Que un investigador de la trayectoria de Carlos Forcadell muestre interés por tu investigación y te escuche con atención y respeto es una buena muestra de un espíritu curioso, libre y desprejuiciado.

Para terminar, volveremos al principio, a la idea de que no hay mejor forma de comenzar un viaje intelectual que de la mano de un lector incansable y curioso, comprometido con la ense-

---

<sup>11</sup> Max HORKHEIMER / Theodor W. ADORNO: *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid, Akal, 2007, p. 15.

ñanza y receptivo y generoso con los jóvenes. Todo en sus clases era una invitación a saber y descubrir, siguiendo el viejo principio latino de Horacio y convertido por Kant en *leitmotiv* de la Ilustración, *sapere aude*. Durante sus clases te acercabas a los debates historiográficos más recientes y comprendías que esta es una disciplina viva. Más tarde, te dabas cuenta que aquel lector curioso no solo era el cartógrafo que dibujaba los mapas teóricos y conceptuales que fundaban estos debates sino que también era siempre de los primeros en intuir su importancia y crear espacios para debatirlos.



## **El Dúo Dinámico de la historia zaragozana**

**Paco Goyanes**

**L**o que explica mi presencia en esta mesa es la imperfección de la comunicación humana. Cuando por una pequeña indiscreción de Virginia Maza me enteré de que se estaba preparando un homenaje a Carlos Forcadell, le rogué que por favor pidiera a los organizadores que contaran conmigo, pensando que de lo que se trataba era un acto festivo con buenas conversaciones, aplausos, risas, buen vino y la consabida entrega de la placa de plata pagada a escote. Confieso que estoy más que preparado para todo lo que tenga que ver con el concepto fiesta y poco para debates intelectuales en público.

Así que gracias a Virginia Maza y a la mala cabeza de Alberto Sabio, Pedro Rújula y Carmen Frías me vi en un programa académico de largo calado, repleto de sabias y sabios a los que respeto y admiro, si no a todos, a casi todos.

Y me veo también en la tesitura de contar algo, pues la cosa va de historia y la historia casi siempre es eso, un cuento, o mejor una forma de contar.

Y lo primero que me viene a la cabeza es recordar a un joven Carlos Forcadell –para mí en esos momentos ya una persona mayor– corretear por la Facultad de Filosofía y Letras, con aspecto serio pero con cara de tener retranca, con un *look* muy *progre* y *hippie*, siendo parte integrante y fundamental de una generación de académicos que a finales del franquismo se atrevió a poner en cuestión el relato dominante del pasado que la execrable dictadura había construido para su justificación con la complicidad de una Universidad en la que durante muchos años lo menos importante era el saber y lo más la fidelidad al régimen.

Recuerdo a Carlos Forcadell y a Juan José Carreras como el Dúo Dinámico de la historia zaragozana. Ambos entonaban sonos diferentes, como también lo hacían algunos –pocos– profesores en compañía de una tropa de PNNs, todas y todos izquierdosos y melenudos y con pantalones vaqueros de pata ancha. Para los que comenzamos nuestros estudios universitarios a mitad de los años 70, ellos fueron nuestros referentes y para algunos incluso la tabla de salvación a la que nos enganchemos una vez que replegamos velas de la acción política conscientes de que la revolución ni siquiera había estado cerca.

Lo segundo es destacar tanto la curiosidad intelectual de Carlos Forcadell como su pasión por la lectura. Y si lo hago es porque contra la opinión dominante, ninguna de estas dos características son, lamentablemente, habituales en los medios académicos.



En el encuentro «El Legado de Juan José Carreras», de izda. a dcha., con Concha Gaudó, Virginia Maza, Paco Goyanes y Alberto Sabio. Universidad de Zaragoza, 2016.

A Carlos le interesa la política, la literatura, el teatro, las artes plásticas, el cine... afortunadamente para él y para las personas que le conocemos, no es un especialista soso, pesado y monotemático. En mi caso son infinidad las novelas y los escritores que me ha descubierto. Infinidad también las sugerencias de presentaciones de libros que a su entender debería organizar en mi librería, las dos últimas por ejemplo las de *Diario de una alemana. Berlín 1933- Nueva York 1945*, obra de Herta Nathorff editada por Libros de Trapisonda o la de José María Faraldo y su libro sobre las redes de terror en los países del Este.

Mira por dónde al hablar de su curiosidad intelectual y de su pasión por la cultura y la política me he dado cuenta de que en realidad a lo mejor tiene un sentido que un librero participe en este encuentro, tal vez como representante de una sociedad civil en la que Carlos ha participado y participa de manera activa y comprometida desde el inicio de su vida pública. No, no sobran universitarios en estas mesas, no se incomoden por favor, pero a lo mejor sí faltan por espacio y tiempo gente del teatro, del cine, del periodismo, de las artes plásticas e incluso algún que otro representante de la hostelería, como por ejemplo los camareros de Vinos Rubio... sugerencia para un próximo encuentro.

Como no hay dos sin tres, hablaré de una faceta en la que Carlos ha brillado de manera especial, para la que tanto por su formación como por su carácter creo que está más que dotado: la de gestor cultural. Pues gestión cultural es al fin al cabo dirigir la Institución Fernando el Católico desde 2007 o presidir durante muchos años la Asociación de Historia Contemporánea.

La gestión cultural no es solo leer, validar textos y presidir mesas de trabajo y aparecer de tanto en tanto en la prensa. Es también tener criterio y capacidad de decisión a la par que amplitud



de miras y afán de diálogo. Es programar y diseñar políticas culturales, atender asuntos administrativos, apoyar unas ideas y rechazar otras. Y pasarlo bien.

La gestión cultural en el ámbito público exige tiempo, esfuerzo y dedicación, tres cosas que –para bien de todos– Carlos ha derrochado a raudales.

Durante muchos años he tratado a Carlos Forcadell. No he sido un amigo de cabecera, ni mucho menos. Pero sí he disfrutado de su conversación, de su inquietud intelectual y creo que de su aprecio. El cariño y respeto que le profeso creo que a lo mejor justifican mi presencia en esta mesa. Ojalá ustedes piensen lo mismo.

Muchas gracias.



## **Con el amigo**

**Virginia Maza**

**A**unque el imperativo pretenda hablarnos de huellas, no recorreré nostalgias. Una vez asegurado, el recuerdo –de servir– solamente sirve para que a veces nos duela la memoria (eso solo se cura con cariños) o para sostener formando mimbres precarios la experiencia velada del presente y, como mucho, unos cuantos minutos más (cinco, diez, quizás mañana o la semana que viene) a los que nos asomamos como en un balcón abierto al Gran Cañón del Colorado. Para mí Carlos Forcadell es presente líquido y futuro paladeado, ese futuro que es el reino privado de la imaginación y del deseo del querer, ser y hacer. Es la próxima cita de la semana, que les da a lo que ha venido y a la espera un poco más de sentido y alegría.

Han existido, existen y existirán tantos universos irrepetibles y completamente únicos como seres los miran desde sus ojos, desde la perplejidad y el asombro hasta la risa (como la Mona Lisa de Tucholsky) o el miedo. También nosotros somos tantos como los que nos miran, que se transforman a su vez con la mirada y la compañía. No puedo decir aquí quién soy yo en el contacto y el encuentro con el que es mi amigo, ni todo de lo que es él visto desde mi universo, porque sería quitar la gracia del suponer. Pero sí diré que es, ante todo, mi gran amigo en esta ciudad que tiene tacto áspero de cemento, como si le faltara el revestimiento o algún forro de tela, y muchos tonos grises, por mucho que a veces ofrezca cielos que no he visto en ninguna otra ciudad del mundo.

Así, aquí y ahora me resulta difícil desligar los «saberes transmitidos» por huellas y docencias del saber compartido con y por el amigo. Que hay muy poco de pasado y mucho del presente que se anda en un *Wandern, herum, hin und her*, en un delicioso paseo sin rumbo fijo. El saber que es respiración, gusto por el gusto y caminar cogidos por el brazo por ese reino privado de la imaginación en el que las huellas se hacen al pisar en haciendo.

Y regalo a Rilke.

*Will dir den Frühling zeigen, der hundert Wunder hat.  
Der Frühling ist waldeigen und kommt nicht in die Stadt.  
Nur die weit aus den kalten Gassen zu zweien gehn  
und sich bei den Händen halten - dürfen ihn einmal sehn.*

Déjate ver la primavera que está llena de prodigios.  
La primavera que le pertenece al bosque y no entra a la ciudad.

Solo los que van lejos, muy lejos, de las frías calles de a dos  
y bien cogidos de la mano, solo ellos la pueden llegar a ver.

Yo a Carlos, lo cojo siempre del brazo para que llevándolo sea él quien me lleve a mí y porque el afecto se deja transpirar también con el tacto, creando alrededor un universo privado de *folie à deux* como si fuera una burbuja, o un Nautilus de miniatura. Por eso, aquí, solo voy a fijarme en lo pequeño, que debe serlo para poder caber en nuestro minúsculo submarino.

En esta ciudad que me recuerda una obra abandonada, un esqueleto bimilenario de cemento y hormigón a orillas de un mar de tierra seca azotado por las tempestades y en el que solo pueden florecer los molinos de viento, Carlos Forcadell es para mí delicadeza centroeuropea con aire de café tras ventanales salpicados de lluvia, ruido de empedrado de Heidelberg y sonido a viejas cartas. Es comprensión y entendimiento de lo humano, el tacto suave en lo íntimo, el contacto verdadero. Es literatura. Es boca que sonríe porque ve, entiende y cuida.

«Mientras vivamos, mientras estemos entre los seres humanos, cultivemos nuestra humanidad» llamaba Séneca en *Sobre la ira* y a mí Carlos Forcadell, que se vive siempre en presente, me ha compartido como enseñanza el deleite de lo no productivo, el conocimiento como entretenimiento y satisfacción, la búsqueda del saber amplio y extenso como redes de neuronas y que se entiende como juego, que no se parcela, que es actividad del ser humano vivido en su integridad y que se reconoce como tal y se despliega. El conocimiento que se encuentra lo mismo en la belleza de una poesía que en el más lento de los ensayos académicos, y que vaga en un caminar entretenido a ritmo de dos por cuatro. Pero siempre libre del peso anquilosante de la erudición cuando esta solo se construye para servir a exigencias.

Para mí Carlos, en el conocimiento y en la forma de enseñar a aprender, es deleite y hombre que juega.



La traductora del libro *Los comentarios manuscritos de los caprichos de Goya*, Virginia Maza, con uno de sus autores, Helmut C. Jacobs, 2019.



Con Virginia Maza, Pilar Aznar, Aurora Egido, Ignacio Peiró y María Angeles Naval, tras su intervención en el ciclo de conferencias de los profesores eméritos de la Universidad de Zaragoza, 2017.

Ese mismo juego está también en la generosidad del encuentro, en el que es favorecedor de reuniones y tejedor de lazos. Es cuidador y presentador, observa desde la distancia que da la sonrisa, la conciencia de la levedad, para dar toques suaves que cambian unos grados mínimos pero decisivos el rumbo y con los que cubrir necesidades y favorecer estallidos. Más allá de la producción intelectual, su legado sería ese, porque está en muchos y muchas y porque es un acto puramente generoso, esos toques minúsculos, delicados, muchas veces invisibles y muchas más no apreciados. Carlos presenta, sugiere, deja escapar una palabra descuidada en una conversación casual, siempre atento, nombra a alguien al conversar con otro, te da un papel, recuerda que leyó no sé qué, hace coincidir con el de allá... Y siempre tanto en lo académico y profesional como en lo personal, en esa visión íntegra del mundo. ¿O no estamos todos aquí jugando, por mucho que se traten asuntos muy serios?

Pero sonrisa y juego no son sinónimo de ligereza. Claro. Desde luego que el saber y el poder son asuntos tan serios como el propio hombre. Pero siempre que se pongan a su servicio (¿se dobleguen?), siempre para el cultivo de la humanidad. Saber que no es instrumento sino satisfacción y construcción de libertad, poder que escuece en quien proviene de los que no lo han tenido si no se utiliza para ponerlo al servicio de los demás, del Otro. Porque sí, es muy serio, pero a diferencia del saber nada vale en sí mismo. Otro saber legado.

En lo intelectual es tan aglutinador y discreto como en lo personal. E independiente. Un saber que se sirve a sí mismo y que sirve para la construcción, personal y social. Un saber comprometido y que no pierde tampoco el gusto por el gusto, porque en esa inutilidad encuentra

también el sentido social. Una labor intelectual que busca del cuidado de lo humano y del humanismo, que no conoce de fronteras artificiales ni se agota en las tiranías de lo académico.

Como en lo personal, cuando Carlos Forcadell te dirige, no conduce, sino que alimenta y acompaña. Regala indicios con los que ayudarte a respirar, si quieres, pero dándote libertad entera para que seas tú quien llegue, elija y avance adonde quiera. Y aquí (debido): gracias por no haberme querido nunca determinar, sino acompañar y disculpas (sobre el papel) por haberlo dejado para ocuparme de otras cosas tantas veces. Gracias por el regalo de una pasión intelectual que es curiosidad pura y, con ello, insaciable, que se marca por el rigor y por la independencia, por beber de todo tipo de fuentes y por ser aglutinadora y comprometida con uno y con el mundo.

Y no puedo terminar sin decir que el Carlos del juego, el Carlos de los encuentros, el Carlos del conocimiento amplio, degustado y enraizado es también feminista en todas las facetas de su vida a las que he podido acceder. Convencido en la idea y en el acto, sin duda un legado compartido de su esposa. Ojalá fuera tan animalista, aunque nadie me entendió tanto como él en una pérdida dolorosa de una compañera con plumas.

Acabo aquí un relato a pinceladas, construido por superposición de instantes, como los pedacitos de un caleidoscopio de todo a cien. Para con ellos, llegar también a dar el aroma de ese legado compartido de humanismo, de saber independiente y que respira hacia el hombre y su sociedad, al servicio del otro y de lo común, sin dejar nunca de saciarse en sí mismo, de hombre que juega, sonríe y cuida, y que sabe recordarse y recordar a quien lo mira que la curiosidad tiene una sed infinita y que no hay que ahogarla por la búsqueda de réditos y dividendos.

Gracias a Carlos por lo generoso en todo lo grande que puede abarcar la palabra y por hacerme sentir siempre con el amigo.

## **4. De la ideología a la cultura**





## **De la ideología a la cultura Los paseos de Carlos Forcadell Rilke**

**María Sierra**

Universidad de Sevilla

**Y**a en el momento de celebrarse el encuentro *A propósito de la Historia* en torno al profesor Carlos Forcadell del que es resultado esta publicación, procuré ajustar mi intervención a la propuesta temática de la Mesa redonda *De la ideología a la cultura* en la que los organizadores me invitaron a participar. Vuelvo a agradecer ahora, para empezar, esa invitación, que me permitió colaborar en un acto lleno de sentido académico, capaz de evitar los vicios de los homenajes y a la vez de explorar sus virtudes. Sin duda, la discreción del homenajeado contribuyó no poco a este logro.

Mi pequeña contribución, articulada a propósito de ese tránsito historiográfico desde la ideología a la cultura que se nos proponía como tema de reflexión, está organizada en torno a tres ideas: en primer lugar, un mínimo ejercicio de egohistoria colectiva; a continuación, una reflexión sobre los usos de la misma noción de cultura en la práctica historiográfica de Carlos Forcadell; y, finalmente, un acercamiento personal a lo que yo llamaría el valor heurístico de la actitud intelectual forcadelliana, tan personal que me he permitido tomar prestadas palabras de otro para intentar poner algo de distancia en esta última operación.

### **La Red de Culturas políticas, una historia ego-colectiva**

Es realmente inusual que una serie de académicos bien asentados en sus respectivos campos de estudio, reconocidos por sus trayectorias previas, amén de relativamente acomodados en la carrera administrativa universitaria, se decidan a complicarse la vida aventurándose colectivamente en un proyecto de investigación pensado para salir de las zonas de confort. Sinceramente, creo que eso es lo que hicimos quienes nos enrolamos en la «Red temática de Historia Cultural de la Política» creada en el año 2008, que estuvo activa de una forma u otra hasta el año 2016. Siete grupos vivos bajo el Plan Nacional de I+d, dirigidos respectivamente por Manuel Suárez Cortina desde la Universidad de Cantabria, Miguel Ángel Cabrera desde la Universidad de La Laguna, Carlos Forcadell desde la Universidad de Zaragoza, Ismael Saz desde la Universidad de Valencia, yo misma desde la Universidad de Sevilla, y Marta Casaus y Manuel Pérez Ledesma desde la Universidad Autónoma de Madrid, asumiendo este último la coordinación general, comenzamos una andadura que nos llevó a reunirnos con mucha frecuencia en seminarios de diverso tipo y, sobre todo, a colaborar estrechamente en la producción de una ambiciosa obra colectiva,

la *Historia de las culturas políticas en España y América Latina*<sup>1</sup>. En esta aventura nos dejamos la piel muchos de los que estamos en este homenaje a Carlos Forcadell: M<sup>a</sup> Cruz Romeo, Juan Pro, Ismael Saz y yo misma como coordinadores de varios volúmenes; Juan Pan-Montojo, Pedro Rújula, Ignacio Peiró, Alberto Sabio, Miguel Ángel Ruiz Carnicer, entre otros, como autores.

Después de un primer encuentro exploratorio en Sevilla, hubo un momento especialmente decisivo para el lanzamiento de esta iniciativa, el *workshop* «Cultura política: teoría y métodos» que nos reunió en Zaragoza, bajo el auspicio de la Institución Fernando el Católico, en junio del 2009<sup>2</sup>. Conservo los documentos de la preparación y las conclusiones de aquella reunión, e hice recientemente una pequeña tarea de arqueología en las carpetas de mi ordenador con motivo de este homenaje. Me encontré, por ejemplo, con algunos de los mails que crucé con CF preparando la reunión, entre los que figuraba el siguiente texto que le propuse como justificación del *workshop* para ser presentado a la institución financiadora:

Los términos «cultura» y «política» aparecen aparejados cada vez con mayor frecuencia y no menos confusión en la práctica historiográfica. Este encuentro pretende abordar una vertiente especialmente incómoda de tan prolífica relación, la que plantean los estudios sobre cultura política. Nuestro principal objetivo es el de realizar un análisis crítico de un concepto y un instrumental metodológico al que se recurre abundante e, incluso, abusivamente en los últimos años, en torno a los cuales parece urgente proponer un esfuerzo de precisión y clarificación.

Todo eso pretendíamos. Es posible que acabáramos contribuyendo a la confusión que denunciábamos y procurábamos analizar, dada la amplitud de la red y la variedad de los puntos de vista de sus integrantes. Pero más allá de cualquier valoración de conjunto, lo cierto es que no necesito documentos para recordar con gran precisión muchos detalles de aquella reunión, y en especial la disposición autocrítica que reinó de forma generalizada en aquel encuentro. En este sentido, el arranque de la aventura colectiva fue modélico: recuerdo, por ejemplo, un gesto de honradez intelectual de Ismael Saz, quien comentó que él se había encontrado preguntándose a sí mismo qué era eso de las «culturas políticas» tras empezar a ser invitado a algunas reuniones como especialista en ello. Aun en medio de este ambiente, la actitud comprometida de Carlos Forcadell llamaba la atención. Y no me estoy refiriendo solo (que también) al hecho de actuar como el más cordial de los anfitriones, algo que todos y todas sabemos cuán congénito es en su naturaleza. Es cierto que hizo magia para que todo saliera bien, las salas fueran adecuadas, invitar a algunos investigadores jóvenes que no podían pagarse el viaje, organizar comidas y bebidas... Pero de lo que estoy hablando ahora es de su disposición intelectual ante el reto que suponía este encuentro, porque él sí se tomó muy en serio esto de pasar desde la ideología (o lo que fuera) a la cultura.

Por ello, recuerdo a Carlos Forcadell peleándose en buena lid con la noción de cultura política, revisitando todo lo que sabía –que, obviamente, era mucho– sobre el tema del que se tenía

---

1 Manuel PÉREZ LEDESMA / Ismael SAZ (coords.): *Historia de las culturas políticas en España y América Latina*, Madrid / Zaragoza, Marcial Pons / Prensas Universitarias de Zaragoza, 2014-2016. La obra está compuesta por seis volúmenes: Miguel Ángel CABRERA / Juan PRO: *La creación de las culturas políticas modernas (1808-1833)*; María Cruz ROMEO / María SIERRA: *La España liberal (1833-1874)*; Carlos FORCADELL / Manuel SUÁREZ CORTINA: *La Restauración y la República (1874-1936)*; Manuel PÉREZ LEDESMA / Ismael SAZ: *Del Franquismo a la democracia (1936-2013)*; Marta BONUADO / Nuria TABANERA: *América Latina. De la Independencia a la crisis del liberalismo (1810-1930)*; y Marta CAUSAUS / Morna MACLEOD: *América Latina. Entre el autoritarismo y la democratización (1930-2012)*.

2 *Workshop* «Culturas políticas: de teoría y métodos», Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 4-5 junio 2009. Los resultados quedaron recogidos en Manuel PÉREZ LEDESMA / María SIERRA (eds.): *Culturas políticas: teoría e historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2010.



Con María Sierra. Seminario en la Universidad de La Laguna, 2012.

que ocupar, el universo del socialismo español en el cambio de siglo, para auparse sobre ello y, yendo más allá de (que no ignorando) la ideología (o la conciencia o el interés...), iluminarlo desde la comprensión de los marcos culturales de referencia que permiten articular y dotar de sentido a la acción política. Esa lucha, admirable, está en su texto «Constitución y práctica de una cultura política socialista: entre las dos Españas republicanas», su personal aportación dentro del volumen que él mismo coordinó, junto a Manuel Suárez Cortina, en la serie *Historia de las culturas políticas*<sup>3</sup>. Sentirse aprendiz partiendo de un largo trabajo previo, un rasgo colectivo de aquel *workshop* zaragozano del 2009, es desde mi punto de vista una marca individual muy constante en Carlos Forcadell, un historiador que se planta con cara contenta y ojos brillantes ante los retos intelectuales, ante lo nuevo.

Es cierto que, a la vez, no dejará nunca pasar la ocasión de señalar que eso que consideramos «nuevo» no lo es tanto, que siempre hay a quien leer para darse cuenta de lo absurdo de todo adanismo historiográfico. Por eso, en las primeras páginas de su contribución sobre el socialismo ya aludida, Carlos Forcadell citaba literalmente una obra publicada en 1990, *Pueblo, movimiento obrero y cultura en la España contemporánea*, para recordar que otros historiadores ya habían abogado por «incluir [en este estudio] mucho más que la ideología: valores, prácticas, actitudes, concepciones del mundo»<sup>4</sup>.

Esta tensión entre el atractivo de lo «nuevo» y el escepticismo ante el deslumbramiento de lo novedoso es tan productiva en la mente del historiador Carlos Forcadell que en infinidad de

<sup>3</sup> Carlos FORCADELL: «Constitución y práctica de una cultura política socialista: entre las dos Españas republicanas», en Carlos FORCADELL / Manuel SUÁREZ CORTINA: *La Restauración y la República*, vol. IV, *Historia de las culturas políticas en España y América Latina*, Madrid / Zaragoza, Marcial Pons / Prensas Universitarias de Zaragoza, 2014, pp. 285-313.

<sup>4</sup> Jacques MAURICE / Brigitte MAGNIEN / Danièle BUSSY: *Pueblo, movimiento y cultura en la España contemporánea*, Paris, Presses Universitaires de Vincennes, 1990, p.157.

ocasiones se convierte en el informante ideal. Estoy segura de que esta es una experiencia compartida por otros colegas. Cada vez que le comento que estoy «empezando a trabajar» tal o cual tema, él me sugiere tal o cual lectura, muchas veces enraizadas en ese suelo filosófico alemán que tan caro le es: ¿alguien puede creer que me recomendará –con provecho– a Walter Benjamin (más exactamente, el guión de un programa radiofónico) para mi proyecto de investigación sobre historia del pueblo gitano?<sup>5</sup>.

## ¿Qué cosa es la cultura?

Como quiera que la gran erudición de Carlos Forcadell no puede evitar reconstruir las redes y los contactos que soportan las obras y los autores que recomienda, el envío de este texto de Benjamin, por poner un caso, se acompañaba de un *email* en el que aclaraba que era, ya sabes «primo de Hanna Arendt, que fue de las primeras que fue consciente de la importancia de WB y ayudaba en París a su primo inhábil a buscar piso, médicos..., lo invitaba a comidas y tertulias...» (17-12-2017).

Esta habilidad suya puede llevarnos a engaño sobre qué entiende Carlos Forcadell por cultura. Su curiosidad intelectual, su atracción por la literatura alemana –lo que es decir por la literatura centroeuropea en un sentido amplio–, su capacidad infatigable de lectura, su gusto por la traducción y la edición, su amor por los libros..., todo ello y más dibujan la silueta de un intelectual *bon-vivant* que disfruta de la cultura en sus registros más exquisitos. No voy a ser yo quien ponga en duda esta figura. ¿Qué se puede pensar de alguien que conoce toda la obra en sus variadas versiones y ediciones de Rainer Maria Rilke? ¿O de quien edita con mimo la bella traducción hecha por Virginia Maza de la historia de *Wally, la escéptica*? ¿O de quien es capaz de rastrear la aventura de la muñeca de Franz Kafka desde el original hasta llegar a la novela de Jordi Sierra? ¿O de recomendar un día *Lucinda* de Schlegel y al día siguiente *Bagheria* de Dacia Maraini? No digamos ya, de quien envía como regalo de cumpleaños una edición bilingüe de los sonetos de Shakespeare deliciosa o transcribe en un *email* directamente en inglés un poema de Elisabeth Barret-Browning<sup>6</sup>. Sí, Carlos Forcadell es un amante de la alta cultura, de la cultura selecta, en el sentido más estricto del término.

Pero, a la vez, su sensibilidad vital colabora con su intuición intelectual para saber que el velo de la cultura se extiende generoso dando amparo a toda clase de vivencia y actividad: así, cultura es también para Carlos Forcadell la jota fusión, el club de poesía anarco-rockero, las coplas cantadas por muchas Piqueres, los cuerpos en El Plata, y 1001 manifestaciones más colectivas y semianónimas de la capacidad creadora humana. Esta sensibilidad vital tiene, ciertamente, una traducción historiográfica. El historiador que es Carlos Forcadell entiende la cultura en un sentido antropológico, y es por ello por lo que aspiró a incluir en su estudio sobre la cultura política socialista no solo las referencias de autoridad o de verdad manejadas por esta familia política (los emisores, los canales de difusión...), sino también las prácticas –a las que se da tanta importancia como para aparecer en el mismo título–. Es bien expresivo en este sentido que rescatara de la obra ya citada *Pueblo, movimiento y cultura en la España contemporánea*

---

<sup>5</sup> Walter BENJAMIN: *Radio Benjamin*, edición de Lucia Rosenthal, Madrid, Akal, 2005, pp. 125-129.

<sup>6</sup> Karl GUTZKOW: *Wally, la escéptica*, Zaragoza, IFC, 2015. Jordi SIERRA: *Kafka y la muñeca viajera*, Madrid, Siruela, 2011. Friedrich VON SCHLEGEL: *Lucinda*, Madrid, Siglo XXI, 2007. Dacia MARAINI: *Bagheria*, Barcelona, Minúscula, 2013. William SHAKESPEARE: *Sonetos*, Selección y traducción de Manuel Mújica Láinez, Madrid, Visor, 2000.



En el XII Congresso Internazionale di studi storici di Spagna Contemporanea, titulado *Le culture politiche in Spagna e Italia secoli XIX e XX: un approccio comparato*. Módena, noviembre de 2012.

nea el propósito explícito de tener como horizonte «una aproximación antropológica» al análisis de la cultura obrera y popular.

Es por ello por lo que Carlos Forcadell se ha dejado llevar al terreno de los «culturalistas» –bromeo con este término que encierra lo que entiendo como una falsa polémica– a la hora de entender que género y emociones constituyen dos líneas de definición identitaria que, además de estar construidas culturalmente (es decir, históricamente), resultan eminentemente políticas, tanto por la intención normativa que pueden contener como por su valor simbólico en el campo de las relaciones de poder y sumisión. En este punto, no puedo dejar de recurrir a un ejemplo de egohistoria esta vez estrictamente personal: cuando le propuse en el año 2012 publicar un estudio sobre la relación entre género y emociones en el Romanticismo, aún la Historia de las emociones no contaba en España con el aval de los varios dossieres de revista que se han publicado en los últimos tres años; a pesar de ello, «mi» Bretón de los Herreros nació a la luz rodeado del mismo mimo que *Wally la escéptica*, en la Serie Verde de las ediciones de la Institución Fernando el Católico, con su cuidada composición y con el trabajo cómplice de Víctor Lahuerta en la portada<sup>7</sup>. Quiero recordar ahora que uno de los primeros talleres de trabajo sobre la Historia de las emociones celebrados en España se debió al patronazgo de Carlos Forcadell, siempre atento a las innovaciones historiográficas; me refiero al encuentro *Siento, luego existo. Emociones históricas e historia de las emociones*, coordinado por María Tausiet en mayo del año 2014.

---

<sup>7</sup> María SIERRA: *Género y emociones en el Romanticismo. El teatro de Bretón de los Herreros*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013. Los dossieres aparecidos han sido coordinados por Mónica BOLUFER (*Historia social*, 81, 2015, pp. 67-71), Juan PRO (*Rúbrica Contemporánea*, vol. 4, N7, 2015), y Carolina RODRÍGUEZ LÓPEZ (*Historia Contemporánea*, vol. 36, 2014). El precedente, como a Carlos Forcadell le gusta precisar, en María TAUSIET / James S. AMELANG (eds.): *Accidentes del alma: las emociones en la Edad Moderna*, Madrid, Abada, 2009.



Con María Sierra y Manuel Pérez Ledesma, en la presentación del libro *Culturas políticas. Teoría e Historia*. Aula de la IFC, Zaragoza, 2011.

Es algo que tiene mucho que ver con el tema de esta mesa: si la noción de cultura política nos permite descender a los sótanos culturales profundos de las actitudes políticas, por emplear una metáfora que sé que le gustó en su momento a Carlos Forcadell, la atención a las emociones y el género –entendidos como construcciones culturales– nos permite desenterrar los cimientos de los edificios políticos en cuanto que arquitecturas de poder.

### El lugar de las preguntas

En el fondo, la cultura es como la caja de Pandora: de ella sale todo lo bueno y todo lo malo. Si, con razón, Imre Kertész la concibe en *Sin destino* como la causa y la cura del Holocausto, ¿cómo los historiadores no vamos a intentar prioritariamente entender y explicar el conjunto de referencias culturales propio de cada momento, eso que hace inteligible la vida de los sujetos históricos en sus diversos contextos?<sup>8</sup> ¿Cómo no practicar este enfoque historiográfico si queremos también pensar en qué nos une y qué nos separa umbilicalmente del pasado? La cultura es la caja negra de una sociedad, y Carlos Forcadell lo sabe.

Para finalizar este breve paseo «desde la ideología a la cultura», quiero ilustrar con un fragmento de las famosas cartas que Rilke dirige a aquel joven poeta que le preguntaba por la calidad de su escritura, cómo percibo la forma de entender el trabajo intelectual de Carlos Forcadell. Porque, durante el tiempo en el que he tenido la fortuna de conocerle, colaborar con él, y dis-

<sup>8</sup> Imre KERTÉSZ: *Sin destino*, Barcelona, Acantilado, 2001.



frutar de su compañía, he podido apreciar que Carlos concibe la reflexión intelectual como una potencia vinculada estrechamente a la experiencia vital, desde una actitud de optimismo realista que constituye un regalo impagable (de quien, por otra parte, es el mejor regalador de libros imaginable). Dice Rilke en su cartas al desconocido aspirante a poeta:

Usted es tan joven que yo querría rogarle lo mejor que sepa que tenga paciencia con todo lo que no está resuelto en su corazón y que intente amar 'las preguntas mismas', como cuartos cerrados y libros escritos en un idioma muy extraño. No busque ahora las respuestas, que no se le pueden dar, porque usted no podría vivirlas. Y se trata de vivirlo todo. Viva usted ahora las preguntas. Quizá luego, poco a poco, sin darse cuenta, vivirá un día lejano entrando en la respuesta.

Por alguna razón que no alcanzo muy bien a explicarme, cuando leo este fragmento quien habla por boca de Rilke es Carlos Forcadell, y a quien se dirige no es precisamente al joven poeta desconocido, sino a mí –a cualquiera de nosotros y de nosotras, quienes hemos tenido la suerte de trabajar con él–. Amar las preguntas, porque se trata de vivirlo todo. No hay mejor consejo; más, viniendo de alguien poco inclinado a dar consejos. Tampoco hay mejor receta para la juventud intelectual de por vida, esa que caracteriza a nuestro amigo Carlos Forcadell Rilke.



## **Ideología, cultura y biografía: en torno a Emilia Pardo Bazán**

**Isabel Burdiel**

Universitat de València\*

\* Este trabajo se enmarca en el proyecto CIRGEN, financiado por el European Research Council (Horizon 2020/ERC-2017-Advanced Grant-787015).

**C**uando los organizadores del homenaje a Carlos Forcadell me invitaron a colaborar en una mesa redonda titulada «De la ideología a la cultura» sentí que tan solo podía hacerlo desde una propuesta concreta de trabajo que, de alguna forma, abordase las relaciones posibles entre lo cultural y lo ideológico. Carlos entendería que no impostase una respuesta al tema sugerido improvisando una reflexión de orden teórico o metodológico que no estaba, ni estoy, en condiciones de hacer. Decidí contribuir con lo que me tenía ocupada entonces, en sus tramos finales: una biografía de Emilia Pardo Bazán. A través de ese prisma podía ayudar, quizás, a pensar de qué manera la historia biográfica puede contribuir a suturar las escisiones, que quizás nunca debieron producirse, en el tratamiento de lo social y lo ideológico, lo cultural y político. Lo individual y lo colectivo.

Estas notas no pretenden otra cosa, en realidad, que reflexionar (ya a posteriori) sobre qué ocurre cuando una historiadora política, interesada en las posibilidades analíticas de la biografía y en el papel histórico de los mundos imaginados, se interesa por la trayectoria de una novelista y lo hace intentando construir puentes entre disciplinas al tiempo que trata de mantener los pies firmemente asentados en la historia. En concreto, me gustaría compartir la forma en que la vida y la obra de Emilia Pardo Bazán pueden constituir un observatorio privilegiado para entender las complejas relaciones entre historia y literatura, ideología, cultura y política, en la construcción de la esfera cultural y política española decimonónica. Un fenómeno europeo general que formó parte sustancial del proceso de consolidación, y de las tensiones, del Estado-nación moderno desde las grandes revoluciones hasta las primeras décadas del XX.



Hace ya muchos años, en una colección de ensayos publicada bajo el título de *El mundo como representación* –importante para entender la evolución de la historiografía sobre las relaciones entre ideología y cultura– Roger Chartier escribió que lo más grave en la concepción habitual de qué cosa es la *cultura* no consistía tanto en que se aplicase generalmente a las producciones intelectuales o artísticas de una élite. Lo decisivo era que dejaba suponer que «lo cultural» solo debía emplearse en un campo particular de prácticas y producciones. Para distanciarse de ese planteamiento y renovar los supuestos de la vieja historia cultural, Chartier quiso recordar la importancia de la dinámica histórica particular que Norbert Elias denominó

*El proceso de la civilización.* Aquel fue, a su juicio, el contexto fundamental en el que se articularon y formaron las dos significaciones que, tanto en el lenguaje común como en el científico, recorrían entonces y recorren actualmente el término *cultura*. La primera designaría las obras y los gestos que, en una sociedad dada, atañen al juicio estético o intelectual. La segunda alude a las *prácticas* cotidianas, «sin calidad», a los *significados* básicos que tejen la trama de las relaciones humanas y que expresan la manera en la que una comunidad singular, en un tiempo y en un espacio, vive y reflexiona sus relaciones internas y externas, con el presente, con el pasado e incluso con el futuro. «Reflexionar sobre la cultura, históricamente o no –concluía Chartier– es elucidar necesariamente las relaciones recíprocas mantenidas entre esas dos definiciones»<sup>1</sup>.

Ese enlace es el que he intentado establecer en la historia biográfica de Emilia Pardo Bazán, buscando comprender –desde el ángulo particular que ofrece el carácter central y al tiempo marginal de su vida y su obra– el impacto de la novela y más ampliamente de las producciones intelectuales y artísticas en el tejido de las prácticas cotidianas, «sin calidad», que tejieron la esfera pública del régimen de la Restauración y sus conflictos. Más concretamente aún, quería pensar qué sucede cuando en esa esfera irrumpe, como es el caso, una escritora (una mujer) que transgrede los significados básicos de ese mundo, lo que Antonio Gramsci (en una aportación fundamental al ensanchamiento del concepto clásico de ideología) denominó *el sentido común* dominante en una época dada. Quisiera poder demostrar que su vida y su obra proyectan una luz singular, que abre perspectivas nuevas, sobre las tensiones producidas por los cambios socioeconómicos y políticos de la España de la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del XX. Un periodo crucial en el proceso de nacionalización española (incluida la de las mujeres) en el contexto de las respuestas a los retos del llamado «acceso de las masas a la política», con su intensa redefinición del concepto y la práctica de la ciudadanía. Algo que implicó un intenso debate –muchas veces soterrado y otras explícito– sobre las nuevas identidades masculinas y femeninas que atravesó todos los discursos políticos, literarios e históricos movilizados en aquel momento crucial de redefinición de las pertenencias nacionales, políticas y de género.



Más de medio siglo después de su muerte, a principios de los años setenta, la escritora catalana María Aurèlia Capmany escribió en sus *Cartes Impertinents* sobre lo mucho que le había sorprendido la lectura de Pardo Bazán a una joven iconoclasta como ella. «Nunca se ven citados sus escritos cuando se habla de la ideología española del siglo XIX, nadie se acuerda ya de sus ideas, de sus denuncias, de sus esperanzas que fueron, de hecho, todo un programa»<sup>2</sup>.

A ella, en cambio, le había impresionado la fuerza imaginativa de aquel extraño personaje al que se apodaba «doña Emilia»: la inteligencia y la soltura intelectual con la que transitó de la novela y el relato corto a la crítica literaria y a la reflexión política y cultural en sentido amplio. Su participación decisiva en la renovación del realismo como el artificio narrativo que representaba entonces lo nuevo y lo moderno; que constituía (a su juicio) una herramienta fundamental para construir la nueva sociedad y la nueva nación que soñaba. De hecho, Pardo Bazán había contribuido de forma decisiva (a la altura de los grandes novelistas de su época como Leopoldo Alas, *Clarín* o Benito Pérez Galdós) al proceso de construcción del canon literario nacional durante la segunda mitad del siglo XIX. Sus obras se tradujeron en vida a todas las len-

1 Roger CHARTIER: *El mundo como representación*, Barcelona, Gedida, 1992, la cita literal en p. xi.

2 María Aurèlia CAPMANY: *Cartes Impertinents*, Palma de Mallorca, Moll, 1971, pp. 32-33.

guas cultas del mundo, incluidos el estonio y el japonés. Fue autora de novelas canónicas de la literatura española del siglo XIX como *Los pazos de Ulloa* (1886) o *La madre naturaleza* (1887) que la situaron en el centro del cambio de registro novelístico de su época<sup>3</sup>.

Pocos como ella habían sido capaces de percibir y expresar en sus obras de ficción lo que Ernest Bloch y luego Reinhart Koselleck han denominado *la simultaneidad de lo no simultáneo*: el encabalgamiento de tiempos distintos, por ejemplo, en *Los pazos de Ulloa* o en esa obra extraña que fue *Una cristiana* (1890). Asombra hoy todavía su aguda sensibilidad, netamente moderna y antimoderna a un tiempo, para percibir que las distintas dimensiones de una época (la cultural, la política, la social, la artística...) no tienen necesariamente el mismo tiempo y, sin embargo, están estrechamente relacionadas entre sí; su perspicacia para señalar la manera en que lo que se considera político es siempre definido en las luchas por imponer una política particular como la única forma de hacer política...

Aunque todavía hoy se discute el carácter naturalista o no (o no el todo) de su ficción, Pardo Bazán contribuyó decisivamente –en especial a través de su colección de ensayos *La cuestión palpitante* (1882-1883)– a la divulgación y discusión públicas del naturalismo y al debate sobre cuál era o había de ser la tradición literaria genuinamente española. Una posición que, a mi juicio, no tiene parangón con ninguna de las novelistas españolas, o incluso europeas, de su generación. En buena medida, pero no solo, por su capacidad –como escribió el crítico José Francés– para hacer buena la máxima de D'Annunzio de «renovarse o morir». Algo que demostró con sus obras denominadas *modernistas*, como *La Quimera* (1905), *La Sirena Negra* (1908) y *Dulce Dueño* (1911). María Lezárraga, que la conocía bien y la admiraba mucho, lo expresó así: «Sierpe flexible y sabia, ha sabido ondular bajo los nuevos soles ciñéndose a los troncos recién nacidos, dorando los repliegues de su cuerpo a toda recién encendida luz. ¿Cuál de los hombres de su generación ha sabido entrar brioso, vencedor por derecho propio en los dominios ideales de la generación literaria de hoy?»<sup>4</sup>.

Además de novelista fue periodista, crítica e historiadora de la literatura, dramaturga (único ámbito en el que no tuvo éxito); cuentista prolífica y decididamente moderna; empresaria editorial con una revista y una editorial (*Nuevo Teatro Crítico* y *La Biblioteca de la Mujer*, 1890) pioneras en la difusión en España de la literatura rusa (Dostoievski, Tolstoi o Turgueniev) y de los debates franceses y británicos sobre el feminismo, con la traducción y comentario de las obras de John Stuart Mill y August Bebel. Uno de los aspectos más originales de su trayectoria como intelectual fue, precisamente, la inserción del feminismo en el debate cultural y político de la segunda mitad del siglo XIX, utilizando abiertamente el término y contribuyendo a su respetabilidad, con una repercusión que no tuvo ninguna otra escritora de su época. En este terreno –que amplió sustancialmente lo *decible* y lo *escuchable* en una esfera pública liberal abrumadoramente masculina– merecen destacarse novelas tan interesantes como *Insolación* (1889) o *Memorias de un solterón* (1896). También intervenciones decisivas en el espacio público como su ensayo sobre *The Spanish Woman* publicado por la *Fortnightly Review* (1889)

---

<sup>3</sup> Para una reflexión global, Jo LABANYI: *Género y modernización en la novela realista española*. Madrid, Cátedra, 2011. *The House of Ulloa* fue traducido tempranamente al inglés y actualmente forma parte de la colección Penguin Classics. Una interesante reseña reciente sobre esta novela es la de Nicholas LEZARD: «The House of Ulloa by Emilia Pardo Bazán-review», *The Guardian* (20 de agosto de 2013).

<sup>4</sup> José FRANCÉS: «Figuras literarias. La condesa de Pardo Bazán», *La Ilustración Española y Americana*, 3 (22 de enero de 1920). Gregorio MARTÍNEZ SIERRA (María LEJÁRRAGA): «La feminidad de Pardo Bazán», *Motivos*, París, Garnier Hermanos, 1905. Editado por Alda BLANCO: *A las mujeres: Ensayos feministas de María Martínez Sierra*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2003, pp. 133-140.

o su no menos célebre participación en el Congreso Pedagógico de 1892 con una conferencia sobre «La educación del hombre y de la mujer»<sup>5</sup>.

He intentado estudiar qué significó todo esto, cómo fue posible y como impactó en el mundo de la Restauración, que conflictos produjo, cuáles fueron las luces y las sombras de ese programa intelectual, ideológico y cultural, al que aludía Capmany. Un programa que más allá de sus avatares, tuvo una curiosa coherencia. Una coherencia que es la suya y que solo puede ser entendida, sin anacronismo, en su contexto histórico. O más exactamente en sus contextos culturales, políticos e ideológicos que fueron varios y frecuentemente inconmensurables (de acuerdo con las categorías tradicionales) y que es ella, precisamente, la que con su vida y su obra los hace conmensurables, los transita y los vive de forma que hoy nos abre todo un mundo. Un mundo que, al menos para mí, era más ignoto u opaco antes de que sus preguntas iconoclastas sorprendiesen a los problemas y definiciones clásicos desde un ángulo oblicuo, inesperado, que los desestabilizaba en el momento mismo en que la sociología y la historiografía clásica estaba articulando categorías, que se pretendían fijas, respecto a lo tradicional y lo moderno, lo conservador y lo progresista. He intentado explorar, en este sentido, su capacidad para cuestionar las narrativas públicas, las ideologías al uso sobre esas distinciones, y su esfuerzo por contarse y contar un relato propio. Aquello que constituye, a mi juicio, el núcleo esencial de su anhelo biográfico, de su voluntad de ser y actuar.

En todo caso, me interesa recalcar que fue una intelectual mucho más *política* de lo que se la ha considerado hasta ahora, con una aguda capacidad de identificación de las exigencias culturales del proceso de construcción del Estado-nación moderno. Esa dimensión de lo público la apasionó. De haber sido hombre se hubiese dedicado a ella. No pudo hacerlo convencionalmente. Pero lo hizo de otra manera, plenamente consciente de la necesidad de ampliar las nociones al uso de *lo político*: de la importancia de la ficción y de la labor cultural para la construcción de la nación moderna, tal y como ella la concebía. Una nación que debía incluir a las mujeres. Es cierto que la exaltación de la nación la llevó, como a tantos de sus contemporáneos europeos, al borde del abismo de la violencia y del totalitarismo. Sin embargo, no se arrojó a ese abismo, y no solo por razones cronológicas, como espero haber logrado demostrar en ese libro.



Por todo lo que acabo de decir, quizás por eso, con todas sus incomodidades ideológicas, las decisiones de Pardo Bazán, sus dudas, sus logros y sus derrotas, sobre todo sus preguntas, resuenan hoy con una intensidad intelectual y emocional que la hacen plenamente contemporánea y, al tiempo, todo lo extraña y diferente que debe ser una vida del pasado. En su momento, y ahora, la personalidad de Pardo Bazán aparece rotunda y, al mismo tiempo, volátil, imprecisa, difícil de aprehender, llena de ambivalencias estéticas, emocionales y políticas. En el plano largo es un personaje de una pieza. En el plano corto, es un rompecabezas. Algo que se podría decir de casi todos nosotros pero que, en este caso, resultaba y resulta especialmente inquietante. Al menos para mí lo ha sido.

Desde relativamente pronto cultivo e intento controlar su identidad pública como «la gran dama de las letras españolas» en un momento clave de consolidación de la cultura de la *celebridad*, y de la figura del *intelectual*, con todas sus ambigüedades y connotaciones de género asociadas. Siempre fue consciente de que ocupaba un lugar singular que la obligaba a gestionar

---

<sup>5</sup> Para los textos más relevantes en este ámbito, Emilia PARDO BAZÁN: *La mujer española y otros escritos*, Madrid, Cátedra, 1999, edición de Guadalupe Gómez-Ferrer.



Tras la entrega del Premio Nacional de Historia a Isabel Burdiel, con Santos Juliá y Salvador Albiñana, 2011.

«un yo femenino legible» ante un nuevo público que aunaba la valoración de los logros literarios o artísticos con el interés por las vidas privadas. Con dosis muy calculadas de transgresión respecto al prototipo de «la escritora doméstica», Pardo Bazán logró ser a un tiempo agente destacado del cambio y objeto del mismo, gestionando con gran inteligencia (aunque con costes indudables) su imagen como escritora y *mujer célebre*. Atrevida y mordaz en sus juicios, amante de las polémicas, apasionada y radicalmente antisentimental. Católica y feminista, nacionalista española militante y cosmopolita convencida, antiliberal, tradicionalista y fascinada por el progreso y por la ciencia, humanista y abiertamente elitista. Moderna y antimoderna, en Emilia Pardo Bazán se cruzan, de forma conflictiva y al tiempo profundamente creativa, las culturas y los lenguajes disponibles en su época. Quiero acabar estas notas con una cuestión, esencial desde el punto de vista ideológico y político, para entender qué fue capaz de hacer Pardo Bazán con ese cruce de culturas y lenguajes disponibles.



Tanto en su ficción como en sus ensayos, conferencias y artículos periodísticos, exploró la cuestión de cuál había de ser la misión social, política y cultural de unas élites nuevas, que hiciesen honor a la responsabilidad que ella les atribuía, capaces de afrontar los desasosiegos del mundo moderno tal y como se percibía en la Europa y la España del segundo tercio del siglo XIX. Unas élites, como he apuntado más arriba, capaces de encauzar, dirigir y crear una nación verdaderamente moderna, española y europea a un tiempo. En ese proyecto, el feminismo podía y debía convertirse en un potente factor, no solo de acceso a la ciudadanía, sino



de nacionalización española. Un terreno en el que, por supuesto, es necesario expresar todas las dudas pertinentes, no necesariamente teleológicas, en la medida en que, especialmente en su evolución final, Pardo Bazán pareció incapaz de pensar el obstáculo que para ese proyecto nacionalizador y feminista representaba el elitismo antidemocrático del que a menudo hizo gala. Ahí reside, en buena medida, su carácter de «eslabón suelto» en la gran narrativa sobre sí mismo que ha ido construyendo el feminismo y que explica, al menos en parte, el hiato al que aludía Capmany.

Lo explica pero solo en parte. También en este terreno las cosas son más complejas. Pardo Bazán fue especialmente lúcida y especialmente agresiva ideológicamente al identificar el lado oscuro del liberalismo progresista que conocía tan bien, el «fuste torcido» de sus nociones de libertad e igualdad. Precisamente por ser ahí donde insertó su análisis vital y literario de la llamada «cuestión femenina», como un problema básico de regeneración moral, política y cultural nacional. O quizás fue al contrario: su aguda percepción de la asimetría de poder social e independencia personal entre los hombres y las mujeres de la nueva élite fue lo que la hizo capaz de cuestionar el sistema en su conjunto. Al hacerlo, puso en tela de juicio la idea de progreso lineal, unívoco y omnicompreensivo que conformaba el *sentido común* profundo de todas y cada una de las corrientes liberales.

Afirmó que al conceder derechos civiles y políticos cada vez más amplios a los hombres (y al asumir los planteamientos sexistas de la ciencia del momento), el liberalismo colocaba a las mujeres en una posición de desventaja mayor que nunca porque creaba una brecha superior, *artificialmente naturalizada*, entre las esferas pública (masculina) y privada (femenina). Para Pardo Bazán, el tiempo del liberalismo y del feminismo no era el mismo. Su afirmación de la autonomía política del segundo fue algo francamente singular en su época y ha tardado mucho en asentarse en la nuestra<sup>6</sup>.

Es en esa discusión donde se aprecia su ambivalencia más intensa: un agudo sentido de comunidad nacional y un acendrado individualismo que, a su vez, oscila entre una noción de individuo como prototipo abstracto de lo humano y como ser único e irrepetible. Una tensión (en la que se cruzan los legados de la ilustración y del romanticismo) que ella identificó como la tensión crucial de su época. Por eso, dedicó buena parte de su obra y de su vida a la exploración de las ambivalencias de su generación en torno a las diversas y conflictivas nociones de qué era (o debería ser) el sujeto moderno y cómo podía integrarse o disolverse en él la categoría de *mujer* a la que tanto se resistió.

En la formación de su identidad como feminista se cruzaron tradiciones y lenguajes de denuncia muy diversos. Fue fundamental, y no solo en el plano retórico, su lectura (a veces anacrónicamente) moderna del legado del catolicismo respecto a la unidad de la especie humana, el carácter no sexuado de las almas, el libre albedrío y la idea de perfectibilidad. Una lectura muy efectiva en favor de la dignificación y los derechos de las mujeres realizada, al menos parte, a través del religioso benedictino y pensador ilustrado, Benito Jerónimo Feijoo (1676-1764), de la jurista y reformadora social Concepción Arenal (1820-1893) y de krausistas como Francisco Giner de los Ríos (1839-1915). Fue precisamente este último el que la llevó a leer a John Stuart Mill, su última y decisiva influencia intelectual.

De todo ello surgió una conciencia intensa, que la acompañaría toda su vida, aun en sus momentos políticamente más conservadores, respecto a que las mujeres eran (o debían ser) suje-

---

<sup>6</sup> Para el contexto global, Silvia BERMÚDEZ / Roberta JOHNSON (eds.): *A New History of Iberian Feminisms*, Toronto, Toronto University Press, 2018.

tos por derecho propio, al margen de su relación con los hombres, con los hijos, con la familia o incluso con la sociedad en su conjunto. La educación que habían recibido, y las presiones ambientales interiorizadas, les impedía cumplir el ideal (a su juicio tan católico como ilustrado) de la perfectibilidad y del ejercicio del libre albedrío. Las condenaba a la inmovilidad y al gregarismo mientras los hombres progresaban, cambiaban y se diferenciaban. Les robaba a su destino «toda significación individual, no dejándole sino la que puede tener relativamente al varón»<sup>7</sup>.

Nunca creyó, por lo tanto, como George Eliot o Concepción Arenal por ejemplo, que las mujeres tuviesen una naturaleza o unas disposiciones particulares (ligadas fundamentalmente a la maternidad) que las hiciesen más empáticas, moralmente superiores, más capaces para la solidaridad social e interindividual. Para ella, el verdadero progreso y la verdadera igualdad solo podían asentarse sobre el reconocimiento radical de su individualidad y de sus diferencias internas. El intento de anularlas constituía a su juicio el fuste torcido de la modernidad y la raíz de las tentaciones autoritarias del liberalismo y de la democracia. Por eso, su reclamación de la igualdad de derechos para las mujeres se realizó siempre en nombre de la individualidad. No habría verdadera igualdad hasta que las mujeres pudiesen ser tan distintas entre sí como, a su juicio, lo eran los hombres entre ellos. «En nombre del individualismo reclamo la igualdad de los sexos»<sup>8</sup>.

En nombre de ese individualismo y de su crítica a la desigualdad de los sexos se negó, por ejemplo, a tomar partido entre los aliadófilos y los germanófilos durante la I Guerra Mundial con un desarrollo argumentativo similar al que luego haría célebre Virginia Woolf en *Three Guineas* (1938). Mientras a las mujeres se les negaba su capacidad de influir en la discusión pública no aceptaría nunca que se la obligase a tomar posición política. «Los partidos graves, conservadores, tienen sus damas blancas; los radicales, sus damas rojas. Lo que no tiene partido alguno, que yo sepa, en su programa, es un artículo por el cual se pida y se conceda, llegado el momento, los derechos políticos a la mujer. Y mientras un partido no abrace esta causa, no me inscribiré en sus filas»<sup>9</sup>. Hizo algo más, y mucho más arriesgado en su momento: negó cualquier identificación esencialista entre feminismo y pacifismo. Probablemente no había leído *¡Abajo las armas!* de Bertha von Suttner (1889), pero cuando desde el Comité Internacional de la Paz se le pidió adhesión se negó a hacerla explícita: «No habría cosa más pueril (y la mujer debe evitar ante todo parecerse al niño) que creer en sentimentales aproximaciones de razas, naciones y pueblos a quienes impulsa un estímulo de engrandecimiento y de expansión comercial»<sup>10</sup>. Por ello se alejó del feminismo y del pacifismo católico de otras escritoras españolas como Sofía Casanova (1861-1958), incrementando su aislamiento y su fama de mujer ruda y varonil.

En todo caso, su radical antisentimentalismo, su impugnación del régimen sentimental distinto que su época prescribía para las mujeres, tuvo la calidad de un bisturí que diseccionaba mitificaciones que, a su juicio, coartaban la individualidad de las mujeres en nombre de una supuesta y esencial superioridad moral ligada, como he dicho, a una relación especial, natural, con la maternidad. Madre reconocidamente satisfecha de tres hijos, consideró siempre la maternidad como una función temporal y adventicia: «No puede someterse a ella entera la vida [...]. Todas las mujeres conciben ideas, pero no todas conciben hijos». El ser humano no es un árbol frutal que solo se cultiva por la cosecha». Un árbol que no da fruto sigue siendo un árbol. La educa-

---

<sup>7</sup> Emilia PARDO BAZÁN: «La educación del hombre y la mujer» (1892), en *La mujer española y otros escritos...*, pp. 152-153

<sup>8</sup> Emilia PARDO BAZÁN: «Stuart Mill», en *La mujer española y otros escritos...*, p. 226.

<sup>9</sup> Emilia PARDO BAZÁN: *La Nación*, Buenos Aires (11 de enero de 1915).

<sup>10</sup> Emilia PARDO BAZÁN: *La Nación*, Buenos Aires (28 de noviembre de 1915).

ción al respecto de las mujeres no podía «llamarse tal *educación*, sino *doma* (y poda), pues se propone por fin la obediencia, la pasividad y la sumisión». Algunas de sus páginas más memorables, en la ficción y en el periodismo, tratan de los asfixiantes y crueles métodos de disciplinización de las mujeres, de las niñas<sup>11</sup>. En ese aspecto crucial de la interrelación entre violencia e idealización de la maternidad –y a pesar de su evidente conservadurismo en otros aspectos considerados, desde cierta noción de la historia y la política, más definitorios– desbordó con creces los planteamientos de todas las escritoras de su generación y de la gran mayoría de las que la sucedieron, incluso entre el feminismo liberal, republicano o socialista.

Planteo así, más como un programa de análisis que como una propuesta acabada, que sería quizás necesario reflexionar sobre la forma en que Pardo Bazán, para lograr *el poder de nombrarse*, de *crearse a sí misma* como «la gran mujer de letras» española, insistió en hablar como feminista pero se resistió siempre a hacerlo como mujer, en el sentido convencional o esencialista del término. Creo que explorar esa tensión requiere una perspectiva dinámica, que cruce tiempos y contextos varios, capaz de dar cuenta de en qué términos y momentos, cuándo y con qué variaciones a lo largo de su vida y de su obra cuestionó, propició o asumió una lectura que tuviese en cuenta el sexo de su autora. De qué manera o maneras intentó resolver el dilema autorial femenino, clásico al menos desde Mary Wollstonecraft, del intelectual sexualmente neutro<sup>12</sup>.



Desde todos estos puntos de vista, la noción convencional de qué es *lo político* y de cuáles son las divisiones ideológicas fundamentales se alarga y se hace mucho más compleja a través de la obra y la biografía de Pardo Bazán. Sin ser ella representativa de nadie más que de sí misma, su mirada sobre el mundo que le tocó vivir ilumina el pasado y nuestro conocimiento sobre él haciéndolo más plural y más lleno de historia/s.

Como he dicho al principio, trabajar sobre todo ello –desde ese cruce de la ideología, la política y la cultura– me ha descubierto el último tercio del siglo XIX y primeras décadas del XX de una forma que no preveía, demostrándome, en lo más concreto, que no existe algo unívoco y lineal que podamos denominar un individuo, un tiempo, una época o un contexto. Existen siempre varios tiempos en un tiempo, varias épocas en una época y varios contextos que se cruzan, confunden o enfrentan. Por eso siempre hay, potencialmente, varios individuos en cada individuo, un conglomerado de tendencias y posibilidades que pueden entrar en conflicto o alimentarse mutuamente; casi siempre ambas cosas a la vez. Con mayor o menor intensidad según los casos, todos los individuos son potencialmente encrucijadas, híbridos, de condiciones variadas, de posibilidades de ser y actuar. Pardo Bazán, desde luego, lo fue. Alguien que, con todas sus ambivalencias, fue capaz de engendrar el tiempo que la engendró: lo que Siegfried Kracauer ha denominado la *extraterritorialidad* del genio auténtico. Simultáneamente excéntrico y situado. Aquel que escapa a su época y a la vez es inconcebible fuera de ella porque, a través de sus obras, en el centro mismo del proceso creativo, se encuentran y operan las condiciones de su tiempo o, más exactamente, de los tiempos que le ha tocado vivir<sup>13</sup>.

11 Emilia PARDO BAZÁN: «La educación del hombre y de la mujer», en *La mujer española y otros escritos...*, pp. 162 y 169.

12 Mary WOLLSTONECRAFT: *Vindicación de los derechos de la mujer* (1792), Madrid, Cátedra, Feminismos, 1994.

13 Siegfried KRACAUER: *Las últimas cosas antes de las últimas*, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2010, esp. p. 109. He desarrollado las ideas aquí presentadas en Isabel BURDIEL: *Emilia Pardo Bazán*, Madrid, Taurus, 2019.



## **Sobre la primacía de lo cultural en los estudios sobre los nacionalismos\***

**Mariano Esteban de Vega**

Universidad de Salamanca

\* Este trabajo forma parte de las actividades del proyecto de investigación con referencia HAR2017-87557-P, correspondiente al Programa Estatal de Fomento de la Investigación Científica y Técnica de Excelencia, Convocatoria 2017.

**E**l paso «de la ideología a la cultura», la primacía de lo cultural en los estudios históricos respecto de la que en otro tiempo gozó lo social, es sin duda uno de los elementos que mejor definen la evolución de la historiografía en las últimas décadas, aquellas en las que se ha desarrollado la vida profesional de Carlos Forcadell. El propio Forcadell se ha referido a este proceso en varias ocasiones:

Cultura, identidad, memoria, [son] conceptos que, como es visible y sabido, ocupan un espacio progresivamente más amplio desde hace algunos años en las preocupaciones o perspectivas epistemológicas del oficio [...].

El desplazamiento de la anterior centralidad de la historia social a la hegemonía de la historia cultural se ha producido, con tanta rapidez como intensidad en la década de los años noventa [...].

[Se trata de] un veloz y visible desplazamiento de temas, métodos y preocupaciones desde lo que podemos llamar, con trazo y brocha gorda, historia social clásica, hasta la llamada historia cultural<sup>1</sup>.

Hace ya quince años que se escribieron estas palabras y las cosas no solo no han cambiado desde entonces, sino que probablemente este desplazamiento se ha profundizado. Quizá –como indica un joven historiador formado ya en este giro– asistamos hoy a un cuestionamiento todavía más radical de las formas de hacer historia, que podría resumirse no solo en este giro «de lo ideológico a lo cultural», sino en el paso «de la estructura a los sujetos» o, mejor incluso, «de los sujetos estructurales» (el historiador tiene una idea previa, de clase, de nación, de género, etc., y luego la hace encajar en fuentes empíricas, buscando casos que apoyen el resultado estructural que quiere obtener) «a las estructuras de sujetos» (es decir, la idea de que las abstracciones colectivas solo existen a través de agregados sociales diversos y conflictuales y que operan con algún tipo de dinámica colectiva que se manifiesta en ellos)<sup>2</sup>.

Pero no es en esta línea en la que pretende profundizar este trabajo sino en constatar particularmente la existencia de este «giro cultural» en el estudio de los nacionalismos, uno de los

---

1 Carlos FORCADELL: «La historia social, de la 'clase' a la 'identidad'», en Elena HERNÁNDEZ-SANDOICA / Alicia LANGA (eds.): *Sobre la historia actual. Entre política y cultura*, Madrid, Abada, 2005, pp. 15-35, esp. p. 17.

2 Raúl MORENO ALMENDRAL: «La nación de los sujetos: propuestas para una investigación de los fenómenos nacionales a comienzos de la época contemporánea», *Rúbrica contemporánea*, 11 (2017), pp. 5-23.

terrenos que ha concentrado una parte más elevada de la producción historiográfica española en las últimas décadas. En él se ha producido una renovación muy significativa, que obedece a múltiples factores, ligados unos a ese cambio general de panorama intelectual, otros a la irrupción de paradigmas interpretativos muy potentes y otros, en fin, a un cambio generacional que si ha sido muy perceptible en el conjunto de la historiografía española quizá lo haya sido aún más en este campo.

## Los primeros pasos de un nuevo campo de estudio

Podríamos tomar como punto de partida en la consideración de este cambio el que trazaba Justo Beramendi en 1992, en un artículo de la revista *Historia Contemporánea*, titulado «La historiografía de los nacionalismos en España», una especie de estado de la cuestión en esa fecha<sup>3</sup>. Fue a finales de los años sesenta y durante los setenta, decía Beramendi, cuando nació académicamente en España el estudio de los nacionalismos. Por un lado, el desarrollo político de los nacionalismos periféricos, al final del franquismo y durante la transición a la democracia, exigía recuperar y ampliar el discurso autoafirmativo de la preguerra, y ello explica la floración de escritos que, en la órbita de un historicismo nacionalista más o menos *aggiornato*, buscaron recuperar la historia de naciones y nacionalismos como arma de combate contra el franquismo españolista. Pero, por otro lado, también surgió entonces un enfoque cualitativamente nuevo, en conexión con la filiación política de sus autores (Jordi Solé Tura, Isidre Molas, Antonio Elorza, Javier Corcuera, etc.), en el que la inspiración teórica dominante era de origen marxiano, y más concretamente del marxismo francés, sobre todo en la versión de algunos hispanistas muy influyentes, como Pierre Vilar. En este enfoque –esa era la principal novedad– se pretendía analizar y explicar los nacionalismos, al menos en algún grado, en su relación con la sociedad y el marco político institucional en que se desarrollaron, y no como meras emanaciones de un ser nacional preexistente; el nacionalismo se percibía ya, por tanto, como un fenómeno histórico dinámico, plural y contradictorio, tanto en sus bases sociales como en sus formulaciones ideológicas y prácticas políticas.

El protagonismo metodológico del marxismo en esta primera generación de historiadores españoles del nacionalismo aportaba, pues, una visión diferente. Pero también llevaba aparejados algunos lastres. Sobre todo, fue compatible con un neoesencialismo del que derivaron muchas historias patriótico-revolucionarias, en sintonía con los nacionalismos periféricos, continuadoras en realidad del historicismo tradicional. La influencia marxista, además, achicó el espacio para otras influencias posibles, en particular de la sociología anglo-americana, que utilizaba otros conceptos (etnicidad, etnocentrismo, *nation-building*, etc.), y que había introducido nuevos objetos de estudio como la función del Estado en la génesis de los nacionalismos y la relación entre estos y los procesos de nacionalización de la sociedad, cuestiones que aquí tardaron mucho más en plantearse. Temáticamente fue también muy selectiva, pues produjo avances significativos en el conocimiento de los nacionalismos periféricos, sobre todo del nacionalismo catalán, mientras que no abordó apenas el nacionalismo español o la interacción entre nacionalismos. En todo caso, sigue indicando Beramendi, se debe a esta época que la práctica profesional adquiriese una dinámica relativamente autónoma, y que las investigaciones pasaran ya a centrarse en los nacionalismos y en su relación con las sociedades que los engendraban, no tanto en las naciones entendidas al modo convencional.

---

3 Justo BERAMENDI: «La historiografía de los nacionalismos en España», *Historia Contemporánea*, 11 (1992), pp. 135-154.

Sobre la base de estos estudios realizados al final del franquismo y en la época de la transición, los años ochenta asistieron a un incremento de trabajos y a algunos progresos. De hecho, «el rasgo más sobresaliente es la notable expansión productiva que da lugar al crecimiento de los núcleos de investigación consolidados y al nacimiento de otros nuevos, lo que se traduce en una gran acumulación de conocimientos positivos en casi todos los ámbitos territoriales y temáticos»<sup>4</sup>, aunque siguió sin solucionarse el problema apuntado más arriba de la casi completa ausencia de estudios sobre el nacionalismo español y sobre su relación dialéctica con los restantes. Además, en esta década los avances no impidieron que, paradójicamente, se produjera un alejamiento respecto de las pautas investigadoras de otros países, que entonces se estaban renovando radicalmente hasta culminar en la aparición de una serie de obras, hoy clásicas (de Gellner, Anderson, Hobsbawm y otros), que supusieron la configuración de un nuevo paradigma interpretativo del fenómeno nacional, «modernista» y «constructivista», enseguida ampliamente mayoritario en la historiografía internacional en la materia. Esta renovación tardó, no se trasladó inmediatamente, sin embargo, a nuestra historiografía. El elemento diferencial más importante era entonces, según Fernando Molina, que los historiadores españoles seguían asumiendo una interpretación de la nación aún en clave primordialista, en tanto que experiencia histórica anterior al nacionalismo; por el contrario, el nuevo paradigma había convertido la nación en producto del nacionalismo<sup>5</sup>.

## Constructivismo y procesos de nacionalización

El punto de inflexión al respecto, el que en este sentido implicó una progresiva «normalización» de la historia del nacionalismo en España, se sitúa, como ha indicado el propio Fernando Molina, a comienzos de los años noventa, en torno al congreso internacional sobre nacionalismo celebrado en septiembre de 1993 en Santiago de Compostela. El evento reunió a una nómina extraordinaria de autores de gran prestigio internacional y en él resultó manifiesta la hegemonía académica alcanzada por el paradigma constructivista, que a partir de entonces comenzó a trasladarse a España.

En efecto, la producción historiográfica española de los últimos años del siglo XX y primeros del siglo XXI adquirió nuevos perfiles. Por un lado, los estudios sobre el nacionalismo catalán comenzaron a estancarse, salvo en los trabajos renovadores de Fradera y, sobre todo, de Marfany, acogidos con notable hostilidad en el entorno académico catalán, y, en relación con otros discursos nacionalistas españoles, por las publicaciones de Ucelay, Duarte o Canal. El modernismo constructivista afloró también en la historiografía vasca, a partir de trabajos tempranos de Jon Juaristi continuados por varios grupos muy potentes en cantidad y calidad (García de Cortázar, Granja, Castells, Montero, Rivera, etc.). Tuvo lugar también una renovación muy significativa en el estudio del galleguismo, en el que a las aportaciones de Beramendi se unieron las de Núñez Seixas. Finalmente, las investigaciones sobre el nacionalismo español emergieron

---

4 *Ibid.*, p. 147.

5 Fernando Molina advierte, agudamente, sobre cómo los historiadores abrazaban entonces una narrativa que venía a dar por supuesto el éxito de los nacionalismos subestatales «modernos» (particularmente el catalán) y el fracaso del estatal español, intrínsecamente reaccionario. La expresión culminante de este modelo interpretativo fue la tesis de la «débil nacionalización», aunque también esta tesis fue rechazada, por demasiado constructivista, en el ámbito académico catalán más expresamente comprometido con el proceso de construcción nacional de Cataluña. Fernando MOLINA APARICIO: «Rescatar la historia de la nación. Una historia de la historiografía del nacionalismo en España», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 35 (2018), pp. 43-79, esp. pp. 48-50.



ya con fuerza, aunque todavía circunscritas al análisis de los discursos, y a los trabajos pioneros de Andrés de Blas se unieron los de Álvarez Junco, en particular su «Mater Dolorosa», convertida desde su publicación en 2001 en obra de referencia, incluso –como sucedió en los primeros trabajos de Ferran Archilés– para ser sometida a revisión crítica<sup>6</sup>.

Pero lo que nos interesa sobre todo destacar aquí es lo que este cambio significó de desplazamiento desde lo «ideológico a lo cultural». Inicialmente, el pasado de los nacionalismos había sido reconstruido sobre todo a través de acontecimientos y actores de signo político e ideológico: estudios de partidos y movimientos sociales, discursos de líderes e ideólogos, etc. Ahora, bajo la influencia del nuevo paradigma modernista, el énfasis pasó a ponerse en la construcción de las identidades colectivas, en las que el elemento cultural resulta decisivo. Y en este entorno emergió una nueva categoría de análisis, la nacionalización, llamada a tener un peso considerable desde entonces. Como suele suceder, al principio hubo muchos más llamamientos a la conveniencia de abordar ese campo que ocasiones reales en las que se abordó. Sin embargo, el estudio de los procesos de nacionalización acabó convirtiéndose en protagonista de los estudios sobre los nacionalismos en España a comienzos del nuevo siglo.

Este es el contexto en el que se inserta el proyecto promovido en 2004 por Justo Beramendi de emprender una investigación colectiva en torno al proceso de nacionalización española. Entonces el nacionalismo español se había convertido ya en el eje de la producción historiográfica sobre el tema, pero empíricamente se había centrado en los discursos nacionales de las elites, particularmente de las madrileñas, ligadas al centro del Estado, dejando al margen otras aportaciones periféricas y, sobre todo, sin preocuparse del arraigo social de esos discursos. Sin embargo, como indicaba el propio Beramendi, en la línea de los estudios sobre la nacionalización de las masas realizados en otros países, el problema en torno al cual debía girar la investigación sobre los nacionalismos en España consistía en tratar de explicar por qué España, un Estado pluriétnico de principios de la Edad Moderna, que había conservado su unidad política durante siglos y mantenido un carácter uninacional hasta finales del siglo XIX, había conocido desde inicios del XX el desarrollo de nuevos y vigorosos nacionalismos. No estaba clara aún la respuesta, pero sí que para resolver el problema no bastaba con analizar los discursos nacionales, sino que había que averiguar las relaciones de dichos discursos con la sociedad, evaluar en qué medida esta asumía que constituía la nación que proclamaban los nacionalistas. Y dicha tarea solo podía enfrentarse «desde abajo», es decir, prestando atención a las variantes locales, provinciales y regionales de la cuestión<sup>7</sup>. El planteamiento de esta investigación se situaba así en sintonía con otro giro, el «giro local», que ya había experimentado la historiografía europea sobre los nacionalismos y que entonces empezó a conocer también la española<sup>8</sup>.

---

<sup>6</sup> *Ibid.*, pp. 57 y ss.

<sup>7</sup> Esta era, en síntesis, la propuesta de investigación que presentó Justo Beramendi a varios grupos de otras universidades a finales de 2004 y que fue discutida en el encuentro «Nacionalismo español y nacionalización española», celebrado en el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales en mayo de 2006. Cfr. Justo BERAMENDI: «Algunos aspectos del *nation-building* español en la Galicia del siglo XIX», en Javier MORENO LUZÓN (coord.): *Construir España: nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Madrid, CEPC, 2007, pp. 25–58.

<sup>8</sup> De particular interés al respecto es el artículo de Celia APPLEGATE: «A Europe of Regions: Reflections on the Historiography of Subnational Places in Modern Times», *The American Historical Review*, 104–4 (1999), pp. 1157–1182. El impacto del debate en la historiografía española puede verse especialmente en el dossier de la revista *Ayer*, coordinado en 2006 por Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS, titulado «La construcción de la identidad regional en Europa y España (siglos XIX y XX)». Posteriormente, en esta línea, Eric STORM: *The Culture of Regionalism: Art, Architecture and International Exhibitions in France, Germany and Spain, 1890–1939*, Manchester, Manchester University Press, 2010; y «La cultura regionalista en España, Francia y Alemania: una perspectiva comparada, 1890–1937», *Ayer*, 82 (2011), pp. 161–185.



Mariano Esteban –en primer término–, Mauro Moretti, Miquel A. Gelabert, Pilar Aznar y Paola Carlucci. Zaragoza, 2013.

Fruto de aquel cambio de perspectiva fue, en primer lugar, que en el ámbito de los discursos nacionales las elaboraciones teóricas de los ideólogos, las declaraciones de los políticos, las posturas de la prensa o las acciones de los partidos, organizaciones y movimientos respecto de la nación que surgían del centro madrileño, se vieron complementadas por la consideración de los procedentes de la periferia territorial, catalana, vasca, gallega o incluso castellana. Más relevante aún, la consideración del papel central del Estado como agente nacionalizador (a través de la educación, el ejército o la administración) perdió peso en relación a otros protagonistas: algunos de ellos públicos (los ayuntamientos y las diputaciones provinciales), pero otros privados, es decir, iniciativas y agentes particulares, emanadas de la sociedad civil y su tejido institucional, como la prensa, los medios de comunicación y las redes asociativas o, a menudo en lugar preminente, la Iglesia católica. Por otro lado, los ámbitos municipales y provinciales pasaron a ocupar un lugar relevante en el escenario de la construcción nacional, desde la idea de que, también «desde abajo», las identidades locales fueron a menudo complementarias de la nacional, incluso un cauce privilegiado para su expresión. Al interés analítico por los discursos sobre la nación se sumó la consideración de las movilizaciones, los símbolos y los mitos, el arte y la cultura, así como identidades mediadoras como el género o la religión. En cuanto a la penetración social de estos mensajes y la efectiva construcción social de las identidades nacionales por grupos e individuos, mucho más difícil de caracterizar, pudo acreditarse al menos la plena y creciente identificación con el imaginario español de los estratos superiores de la sociedad desde el inicio de la contemporaneidad, aunque el balance fuera más difícil de realizar respecto de las clases populares, sobre todo en el mayoritario campesinado.

En otro lugar hemos dado cuenta de las principales aportaciones surgidas de aquel proyecto colectivo promovido por Justo Beramendi y asumido finalmente por grupos de investigación de cuatro universidades (Autónoma de Barcelona, País Vasco, Salamanca y Santiago de Compostela), que celebraron cuatro congresos conjuntos entre 2009 y 2018 y publicaron sus correspondientes ediciones<sup>9</sup>. Lo relevante en este caso es que dichas aportaciones resultan representativas de la evolución de la historiografía española sobre los nacionalismos en los últimos quince años, en la que se han introducido nuevas perspectivas de análisis, siempre en la línea ya señalada de la preminencia de los enfoques culturales, que han hecho crecientemente rico y complejo el estado de la cuestión actual.

### **Nuevos enfoques, nuevos autores: el giro hacia la individuación**

El congreso que en 2015 celebraron estos grupos en Vitoria, bajo el título «Factores de nacionalización en la sociedad española contemporánea» puede considerarse particularmente significativo del panorama apuntado. En la presentación del volumen que recogía estos trabajos, Félix Luengo y Fernando Molina constataban cómo, a nivel general, el concepto de «nacionalización» estaba sustituyendo progresivamente en el ámbito académico al de *nation building* y, en ocasiones, al de nacionalismo, «demasiado encorsetados, el uno, en un paradigma modernizador un tanto trasnochado y, el otro, en una concepción política e ideológica de la nación que tiende a hacer abstracción de su poderosa dimensión cultural y simbólica». Este proceso se estaría verificando también en la historiografía española, que comenzaba a reemplazar «un concepto demasiado cerrado de la nacionalización por otro más abierto e integrador de las diversas vertientes de ese fenómeno». Los ejemplos de este nuevo tipo de aproximación al tema lo encontraban en varias obras publicadas en los años inmediatamente anteriores: tras el libro de Alejandro Quiroga sobre la nacionalización en la dictadura de Primo de Rivera, editado en 2008, destacaban sobre todo dos aproximaciones generales a la cuestión, una del propio Fernando Molina y Miguel Cabo, publicada en 2012 y otra de Francisco J. Caspistegui publicada en 2014; y dos dossieres de revistas dedicados al fenómeno, titulados «La nacionalización en España», coordinado por Alejandro Quiroga y Ferran Archilés para la revista *Ayer* en 2013 y «La nacionalización en la España contemporánea», dirigido por Fernando Molina para la revista *Rúbrica Contemporánea* (entonces en prensa y finalmente aparecido en 2017, bajo el título «La nueva historiografía del nacionalismo en España»)<sup>10</sup>.

En efecto, nuevos conceptos, como «nacionalismo personal», «nacionalismo cotidiano» o «experiencias de nación», coincidentes en concebir la nación como una narración, que los individuos adaptan, venían a dar respuesta a una parte importante de los problemas planteados hasta entonces sobre la necesidad de calibrar la recepción social de los mensajes nacionalistas y la conveniencia de entender los grupos sociales y los individuos no como meros receptores de dichos mensajes, sino también como partícipes en la construcción de los mismos. En una reseña del libro que recogía los resultados de este congreso, Raúl Moreno Almendral advertía con acierto la singularidad de que en él se reunieran ya aportaciones de varias genera-

<sup>9</sup> Mariano ESTEBAN DE VEGA: «El proceso de nacionalización española. Balance aproximativo de un proyecto», en Justo BERAMENDI / Miguel CABO / Lourenzo FERNANDEZ PRIETO / Alfonso IGLESIAS AMORÍN (eds.): *La nación omnipresente. Nuevos enfoques sobre los procesos de nacionalización en la España contemporánea*, Granada, Comares, 2020, pp. ix-xxiv.

<sup>10</sup> Félix LUENGO TEIXIDOR / Fernando MOLINA APARICIO (eds.): *Los caminos de la nación. Factores de nacionalización en la España Contemporánea*, Granada, Editorial Comares, 2016, pp. 13 y ss.

ciones académicas dedicadas al estudio de la nacionalización en España, cada una de las cuales –añadimos nosotros– adoptaba una perspectiva de análisis relativamente diferenciada. De hecho, el propio Moreno Almendral, perteneciente a la más joven de esas generaciones, iba más allá en su valoración de esta obra y observaba también «un cierto lastre teórico» en muchos de los trabajos publicados: lo peor era, en su opinión, que «a un nivel implícito se sigue concibiendo a la nación como algo que «es» (concepción ontológica), y no como algo «que pasa/ocurre» (concepción fenomenológica)»; la nacionalización, a su juicio, no sería un proceso de comunicación social en el que un mensaje «se emite» a través de unos «canales» y después «se recibe» con mayores o menores adaptaciones, sino que «la única manera de estudiar la nación como una experiencia a la vez individual y colectiva, en continua reproducción y siempre potencialmente conflictiva» sería «pasar a un modelo de interacción asimétrica y una verdadera vuelta al sujeto»<sup>11</sup>.

También habían surgido nuevas vías para abordar la cuestión clave del paso de la uninacionalidad española del siglo XIX a la plurinacionalidad del XX y XXI. Se trataba sobre todo de distinguir entre diferentes espacios (la esfera pública, la semipública y la privada, siguiendo la categorización propuesta por Alejandro Quiroga), de la que resultarían a su vez distintas «experiencias de nación» (en la expresión de Ferran Archilés), es decir, en vivencias diversas que permiten a un individuo identificarse como nacional y que son comunicadas de forma narrativa<sup>12</sup>.

Podría decirse así que en los últimos años, a partir de aportaciones de diferentes generaciones de historiadores, ha terminado configurándose un campo de estudio consolidado, con enfoques diversos surgidos de experiencias formativas y prácticas de investigación también diversas. Con problemas muy parecidos a los de la historiografía sobre el tema de otros países, entre los cuales se encuentra la pervivencia de un nacionalismo académico que no acaba de superarse, como ha mostrado recientemente la eclosión del secesionismo catalán. Sin el decalaje teórico que en otro tiempo la singularizaba, pues también aquí el constructivismo es la «ortodoxia dominante», pero tiende a no constituir ya un paradigma cerrado e incorporar cada vez más aportaciones etnosimbolistas que inciden en la fundamentación cultural de las identidades nacionales<sup>13</sup>. Y con un creciente protagonismo de una nueva generación que, en palabras

---

<sup>11</sup> *Pasado y memoria. Revista de historia contemporánea*, 17 (2018), pp. 560-563.

<sup>12</sup> Alejandro QUIROGA: «Les tres esferes. Cap a un model de la nacionalització a Espanya», *Segle XX*, 4, (2011), pp. 144; y «La nacionalización en España. Una propuesta teórica», *Ayer*, 90 (2013), pp. 17-38. Ferran ARCHILÉS: «¿Experiencias de nación? Nacionalización e identidades en la España restauracionista (1898-c. 1920)», en Javier MORENO LUZÓN (coord.): *Construir España: nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Madrid, CEPC, 2007, pp. 127-151; y «Lenguajes de nación. Las 'experiencias de nación' y los procesos de nacionalización: propuestas para un debate», *Ayer*, 90 (2013), pp. 91-114. Fernando MOLINA APARICIO: «La nación desde abajo. Nacionalización, individuo e identidad nacional», *Ayer*, 90 (2013), pp. 39-63.

<sup>13</sup> No faltan, sin embargo, avezados especialistas en detectar «esencialismos» en cuantos manifiestan su insatisfacción con el paradigma modernista, incluso en las aportaciones de Anthony Smith, «autor claramente cercano a las tesis esencialistas» según Pérez Garzón. Ni tampoco, en otra órbita, quienes sostienen con aplomo que «las conceptualizaciones sobre mitos y leyendas de Hobsbawm han sido utilizadas a menudo para estigmatizar los nacionalismos periféricos y sus historiografías», dentro de una «ofensiva abiertamente descalificadora de las narraciones del pasado y de los historiadores de las comunidades autónomas que no comulgan con la narración «unitaria» de la historia española, abanderada por las élites culturales y políticas del Estado». Respectivamente, Juan Sisinio PEREZ GARZÓN: «Evolución y rasgos de las historiografías de los nacionalismos en España», en César RINA SIMÓN (ed.): *Procesos de nacionalización e identidades en la península ibérica*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 2017, pp. 47-74, esp. p. 62; y Giovanni C. CATTINI, «Mitos y tradiciones en la configuración de los nacionalismos. Un debate historiográfico internacional y una aproximación galaico-vasca-catalana (1970-2015)», *Murguía. Revista Galega de Historia*, 37 (2018), pp. 125-139, esp. pp. 126 y 138.

de Fernando Molina, ha modificado radicalmente modos de trabajo –imponiéndose las dimensiones culturales sobre otras– y maneras de tramar el relato del pasado (del paradigma melancólico de la excepcionalidad y el fracaso al de la normalización internacional que subraya la complejidad de las prácticas nacionalizadoras). Y que en los últimos años ha consolidado el «giro individual», junto a otras aportaciones posmodernas como la tesis del nacionalismo banal o la teoría contextual de Rogers Brubaker, como las tendencias hoy más prometedoras en los estudios sobre nacionalización.

Quizá esta nueva generación sea capaz, definitivamente, de generar la interlocución con otras historiografías y con la propia teoría del nacionalismo formulada desde la ciencia social internacional que tantas veces hemos añorado como horizonte de normalización definitiva, signifique esto lo que pueda significar. Aunque, como también escribió Carlos Forcadell, «la renovación historiográfica, afortunadamente, nunca cesa, e incluso es tan múltiple, polifónica y veloz que resulta difícil seguir de cerca tantas propuestas de tantos 'intérpretes ansiosos' que pueblan los bosques», recordando la metáfora de Clifford Geertz que utilizaba a menudo Juan José Carreras. Por ello, también convendría, como igualmente escribió Forcadell con la sensatez y el buen sentido que han caracterizado siempre su obra historiográfica, «evitar el viejo y repetido pecado de soberbia»<sup>14</sup>.

---

**14** «La historia social clásica renovó profundamente el conocimiento del pasado, pero al reclamar la centralidad para su práctica historiográfica cayó en un viejo y repetido pecado de soberbia, el mismo que tienta hoy a una historia cultural que también ha ampliado profundamente el conocimiento y el método históricos», Carlos FORCADELL: «La historia social, de la 'clase' a la 'identidad'», p. 17.



# **Libre e independiente: historia de un sintagma**

**José María Portillo**

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea

«Las Provincias del Río de la Plata se constituyen en Estado libre e independiente»; «que sus provincias son y deben ser desde hoy, de hecho y de derecho, Estados libres, soberanos e independientes»; «La Nación española es libre e independiente»<sup>1</sup>. Cuando se refirieron a la comunidad política que constituían, la mayoría de las constituciones del mundo hispano incluyeron ese sintagma que refería las dos condiciones esenciales de las naciones.

Aparecía también en el primer artículo de la constitución haitiana de 1805, anunciando la conveniencia de formar «un Estado libre, soberano e independiente». Anteriormente, había sido utilizado en el Congreso Continental de las colonias británicas en América del Norte al declarar su independencia de Gran Bretaña. Cuando, siguiendo el borrador elaborado por Thomas Jefferson, la comisión encargada de extender el documento afirmó que las colonias unidas debían por derecho ser «Estados libres e independientes», estaba ciertamente inaugurando un uso político de un lenguaje que enseguida se extendería a otras declaraciones y constituciones<sup>2</sup>.

Como demostró con el estudio de numerosos documentos Pauline Maier, esa comisión de cinco hombres no estaba en absoluto improvisando. Previamente a la Declaración se habían producido en las colonias británicas decenas de textos en los que se solicitaba y proponía como única solución posible a la crisis imperial disolver los vínculos con la corona británica. Entre esas propuestas las hubo que echaron mano del sintagma. La historiadora norteamericana insistió debidamente en la conciencia que puede advertirse entre los redactores de aquellos documentos acerca de la trascendencia del acto que se proponían llevar a cabo. Thomas Jefferson, autor también del preámbulo de la constitución de Virginia, utilizó deliberadamente como modelo de documento la declaración, es decir, un tipo concreto de manifestación que tenía que ver con un anuncio solemne de graves consecuencias políticas. El que tenía más a mano era sin duda la Declaración hecha por el parlamento inglés en 1689, aunque respecto a ella cam-

---

1 *Proyecto de Constitución para las Provincias del Río de la Plata*, 1813; *Declaración de independencia de Venezuela*, 1811; *Constitución política de la Monarquía Española*, 1812.

2 David ARMITAGE: *The Declaration of Independence. A Global History*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2007.



biaron cosas relevantes, como la definición de la tiranía y la alusión a los hombres de Virginia también como libres e independientes<sup>3</sup>.

Respondiendo a la petición realizada a las ciudades por la legislatura colonial de la bahía de Massachusetts para conocer su opinión respecto a la independencia, la ciudad de Malden respondió de una manera que reflejaba el sentir general que reflejaba la ideología *Patriot* que animaba la revolución norteamericana. El problema, decían los ciudadanos de Malden, no era el imperio sino el gobierno. Más aún, no era el gobierno como institución sino la práctica de un gobierno que vulneraba los intereses imperiales de los colonos americanos y que además se proponía esquilmarlos sin su consentimiento<sup>4</sup>. Lo que interesa aquí es recordar el lenguaje utilizado por esta ciudad para elaborar su argumento en favor de la independencia. El «amor filial» que habían tenido siempre al rey y al pueblo británicos se había esfumado en el momento en que Gran Bretaña había dejado de interpretar su papel de *parent State*. Una vez confirmado esto ya no había vuelta atrás, ni siquiera bajo la promesa de volver a 1763. Lo único que cabía era reconocer el hecho de que «América debe ser un Estado libre e independiente»<sup>5</sup>. Constituir una *self-governing association* se derivaba del hecho de reunir las condiciones de ser un *free and independent people*<sup>6</sup>.

La historiografía que se ha ocupado de la cultura política que generó la Declaración de Independencia norteamericana ha señalado como una de las lecturas más influyentes en Filadelfia la obra de Emmerich de Vattel sobre el derecho de gentes. Andaba «en las manos de los miembros de nuestro Congreso» y se usaba a menudo cuando se quería ser más preciso en las definiciones políticas<sup>7</sup>. Muy posiblemente Vattel sirvió también para transmitir un concepto de especial utilidad para los colonos norteamericanos en el trance de decidir su separación de la monarquía británica. Al principio de su conocida obra, Vattel afirmaba respecto de las naciones o Estados (sinónimos desde la primera línea) que «se componen de hombres naturalmente libres e independientes»<sup>8</sup>. Esta definición tenía una consecuencia directa para quien proponía concebir las naciones o Estados como personas morales, es decir, como comunidades organizadas y reconocidas, capaces de expresarse y actuar por sí mismas: «Las Naciones son libres e independientes puesto que los hombres son naturalmente libres e independientes». Esa condición es la que habilitaba a cada nación para decidir por sí misma sin dependencia de la voluntad de otras. De ahí deducía Vattel la tercera condición esencial de una nación: «Siendo las Naciones libres, independientes e iguales [...] [se opera] [...] una perfecta igualdad de derechos entre las naciones [...]»<sup>9</sup>.

Esto era exactamente lo que iban buscando los *Patriots* que provocaron la revolución de las colonias británicas en América para crear un nuevo Estado, una nación en la sinonimia de Vattel, con capacidad propia para hacer la guerra, acordar la paz, establecer alianzas y comercio «y

---

3 Pauline MAIER: *American Scripture. Making the Declaration of Independence*, Nueva York, Random House, 1997, cap. 2.

4 La ideología *Patriot* respecto a la crisis imperial derivada paradójicamente del éxito imperial de la guerra de los Siete Años en Steve PINCUS: *The Heart of the Declaration. The Founders' Case for an Activist Government*, New Haven, Yale University Press, 2016.

5 [<http://teachingamericanhistory.org/library/document/instructions-from-the-town-of-malden-massachusetts-for-a-declaration-of-independence/>].

6 The Mecklenburgh Resolutions en [[http://avalon.law.yale.edu/18th\\_century/nc06.asp](http://avalon.law.yale.edu/18th_century/nc06.asp)].

7 Steve PINCUS: *The Heart*, *op. cit.*, p. 3.

8 Emmerich de Vattel: *Le Droit de Gens ou Principes de la Loi Naturelle Appliqués a la Conduite et aux Affaires des Nations et des Souveraines*, Londres, 1758, pp. 1-2.

9 Emmerich de Vattel: *op. cit.*, pp. 9-11.

hacer todo acto y cosas que pueden hacer de derecho los Estados independientes», como decía su declaración de independencia. Ni para Vattel ni para aquellos pioneros de la emancipación cabía duda de la lógica que animaba su actuación: como hombres libres e independientes tenían derecho a conformar una nación, un Estado, libre e independiente.

Sin embargo, con el mismo tratado de derecho de gentes en las manos, debía entenderse que los Estados una vez formados adquirirían un derecho incuestionable que solo podía contradecirse en situaciones extremas. Los capítulos IV y XVII del *Droit de Gens* proporcionaban argumentos relevantes para justificar la separación de la obediencia a un soberano libre e independiente, creando otro. Uno de esos casos era el de la transformación del soberano en un *tyran insupportable*, es decir, la tiranía *detestable and insupportable* a la que se refirió Jefferson. Felipe II de España era el ejemplo que Vattel tenía más a mano para mostrar que ese caso debía producirse únicamente cuando el príncipe se había convertido en un enemigo de la sociedad y, por tanto, había dejado de representar el Estado. Es decir, en ese caso el soberano se había autodespojado de su carácter de príncipe, de igual manera que lo hacía un padre de su patria potestad en los casos previstos de actuación contra natura<sup>10</sup>.

Sin embargo, como ya hemos indicado antes, la separación de los holandeses de la obediencia de Felipe II tenía diferencias esenciales con lo que empezó a ocurrir en el Atlántico desde los años setenta del siglo XVIII. Los Estados Generales de las Provincias Unidas de los Países Bajos no tenían que anunciar la existencia de un cuerpo político nuevo porque ya existía y tenía sus derechos, privilegios e instituciones. Se separaban de un rey que «siguiendo a malos consejeros ha procurado por todos los medios reducir este país (arrancándole sus privilegios) a la esclavitud»<sup>11</sup>. Los colonos norteamericanos a ello añadieron también la necesidad de anunciar su presencia en el espacio de las naciones. De acuerdo con su libro de cabecera para estos asuntos, el mencionado tratado de Vattel, eso requería previamente lograr presentarse como Estados «libres e independientes».

En el texto del jurista suizo el sintagma venía usado indistintamente para las naciones y para los hombres que las formaban. Esto no era en absoluto casual, puesto que ambas condiciones eran las que la cultura jurídica europea había entendido propias de los hombres que no se hallaban sometidos al dominio de otros respecto de sus personas. El contraste más evidente era el de las mujeres que pudiendo disfrutar de la primera condición, la libertad, raramente lo hacían de la segunda, la independencia. Era también el caso de quienes estaban sometidos a la patria potestad del hombre *caput familiae*, con independencia de su edad. Todo ello respondía a una antropología fundamentada en la *oeconomía* o gobierno de la casa que, como ha mostrado la historiografía, siguió constituyendo también el registro básico de la antropología euroafricana de la Edad Moderna. Algunos de sus elementos más distintivos (los que tenían que ver con la posición subordinada de la mujer y el dominio varonil), sobrevivirán a la revolución y se incrustarán en las modernas codificaciones civiles<sup>12</sup>.

Los hombres libres e independientes eran entonces, como bien ha argumentado Bartolomé Clavero en el libro recién referido, los «padres de familia», esto es, varones sin dependencia respec-

---

<sup>10</sup> Emmerich de VATTEL: *op. cit.*, pp. 48-55.

<sup>11</sup> *Acta de Abjuración* (1581) en [<http://www1.umassd.edu/euro/resources/netherlands/25.pdf>].

<sup>12</sup> El funcionamiento de la *oeconomía* en el espacio de la monarquía hispana puede seguirse en Romina ZAMORA: *Casa poblada y buen gobierno. Oeconomía católica y servicio personal en San Miguel de Tucumán, siglo XVIII*, Buenos Aires, Prometeo, 2017. La conexión de esa antropología con la política moderna la ha señalado Bartolomé CLAVERO: *Constitucionalismo colonial. Oeconomía de Europa, Constitución de Cádiz y más acá*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2016.

to de otros. Citando el *Digesto*, Ramón Lázaro de Dou, catedrático de Decretales de la universidad de Cervera en Cataluña, y diputado en las Cortes de Cádiz, reproducía de nuevo el sintagma que nos está ocupando en un compendio de «derecho público español» orientado a la enseñanza universitaria: «padre de familias se entiende la persona que sobre ser libre no está sujeta ni dependiente de patria potestad [...]»<sup>13</sup>. Desde el punto de vista del derecho más operativo entonces en la monarquía española, entre las personas podía distinguirse esta del padre de familias con los atributos que hemos visto referir a las naciones en el momento en que el lenguaje de la emancipación se trasladó al derecho de gentes y de ahí al primer lenguaje constitucional.

Resulta interesante por ello indagar en los materiales que la generación que protagonizó los cambios derivados de la crisis imperial española había utilizado en su propia formación. José María Álvarez, catedrático de *Instituta* en la universidad San Carlos de Guatemala, y electo diputado para las Cortes de Madrid en 1820, aunque falleció antes de poder viajar a España. Fue autor en 1818 de un muy utilizado manual de derecho civil bajo el título de *Instituciones de Derecho Real de Castilla e Indias* que continuaría siendo utilizado en diversas universidades hispanas tras la independencia. Aclaraba Álvarez en su tratado que el hecho de estar sujeto a potestad ajena no implicaba estado de servidumbre: «hay muchos hombres que están sujetos a potestad ajena v.g. los hijos e hijas de familia [...]». La diferencia entre quienes eran dependientes e independientes la aclaraba el jurista guatemalteco aludiendo a las sutilezas del latín: «Diremos, pues, que las personas no sujetas a potestad y que en derecho se llaman *sui juris* son aquellas que están libres de potestad dominica y patria y estas se dicen padres de familia de cualquier edad que sean...»<sup>14</sup>.

*Sui juris* es una expresión que podría traducirse por «autónomo», la persona con derecho propio. Esta es la clave para entender el lenguaje de la emancipación que está presente en todo el gran proceso de transformación que se produjo en el Atlántico entre 1770 y 1830. Un lenguaje jurídico que había ido conformándose como una evolución civilizada de la *emancipatio* romana que resultaba más cercana a la tiranía paterna a ojos de los juristas europeos de la edad moderna. Es lo que hizo Jean Bodin, por ejemplo, al fundamentar su concepción neoristotélica de la república usando del símil paterno y presentándolo como un derivado del derecho natural<sup>15</sup>.

En ese lenguaje y en esa antropología política la persona *sui juris*, autónoma, adquiriría un estado específico que la distinguía de aquellos seres que o bien tenían o, teniéndola, no actuaban por sí mismos sino bajo el derecho de otro. La expresión que uso aquí de «tener persona» era la habitual de la cultura en la que se formó aún la generación que protagonizó el momento de la crisis imperial. Quien con más solvencia se ha ocupado de la evolución de este concepto en la cultura eurocristiana, Bartolomé Clavero, ha insistido en este dato necesario para entender los sujetos del derecho en la Europa moderna: la persona como estado se tenía, no se era, y, de hecho, podían ser concurrentes y cambiantes; el estado, por su parte, es el derecho que corresponde a cada situación social. Es lo que el jurista guatemalteco que estamos usando como referencia señalaba como «persona *sui juris*»<sup>16</sup>.

---

13 Ramón LÁZARO DE DOU Y BASSOLS: *Derecho público general de España con noticia del particular de Cataluña y de las principales reglas de gobierno de cualquier Estado*, Madrid, Benito García, 1800, vol. 1, p. 123.

14 José María ÁLVAREZ: *Instituciones del derecho Real de Castilla y de Indias*, México, Rivera, 1826, pp. 112-113.

15 Anna BECKER: «Jean Bodin on Oeconomics and Politics», *History of European Ideas*, 40, 2 (2014).

16 Bartolomé CLAVERO: *Antidora. Antropología católica de la Europa moderna*, Milán, Guiffrè, 1991 cap. 5; *Happy constitution. Cultura y lengua constitucionales*, Madrid, Trotta, 1997, cap. 1; «La máscara de Boecio. Antropologías del sujeto entre persona e individuo, teología y derecho», *Quaderni Fiorentini per la Soria del Pensiero Giuridico Mo-*



Junto a Alberto Gil Novales —en el centro—, sentados: José María Portillo, Ignacio Peiró y Teresa Ortega; de pie: Pedro Rújula, Fernando Alvira, José Ramón Arnabat, Carmen Frías, Miguel Ángel Ruiz, Stéphane Michonneau, José Domingo Dueñas, Carmelo Romero y Gustavo Alares. IX Congreso de Historia Local de Aragón, 2014.

Compendiando para el príncipe palatino los elementos fundamentales de la jurisprudencia universal, es decir, el derecho general, Samuel Pufendorf explicaba a finales del siglo XVII la relevancia del orden de las personas para las sociedades humanas desde el concepto de *status*, el estado. Por vía de definición general, afirmaba que el estado era la situación moral en la que había que considerar a las personas, en otras palabras, todo lo que conformaba su «calidad y atributo»<sup>17</sup>. De ahí se derivaban, como en muchos otros tratados coetáneos, una taxonomía que diferenciaba los distintos tipos de persona que podían encontrarse en cualquier república. Entre ellos estaban, por supuesto, los estados de mayoría y minoridad diferenciados por la capacidad o incapacidad de administrarse a sí mismas; el mayor era *censetur habilis ad res proprio Marte administrandas* (considerado hábil para administrar sus cosas por su cuenta).

Mayoría, capacidad propia, condición *sui juris* eran los atributos de la persona emancipada, la que, como decía Dou al arrancar el siglo XIX, no dependía de patria potestad ajena. Así lo había explicado otro gran jurista europeo de la Edad Moderna, Christian Thomasius en un compendio elaborado para sus estudiantes y publicado en 1688. El jurista y filósofo sajón fue, como es sabido, defensor de una «desconfesionalización» del Estado, es decir, de una idea de la soberanía y el poder del príncipe «liberada» de la responsabilidad religiosa respecto de sus súbditos<sup>18</sup>. Es-

*derno*, 39 (2010), existe versión en inglés titulada «Person and Individual: Baroque Identities in Theology and Law», en Harald E. BRAUN / Jesús PÉREZ-MAGALLÓN (eds.): *The Transatlantic Hispanic Baroque. Complex Identities in the Atlantic World*, Farnham, Ashgate, 2014.

<sup>17</sup> Samuel PUFENDORF: *Two Books of the Elements of Universal Jurisprudence* (ed. de Thomas Behme), Indianapolis, Liberty Fund., 2009, pp. 26-27.

<sup>18</sup> Fernando PÉREZ GODOY: «La ciencia del derecho natural y la producción del conocimiento científico del Estado», *Historia* 396, 1 (2013).

to explica que la propuesta de Thomasius ofreciera una directriz desde el derecho natural para una sociedad gobernada y ordenada por el soberano o, dicho de otro modo, una «jurisprudencia divina» cuyo primer precepto era la obediencia al superior a cuyo cargo estaba mantener el orden interno de la sociedad. De ahí que fuera determinante, como para Pufendorf, explicar que el derecho no se predicaba de un abstracto ser humano (un «hombre»), sino de una persona, es decir de un ser humano con estatus<sup>19</sup>.

Ahí tenía sentido tratar de los estados diferenciados que correspondían a las personas dependientes y las que actuaban por sí mismas. En la «sociedad parental» el padre ejercía, según explicaba Thomasius a sus estudiantes, una *superioritas* basada en el poder y no solo en la beneficencia, la dignidad o el orden. Era la *gravitas* en la que en determinadas ocasiones tenía que fundamentarse el poder del *pater-familias* mostrándose entonces en toda su capacidad autoritaria<sup>20</sup>.

A lo largo del libro tercero de su tratado, Thomasius se extendió sobre este asunto de la «sociedad conyugal» por considerarlo el verdadero punto de contacto con el derecho natural. Según el filósofo sajón, en esa sociedad anidó el resto de soberanía que quedó en cada *pater familias* tras el final de la «edad de la inocencia». En esa edad –que podríamos equiparar con el estado de naturaleza a que se referían otros pensadores coetáneos– los hombres eran completamente *sui juris* y solamente el miedo y la necesidad pudo impulsarlos a crear sociedades y comunidades políticas en las que cedieron una parte relevante de su primitiva soberanía, quedando ese resto que continuarían ejerciendo en la «sociedad conyugal»<sup>21</sup>.

A la historiografía le ha interesado mucho más el estudio de las teorías que la filosofía moderna desarrolló acerca de la creación de la comunidad política que del papel teórico que siguió jugando en esa misma teoría la sociedad paterna en el tránsito entre el estado e inocencia o de naturaleza y el estado civil y político. Como es sabido, uno de los principales argumentos para debatir el alcance del poder de los príncipes tuvo que ver precisamente con la traslación conceptual entre su poder y el del *pater-familias*<sup>22</sup>. Para nuestra indagación sobre los orígenes del famoso sintagma utilizado a porfía en el momento de las grandes crisis imperiales atlánticas de finales del XVIII y primeras décadas del XIX, resulta muy relevante constatar el hecho de que ese debate sobre la relevancia de la sociedad doméstica para interpretar la política entrara también en el orden del día de la filosofía política y moral de finales del siglo XVII y de la siguiente centuria.

En el espacio que va a ocuparnos más particularmente en este libro, el de la monarquía española, ese tracto cobra una muy especial relevancia precisamente por tratarse de una monarquía y de una cultura católicas. Como veremos posteriormente con más detalle, la legislación de la monarquía durante el setecientos buscó el refuerzo de la posición de dominio del padre de familia en el espacio doméstico a la vez que se consolidaba la retórica que asimilaba al rey a un padre general de sus súbditos y dominios. Los tratadistas de derecho así lo reflejaron en sus compendios y prontuarios, las obras más difundidas entre letrados. Mayoría y minoridad,

---

19 Ian HUNTER: *The Secularisation of the Confessional State. The political Thought of Christian Thomasius*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007, pp. 97-98.

20 Christian THOMASIIUS: *Institutes of divine jurisprudence with selections from Foundations of the law of nature and nations* (ed. de Thomas Ahnert), Indianapolis, Liberty Fund., 2011, cap. IV, § 46-50, p. 469.

21 Christian THOMASIIUS: *Institutes of divine jurisprudence, op. cit.*, pp. 482-486.

22 Gordon J. SCHOCHET: *The Authoritarian Family and Political Attitudes in 17th-Century England. Patriarchalism in Political Thought*, New Brunswick, Transaction Books, 1988.

el sexo o la misma condición de nacido seguirán considerándose atributos que permitían distinguir a las diferentes personas de las que debía ocuparse el derecho. Entre esas formas del «estado natural de las personas» se encontraba también la del padre de familia con su dominio y derechos derivados de su persona, como explicaron dos prestigiosos autores en un conocido manual universitario<sup>23</sup>. «En el principio del mundo –decía otro conocido y utilizado prontuario de derecho– eran todos iguales; solo los padres eran los que por disposición de la propia naturaleza tenían autoridad sobre los hijos»<sup>24</sup>.

La patria potestad, por lo tanto, seguía suponiéndose fundamentada en un poder natural capaz de continuar generando en la sociedad formas de dependencia al margen de la edad biológica. La edad misma podía constituir un estado natural según esta misma literatura jurídica permitiendo la extensión del dominio paterno con independencia de ella. «Muerto el abuelo –sostenía Vizcaíno– salen los hijos de su potestad y se hacen de su derecho, y los nietos de este recaen en la potestad del padre»<sup>25</sup>. Poco después Dou afirmaría en su compendio un punto similar: «[...] así como puede entenderse padre de familias en el modo explicado el que no depende de patria potestad y no tenga hijos debajo de ella, puede ser uno hijo de familias con hijos, y aun con nietos [...]»<sup>26</sup>.

La jurídica era una literatura que no solo compendia y resumía en forma de Instituciones, Teatros o Compendios el saber jurídico o la legislación existente, sino que también era producción ideológica. Si las «leyes del reino» disponían, por ejemplo, la emancipación absoluta para casados y velados, a la doctrina podía interesarle más reforzar la imagen de la potestad paternal hacia el interior de la familia<sup>27</sup>. Esta concepción reforzada del *pater familias* y su poder doméstico es la que se utilizó para referir la imagen de un monarca con el atributo de una capacidad de gobierno arbitraria y prudencial sin necesidad de comunicación política con el reino.

Es por ello importante que para poder captar su sentido político, consideremos esta literatura más desde el punto de vista del lector que desde el de su producción<sup>28</sup>. Los lenguajes de la emancipación que se trasladaron al derecho de gentes y al constitucional en la época de la Ilustración y de las revoluciones atlánticas, requieren especialmente de este enfoque, pues los mismos textos y conceptos sirvieron para fundamentar interpretaciones encontradas sobre el sentido y alcance de las crisis imperiales.

Desde la perspectiva del lector el tratado de Vattel, por ejemplo, contenía información que podía ser extremadamente útil cuando se trataba de interpretar la posibilidad de una emancipación colectiva. La tenía también otro *best-seller* del siglo XVIII, sobre todo en territorios católi-

---

<sup>23</sup> *Instituciones del Derecho Civil de Castilla que escribieron los doctores Asso y Manuel, enmendadas, ilustradas y añadidas conforme a la real orden de 5 de octubre de 1802 por Don Joaquín María Palacios.*, Madrid, Tomás Albán, 1806, lib. 1, tit. 1, p. 1.

<sup>24</sup> Vicente VIZCAÍNO PÉREZ: *Compendio del derecho público y común de España o de las leyes de las Siete Partidas en su orden natural*, Madrid, Ibarra, 1784, vol. I, p. 7.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 120.

<sup>26</sup> Ramón LÁZARO DE DOU: *Instituciones*, *op. cit.*, vol. 1 p. 124.

<sup>27</sup> *Novísima Recopilación de las Leyes de España*, Madrid, Imprenta Real, 1805, ley 3, tit. 4, lib. 10, que corresponde con *Nueva Recopilación*, ley 8, tit. 1, lib. 5, que puede confrontarse con Vicente VIZCAÍNO PÉREZ: *Compendio del derecho público*, *op. cit.*

<sup>28</sup> Laura BECK: «The Diffusion of Law Books», en Massimo MECCARELLI / Julia SOLLA (eds.): *Spatial and Temporal Dimensions for Legal History. Research Experiences and Itineraries*, Frankfurt am Main, Max Planck Institute for Europäische Rechtsgeschichte, 2016.

cos, el tratado sobre los delitos y las penas del marqués de Beccaria. Es cierto, y así ha tratado la lectura historiográfica este tratado por lo general, que su centro de gravedad está en la relación moral que debe guardar la ley penal con el delito y el daño social que causa. En esa propuesta de racionalizar la proporción entre la protección de la sociedad y la humanidad del derecho, Beccaria señaló el error que implicaba concebir al responsable de un delito no solo en su propia persona sino también como parte de un linaje, extendiendo la pena hasta la familia del delincuente.

El problema, tal y como lo detectaba Beccaria, estaba en una antropología política que asumía, por un lado, una concepción de la persona trascendente al individuo y, por otra, que suponía una continuidad entre la sociedad familiar y la política. Su propuesta consistía en pensar la relación entre el delincuente y la responsabilidad penal desde supuestos diferentes: la responsabilidad ceñida a su persona sin trascender a otras y la disociación del espacio familiar y el político. El ilustrado milanés pedía a su lector imaginar la sociedad de cien mil «hombres» de dos maneras diferentes. Como reunión de familias implicaba entender que existía «una República y veinte mil pequeñas monarquías»; concebirla como una reunión de «hombres», por el contrario, produciría «el espíritu republicano... no solo en las plazas y juntas públicas de la Nación, sino también entre las paredes domésticas, donde se encierra gran parte de la felicidad o de la miseria de los hombres».

Al igual que había hecho John Locke, Beccaria asumía que lo que la cultura jurídico-política había asumido como un poder absoluto del padre en el espacio doméstico debía interpretarse desde la perspectiva de la emancipación y no de un poder radical: la familia no criaba dependientes, potencialmente eternos, sino futuros ciudadanos. «En la República de familias –argumentaba– los hijos permanecen en la potestad del padre en cuanto vive y están obligados a esperar por solo el medio de su muerte la existencia que dependa únicamente de las leyes». Al contrario, cuando «la República es de hombres», la familia no debía considerarse ya una «subordinación de mando sino de contrato», lo que implicaba la liberación natural de la potestad paterna en el momento en que la naturaleza no requiriera ya más de ella<sup>29</sup>.

Por ello, para el pensamiento político que alentó el primer constitucionalismo, no debía asumirse una identidad entre el gobierno de la familia y el gobierno político. En el primer caso existía gobierno en tanto que no había emancipación, mientras en el segundo, en la sociedad de ciudadanos la misma era un requisito. El punto, como bien vio otro gran jurista e ideólogo del primer constitucionalismo, era ante todo ideológico: «La autoridad paterna y el gobierno patriarcal... no tienen semejanza ni conexión esencial con la autoridad política, ni con la monarquía absoluta, ni con algunas de las formas legítimas de gobierno adoptadas por las naciones en diferentes edades y tiempos».

Martínez Marina dio literalmente la vuelta al discurso tradicional de los juristas sobre la autoridad paterna para –también desde la perspectiva del derecho natural– vaciarlo de todo contenido autoritario: «El poderío de los padres más es un privilegio de los hijos que una prerrogativa de la paternidad, y no es tanto una dignidad como una carga y un yugo sumamente pesado». Reproducía casi literalmente lo que había afirmado John Locke en el Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil. Como mostró hace tiempo Gordon S. Schochet, la famosa obra de Locke debe considerarse dentro de una larga polémica sobre la pertinencia de la identificación entre el poder familiar del padre de familia y el del monarca respecto de su reino, considerando ambos absolutos. Para contrarrestar un texto escrito por Robert Filmer en la década de

---

<sup>29</sup> [Cesare BECCARIA]: *Tratado de los delitos y de las penas*, Madrid, Ibarra, 1774, cap. XXVI, «Del Espíritu de familia».

los cuarenta del siglo XVII pero que se publicó coincidiendo con la crisis constitucional de los ochenta, el filósofo Wigh comenzó, como Martínez Marina a comienzos del XIX e interpretando otra crisis constitucional, por demostrar la inconsistencia de la teoría del poder absoluto y permanente del padre sobre todo su *oikos*<sup>30</sup>.

Sostenía también Martínez Marina que, por supuesto, y a diferencia de la política, la del padre era una autoridad «temporal», con fecha de caducidad, que se basaba «en el derecho de tutela, la cual fenece con la minoridad»<sup>31</sup>. Con ello, el asturiano proponía una interpretación de la emancipación en la que la evolución hacia la edad adulta implicaba que los hijos «recuperan su independencia y el estado de libertad natural». Condiciones –libertad e independencia– que habilitaban al emancipado para «formar un nuevo estado y constituirse legislador, rey y soberano de esta pequeña sociedad»<sup>32</sup>.

En la interpretación de Martínez Marina, escapaban también del dominio del *pater familias* los dependientes por razón de trabajo, es decir, los sirvientes domésticos o los empleados. El padre o cabeza de familia, contra lo que sostenía una opinión jurídica más asentada en la tradición, no disponía de dominio sobre sus empleados sino tan solo de la capacidad de servirse de su trabajo según contrato, lo mismo que los hijos emancipados que decidieran seguir vinculados a la casa del padre: «Su poderío –de los padres de familia– bajo de esa consideración no proviene inmediatamente de la naturaleza, ni de la ley expresa del Criador sino de pactos y convenciones, de consentimiento tácito o expreso de los hijos [emancipados], criados domésticos y de todos los miembros de esta sociedad»<sup>33</sup>.

De este modo no era solamente que el poder paterno no podía equipararse al monárquico absoluto, sino que en las sociedades formadas por acuerdos tácitos de los padres de familia debía verse el origen de las monarquías moderadas. Estas, por contraposición a las absolutas, se fundamentaban en pactos y en leyes fundamentales que obligaban al monarca y le proveían la obediencia de sus súbditos. Era, por ello, fundamental, sin embargo, que los súbditos fueran plenamente *sui juris*, plenamente emancipados. El primer constitucionalismo llevará ese razonamiento a sus primeras declaraciones y a sus primeros textos constitucionales, culminando así un tránsito del derecho natural al civil, de este al de gentes y de ahí al nuevo derecho público del constitucionalismo.

---

<sup>30</sup> Gordon J. SCHOCHET: *The Authoritarian Family*, op. cit., pp. 247 y ss.

<sup>31</sup> Francisco MARTÍNEZ MARINA: *Discurso sobre el origen de la monarquía y sobre la naturaleza del gobierno español para servir de introducción a la obra Teoría de las Cortes*, Madrid, Collado, 1813, pp. 22-23.

<sup>32</sup> *Ibid.*, pp. 27-28.

<sup>33</sup> *Ibid.*, pp. 32-33.



**5. ¿Dónde ha quedado la ambición explicativa  
de la Historia?**

**De los grandes relatos  
a la fragmentación postmoderna**



## ¿Explicación en historiografía?

**Elena Hernández-Sandoica**

Universidad Complutense de Madrid

La pregunta me desconcierta, lo confieso. Las experiencias personales y generacionales que nos unen aquí, en un encuentro abiertamente empático que honre a nuestro amigo Carlos Forcadell, vuelven difícil abordar nuestra supuesta incertidumbre colectiva. Los historiadores y, quizá más aún, muchas historiadoras no escribimos como hace cuarenta años, es así... Y los manuales para iniciarse en el oficio –los más realistas– no se empecinan en forzar lo imposible, sino que reconocen abiertamente los desafíos y el impacto teórico derivados de cambios muy sensibles en la historiografía occidental<sup>1</sup>. Pero ya que en su momento acepté el envite –y lo agradezco mucho, aun sabiendo que no ofreceré respuesta convincente–, propondré una lectura personal, pragmática quizá en exceso.

## Planteamiento

¿Dónde quedó la *explicación*...? ¿Qué ha pasado con las «verdades», criterios y herramientas con que afrontábamos nuestro trabajo en los años setenta, en los ochenta incluso, del siglo XX...? ¿Dónde, a estas alturas, podemos instalarnos con garantías de dispensar *verdad* (¿o «cientificidad»?), útiles socialmente...? Abandonada por la mayoría la presunción monista que asumía la *hipótesis* y la *deducción*, creciente el acuerdo sobre la diferencia epistémica entre ciencias humanas y sociales de un lado, y naturales y experimentales de otro, la respuesta a esa inquietud legítima reclama al *ethos* político y moral más que al ámbito de la epistemología.

Voy a intentar sobrevolar el reto<sup>2</sup>, para llegar a concluir que, si es la nuestra desde hace décadas una *actitud retórica* –apenas resistimos a sus debilidades–, ello sucede dentro de un movimiento cíclico, que podríamos retrotraer hasta los griegos, de retroceso de otra actitud, la *científica*<sup>3</sup>. La naturaleza del conocimiento histórico contendría ambos polos, y en cada periodo primaria uno

---

1 Martha HOWELL / Walter PREVENIER: *From Reliable Sources. An Introduction to Historical Methods*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 2001.

2 Ernest GELLNER: *Causa e significato nelle scienze sociali*, Milán, Ugo Mursia, 1992, en especial «La spiegazione nella storia», pp. 11-30.

3 Brian FAY / Philip POMPER / Richard T. VANN (eds.): *History and Theory. Contemporary Readings*, Malden (Massachusetts), Oxford, 1998. Allí, Brian FAY: «Introduction: The Linguistic Turn and Beyond in Contemporary Theory in History», pp. 1-12.

sobre otro, manteniéndose siempre la tensión interna origen de revisiones y debates. Las maneras de hacer y escribir historia que originan nuestro presente *normal* –es decir, lo que aceptamos como *conocimiento* o disciplina– se han instalado en la primera de esas «actitudes», arrancando del espacio crítico (años cincuenta a setenta del siglo XX) que significan T. Kuhn y H. White.

Antes de eso, en los años cuarenta, Hempel había creído zanjar la cuestión, en un empeño antimetafísico que le llevó a formular unas *leyes de cobertura* llamadas a superar el «criterio empirista del significado»<sup>4</sup>. Así, incluyó la historia en el modelo *nomológico-deductivo*<sup>5</sup>, pues si nuestras explicaciones no eran exactas ni completas sino «esbozos de explicación», no las vio diferentes de las físico-naturales. En la filosofía analítica, bajo la influencia de Popper, se abrió entonces una discusión que despertó a la historia y la filosofía de la ciencia<sup>6</sup>. Tras intentos de acomodación del monismo (Gardiner o Nagel), la controversia llevaría hacia la estadística y el *cuantitativismo* la cuestión de la objetividad y cientificidad de la historia, pues si no seguridades absolutas, sí podrían afinarse las *probabilidades* por cuantificación. A la inversa, en la sociología se estaban dando intentos de individuación de los procesos, incluso formulaciones tocadas de *idealismo* e *historicismo*. Obstinado, aparecía el carácter particular del *hecho* histórico y el *acontecimiento*. La tensión entre este y la *estructura* desvelaba nuevos problemas y originaba teorías complejas que reivindicaban la *interpretación*<sup>7</sup>.

Con el foco en la *interpretación* en historiografía, los popperianos leerían a Collingwood, Croce o Oakeshott, filósofos ellos mismos pero también historiadores, y en parte se dejarían seducir. Mientras que, con la sociología y la lingüística como referentes, más de un historiador empírico se abrió al diálogo con la filosofía de la *acción*, en un marco abierto en el que crecía la influencia de Weber junto a interaccionistas y etnometodólogos, un marco que impondría la idea de la necesidad del *contexto* para *explicar/interpretar* el hecho humano. El trabajo del historiador quedaba así en el centro de la discusión filosófica –pero con él generalmente ausente–, mientras se alejaba de lo considerado *conocimiento científico*. Con la irrupción de Danto en la filosofía de la historia –mediados de los sesenta–, renació el interés por la *narración* y las limitaciones del *relato*<sup>8</sup>, un interés que avivarían los franceses Paul Ricoeur y Paul Veyne, hasta el punto de que el historiador inglés de la demografía Lawrence Stone –afecto hasta entonces a lo cuantitativo–, se animó a proponer la vuelta a la *narración*.

Devaluada en la historiografía por su identificación con la *descripción* (frente a la *historia-problema* y la *historia total*), la narración había dejado de ser deseable en la *historia social*. Con ayuda de la retórica y la lingüística se articularía sin embargo una nueva acepción de *explicación* ligada a la *estructura del relato*, y esa versión del término reemplazaría la *explicación científica*, lacerando de paso a la teoría marxista, científica ella misma en su definición<sup>9</sup>. No erradicó

4 Carl G. HEMPEL: «The function of General Laws in History», *Journal of Philosophy*, 39 (1942). El término «leyes de cobertura», en William DRAY: *Laws and Explanation in History*, Londres, Oxford University Press, 1957.

5 Andrew TUDOR: *Beyond Empiricism. Philosophy of Science in Sociology*, Londres, Routledge / Kegan Paul, 1982; y Christopher LLOYD: *Explanation in Social History*, Oxford, Basil Blackwell, 1986.

6 Fabio MINAZZI: *Il flauto di Popper. Saggio critico sulla «new philosophy of science» e la sua interpretazione di Galileo*, Milán, Franco Angeli, 1994.

7 Franco CRESPI: *Evento e struttura. Per una teoria del mutamento sociale*, Milán, Il Mulino, 1993.

8 Arthur C. DANTO: *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*, Barcelona, Paidós / ICE-UAB, 1989: «Nuestro conocimiento del pasado se encuentra significativamente limitado por nuestra ignorancia del futuro...» (cit. p. 52).

9 La visión de Althusser, al oponer *ciencia a ideología*, influye decisivamente en el desplazamiento (Paul RICOEUR: *Ideología y Utopía*, Barcelona, Gedisa, 1989, pp. 176-190).



Elena Hernández-Sandoica entre Carmen Frías, Juan José Carreras y Carlos Forcadell. Universidad de Zaragoza, 2004.

en cambio las conceptualizaciones de la historia económica y social. Para entonces, en Birmingham, se había abierto paso la configuración cultural del materialismo histórico. La cultura y la *narración* centraron los debates; esta incompleta –pues el historiador no posee el futuro y sus enunciados tienen limitación local y temporal–, pero apoyada en certidumbres inscritas en la *interpretación*. Al ahondar en la escritura histórica, Danto la había llevado al umbral de la *hermenéutica*, al decir de Habermas, y la práctica de la investigación evidenciaba las dos estrategias: el *análisis* en ciencias, la *interpretación* en humanidades. Un marco dicotómico desbordado por el estatuto dual de las ciencias sociales, *multiparadigmáticas* y abiertas tanto a *explicación* como a *comprensión*. En la reacción que siguió, aunque el enemigo era múltiple, muchos entenderían que el responsable principal del «cientificismo» en historia había sido el materialismo histórico, rendido a la hegemonía empírica de la cuantificación y a la abstracción en torno a la *estructura*. Para entonces, se había apoderado de la escena el lenguaje, aplaudido como solución por el propio Habermas; y Veyne, tras negar que la historia fuese *ciencia*, recuperaría un concepto hasta ahí repudiado, *experiencia*<sup>10</sup>.

Medio siglo después, desvanecido el esfuerzo por aclarar la lógica de la disciplina (Paul Aron, el propio Veyne, Paul Ricoeur y Michel De Certeau infundirían vigor a una batalla que fue tam-

<sup>10</sup> Paul VEYNE [1971]: *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*, Madrid, Alianza, 1984, p. 106: «Si la historia consiste en esa combinación de datos y de experiencia, si se forma por el mismo vaivén de inferencias mediante el cual un niño construye paulatinamente la visión del mundo que le rodea, vemos entonces que, en teoría, el límite de la objetividad histórica está en la variedad de las experiencias».

bién política, inclinando la balanza a su favor), apenas queda rastro de aquel debate específicamente occidental, cuya vigencia proyectó entre nosotros Julio Aróstegui<sup>11</sup>. La pregunta de la *causalidad* pasó a ocupar un lugar secundario, subordinada a otras cuestiones perentorias, la del *negacionismo* por ejemplo, o la función política y social de la *memoria*. Pero precisamente por seguir vinculada, no solo en la filosofía sino también en la política y la ética, al lugar de la *verdad* en la interpretación y en el relato históricos, importa mucho la posición que cada uno de nosotros adopte. Y si bien el implicar preocupaciones de índole política no facilita la respuesta a la cuestión, la exige en cambio una obligación cívica.

La *necesidad* de la historia para la vida en sociedad no es puesta en duda; e incluso es reivindicada explícitamente en las introducciones al estudio de la historia<sup>12</sup>. Pero sí son constantes los desacuerdos sobre la *memoria*, y la abundancia de conflictos de memoria(s) sin resolver no ayuda<sup>13</sup>. Tras estas premisas se entenderá mejor que, si hemos de ver qué ha pasado con el concepto y la práctica empírica de la *explicación* en historia, las líneas que siguen deben ser leídas como una reflexión, provisional y contingente, de alguien que hace ya casi cincuenta años, como todo estudiante que se inicia, se vio en la encrucijada de elegir entre filosofía, filología e historia, optando al fin sin total determinación por la historiografía<sup>14</sup>. Como una respuesta (insegura) de alguien que, además, transitó el territorio de la Historia Antigua antes de refugiarse en la Contemporánea; y que, ya dentro de ella, solo practicó técnicas cuantitativas un par de veces, y muy al principio.

## Nudo

Se ha escrito mucho sobre los contextos generales que amparan experiencias personales de «cambio de paradigma». Yo me limitaré a relatar cómo creo han sido las cosas, y no abordaré las consecuencias derivadas del desgaste estructural-marxista que arrojó por la borda algunas realizaciones extraordinarias. Ni siquiera un autor fértil en enseñanzas como E.P. Thompson<sup>15</sup> se habrá librado acaso del desconocimiento de la más joven generación de historiadores e historiadoras, seducidos por fórmulas de exploración menos complejas (quizá en exceso simples...

---

11 Aproximación crítica a explicación y argumentación en historia, tal como se concebían a principios de los 70, en David H. FISCHER: *Historians Fallacies. Toward a Logic of Historical Thought*, Nueva York, Harper / Row Publishers, 1970. De Julio ARÓSTEGUI: *La investigación histórica. Teoría y método*, Barcelona, Crítica, 1995; y, en cierto modo, *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, Barcelona, Crítica, 2004.

12 Arthur MARWICK: *The New Nature of History. Knowledge, Evidence, Language*, Houndmills, Palgrave, 2001.

13 Leonardo SCIASCIA: *El teatro de la memoria*, Madrid, Alianza, 1986, pp. 39-40: «En nuestro tiempo, en nuestra época, estamos asistiendo a la configuración de una dualidad, de un conflicto, entre memoria e inquisición. Hoy la inquisición –la Inquisición, la INQUISICIÓN– se dedica a la destrucción de la memoria: o bien bajo la forma y el procedimiento de la verdadera Inquisición, o bien bajo la forma de un presente totalizante y totalitario que se presenta –hay que decirlo– con tal abundancia e inagotables concatenaciones de bienes (de males) de uso y consumo, y generando tal abundancia e inagotables concatenaciones de insatisfacciones, que no deja ningún resquicio a la memoria o se esfuerza por corroerla allá donde sobrevive».

14 Transmite la misma experiencia personal de incertidumbre en la elección de «carrera», y la necesidad ocasional de asomarse a otras disciplinas la argentina Verónica TOZZI: *La historia según la nueva filosofía de la historia*, Buenos Aires, Prometeo, 2009, p. 15.

15 Elena HERNÁNDEZ-SANDOICA: «Vigencia de E.P. Thompson. Unas cuantas razones para seguir leyéndolo», en Julián SANZ / José BABIANO / Francisco ERICE (eds.): *E.P. Thompson. Marxismo e Historia social*, Madrid, Siglo XXI, 2016, pp. 19-46; y «Leyendo todavía a Edward P. Thompson», *Culture & History. Digital Journal* (junio 2017), CSIC [<http://dx.doi.org/10.3989/chdj.2017.009>].

para algunos que ya tenemos años), modos de interpretar lo social y lo cultural que pueden creerse nuevos, sin serlo en realidad.

A mitad del siglo XIX, Dilthey creyó haber ordenado las disciplinas. Estableció para la historia un carácter *interpretativo* derivado de la *comprensión* (que para él tenía un fuerte componente psicológico). A su vez Paul Ricoeur, avanzado el siglo XX, reconoció el desplazamiento que el concepto de explicación había experimentado hacia el campo de la lingüística, mientras reiteraba la interpretación como territorio específico de las ciencias humanas, teniendo en cuenta que «*la noción de interpretación [...] ha sufrido profundas transformaciones en la hermenéutica contemporánea, que la han distanciado de la noción psicológica de comprensión*»<sup>16</sup>. La discusión sobre ciencias de la *naturaleza* y ciencias del *espíritu* resurgía así, como conflicto no resuelto y alimentado por las corrientes de la historiografía expandidas entre fines de la II Guerra Mundial y comienzos de la década de 1970. Tal pluralidad fue causa directa de la erosión del límite filosófico para definir la explicación, según algún prohombre de *Annales*<sup>17</sup>. Mientras, en sus antípodas, seguían en el realismo positivista los muchos practicantes de relato histórico refractarios al análisis o la reflexión textual.

Ya en el campo de la historiografía a principios de los setenta –*ciencia o arte*–<sup>18</sup>, la discusión sobre la *narración* abandonó el conflicto epistemológico para animar los nuevos *discursos* de la década. Impactaría con fuerza Foucault, filósofo «descubridor» de subjetividades ya imprescindible para los historiadores, estímulo feraz para el estudio de la locura y la enfermedad, la sexualidad y el cuerpo, la criminalidad...<sup>19</sup>. Desde la literatura y la crítica llegó también la preocupación por la *retórica*, la persuasión instalada en el *habla*, y la atención a la *textualidad*. Entre la pragmática lingüística, la evolución discursiva de los medios de comunicación y la política de masas, hubo siempre que contar con Gadamer, atender a las filosofías del lenguaje y a los procesos comunicativos...<sup>20</sup>. En su lectura de la filosofía del segundo Wittgenstein, Habermas reconocía que «el lenguaje y la acción se interpretan recíprocamente», viendo en los *juegos de lenguaje* «una forma de vida» –«praxis vital completa»–, que regula el enlace de símbolos y facilita su interpretación «por acciones y por expresiones ligadas al cuerpo»<sup>21</sup>.

En esa configuración intelectual *postestructuralista*, nada llama a una unificación interna de la disciplina. No se reclama ya la colaboración interdisciplinar que, en los años 70, llegó a abogar por identificar historia con sociología, propiciando estrategias de *generalización* y *comparación*<sup>22</sup>. «Muchas investigaciones que parecen pertenecer a la sociología sistemática son

---

16 Paul RICOEUR: «¿Qué es un texto?» [1986], *Historia y narratividad*, Barcelona, Paidós, 1999, p. 59.

17 Jacques LE GOFF / Pierre NORA: «Présentation» a *Faire l'histoire...*, 1974, p. xi, cit. en n. 29, aludiendo al marxismo como la forma de historia más perjudicada; y la corriente más perturbadora la *historia del presente*.

18 En el debate que Edward H. Carr relanzó a principios de la década de 1960, Peter Gay defendió la permeabilidad entre historia y literatura, releyendo a Gibbon, Ranke, Macaulay y Burckhardt, pero sin renunciar al nexo entre historia y verdad (Peter GAY: *Style in History*, Nueva York, W.W. Norton, 1974).

19 Jan GOLDSTEIN (ed.): *Foucault and the Writing of History*. Cambridge, Massachusetts, Basil Blackwell, 1994; José Luis PESET: *Ciencia y marginación. Sobre negros, locos y criminales*, Barcelona, Crítica, 1983.

20 Heinrich F. PLETT (ed.) [1977]: *Retórica. Posturas críticas sobre el estado de la investigación*, Madrid, Visor, 2002. Allí, Dieter BREUER: «La importancia de la retórica para la interpretación de textos», pp. 25-49. Con Habermas, entiendo por retórica «el arte de producir un consenso en cuestiones que no pueden decidirse con argumentos concluyentes» («La pretensión de la universalidad de la hermenéutica», *La lógica de las Ciencias Sociales*, 1970, p. 279).

21 Jürgen HABERMAS: *ibid.*, p. 281. Allí mismo define «conciencia hermenéutica»: «La reflexividad y la objetividad son rasgos fundamentales del lenguaje, al igual que la creatividad y la integración del lenguaje en la práctica de la vida».

22 Philip ABRAMS: *Historical Sociology*, Nueva York, Cornell University Press, 1982.





Elena Hernández-Sandoica con Ignacio Peiró, Manuel Montero, Manuel González Molina y Juan Pro. Paraninfo de la Universidad de Zaragoza, 2018.

en verdad historia sistematizada», advertía el mismo Habermas, teniendo en mente a Fromm, Marcuse, Mills, Aron, Perroux, Dahrendorf, Marshall, Schumpeter o Strachey... Aún no habían impactado en historia social Theda Skocpol, Charles Tilly o Michael Mann, pero lo cierto es que tampoco entonces apareció el Saussure de la historia que, especialmente en Francia, se anhelaba. Los modos de escribir historia se han hecho «confusos» desde entonces, o *tránsfugas* y mixtilíneos, mejor. Extendida y compartida la idea de mediación lingüística, advertidas las *marcas* del lenguaje, desaparecen los datos *neutros* o los *hechos dados* que tanta preocupación suscitaran. La filosofía de Gadamer, más que la de Wittgenstein (*el ser que puede ser comprendido es lenguaje*), fue decisiva para impulsar un giro hacia el historicismo, pues la idea contiene el principio de la historicidad<sup>23</sup>. Nuestra *comprensión* está así mediada histórica y culturalmente por el lenguaje, abierta a *otras* comprensiones o con posibilidad de vislumbrarlas y tomarlas en cuenta. Contendría *pasados* y *tradiciones* –no siempre racionales ni cultos o elevados–, siempre «prejuiciada» –con juicios previos sobre las cosas–, y es también *refleja* (la autocomprensión por la que el sujeto orienta su *acción*)<sup>24</sup>.

La naturaleza retórica y textual de nuestro acceso al pasado, desplegada con brillantez por White<sup>25</sup>, resultó una manera de situar al narrador en el centro: como escribe Louis Mink, si la

<sup>23</sup> Hans-Georg GADAMER: *Verdad y método: fundamentos de una hermenéutica filosófica*, 2 vols., Salamanca, Sígueme, 1977, cit. en vol. I, p. 567. Rebate el que los conceptos estén ya preparados en la mente de quien realiza un acto de comprensión, como si fuera un «reservorio lingüístico» (*idem.*, p. 467).

<sup>24</sup> María G. NAVARRO: *Interpretar y argumentar. La hermenéutica gadameriana a la luz de las teorías de la argumentación*, Madrid / México, CSIC / Plaza y Valdés, 2009, pp. 81 y ss.

<sup>25</sup> Alun MUNSLOW: *Narrative and History*, Nueva York, Palgrave / Macmillan, 2007.

historia acaece cuando la partida está ya acabada, deberá mucho a quien narra y a su punto de vista. La interpretación del *acontecimiento* pasa pues al diván del giro lingüístico...<sup>26</sup>. Son varios los caminos por los que ha ido aceptándose lo que Veyne argumenta: que no hay un déficit explicativo en la historia, sino una naturaleza epistémica y ontológica diferente que exige estrategias de *explicitación* y no de *explicación*. Así, posee «nudos de científicidad», anclados en el aparato conceptual que le proporcionan las ciencias sociales. *Nudos* que arman la trama y son el recurso con que la historia cuenta para hacer más visible y potente la *explicitación* de los procesos: la *conceptualización*, orientación weberiana que permite el «progreso del análisis frente a la inmediatez confusa». Al contrario que el científico, que elige sus variables en un marco teórico, el historiador está obligado a no excluir nada voluntariamente: «La frontera que separa la historia y la ciencia no es la de lo contingente y lo necesario», reprocha Veyne al positivismo historicista, «sino la del *todo* y lo necesario...»<sup>27</sup>.

Si palabras como estas se oyen hoy, quizá no nos extrañen: «La ley fundamental de todo comprender y conocer es descubrir el sentido del todo a partir de lo individual, y concebir lo individual por medio del todo...» Son, sin embargo, de 1801<sup>28</sup>.

## Y... ¿desenlace?

Al final del segundo milenio, la discusión había cedido al envite de la *posmodernidad*. No importa ahora qué entendamos por ella<sup>29</sup>. Le imputamos, casi sin concesiones, el haber socavado el terreno –supuestamente firme– de la *objetividad* y la *veracidad* sobre el que se asentaba la disciplina. Pero acaso olvidamos los esfuerzos por activar la vocación entre los estudiantes que, con seriedad y entusiasmo, se acometen<sup>30</sup>, e incluso pasamos por alto algún que otro ejercicio teórico sobre la muy distinta plausibilidad y credibilidad de unos textos frente a otros –no todas las interpretaciones valen lo mismo, ni su carácter ficcional y su componente de relatividad son intercambiables..., aunque todas sean *construidas*–<sup>31</sup>.

Con la irrupción de la antropología como disciplina principal de referencia en los años 80, con su potente aportación simbólica e interpretativa –y su escepticismo crítico–, lo que llamamos *giro cultural* o *antropológico* había dado lugar a inspiraciones teóricas diversas, un haz heterogéneo de influencias cruzadas y de combinaciones de saberes entre los cuales la psicología y el psicoanálisis no ocupan un lugar menor. Todas las variedades de historia cultural y sus posibles derivados sincréticos están atravesados por sucesivos «giros», encadenados e intercomunicados. La mayoría reconocemos la presencia de tres, cuando menos: el giro *lingüístico*, el subjetivo y *hermenéutico*, y el *corporal*. Pero aceptamos además la imposición creciente del giro *visual*, impulsado por la tecnología y los *mass media*, la omnipresente imagen. Por la canti-

---

<sup>26</sup> Louis O. MINK: *Historical Understanding*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 1987; Richard T. VANN: «Louis Mink's Linguistic Turn», *History and Theory*, 26 (1), pp. 1-14.

<sup>27</sup> Paul VEYNE: «L'histoire conceptualisante», *Faire de l'histoire. Nouveaux problèmes. Sous la direction de Jacques Le Goff et Pierre Nora*, París, Gallimard, 1974, I, pp. 62-92, citas en pp. 67 y 63, trad. y énfasis EHS. Lo traté en *Los caminos de la Historia. Cuestiones de historiografía y método*, Madrid, Síntesis, 1995.

<sup>28</sup> Friedrich Ast, discípulo de Schelling, en María G. NAVARRO: *Interpretar...*, op. cit., p. 93.

<sup>29</sup> Pauline Marie ROSENAU: *Post-Modernism and the Social Sciences. Insights, Inroads, and Intrusions*, Princeton (New Jersey), Princeton University Press, 1992.

<sup>30</sup> C. Behan McCULLAGH: *The Logic of History. Putting Postmodernism in Perspective*, Londres, Routledge, 2004.

<sup>31</sup> Mary FULBROOK: *Historical Theory*, Nueva York, Routledge, 2002.

dad de variedades que ofrece la *historia cultural* –y definir el mestizaje, su nota principal, no es fácil–, me limito a recordar que ni posee una teoría uniforme ni se lamenta la heterogeneidad. Ofrece una espectacular apropiación verbal de *símbolos* y *significados*, de conceptos como la *alteridad*; también otros sobre *sensibilidades* y *afectos*, sobre *sentimientos* y *emociones*, o desde referentes sociológicos, semiológicos y psicológicos, sobre la *actividad*, la *representación*, la *recepción*, la *apropiación* y la *negociación*, la *producción* y *reproducción* culturales... Poco medible todo ello, en fin. Los *Cultural Studies*, de inspiración marxista, tienen mucho que ver en esa difusión<sup>32</sup>.

Conceptos que articulan las diferentes formas de *modernidad* conocidas<sup>33</sup>, en una heurística que lleva incorporada la crítica del término<sup>34</sup>. Por lo demás, la *historia conceptual* es una vía que explora el modo en que se construyen los hechos y su narración. Herramienta para revisar discursos históricos desde Ranke y Dilthey, aparece como empresa ilustrada a la que se incorporan, como *historia intelectual*, teorías políticas y lingüísticas.<sup>35</sup> Fundamentar conceptos en historia social fue aportación de Koselleck<sup>36</sup>, y su «horizonte de expectativa» quedó incorporado al vocabulario historiográfico general. Frente a la obsesión explicativa de hace medio siglo se han hecho dueñas de nuestro territorio de este modo, una vez más, estrategias ligadas a la *comprensión*, y en torno a sus posibilidades («círculo hermenéutico») se arman las formas de *argumentación*<sup>37</sup>.

Debilitado el enfrentamiento teórico entre *conflicto* y *consenso* –con saldo provisional a favor de este–, hoy leemos con naturalidad *imágenes*, *rituales* o *performances*; valoramos *redes* intelectuales, *ciudades*, *paisajes*, *olores*, *colores...*, y los integramos eclécticamente, con registros de tipo causal/individual o sus derivaciones simbólicas<sup>38</sup>. *Experiencia* y *relato* constituyen el par indiscutible de conceptos centrales, en un nexo que adquiere *significación* en el *contexto*<sup>39</sup>. En la consideración del relato ha influido también el psicoanálisis: así en la (re)construcción de biografías que, desde Freud, se plantea como método, se abordan casos particulares en el marco de un patrón general, con la interpretación de la narración genética de sucesivas acciones del sujeto, siendo la narración una experiencia autorrefleja. Con la biografía combinamos lo racional y lo no racional y no consciente, lo conocido con lo oculto, pero también exploramos las posibilidades de acción del sujeto en su contexto: en la acepción de la micro-

---

32 Atentos a lo global, a lo *poscolonial* y a lo *subalterno*, Q. Edward WANG / Georg G. IGGERS (eds.): *Turning Points in Historiography. A Cross Cultural Perspective*, Rochester, University of Rochester Press, 2002, con solo tres textos sobre historiografía occidental y el resto sobre islámica, africana y asiática; Georg G. IGGERS / Q. Edward WANG / Surpriya MUKHERJEE: *A Global History of Modern Historiography*, Londres, Pearson / Longman, 2008.

33 Charles TAYLOR: *Imaginarios sociales modernos*, Barcelona, Paidós, 2006.

34 Keith WINDSCHUTTLE: «A Critique of the Postmodern Turn in Western Historiography», en Q. Edward WANG / Georg G. IGGERS (eds.): *Turning Points...*, *op. cit.*, pp. 271-285.

35 Ian HAMPSHER-MONK / Karin TILMANS / Frank van VREE (eds.): *History of Concepts. Comparative Perspectives*, Ámsterdam, Amsterdam University Press, 1998.

36 Reinhart KOSELLECK [1979]: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.

37 Chaim PERELMAN [1977]: *El imperio retórico. Retórica y argumentación*, Caracas, Norma, 1997.

38 Por ejemplo Sarah BARBER / Corinna PENISTON-BIRD (eds.): *History beyond the Text. A Student's Guide to Approaching Alternative Sources*, Londres, Routledge, 2009.

39 «Preguntar por la significación de un acontecimiento en el sentido histórico del término», dice Danto, «es preguntar algo que solo puede ser respondido en el contexto de un relato (*story*). El mismo acontecimiento tendrá una significación diferente de acuerdo con el relato en el que se sitúe...» («Filosofía de la historia substantiva y analítica», *Historia y narración...*, *op. cit.*, p. 45).

historia, la biografía revelaría –tomo la definición de J. Revel– «un conjunto de tentativas, de elecciones, de tomas de posición frente a la incertidumbre...»<sup>40</sup>.

La biografía ya no es pensable como necesidad y finalidad de una vida concreta, sino como un relato *abierto* punteado de encrucijadas. Así es como hoy entendemos que el acto humano se realiza a través de «nudos de experiencia» o cruces de *posibilidades significantes*, en los que el sujeto reinterpreta lo vivido, el pasado propio y heredado, y se orienta hacia el futuro. Con la poderosa impostación feminista en las ciencias sociales y la historiografía, con varias décadas impulsando decisivos cambios –la cito aquí al final, pero a sabiendas de su importante impacto–, la acción de las mujeres ha ido restituyendo al sujeto femenino a la historia. La experiencia colectiva e individual de las mujeres, su construcción como individuos públicos y seres sexuados en un contexto patriarcal, ha ido privilegiando la «sensibilidad hacia los matices de nuestra propia vida y nuestras observaciones acerca de la vida de los otros», erosionando el dominio de los discursos e interpretaciones aún adheridos a la divisoria sexual y de género. El giro corporal ha hecho decisiva la presencia de mujeres historiadoras en la teorización y la política<sup>41</sup>.

Antes de cerrarse el siglo XX, la filosofía de la ciencia hizo balance de los modelos alternativos al empirismo albergados en la tradición pospositivista (empirismo lógico, racionalismo histórico, realismo científico, y constructivismo): en todas, el análisis crítico de la praxis científica había pasado al primer plano<sup>42</sup>. Muchos científicos sociales reconocían y asumían, a su vez, un *giro histórico* en sus respectivas disciplinas<sup>43</sup>, una incorporación teórica y de método que tendría en cuenta el tiempo y el lugar además del contexto social, abriendo un abanico de posibilidades. Por nuestra parte, aceptamos que el conocimiento histórico es un saber *construido*, obtenido por inferencia a partir de evidencias lo más amplias y certeras posible, que nos llevan a componer narrativas y representaciones verosímiles<sup>44</sup>. Pero, sobre todo, se aprecia el valor heurístico de la *imaginación*. En una de sus obras de intención didáctica, el sociólogo Andrew Abbott se preocupaba de *explicar* estrategias para que los estudiantes lograsen resultados más relevantes en su iniciación (lamenta que, en su larga experiencia como profesor, va encontrando cada día trabajos más triviales y sin originalidad, incluso en estudiantes de talento y esfuerzo). Y aun sabiendo que la creatividad no puede ser enseñada, se aplicaría a desplegar recursos para la producción de *ideas* con las que todo discurso debería alcanzar el mínimo y necesario interés... Porque, aseguraba, «toda ciencia es una conversación entre el rigor y la imaginación»<sup>45</sup>.

---

<sup>40</sup> Jacques REVEL: *Jeux d'échelles. La mycro-analyse à l'expérience*, Paris, Gallimard, p. 35.

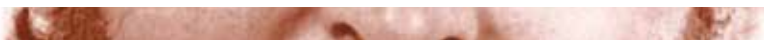
<sup>41</sup> Elena HERNÁNDEZ-SANDOICA: «Masculino / Femenino. Leer el cuerpo», *Alcores*, 19 (2016), pp. 13-33.

<sup>42</sup> Joseph ROUSE: *Engaging Science. How Understand Its Practices Philosophically*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 1996.

<sup>43</sup> Terrence J. McDONALD (ed.): *The Historic Turn in the Human Sciences*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2005.

<sup>44</sup> Alun MUNSLOW: *The New History*, Londres, Pearson, 2003.

<sup>45</sup> Andrew ABBOTT: *Methods of Discovery. Heuristics for the Social Sciences*, Nueva York, W.W. Norton, 2004, cit. p. 3.



## **Que el futuro no nos tome por sorpresa: viejas y nuevas ambiciones de la Historia**

**Juan Pro**

Universidad Autónoma de Madrid

**E**l paradigma de la historia social, como es sabido, se dio por agotado a finales del siglo XX, después de varios decenios de despliegue de la llamada «nueva historia». La ambición de totalidad de los maestros de la primera y segunda generación de los *Annales* fue sustituida por una fragmentación de los objetos históricos y los campos de análisis. Múltiples enfoques, problemáticas y sujetos empezaron a poblar las secciones de Historia de las bibliotecas y de las revistas, en un proceso que François Dosse llamó de «desmigajamiento» de la Historia en su célebre libro de 1987<sup>1</sup>.

Este proceso de desmigajamiento de la disciplina venía acompañado de un cambio de paradigma explicativo, de un cambio en las escalas de observación y de un desplazamiento de las ambiciones de la explicación a la comprensión, por lo que resulta especialmente difícil evaluar por separado el efecto que tuvieron cada uno de estos cuatro fenómenos: fragmentación del discurso histórico en múltiples discursos sin aparente conexión, cambio de los marcos teóricos hacia paradigmas nuevos de carácter más cultural que social, reducción de las escalas de observación en los estudios de los historiadores, y apuesta por la comprensión frente a la explicación. El cambio experimentado por la historiografía desde los años setenta del siglo XX –cuando Carlos Forcadell se incorporaba al gremio– se presenta especialmente complejo, y no se puede ventilar con una sentencia sencilla del tipo de la «renuncia» en las ambiciones, sino que hay en juego apuestas de una complejidad mucho mayor.

Desde mi punto de vista, cada uno de esos factores merece una valoración distinta. No son todos expresión de un pensamiento posmoderno que, a su vez, pueda tomarse como la expresión cultural del neoliberalismo<sup>2</sup>. ¿Qué ha significado cada uno de estos tres cambios?

En primer lugar, la fragmentación de la disciplina histórica en multitud de corrientes, especialidades y subespecialidades responde a un fenómeno de hiperespecialización común a la mayor parte de las ciencias, y al mismo tiempo, responde también al pluralismo de las sociedades democráticas. Esta segunda parte –la multiplicación de escuelas, enfoques y marcos

---

<sup>1</sup> François DOSSE: *La historia en migajas: de «Annales» a la Nueva Historia*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1988.

<sup>2</sup> Como afirman de pasada Nick SRNICEK / Alex WILLIAMS: *Inventar el futuro: poscapitalismo y un mundo sin trabajo*, Barcelona, Malpaso, 2017, p. 279, diciendo que es una «afirmación común», sin aclarar por qué.

interpretativos- no es necesariamente mala; más bien al contrario, asegura una riqueza de puntos de vista impensable en épocas anteriores en las que la historiografía solo podía subsistir si se ponía al servicio de la construcción nacional, de los poderes establecidos, o alternativamente de alguna de las ideologías críticas que desafiaban ese orden hegemónico. Desde luego, esto tiene que ver también con la expansión del mundo académico, que creció enormemente con la democratización de la enseñanza universitaria y que ha dado lugar a una tasa bastante alta de «historiadores *per capita*», que también resultaba impensable para las generaciones anteriores.

En cuanto a la especialización en sí, es consecuencia de la lógica implacable de las disciplinas científicas, relacionada con la racionalización y burocratización de la vida que Max Weber describió con el concepto de «la jaula de hierro». Sin duda la especialización nos aleja de visiones globales y genera un malestar académico y una incomunicación entre los investigadores obligados a encerrarse en los estrechos márgenes de subespecialidades diminutas para poder manejar la bibliografía, el lenguaje y los métodos de al menos una de esas subespecialidades. A cambio, la capacidad de profundizar se multiplica exponencialmente; y aumentan las posibilidades de colaboración y de diálogo interdisciplinar desde cada una de esas subespecialidades con otros campos vecinos de disciplinas en las que también se han producido fenómenos de hiperespecialización similares.

Esto es un cambio en las formas de abordar el estudio del pasado, pero no necesariamente una reducción de capacidad: las preguntas son menos globales, pero al menos pueden ser respondidas (lo que parece menos probable cuando el historiador se plantea preguntas tan generales que desbordan a todas luces sus fuerzas, lo cual puede llevarle a sustituir la búsqueda personal de respuestas por la reiteración de respuestas ideológicas preestablecidas). Por otro lado, un proceso de división del trabajo académico que lleve a la hiperespecialización puede ser un acelerador de la productividad intelectual (según el mecanismo ricardiano de la ventaja comparativa); y no conlleva contrapartidas negativas si el mismo proceso de división del trabajo salvaguarda la existencia de un cierto número de historiadores generalistas que se dediquen a hacer síntesis de las investigaciones particulares.

En segundo lugar, el cambio de paradigma explicativo ha sido un fenómeno de importancia mayor. Creo que ya se le ha prestado atención en otras mesas de este encuentro; pero sin duda tiene relación con el cambio en las ambiciones explicativas de la historia. La generación de Carlos Forcadell se formó en la ambición de la *nueva historia*, que planteaba que toda historia es historia social, en el sentido de que cualquier fenómeno histórico está socialmente determinado y para comprenderlo hay que restituirle el marco social y económico que le era propio. Nadie dudó de que eso significaba un salto cualitativo de importancia mayor, que llevaba a los historiadores a un nivel superior de análisis objetivo de la realidad.

Sin embargo, ese tipo de historia, la que resumimos refiriéndonos al paradigma de la historia social, que fue la «verdadera historia» de los años 70 y 80, se vio a su vez desafiada desde los últimos decenios del siglo XX por lo que se ha dado en llamar el *giro cultural* o *culturalista*. Partiendo del llamado «giro lingüístico» y de la comprensión de la importancia que tiene el lenguaje en la mediación de todos los asuntos humanos, los historiadores de los últimos cuarenta años han puesto el énfasis en cómo los marcos culturales también condicionan la realidad y lo hacen de una forma que no puede ser reducida a mera expresión de lo social.

Desgraciadamente, como toda innovación intelectual, el mercado ha hecho del giro cultural de la historiografía una especie de moda, y ha dado lugar a que proliferen libros, artículos y tesis doctorales de historia cultural sin más, que ignoran toda conexión con otros registros de la



realidad. Esto subleva a algunos historiadores sociales de mediana edad, que ven en este cambio del foco de atención desde lo social a lo cultural una especie de renuncia a ver las realidades duras de la historia, el conflicto, el poder y los condicionantes materiales, por el gusto dilatante de regodearse en lo trivial, en lo evanescente, en aquellas superficialidades del pasado que Marx llamó «superestructurales» y que, en cualquier caso, no inquietan a nadie.

Sin embargo, este vaciamiento y esta renuncia a comprender no puede atribuirse al conjunto de la historiografía de los últimos años, ni siquiera a la que podríamos llamar más propiamente historia cultural o postsocial. Lejos de renunciar a comprender, la historia cultural supone una vuelta de tuerca más en la ambición de comprender la totalidad del contexto para explicar cada caso singular: sin negar que todo fenómeno histórico está socialmente determinado –algo que cualquier historiador profesional aprendió desde el siglo XX– se trata de añadir que, además, todo fenómeno histórico está culturalmente determinado y no puede entenderse si no se restituyen los marcos culturales de referencia en los que se movían los actores (sus lenguajes, sus conceptos fundamentales, sus categorías mentales, sus representaciones del mundo, sus creencias, su universo simbólico, o incluso sus afectos). De nuevo aquí hay un cambio en la ambición, pero un cambio que no tiene por qué ir a menos, sino que está llamado a ir a más, a ponerse metas más altas en cuanto a la amplitud y complejidad de todo lo que hay que poner en juego para estudiar aunque solo sea un simple acontecimiento singular.

Después de todo, el interés por el modo en que los marcos culturales condicionan a los actores sociales no es más que el resultado de tomarse en serio algunas intuiciones del propio Marx sobre los motivos por los que las versiones primitivas de su doctrina chocaban con realidades palpables de su tiempo (por ejemplo en *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*), o reflexiones más profundas al respecto, como las que vinculamos a la creación del concepto de «hegemonía» por Antonio Gramsci en los años treinta<sup>3</sup>.

Carlos Forcadell, que siempre ha estado atento a la formación y al trabajo de los jóvenes investigadores, hace ya tiempo que comprendió esto. Quizá porque la cercanía a Juan José Carreras y el interés de toda su escuela por la historia de la historiografía le ha ayudado a no convertir en verdades absolutas las referencias historiográficas de cada momento, aunque ese momento fuera el suyo, y estar atento al dinamismo constante, al impulso innovador que anima a la historiografía. Así, el Carlos Forcadell que desde sus primeras investigaciones se había interesado por un objeto tan querido de la historia social como el movimiento obrero, y había practicado algo que podríamos llamar «historia social de la política» en su tesis de 1977 sobre el movimiento obrero español en los años de la primera guerra mundial<sup>4</sup>, volvía más de treinta años después al tema desde una perspectiva muy diferente, ensayando un enfoque de «historia cultural de la política» en su capítulo sobre la cultura política de los socialistas en el tomo que él mismo coordinó con Manuel Suárez Cortina en la *Historia de las culturas políticas en España y América Latina* en 2015<sup>5</sup>. Y en 2014 había dado cobijo en la Institución Fernando el Católico

---

<sup>3</sup> Karl MARX: *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Madrid, Alianza, 2015; Antonio GRAMSCI: *Cuadernos de la cárcel*, México, Era, 1999.

<sup>4</sup> Carlos FORCADELL: *Parlamentarismo y bolchevización: el movimiento obrero español, 1914-1918*, Barcelona, Crítica, 1978.

<sup>5</sup> Carlos FORCADELL: «Constitución y práctica de una cultura política socialista: entre las dos Españas republicanas», en Carlos FORCADELL / Manuel SUÁREZ CORTINA (coords.): *La Restauración y la República, 1874-1936*, t. III de la *Historia de las culturas políticas en España y América Latina*, dirigida por Manuel Pérez Ledesma e Ismael Saz, Madrid / Zaragoza, Marcial Pons / Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2015, pp. 285-313.

a un grupo heterogéneo de historiadores interesados por explorar las posibilidades que abría la historia de las emociones<sup>6</sup>.

El cambio en las escalas de observación, tercero de los cambios mencionados, puede valorarse de modo similar a los anteriores. A medida que se profesionalizó la historia y se especializó cada vez más, pasó a ser más abundante el instrumental que hay que conocer y utilizar en el análisis, más voluminosa la bibliografía y más sofisticado el elenco de fuentes que hay que cruzar para obtener una conclusión. Las investigaciones, por tanto, han tendido a concentrarse sobre objetos de escala menor, en un proceso que implica por un lado la reducción de los marcos geográficos, por otro el estrechamiento de los marcos temporales de análisis y por último la selección de una sola dimensión analítica para enfocar cada fenómeno histórico. Todas estas tendencias estaban ya ahí antes de aquel funesto decreto de 2011 que estableció un plazo para la realización de las tesis doctorales, un ridículo plazo oficial de tres años, que impone reducir hasta el límite el alcance y la ambición de las tesis de Historia.

En cualquier caso, la reducción de escala en los marcos espaciales de análisis pudo ser una estrategia interesante en algún momento para romper el monopolio de la historia nacional, que casi siempre respondía a una historiografía nacionalista: la historia regional y la historia local permitieron desafiar esa hegemonía y plantear visiones de la historia desde abajo, al tiempo que ponían en explotación nuevas fuentes, daban protagonismo a sujetos silenciados y enriquecían las agendas de investigación académicas con cuestiones que solo el cambio de escala permitía observar y plantear. La obra-símbolo de esa llamada de atención hacia lo local y lo regional fue, quizá el libro de Le Roy Ladurie, *Montaillou, aldea occitana*, de 1975<sup>7</sup>. Aquí en España, los congresos de historia local de Aragón, con los que Carlos Forcadell ha tenido tanta relación, serían un buen ejemplo de esa vitalidad historiográfica y de los buenos frutos que ha dado; y el propio Carlos se ha ocupado de valorar la historia local, provincial y regional en varios de sus trabajos<sup>8</sup>. Aunque sin duda podrían mencionarse también otros ejemplos menos edificantes en los que la reducción de las escalas de observación a lo local y a lo regional ha sido esterilizante y ha tenido más que ver con el cambio de las lealtades de algunos historiadores, lealtades que se han traspasado del Estado-nación a la región o la Comunidad Autónoma, y al municipio, repitiendo en escala menor el servilismo historiográfico de otros tiempos.

Esa tendencia a la reducción de las escalas, sin embargo, se ha visto compensada con creces por la aparición de corrientes historiográficas que han logrado desafiar la hegemonía de la historia nacional por arriba y no por abajo: la historia global, la historia mundial y la historia transnacional constituyen hoy en día enfoques que tratan de comprender fenómenos que no se podrían comprender si el historiador limitara su mirada al interior de unas determinadas fron-

---

6 Curso *Siento, luego existo: emociones históricas e historia de las emociones*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 22 y 23 de mayo de 2014.

7 Emmanuel LE ROY LADURIE: *Montaillou, aldea occitana de 1294 a 1324*, Madrid, Taurus, 1981.

8 Carlos FORCADELL: «La fragmentación espacial en la historiografía contemporánea: la historia regional/local y el temor a la síntesis», *Studia historica. Historia contemporánea*, 13-14 (1995), pp. 7-27; idem: «El despliegue de una historiografía regional: Pasado reciente y presente de la investigación contemporánea en Aragón», *Huarte de San Juan. Geografía e historia*, 6 (1999), pp. 59-78; idem: *El regeneracionismo turolense a finales del siglo XIX*, Teruel, Instituto de Estudios Turolenses, 1993; idem: «Comerciantes, artesanos e industriales en la Zaragoza del final de la época isabelina», *Cuadernos aragoneses de economía*, 4 (1979), pp. 161-180; idem: «Propiedad de la tierra y poseer local en la comarca de Daroca, siglos XIX-XX», *El Ruego: Revista de estudios históricos y sociales*, 1 (1995), pp. 247-266; idem: «Historia del bajo Aragón, la historia en el bajo Aragón», *Al-qannis: Boletín del Taller de Arqueología de Alcañiz*, 5 (1995), pp. 7-13; y Carlos FORCADELL / María Cruz ROMEO MATEO (eds.): *Provincia y nación: los territorios del liberalismo*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2006.



Con Juan Pro –en el centro de pie–, y de izda. a dcha.: Pedro Novo, Susana Tavera y Mari Cruz Romeo; sentados: Carme Molinero, Ignacio Peiró, María Sierra y Javier Moreno Luzón. IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, Murcia, 2008.

teras: esa historia de fenómenos reales que traspasan las fronteras políticas y geográficas, cuya relevancia es fácil de entender para las generaciones que vivieron bajo la amenaza de la guerra nuclear total en los tiempos de la Guerra Fría, que descubrieron después la influencia de la globalización en nuestra vida cotidiana, y que viven hoy bajo la amenaza del cambio climático y sus efectos. Desde luego, no creo que esta multiplicación de los marcos geográficos de análisis de los historiadores pueda considerarse una renuncia a la ambición explicativa: donde antes había poco más que las historias triunfales de cada nación convertida en Estado, disponemos hoy de múltiples escalas de observación de los fenómenos, desde la historia local y la microhistoria hasta la *World History*.

Con el cambio en las escalas temporales pasa algo parecido: la tendencia al predominio de los estudios de corto plazo puede considerarse preocupante si se contrasta con las virtudes de la *longue durée* que, en su momento, ponderó Braudel. Pero esa reducción de escala permitió desde finales del siglo XX recuperar la importancia del acontecimiento como materia básica de la historia, que anteriormente había quedado eclipsada por la búsqueda de «grandes estructuras, procesos amplios y comparaciones enormes»<sup>9</sup>.

El experimentalismo historiográfico de los años ochenta y noventa dio ejemplos interesantes de cómo una extrema reducción de escala puede generar trabajos de historia de gran calidad y

<sup>9</sup> Por tomar el título del libro de Charles TILLY: *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Madrid, Alianza, 1991.

con un gran poder de explicación o de comprensión del pasado (según como se lean). Un ejemplo claro de esto fue la *microhistoria*, un tipo de práctica historiográfica de vigencia fugaz, pero que dejó varios trabajos memorables, especialmente en la historiografía italiana (Carlo Ginzburg, Giovanni Levi...) <sup>10</sup>. En estas obras los tiempos y los espacios eran extremadamente reducidos, en el límite para observar a un solo individuo o un acontecimiento singular; pero esa reducción permitía una lectura densa del acontecimiento en su contexto, de manera que la ambición y la capacidad para plantear y responder preguntas no eran en absoluto reducidas.

En definitiva, los trabajos de microhistoria nos dieron ocasión de releer las reflexiones de Braudel sobre las escalas temporales del historiador, descubriendo que más que una llamada a los análisis de largo plazo, lo que había en su obra era una llamada a la combinación inteligente de diversas escalas de análisis (fuera en el marco de una sola obra o, más prudentemente, en el ámbito colectivo de una escuela o una generación de historiadores) <sup>11</sup>.

En definitiva, yo diría que estos tres cambios señalados hasta ahora eran respuestas al agotamiento del paradigma de la historia social: agotamiento, no tanto porque se hubieran llevado ya hasta sus últimas consecuencias los postulados de la nueva historia y se hubiera hecho realidad aquella «historia total» planteada como horizonte; sino porque, a medida que se profundizaba en el análisis de todas las dimensiones de la experiencia de todos los seres humanos y en todos los tiempos, se fue tomando conciencia de la extrema complejidad de los procesos históricos, las múltiples conexiones y facetas que cada hecho tenía. *Complejidad* sería la palabra clave desde entonces. Y desde esa conciencia de la complejidad nacía una cierta humildad en cuanto a las posibilidades de explicar (en el sentido de las ciencias físicas y naturales); frente a los intentos de explicación, que sonaban simplificadores y deterministas, se abría la opción alternativa de intentar comprender (el cuarto cambio que quería señalar). La reducción –y la combinación– de las escalas, la fragmentación de los objetos y la multiplicación de los modos de aproximación a la historia son, en última instancia, recursos para enfrentarse a lo complejo sin renunciar a comprender.

La distinción entre explicación y comprensión fue acuñada por Dilthey, quien insistió en 1883 en que las «ciencias del espíritu» debían aspirar a la comprensión mediante la hermenéutica: la recolección de los datos sobre el pasado debería llevar a una comprensión de su sentido y su intención, orientada hacia el presente <sup>12</sup>. De ahí vino un cierto debate sobre si la Historia –como las demás ciencias sociales– debe *explicar* los fenómenos, de forma similar a como lo hacen las ciencias naturales y experimentales, o si su forma de conocimiento es otra, más relacionada con la *comprensión*: dar cuenta de las acciones sociales, en el caso de la Historia dar cuenta de los procesos mediante un discurso estructurado en torno a la dimensión temporal de la experiencia humana <sup>13</sup>. Max Weber disolvió en cierto modo aquella dualidad entre explicación y comprensión, al plantear un modelo sociológico «comprensivo» en el cual la Historia no solo

---

<sup>10</sup> Edoardo GRENDI: «Microanalisi e storia sociale», *Quaderni Storici*, 33 (1972), pp. 506-520; Carlo GINZBURG: *El queso y los gusanos: el cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Muchnik, 1982; Giovanni LEVI: *La herencia inmortal: La historia de un exorcista piemontés del siglo XVII*, Madrid, Nerea, 1990.

<sup>11</sup> Jacques REVEL: «L'histoire au ras du sol», presentación de Giovanni LEVI: *Le Pouvoir au village. Histoire d'un exorciste dans le Piémont du XVII<sup>e</sup> siècle*, Paris, Gallimard, 1989.

<sup>12</sup> Wilhelm DILTHEY: *Introducción a las ciencias del espíritu. Ensayo de una fundamentación del estudio de la sociedad y de la historia*, Madrid, Alianza, 1980.

<sup>13</sup> Juha MANNINEN (ed.): *Ensayos sobre explicación y comprensión: contribuciones a la filosofía de las ciencias humanas y sociales*, Madrid, Alianza, 1980.

presenta los hechos del pasado, sino que lleva a una comprensión de los motivos de las acciones, con lo que en la práctica permite explicar los procesos y su resultado<sup>14</sup>. Creo que la ambición explicativa predominó entre los historiadores que se vincularon al paradigma de la historia social, mientras que la ambición de comprensión predomina en los nuevos caminos que ha tomado la historiografía más recientemente.

De este repaso podría concluirse que sostengo una interpretación optimista sobre la marcha que ha seguido la historiografía bajo los vientos poco favorables del pensamiento único y de la hegemonía neoliberal. Lo cual no es cierto del todo. Tomo muy en serio advertencias sobre los peligros de la trivialización, de la falta de síntesis explicativas, y del olvido voluntario de lo que ya teníamos aprendido, como la que me hizo el propio Carlos Forcadell al recordarme en un congreso en tierras argentinas la frase genial del otro Carlos (Marx) en *La ideología alemana* (1846):

En la vida vulgar cualquier tendero sabe perfectamente distinguir entre lo que alguien dice ser y lo que es, y nuestra historiografía no ha logrado todavía penetrar en un conocimiento tan trivial como este. Cree a cada época por su palabra, por lo que dice acerca de sí misma y lo que se figura ser<sup>15</sup>.

Siempre conviene volver a los clásicos. Y estimo este recordatorio en lo que vale, por lo que aún tengo el billete manuscrito en el que Carlos me la anotó de su puño y letra clavado en la pared de mi despacho en la Universidad Autónoma de Madrid, donde ha permanecido como llamada de atención para propios y extraños desde hace cinco años.

En fin, el balance debe ser comedido y sopesar lo que hemos ganado y lo que hemos perdido con los cambios de enfoque y de horizontes de los últimos treinta o cuarenta años. No creo que debamos caer en un pesimismo apocalíptico –seguro que no– pero tampoco en la complacencia ni en el triunfalismo. Porque, a la hora de la verdad, ¿cuántas son las cosas que conseguimos explicar o comprender, comparadas con el océano de las que ignoramos por completo? La historia social falló en gran parte de sus ambiciones porque, mientras decía que explicaba el pasado, no fue capaz de comprender el presente ni de hacer predicciones acertadas sobre el futuro. La historia cultural es igualmente incapaz de hacer predicciones de futuro –de manera que cada bandazo del presente nos toma por sorpresa–, pero al menos ha adquirido la modestia necesaria para ni siquiera intentarlo.

De hecho, el punto al que ha llegado la historiografía actual presenta sombras tan grandes que casi eclipsan sus luces. David Armitage y Jo Guldi apuntan en su *Manifiesto por la Historia* hacia un problema muy claro: la pérdida de audiencia de los historiadores en el siglo XXI. Lo que a ellos parece preocuparles es que los historiadores han dejado de ser escuchados por el poder, han dejado de formar parte de los consejos asesores de los presidentes y jefes de gobierno, en beneficio de los especialistas de otras disciplinas, como la economía, la sociología o la ciencia política<sup>16</sup>. Podríamos añadir otras dimensiones –quizá más preocupantes– de esa crisis de audiencia, como el descenso en el número de estudiantes interesados por la Historia o la pérdida de interés del público lector por los libros de Historia que es-

---

<sup>14</sup> Max WEBER: *Economía y sociedad: esbozo de sociología comprensiva*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984; ídem: *Ensayos de metodología sociológica. Sobre algunas categorías de la sociología comprensiva*, Buenos Aires, Amorrortu, 1982.

<sup>15</sup> C. MARX / F. ENGELS: «Feuerbach. Oposición entre las concepciones materialista e idealista», cap. 1 de *La ideología alemana*, en C. MARX / F. ENGELS: *Obras escogidas*, 2 vols., Moscú, Progreso, 1981, vol. I, p. 48.

<sup>16</sup> Jo GULDI / David ARMITAGE: *Manifiesto por la Historia*, Madrid, Alianza, 2016.

criben los historiadores académicos (aunque sigan vendiéndose bien otros productos, como la novela histórica o los libros de historia escritos por divulgadores ajenos al ámbito especializado de la profesión).

La llamada de atención de Guldi y Armitage es interesante, porque señalan algunos factores a los que responsabilizan de esa pérdida de influencia de la Historia en la toma de decisiones. Quizá no estaríamos de acuerdo en todos ellos. Pero sí en que es real ese retroceso en la capacidad de los historiadores de dirigirse a la sociedad y de influir sobre el rumbo de las decisiones políticas; lo es en todos los países, en mayor o en menor medida, y eso significa que responde a causas generales más que a circunstancias locales. Es muy probable que la pérdida de audiencia de la historia que se practica en el mundo académico tenga que ver con cierta estrechez de miras, cortoplacismo, hiperespecialización, superficialidad y ensimismamiento del gremio de los historiadores. No sé si eso es exactamente falta de ambición explicativa, pero sí que es una carencia preocupante y que merecería más reflexión y más respuesta por parte de los historiadores.



***Fake history...***  
**El relato histórico en tiempos de la postverdad**

**Manuel González de Molina**  
Universidad Pablo de Olavide



Los participantes en la cuarta mesa redonda organizada en homenaje a Carlos Forcadell estábamos llamados a responder a una cuestión relevante que apenas tiene espacio hoy en las preocupaciones de los profesionales de la historia, especialmente en la Universidad: «¿Dónde ha quedado la ambición explicativa de la historia? De los grandes relatos a la fragmentación postmoderna». La pregunta da a entender que existe una crisis de los grandes relatos y que el discurso histórico es víctima de la fragmentación postmoderna. Pero, quizá sea más correcto decir que los grandes relatos o metarrelatos no están en crisis, lo que está en crisis es la historiografía y los historiadores, muchos de los cuales han caído en la fragmentación, en el interés por narrativas sectoriales, algunas de ellas claramente irrelevantes si se enfocan desde la perspectiva de su utilidad social.

Se siguen construyendo grandes relatos que satisfacen una demanda social que no ha cambiado ni es previsible que lo haga. Siguen sirviendo para conformar las identidades y para explicar el presente o, al menos, hacerlo más o menos comprensible, dotando de sentido la existencia humana. Lo que ha cambiado es el sujeto que los produce. Los historiadores profesionales han perdido el monopolio en su construcción. Los que tienen más capacidad comunicativa y de socialización son construidos por otros agentes sociales, especialmente por los medios de comunicación y por la industria audiovisual. El cambio cultural, que ha saltado del libro, de la palabra escrita a la imagen, a la narración gráfica, apenas ha comenzado a producirse en el ámbito académico. Los historiadores raramente participamos en la producción de películas, series o documentales, y cuando lo hacemos ocupamos un papel subsidiario de los guionistas.

En ese contexto, la distancia entre los relatos, que de manera tradicional elaboramos los historiadores, y los construidos por los medios de comunicación se hace cada vez mayor. De hecho la producción de identidades ha sustituido a la producción de conocimientos, de tal manera que no importa tanto el rigor científico como la eficacia comunicativa. Un ejemplo de lo que sucede en Andalucía puede ilustrar este desfase. Los libros de texto que se manejan en colegios e institutos, los documentales que usualmente exhibe Canal Sur, las películas sobre el campo andaluz, las noticias que sobre el «extinto» movimiento jornalero aparecen en la prensa escrita y en los informativos tanto autonómicos como nacionales e incluso internacionales, abundan en una imagen tópica del mundo rural andaluz que hunde sus raíces en el atraso económico agrario, en los mitos del subdesarrollo, de la protesta jornalera a menudo violenta,

del caciquismo, etc. Una imagen mítica, elaborada durante los sesenta y setenta que la historiografía de las décadas posteriores se ocupó de desmontar pieza por pieza, pero que sin embargo sigue predominando como la imagen estereotipada de Andalucía. Esta imagen tiene mayor potencia comunicativa ciertamente y, además, es funcional al discurso «modernizador» de las instituciones autonómicas andaluzas o al discurso «regenerador» o «liberador» de una parte de la izquierda. Es desalentador constatar lo poco que han calado en el imaginario popular los nuevos relatos, más complejos y más normalizados, de la historia del siglo XX andaluz, elaborados por una pujante historiografía que ha volcado todo quehacer en gran cantidad de libros y artículos de revista, normalmente fuera del alcance de la inmensa mayoría de los ciudadanos.

### **La crisis de los metarrelatos**

En consecuencia, lo que está en crisis no es el metarrelato mismo o su función, sino los metarrelatos o el hábito de elaborarlos dentro de la profesión de los historiadores y la pérdida de repercusión social de los que fabrican. ¿Pero, a qué se debe esta crisis de un quehacer cuya esencia es precisamente la construcción de narrativas sobre el pasado? Ciertamente, los metarrelatos que han dominado el panorama historiográfico del siglo XX han entrado en crisis. La historiografía viene sufriendo una aguda crisis de identidad motivada tanto por la obsolescencia de los supuestos epistemológicos, axiológicos y de las propias metateorías en las que ha basado su quehacer, como por el cambio en la función social del discurso histórico y del sujeto que lo elabora. Es una crisis sistémica que refleja estos tiempos de crisis civilizatoria y de mudanza histórica. Las grandes certezas de la modernidad y los relatos construidos durante décadas para legitimarlas han dado paso a las incertidumbres del presente y del futuro más inmediato, dejando los relatos sobre el pasado sin la necesaria conexión con el presente.

Por otro lado, el «triunfo del capitalismo» (el «fin de la historia», aunque Fukuyama acaba de postponerla, argumentando que *the desire of identity groups for recognition is a key threat to liberalism*) ha acelerado la crisis de las narrativas características del siglo XX. Se acabó el mundo bipolar y la confrontación entre las dos grandes ideologías totalizadoras que proporcionaban los dos metarrelatos más difundidos (marxismo y liberalismo o funcionalismo). En ese sentido, Fukuyama tenía razón porque tras la caída del muro triunfó la economía de mercado y la llamada democracia liberal, esto es el capitalismo en su versión ultraliberal. La fragmentación postmoderna que impregna la historiografía actual refleja, efectivamente, el triunfo de uno de los metarrelatos. Aunque para ser más riguroso, podemos buscar explicaciones en la propia crisis de las sociedades industriales. Estas se caracterizan por la fragmentación social, de intereses e ideologías y de cosmovisiones. Es extremadamente difícil construir un metarrelato sobre la fragmentación social, la contraposición de intereses y de identidades.

En efecto, los grandes relatos que han predominado hasta finales del siglo XX han perdido el referente que les daba sentido. La crisis del Estado-nación como forma de organización política hegemónica en el mundo ha facilitado el cuestionamiento de las historias nacionales (estatales) y ha facilitado la aparición de relatos identitarios tanto en términos de clase, raza, religión, género como de territorios en su interior. La crisis de la civilización industrial (predominio de la industria) ha provocado la crisis de los relatos que consagraban la industria como el principal medio de procurar el desarrollo económico y el bienestar de las naciones; su estudio era el principal objeto de la Historia Económica. La aparición de otras fuentes de valor añadido incluso más potentes y la diversificación y desmaterialización de las economías más avanzadas han dejado obsoleta la narrativa tradicional que buscaba describir el proceso de industrializa-

ción seguido por cada país, las vías y ritmos de su progreso y consideraba este como un proceso positivo e indispensable para la modernización económica e incluso social y política de un país. La crisis ambiental y la consciencia de los límites del crecimiento han dado el golpe de gracia a este relato tan extendido. Algo parecido podría decirse de la crisis en la que está sumida la Historia Social, crisis que es incluso identitaria, debido a la fragmentación de clases y a la aparición de nuevos movimientos sociales, fenómenos característicos de las sociedades postindustriales. La Historia Social ya no está centrada en el estudio de las luchas de la clase obrera o de las luchas del campesinado por la mejora de sus condiciones de vida o por la tierra. Nuevas categorías sociales han emergido y nuevas formas de entender la protesta se han impuesto en un panorama donde la toma de conciencia y la emancipación social no son ya el hilo conductor del relato. El metarelato que buscaba los caminos de la modernización política y de la implantación de las democracias representativas propias de Occidente por todo el mundo también ha hecho crisis en la Historia Política. El propio concepto de democracia ha sido puesto en cuestión, proponiendo definiciones más sustantivas cuyos orígenes no son necesariamente modernos ni occidentales. La narración del largo camino de la modernidad democrática ha saltado por los aires, sustituido por relatos más complejos y menos teleológicos que ponen en el centro los procesos de democratización, más que la democracia formal.

### **La crisis de identidad de la historiografía**

Pero la crisis de los grandes relatos es también reflejo de la propia crisis del quehacer historiográfico. La historiografía sufre, como las demás ciencias, una crisis epistemológica que afecta de lleno a los contenidos del relato que se elabora. El paradigma de la complejidad, esto es el propio avance de la ciencia, ha puesto en solfa las pretensiones objetivistas y totalizantes de los paradigmas tradicionales, de los que fluían las narrativas. Ha puesto en cuestión la propia pretensión de un relato general en el espacio y en el tiempo, con capacidad explicativa global. Los relatos son ahora provisionales, limitados en sus pretensiones explicativas y ajustados a las peculiaridades territoriales y culturales. La historiografía sufre también una crisis metodológica o instrumental, que afecta a las maneras que en se difunde el discurso y se socializan las narrativas: la palabra escrita ha sido derrotada por la imagen, la narración completa por el *story board*). Es más, la utilidad de los relatos, del discurso histórico, está sometida también a un severo cuestionamiento: ¿Para qué sirven los relatos que elaboramos? ¿Están conectados con el presente? Si el discurso histórico debe desempeñar alguna función social, ¿cuál debería ser esta? La función eminentemente identitaria que desempeñó en el pasado, muy vinculado a la producción de las identidades nacionales y al Estado-nación, ha mutado de objetivo. Otras identidades han demandado nuevas narrativas incluso contrapuestas que generan un terreno inédito de enfrentamiento por la hegemonía del relato entre movimientos nacionalistas opuestos. Todo ello contrasta, como se argumentaba al principio, con el discurso historiográfico canónico que aún sostiene y difunde una narrativa que responde a una época ya pasada. Quizá por ello, por el propio cambio de época y por la escasa capacidad adaptativa de la comunidad de historiadores a los cambios en curso, el historiador ha perdido el monopolio de producir relatos e incluso ha perdido la autoridad social para producirlos, convirtiéndose en uno más. Ello en beneficio de los *media* y de los historiadores no profesionales que nunca tuvieron más audiencia.

Esta crisis de identidad de la profesión se agrava con la falta de relevo generacional en las universidades y la conformación de una carrera académica donde el *paper* en una revista JCR es el objetivo prioritario. El debate historiográfico ha prácticamente desaparecido y ello no facilita

la discusión necesaria para la construcción de nuevos metarrelatos y nuevos lenguajes de difusión más gráficos o visuales y masivos. Un ejemplo paradigmático es el hecho de que el debate historiográfico ha estado ausente, salvo alguna excepción, en los últimos congresos de la Asociación de Historia Contemporánea. El formato de paneles o talleres, excesivamente especializados, ha convertido a los congresos en una especie de «feria» donde se exhiben relatos muy específicos y, por tanto, fragmentados que son vistos y «comprados» por algunos colegas en el mejor de los casos, y que en realidad cumplen una función meramente curricular.

Finalmente, la crisis de los metarrelatos y la crisis de la historiografía son también causa y consecuencia de la escisión entre historia y memoria. Historia y memoria colectiva fueron y son la misma cosa en las culturas orales, e incluso en las culturas escritas hasta que el siglo XIX se impuso la necesidad de fundamentar la identidad nacional y el discurso histórico se orientó fundamentalmente a ese fin. Pese a ello, historia y memoria colectiva han caminado juntas durante la mayor parte de modernidad. Siguieron juntas durante la postguerra. Incluso la historia alimentó la memoria segmentada en grandes grupos sociales y en grandes relatos. Para el marxismo, incluso, no hubo distinción entre memoria e historia: la historia científica era el relato que facilitaba la toma de conciencia. La memoria de clase era la historia del capitalismo y de la explotación de la clase obrera. De hecho, esta concepción que otorgaba al relato histórico una doble función animó el quehacer de mi generación. Esa idea motivó, por ejemplo, mi dedicación profesional a la historia y guió la elección de los temas de investigación.

En suma, la historia –concebida como un quehacer científico, dotado de prestigio y cierta posición social– proporcionaba a la memoria colectiva el discurso y las narrativas necesarias. La historia y los historiadores desempeñaban una indudable función social. Su utilidad era evidente: los metarrelatos explicaban el mundo ya fuera desde la perspectiva de clase o desde la perspectiva nacional o incluso internacional. Pero en los últimos tiempos, memoria e historia se han escindido, han tomado un camino divergente e incluso opuesto. ¿Cuáles son las causas de tal escisión? La memoria es suficientemente importante como para dejarla en manos de los historiadores... Por ello, la gestión de la memoria la tienen hoy principalmente los medios de comunicación en sentido amplio. Medios que privatizados y cada vez más concentrados sirven a los intereses de las grandes corporaciones. Es evidente que en las últimas décadas venimos asistiendo a un proceso de fuerte privatización y oligarquización de la memoria. Los medios promocionan incluso relatos falsos o intencionados y pretenden crear postverdades históricas, metarrelatos que sirven a sus intereses.

Podríamos hablar incluso de *fake history*, que podríamos definir –parafraseando la descripción que se hace de las *fake news* en Wikipedia– como relatos malintencionados e incluso abiertamente falsos, de naturaleza pseudohistoriográfica, difundidos a través de portales de noticias, prensa escrita, radio, televisión y redes sociales cuyo objetivo es la desinformación deliberada o el engaño. Se emiten con la intención de inducir a error, manipular decisiones personales, desprestigiar o enaltecer a una institución, entidad o persona u obtener ganancias económicas o rédito político. Tienen relación con la propaganda y la postverdad... En esta categoría debería incluirse buena parte de la ola de revisionismo que asalta nuestra historiografía (v.gr.: fraude de las elecciones republicanas; guerra civil y represión, etc.). Cada día son más frecuentes las declaraciones como la de Ortega Smith, destacado dirigente de Vox, el partido neofranquista de la extrema derecha, planteando que durante la Guerra Civil hubo crímenes de ambos bandos y que las mujeres conocidas como las *13 Rosas* «torturaban, asesinaban y violaban vilmente» en las checas de Madrid, por lo que, a su juicio, todos los españoles perdieron durante la guerra (*El País*, 4 de octubre de 2019). Es un ejemplo paradigmático de *fake history*, dado que no importa que el relato sea falso, lo importante es sostener una interpretación del pasa-



Con Manuel González Molina –primero por la dcha., de pie–, Alberto Sabio, Anaclel Pons, Pere Anguera, personas sin identificar, Ne.lo Martí, Carmelo Romero, Carmen Frías y Justo Serna; en primer término: Miguel Ángel Ruiz, Ignacio Peiró, Julián Casanova y Pedro Rújula. II Congreso de Historia Local de Aragón, Huesca, 1999 .

do que conviene a su causa política; un relato donde el afán de verdad o de fidelidad a los hechos sucumbe ante la propaganda y la intencionalidad política.

Podría interpretarse, entonces, que la fragmentación del relato es una consecuencia lógica de la crisis historiográfica y que en adelante deberíamos acostumbrarnos a dejarla en manos de los medios de comunicación y de las grandes corporaciones que controlan su construcción, llevados por una especie de fatalismo historiográfico. Pero también podríamos pensar que merece la pena la disputa por el relato y que hay que rescatar esta función básica para restituirla de nuevo a los historiadores y a su práctica científica. Nos jugamos mucho en esta pelea como para darnos por vencidos. Podría argumentarse que, en realidad, estamos en transición hacia el predominio de nuevos metarrelatos, más contemporáneos, que están aún en construcción y que deben proporcionar explicaciones convincentes y soluciones eficaces ante los retos que tiene planteada la humanidad en estos momentos cruciales del siglo XXI. Entre ellos al más acuciante, la crisis climática y con ella a la crisis ecológica.

### **La Historia Ambiental y la producción de metarrelatos alternativos**

Pero para ello son necesarias nuevas teorías, nuevos métodos, otras axiologías y nuevos soportes que ayuden a conectar de nuevo historia y memoria. Ya no basta con ofrecer legitimidades sociales a un Estado-nación en crisis y no resulta conveniente seguir exaltando el poder modernizador del crecimiento económico, máxime cuando la ecuación crecimiento económico = creación de empleo = redistribución de la riqueza = bienestar material ha quedado definitivamente rota. Se trata de producir un conocimiento de calidad, esto es, un conocimiento definido por la utilidad social, tal y como mantienen Funtowicz y Ravets, refiriéndose a la actividad

científica en general. Es legítima la pretensión intelectual de conocer otras culturas que existieron en el pasado e incluso de aprender de su experiencia, pero con ello haríamos solo historia del pasado, útil sobre todo para académicos, eruditos y curiosos. La crisis ambiental exige soluciones, historiar el presente. Porque la esencia del conocimiento histórico no puede ser la narración de todo lo sucedido en el pasado, sino la provisión de una adecuada genealogía del presente, buscando las explicaciones y las experiencias que den sentido a la realidad, que permitan entenderla y que hagan posible pensar el futuro con la mínima entropía física y social. En ese sentido, el discurso histórico, en tanto que conocimiento útil, debe ponerse al servicio del objetivo que parece hoy más realista desde el punto de vista de la humanidad –no de un país o de una clase social–, la reversión de la crisis ambiental y de las demás manifestaciones de la crisis civilizatoria.

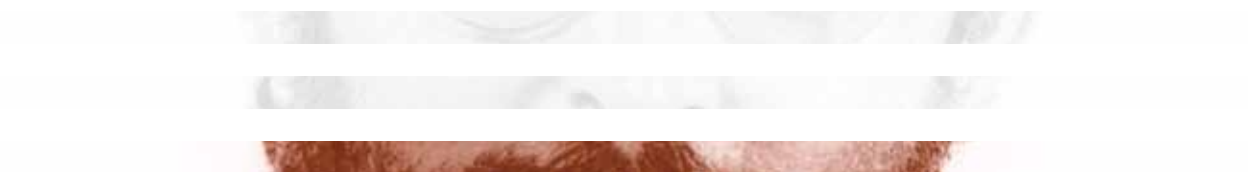
Es ya un lugar común entre los científicos el convencimiento de la finitud de los recursos naturales, de la fragilidad de las bases que hacen posible la vida humana en el planeta. Comienza a estar en la agenda de la mayoría de los políticos sensatos la necesidad de un desarrollo que sea sostenible, es decir, que no comprometa las bases ecológicas que hacen posible la misma producción, asegurando su mantenimiento en el tiempo y su disfrute por las generaciones futuras. Este viraje ambiental ha «contaminado» a las propias ciencias sociales en las que se ha producido un cambio de enfoque fundamental: la incorporación de la naturaleza a la sociedad y, en consecuencia, la aparición del concepto de sustentabilidad como un criterio central del análisis de la acción humana. Es necesario, pues, un *giro ambiental* de la historia o para ser más preciso, de la historiografía. Un giro que permita volver a considerar la naturaleza dentro de la sociedad, de donde fue expulsada por el iluminismo racionalista y su concreción antropocéntrica, el optimismo tecnológico. Un giro que parta de un principio fundamental, que las sociedades humanas, cualesquiera sean sus condiciones o niveles de complejidad, no existen en un vacío físico sino que afectan y son afectadas por los fenómenos y las leyes de la naturaleza. Una relación coevolutiva que es el fundamento epistemológico de la Historia Ambiental.

Una historia que no pretende satisfacer una demanda pasajera, una moda efímera, protagonizada esta vez por el medio ambiente. Surge de la necesidad de remediar un olvido histórico que ha atravesado el pensamiento moderno y ha supuesto la separación artificial del hombre de la naturaleza. Las evidencias de la crisis ambiental que sufre el planeta nos han hecho conscientes. La Historia Ambiental aspira a entender, pues, la acción humana en su contexto natural. La Historia Ambiental se ocupa esencialmente de la base material de las relaciones sociales, no pretende por tanto explicarlo todo desde el punto de vista ecológico. Las relaciones sociales están presididas por la complejidad y no pueden ser reducidas a análisis físico-biológicos. Esta consideración de la Historia Ambiental como proveedora de un conocimiento necesario, pero parcial, supone también admitir su carácter provisional, ya que solo aspira a «ecologizar» el discurso histórico general, preparando el camino para su propia desaparición como disciplina separada. Lo que aporta al discurso historiográfico es la preocupación por la sustentabilidad, en coherencia con su vocación consecuentemente materialista y con la condición material de toda relación social. Ello no quiere decir que se ocupe solamente del mundo físico y biológico y de las limitaciones que establece sobre la acción humana. El propio concepto de sustentabilidad, tal y como es manejado en buena parte de la literatura ambiental ayuda a comprender la mutua determinación entre sociedad y naturaleza en la que este tipo de historia se sitúa. La Historia Ambiental puede ser definida como el estudio histórico de la evolución y del cambio de las sociedades humanas, en el que los procesos naturales y sociales son considerados como «agentes activos» en permanente y mutua determinación. El conocimiento que provee es fundamentalmente interdisciplinario y, por tanto, constituye una «ciencia de

integración de las partes». Parte de un principio básico que define de una manera específica la relación entre naturaleza y sociedad: la consideración del sistema social como una parte más de los sistemas naturales.

Al comienzo de este texto aludíamos al desfase entre la mayoría de los discursos sobre el pasado, cuya función se torna legitimadora de un presente ya insostenible, y un presente marcado por la crisis de la modernidad y de la civilización industrial. La Historia Ambiental está contribuyendo a redefinir no solo los contenidos del discurso histórico, sino también la función social de los historiadores y de la historia a partir de su vínculo con la realidad, en este caso física. La historia como disciplina puede servir para algo más que para rescatar el patrimonio histórico o elaborar el propio discurso para consumo de la colectividad, puede tener también una dimensión práctica gracias a la Historia Ambiental. Se trata de recuperar –como ocurre en las culturas tradicionales de base oral– el carácter de *conocimiento aplicado*, de herramienta útil para la resolución de los problemas concretos que aquejan a la sociedad de hoy. Por primera vez en su historia, los seres humanos se enfrentan a una situación crítica como especie, al modificarse los patrones ambientales que han hecho posible la vida. Parece probado que la mayoría de esas modificaciones son producto de las propias formas de organizar, pensar y manejar la naturaleza que el hombre ha implementado a partir, sobre todo, de la hegemonía de los valores de la civilización industrial. Esta certeza, que está en la mente de un número mayor de individuos, hace que la ciencia se enfrente al reto de aportar soluciones urgentes e inmediatas a la crisis civilizatoria y a sus principales manifestaciones (crisis ecológica, pobreza, desigualdad social, etc.). La Ecología se está convirtiendo en un «saber de salvamento» ante la gravedad e irreversibilidad de los daños ambientales. En este sentido, el conocimiento histórico, que no es sino un saber especializado que pone su acento en la dimensión tiempo, en los procesos evolutivos y por tanto en el cambio, puede cooperar eficazmente con otras disciplinas en la búsqueda de soluciones inmediatas a las crisis ecológica.

Parece claro que problemas ambientales de primer orden como el calentamiento global no pueden tener un diagnóstico claro, y por tanto soluciones adecuadas, si no se analizan series cronológicamente largas de temperaturas y precipitaciones. La propia dinámica de los ecosistemas no puede entenderse al margen de su evolución histórica. En ese sentido, la historia puede constituir una herramienta utilísima para el diagnóstico correcto del estado de un determinado ecosistema. La fijación en el tiempo de los cambios antrópicos más decisivos y la búsqueda de factores de diversa índole que los expliquen, puede contribuir a un diagnóstico correcto de las patologías ambientales y a la búsqueda de soluciones eficientes. Esta idea de un conocimiento aplicado, lejos de una historia más literaria, aboca necesariamente a la rotura de la parcelación del conocimiento y a la transdisciplinariedad. Es una de las posibilidades más claras de producir conocimientos útiles, que tengan un alto nivel de eficiencia social. Los historiadores deben perder el miedo al contacto con otros científicos y con sus instrumentales, sin encerrarse en la seguridad que da un saber acotado, con instrumentos propios, muchas veces fabricados para dotar a la disciplina de un *status* diferenciado. La construcción de un nuevo metarrelato que oriente a la sociedad por el camino de la sustentabilidad es hoy una tarea prioritaria, de primer orden, que vincula de nuevo a la historia y a los historiadores con la sociedad que le da sentido y le otorga su reconocimiento.





# **Función explicativa de la Historia, historias locales y el metarrelato identitario del conflicto vasco**

**Manuel Montero**

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea

Los encuentros que reflexionan sobre nuestra situación historiográfica suelen ser abundantes, «es una costumbre que se reitera con llamativa frecuencia»<sup>1</sup>. También las evaluaciones suelen ser reiterativas. En los diagnósticos, abundan las quejas sobre los déficits. Aun así, la producción historiográfica española presenta actualmente investigaciones diversas y rigurosas, está formando redes interuniversitarias y entablando contactos internacionales que antes eran excepcionales. Las reuniones científicas son frecuentes y las revistas en las que se difunden las investigaciones están mejorando sus criterios de selección.

Con sus déficits y tareas pendientes, nuestra historiografía vive un buen momento. Escasean las obras explicativas de los grandes procesos nacionales, pero lo compensan las nuevas perspectivas, que ahondan en una amplísima gama de materias (cultura, ecología, la historia urbana, vida cotidiana, historia del género, etc.).

No impide lo anterior que debamos referirnos a algunas carencias. ¿Ha desaparecido la ambición explicativa de la historia? Genéricamente cabe aplicar a toda la disciplina la consideración según la cual «las ambiciones explicativas de la historia socioeconómica [...] se han frenado en los últimos años»<sup>2</sup>. Tal preocupación no se ha desvanecido, pero se ha impuesto la fragmentación temática y espacial, con sus metodologías especializadas. No suelen integrarse en visiones globales o lo hacen de forma renuente. Los congresos de Historia Contemporánea presentan una extraordinaria parcelación en talleres bien diferenciados, que se desenvuelven con serios criterios científicos y metodológicos. Queda la duda de si tal desenvoltura coincide con similar capacidad de integrar la interpretación en la del periodo estudiado o en una visión más amplia.

La fragmentación de la disciplina ha llevado a desarrollos paralelos de áreas concebidas como campos específicos de investigación, cuyo armazón conceptual suele separarse de unas nociones generales. Por esta vía, la función explicativa de la historia puede diluirse, partiéndose en migajas. Eso sí, la especialización no es en sí misma negativa: ha aportado excelen-

---

1 Carlos FORCADELL: «La fragmentación espacial en la historiografía contemporánea: la historia regional/local y el temor a la síntesis», *Studia histórica. Historia contemporánea*, 13-14 (1995-1996), pp. 7-27

2 Edward ACTON / Ismael SAZ: *La transición a la política de masas*, Valencia, PUV, 2001.

tes planteamientos y desarrollos. «La especialización en ramas diferentes, el descubrimiento de nuevos objetos, la seducción de las disciplinas vecinas no amenazan de fragmentación al territorio del historiador: este, al contrario, amplía sus fronteras y sigue anexionando nuevas demarcaciones»<sup>3</sup>. El problema radica en las dificultades de llegar a la visión general, pues muy pocas veces se aborda el intento de la síntesis a partir de las versiones especializadas.

En la fragmentación de los análisis juegan un papel de primer orden las visiones regionales, que sustituyen a la historiografía tradicional de referencia nacional. «La regionalización del análisis histórico [...] es la vía que lleva más intensa y acusadamente a la historiografía española a la fragmentación del hecho histórico»<sup>4</sup>. No es una perspectiva necesariamente inadecuada: lo local y lo regional permiten comprender lo que sucede en otros niveles. Lo cierto es que en España la mayoría de las investigaciones son hoy básicamente locales, sin que se haya dado paso a la visión conjunta. Suelen también tener una lectura política. La elección del marco español suele interpretarse a veces como un síntoma de nacionalismo español, pese a que hace inteligibles procesos históricos fundamentales, tales como la industrialización (incomprensible sin la formación de un mercado nacional), la gestación de la sociedad de masas o la construcción de los referentes ideológicos o culturales, que suelen ser elementos compartidos.

Además, apenas se han realizado estudios comparados. Tenemos así análisis paralelos de procesos similares sin referencias comunes. Los mismos fenómenos son estudiados para distintas localidades y/o regiones sin que se establezca un marco común.

Pese a todo, con los déficits señalados, la historiografía goza de buena salud, a tenor por la abundancia y calidad contrastadas. En sí mismas, las perspectivas locales aportan perspectivas comprensivas y, por ende, no se apartan de la voluntad explicativa de la historia.

## Las historias de las autonomías

Hay otro punto de vista, menos halagüeño. En las últimas décadas ha mejorado notablemente el conocimiento de la historia local, pero esto no ha hecho mella en las historias que difunden las autonomías. Tienen su propio desenvolvimiento. En la mayoría de los casos, tales interpretaciones se gestaron tras nacer las autonomías y venían a legitimarlas. «Confundir meros límites geográficos con visiones ontologizantes [...] conduce a la confusión entre objeto científico y categorías historiográficas»<sup>5</sup>, pero el problema es tanto mayor por cuanto tales versiones suelen seguir criterios políticos y pseudocientíficos. Buscan asentar las identidades locales.

Sucede en las autonomías nacionalistas y en las que no lo son. Unas y otras priman el localismo. Identifican la autonomía con el todo, la tratan como el ámbito que explica plenamente la historia. España tiende a desaparecer del relato y solo surge ocasionalmente, y de forma no siempre positiva. El marco referencial es la región y constituye una versión radicalizada del concepto según el cual «la recuperación del pasado tenía por fin crear valores sociales

---

<sup>3</sup> Elena HERNÁNDEZ-SANDOICA: *Tendencias historiográficas actuales*, Madrid, Akal, 2004, p. 267.

<sup>4</sup> Carlos FORCADELL: *op. cit.*, p. 15.

<sup>5</sup> Gonzalo PASAMAR / Ignacio PEIRÓ: «Historia nacional e historia local: problemas epistemológicos y práctica social en España», *Encuentro sobre Historia Contemporánea de las Tierras Turolenses*, Teruel, Instituto de Estudios Turolenses, 1986, pp. 29-48.



Manuel Montero, entre Eloy Fernández Clemente y José Luis Batalla. Parainfancia de la Universidad de Zaragoza, 2018.

compartidos»<sup>6</sup> sobre todo porque no necesariamente comporta una recuperación del pasado, sino una reconstrucción histórica ideologizada.

Para legitimarla, según estos metarrelatos tal autonomía siempre hunde sus raíces en el pasado. Le sugieren una marcada personalidad, ensalzando sus aportaciones a lo largo de los siglos. El esquema, esencialista, sería rechazado si se aplicase a España como nación con aportaciones linealmente positivas en política, cultura o cualquier ámbito<sup>7</sup>. En tales imágenes, las comunidades autónomas actuales preexisten como entidades desde la noche de los tiempos y vienen a ser la mera realización histórica de una determinada personalidad, a partir de estereotipos que se emplean con profusión.

Los metarrelatos autonómicos se construyen sobre una estructura interpretativa inspirada en paradigmas religiosos. Desarrollan las tres fases bíblicas de paraíso-caída-redención de la ver-

---

<sup>6</sup> Enrique FLORESCANO: *La función social de la historia*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2012, p. 8.

<sup>7</sup> Manuel MONTERO: «La política y la historia. La enseñanza de la historia de España», en Porfirio SANZ / Jesús M. MOLE-RO / David RODRÍGUEZ (eds.): *La historia en el aula. Innovación docente y enseñanza de la historia en la educación secundaria*, Lleida, Milenio, 2017, pp. 45-62.

sión clásica<sup>8</sup>: idealización de una edad dorada, remota, cuyas excelencias se perdieron por culpa de fuerzas ajenas, recuperadas al restaurarse las autenticidades originales.

Prehistoria, antigüedad y/o medioevo: tales periodos juegan el papel fundacional, el origen de la comunidad, presentada como un espacio social lleno de autenticidad, una comunidad ideal, estática, formada al margen de circunstancias históricas. Aparentemente el ideal sería vivir fuera de la historia, en una especie de comunidad antropológica de carácter popular<sup>9</sup>.

Lo que puede considerarse la caída, por contraste con el mundo primigenio, tiene que ver con factores exógenos. Suele asociarse a la monarquía: intolerancia, centralización, esquemas negativos (latifundios, abandono político, desigualdades sociales). La comunidad queda desamparada, pues la privan de sus formas tradicionales de organización.

Por lo común, la Edad Moderna aparece en las visiones autonómicas como una época de sombras, de anulación o aminoramiento de la personalidad. Luego llega la resurrección. El periodo de luz queda asociado a la recuperación de la democracia, pero no por los valores de libertad, pluralismo o poder representativo. Lo fundamental es la descentralización y formación de la autonomía, que trae el progreso para la comunidad y con ello la esperanza en un futuro del que había sido privada durante siglos<sup>10</sup>.

El esquema bíblico está también en las historias de las autonomías nacionalistas, si bien prolongan en el tiempo la idealización de los orígenes medievales e identifican la caída con concretas circunstancias políticas (la guerra de Sucesión en Cataluña, la abolición de los fueros en el País Vasco). Muestran la recuperación como la propagación de una conciencia nacional o como una meta, de la que la autonomía solo sería un primer paso.

Sirva lo anterior para referirnos al papel de los metarrelatos locales. Lo advirtió Juan José Carreras<sup>11</sup>. Tras el fin de los grandes relatos con la llegada de la posmodernidad, caducaban las perspectivas clásicas y solo quedarían dos alternativas: el que se vería como superador de las dimensiones nacionales; y las contrahistorias, las de las minorías discriminadas por raza o género; y, sobre todo, la territorialización, el cambio de escala, desde la nación a la localidad o a las regiones.

El (aparente) final de los metarrelatos clásicos da lugar a la aparición de los locales, culturas narrativas con pretensión de veracidad, deconstrucción acrítica y voluntad de explicarlo todo. Es la narración global que da respuesta a toda contingencia y acoge el discurso político. Los grandes relatos han sido sustituidos por los pequeños, con igual pretensión de explicación arquetípica y completa, capaz de acoger y dar sentido a las historias más diversas.

Hay una contradicción, y si se quiere un fracaso: la posmodernidad venía a negar o superar las rotundidades tradicionales, sustituidas por el pensamiento frágil que escapara al dogmatismo, pero por la vía de la proximidad local y su prestigio como interpretación alternativa aca-

---

**8** John GRAY: *Misa negra. La religión apocalíptica y la muerte de la utopía*, Madrid, Sexto Piso, 2017, p. 24.

**9** Manuel MONTERO: «El pasado que se difunde y sus usos públicos. La construcción autonómica de la historia de España», en Ander DELGADO / Antonio RIVERA (eds.): *¿Qué saben de su historia nuestros jóvenes? Enseñanza de la historia e identidad nacional*, Granada, Comarfes, 2018, pp. 17-38.

**10** Vid. Manuel ROMERO: «Sembrando la diferencia. Radiografía del escándalo silencioso que va minando España», *El Mundo* (20-26 de noviembre de 2007).

**11** Juan José CARRERAS: «Alternativas territoriales a los metarrelatos nacionales», en Carlos FORCADELL Carlos / María Cruz ROMEO (eds.): *Provincia y nación: los territorios del liberalismo*, Madrid, IFC / CSIC, 2006, pp. 313-320.

ba creando un conjunto de creencias sobre el pasado que se está demostrando invulnerable a la acción del historiador.

## **El metarrelato del conflicto vasco**

Valga de ejemplo lo que sucede con las interpretaciones del pasado vasco. Cabe asegurar que la historiografía vasca goza de buena salud y que lo hace desde hace varias décadas, con una producción amplia, científicamente contrastada. Es una historiografía con amplia presencia pública y sin las derivas fantasiosas u obsesivas que encontramos en algunas historiografías de referencia local o identitarias. Y, sin embargo, sus producciones no hacen mella socialmente. El pasado que se difunde públicamente, en el que cree la gente –en el País Vasco el pasado es objeto de creencia e incluso de culto, pues se basa en la fe– responde a criterios bien distintos a los que sigue la historiografía tradicional e incurre con frecuencia en la supervivencia del mito.

Contra lo que sucede con la mayoría de las historias autonómicas, este metarrelato no es reciente, tiene cierto pedigrí. Sus arquetipos básicos son del XIX e incluso podemos rastrear antes el origen de algunos elementos. Eso sí: obedece plenamente al esquema bíblico descrito, el del paraíso, caída y resurrección.

El paraíso sería el País Vasco hasta la abolición foral, una bonanza histórica que daba por suelta la soberanía originaria, según el esquema formulado ya en el XVIII. Novedad de fines del XX: incorpora la prehistoria y la milenaria existencia del pueblo vasco como elementos identitarios. La antigüedad se convierte en justificación política, con el imaginario de la creación neolítica de cultura, lengua, modo de ser... Un país milenario de 7000 años, en esto la cronología de origen político es precisa.

Otro estereotipo fundamental: el fuero y la «unión política» con España fue producto de un pacto, se sobreentiende que entre soberanías de similar naturaleza. La caída: la abolición de los fueros, que en el metarrelato clásico del nacionalismo se debería a la ruptura unilateral del pacto por los españoles. Los vascos, siempre cumplidores de su palabra, quedarían así liberados de compromisos y en plena libertad de actuar: cualquier respuesta quedaría justificada. En el planteamiento, no cuentan la democracia o el pluralismo, etc., tan solo las nociones de pueblos esencialistas dotados de personalidades propias, equiparados a personas en el pleno sentido del término.

De ahí la lucha que siguió a la caída, que no se produce por un pecado propio sino ajeno. Es consecuencia de una acción ajena perversa.

La resurrección ha tenido diversas variantes. La primera, años treinta, la identificaba con la aparición del nacionalismo, que no sería periodo de resurrección sino resurrección propiamente dicha. Sin romper con el estereotipo, el paraíso no será actualmente la independencia sino la construcción nacional de la sociedad vasca, esto es, el triunfo identitario del pueblo vasco.

Lo importante es el mecanismo legitimador: ruptura del pacto, reacción legítima. En este esquema, el pacto de Lizarra se debió a que los «enemigos del pueblo vasco» habían roto el pacto estatutario. Todo queda justificado apelando a conceptos historicistas. ¿Hay problemas con el concierto económico? Quedaríamos (los vascos) facultados para cualquier iniciativa y ruptura, pues han roto con un pacto. El nacionalismo moderado discrepaba de la violencia terrorista, pero la comprendía y en épocas la respetaba, habida cuenta las sucesivas traiciones españolas.

El metarrelato clásico acoge distintas variantes. El actual, omnicompreensivo, también explica pasado, presente y futuro. Gira en torno al concepto «conflicto vasco»<sup>12</sup> (Molina, 2015). Afirmas presuntas verdades, entendidas como objetivas e incuestionables: el pueblo vasco ocupa siete territorios cuya forja como comunidad política es irrenunciable. La pérdida de territorialidad y soberanía se debió a la invasión, básicamente española, que acabó con la independencia y procedió a despojar de su identidad milenaria a los vascos. Estos tienen una única lengua, el euskera, seña de identidad, por lo que la euskaldunización es prioritaria. Tales objetivos se convierten en la empresa colectiva de los vascos y obligación de partidos y organizaciones nacionalistas, es decir nacionales.

El conflicto se convierte en el hilo conductor de la narración. Justifica luchas, formulaciones políticas, la agresividad ideológica y la descalificación del franquismo pero también la reprobación de la democracia, desde este punto de vista continuidad de la voluntad opresora; cabe descalificar la democracia, la constitución, también la autonomía, pues puede constituir (según las coyunturas) un elemento de la supresión de los rasgos nacionales. De ahí que la transición fuese un desastre, al no llevar a la construcción nacional.

El metarrelato del conflicto guía la narración del periodista, del tertuliano, del político... Acoje también los actuales despropósitos sobre el relato del terrorismo.

En este metarrelato el conflicto constituye un concepto de carácter mítico, no asumible por la historiografía científica.

Los metarrelatos de cariz identitario presentan gran capacidad de resistencia. Cientos de artículos especializados sobre el pluralismo vasco, por ejemplo, son socialmente menos eficaces que un breve documental sobre el «genocidio» que representó el bombardeo de Gernika, presentado como manifestación de un conflicto vasco secular. Tiene éxito porque apela al sentimiento, conecta con visiones prepolíticas, exalta «lo nuestro» y propone una historia lineal sin complicaciones conceptuales.

Actualmente, en el País Vasco la historia académica está librando un combate sobre el relato del periodo terrorista<sup>13</sup>. Tiene enfrente a un revisionismo peculiar, que podríamos llamar postterrorista, si el término no se entiende como una sucesión cronológica sino como una continuidad con las posturas que apoyaron al terrorismo o no se le opusieron con contundencia. Consiste en la interpretación «amable» de la «lucha armada» –la forma nacionalista de designar al terrorismo– y rehúye la confrontación con la historia académica. Tiene la ventaja de los apoyos públicos. Parte de la idea omnipresente del conflicto. El conflicto metahistórico, si se quiere, puede hundir sus raíces en diversos tiempos: cabe remontarse incluso a las guerras carlistas, aunque este recurso sea infrecuente, quizás porque requiere una capacidad retrospectiva de la que se suele carecer. Por lo demás, esta versión del conflicto mezcla en la misma versión guerra civil, represión franquista, ETA, GAL, terrorismo, víctimas, estado opresor, pueblo vasco, etc. Todo entra en el mismo saco para proponer un determinado relato, que presente los siguientes mensajes:

Primero. Un final sin vencedores ni vencidos. La formulación, de apariencia benévola, tiene dos consecuencias graves: imponer la interpretación de que hubo una guerra –no el

---

**12** Fernando MOLINA: «El conflicto vasco. Relatos de historia, memoria y nación», en Fernando MOLINA / José Antonio PÉREZ (eds.): *El peso de la identidad: mitos y ritos de la historia vasca*, Madrid, Marcial Pons, 2015, pp. 181-223.

**13** Luis CASTELLS: «Las víctimas del terrorismo. La cuestión del relato», *Huarte de San Juan. Geografía e historia*, 21 (2014), pp. 331-344.



En la conferencia de Fernando Savater en la Institución Fernando el Católico, con Aurora Egido a la derecha, 2011.

acoso del terrorismo a la democracia-, expresión a su vez de un conflicto vasco secular; y equiparar a las dos partes que habrían combatido, cuyas interpretaciones quedarían intelectualmente igualadas.

Segundo. Una interpretación que justifica la «lucha armada» como reacción a la guerra civil o a las múltiples violencias que se cernían sobre «nosotros, los vascos».

Tercero. Implícitamente, justifica la equidistancia entre dos bandos en conflicto, lo que se llamó «mirar para otro lado». En este planteamiento queda en cierto sentido como la postura razonable ante un conflicto que generaba violencias alrededor.

Cuarto. Este particular revisionismo reconoce víctimas del terrorismo, pero lo hace como la manera de reconocer a todas las víctimas. Con tal planteamiento, el terrorista se convierte en una víctima de un conflicto trascendente, que le forzó a asumir un papel defensivo en el conflicto.

Se vierten así distintos conceptos: la víctima que lo era por representar a la parte agresora del conflicto; la víctima colateral, que se justifica como inevitable en una guerra; el joven luchador que fue víctima del conflicto pues tomó las armas para defender al pueblo vasco; los pacíficos ciudadanos que estaban en medio de diversas violencias de origen histórico y que hubieron de mirar para otro lado.

Hay revisionismos históricos dotados de una particular agresividad: no buscan solo justificar el pasado sino también el futuro. Probablemente todos presentan una intencionalidad parecida.



PARTE III

## EN LA ESTELA



## **Docencia, Investigación y Compromiso\***

**Eliseo Serrano Martín**

Universidad de Zaragoza

\* Palabras pronunciadas por el profesor Eliseo Serrano, decano de la Facultad de Filosofía y Letras, en la inauguración del congreso *A propósito de la Historia*, el 8 de noviembre de 2018.

**A** migos del profesor Carlos Forcadell: permítame señor rector que me salte el protocolo eludiendo cargos y autoridades, invocando la condición de los que hoy nos hemos reunido aquí en este Encuentro. Estamos todos en esta aula Pilar Sinués del edificio Paraninfo, trasmutada en aula de una Facultad de Filosofía y Letras que ha iniciado el peregrinaje por los distintos espacios universitarios para paliar el déficit que nos acompañará los años que duren las obras de reforma y rehabilitación del edificio del campus de San Francisco. Estamos, digo, para rendir homenaje académico, transformado en un encuentro *A propósito de la historia*, al profesor, al investigador, al ciudadano, pero sobre todo al amigo, el catedrático emérito de nuestra universidad Carlos Forcadell.

Como Decano de la Facultad de Filosofía y Letras quiero darles la bienvenida y mostrar mi satisfacción y el honor que supone participar en este Encuentro y representar al centro donde ha ejercido y ejerce su docencia. Y los organizadores han diseñado con excelente criterio un encuentro científico, del que surgirá memoria permanente en forma de libro, en el que se van a abordar cuestiones fundamentales para la Historia y el historiador, desde los saberes transmitidos, el peso de la docencia, los cambios producidos en la manera de estudiar la historia, los tránsitos de la historia social y cultural y el compromiso del historiador, algo de lo que historiadores como Marc Bloch, Pierre Vilar o Edward Thompson dieron excelentes ejemplos.

Docencia, Investigación y Compromiso. Tres conceptos, tres aspectos de la vida de un profesor universitario cabal que tiene el reconocimiento de sus alumnos, como se demostrará en la mesa consiguiente, el respeto de la profesión por su labor investigadora y transferencia de conocimiento y el agradecimiento de la ciudadanía por su trabajo a favor de una sociedad más justa, igualitaria y solidaria.

Colegas, amigos y exalumnos hablarán de todo ello y expresarán sus vivencias personales en torno a esos temas.

Me uno a la consideración de Carlos Forcadell como maestro de historiadores, de verdadero impulsor de la historiografía contemporánea aragonesa y en Aragón, de introductor de temáticas importantes a lo largo de sus décadas de magisterio: el movimiento obrero en los años setenta, la historia social, la historia de la prensa, los usos públicos de la historia en los años 90 y primeros años del XXI, las culturas políticas contemporáneas..., como impulsor de

equipos de investigación, liderándolos pero también impulsando la autonomía de sus miembros.

Permitanme, modestamente, expresar mi conocimiento y relación de muchos años con el profesor Forcadell. No fue profesor mío, no me dio clase durante la carrera. Pero nada más acabar mi licenciatura en Geografía e Historia en 1980, el primer ayuntamiento democrático me encargó, junto a otro colega que renunció al trabajo, un estudio de la fiestas populares y tradicionales de Zaragoza a través de la historia. Y a Carlos Forcadell le encargaron el prólogo en el que reivindicaba, como yo a lo largo del libro, la labor antropológica, etnográfica e histórica de Julio Caro Baroja. Pero a punto estuvo de naufragar la iniciativa: el prólogo está firmado por Carlos el 21 de febrero de 1981 y el libro estaba en prensa el 23 de febrero. Finalmente se presentó en la Cincomarzada, otra fiesta que peligró y que Carlos estudió y a la que dediqué un capítulo del libro.

Pero conocía a Carlos de antes, de las Jornadas de estudios sobre Aragón, de la *Gran Enciclopedia Aragonesa*, de *Andalán*, del que yo era asiduo lector y uno de los jóvenes que trabajábamos en el cierre y en el envío del periódico a los suscriptores.

Y también de las elecciones de 1977. Circularon textos elaborados por Carlos y otros miembros del PSA sobre la unidad de acción, sobre candidaturas aragonesistas frustradas, que yo leí con pasión..., y cuando se aclaró el panorama y definitivamente se formalizó la candidatura del PSA (con el apoyo del partido de Tierno Galván) Carlos figuró en la papeleta. Yo no le voté. Ni al PSA ni a nadie; hasta la Constitución de 1978 hay que recordar que la mayoría de edad estaba en los 21 años. 1979 fue una alegría y después una decepción –tras su dimisión– para quienes apoyamos la candidatura (yo de pegador de carteles) encabezada por Gonzalo Borrás, catedrático de Historia del Arte y amigo de todos los congregados y en la que también estuvo Carlos.

Modernistas y contemporaneistas participamos, junto con profesores de Historia Económica (Jaume Torras, Eloy Fernández Clemente, Luis Germán, Domingo Gallego...) de la antigua Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales y en su centro, en las sesiones del Seminario de Historia Económica de la Universidad de Zaragoza. Tras un breve periplo por el País Vasco, Carlos se incorporó al Departamento de Historia Contemporánea en Zaragoza. Desde hace más de treinta años compartimos departamento. Y desde menos, actividades en la Institución Fernando el Católico y algunos viajes convocados por el profesor Agustín Ubieta.

Querría acabar refiriéndome a la acepción cálida y honda de aquello por lo que se le reconocerá y que adquiere especial significado en una Facultad de Letras; ser maestro de generaciones de estudiantes, maestro, como ya he manifestado en alguna ocasión, en el sentido de enseñante o como dice el María Moliner, «aplicado con especial respeto, en vez de profesor, a la persona de quien se han recibido enseñanzas de mucho valor» pero también en el de persona de extraordinaria sabiduría o habilidad en una ciencia. De las enseñanzas de mucho valor recibidas del profesor Forcadell dan fe las promociones que han salido de estas aulas, bien representadas aquí por un notable grupo de exalumnos. Y de su habilidad en una ciencia, en este caso la Historia, los cientos de escritos, libros, artículos..., su ingente labor investigadora.

Enhorabuena, Carlos, por este homenaje académico, hecho con el cariño de quienes verdaderamente te conocen, admiran y aprecian.



## ¿Qué fue del materialismo histórico?

**Gregorio Colás Latorre**

Universidad de Zaragoza

**A** finales de los años sesenta España vivía, a pesar del régimen y de la oligarquía dominante, tiempos de renovación. Se contestaba el orden político y se discutía cuanto se consideraba bajo su cobijo. En esas aspiraciones de cambio, la universidad tuvo un lugar preferente. Programas y profesorado eran cuestionados por falta de contenidos, de preparación y de compromiso social. Quizá, en ninguna otra ciencia humana, el cambio parecía tan preciso y urgente como en Historia y esto por lo que tiene de ciencia social construida por y para el hombre. Mientras en los países vecinos, la propuesta positivista llevaba tiempo en retirada, en España seguía en pie, puesta al servicio del Imperio hacia Dios y a la eufemística revolución nacional sindicalista en la que militaba un buen porcentaje del profesorado permanente universitario. Incapacitado, por esa misma condición de servidor del régimen, para responder a la demanda juvenil y a la misma sociedad, la renovación hubo que buscarla con demasiada frecuencia fuera de las aulas.

Esa coyuntura inocentemente optimista e inconformista nos empujó a seguir el camino que franceses e ingleses llevaban recorriendo desde hacia tiempo. Fueron ellos, especialmente los hispanistas, nuestros maestros. La historia positivista, de la que era buen testimonio el manual de Manuel Ballesteros y Juan Luis Alborg<sup>1</sup>, fue repudiada para siempre y su lugar ocupado por una historia que se llamaba económica y social con pretensión de ser total. La sustitución representó un gran esfuerzo, quizá sin precedentes en el mundo de las humanidades, para los nuevos profesionales. El compromiso exigió una profunda renovación de los postulados que hasta entonces se consideraban intocables. Hasta esos años sesenta, la Historia, que se pretendía científica, se había servido de la documentación cancillerescas, almacenada en los archivos nacionales. Ahora la información estaba en los archivos locales –parroquiales, notariales, señoriales, catedralicios– apenas visitados, que recogían el pasado económico y social de la sociedad. A ellos nos dirigimos para sorpresa, donde los había, de los archiveros que no se mostraron precisamente receptivos<sup>2</sup>. La construcción del discurso histórico precisaba de un vocabulario que apenas, o nunca, se había oído en las aulas y disponer de un utillaje mental

---

1 Manuel BALLESTEROS GAIBROIS / Juan Luis ALBORG: *Historia Universal*, Madrid, Gredos, 1965, 2 vols.

2 Quiero dejar constancia de una excepción. El empleado del archivo de la Diputación de Zaragoza, Siervo Vázquez que se marchó de este mundo sin haber recibido testimonio de nuestro agradecimiento, estuvo siempre a disposición de dos raros investigadores que por los años setenta trabajaban sobre el Aragón en el siglo XVI.



que tampoco se conocía. Fue preciso adquirir unos conocimientos técnicos y metodológicos. Los primeros proporcionaron la formación suficiente para transformar los cientos de datos desparrramados por esa documentación local que individualmente no dicen nada pero convenientemente asociados son la fuente para el estudio de la economía y la sociedad feudales. Los segundos ofrecían el aparato conceptual para abordar la información costosamente reunida. La necesidad creó la demanda y la oferta editorial no faltó a la cita. Aparecieron publicaciones sobre teoría económica, a la que se añadía, para historiadores, y sobre técnicas cuantitativas, sobre el materialismo histórico y sobre el feudalismo que se convirtieron en obras de obligada lectura para el historiador. Una parte del nuevo discurso histórico se limitó a conocer la evolución económica y social del pasado y a explicarla<sup>3</sup>. Seguían a la escuela de los *Annales*. Otra fue más allá. Se centró en las relaciones entre los hombres, entre explotadores y explotados, los medios de los que se sirvieron los primeros para mantener su dominio y los segundos para escapar del mismo o, al menos, para atenuarlo. Todo puesto en el objetivo de encontrar los mecanismos del cambio histórico. Era la opción de los que militaban en el materialismo histórico y que encontraban en los historiadores marxistas, especialmente en los ingleses, los conceptos básicos para construir su investigación. Así se abordó la historia agraria, la industria y la sociedad, el mundo de los privilegiados y no privilegiados, el señorío y el realengo... Todo ello se hizo con el manejo de términos y conceptos, más o menos precisos. Esta historia se movía en el anhelo de conocer el cambio histórico, el paso de un modo de producción a otro que se consideraba más avanzado, tanto económica como socialmente, y en la intención de concienciar a la sociedad, en el sentido marxista, para que fuera capaz de enfrentarse a su propio destino. La aspiración podía ser menos pretenciosa y quedarse en el siempre habrá explotadores y explotados pero habrá que luchar para que esa explotación no convierta al débil en un capricho en manos de los poderosos. Por eso, en este mundo del feudalismo, era tan importantes el estudio del señorío, de los privilegiados y su modo de comportarse, los conflictos sociales, que solo eran movimiento cuando había detrás una ideología y un programa de cambio... Era, en estos campos, donde mejor se podía apreciar el comportamiento de estas clases dominantes y, al mismo tiempo, dirigentes y la naturaleza misma del modo de producción feudal.

Durante dos o tres decenios imperó en España la historia social y económica. Su hegemonía fue tal que se marginaron otras temáticas como la política y la cultura. Este olvido fue una de las lagunas de esos años en los que, en la investigación, imperaba la estructura, coyuntura económica, la producción y la productividad, la renta y la tasa feudal, la coerción extraeconómica... Evidentemente hubo otras carencias en las que no voy a entrar por falta de espacio. Tan solo aludiré, como crítica, al desfase que, a veces, se producía entre la teoría y la práctica, entre el marco conceptual y el estudio histórico. La investigación quedaba encorsetada en la teoría. Durante esos años, el conocimiento de nuestro pasado avanzó espectacularmente aunque, para desgracia de todos, apenas haya trascendido al gran público. La divulgación es todavía la gran cuestión pendiente. Evidentemente no estaba todo hecho pero el avance conseguido era importante. Nos situaba, al menos en el manejo de la investigación, a la altura de franceses e ingleses y, aunque todavía quedaba mucho por hacer, constituía un tejido importante que era necesario corregir, mejorar, completar... Venía a ser como los cimientos de un edificio que había que seguir construyendo, completando y ampliando. En esa nueva fase había que hablar de personas, convenía ajustar la teoría a la realidad y no al contrario, introducir la política y la cultura en los intereses de la investigación... Lamentablemente no se ha hecho así. No se ha

---

**3** Otras líneas de investigación compañeras de la nueva historia fueron la Inquisición y los moriscos pero estas todavía siguen presentes de una u otra manera aunque con mucha menor intensidad.

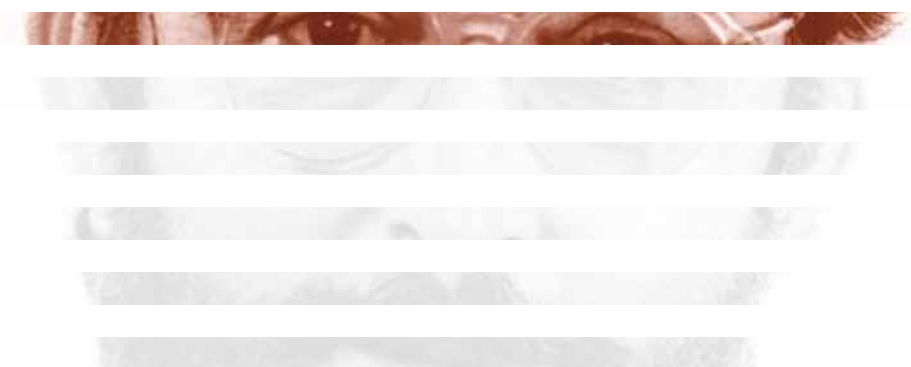
podado el árbol ni siquiera se ha injertado. Prácticamente se ha talado. Después de señorear la ciencia histórica, en los años noventa se abandonó el estudio de la economía y de la sociedad tal como se concebía en la etapa precedente y la historia se hizo política y sobre todo cultural y, quizá, lo que induce más a la reflexión, temas que en los sesenta eran impensables entraron en los intereses del historiador hasta el extremo de considerar que cualquier asunto del pasado puede ser objeto de estudio. Y esta pretensión plantea si todo el pasado tiene entidad para ser investigado. Se puede responder que sí, y justificarlo en el que «todo depende de cómo se estudie», pero habrá que convenir que esa condición, la de trabajar científicamente el pasado, se debe aplicar a todos los temas, incluidos esos que entendemos como transcendentales en el funcionamiento de una sociedad. La reflexión lleva necesariamente a otro interrogante de más difícil respuesta. ¿Cuál es el cometido del historiador? ¿Debe satisfacer sus caprichos o debe estar al servicio de la sociedad? ¿Eso que llamamos moda, para explicar el dominio de una determinada temática, debe dominar la historiografía? Y si es así ¿hasta qué extremo?

En estos tiempos en los que se tambalea casi todo aquello en lo que algunos creíamos, he recordado con demasiada frecuencia un texto de 1933 del francés Lucien Febvre, sobre la Historia, los historiadores y la primera Guerra Mundial. «Así andábamos, escribe, y la historia triunfaba. Desde fuera se la envidiaba por su potencia. Sin embargo, poco a poco, se iba vaciando de su sustancia real. La historia, se decía, no era una disciplina particular con un contenido perfectamente definido. Era un 'método': un método a punto de convertirse en el método cuasi universal en el campo de las ciencias del hombre. Como si un método tal, al que un conocido texto llamaba 'el método empleado para constituir la historia', fuese, en realidad, algo distinto a uno de los métodos practicados por todas las ciencias, el del conocimiento indirecto. La historia no había perdido su sombra. Pero renunciaba a su verdadero cuerpo por su sombra»<sup>4</sup>. Si desprendemos el texto de su componente épico sobre lo que era la Historia, parece posible encontrar una analogía entre las advertencias de Febvre y el presente. El sustancioso grosor de la historia de las últimas décadas ha sido sustituido por una temática nueva que bien pudiera considerarse como la sombra de la historiografía, que había renovado la temática y la metodología del pasado, del compromiso social.

En estos tiempos de globalización, de indefensión ante el arrollador avance de un capitalismo deshumanizado sin otros ni más horizontes que el beneficio ilimitado a cualquier precio, es necesario recuperar la causa de los sin nombre y reivindicar el materialismo histórico como el entramado ideológico que tanto ayer como hoy puede dar el mejor sentido a la Historia. Es verdad que el comunismo que se presentó a sí mismo como la culminación del materialismo dialéctico provocó, con su fracaso, un profundo descrédito del marxismo. Pero yo no estoy hablando de materialismo dialéctico ni mucho menos de convertir al marxismo en un programa de actuación política que convierta «este valle de lágrimas» en el paraíso. Tan solo propongo que la historia económica y social, convenientemente mejorada en las carencias denunciadas de la etapa anterior, tenga la presencia que por su importancia le corresponde en la investigación y aplicar la metodología que permita conocer el pasado en aras de una sociedad donde el hombre sea algo más que mero objeto de explotación. Y en este propósito resulta imprescindible el materialismo histórico como aparato conceptual. Demando, en definitiva, poner la investigación y la temática históricas al servicio de la libertad y la dignidad del hombre. De un rearme social que frene tanto desmán y abuso contra el ser humano y, en definitiva, contra el planeta.

---

<sup>4</sup> Lucien FEBVRE: *Combates por la Historia*, Barcelona, Critica, 1970, p. 25.



## **Pla y Vicens**

### ***Dos ampurdaneses en l' hora de les decisions***

**Esteban Sarasa Sánchez**

Universidad de Zaragoza

**E**l llamado género epistolar suele deparar sorpresas a los historiadores acostumbrados a utilizar en sus aportaciones historiográficas las consabidas fuentes convencionales dentro de la catalogación científica. Pues bien, como últimamente se están publicando repertorios de intercambios epistolares entre personalidades de todo género, es interesante destacar que, aparte de las colecciones de cartas de escritores, poetas o filósofos, llama especialmente la atención el caso de las cartas repartidas entre Josep Pla y Jaume Vicens Vives en los últimos años de vida del historiador comprendidos entre 1950 y 1960, fecha esta última de la prematura muerte de Vicens a los cincuenta años de edad.

Hay que conocer la sorna ampurdanesa para entender el contenido de las misivas entre ambos ilustres, y la reciente publicación del libro titulado *L'hora de les decisions (1950-1960)*, en edición de Guillem Molla y próleg de Joaquim Nadal i Farreras (edicions Destino, cátedra Josep Pla, Universitat de Girona), ayuda a ello por muchas razones. En primer lugar porque en el contenido del intercambio epistolar salen a la luz muchas opiniones sobre la situación de España en esos años que no se recogen en otros medios. En segundo lugar porque mientras que Pla es escéptico por naturaleza sobre la posibilidad de cualquier cambio a corto plazo en el régimen franquista, Vicens reitera su convicción, más bien su deseo, de que es la hora de las decisiones y que la breva está a punto de caer. Es decir, frente al pragmatismo del de Calella de Palafrugell, está la respetable ingenuidad del de Figueras. Y en tercer lugar porque a lo largo de la publicación señalada hay múltiples noticias curiosas, como, por ejemplo, la insistencia de Vicens en que Josep Pla aceptara el encargo de escribir una historia de Alfonso XIII, las confesiones acerca de su relación con Tarradellas y el optimismo de los propósitos del historiador sobre su vinculación a determinados círculos que buscaban aparentemente la transformación desde dentro del régimen.

Por cierto que ya se contaba antes de esta edición con otros epistolarios de Vicens, pero el que nos ocupa merece una atención distinta porque es más entrañable entre los interlocutores y menos oficial que amistoso y coloquial. Todo lo cual no quita seriedad y rigor al contenido, pero tiene ese atractivo de lo personal e íntimo entre dos gigantes tan distintos pero complementarios, tan amigos como discrepantes y tan sinceros como mordaces: un payés de boina internacional por los países que visitó y un aristócrata de la ciencia histórica bien relacionado familiarmente.

En *L'hora de les decisions* aparecen los libros y trabajos principales de Vicens, como su *Aproximación a la historia de España* o su colaboración en la *Historia Universal* de Teide (1945, conocida vulgarmente como el Polis, con Pericot y Alberto del Castillo); la coordinación de la *Historia de España y América, social y económica*, de editorial Vicens-Vives o su comprometido entonces (y se puede decir también que ahora) texto sobre *Notícia de Catalunya* (Barcelona, Destino 1960).

Pero hay otros aspectos de la vida de los dos protagonistas de esta aportación que resultan impactantes, como la mediación de Vicens ante la censura de Florentino Pérez Embid sobre trabajos de Pla destinados a publicarse; la relación personal y no siempre cordial con otros colegas del quehacer historiográfico o, por ejemplo, las referencias a los múltiples y diversos viajes emprendidos por medio mundo y en particular por cada uno del dueto en cuestión. El uno como corresponsal de prensa (sobre todo para la revista Destino), respondiendo a reportajes de descripción de países en lo humano y cultural, y el otro atendiendo a sus múltiples invitaciones a participar en congresos y jornadas de historia.

En este último caso reproducimos el texto de la carta número 8 del libro comentado, escrita por Vicens y dirigida a Pla en Palafrugell desde Barcelona el 13 de octubre de 1952, por la familiaridad de su contenido y por su relación con la Institución Fernando el Católico: «Benvolgut amic. Després del meu viatge a Itàlia i del V Congrés de la Corona d'Aragó celebrat, amb gran èxit per part dels catalans, a Saragossa, em teniu a Barcelona disposat a publicar la petita obra que us vaig a trametre (se refere a su *Aproximación a la historia de España*). Us pregaria, per tant, si heu tingut el lliure de llegir-la, que m'escriguéssiu fent-mes les anotacions que us vaig demanar. No cal que us digui que m'interessa el vostre parer».

Cabe señalar aquí que en este congreso se utilizó la lengua catalana, como recuerda Miquel Batllori en «Els congresos de la Corona d'Aragó» (*Records de quasi un segle. Recollits per Cristina Gatell i Glòria Soler, Barcelona, Quaderns Crema, 2000, p. 257-261*). Dicho congreso se celebró del 4 al 12 de octubre de 1952 en la Institución Fernando el Católico sobre la figura del monarca con motivo del centenario de su nacimiento. Congreso bien reseñado por Vicens en la revista Destino, para la que tanto él mismo como Josep Pla escribieron en muchas ocasiones; señalando cómo en él participaron profesores de Universidad y de institutos, académicos, archiveros, etc., utilizando el catalán sin problema alguno.

Ni que decir tiene que la figura y la obra de Jaume Vicens Vives supuso en su momento una auténtica revolución historiográfica, y aunque no se trata ahora de elogiar y recitar su trayectoria personal y académica, suficientemente estudiada, basta con recoger las firmas que se mencionan en el Apèndix I del libro comentado, a propósito de una encuesta realizada diez años después de su desaparición por el Setmanari Presència de Girona, para constatar el impacto de la labor del mencionado en las ilustres figuras del quehacer histórico a través de tres preguntas: sobre lo que representaba Vicens en la cultura del país, la proyección de sus estudios fuera de España y la impresión de su personalidad humana entre los encuestados:

Lluís Batlle i Prats, Miquel Batllori, Antonio Alberto Boscolo, Joaquim de Camps i Arboix, Alberto del Castillo, Josep Maria Corredor, John Elliot, Josep Ensesa i Gubert, Fabià Estapé, Josep Maria Font i Rius, Josep Fontana i Lázaro, Emili Giralte i Raventós, Francesco Giunta, José María Lacarra, Jesús Lalinde Abadía, Jaume Marqués i Casanovas, José Luis Martín, Joan Mercader i Riba, Magnus Morner, Jordi Nadal, Joaquim Pla i Cargol, Virginia Rau, Manuel Riu, Carlos Seco Serrano, Ferran Soldevila, R.B. Tate, Pierre Vilar, Pere Voltes Bou y Philippe Wolf.

Otro de los valores del libro *L'hora de les decisions* es el profundo respeto que Josep Pla mantuvo siempre hacia Jaume Vicens, por encima incluso de su entrañable amistad y hasta de su

soterrada camaradería. En uno de los apéndices del mismo, se recoge el extenso artículo en castellano que el de Calella dedica a su admirado en la revista *Destino* («Calendario sin fechas», *Destino*, 805, p. 5, 1953) y que aquí ofrecemos en parte:

«En los últimos años ha colaborado en *Destino* don Jaime Vicens Vives, profesor de Historia de la Universidad de Barcelona. Sus primeros escritos –de gran interés– se limitaron a dar cuenta de lo que en el aspecto de su especialidad dotado de algún sentido apareció en las prensas nacionales y extranjeras. Su sección fue instantáneamente apreciada por el público, que encontró en ella un dominio completo de la objetividad, del elogio y de la crítica justa y una real e impelente curiosidad por la materia –una curiosidad en ningún momento desmentida–. La limitación de esta actividad, sin embargo, era visible. Por esto de pronto aparecieron unos artículos del profesor Vicens que produjeron una intensa emoción. Estos artículos se publicaron, generalmente, en la primera página de *Destino*. Sobre la repercusión que estos pequeños grandes ensayos han tenido en la mentalidad de nuestro pueblo yo no soy precisamente el más indicado para subrayarlo.

Decir de estos escritos que fueron y son políticos en el sentido habitual de la palabra sería un error completo. Fueron, en todo caso, exposiciones de un historiador que examina el presente momento político con toda la experiencia que el conocimiento de la Historia da de sí. Ahora, los conocimientos que de la Historia ha deducido el profesor Vicens no le han llevado a formular delirantes algarabías románticas, propicias a todas las formas de la demagogia, ni a postulaciones de dogmatismo...» (*L'hora de les decisions*, pp. 211-212).

Esa es otra de las aplicaciones del epistolario comentado, la de que la revista *Destino*, en los años de la dictadura, es otra fuente de conocimiento histórico de primera necesidad, pues en ella, no solo Vicens y Pla sino otros muchos colaboradores de la misma expresaron su opinión y criticaron el momento sin apenas cohibirse. Pero, en fin, lo mejor es leer por completo la edición de la editorial *Destino* con el prólogo de Joaquim Nadal i Farreras para extraer todo el jugo preciso en el conocimiento de un reciente pasado que parece no haber pasado del todo.





## **Mauthausen: pasado, presente y memoria, un juego de contrastes**

**Anna García Rovira**

Universitat de Girona

**P**uesto que esta aportación es un homenaje personal a Carlos Forcadell, a un amigo admirado y muy apreciado, creo que puedo permitirme explicar una historia vivida en primera persona en múltiples ocasiones en el campo de concentración de Mauthausen, como miembro de una asociación memorial –el *Triangle Blau*– y como profesora acompañando a estudiantes de la Universitat de Girona. Son solo unas apreciaciones a modo de recuerdo, de testimonio si se quiere, de alguien que, por deformación profesional, no puede dejar de mirar la realidad desde el punto de vista del oficio. Se trata, en definitiva, de una historia, o de retazos de historias, incluso de anécdotas, de reflexiones personales que podía haberles contado a Carlos y a Pilar cenando algún día en Girona.

Para entender estas anécdotas vale la pena recordar un poco la historia que las explica y el contexto en el que se producen. El campo de concentración de Mauthausen, el primero que el régimen nazi construyó en Austria después del *Anschluss*, en marzo de 1938, era en muchos aspectos un campo como cualquier otro de los primeros que se instalaron en Alemania –Oranienburg-Sachsenhausen, Dachau o Buchenwald–, pensados para confinar a presos políticos, a comunes y a todos aquellos calificados como «asociales», vagabundos, alcohólicos, etc. Claro está que en ellos fueron internados también desde un primer momento judíos, acusados de actividades subversivas, o testigos de Jehová, por negarse a prestar juramento al Führer. Después de la invasión de la URSS, y a lo largo de la guerra, a Mauthausen fueron a parar una gran cantidad de soldados soviéticos, algún contingente de judíos, de gitanos e incluso mujeres. Y ya casi al final de la contienda quedó desbordado con la llegada de presos de otros campos –la mayor parte judíos y gitanos–, integrantes de las espantosas «marchas de la muerte».

Pero en tanto que memorial, Mauthausen tiene una singularidad respecto al resto de campos ya que, si bien la mayoría cuenta con museos y monumentos memoriales, solo en Mauthausen la mayor parte de estos monumentos son «nacionales». Es decir, no se trata de monumentos de grandes escultores, como por ejemplo en Buchenwald i Ravenbruck, o de monolitos simbólicos que recuerdan a las múltiples nacionalidades, orígenes y etnias de las personas asesinadas allí, como en Treblinka, ni tampoco de lápidas ofrecidas por familiares o por municipios, sino de monumentos –la mayoría– erigidos por los diferentes países en memoria de sus ciudadanos nacionales.

Esta excepcionalidad responde principalmente al hecho ya mencionado de que Mauthausen fuera básicamente un campo de prisioneros políticos, es decir de grupos capaces de organizarse dentro del campo durante la época nazi y fuera, después de la liberación. Pero sin duda tiene que ver también con la larga presencia e influencia de los soviéticos en Austria a raíz del reparto del país por parte de los aliados. Después de servir como cuartel de las tropas soviéticas, en junio de 1947 el campo fue cedido al gobierno de izquierdas austríaco para que lo convirtiera en lugar de memoria, cuando ya se había erigido un primer monumento al general soviético Karbyschew, héroe y mártir, posteriormente sustituido por el que se puede contemplar en la actualidad. Dos años más tarde, en setiembre de 1949, se inauguró el de los franceses, erigido a instancias de la Amical de Mauthausen francesa, la cual, junto a un grupo de exdeportados españoles, impulsó la construcción del de los republicanos españoles, en 1962. Estos dos monumentos, junto con el de los judíos, el de los muertos por cuestión racial, es decir los gitanos, y el de los niños y jóvenes muertos en el *lager* son los únicos, que no tienen el carácter de monumento nacional sobre un total de 25, erigidos entre 1949 y 2001.

Los monumentos se levantan fuera del muro de circunvalación del campo, donde habían estado las dependencias de los SS, en una pronunciada pendiente que termina en una especie de terraplén bajo el cual se extiende el valle hasta el Danubio y la famosa cantera donde los presos eran obligados a extraer la piedra. En este terraplén se construyeron los monumentos más recientes, encarados hacia el campo y hacia los más antiguos<sup>1</sup>. El lugar central lo ocupa el imponente monumento judío, construido a instancias del Yad Vashem israelí en 1976, de manera que puede verse desde cualquier punto y parece presidir todo el conjunto. Podría ser una casualidad, por supuesto, pero lo dudo<sup>2</sup>. Como es sabido, en los primeros años de la postguerra la memoria dominante tenía un marcado tono político-ideológico, no era Auschwitz el símbolo del horror sino Buchenwald, ligado a la resistencia y la lucha por la libertad contra el fascismo. La identificación del horror nazi con el holocausto judío fue tardía y estuvo estrechamente relacionada con el juicio de Rudolf Eichmann en Israel, en 1962. Un proceso que Ben Gurion convirtió, como dijo él mismo, en un juicio a la historia para crear unanimidad entre los propios israelíes y para que el mundo tomara conciencia de su responsabilidad en el asesinato de seis millones de judíos en Europa, culmen excepcional, único, incomparable y por tanto metahistórico, de una larga tradición de persecuciones que se remonta a la primera diáspora. A partir de entonces, y de forma progresiva, el holocausto se convierte en el modelo de memoria hegemónico a nivel mundial, un modelo en el que las víctimas, uniformizadas y casi santificadas, se convierten en seres pasivos, inermes frente a sus verdugos, desplazando o subsumiendo aquella primera memoria que explica que al final de la guerra los presos supervivientes de los primeros campos decidieran organizarse para perpetuar la memoria de su lucha y continuarla.

En cualquier caso, en el parque de los monumentos de Mauthausen es difícil sustraerse a la memoria dominante viendo la disposición de los mismos. Y es difícil olvidar que, como dijo Enzo Traverso, la memoria se conjuga en presente y se convierte en lugar de confrontación de los problemas del presente, sobre todo cuando las políticas de memoria de los estados centrales, federales o autonómicos, en el caso de España, entran en juego y tienden a desplazar a un segundo plano a las organizaciones memoriales. Así, Christian Dürr, se refiere a la paradoja de que existan monumentos como el de Ucrania (2001) cuando Ucrania no existía como

---

1 Hildegard SCHMID / Nikolaj DOBROWOLSKIJ: *Kunst, die einem Kollektiv entspricht... Der Internationale Denkmal-hain in der KZ-Gedenkstätte Mauthausen*, Wien, Bundesministerium für Inneres, 2007.

2 Hace un tiempo me planteé investigarlo, pero desistí por mi desconocimiento del alemán y porque la documentación ocupaba miles de páginas, tal como me informó Christian Dürr, historiador y archivero de Mauthausen.



Memorial de Walter Benjamin en Port Bou.

estado durante la segunda guerra mundial, o a aquellos que constituyen, dice, una paradoja en sí mismos, como «el monumento erigido por el estado israelí [...] dedicado a todas las víctimas judías, quienes, entonces, provenían de múltiples Estados europeos, pero en ningún caso de Israel»<sup>3</sup>. Desde un punto de vista histórico es una paradoja, ciertamente, pero quizás no lo es tanto si tenemos en cuenta que también es un hecho histórico que el triunfo del holocausto como eje de la memoria del siglo XX llevaba aparejada su identificación legitimadora con el Estado de Israel<sup>4</sup>.

Cada año, el domingo más próximo al 5 de mayo, se conmemora la liberación del campo por parte del ejército estadounidense con una ceremonia que empieza con un ritual de ofrendas

<sup>3</sup> Christian DÜRR: «El memorial de Mauthausen, historia y desafío de un lugar de memoria internacional del genocidio nacional socialista» [<https://www.acadenia.edu/6185715/>]

<sup>4</sup> Annette WIEVIORKA: *L'ère du témoin*, Paris, Plon, 1998; Tom SEGEV: *La septième million*, Paris, Liana Levi, 1993; Idith ZERTAL: *La nació i la mort. La Xoà en el discurs i la política d'Israel*, Palma, Leonard Muntaner, 2006; Esther BENBASSA: *El sufrimiento como identidad*, Madrid, Abada, 2011; Valentina PISANTY: *Abusi di memoria. Negare, banalizzare, sacralizzare la Shoah*, Milano, Bruno Mondadori, 2012.

ante los diferentes monumentos y acaba con una especie de procesión ceremonial en la que las delegaciones de los diferentes países, incluidos los republicanos españoles, se ordenan por orden alfabético, seguidos al final por representantes de diversas organizaciones políticas, para ir entrando en el campo, a medida que son nombrados por la megafonía. Una vez allí, entre los aplausos del público, realizan una ofrenda floral en el túmulo erigido en el centro de la *appellplatz*, la terrorífica plaza en la que cada día los presos debían formar para el recuento.

Lo que sucede ese domingo en Mauthausen constituye para mí una especie de desfile acelerado de la historia de Europa desde 1945 hasta el presente y, a la vez, un espectáculo casi surrealista. Para entenderlo hay que tener en cuenta que justamente en el lugar donde todas las libertades fueron cercenadas brutalmente, la libertad de quienes honran a las víctimas no puede coartarse bajo ningún concepto. Así, solo en un sitio como Mauthausen es posible ver un guirigay tan variopinto de banderas, entre las cuales no son pocas las de la hoz y el martillo, de uniformes militares, incluidos los de soldados de la antigua Unión Soviética, completos o solo los gorros, de alcaldes italianos con sus bandas con la bandera nacional, incluso alguna mujer ataviada con el traje regional. Cuando son oficiales, las ofrendas florales delante de los diferentes monumentos tienen un marcado carácter ceremonial, con los militares de diferentes armas de cada país, en particular los del este de Europa, acompañando a sus delegaciones políticas. Pero no deja de resultar algo extemporáneo ver a los representantes de Putin ante el monumento de la URSS (1957), en el que se puede leer, en ruso y en alemán, *A las víctimas del fascismo, 1941-1945*, coronado por una estrella roja en lo más alto de un impresionante monolito central; a los de los hermanos Kaczynski ante la aún más grandiosa construcción, en el más puro estilo estalinista, que reza «En homenaje a los grandes patriotas polacos asesinados por los hitlerianos 1939-1943 República Popular de Polonia» (1956); a los de Viktor Orbán en el de Hungría (1964), una escultura coral de nueve figuras humanas con el pecho hundido pero los brazos levantados en alto y los puños apretados. En algunos casos la situación es tanto o más paradójica porque Alemania tiene dos monumentos, el de la República Democrática, de 1967, y el de la República Federal, de 1983, pero Yugoslavia (1958) como es lógico solo uno, una especie de lienzo escultórico en hierro ante el cual depositan sus ramos de flores por turnos los representantes de las actuales repúblicas independientes. Y, por supuesto, está el caso del monumento de los republicanos españoles ante el cual ondea como es obvio la bandera republicana, la cual acaba flanqueada por la actual bandera de España siempre que el gobierno español envía alguna delegación oficial.

Tanto las representaciones oficiales como las asociaciones o los particulares depositan flores en diferentes monumentos de modo que la mayoría se hallan muy concurridos, pero incluso aquí, donde la fraternidad y la igualdad parecen ser la norma, sigue habiendo «clases». El domingo del 60 aniversario cuando una organización de Barcelona, que no había llevado nunca a mucha gente al campo, llegó y se plantó ante el monumento de los republicanos españoles desplazando a quienes llevábamos mucho rato esperando al presidente Rodríguez Zapatero, mis estudiantes y yo decidimos ir al monumento de los gitanos, el de los Sinti y Roma, uno de los últimos en erigirse, en 1998. Allí no había más de diez personas, todas ellas de etnia gitana. Cuando preguntamos si podíamos hacer nuestra ofrenda la respuesta fue: «¿ustedes saben dónde están, están seguros de quererla hacer aquí?».

No parece menos sorprendente el hecho de que, como pude observar personalmente, no recuerdo en qué año, por una simple cuestión alfabética los marines de USA desfilaran impertérritos delante de los guerrilleros del PKK, el Partido de los Trabajadores del Kurdistán, que figuraba entonces entre las organizaciones terroristas perseguidas por los Estados Unidos. O que el embajador español en Austria encabezara tranquilamente una delegación en la que las úni-

cas banderas sean las republicanas y las catalanas independentistas. Imagino que en algunas personas la procesión irá por dentro, pero se diría –en realidad no tengo ninguna duda– que la gran mayoría percibe la situación surreal como si fuera absolutamente normal.

Sin embargo, tengo la impresión de que a medida que nos alejamos de los hechos recordados el presente y las tensiones del presente surgen con mayor intensidad. Que una persona, portadora de una bandera republicana, se negara a desfilar junto al embajador español en Austria –escena que viví hace ya bastantes años– entra dentro de la lógica de la memoria de la guerra civil española y la deportación. Pero creo que habría que forzar mucho las cosas para interpretar con los mismos parámetros –aunque tiene el mismo interés para el historiador– la actitud de muchos de mis estudiantes que, en 2015, con motivo del 70 aniversario de la liberación, no querían desfilar detrás del ministro de Asuntos Exteriores, José Manuel García Margallo. Tal actitud confirma que la memoria se conjuga en presente, pero lo que me pareció preocupante en aquel mismo viaje fue que a su término uno de los estudiantes anunciara muy solemnemente: «¿Os habéis dado cuenta? Hemos vivido un momento histórico único. Han aplaudido las banderas independentistas». Como si me hubieran pisado un callo salté recordándole que a quienes habían aplaudido, como siempre, era a los republicanos españoles. Lo que me preocupó no es el color político del presentismo, sino el presentismo en sí mismo, el olvido del contexto como base necesaria para cualquier interpretación histórica. Me pregunté para qué servían las clases, si tantos años de pasión por la docencia habían valido la pena. ¿Tú que crees, Carlos? ¿Recurro a aquello de «bien enseñados y mal aprendidos»?

Una parte del problema radica en la transmisión de una memoria victimizadora, maniquea y simplista, autorreferencial, que no requiere la observación interrogativa ni la noción de tiempo histórico. Es lo que explica que a menudo no planteen interrogantes las famosísimas fotos tomadas en la entrada principal del campo en el momento de la llegada de los tanques americanos, con docenas de hombres despojados del uniforme de rayas bajo una pancarta donde se lee *Los españoles antifascistas saludan a las fuerzas liberadoras*, junto a otras –también de Mauthausen– de hombres desnudos o semidesnudos, cadáveres vivientes que miran a la cámara sin ver. De la misma manera, muchos jóvenes inteligentes y capaces cuando entrevistan a familiares de supervivientes –y hasta hace poco a algunos de ellos– les preguntan repetidamente por el hambre, la sed, las torturas, es decir todo aquello que realmente existió con creces y llevó a muchos a la muerte, pero no se les ocurre indagar si sabían por qué estaban allí, ni si habían hecho la guerra, si habían pertenecido a algún partido o sindicato, o si seguían militando dentro del campo.

Parece que para algunos la vida de un campo de concentración, en el que muchos españoles pasaron cinco años<sup>5</sup>, pudiera resumirse en una foto fija. Quizás les parezca que minimiza el horror conocer las miserias y grandezas, la continuación en muchas ocasiones de las luchas políticas, mitigadas solo por la existencia de un enemigo común<sup>6</sup>, el durísimo enfrentamiento con

---

5 De los más de 7500 españoles encarcelados murieron casi 4500. Entre 1940 y 1942 «No parece exagerado hablar de *exterminio*» por agotamiento físico, hambre, enfermedades epidémicas, hacinamiento..., sobre todo en el principal subcampo de Gusen, y por asesinato directo mediante experimentos médicos en el propio campo de Mauthausen o en el cercano castillo de Hartheim, centro de operaciones de la Aktion T4. A partir de entonces, aunque «la vida [...] estaba lejos de convertirse en algo fácil», se produjo «un importante descenso de la mortalidad». Los españoles «se habían convertido en presos relativamente veteranos y eso conllevaba con frecuencia no encontrarse entre los grupos más vulnerables de la población concentracionaria», Benito BERMEJO / Sandra CHECA: *Libro memorial. Españoles deportados a los campos nazis, 1940-1945*, Madrid, Ministerio de Cultura, 2006

6 Hannah LÉVY-HAAS: *Diario de Bergen\_Belsen 1944-1945*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2006

los presos comunes para ocupar los puestos de jefe de barracón, la posibilidad de colocarse en puestos de trabajo que no acarreasen un permanente riesgo de muerte, entender, en definitiva, que, como decían David Rousset y Primo Levi, dentro del campo existía también un mundo concentracionario<sup>7</sup>.

Lo cierto es que la complejidad de Mauthausen en el pasado no cuadra con el cliché victimista imperante. No cuadra que los republicanos españoles se organizaran en un comité de resistencia, que consiguieran reunir armas que utilizaron después de la liberación en un enfrentamiento con guardas SS fuera del campo, y firmaran el llamado Juramento de Mauthausen, junto a otros catorce comités nacionales, comprometiéndose a preservar la memoria de la solidaridad internacional del campo, la libertad de todos los pueblos, el respeto mutuo y la colaboración para construir un mundo justo y libre<sup>8</sup>.

Pero una cosa es la realidad histórica y otra la memoria histórica, de manera que podríamos concluir con Traverso diciendo que «nuestro presente cargado de memoria –Mauthausen, por ejemplo– se presenta pues como una especie de *tiempo comprimido*, un cortocircuito en el cual el pasado y el presente, la historia y las memorias entran en colisión»<sup>9</sup>.

---

7 David ROUSSET: *El universo concentracionario*, Madrid, Anthropos, 2004 [escrito en 1945]; Primo LEVI: *Los hundidos y los salvados*, Barcelona, Muchnik, 2000

8 Hans MARSÁLEK: *La storia del campo di concentramento di Mauthausen*, Wien-Linz, Österreichische Lagergemeinschaft Mauthausen. Mauthausen-Aktiv-Oberösterreich, 1999

9 Enzo TRAVERSO: *De la memòria i el seu ús crític. De la mémoire et de son usage critique. De la memoria y su uso crítico*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, 2008, p. 24.





## **Del azar a la voluntad**

**Carmelo Romero Salvador**

Universidad de Zaragoza

**L**a abundancia de información nos incrementa posibilidades de análisis, pero también nos dificulta la síntesis. Y ello no solo cuando se trata de las temáticas que vamos fijándonos como objeto de estudio, sino también en lo que hace relación a las personas concretas. Cuando uno ha convivido mucho tiempo con una persona y en muy distintas circunstancias tiene la sensación, a la hora de escribir algo sobre él, de que nada de lo que diga tendrá no ya un valor comparable, sino ni siquiera mínimamente aproximado, a la vivido y sentido. Esto es lo que a mí me sucede ahora con Carlos Forcadell.

En mi descargo interior, es decir en mi propio consuelo, está el saber que otros compañeros y amigos han desarrollado, con manifiestas y afortunadas coincidencias de criterio, los grandes rasgos de su trayectoria profesional académica y de sus compromisos y logros cívicos, políticos e institucionales.

El «azar weberiano», al que gusta aludir Carlos, nos llevó a conocernos relativamente pronto, pero ya pasada en ambos casos –nos separan cronológicamente cuatro años– la juventud más joven. Se iniciaban los años ochenta y era yo profesor del Colegio Universitario de Soria adscrito por aquel entonces a la Universidad de Zaragoza. Aunque me había formado en su Facultad de Letras mi contacto con ella y con el Departamento de Historia Contemporánea era, siempre lo había sido –quizás, sobre todo, por mi propio natural– muy escaso. En esos años de principios de los ochenta en el Departamento habían comenzado a cambiar muchas cosas, porque estaban cambiando las personas. Mi contacto, no obstante, se limitaba en la práctica, por aquel entonces, a acompañar un día de junio o de septiembre a alguno de mis alumnos a la lectura de su Tesis de Licenciatura que yo había dirigido. En el tribunal siempre estuvieron presentes Juan José Carreras, Jesús Longares y Carlos Forcadell. Mas, acabada la lectura de la tesina, vuelta a casa, es decir, a Soria.

Las cosas cambiaron, lógicamente, a partir de obtener la plaza en Zaragoza de profesor titular del Departamento de Historia Contemporánea, en 1986. Desde el primer día mi relación con Carlos fue estrecha no solo en el plano académico sino también en el personal y familiar. En el académico porque –aparte de la anécdota de pasar a ocupar su antiguo despacho– coincidimos en una asignatura a impartir, la Historia Económica, y tal fue nuestra compenetración que «fundimos» los dos grupos, alternándonos en las clases teóricas y multiplicando prácticas en archivos y trabajos. Nunca, ni en aquellos años, ni después, cuando también, y ya de forma

permanente, compartimos la asignatura de Historia de España del siglo XIX y el primer tercio del XX –él, como buen madrugador, en el grupo de la mañana, y yo, como impenitente trasnochador, en el de la tarde-noche– hubo el más mínimo roce, sino todo lo contrario, conjuntando programa, bibliografía, etc., y supliéndonos, en las escasísimas veces que alguno de nosotros faltaba, en la impartición de clases al otro grupo.

Imposible, por otra parte, contar las ocasiones en las que hemos coincidido en tribunales de Tesis de Licenciatura o de Tesis Doctorales, e imposible asimismo hacerme una idea del número de páginas que, bien directamente tuyas, o bien de alumnos a quienes había dirigido sus investigaciones, llevo leídas.

Pero este trato, este estrechísimo y continuado contacto, no se redujo solo, desde el principio, a lo académico, sino que se amplió a lo familiar y humano. Viviendo durante dos años yo solo en Zaragoza –mi mujer y mis dos hijas quedaron en Soria–, al menos una vez por semana cenaba en su casa ante la cariñosa insistencia de su mujer, Papi (Pilar Aznar Plana), y el gusto de sus, entonces, dos pequeños hijos, Diego y Lucía. Relación esta que se estrechó aún más tras la llegada a Zaragoza, dos años después como decía, de mi mujer y de mis hijas. ¿Cuántas meriendas, cuántas conversaciones en su casa y en la mía, y cuántos viajes, y a tantos sitios, juntos?

¿Se entiende ahora por qué el exceso de información, en este caso el exceso de agolpamiento de recuerdos, más que dificultar imposibilita una síntesis?

En todo caso, y puesto en una tesitura que no me es cómoda porque el papel y la escritura siempre son intermediarios que velan los matices y los afectos, pienso que ni al Carlos persona, ni por tanto al historiador, se puede entender en plenitud sin tener en cuenta los que pa-



Con Carmelo Romero en el despacho de Juan José Carreras –al fondo–, a comienzos de los años noventa.



Con Carmelo Romero e Ignacio Peiró, en VI Congreso de Historia Local. Rubielos de Mora, 2011.

ra mí han sido, aparte de sus padres, Pilar y Teodoro –con quienes tan buenos ratos pasé–, sus dos grandes soportes: Juan José Carreras Ares y Pilar Aznar Plana.

Juan José Carreras fue su maestro. A veces, las palabras, a base de utilizarlas en demasía, pierden su sentido originario y profundo. No quisiera que fuese este el caso de Juan José con respecto a Carlos, porque ciertamente fue su Maestro en el más pleno sentido del término. Desde luego en lo intelectual, pero también en lo humano. Tanto a Carlos como a Juan José los he tratado mucho, mucho. Desde luego, lo suficiente para afirmar, con tanta rotundidad como imposibilidad de error, la absoluta compenetración de ambos, el mutuo respeto intelectual –que en Carlos era además devoción– y el profundo y permanente afecto humano.

Juan José valoraba, y muy mucho, en el plano académico e intelectual la finura intelectual; la apertura analítica y crítica, partiendo de los clásicos, a toda corriente innovadora; el esfuerzo; el trabajo y la preocupación y el interés por los alumnos. Y en el plano humano la discreción y la fidelidad a la amistad. Todo ello lo encontró en Carlos Forcadell, su primer y más estrecho discípulo.

Por su parte, Carlos encontró en Juan José su gran referente intelectual y en gran medida humano. Cualquier cuestión fundamental nunca dejó de plantearsele, en primer lugar, a Juan José. Le bastaba en muchos casos un solo gesto suyo para saber qué es lo que le había parecido o qué era lo que pensaba y, desde luego, siempre le fue la máxima autoridad, no porque hubiera sido un día su Maestro sino porque lo seguía reconociendo como tal y deseaba que lo siguiera siendo.



Compañeros del Departamento en el sesenta cumpleaños de Carlos Forcadell, en primer término de dcha. a izda., con Julián Casanova, Carmelo Romero, Pedro Rújula, Ángela Cenarro, Inma Buj, Ignacio Peiró, Miguel Ángel Ruiz, Juan José Carreras, Alberto Sabio. Zaragoza, 2006.

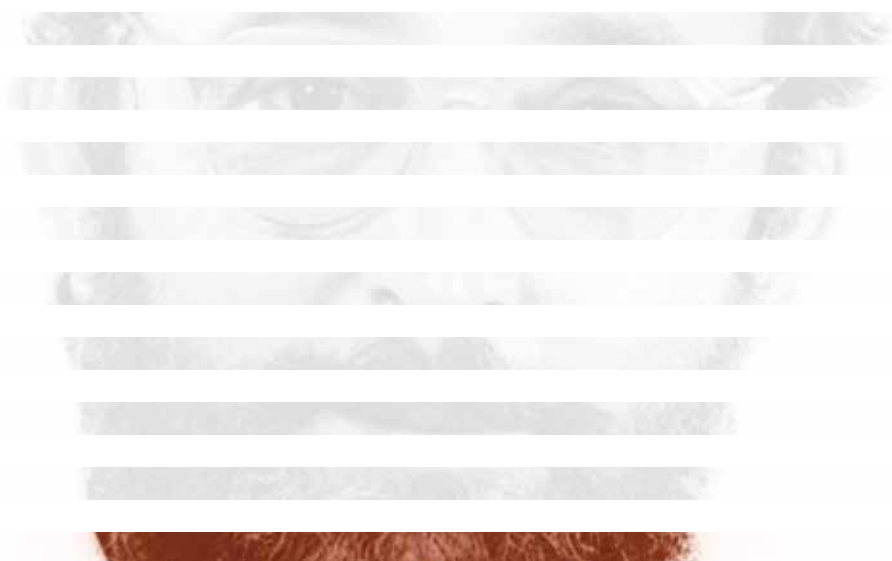
Si la muerte de Juan José, en plena lucidez de pensamiento, fue para muchos de nosotros, intelectual y humanamente, una enorme, terrible, pérdida, para Carlos Forcadell tanto, al menos, como para el que más.

El otro soporte, y referente en planos diferentes, fue Papi, Pilar Aznar Plana, su mujer. Quizás sea porque los conocí, como ya he dicho, una vez casados, pero lo cierto es que no puedo tratar de recomponerme a Carlos durante estos casi cuarenta años prescindiendo de Papi. No era su prolongación, desde luego, sino algo mucho más enriquecedor, su complemento de carencias o, cuando menos, de debilidades. Papi era la expansión y la alegría; el horizonte abierto que antes que las nubes que amenazan borrasca prefería ver el viento que se las lleva; la naturaleza –sus campos de Terreu– siempre abierta a recibir semillas positivas, afanes de esperanza y de futuro.

El Carlos de natural inquieto debe mucha de su serenidad a la serenidad de Papi; y el Carlos de natural retraído debe mucho para la apertura de ese caparazón de timidez a la sociable espontaneidad de Papi.

Ciertamente, y como se habrá colegido, pienso que Carlos Forcadell, no solo como persona sino también como historiador y hombre público, hubiera sido bastante menos, en casi todos los sentidos, sin Papi y sin Juan José. Asimismo también los dos, estoy convencido por muchas vivencias conjuntas, hubieran sido menos sin Carlos.

Ni que decir tiene que cada uno de nosotros somos también en gran medida las personas de las que nos rodeamos. El azar nos elimina a muchas de poder conocerlas y nos pone a algunas en el camino, pero luego es la voluntad, la voluntad de cada uno, la que nos lleva a estrechar, o no, afectos, empatías y complicidades. Pienso, pasados los años, que el azar fue generoso conmigo al ponerme entre los senderos de Carlos y del mundo humano que le rodeaba.



## **Carlos Forcadell, historiador imprescindible**

**Ángel García-Sanz Marcotegui**

Universidad Pública de Navarra

**C**arlos Forcadell pertenece por derecho propio a ese grupo de grandes historiadores, nacidos en los años cuarenta del siglo XX, sin los cuales no se entiende la historia contemporánea de España y, en su caso, también la de Aragón. Sus numerosas y variadas investigaciones, producto de una dilatada carrera profesional, son una referencia insoslayable en la historiografía española. Por esta razón, cuando se jubiló en 2016, me pareció oportuno dedicarle el número de ese año de la revista *Huarte de San Juan. Geografía e Historia* de la Universidad Pública de Navarra, e invitar a varios de sus colegas de la Universidad de Zaragoza a colaborar en su sentido homenaje.

Eloy Fernández Clemente, «uno de sus más permanentes y mejores amigos», trazó una semblanza en la que reseñó la andadura de ambos desde sus estudios de Secundaria a los universitarios, su recorrido académico e investigador y sus inquietudes políticas hasta su papel decisivo en la revitalización de la Institución Fernando el Católico.

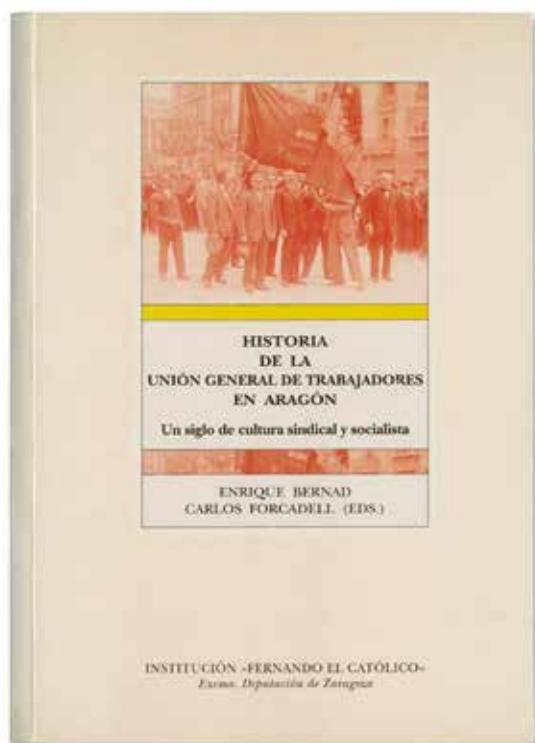
A su vez, en un artículo conjunto, Carmen Frías Corredor, Pedro Rújula López y Alberto Sabio Alcutén revisaron la obra de su maestro como historiador, centrándose en tres aspectos: su itinerario como docente y director de investigaciones; su variada producción historiográfica (historia social, historia de Aragón, historia económica o la historia de la historiografía) y su capacidad para formar equipos de trabajo e impulsar y desarrollar proyectos.

A la vista de estos antecedentes, mi objetivo aquí es muy concreto: exponer cómo la obra del profesor Forcadell ha influido en mis investigaciones.

Comenzando por la historia de los movimientos sociales, uno de sus numerosos trabajos, que en su momento leí detalladamente, fue «Sobre desiertos y secanos: Los movimientos sociales en la historiografía española» (1992), pues ofrecía un análisis riguroso del desarrollo de la historiografía social española. Al ver ahora en ese texto las marcas laterales y los subrayados de distintas frases que hice hace tantos años me persuado de cuánto aproveché su lectura. En él se refería a los pasos que se estaban dando en el tránsito «del estudio de los dirigentes y organizaciones obreras al análisis de las bases afiliadas y participantes (*obrero consciente*)».

Este tema era uno de los que más me interesaban entonces. Por ello, como el caso de Navarra el retraso historiográfico al respecto era evidente, decidí trazar los hitos más importantes de la UGT y las biografías de los dirigentes más importantes de este sindicato y del PSOE en esa





provincia (Gregorio Angulo, Constantino Salinas y Matilde Huici). Así, seguí la estela de su *Historia de la Unión General de Trabajadores en Aragón*, que editó en 2000 con Enrique Bernad.

En esta línea en el número 54 (2004) de la revista *AYER* nuestro profesor advirtió del peligro de olvidarse de lo social, «entre tanto ruido memorial e identitario» y de la necesidad de seguir ocupándose de la formación de las clases trabajadoras, analizar sus prácticas sindicales, discursos políticos, su cultura y lenguaje específicos, etc. De ello me hice eco en la Introducción del primer tomo de mi *Diccionario biográfico del socialismo histórico navarro* (2007), que responde a la necesidad de conocer a los dirigentes a nivel provincial y local de los socialistas y ugetistas navarros, es decir, a lo que llamó «las bases afiliadas y participantes».

Otro campo en el que destaca Carlos Forcadell es el de los Usos públicos de la Historia, Sin entrar en que fue uno de los responsables del *VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea* (2002), en el que presenté una comunicación, en 2004 me invitó a participar en el *Quinto Encuentro de estudios sobre el Justiciazo de Aragón*, lo que me permitió exponer un trabajo, «La Gamazada y el Monumento a los Fueros de Navarra», que seguía la misma orientación que el suyo, «Ciudadanía y liberalismo en Aragón. El Justicia: de mito a monumento», y los de otros autores, publicados todos en una monografía ese mismo año.

Forcadell, que incluyó ese artículo modificado en el libro *Memoria histórica e identidad* (Pamplona, 2004), puso de manifiesto la importancia de analizar las políticas de memoria, los símbolos y representaciones colectivas de la identidad para abordar las relaciones de la construcción del mito del Justicia de Aragón con el primer nacionalismo y el primer liberalismo español.

Resaltó la coincidencia cronológica entre la construcción de ese monumento y la del erigido en Pamplona dedicado a los Fueros de Navarra, lo que supone que ambos encontraron los mismos problemas de proyección pública. Ahora bien, observa que, mientras el monumento navarro se acabó de construir en 1903 sin ningún plan urbanístico y todavía sigue sin inaugurarse, el zaragozano lo fue en 1904 al mismo tiempo que el grupo escultórico «a los mártires de la religión y de la patria». Asimismo traza el camino que va desde su inicial sentido radical, liberal y democrático, pasando por ser un símbolo de los conservadores, liberales y republicanos a serlo de la identidad regional aragonesa.

En su línea interpretativa considero que el monumento pamplonés dedicado a los Fueros de Navarra, cuya decisión de erigirlo fue tomada en 1893 durante «la Gamazada», también tiene sus propias peculiaridades. Sobre él se proyectan las sustanciales diferencias acerca de lo que implica el régimen foral surgido de la Ley de Modificación de Fueros (1841), pues navarristas regionalistas, navarristas radicales y naptarras (nacionalistas vascos de Navarra) lo utilizan pro *domo sua*.

Por último, en mis investigaciones también he tenido en cuenta un tema tratado ampliamente por el profesor Forcadell, el de la formación de la nación liberal. Si a todo ello se añade que siempre ha estado dispuesto a colaborar con el antiguo Departamento de Geografía e Historia de la Universidad Pública de Navarra (tesis doctorales, etc.) se puede colegir su beneficioso influjo en mí y el resto de sus componentes.



## **Al volver la vista atrás, al encuentro de Carlos Forcadell**

**Luis Germán Zubero**  
Universidad de Zaragoza

La Universidad de Zaragoza vivió a mediados de 1974 un importante acontecimiento: un decreto ministerial aprobaba la ampliación de su tradicional campus con dos nuevos centros académicos: la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales (Sección de Empresariales) y la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Industriales. Ambos centros venían a paliar carencias importantes en la oferta de titulaciones de dicho campus. La docencia de Historia Económica en la titulación de Empresariales le fue encomendada al profesor agregado de Historia Contemporánea Juan José Carreras (1928-2006) y junto a él se incorporaba como profesor adjunto interino Eloy Fernández Clemente (1942); José Antonio Biescas (1946) se encargó de la docencia de Estructura Económica. Sustituyendo a Juan José Carreras, al curso siguiente –a finales de 1975–, Carlos Forcadell (1946) se incorporó como profesor titular interino; al tiempo que yo mismo (1951) –había finalizado mi licenciatura en Historia en 1974–, me incorporaba como becario de investigación. Durante mi último curso de la carrera había podido aprovechar la existencia de una norma universitaria –ya en desuso– que posibilitaba cursar a un alumno de Historia una asignatura de Derecho, lo que me permitió estudiar la de «Economía Política» (impartida por José Antonio Biescas).

Tres décadas más tarde, en 2006, en víspera de su partida, en su último acto público –celebrado en la Facultad de Economía y Empresa– Juan José Carreras recordaba con afecto nuestra incorporación a dicha Facultad («Supe elegir a jóvenes profesores Eloy Fernández, Carlos Forcadell, Luis Germán...»). Carlos y yo compartíamos el ser alumnos de doctorado con Juan José Carreras, si bien él en fase terminal y yo inicial. Este fue el inicio de una trayectoria vital y académica estrechamente compartida por ambos –en compañía de Eloy Fernández Clemente– durante los siguientes años, de encuentros y desencuentros en tiempos de mudanzas...

### **En años de Transición (1975-1982): combates por la Historia & una historia de combate**

Mi primer encuentro con Carlos Forcadell se había producido un par de años antes, en 1973, en el renovador contexto del IV Coloquio sobre Historia Contemporánea de Pau, organizado por Manuel Tuñón de Lara y al que acudí con varios compañeros de cuarto curso de Historia de Zaragoza, tras concesión por nuestro propio Rector de una escueta ayuda de viaje. Carlos,

tras su estancia académica alemana de dos cursos en Heidelberg, trabajaba en esos años en el ICE de Bilbao, pero ya se había integrado en el pionero equipo del nuevo periódico *Andalán* (1972). Peregrinación a Pau que se repitió en otras ediciones posteriores, entre ellas recuerdo el viaje a Pau en el Mercedes de Juan José Carreras –al volante– junto con Eloy. Asiduos participantes, Carlos y Eloy, coordinaron en el último X Coloquio (1979) dedicado a Historiografía una sesión sobre «Estado de la cuestión en Historia Regional y Local» y aportaron un dossier sobre la Historia Contemporánea aragonesa (1970-1979). El Tuñón de Pau estuvo muy presente en Zaragoza desde la segunda mitad de los años setenta, donde acudía a su curso anual promovido por el Centro Pignatelli y cuya Universidad le otorgó el Doctorado *honoris causa* en 1983, oficiando de padrino académico Juan José Carreras. En el verano de 1981, Carlos fue uno de los cuatro organizadores del magno homenaje que Manuel Tuñón recibió en el Palacio de la Magdalena de la Universidad Menéndez Pelayo. Asimismo, Tuñón prologaría la publicación de mi tesis doctoral sobre *Aragón en la II República* (1984), leída dos años antes (con Carlos y Eloy formando parte del tribunal). Ambos, Eloy y Carlos coordinaron años más tarde (2002) un librito colectivo, *Manuel Tuñón de Lara: desde Aragón*, en el que recordamos nuestras gratas experiencias vividas con el maestro Tuñón.

La adscripción académica, en torno a la nueva Facultad de Económicas, posibilitó nuestra participación en aquellos años de la Transición en el desarrollo de múltiples proyectos de impulso historiográfico contemporaneista sobre Aragón. Así, en 1976, se promovió la creación de la revista anual de la Facultad, *Cuadernos Aragoneses de Economía*, que estuvieron coordinados en la mayor parte de su primera etapa (1976-1982) por Eloy Fernández, y donde la sección de artículos sobre historia/economía aragonesa fue mayoritaria, si bien una parte de las aportaciones de Carlos en los primeros años estuvo vinculada a temas sobre marxismo conectados con su Tesis doctoral (1977) *El movimiento obrero español ante la Primera Guerra Mundial*. Son años en los que, junto con Eloy, publicaron ambos varios libros sobre Historia contemporánea de Aragón: *Estudios de Historia Contemporánea de Aragón* (1978) e *Historia de la prensa aragonesa* (1979). Ese año coordiné la edición del libro colectivo *Historia del Socialismo en Aragón* (1879-1936) en el que Carlos participaba analizando el complejo periodo de su tesis, yo la siguiente etapa (1923-1936) y Eloy presentaba el volumen. En septiembre de ese año, asimismo, dentro del marco del nuevo Convenio Cultural Hispano-Neerlandés promovido por la Embajada de los Países Bajos, disfrutamos ambos de una estancia subvencionada de diez días en Ámsterdam, en el «International Instituut voor Sociale Geschiedenis», institución recipiendaria tras la guerra civil de los archivos de CNT, donde consultamos sus fondos relativos a Aragón, tuvimos ocasión de coincidir con José Álvarez Junco y su colega Estrella López Keller (UCM), y que aproveché para poder cerrar al año siguiente un estudio sobre la CNT en Aragón durante la II República.

La llegada a Zaragoza, a finales de 1980, de un nuevo catedrático de Historia Económica, Jaime Torras, potenció ya una nueva y creciente integración del pequeño núcleo zaragozano en las redes de la emergente y pujante historiografía histórico-económica española. Ello coincidió con la marcha de Carlos Forcadell y su incorporación como profesor titular de Historia Contemporánea en la Facultad de Letras, a la que se había reincorporado dos años antes como catedrático su maestro Juan José Carreras. En 1982, con motivo de la marcha de Jaime Torras, este junto a Eloy y Carlos editaron *Tres estudios de Historia Económica de Aragón*.

En esta recuperación de la historiografía y de otras ciencias sociales sobre Aragón jugó asimismo un importante papel dinamizador la realización desde el ICE, con el impulso de Agustín Ubieto, de encuentros anuales (1978-1982) recopilatorios sobre el *Estado Actual de los Estudios sobre Aragón*, el primero de ellos dedicado, entre otros, a la historia contemporánea de



Número 1 de la revista *Cuadernos aragoneses de Economía* publicada por el grupo de profesores de la recién creada Facultad de Empresariales en 1975; y primera historia del socialismo en Aragón, 1979.

Aragón, que coordinamos Eloy, Carlos, José Antonio Ferrer y yo mismo. Posteriores ediciones incluyeron aproximaciones sectoriales (Historia Demográfica, Historia Agraria, Industrialización, Historia Urbana...) en las que participamos asiduamente.

Este esfuerzo de reconstrucción de la Historia de Aragón encontró también un eficaz instrumento en el desarrollo del importante proyecto cultural protagonizado por Eloy Fernández como director de los doce tomos de la *Gran Enciclopedia Aragonesa* (1980-1982), cuya sección de Historia Contemporánea coordinó Carlos y a la que me dediqué con gran intensidad en unos años de inestabilidad laboral.

Previamente, Eloy acababa de cerrar en 1977 su primera etapa como director de su proyecto más querido, el periódico *Andalán* (1972). El renovador quincenal aragonesista fue lugar de encuentro de varias generaciones, especialmente de profesores y periodistas. José Antonio Labordeta en un capítulo de su hermoso libro *Con la voz a cuestas* (1982) repasó la nómina de los componentes de la Junta de fundadores del periódico a finales de 1976. Recuerdo que en la organización de dicho repertorio nos incluyó a ambos como pareja contemporaneísta, con particulares peculiaridades. Es sabido que esta primera etapa de *Andalán* (1972-1978) se cerró con una crisis interna entre distintas sensibilidades y estrategias presentes en el consejo de redacción (un grupo, mayoritario, de académicos versus una orientación más periodística) que acabaron en abandonos de una parte –del sector académico– de los promotores del proyecto, así como la adecuación del crecimiento de la difusión del periódico mediante la creación de una sociedad mercantil y su paso a semanario (1978), tras el abandono de Eloy de la dirección.

Encuentros y desencuentros también en un tercer ámbito, la actividad política, participando ambos a finales de 1975 en la creación del Partido Socialista de Aragón (PSA), partido que en ese momento canalizaba –especialmente junto con el PCE– las crecientes aspiraciones autonomistas de amplios sectores progresistas de la sociedad aragonesa. Movimiento que tuvo en la conmemoración en Caspe del XL aniversario del Proyecto de Estatuto de Aragón (1936) un momento estelar que culminaría en la gran manifestación autonomista del 23 de abril de 1981; si bien al PSA los mediocres resultados de las primeras elecciones democráticas de 1977 le abocaron ya, durante 1978, al crítico debate interno sobre su incierta viabilidad y su necesaria re-conversión mediante su unificación con el PSOE o con el PCE...

### **Durante los años ochenta y noventa: Historia agraria, Historia de Aragón**

Durante los años ochenta, a pesar de la incorporación de Carlos al Departamento de Historia Contemporánea en la Facultad de Filosofía y Letras, siguieron manteniéndose nuestros contactos ciudadanos y académicos. En este segundo ámbito confluyeron nuestros comunes intereses en torno a la historia agraria aragonesa, en mi caso vinculados al estudio de la estructura de la propiedad en Aragón en los años treinta así como al del uso del suelo y producción agraria durante el primer tercio del siglo XX. En 1986, participamos en Girona en el Seminario internacional –editado dos años más tarde por Ramón Garrabou– sobre *la crisis agraria de fines del siglo XIX*, con el análisis del caso aragonés. En estos años Carlos siguió dedicado al estudio de las transformaciones liberales, especialmente de las relaciones sociales agrarias en Aragón (a partir del estudio de amillaramientos, redención de censos). En la idea –insistía en 1986– «que una historia política o cultural regionalizada solo tiene sentido en la medida en que viene explicada, relacionada y sustentada por las transformaciones estructurales, económicas y sociales, básicas». Trabajos que le llevarán a destacar el avance desde el siglo XIX de la difusión de la pequeña propiedad y de la creciente propietarización campesina. Análisis complementario del que realizábamos en nuestro grupo de Historia Económica, al que se habían incorporado Vicente Pinilla y Domingo Gallego.

Contactos periódicos que se potenciaron también a través del nuevo *Seminario de Historia Económica* creado en Empresariales desde la llegada de Jaume Torras, centrado en temas económicos y sociales, que contó con la participación de profesores de Empresariales y de Letras y estuvo dedicado al debate de temas de Historia económica y de Historia social.

Continuaron las colaboraciones conjuntas en proyectos o libros colectivos de ámbito aragonés: (1986) *Banco Zaragozano, 1910-1985*; (1989) *Historia contemporánea de las Cinco Villas*; (1989) *Historia de Aragón. I Generalidades*. El inconcluso proyecto de Guara editorial de una (1985) *Historia de Aragón* en 12 tomos, contó con un volumen 11 (siglo XIX) redactado por Carlos y Eloy, pero no se llegó a culminar la producción del 12 dedicado al siglo XX, en el que estaba prevista mi participación.

También, la reincorporación de Eloy a la dirección de la tercera etapa de *Andalán* (1982-1987) –un semanario debilitado en ese momento por la aparición del nuevo periódico *El Día* (1982)– consolidó otro habitual lugar de encuentro ciudadano en estos años.

Desde los años noventa, nuestros respectivos caminos académicos tendieron a afianzarse, fruto de la consolidación de diversas redes profesionales y de su respectiva integración en ellas.



Sin embargo, todavía la común especialización agrarista mantuvo la conexión. Desde los años ochenta la Historia Económica ya contaba con asociación y revista propia (desde 1983), y en 1987 surgió el *Seminario de Historia Agraria* y su revista (1991), así como la revista *Historia industrial* (1992). En el ámbito de la Historia Contemporánea, la nueva *Asociación de Historia Contemporánea* (1990) promovió en 1991 la nueva revista *Ayer* y celebró en 1992 su I Congreso.

Conforme avanzó la década el *Seminario de Historia Económica* de Zaragoza estuvo crecientemente centrado solo en temas de Historia económica.

Con todo, siguieron existiendo puentes entre ambas áreas. De hecho, entre 1995 y 1999 cinco nuevos profesores del área de Historia Económica (P. Erdozain, M. Lana, J. R. Moreno, I. Iriarte y A. Sancho), eran licenciados en Historia y aunque les dirigieron la tesis doctoral profesores de Historia Económica (a tres de ellos Domingo Gallego, y a otros dos Joseba de la Torre y yo mismo) en los cinco casos, al leerse dichas Tesis en la Facultad de Letras, actuó en todas ellas como ponente Carlos Forcadell; el cual, a su vez, fruto de su especialización social agrarista dirigió en estos años otras dos tesis de este ámbito a sendos alumnos (A. Sabio y G. Sanz).

En la práctica cotidiana profesional continuamos en esta década las colaboraciones conjuntas (compartidas, asimismo, habitualmente con Eloy) en diversas obras colectivas de Historia de Aragón, muchas de ellas coordinadas por el propio Carlos como director o coordinador: (1990) *Historia del periodismo en Aragón*; (1993) *Historia Contemporánea de Aragón*; (1996) *Historia de Aragón. Economía y Sociedad*; (1996) *Industrialización y Enseñanza técnica en Aragón, 1895-1885. De la Escuela de Artes y Oficios a la de Ingeniería Técnica Industrial*; (2000) *Historia de la UGT en Aragón*; (2000) *Trabajo, sociedad y cultura. Una mirada al siglo XX en Aragón*.

### **Nuevo siglo, nuevos paradigmas: de lo social a lo cultural...**

Desde finales de siglo, la práctica historiográfica contemporaneista se ha ido orientando hacia nuevas aproximaciones, «girando desde la hegemonía de lo social hasta la invasión de lo cultural», en un nuevo escenario donde se ha producido la segmentación de las acciones colectivas (antes protagonizadas por las clases sociales) en nuevos agrupamientos (género, etnia, religión, territorial...) y donde el análisis histórico prioriza ahora los necesarios procesos de construcción de sus identidades, donde juegan una creciente importancia los factores culturales, más allá de las causas económicas. En esta construcción –ya recordaba Juan José– se produce la disolución de lo social en cultural.

Así, en este contexto, los intereses y las relaciones de historiadores económicos y contemporaneistas se han debilitado considerablemente. Son muy escasos los contemporaneistas que participan en los diversos sectoriales foros histórico-económicos, frente al desplazamiento de sus nuevos focos de interés. Y a la inversa, los historiadores económicos apenas participan ya en los foros de contemporaneistas. La Historia Agraria sigue siendo uno de los escasos puentes de conexión.

Por ello, en esta etapa y en este contexto, nuestras trayectorias académicas han tendido a distanciarse. La notoria actividad de Carlos, fundamental en la consolidación de su Departamento en la Universidad de Zaragoza, se ha volcado asimismo en esta etapa en la dirección de la Asociación de Historia Contemporánea y, en Aragón, en su compromiso con la gestión de difusión cultural universitaria y su impulso a través de centros locales, desde la dirección de la Institución Fernando el Católico de la Diputación Provincial de Zaragoza. Desde esta, ha multiplica-

do la realización de reuniones científicas (cursos y seminarios), así como las ediciones, creando nuevas colecciones que en nuestro ámbito recogen –entre otras– las de «Historiadores aragoneses» y la de «Historia global», en torno a las actuales tendencias historiográficas.

Las líneas de trabajo de Carlos –en conexión con los nuevos intereses de una parte importante de los profesores de su área– se han reorientado hacia la Historia cultural, los usos públicos de la Historia, la Historiografía y el impulso de la Historia local. Un marco reducido el local que, en 1999 escribía, es «la escala ideal para relacionar aspectos económicos, sociales, políticos y culturales». En este contexto actual de creciente diversificación en las aproximaciones al análisis del objeto histórico –nos ha recordado– permanece el reto de la elaboración de síntesis globales sobre los procesos de cambio social.

Por mi parte, en estos años de creciente especialización, integrado en el área de Historia Económica he seguido vinculado, especialmente, al estudio histórico de la economía agroalimentaria, pero también al análisis de la industrialización e historia empresarial, muy centrados en la economía aragonesa, sobre la que he intentado construir una síntesis de su evolución contemporánea, lo que me ha obligado a profundizar en el análisis espacial del crecimiento económico moderno.

En este periodo, han sido varios los momentos de grato encuentro con mis colegas de Historia Contemporánea. Pero entre ellos, quisiera recordar, dos invitaciones de Carlos Forcadell: en 2009 tuve el honor de participar en el Libro Homenaje a Juan José Carreras, minuciosamente editado por Carlos, *Razones de historiador*, ampliando un tema social brevemente tratado en mi tesis doctoral: «Coste de la vida y poder adquisitivo de los trabajadores en Zaragoza durante el primer tercio del siglo XX». Asimismo, en 2016, en el X aniversario de su muerte, en el encuentro «El legado de Juan José Carreras», con una ponencia «En torno a las desigualdades económicas regionales en la España contemporánea».

## **Y al volver la vista atrás**

Hoy (6/12/2019), de nuevo, esta vez invitado por los discípulos de Carlos, participo con gusto en este homenaje a su ejemplar trayectoria académica. Cuatro décadas y media suponen un tiempo largo –casi el periodo de aquel ciclo económico Kondratieff que se citaba en clase en los setenta– para evaluar dicha trayectoria, en este caso compartida con la propia. Mirarse en el espejo de la de mi compañero Carlos Forcadell, repasar nuestros encuentros durante el largo camino académico y ciudadano recorrido, en tiempos de mudanzas y ahora de incertidumbres, ha constituido una excelente oportunidad que debo, para finalizar, agradecer.



## **Labor de Departamento**

**Enrique Solano Camón**

Universidad de Zaragoza

**C**orría el año 1982 cuando Carlos Forcadell Álvarez regresaba a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza, centro en el que había cursado su licenciatura y concluido el año 1969. Y lo hacía después de un dilatado periplo docente y científico que le había llevado a la Universidad de Heidelberg (1972-1974), en donde a lo largo de dos cursos completos desempeñó tareas de investigación y docencia; a la Universidad de Bilbao, en cuyo Instituto de Ciencias de la Educación igualmente ejerció tareas docentes, para regresar por fin a Zaragoza entre los años 1975 y 1980 en donde ocupó un puesto como titular interino de Historia Económica en la Facultad de Empresariales. Este último año obtenía, por oposición, una plaza de Titular de Universidad, quedando adscrito al área de Historia Contemporánea. Todavía disfrutará una breve estancia en la Universidad del País Vasco antes de regresar, ahora con carácter definitivo, a la Universidad de Zaragoza el año 1982. Y será aquí, en la ciudad del Ebro, donde su promoción académica se sustancie en 1990 al alcanzar la cátedra de Historia Contemporánea.

Como director del Departamento de Historia, que recientemente se acaba de constituir (1 de febrero de 2020), me resulta muy grato tener ocasión de sumarme al homenaje que con esta obra se hace al profesor Forcadell Álvarez, colega y amigo, al que tuve ocasión de conocer coincidiendo con su llegada a la Facultad de Filosofía y Letras. Unos momentos en los que yo estaba viviendo en la Facultad mis primeros años en el ejercicio docente e investigador. Precisamente el año 1982 me tocaba leer la Tesis Doctoral. Pero ahí no iban a acabar las coincidencias, pues la promoción de Carlos Forcadell a catedrático en nuestra universidad el año 1990 iba a coincidir en el tiempo con mi obtención de la plaza de Titular.

Pero retornemos al año 1982, una época en la que los departamentos de Historia Moderna e Historia Contemporánea constituían todavía unidades administrativas distintas. Una situación que, sin embargo, cambiaría pocos años después. Una convocatoria cursada al profesorado de ambos departamentos, el 10 de diciembre del año 1986, empezaba su redacción en los siguientes términos:

Habiendo sido aprobada por la última Junta de Gobierno la constitución del Departamento de Historia Moderna y Contemporánea, consultados los Consejos de los Departamento afectados, se te convoca para la reunión de constitución que tendrá lugar el día 16 del corriente mes [...].

Así iniciaba su andadura en la Universidad de Zaragoza el Departamento de Historia Moderna y Contemporánea bajo la dirección de Juan José Carreras Ares, ocupando la subdirección del

mismo precisamente Carlos Forcadell. Un cargo que desempeñó a lo largo de diez años, desde 1985 hasta 1995, momento en el que, precisamente, asumía la dirección del Departamento. Primero hasta el año 1999 y, posteriormente, en un segundo mandato que habría de prolongarse entre los años 2003 y 2005, cuando era designado para pasar a formar parte de la Comisión Permanente de la Facultad. Un puesto que habría de ocupar hasta 2008, año en el que también actuó como Decano en funciones, hasta la toma de posesión, como tal, del profesor Severino Escolano.

Desde los primeros momentos su actividad departamental estuvo presidida por su incondicional relación de afecto y colaboración con Juan José Carreras, amigo, maestro y colega. Una relación viva, activa y constante, que se mantuvo vigente hasta el día 4 de diciembre de 2006, fecha en la que se conocía la triste noticia de la muerte de Carreras, dejándonos como legado indeleble su magisterio, personalidad y calidad científica.

Muchos han sido hasta hoy los estudiantes que, a lo largo de la ya larga singladura docente de Carlos Forcadell, han tenido y siguen teniendo la fortuna de disfrutar de su magisterio. Unas enseñanzas en las que, junto a la transmisión de conocimientos, el empeño del profesor Forcadell por hacer navegar a sus alumnos y alumnas en el campo de la interpretación histórica, aplicada al contexto de lo social y sus contradicciones, desde la crítica y el análisis permanente, ha sido siempre una constante. Y sin duda, una prueba fehaciente de ello podemos encontrarla en aquellos discípulos y discípulas suyos, hoy herramientas del quehacer histórico, algunos de los cuales forman parte, en la actualidad, del claustro docente de nuestro Departamento.

No es poco, por otra parte, lo que la ciencia histórica debe a Carlos Forcadell, convertido en claro referente de la evolución de la historiografía contemporánea reciente, alimentada por su afán investigador, tratando a lo largo del tiempo de explicar fenómenos, actitudes y comportamientos que han caracterizado a la sociedad contemporánea española hasta, en tiempos más próximos, acometer estudios sobre usos públicos de la historia y orientarse más recientemente en materias y perspectivas tocantes a la historia cultural de la sociedad y la política.

Espectador y protagonista en tiempos de cambio, la trayectoria profesional de Carlos Forcadell va a coincidir con el proceso de transformación de la Universidad de Zaragoza, como consecuencia de la puesta en marcha de la normalización democrática en nuestro país, cuyo arranque institucional podemos encontrarlo en la Ley de reforma Universitaria, aprobada el año 1983, y la subsiguiente aprobación de los Estatutos de nuestra Universidad un año después. Estatutos que permitían recuperar la autonomía y estimular la democratización de la institución. Un escenario en el que, entre otros, se van a encontrar involucrados un elenco de historiadores aragoneses que, no cabe duda, tendrán en Carlos Forcadell un relevante exponente al servicio de la transformación de la vida universitaria, con clara proyección en la sociedad y cultura aragonesas.

Baste, como botón de muestra, destacar su papel como redactor y colaborador de *Andalán*, periódico nacido durante los últimos años del franquismo (1973) y un auténtico referente en Aragón durante la transición, de claro contenido democrático y con una profunda vocación de proyección cultural y de aragonesismo, en una trayectoria que habrá de prolongarse, pasando por diferentes momentos, hasta el año 1987. O destacar también su nombramiento el año 2007 como director de la Institución Fernando el Católico de la Diputación Provincial de Zaragoza, referente más que significativo del acervo intelectual y cultural en nuestra ciudad. Una institución bien hermanada en su quehacer cotidiano con la Universidad de Zaragoza y de



Con Juan José Carreras en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras.

manera particular, lo que subrayo con no poca satisfacción, con nuestra querida Facultad de Filosofía y Letras. Solo un año después el entonces alcalde de Zaragoza, Juan Alberto Belloch, hacía efectivo el 14 de septiembre del año 2008, recién clausurada la Expo Internacional de Zaragoza, su nombramiento como Cronista Oficial de la Ciudad. Un cargo que, como el anterior, sigue ostentando en nuestros días, sin que, por otra parte, ambos limiten su ejercicio docente e investigador en el actual Departamento de Historia de nuestra Facultad.

Sean estas palabras un modesto, pero sentido testimonio de reconocimiento y expresivo homenaje a Carlos Forcadell Álvarez, referente indudable de la vida intelectual y humana del Departamento y protagonista indiscutible de su historia.





## **Aquellos años de renovación**

**Julián Casanova**

Universidad de Zaragoza

**D**esde octubre de 1974 a junio de 1979 estuve matriculado como estudiante en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza. Aunque se llamaba Geografía e Historia, lo que había en el plan de estudios de aquella licenciatura era una mezcla de filosofía, literatura, arte, geografía e historia. La mayoría de las asignaturas no tenían programa ni bibliografía y en más de la mitad de ellas bastaban unos cuantos apuntes y un manual para aprobarlas holgadamente. Nadie nos dio unas normas básicas sobre la escritura de la historia, la exposición oral o el oficio del historiador. Uno llegaba a la Facultad y empezaba a estudiar historia, filosofía, arte y literatura por orden cronológico, además de mucha geografía sin ningún orden. No había seminarios ni discusiones. Y la biblioteca se utilizaba para estudiar apuntes y, como mucho, para consultar obras de referencia o libros caros para aprobar los exámenes de arte.

Allí no abundaban los maestros, profesores que dejaran en sus explicaciones alguna huella, y menos aún los tutores, esos profesores con los que puedes consultar dudas o a los que puedes pedir orientaciones. En esas circunstancias, mi aprendizaje tuvo mucho de autodidacta. Formé parte de un grupo de chicas y chicos que compartíamos pisos, compromisos políticos, lecturas y trabajos, algo que nos permitía comprar libros. Libros de Siglo XXI, Crítica, Ariel, Alianza o de Fondo de Cultura Económica. Creo que el buen estado de las editoriales de historia, que traducían muchas cosas y empezaban a publicar las obras de historiadores españoles que abrían en aquellos años caminos de renovación, compensaba el estado deplorable de la enseñanza en la universidad. Las lecturas fueron para mí mucho más importantes que las enseñanzas<sup>1</sup>.

Acabé la carrera con dos ideas básicas sobre lo que iba a hacer en el futuro. Primero, salir a buscar fuera lo que no había encontrado dentro. Y eso significaba, en segundo lugar, emprender una formación integral, investigadora y docente, que me permitiera algún día dar clases

---

<sup>1</sup> Sé que no todos los que estudiaron historia en aquella segunda mitad de los setenta sufrieron la misma calamidad. En Madrid, Valencia o Barcelona había, evidentemente, más posibilidades de encontrar buenos profesores y futuros directores de tesis. Pero también sé que el panorama no era muy diferente en Sevilla, Granada, Málaga, Santiago o Salamanca, por nombrar universidades muy similares en alumnos y medios a la de Zaragoza. Mi visión puede parecer hiper-crítica, pero yo, al fin y al cabo, fui un alumno aventajado y acabé en la Universidad. Puedo asegurar que la impresión que conservan la mayoría de los compañeros que ya se han olvidado de la universidad resulta todavía peor.

en la universidad. Tenía ya un proyecto y eso, visto lo recibido, era ya mucho. El proyecto, eso también lo tenía claro, debía ir acompañado del aprendizaje académico que no había recibido. Con esas ideas abandone la Universidad de Zaragoza a finales de junio de 1979. Diez días después, estaba en Colmenar Viejo, en la mili, la temida mili para muchos de nosotros.

En el último año de la licenciatura empecé a pensar en una investigación sobre el anarquismo. Había leído tres libros que me ayudaron a pensar mucho sobre el tema: *Los orígenes sociales del anarquismo en Andalucía* (Crítica, 1977), de Temma Kaplan; *La izquierda revolucionaria en España* (Ariel, 1978), de Gerald Meaker; y sobre todo, *La ideología política del anarquismo español* (Siglo XXI, 1976), de José Álvarez Junco. Conocía también la obra de Josep Termes, *Anarquismo y sindicalismo en España* (la edición de Crítica de 1977), los tres tomos de José Peirats sobre la CNT, publicados por Ruedo Ibérico en 1971, y el ya entonces libro de cabecera de muchos sindicalistas ilustrados *El movimiento obrero en la historia de España* (Taurus, 1972), de Manuel Tuñón de Lara.

Aquel verano de 1979 supe, a través de Félix García, un amigo filósofo que había hecho una tesis doctoral sobre el pensamiento anarquista español, que en el Servicio Histórico Militar había documentos prácticamente inexplorados sobre el Consejo de Aragón. Sabía muy poco sobre ese tema, en realidad casi nadie sabía nada, y solo los libros de John Brademas, *Anarcosindicalismo y revolución en España* (Ariel, 1974) y, sobre todo, de César M. Lorenzo, *Los anarquistas españoles y el poder* (Ruedo Ibérico, 1972), proporcionaban alguna pista. El de César M. Lorenzo era, desde luego, un libro básico para adentrarse en el famoso tema de por qué la CNT participó en el gobierno de Largo Caballero en noviembre de 1936. Lorenzo era hijo de Horacio Martínez Prieto, el dirigente sindicalista que más empujó para que se consumara ese acto tan aparentemente antianarquista, y por lo que se deducía de su libro había podido contar con una documentación interna bastante jugosa.

Ya en el cuartel, solicité un permiso de estudio para tener libres las tardes y logré entrar en el Servicio Histórico Militar, con todas las puertas abiertas, gracias a una buenísima recomendación, que es lo que había que tener en el ejército para conseguir determinadas cosas. El archivo, en efecto, tenía la documentación más original que nunca he encontrado sobre el Consejo de Aragón, además de otros muchos documentos sobre la sublevación militar, las colectivizaciones, la represión del POUM y la intervención internacional.

Ese año de mili fue fundamental para mi futura carrera como historiador profesional. Descubrí un archivo con una documentación riquísima para trabajar en el tema en el que estaba interesado, en realidad fue como si hubiera hecho la mili allí, e inicié una fructífera relación personal e intelectual con José Álvarez Junco, el autor del libro que más caminos abría para conocer el anarquismo español.

Mi encuentro con José Álvarez Junco no fue casual. Lo llamé para presentarle mi proyecto de investigación, unas cuantas páginas que él acogió con verdadero interés. Me invitó a participar en un seminario que él había organizado en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense. Era un seminario sobre movimientos y protestas sociales en la España contemporánea, una cosa bastante rara y excepcional en las universidades españolas de entonces.

En el seminario no solo se presentaban investigaciones empíricas sobre temas concretos de la protesta social en España, huelgas y motines sobre todo, sino que acogía también importantes discusiones teóricas y metodológicas a las que asistían otros profesores. Allí, por ejemplo, se discutió el que sería después famoso artículo de José Álvarez Junco y Manuel Pérez Ledesma,

«Historia del movimiento obrero: ¿una segunda ruptura?» (*Revista de Occidente*, 12, 1982), y se hicieron incursiones bastante profundas en la obra de tres marxistas británicos, Thompson, Hobsbawm y Rudé, que yo ya conocía, aunque de forma superficial, excepto en el caso de Rudé. Como ya he escrito en alguna ocasión, *La multitud en la historia*, de George Rudé, fue el libro que me enseñó que las vidas y las acciones de esos que nunca aparecían en los manuales también podían ser historiadadas<sup>2</sup>.

Volvamos a 1980. Álvarez Junco había empezado a investigar sobre Alejandro Lerroux y nos fuimos juntos al archivo de guerra civil de Salamanca, entonces llamado de Servicios Documentales. Con la documentación extraída de ese archivo y del Servicio Histórico Militar, y con decenas de libros y panfletos leídos a lo largo de ese año, elaboré mi tesis de licenciatura «Poder y anarquismo en la guerra civil: El Consejo de Aragón», presentada en la Universidad de Zaragoza en septiembre de 1980. Firmó como director, sin haberla leído ni conocer nada sobre el tema, el profesor Carlos Corona, jefe supremo del Departamento de Historia Contemporánea.

Acabada la tesina y a la espera de una beca de investigación que pensaba solicitar, Álvarez Junco me invitó a vivir en su casa, con su familia, y a participar en tareas docentes y de investigación en la Facultad de Ciencias Políticas de la Complutense. Aquellos nueve meses marcaron mi futuro. Además de disfrutar de la excelente biblioteca que sobre anarquismo y movimientos



Julián Casanova con Juan José Carreras y Gema Martínez de Espronceda, mediados de los años noventa.

<sup>2</sup> A esa deuda intelectual con George RUDÉ me referí en *La historia social y lo historiadores*, Barcelona, Crítica, 1991 (edición actualizada, en biblioteca de bolsillo, en 2003, nueva edición y formato en 2015) y fue una de las razones por la que le dediqué un espacio más detallado que a otros marxistas británicos (pp. 127-139).

sociales poseía Álvarez Junco, las numerosas conversaciones con él mantenidas me animaron todavía más a tomar una decisión que ya mi hermano José Vicente, que residía en Nueva York, me había orientado: viajar a Estados Unidos e investigar los numerosos fondos bibliográficos que sobre el anarquismo poseía la biblioteca del Congreso de Washington.

Mientras tanto, las cosas habían cambiado en Zaragoza. En octubre de 1980 había llegado al Departamento de Historia Contemporánea Juan José Carreras. Fui a verlo y le pedí que me avalara la solicitud de una beca de investigación de Formación de Personal Investigador y que fuera mi director de tesis doctoral, un trabajo que ya tenía esbozado y con una documentación ya localizada a la espera de ser explorada. Me concedieron la beca y empezó así mi relación y amistad con Juan José Carreras. Me había hablado de él Carlos Forcadell, a quien había conocido solo unos meses antes, aunque el nombre de Juan José Carreras sonaba, y bien, entre los estudiantes de historia contemporánea que nos habían precedido y que habían podido asistir a sus clases en los primeros años de esa década de los setenta, en su primer paso por la Universidad de Zaragoza.

Aquellos eran años de explosión, desordenada, aunque bastante fructífera, de historia local, una disciplina tradicionalmente propiedad casi exclusiva de eruditos e historiadores no profesionales, basada más en el detalle que en la interpretación, pero que estaba penetrando con fuerza en los programas de investigación de la mayor parte de las universidades europeas. Restringir el objeto de análisis, limitarlo espacialmente, se había convertido desde los años sesenta en una de las características de la metodología de la historia social francesa y, bajo su influencia, de otras metodologías. Las monografías locales comenzaron a percibirse, en definitiva, como el punto de partida necesario para construir el edificio de la historia –con mayúsculas– de Francia, Alemania, España o Gran Bretaña.

Esa influencia francesa caló en bastantes historiadores españoles que habían acudido durante los años setenta a los coloquios organizados por Manuel Tuñón de Lara en Pau. Eloy Fernández Clemente y Carlos Forcadell eran dos de ellos y sus propuestas de renovación de la historia local aragonesa encontraron un notable grupo de seguidores en los años siguientes. Carlos Forcadell se había incorporado también al Departamento de Historia Contemporánea de la Facultad de Filosofía y Letras y con Eloy Fernández Clemente estaba en la Facultad de Económicas Luis Germán, quien preparaba en esos años su tesis doctoral sobre las conexiones entre la economía y la política en Aragón durante la Segunda República.

Mis años de becario fueron años de viajes, de continuos viajes a Madrid, Barcelona y Salamanca, pero también a Estados Unidos, París y al International Instituut voor Sociale Geschiedenis de Ámsterdam, lugar de paso obligado para los estudiosos del anarquismo en particular y de los movimientos sociales en general. De esos viajes, donde tuve la oportunidad de conocer a numerosos investigadores y colegas, de una documentación riquísima y apenas explorada, de los influjos benéficos de la historia local y de las enseñanzas de quienes fueron por entonces mis principales maestros, José Álvarez Junco y Juan José Carreras, salió mi tesis doctoral «Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa (1936-1938)», presentada en diciembre de 1983, ante un tribunal en el que estuvieron además Josep Fontana y Carlos Forcadell, y publicada en mayo de 1985 en la prestigiosa colección de Historia de los Movimientos Sociales de Siglo XXI, junto a los libros de Hilton, Hill, Hobsbawm o Rudé, un sueño con los ojos abiertos difícil de imaginar tan solo seis años antes, en aquella licenciatura sin historia que me había dado el título de historiador.

Una historia política de un movimiento social. Esa es la definición que yo daría a aquel libro sobre el Consejo de Aragón y las colectivizaciones campesinas en el Aragón republicano. Dejé



José Álvarez Junco, entre Carlos Forcadell e Ignacio Peiró. CSIC, Madrid, 2014.

de lado la antropología, pese a las numerosas lecturas que había hecho sobre el tema y las sugerentes pistas que con esa disciplina habían anticipado Renato y Encarnita Simoni en su estudio sobre la colectivización de Cretas, y me centré en el poder, en su retórica y manifestaciones<sup>3</sup>. El objetivo central de ese estudio era, tal y como escribía en la introducción, efectuar un detallado examen de la actuación anarquista en el territorio aragonés que permaneció en la zona republicana desde julio de 1936 hasta marzo de 1938. Se trataba de comprender las actitudes y comportamientos del anarquismo en Aragón al margen de sus presupuestos ideológicos abstractos. Distinguir, en definitiva, entre el pensamiento explícito, sus actitudes y la realización práctica.

Durante esos primeros años de la década de los ochenta, en el momento en que estaba elaborando mi tesis doctoral, aparecieron varios libros sobre el anarquismo, la mayoría de ellos fruto también de tesis doctorales, que mostraban el interés y la fascinación que ocasionaba el tema y muy especialmente el fenómeno de la colectivización durante la guerra civil. Hay que nombrar aquí al alemán Walter L. Bernecker, que se había atrevido con una síntesis en un momento en que apenas había buenas monografías de marcos reducidos; a Javier Paniagua, actor de un importante análisis de las propuestas de transformación económica y social elaboradas por los libertarios en los años treinta; y a Aurora Bosch, quien abordó su tesis doctoral sobre la guerra civil y la revolución en el País Valenciano con intenciones muy similares a las mías, aunque

<sup>3</sup> Encarna SIMONI / Renato SIMONI: «Cretas. La collectivization d'un village aragonais pendant la Guerre Civil Espagnole (1936-1937)», Memoria de licenciatura presentada en la Facultad de Letras de la Universidad de Ginebra (1977), publicada después, en 1984, por el Centro de Estudios Bajoaragoneses de Alcañiz.

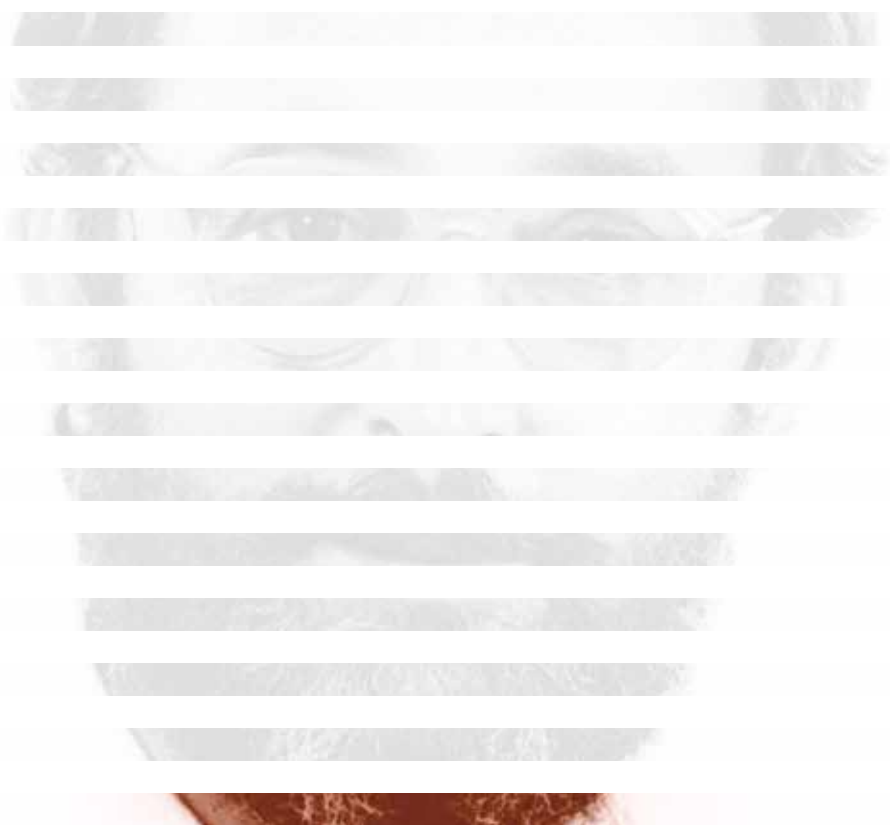
entonces no nos conocíamos: revisar la abundante literatura anarquista sobre lo que en ella se denominaba «la obra constructiva de la revolución» y poner algo de imaginación y mucho rigor frente a los análisis ideológicos<sup>4</sup>.

Unos años antes, en 1978, Carlos Forcadell había publicado en *Crítica* *Parlamentarismo y bochevización. El movimiento obrero español, 1914-1918*. Aquel libro, resultado también de su tesis doctoral, era algo más que una historia de partidos y sindicatos o de análisis de doctrinas socialistas –tan frecuente en ese momento en los estudios sobre el movimiento obrero– y transmitía un sólido bagaje interpretativo sobre las conexiones entre el movimiento obrero español y el marco europeo. Además de una minuciosa investigación empírica y de un amplio manejo de fuentes, Forcadell introducía lecturas de algunos clásicos en su versión original en alemán, algo muy poco frecuente entre los historiadores españoles en aquel momento. Me compré ese libro en Zaragoza en 1979, costaba 600 pesetas. Leí a Carlos antes de nuestro primer encuentro, un año después.

Comenzaba estas líneas con un comentario sobre la mediocre universidad en la que estudié y la importancia de las obras de algunos historiadores españoles que abrían en aquellos años caminos de renovación, sobre todo en una historia sociopolítica del movimiento obrero. Ahí estaban, entre otros, José Álvarez Junco, Albert Balcells, Francesc Bonamusa, Antonio Elorza, Pere Gabriel, Antoni Jutglar, Pelai Pagés, Manuel Pérez Ledesma o David Ruiz. Escritas desde fuera, las obras de Joan Connelly Ullman, Joaquín Romero Maura y, sobre todo, Manuel Tuñón de Lara, rompían los moldes de la historiografía política dominante todavía en los últimos años de la dictadura de Franco y comienzos de la transición. En Carlos Forcadell, como en otros de esos historiadores nombrados, se notaba la formación intelectual recibida en el extranjero, que les permitió hacer nuevas preguntas al material investigado y construir nuevos supuestos teóricos de partida. Y de eso hace ya más de cuarenta años.

---

<sup>4</sup> Walter L. BERNECKER: *Colectividades y revolución social. El anarquismo en la guerra civil española*, Crítica, Barcelona, 1982; Javier PANIAGUA: *La sociedad libertaria. Agrarismo e industrialización en el anarquismo español (1930-1939)*, Crítica, Barcelona, 1982; y Aurora BOSCH: *Ugetistas y libertarios. Guerra civil y revolución en el País Valenciano, 1936-1939*, Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo, 1983. Habían aparecido también en esos años el voluminoso estudio de Antonio BAR, fruto de otra tesis doctoral, *La CNT en los años rojos (del sindicalismo revolucionario al anarcosindicalismo, 1910-1926)*, Madrid, Akal, 1981, y la sugerente obra de Lili LITVAK: *Musa libertaria. Arte, literatura y vida cultural del anarquismo español*, Barcelona, Antoni Bosch, 1981. A los libros de Bernecker, Paniagua y Bosch les dediqué, en 1983 y 1984, reseñas en el suplemento de libros de *El País*.





## **Maestro de la historiografía democrática**

**Miquel À. Marín Gelabert**

Investigador independiente. Fondo histórico–Fundación Endesa

**Ignacio Peiró Martín**

Universidad de Zaragoza

*A centenary is a difficult age. You will have been dead some twenty years; those who celebrate you fall into three groups: ageing disciples who knew you (and perhaps revere you too much; your enemies will hopefully keep silent); those who have become famous since your death, who are as concerned for their own reputations as for yours; and young Turks out to kill or at least appropriate their predecessor<sup>1</sup>.*

**D**ebemos reconocer que todos los homenajes comparten elementos estructurales del tipo descrito por Oswyn Murray en su comentario sobre la celebración del centenario de Arnaldo Momigliano. En todo caso, está claro que el presente volumen tiene mucho más que ver con la tradición académica de los *Festschriften* que con la más conmemorativa y oportunista de los centenarios. Al contrario que estos, un *Festschrift* tiende a fijar, en el marco coetáneo de la teoría de la fiabilidad, lo que Giddens denomina *compromisos de presencia*, como una forma de alimentación comunitaria del honor y el prestigio.

Se distinguirían, así, cuatro formas básicas: empezando por la edición que honra al homenajeado a través de la inclusión del propio trabajo como un presente a modo de los *Liber amicorum*. A continuación, el homenaje que le ennoblece mediante la formación de un colegio (*collegamento*, *collegiality*, *Kollegialität*), con el propósito de fijar principios de compañerismo y cooperación (y son, a través del tiempo, una magnífica fuente para la investigación de las virtudes académicas, por ejemplo, en historia de la historiografía)<sup>2</sup>. En tercer lugar, los elogios que enaltecen al homenajeado a través de la continuación de una tradición (comunitaria, escolar, disciplinar). Y, en último término, el texto colectivo que le reconoce, a través de la identificación de su legado intelectual, académico o, más ampliamente, profesional. Las palabras que siguen ha sido pensadas desde esta última perspectiva.

Entre los diferentes méritos que celebran la personalidad académica del profesor Carlos Forcadell, destaca su faceta de catedrático administrador. Se trata de un modelo básico en la historia de la comunidad profesional. Una tipología definida por la combinación congruente de posiciones de poder y funciones del historiador-docente que, además, dedica parte de su práctica a la gestión de los recursos e instrumentos para la investigación histórica y la difusión pública de sus resultados. En las últimas tres décadas, el Dr. Forcadell ha multiplicado su actividad en este terreno, abarcando diversos lugares profesionales y espacios institucionales de la historiografía profesional contemporánea (bien como Investigador Principal en casi una treintena de

---

<sup>1</sup> Oswyn MURRAY: «Momigliano and Antiquarianism: Foundations of the Modern Cultural Sciences, ed. Peter N. Miller (University of Toronto Press, 2007)», *English Historical Review*, cxxiii, 501 (abril 2008), p. 414.

<sup>2</sup> Un apunte sobre el origen de esta tradición en Ignacio PEIRÓ: *Los guardianes de la Historia. La historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2006, pp. 226-250.



Cubierta del libro publicado en memoria de Juan José Carreras, 2008.

proyectos nacionales y autonómicos o bien en su condición de presidente de la Asociación de Historia Contemporánea y director de la revista *Ayer*).

Conectando la reflexión teórica que rotula este apartado con el ejercicio de cargos públicos del profesor Forcadell, el propósito de esta presentación es traer a colación dos de los aspectos más sobresalientes que, en nuestra opinión, demuestran su capacidad de gestión al frente de la Institución Fernando el Católico: la puesta en marcha del Seminario Permanente de Historia de la Historiografía Juan José Carreras y la labor editorial desarrollada desde la presidencia de la Comisión de Publicaciones.

En efecto, en enero de 2007, fue nombrado director de la IFC por el entonces presidente de la Diputación Provincial de Zaragoza Javier Lambán<sup>3</sup>. Desde aquel momento, el catedrático de Historia contemporánea de la Universidad de Zaragoza ha propiciado la consolidación de las condiciones contextuales siempre necesarias para sentar las bases de una actividad. El debate teórico, la recepción de nuevas tendencias de la investigación o la dinámica de intercambio en una disciplina tan esquivada como la historia de la historiografía, requerían, tras el fallecimiento de Juan José Carreras en diciembre de 2006, un impulso decidido desde las instituciones. En este paisaje, con el precedente del curso de historia de la historiografía dedicado al análisis de la figura de José María Lacarra y del medievalismo en la Europa de la segunda mitad del siglo XX, se gestó la creación del Seminario Permanente de Historia de la Historiografía Juan José Carreras<sup>4</sup>. Fundado en abril de 2009, representó un acicate para la promoción de una determinada forma de abordar el pasado de la profesión de historiador y de sus logros<sup>5</sup>. Un repaso a

3 Carlos FORCADELL: «Cultura y política: 75 años de historia en la IFC», en Carlos FORCADELL / Fico RUIZ / Álvaro CAPALVO (eds.): *IFC. Cultura y política, del franquismo a la democracia, 1943-2018*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2018, p. 17.

4 Curso internacional *José María Lacarra y el Medievalismo de la primera mitad del siglo XX*, organizado del 22 al 23 de noviembre de 2007 por la Institución Fernando el Católico de la Diputación Provincial de Zaragoza.

5 En la línea de salida se situó el curso *La historia de la historiografía: balance de una disciplina* (25, 26 y 27 de febrero de 2009), en el que se ofreció una panorámica de la evolución internacional de la disciplina desde la realización de la Comisión Internacional de Historia de la historiografía a principios de los años noventa, caracterizada por la apertura de nuevos territorios de investigación y por macroproyectos editoriales de carácter internacional. Al año siguiente, el tema a debate versó sobre la *Institucionalización y estrategias profesionales de la historiografía (siglos XIX y XX)* (25, 26 y 27 de febrero de 2010). A partir de la doble mutación experimentada por el concepto de profesionalización en el último cuarto de siglo (integrado, por un lado, en procesos mayores vinculados a la formación de los metarrelatos nacionales y en la construcción de las matrices disciplinares; y, por otro, reorganizada internamente como parte del pro-



En las escalinatas del Paraninfo con Rafael Valls, Juan Sisinio Pérez, Pedro Ruiz, Ignacio Peiró, Juan José Carreras, Antonio Duplá, Miquel À. Marín, Miguel Ángel Ruiz, persona sin identificar, Miguel Ángel Cabrera, persona sin identificar, Jordi Gracia y Juan José Carreras López. Curso «La historia de la historiografía contemporánea en España», dirigido por Carlos Forcadell e Ignacio Peiró. Zaragoza, 11 de diciembre de 1998.

los contenidos de las ininterrumpidas ediciones anuales de estos cursos nos muestran tres características principales en las que el profesor Forcadell ha dejado su huella.

En primer lugar, su colaboración ha resultado fundamental en la construcción paulatina de una red internacional de especialistas formada por tres decenas de historiadores de la historiografía, principalmente italianos, alemanes, franceses, que comparten no solamente una formación disciplinar (ideas fuerza; uso de fuentes homologables; concepciones teóricas, méto-

---

ceso general de modernización de la ciencia histórica), los ponentes analizaron las reinterpretaciones conceptuales de la institucionalización, en tanto proceso de estructuración a través del cual la comunidad de historiadores se convierte en un sujeto de estudio dinámico. Sin solución de continuidad, las temáticas de los cursos han sido: *Europa siglo XX. Comunidades historiográficas en tiempos dictatoriales* (24 y 25 de febrero de 2011); *Postguerras: los historiadores y la normalización historiográfica en la Europa del siglo XX* (8 y 9 de marzo de 2012); *Nuevas aproximaciones a la historia de la historiografía* (14 y 15 de marzo de 2013); *Asociacionismo y estrategias profesionales en la historiografía del siglo XX* (27 y 28 de marzo de 2014); *La formación de las historiografías democráticas en Europa* (28 y 29 de mayo de 2015); *la Jornada Fernando el Católico en la Historiografía Contemporánea* (20 de mayo de 2016); *El historiador y su biografía. Experiencias, enfoques y perspectivas internacionales* (27 y 28 de abril de 2017); *Investigaciones recientes en historia de la historiografía. Comunidad, género, publicaciones periódicas* (25 y 26 de octubre de 2018). Como punto y seguido, en la undécima edición se realizó una actualización sobre las *Investigaciones en curso de historiografía española contemporánea* (15 y 16 de noviembre de 2019). A corto y medio plazo, entre los objetivos específicos del Seminario, se ha planteado la edición de una revista transnacional de historia de la historiografía.



Logo del Seminario Juan José Carreras que alberga la Institución Fernando el Católico, junto a programas de cursos y seminarios.

dos y debates interpretativos) sino que, además, participan de un proyecto de desarrollo, un programa de investigación que permitió consolidar una revisión profunda de la historiografía europea de los siglos XIX y XX.

Los cursos de historia de la historiografía han permitido consolidar una nueva concepción de la disciplina, certificando la recepción investigadora de tendencias ampliamente desarrolladas en nuestro entorno (las políticas del pasado, los usos públicos, las matrices disciplinares, la historia de la enseñanza, la transformación política de las instituciones o los fenómenos de superación del pasado nacional). Han tratado procesos complejos como la adaptación de las historiografías nacionales y transnacionales a la irrupción de las dictaduras, de las guerras o las postguerras. También han debatido sobre la construcción institucional de la profesión o la formación de la historiografía democrática como un continuo en la Europa contemporánea. Del mismo modo, se ha abordado el nacimiento y desarrollo de subdisciplinas (el medievalismo, la propia historia de la historiografía, la historia social, de las universidades) o de sus recursos académicos (las biografías colectivas, el papel de las revistas y de las asociaciones, por ejemplo). Por último, en sus sesiones se han afrontado cuestiones de rabiosa actualidad profesional como la irrupción del revisionismo neoconservador como fenómeno transnacional<sup>6</sup>.

<sup>6</sup> Junto a otros miembros del Seminario, Carlos Forcadell participó en la organización y desarrollo del *Colloque international, Cultures politiques en Europe: mémoire, historiographie et révisionismes*, del 7 al 9 de noviembre de 2013, Université Paris 8, Vincennes-Saint Denis; y su continuación en la *II Journée d'études, Historiens et représentations de l'Histoire en l'Espagne contemporaine: politiques du passé et discours de la nation*, 16 de octubre de 2015, Université Paris 8 / Colegio de España, París. Los textos de ambos encuentros se publicaron en el libro colectivo, editado por Carlos

Y todo ello, a partir de un diálogo inter e intrageneracional que ha permitido contar en los cursos zaragozanos con figuras españolas e internacionales del peso de Manuel Espadas, Josep Fontana, Pedro Ruiz Torres, Ramón Villares, Julián Casanova o Fernando García Sanz, entre las primeras; y a Christophe Charle, Christian Delacroix, Alexandre Escudier, Mauro Moretti, Massimo Mastrogregori, Christoph Cornelissen, Olaf Blaschke, Thomas Etzemüller, Margherita Angelini, Paola Carlucci o Jouni-Matti Kuukkanen, entre los representantes de la historia de la historiografía internacional. Al cabo de una década, la incorporación de jóvenes o noveles investigadores de la Universidad de Zaragoza y la colaboración de un numeroso grupo de historiadores de otras universidades ha permitido tejer una densa red disciplinar.

¿Cuánto hay, en todo esto, de la personalidad y del perfil profesional del profesor Forcadell? Bastaría echar un breve vistazo a sus colaboraciones en los cursos o a sus publicaciones de la última década para hacerse una idea. Desde la recepción de varios estratos de la historiografía alemana o francesa, hasta la evolución, desde posicionamientos postsociales hacia el postmetanarrativismo, la simbiosis entre los cursos de historiografía y la actualización profesional del profesor Forcadell son evidentes. En este sentido, resulta ejemplar su actitud profesional. No ha dudado en cuestionar continuamente sus posicionamientos profesionales y en hacer suyas



Con el profesor Manuel Espadas Burgos —con corbata— en el Seminario Juan José Carreras, de izda. a dcha.: Pedro Rújula, Francisco Javier Caspistegui, Ignacio Peiró, Christofer Charle, Mastrogregori, Mauro Moretti y Miquel À. Marín. Biblioteca María Moliner, 2011.

---

FORCADELL / Ignacio PEIRÓ / Mercedes YUSTA (eds.): *El pasado en construcción: Revisionismos históricos en la historiografía contemporánea*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015.

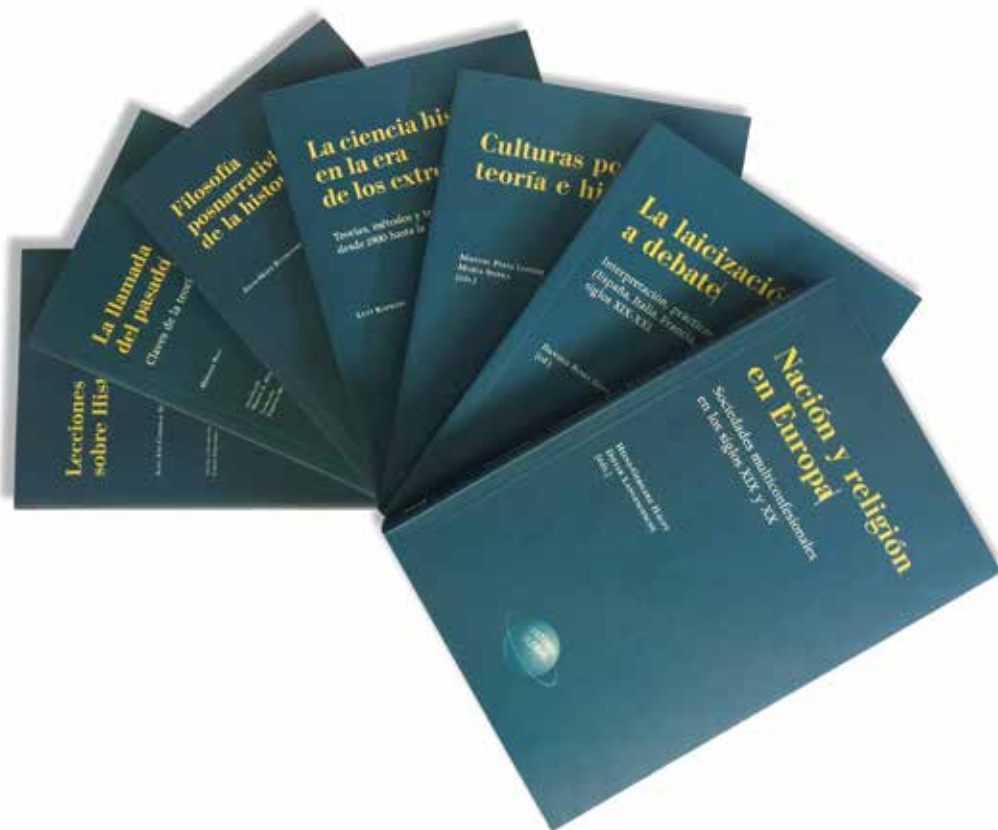
las nuevas ideas teóricas (también metodológicas o interpretativas) provenientes de experiencias investigadoras distantes a su propia trayectoria.

Por otra parte, más allá de que el Seminario por él dirigido haya propiciado la recepción de nuevas ideas y la actualización de otras, el nuevo siglo ha traído consigo la práctica de una historia que va desde la investigación más cercana de las comunidades profesionales nacionales, hasta la práctica comparativa, transnacional e incluso global. Este es, sin duda, un cambio transcendental que, por sí mismo, constituye la segunda característica que impregna su personalidad académica y se reflejará principalmente, en su faceta editora. De manera complementaria, en esta red de vías abiertas y relaciones historiográficas, resulta innegable, en tercer lugar, el papel desempeñado por Carlos Forcadell en el potenciamiento del debate teórico, al haber puesto a disposición de los especialistas dos herramientas imprescindibles: la celebración de cursos y seminarios de forma ininterrumpida, y la publicación de obras colectivas, manuales o ensayos que han volcado al castellano obras clave de nuestro entorno.

En este punto, dejando de lado el estudio de la producción editorial de la IFC y las numerosas iniciativas en favor de la difusión de la literatura histórica aragonesa realizadas desde la



Con Josep Fontana –primero por la izda.–, Ignacio Peiró, Mauro Moretti, Miquel À. Marín y Paola Carlucci. Seminario de Historia de la Historiografía. Zaragoza, 2010.



La colección Historia Global ha publicado 13 volúmenes desde 2010, con el objetivo de albergar temas centrales para la historia de la historiografía.

Comisión de Publicaciones<sup>7</sup>, destaca la apuesta personal del director por la colección Historia Global y por impulsar la historia de la historia como producto de primer orden dentro del catálogo de publicaciones del establecimiento<sup>8</sup>. Una nueva práctica editorial dedicada al público de los profesionales-especialistas y, sin duda, una iniciativa dirigida a consolidar la posición puntera de los miembros del Seminario Juan José Carreras en esa especie de Campo de Agramante en el que se ha convertido la reflexión historiográfica española. Un espacio tornadizo, donde solo de manera limitada se entiende la historia de la profesión como una disciplina investigadora.

Lanzada en 2010 y dirigida por él mismo, el denominador común de los trece títulos que, a día de hoy, constituyen la serie Historia Global es la originalidad, la alta calidad de los textos y la actualidad de las temáticas seleccionadas (nacionalismo y religión, culturas políticas, la laicización, las emociones y los sentimientos, la biografía, el cine y la ficción histórica, la

<sup>7</sup> La Comisión de Publicaciones de la IFC, presidida por Carlos Forcadell, está formada por los vocales María Ángeles Naval López, Eliseo Serrano Martín, Ignacio Peiró y por el secretario académico de la institución, Álvaro Capalvo Liesa.

<sup>8</sup> En esta línea, junto a la puesta en marcha de esta colección, importa recordar las gestiones realizadas para alentar la creación, en 2007, de la colección Historiadores de Aragón dedicada, en concreto, a la historia de los historiadores y la historiografía producida en el espacio académico aragonés.



historia medioambiental y transnacional)<sup>9</sup>. Pero no solo eso. En tanto en cuanto instrumento para la recepción de corrientes y tendencias mundiales (en donde la traducción sigue actuando como un mecanismo de circulación de ideas y difusión intelectual de primer nivel), la intuición lectora, sensibilidad y gusto por las novedades del mercado por parte del director de la colección, se reflejan en el siguiente dato: cinco de las monografías publicadas pertenecen al ámbito más puro y específico de la teoría de la historia y la historia de la historiografía. Después de la publicación del manual de Lutz Raphael, *Geschichtswissenschaft im Zeitalter de Extreme* (2012), de la cuidada edición de la amplia panorámica de interpretaciones historiográficas sobre las epifanías y retornos de los revisionismos históricos recogidas en *El pasado en construcción* (2015), y del libro misceláneo *Lecciones sobre Historia*, selección de textos de su maestro Juan José Carreras (2016), no parece casual su rápida decisión de verter al español dos de las obras más representativas de la nueva disciplinarización de la



Con Francisco Javier Caspistegui, Miquel À. Marín y Christoph Cornelissen, tras una reunión del Seminario Juan José Carreras, 2012.

<sup>9</sup> Como ejemplo de la sensibilidad historiográfica y capacidad de selección del profesor Forcadell recordaremos, por orden de publicación, los volúmenes de la colección Historia Global: Heinz-Gerhard HAUPT / Dieter LANGEWIESCHE (eds.): *Nación y religión en Europa. Sociedades multiconfesionales en los siglos XIX y XX*, 2010; Manuel PÉREZ LEDESMÁ / María SIERRA (eds.): *Culturas políticas: teoría e historia*, 2010; Lutz RAPHAEL: *La ciencia histórica en la era de los extremos. Teorías, métodos y tendencias desde 1900 hasta la actualidad*, 2012; Carlos FORCADELL / Ignacio PEIRÓ / Mercedes YUSTA (eds.): *El pasado en construcción. Revisionismos históricos en la historiografía contemporánea*, 2015; Mónica BOLUFER / Juan GOMIS / Telesforo HERNÁNDEZ: *Historia y cine. La construcción del pasado a través de la ficción*, 2015; Pedro RUIZ TORRES (ed.): *Volver a pensar el mundo de la Gran Guerra*, 2015; Herman PAUL: *La llamada del pasado*, 2016; Juan José CARRERAS ARES: *Lecciones sobre Historia*, Zaragoza, 2016; Bartolomé YUN CASALLI: *Historia global, historia transnacional e historia de los imperios. El Atlántico, América y Europa (siglos XVI-XVIII)*, 2019; y Jouni-Matti KUUKKANEN: *Filosofía posnarrativista de la historiografía*, 2019.



Inauguración de la exposición *Trabajo. Sociedad. Cultura. Una mirada al siglo XX en Aragón*. Con Marcelino Iglesias, presidente del Gobierno de Aragón, y Jesús Membrado, secretario general de UGT-Aragón, 2000.

teoría de la historia europea, escritas por el holandés Herman Paul y el finlandés Jouni-Matti Kuukkanen<sup>10</sup>. Dirigidas a superar el reto narrativo lanzado por el postmodernismo desde la década de los ochenta, en la síntesis del profesor de la Universidad de Leiden (además de analizar la obra de Hayden White en términos de *prefiguraciones metahistóricas*), articulaba las *relaciones con el pasado* como una nueva categoría analítica, distinguiendo las dos grandes tendencias actuales en teoría de la historia-filosofía de la historia (Tucker-Kuukkanen vs. White-Ankersmit) y destacando, en último término, las aportaciones de Jörn Rüsen como ejemplo de una teoría de la historia multidimensional diseñada explícitamente para integrar trabajos previos de carácter cognitivo, estético, retórico y político acerca del pensamiento histórico<sup>11</sup>.

Si la obra de Lutz Raphael representaba, en la primera década del nuevo siglo, un cambio de tendencia en la forma de ensayar una síntesis acerca del devenir de la historiografía contemporánea, estas dos últimas obras representan un cambio de guardia generacional en la reflexión teórica de la disciplina. De forma simbólica los profesores Paul y Kuukkanen, personifican la más joven promoción de teóricos de la historia llamados a superar los viejos debates de la generación anterior, entre ellos, el metanarrativismo<sup>12</sup>. Un debate abierto que en el futuro inmediato modificará la conciencia sobre qué es ser historiador, más allá de los grandes rela-

<sup>10</sup> Herman PAUL: *Key Issues in Historical Theory*, New York / London, Routledge, 2015; y Jouni-Matti KUUKKANEN: *Post-narrativist Philosophy of Historiography*, Houndmills (Basingstoke) / Hampshire / New York, Palgrave Macmillan, 2015.

<sup>11</sup> Miquel À. MARÍN GELABERT: «Herman Paul y la teoría de la historia en el siglo XXI», presentación a H. PAUL: *La llamada del pasado*, *op.cit.*, pp. 7-19.

<sup>12</sup> Frank ANKERSMIT: «A Dialogue with Jouni-Matti Kuukkanen», *Journal of the Philosophy of History*, 11 (1, 2017), pp. 1-15; y M.À. MARÍN GELABERT, «Jouni-Matti Kuukkanen y el postnarrativismo historiográfico: un diálogo abierto», presentación a J.-M. KUUKKANEN: *Filosofía posnarrativista de la historiografía*, *op.cit.*, pp. 7-19.



En Buenos Aires con Ignacio Peiró. Al fondo, el Teatro Independencia, 2013.

tos y la fragmentación postmoderna (incluyendo, probablemente, la función académica de ese examen de ingenios que son los homenajes corporativos)<sup>13</sup>.

En fin, hemos asistido a todo esto con la certera impresión de que el Dr. Carlos Forcadell Álvarez pertenece por derecho propio al grupo de «maestros de la historia» del contemporaneísmo de la historiografía democrática española. Un período marcado por sus inicios de *continuidad rupturista* y *pacto transaccional* comunitario y cuya actualidad, sin embargo, se presenta repleta de incertidumbres sobre la historia y los historiadores<sup>14</sup>.

<sup>13</sup> H. PAUL (ed.): *How to be a historian. Scholarly persona in historical studies, 1800-2000*, Manchester, Manchester University Press, 2019.

<sup>14</sup> I. PEIRÓ: «Autobiografía de una generación: España, 1975-1984», *Hispania Nova*, 12 (2014), pp. 258-286; «La vida a los 25 años. Novela de formación o aprendizaje», en Pedro RÚJULA (coord.): *Alberto Gil Novales (1930-2016): los mundos del historiador*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2019, pp. 19-64; y M.À. MARÍN GELABERT: «La historiografía democrática en España, 1965-1989», en Ignacio PEIRÓ MARTÍN / Carmen FRÍAS CORREDOR (eds.): *Políticas del pasado y narrativas de la nación. Representaciones de la Historia en la España contemporánea*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2015, pp. 359-442.



## **Seguro azar**

### **El viaje de Carlos Forcadell en el contemporaneísmo español**

**Miguel Ángel Ruiz Carnicer**

Universidad de Zaragoza

*Apenas conozco otra carrera en el mundo en la que el azar juegue un papel semejante.*

Max WEBER: *El político y el científico*, Madrid, Alianza, 2012, p. 186.

*Hay mundo por oposición a caos cuando lo que andaba suelto y sin contacto se organiza en una red de relaciones y dependencias: cuando las cosas se relacionan unas con otras, unas para otras, en causas y efectos, en leyes y fenómenos.*

Pedro SALINAS: «Mundo real y mundo poético» y dos entrevistas olvidadas, Valencia, Pre-Textos, 1996, p. 36.

La generación que representa Carlos Forcadell ha sido decididamente ideológica porque su tiempo inaugural fue de lucha frente a un régimen cuyos basamentos eran una guerra civil basada en la victoria de unos españoles sobre otros. Y esa victoria había sido apoyada por los fascismos europeos. En un mundo dividido por la guerra fría, por la dinámica Norte-Sur, en una España al margen de la cultura y el desarrollo europeos, hacer de la ideología, marxista más concretamente, una palanca para la transformación del mundo era un recurso del que pocos podían prescindir. Cuando Carlos Forcadell, Eloy Fernández Clemente, y tantos otros peregrinaban a Pau en torno a Tuñón de Lara, escribían sobre el sindicalismo de principio del siglo XX y el movimiento obrero, se comprometían con una prensa alternativa de izquierdas o se presentaban a las elecciones desde una izquierda de base local y real estaban dando una batalla por una nueva sociedad que dejara atrás el franquismo, la guerra civil, y el presente de una sociedad acobardada y retardataria, modelada en el autoritarismo sociológico producto de la larga dictadura. Y lo estaban haciendo a través de la historia, entendida como un medio de transformación de la realidad. La expresión «Análisis del pasado y proyecto social» del título del libro de Josep Fontana que se convirtió en volumen de cabecera de los estudiantes y jóvenes profesores de historia a principio de los ochenta<sup>1</sup>, condensaba como pocas un ideario que dio lugar no tanto a carreras políticas o a ortodoxos manuales de historia como a un grupo generacional protagonista de un importante avance historiográfico que consistía en aplicar en España lo que se hacía en otros sitios, introduciendo al país en la normalidad historiográfica de su época, apoyándose en los pocos que habían ido abriendo un dificultoso camino de progresiva apertura<sup>2</sup>. Y ello lo hicieron siguiendo a maestros heterodoxos fuera de las estructuras o *colados* en ella, como el citado Tuñón de Lara o el precursor Juan José Carreras, maestro de Carlos y quien desde su experiencia alemana fue clave a la hora de trasladar a España debates historiográficos y aun disciplinas como la historia de la historiografía de otras latitudes. Si los nombres pueden ser muchos –y se ha ido

<sup>1</sup> Josep FONTANA: *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica, 1982.

<sup>2</sup> Un análisis detallado de la evolución de la profesión en el franquismo e inicios de la transición en Ignacio PEIRÓ MARTÍN: *Historiadores en España. Historia de la Historia y memoria de la profesión*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2013. También Miquel MARIN GELABERT: *Los historiadores españoles en el franquismo, 1948-1975. La historia local al servicio de la patria*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2005.

alguno tan significativo como Manuel Pérez Ledesma–, esos son los que también encontramos en la transformación de la profesión mediante los mecanismos nacidos para su acotación, proyección y difusión como los cursos de la UIMP en Santander, la Asociación de Historia Social o de Historia Contemporánea, y el acceso progresivo a puestos de funcionarios en la Universidad española.

En lo historiográfico, Carlos Forcadell ha sido un perfecto exponente de ese tránsito de los estudios de la ideología y la práctica social del movimiento obrero a unos estudios de cultura política mucho más sofisticados, mucho menos ideologizados y que primaban los factores experienciales que los marxistas británicos habían señalado en su momento, además del factor económico como claves de explicación de sociedades complejas al estilo de Labrousse. Carlos Forcadell ha protagonizado desde el Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de Zaragoza, desde la Institución Fernando el Católico desde el 2007, como impulsor de obras colectivas, exposiciones e iniciativas un excelente ejemplo de este trayecto que nos lleva del discurso ideologizado –pero nada sectario– de los años setenta al discurso culturalista y sofisticado del siglo XXI.

## Y en el principio fue Pau

Las anécdotas sobre los viajes, los compañeros, el ambiente de Pau siempre le han acompañado a Carlos Forcadell. Pau fue no solo una excursión anual para estar en contacto con el maestro de leyenda, símbolo de la España que no había podido ser; era la forja de un sentimiento de pertenencia, de una identificación de grupo y un baño de reflexión intelectual imposible de hallar en una Universidad provinciana del tardofranquismo como la de Zaragoza.

La cita de Pau, luego continuada ya en suelo español, está casi en los orígenes de la recuperación historiográfica de un discurso democrático, reivindicativo pero también y sobre todo, exigente profesionalmente respecto a lo que tenía que ser el oficio de hacer y enseñar historia. La llegada de Tuñón de Lara a la Universidad de Pau en el otoño de 1964<sup>3</sup> supone el encuentro entre la necesidad de docencia y de desenvolverse en un entorno universitario del ya popular autor exiliado y la tradición hispanista francesa –hasta ese momento mucho más centrada en el modernismo– que tenía pendiente el periodo contemporáneo. Inicialmente dependiente de Burdeos, Pau se convierte en Universidad en 1968 y desde allí se afianzan y proyectan los estudios de historia contemporánea de España de una manera dinámica. La dirección y lecturas de tesis, la organización de conferencias y eventos como los Coloquios, enseguida atrajeron no solo a estudiantes franceses sino también a españoles. La combinación de la entrega personal y completa de Tuñón a su trabajo y el libre entorno universitario francés dio lugar a una iniciativa irreplicable, haciendo de la pequeña ciudad pirenaica un auténtico referente, quizá el único en Europa de una historiografía comprometida con el contemporaneísmo español comparable solo a la labor de hispanistas como Paul Preston y su Cañada Blanch Center de la London School of Economics desde los años noventa, aunque con la diferencia fundamental de que entonces España aún estaba bajo la dictadura y que había un claro elemento emocional, por político y generacional en los jóvenes historiadores que frecuentaban la universidad francesa.

---

3 Joseph PEREZ: «La contribución de Manuel Tuñón de Lara al hispanismo francés: los coloquios de Pau», en José Luis de la GRANJA / Alberto REIG TAPIA: *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia. Su vida y su obra*, Bilbao, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 1993, pp. 323 y ss.



Con Carmen Frías y Miguel Ángel Ruiz Carnicer, 2007.

Estos coloquios, presididos por la calidad científica y humana de Tuñón atrajeron a los estudiosos españoles en formación, sedientos de ideas nuevas y de discusiones en libertad, dando lugar así a un punto de encuentro en lo académico y profesional, pero sobre todo en el origen de las primeras redes de amistad de la profesión. El resultado va a ser no solo establecer lazos personales entre quienes iniciaban sus investigaciones en los escasamente conectados distritos universitarios españoles sino que se empezó a compartir metodologías, entretener debates ideológicos y a no hacer frente en soledad a los retos de las investigaciones individuales<sup>4</sup>. Los coloquios se mantienen con regularidad desde 1972 –tras los dos primeros veranos iniciales más improvisados– hasta 1979, cuando, establecido un marco constitucional y de libertades en España, los coloquios pasan la frontera. Aquí, sea en Madrid, Segovia o Cuenca siguieron siendo importantes para las generaciones siguientes que no habían podido vivir esos años iniciales, pero la labor fundamental estaba hecha a la hora de formar unas generaciones de jóvenes historiadores con inquietudes comunes y carreras semejantes en muchos aspectos.

Carlos fue uno de estos jóvenes formados en Pau, a donde va por primera vez en 1972 por recomendación de Antonio Elorza. Eloy Fernández Clemente o José Carlos Mainer, desde la esfera aragonesa, acompañaron a Carlos en estos viajes de amistad y de formación.

---

<sup>4</sup> Eloy Fernández Clemente hace una excepcional evocación de Pau, el maestro, los asistentes –con una muy completa nómina de éstos– y la atmósfera intelectual de los Coloquios en «Manuel Tuñón de Lara, maestro y amigo», incluido en José Luis de la GRANJA (coord.): *La España del siglo XX a debate. Homenaje a Manuel Tuñón de Lara*, Madrid, Tecnos, 2017, pp. 329 y ss. En este reciente volumen se hace en distintas colaboraciones un completo análisis del Tuñón de Pau, su aporte historiográfico y su influencia en toda una generación de contemporaneístas españoles.



De Pau y de los Coloquios parte otra larga batalla, que fue la del reconocimiento a Tuñón dentro de España, y que pasó entre otras iniciativas por su nombramiento como doctor *honoris causa* en Zaragoza en 1983, patrocinado por Carreras y Forcadell<sup>5</sup>, hasta que finalmente se remata con su pertenencia al claustro de la Universidad del País Vasco.

## Forcadell en la plaza pública

Carlos, durante el periodo que corre paralelo con su formación como profesor e historiador, se va a implicar en diversas aventuras públicas, es decir que suponían su actuación en iniciativas de marcado carácter comprometido en el contexto de los últimos estertores de la dictadura y la construcción de la democracia en España y singularmente en Aragón. Los dos hitos en ese sentido son la pertenencia al comité de redacción de *Andalán*<sup>6</sup> y la fundación y militancia en el Partido Socialista de Aragón (PSA) y que le llevó a apoyar la candidatura de Unidad Socialista (PSA en coalición con el Partido Social Popular-PSP) en las primeras elecciones generales de junio de 1977 y con Enrique Tierno Galván como candidato a presidente del Gobierno. Forcadell fue uno de los fundadores de un partido ligado a los hombres que hacían *Andalán* y que suponía poner en marcha una plataforma política de izquierdas que asumía el ideario socialista pero independiente del PSOE y que tenía unas claras raíces con el territorio, con Aragón, reivindicando una España federal que diera amplia autonomía a los territorios. El joven Forcadell participó activamente en los trabajos iniciales del partido, muy crítico con la actitud del PSOE del momento hacia los partidos independientes de izquierda e identificado con las ideas políticas que vertebraban la línea editorial de *Andalán*. En esa publicación encontramos una buena serie de artículos que Carlos dedica al papel del socialismo en Europa y a la tarea a realizar por este en España, siendo uno de los analistas más destacados del momento.

El compromiso con *Andalán* en el tiempo fue más duradero que el político, ya que Forcadell, aunque identificado con el PSA de forma estable, no superó la crisis de proyectos de unidad de la izquierda en Aragón, pues ni con el PCE, ni con el PSOE –las dos opciones que se barajan ante un panorama político nada amable con las fuerzas menores y que imponían dinámicas de fusión y colaboración– fueron las cosas fáciles y se frustraron los intentos iniciales de convergencia de fuerzas. Más tarde, años después, se producirá la absorción del PSA por el PSOE, y ello dejará definitivamente alejado del compromiso político partidario a Forcadell. El PSA se acabó disolviendo en marzo de 1983 después de una aventura excepcional, en donde también la amistad y el compartir unas vivencias generacionales por una buena parte de los militantes era un elemento básico de su coherencia. En la medida en que la ambición política de cargos y responsabilidades en este grupo con trayectorias académicas e intelectuales en vías de consolidación fue muy escasa, nos encontramos que la mayoría de fundadores del PSA van a apartarse de la vida política activa, lo que significó la pérdida de todo un gran potencial para la política aragonesa<sup>7</sup>. Eso no va a implicar sin embargo que falte el compromiso sino que se va a dar al margen de la política institucionalizada.

---

<sup>5</sup> Apoyado por la Facultad de Filosofía y Letras no sin cierto debate, pero con el apoyo decidido de los estudiantes según puede atestiguar el autor de manera directa.

<sup>6</sup> Un relato minucioso y preciso del nacimiento de *Andalán* en las memorias de Eloy FERNÁNDEZ CLEMENTE: *Los años de Andalán. Memorias, 1972-1987*, Zaragoza, Rolde de Estudios Aragoneses, 2013.

<sup>7</sup> Eloy Fernández Clemente habla del tema en José Ignacio LÓPEZ SUSIN / José Luis MELERO RIVAS (coords.): *Los nuevos ilustrados. Entrevistas a los miembros del Comité de Honor de Rolde de Estudios Aragoneses*, Zaragoza, Rolde de Estudios Aragoneses, 2007, pp. 119-121.

Forcadell estuvo presente en la prensa con sus colaboraciones en *Andalán* con artículos de política internacional<sup>8</sup> a la par que el profesor Carreras que usaba su seudónimo de H.J. Renner. Ya asentado en Filosofía y Letras una vez dejó su ciclo de profesor en la Facultad de Económicas, Forcadell mantuvo una cierta continuidad de esta labor periodística que se plasma en las colaboraciones que publicará para *El Día de Aragón*, el periódico que desde 1982 intentó renovar el panorama de la prensa diaria aragonesa, sometida al cuasi-monopolio del tradicional *Heraldo de Aragón*, entonces aún necesitado de una renovación formal y de contenidos.

### Plataformas para el activismo profesional y cultural

Este Forcadell, joven historiador antifranquista en torno a Pau y activista político del socialismo y del periodismo alternativo aragonesista, da pie en la evolución hacia la madurez, una vez consolidada la posición académica y estabilizada la perspectiva personal al establecer una familia junto a su esposa Papi Aznar, y nos lleva a dos ámbitos que desde mi punto de vista son la maduración de las dos experiencias previas, Pau, y *Andalán*/PSA. Y esas son la Asociación de Historia Contemporánea (AHC) y la Institución Fernando el Católico.



Miguel Ángel Ruiz con Carlos Castilla del Pino y Pilar Aznar. VI Encuentro de investigadores sobre el franquismo. Universidad de Zaragoza, 2006.

<sup>8</sup> A él se debe el impulso del acercamiento a la trayectoria del periódico en Carlos FORCADELL ÁLVAREZ: *Andalán 1972-1987. Los espejos de la memoria*, Zaragoza, Ibercaja, 1997.

La primera, la Asociación, nace del mismo impulso de Pau y en parte por la misma gente. No en vano, Carlos rememora el primer congreso de la Asociación en 1992 en Salamanca con él llevando del brazo a Tuñón en un lado y a José María Jover en el otro<sup>9</sup>, lo que era tanto como decir lo mejor de las dos Españas, en este caso, dos símbolos de la renovación historiográfica (desde fuera y desde dentro) que se hizo en el segundo franquismo. La Asociación se fundó en 1988, aunque sus antecedentes habría que llevarlos hasta el homenaje que antiguos peregrinos a Pau, con el propio Carlos, Sisinio Pérez Garzón, María Carmen García Nieto o Santiago Castillo le organizaron a Tuñón en agosto de 1981. Allí es donde se hablaría de unir a los historiadores contemporaneístas en una asociación que diera lugar a la creación de plataformas de difusión, propiciara el debate y uniera a la profesión en torno a congresos e iniciativas comunes. En las Jornadas de Historia Contemporánea en Valencia en el otoño de 1988 se pondría en marcha definitivamente la asociación «por historiadores e historiadoras estrechamente vinculados con las empresas tuñonianas, presentes todos en el homenaje de Santander»<sup>10</sup>. Miguel Artola, gracias a los buenos oficios de Juan José Carreras, pasaría a desempeñar la presidencia.

La AHC, consolidada y con una gran proyección gracias a la revista *Ayer*, es ahora uno de los mejores legados de ese espíritu de Pau. La identificación del profesor Forcadell con esta iniciativa es indudable por la implicación desde el principio, la más significativa, el ostentar la presidencia de la Asociación entre 2006 y 2014<sup>11</sup>.

Si la AHC puede ser considerada un producto de ese espíritu de los jóvenes de Pau de los años setenta, se puede entender lo mismo en un ámbito más aragonés en el caso de la Institución Fernando el Católico, creada en 1943 y uno de los símbolos del concepto de «alta cultura» del régimen franquista. La Institución, regida en democracia por personalidades como el poeta Ildelfonso Manuel Gil o los catedráticos universitarios Guillermo Fatás y Gonzalo Borrás, es la mejor expresión del activismo cultural desde el ámbito local, implicado en la defensa de los valores sociales de la cultura en democracia y libertad. El apoyo a las iniciativas culturales y académicas universitarias, la actividad de las cátedras sectoriales y una creciente actividad editorial son señas de identidad de la Institución desde los años noventa. Y Carlos Forcadell cuando llega a la IFC en 2007, sustituyendo a Gonzalo M. Borrás –otro renovador del modelo de la institución– está de alguna manera poniendo en práctica una labor que incide en el mundo cultural aragonés y español que tiene su paralelo con la época de periodista o de activista político de los años setenta y ochenta, pero ahora en el campo de la cultura, las tareas de edición de libros y revistas, celebración de eventos científicos, apoyo a los institutos de cultura locales... buena parte de ello en contacto y colaboración con algunos de los hombres y mujeres que compartieron aventura política e intelectual en *Andalán*, el PSA o el PCE, consolidados ahora en la Universidad o las instituciones y de las nuevas generaciones de profesores e investigadores que se han ido incorporando al mundo académico.

Desde ese punto de vista, podemos hablar de que la dedicación y el trabajo que se hace desde la dirección de la Institución es una forma distinta del activismo político y cultural en defensa de una transformación democrática del país del Forcadell de los setenta ahora dentro de un

---

9 Carlos FORCADELL: «Tuñón de Lara, los historiadores contemporáneos y la transición democrática», en Eloy FERNÁNDEZ CLEMENTE / Carlos FORCADELL (eds.): *Manuel Tuñón de Lara: desde Aragón*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2002, p. 19.

10 *Ibid.*, p. 21.

11 *Vid.* Carlos FORCADELL: «Desde la revista *Ayer* (2010-2012)», en José ÁLVAREZ JUNCO / Rafael CRUZ / Florencia PEYROU et al.: *El historiador consciente. Homenaje a Manuel Pérez Ledesma*, Madrid, UAM / Marcial Pons, 2015.



Con Miguel Ángel Ruiz en la inauguración del I Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea de la AHC. Zaragoza, 2008.

marco institucional y local. La implicación social y cultural toma muchas formas y la experiencia en la dirección de la IFC y su labor de promoción puede ser vista como una renovación, en cierta medida, de los compromisos cívicos del pasado.

Este tránsito político, académico y cultural que hemos narrado tiene su correlato en la propia producción historiográfica de Carlos Forcadell, que parte de hacer historia del movimiento obrero o revisar junto con Eloy Fernández Clemente la historia de la prensa aragonesa, a ir renovando sus perspectivas desde la historia económica primero y luego abierto a la nueva historia cultural y a los elementos más actuales de la historia de las emociones. Pero esa es otra historia que sin duda otros sabrán contar con más perspectiva y oficio.

La noción de azar que maneja Weber con que se abre este breve escrito es un ejercicio de humildad que el propio Carlos Forcadell asumió en su exposición en el homenaje que da pie a este volumen, lo que dice mucho de él. Pero ese azar puede verse también como un camino, un trayecto común nada casual de una generación que entró en su juventud en momentos del final de una dictadura en el que la tarea de reconstruir una sociedad civil parangonable a la europea basada en las libertades democráticas, los derechos sociales, el reconocimiento de una cultura popular y la superación de la guerra impuso una dinámica de compromiso que adquirió formas diferentes según personalidades y coyunturas. Hicieron un camino que supuso un tránsito desde el deseo de comprensión de una realidad que no gustaba a posiciones de militancia política que llevaba al compromiso intelectual y a poner la vocación de historiadores al servicio de esa reconstrucción de la razón democrática. Por lo tanto, no hay tanto azar como una auténtica aunque improvisada hoja de ruta común, que une como una delgada línea roja

a un grupo de personas, diferentes en sus trayectorias y evoluciones pero comprometidos con su época y con el reto de superar un sucio tiempo histórico. Estos hombres y mujeres hicieron posible el avance de la profesión de historiador en la estrecha Universidad que les tocó, hicieron real la conexión con el exterior por sus estancias pioneras y contactos, posibilitaron el reconocimiento a los maestros exiliados y silenciados y fueron impulsores del cambio político en la medida de sus fuerzas y contextos. Y lo hicieron siguiendo de una manera natural una serie de pasos: por el boca a boca llegaron a Pau y se reconocieron como parte de una España nueva que reconectaba con la vencida, pero que a la par eran un producto de la España posterior a 1939. Ese grupo forjado en Pau es el que seguiría y conseguiría situar a Tuñón de nuevo en España y acudiría a los coloquios luego celebrados en territorio español; el que crearía la Asociación de Historia Contemporánea y la revista *Ayer* y daría una proyección y un digno estatus al contemporaneísmo español. También ha sido la generación que desde su militancia mayoritariamente de izquierdas –con diferentes tonos y compromisos– y desde distintos ámbitos –periodístico, académico, instituciones culturales– ha hecho lo posible por modificar una realidad que ya estaba más que agotada, abriendo caminos para la transformación y democratización de la sociedad.

Lo que hace extraordinaria pues a esta generación, de la que Carlos es un ejemplo paradigmático, es la fusión que se produce entre la militancia antifranquista –no necesariamente ligada a obediencias partidarias u organizativas–, la presencia en la plaza pública y la renovación académica e historiográfica haciendo de su compromiso el correlato a su vocación histórica. Este impulso compartido dio lugar a la construcción de redes y lazos de reflexión profesional, en contacto con los maestros antiguos y nuevos, de fuera y de dentro –los que se habían «colado con habilidad, y excepcionalmente, en el recio y rancio escalafón de catedráticos de historia contemporánea»<sup>12</sup>, y que hicieron posible que juntos consiguieran la superación de las estrecheces profesionales y teóricas de la profesión tras cuarenta años de franquismo, construyeran nuevos parámetros profesionales y modernizaran de forma duradera la disciplina, incardinándola en el devenir europeo–. En el caso de Carlos el compromiso político y de presencia social se iría atemperando sustituido por el papel de dinamizador cultural desde la Institución Fernando el Católico y siendo uno de los contemporaneístas más y mejor conocedor de toda la producción historiográfica a nivel europeo. Ello no hubiera sido posible –más allá del azar de las circunstancias personales– sin el común tránsito político, público, social, intelectual y académico de la generación a la que uno puede acercarse de manera privilegiada y vívida al contemplar la trayectoria vital de Carlos Forcadell.

---

**12** Carlos FORCADELL: «Tuñón de Lara, los historiadores...», en Eloy FERNÁNDEZ CLEMENTE / Carlos FORCADELL: *Manuel Tuñón de Lara...*, p. 23.



## **El magisterio de Carlos Forcadell y el oficio de historiador**

**Javier Muñoz Soro**

Universidad Complutense de Madrid

**N**o resulta sencillo, y lo es cada vez menos, para un historiador ejercer su magisterio y compaginarlo con la investigación, sacar tiempo para leer y escribir y ser, además, un promotor de iniciativas y proyectos. Carlos Forcadell no es solo él y su circunstancia, por decirlo orteguianamente, sino también sus discípulos, colegas y amigos, sin los cuales no puede entenderse su trayectoria profesional. En esto ha recogido la herencia de Juan José Carreras, pero a su magisterio carismático y tranquilo Carlos Forcadell ha sumado activismo y capacidad organizativa en muchos sitios, desde la Universidad de Zaragoza a la Institución Fernando el Católico, desde los Congresos de Historia Local de Aragón a la Asociación de Historia Contemporánea. Decía Gregorio Marañón allá por 1930 que el gran profesor no solo lo es por su aptitud de crear discípulos verdaderos sino por otra cosa más importante: dejarse renovar por ellos. Este me parece uno de los grandes méritos de Carlos Forcadell, el que explica en parte su enorme vitalidad intelectual.

En estos tiempos del *paper* de urgencia, de crecientes procedimientos burocráticos, de evaluaciones de la producción investigadora, de *rankings* internacionales de las mejores universidades, va a resultar cada vez más difícil encontrar eso que antes se llamaban maestros. Dionisio Ridruejo, hablando de Ortega y Gasset en 1953, afirmaba que «tenemos por maestro a quien ha remediado nuestra ignorancia con su saber, a quien ha formado nuestro gusto o despertado nuestro juicio, a quien nos ha introducido en nuestra propia vida intelectual». Esto último es lo que varias generaciones de historiadores debemos a Carlos Forcadell y a otros excelentes profesores de la Universidad de Zaragoza en las últimas décadas del pasado siglo.

Es verdad que a la universidad acceden hoy muchas más personas, que los confines de la cultura son más «líquidos» y que los intelectuales ya no son aquellos emisores de verdades universales, legisladores desde una superioridad moral. Son cada vez menos gurús de las nuevas generaciones que llegan a las aulas, pero también, afortunadamente, menos mandarines de los departamentos universitarios. Los intelectuales han pasado a ocupar un papel mucho más modesto. Aun así, muchos echamos en falta leer por la mañana qué opinan algunas personas de esto o de aquello, y pienso en otro querido maestro, Santos Juliá, recientemente fallecido, que ejercía su magisterio de manera muy distinta pero no menos necesaria.

No digo nada nuevo señalando el desánimo de tantos colegas ante lo que perciben como pérdida de sentido de su trabajo y una presión cada vez mayor, sobre todo en la gestión burocrática de la investigación y la planificación de la actividad docente en forma de objetivos,



programas, controles de calidad, etcétera. Esta acumulación de tareas –el «profesor orquesta»– provoca un estrés al que se suma la precariedad laboral en las nuevas generaciones de becarios y profesorado contratado, con la consiguiente necesidad perentoria de acumular méritos. Como dice el pedagogo Peter Knight –quedaría mal si lo dijera yo– el reto intelectual de la investigación y el placer de la enseñanza van de la mano de cierta satisfacción en los niveles salariales y en las perspectivas de promoción.

Tampoco es fácil para un profesor sintonizar con el ritmo cambiante del mundo, no perder el enganche con las experiencias, las referencias culturales y las expectativas de los estudiantes, no sentirse hastiado, o alienado respecto a sus alumnos y alumnas. Sobre el desasosiego y el sentimiento de inadecuación de muchos profesores reflexionaba hace unos años el filólogo Jordi Llovet en su manifiesto *Adiós a la universidad*, lamentándose de la condición a la que habrían llegado unos estudiantes inocentes pero ignorantes, víctimas del supuesto fracaso de la educación secundaria y de la perversión del ideal universitario por el desmenzamiento del saber y la mercantilización neoliberal del sistema impulsada por el Plan Bolonia. No obstante, los indicadores que desde 1987 publica el Centro para la Investigación e Innovación Educativa (CNIIE) muestran los avances en educación en los últimos treinta años en nuestro país.

Las estadísticas nos dicen también que los titulados en humanidades disfrutaban de los salarios más bajos, la menor valoración de sus conocimientos en el mercado y la mayor dificultad para alcanzar un empleo estable y de calidad. Entonces, ¿para qué enseñar historia? Es curioso que el retroceso de las humanidades, y de la historia en particular, de los planes de estudio haya coincidido con una explosión del revival histórico en forma de novelas, series televisivas y películas ambientadas en ese pasado que no pasa, como escribió Tony Judt. Quizás no haya ninguna contradicción, porque la historia que se investiga y se enseña está muy alejada de ese fenómeno de consumo historicista. Varios estudios han constatado la preponderancia de los mensajes emitidos por los medios de comunicación sobre el aprendizaje de la historia como disciplina escolar. Ya lo dice Stephen Mihm: *Everyone's a historian now*.

El papel del historiador académico en la sociedad es hoy secundario, como mucho de asesor de películas históricas cuyo nombre aparece junto a peluquería y maquillaje en los títulos de crédito. Parece igualmente contradictorio con la importancia de los usos públicos de la historia y de las estrategias políticas para la apropiación y resignificación del pasado. Quizás la paradoja es de nuevo aparente. Cuando algunos consejeros del gobierno de David Cameron reclamaron en 2011 volver a una historia basada en el relato de las glorias nacionales, esgrimiendo la dificultad que supone para los estudiantes entender la complejidad de las explicaciones históricas, Richard Evans escribió que «la historia es una disciplina académica crítica cuyos objetivos son precisamente interrogar a la memoria y a los mitos que genera». Los aguafiestas no suelen ser bien recibidos.

Este tema (pre)ocupó a Carlos Forcadell y a Juan José Carreras desde que, en los años de cambio del milenio, se plantearon en España los debates sobre la llamada «memoria histórica» y lo que Tzvetan Todorov calificó de «abusos» de la memoria. Y en esas seguimos. La naturaleza compleja del conocimiento histórico casa mal con las simplificaciones propias de la política. El ocaso de las utopías, el colapso del pensamiento emancipador y el debilitamiento de la idea de progreso han llevado al descrédito de la historia como *magistra vitae*, dejando de iluminar tanto nuestro presente como nuestro futuro, sumido en la mayor incertidumbre, escribía hace unos años Manuel Cruz en su ensayo *Adiós, historia, adiós*. A pesar del pesimismo, pienso que la reflexión histórica sigue ayudándonos a responder algunas de las grandes preguntas de nuestro tiempo, entre ellas la compleja relación entre identidad y modernidad, el dilema entre el universalismo de los valores y el particularismo de la pertenencia. Por eso seguimos necesitando maestros sonrientes como Carlos Forcadell.



## **Recuerdos de la docencia de Carlos Forcadell a finales de los ochenta**

**Ángela Cenarro**

Universidad de Zaragoza

**L**icenciatura de Geografía e Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza, curso 1987-1988. El plan de estudios había establecido la impartición de la asignatura «Historia de España Contemporánea II. 1868-1975» en el quinto y último curso de la titulación, y al alumnado del grupo de diurno nos tocaba el profesor Carlos Forcadell. Era de los buenos, se comentaba en los cafés del bar de la Facultad, regentado entonces por el carismático Felipe González, sinónimo entonces de que con este profesor se aprendía. Que se preparaba las clases, orientaba las recomendaciones bibliográficas y preparaba un dossier de textos. Que fomentaba la lectura y el sentido crítico. Nos sentíamos afortunados los alumnos y las alumnas de aquella promoción, casi privilegiados, al percibir la reciente renovación del profesorado que había acabado con los representantes más genuinos de la universidad franquista. Carlos Forcadell era uno de esos profesores jóvenes, preparados y comprometidos, progresista... un referente para quienes vivíamos con ansias de conocimiento y concebíamos la formación universitaria como el mejor camino para encontrar nuestro lugar en el mundo.

Las expectativas de la «España Contemporánea II» se vieron ampliamente satisfechas. El temario era amplio, bien estructurado y con abundantes referencias bibliográficas comentadas, generales y específicas. Con un buen dossier de breves –y no tan breves– fragmentos de fuentes primarias gracias a las que nos sumergíamos en el lenguaje, los discursos y las concepciones de otras cronologías. No había irrumpido todavía ni la historia cultural ni el giro lingüístico, con su atención prioritaria al discurso y a las construcciones simbólicas, pero cada palabra, cada expresión contenida en aquellos textos era analizada en profundidad para explorar todos sus posibles significados.

Fue un curso de innumerables lecturas a través de las que tuvimos ocasión de bucear en los periodos cruciales del siglo XX español. Si seguir un manual o los apuntes tomados en el aula era suficiente para aprobar con otros profesores, las clases de Carlos Forcadell exigían ir a la biblioteca con presteza. La nuestra era entonces el espacio que luego se reconvertiría en el Seminario de Historia Contemporánea, gestionada por unos entregados becarios de colaboración, entre quienes me encontraba, y atestada de estudiantes.

A lo largo del curso, su magisterio y la pertinencia de las lecturas fueron ventanas abiertas al conocimiento preciso, al igual que a la discusión y a los debates de nuestro pasado más reciente. Entre las referencias generales que nos recomendó se encontraban las colecciones de

las editoriales Labor y Alfaguara, la enciclopedia de *Historia de España* de Menéndez Pidal, y algunas de las mejores expresiones de una renovada historia política, como los trabajos de José María Jover y Miguel Artola. Su obra había sentado las bases de una nueva comprensión del liberalismo español decimonónico y había roturado el camino para que una serie de monografías, entre la década de los setenta y principios de los ochenta, se orientaran al estudio de las elecciones y partidos políticos, como las de Carlos Dardé, Octavio Ruiz Manjón y Javier Tusell.

Nos iniciamos también, al margen de la posterior discusión sobre desiertos, secanos o regadíos, en una historia social que había adquirido ya un estatus de legitimidad en el oficio, con independencia de cuáles fueran su genealogía, sus fuentes o influencias. Quienes nos sumergimos en estas lecturas vimos que tenía un sólido asiento en la historia económica –no faltaban gráficas entre los textos que nos proporcionaba exhaustivamente el profesor Forcadell, para mi desazón, pues aquello de contar y hacer cálculos nunca fue lo mío–, o era el fruto de la recepción del materialismo histórico. Convivimos durante meses con Gabriel Tortella, Jordi Nadal, Josep Fontana, Sánchez Albornoz, José Luis García Delgado, Ramón Garrabou... Leímos prácticamente toda la obra de Manuel Tuñón de Lara y su concepto de «bloque de poder» nos acompañó a lo largo del curso. También otras perspectivas para el análisis de la Restauración, como *Los amigos políticos*, de José Varela Ortega, inolvidable para mí por la finura con la que diseccionaba la lógica del funcionamiento político del sistema.

Los intereses económicos, las clases sociales y los sujetos colectivos, con una rotunda prioridad de los obreros y los campesinos, amueblaron nuestras cabezas a finales de los años ochenta. Albert Balcells, Xavier Cuadrat, Juan Pablo Fusi, Gerald H. Meaker, Santos Juliá y «un tal Forcadell» (sic), como se autocitaba en el programa, se encontraban entre los principales autores. No faltaron *El obrero consciente* de Manuel Pérez Ledesma, ni la «segunda ruptura» que este mismo y José Álvarez Junco recomendaban para construir una historia de los movimientos sociales y de las clases populares no constreñida por la categoría de «lucha de clases». Joaquín Romero Maura y Joan Conelly Ullman nos ilustraron sobre la Semana Trágica de Barcelona. Y muy inspiradora me resultó *La historia de las agitaciones andaluzas*, de Juan Díaz del Moral, en la que convergían la historia política con la mirada de raíz antropológica a las protestas campesinas del sur durante el trienio bolchevique.

Junto a estos ejemplos de historia social, que aún tardaría un tiempo en incorporar el adjetivo de «renovada», destellaba una historiografía viva, con capacidad de ofrecer nuevas miradas a las interpretaciones más clásicas. Leímos mucho sobre Costa y otros regeneracionistas, conocimos las visiones innovadoras de Jacques Maurice y Carlos Serrano sobre la crisis de la restauración –el «turno del pueblo»–, así como los trabajos de Francisco Javier Corcuera, Jordi Solé Tura y Alfons Cucó sobre los nacionalismos vasco y catalán y el valencianismo. Tuvieron también su espacio en el programa otros temas que con el tiempo han resultado ser enormemente fructíferos, como el catolicismo político o el maurismo, gracias a los primeros análisis rigurosos de Juan José Castillo y Javier Tusell, y el lerruxismo, de la mano de Joan B. Culla.

Siguieron algunos debates de calado sobre el siglo XX español. La pregunta que vertebraba la comprensión de la Dictadura de Primo de Rivera (¿un mero paréntesis constitucional?) había suscitado una polémica en torno a las posibilidades democratizadoras del sistema liberal. Treinta años después sigue siendo válida para introducir el tema, por mucho que, desde entonces, hayamos incorporado nuevas reflexiones, derivadas de los conceptos de «modernización autoritaria» y de «nacionalización» de las masas. La discusión en torno al supuesto «fracaso de la República» y el «reparto de culpas», instalado en las conciencias colectivas en torno al



Profesores y profesoras de Historia Contemporánea con Javier Lambán. Ángela Cenarro, tercera por la dcha., 2007.

50 aniversario de la guerra, fueron algunos de los temas de profundidad inmensa con los que nos topamos a final del curso, de vigencia indiscutible hoy.

Muchos de ellos acaparan todavía nuestra atención, como profesionales de la historia y como ciudadanos, en un contexto bien distinto al de aquella década. A pesar de cuánto hemos cambiado, y de cuánto tiempo ha pasado, las enseñanzas de Carlos Forcadell siguen intactas en el recuerdo. Nutrieron una vocación que ya estaba bien despierta por entonces y echaron el sólido cimiento sobre el que posteriores formaciones y experiencias pudieron asentarse. De esta memoria brota el deseo de reconocer el legado de un maestro que nos guió con rigor y lucidez por el conocimiento de nuestro pasado reciente. Gracias, Carlos.



## El republicanismo histórico en Aragón: breve semblanza historiográfica

**M<sup>a</sup> Pilar Salomón Chéliz\***

Universidad de Zaragoza

\* La autora participa en el proyecto de investigación PGC2018-097232-B-C21, financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades (MCIU/AEI/FEDER, UE), así como en el Grupo de Investigación Consolidado H24-17R financiado por el Gobierno de Aragón y FEDER. Una versión más amplia de esta breve presentación aparecerá bajo el título «Historiografía sobre el republicanismo aragonés de la Restauración: fragmentación y escasez de monografías», en Nicolás BERJOAN / Eduardo HIGUERAS CASTAÑEDA / Sergio SÁNCHEZ COLLANTES (dirs.): *Le Républicanisme en ses lieux. Les études locales sur les Républicanismes ibériques (Espagne et Portugal premier tiers du XIX siècle-années 1930)*, Madrid, Publicaciones de la Casa Velázquez (en prensa).



**E**n 1978 Carlos Forcadell y Eloy Fernández Clemente publicaron un breve estudio sobre el republicanismo aragonés entre 1890 y 1920<sup>1</sup>. Desde entonces las investigaciones sobre el republicanismo histórico en la región han profundizado en muy diversos aspectos de la cultura política republicana en Aragón. Con todo, la historiografía sobre ese tema se caracteriza por su fragmentación. Para el periodo de la Restauración, por ejemplo, carecemos de síntesis regionales y de obras generales de ámbito provincial. Hay que destacar los trabajos sobre el republicanismo decimonónico en Teruel publicados por José Ramón Villanueva, centrados fundamentalmente en el federalismo y su líder Víctor Pruneda, así como la obra de Carmen Frías en torno al comportamiento electoral de los republicanos oscenses de las últimas décadas del siglo XIX<sup>2</sup>. Aparte de estas publicaciones, no contamos con monografías sobre el republicanismo histórico en Aragón que aborden la evolución de los partidos políticos, sus líderes y agrupaciones, sus discursos y prácticas políticas, su sociabilidad, etc. La falta de documentación amplia al respecto ha lastrado la investigación, pero no cabe duda de que otros factores han contribuido a que el tema no haya resultado suficientemente atractivo para los historiadores: por ejemplo, el peso del regeneracionismo en Aragón, el predominio de un republicanismo preferentemente de orden, burgués y posibilista, la ausencia de un líder carismático, etc.

Curiosamente la única provincia que no contó con un liderazgo republicano indiscutible, Zaragoza, es la que carece de monografías para las décadas finales del siglo XIX y primeras del XX. En este sentido, Joaquín Costa, el gran referente intelectual y político del periodo, sigue acaparando el interés de la historiografía, como han demostrado las publicaciones y exposiciones organizadas con motivo del centenario de su muerte.<sup>3</sup> Aunque su ascendiente sobre

---

1 Carlos FORCADELL ÁLVAREZ / Eloy FERNÁNDEZ CLEMENTE: «El republicanismo aragonés (1890-1920)», *Estudios de Historia contemporánea de Aragón*, Zaragoza, Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, 1978, pp. 225-231.

2 José Ramón VILLANUEVA HERRERO: *El republicanismo turolense durante el siglo XIX (1840-1898)*, Zaragoza, Mira Editores, 1993. Carmen FRÍAS CORREDOR: *Liberalismo y republicanismo en el Alto Aragón. Procesos electorales y comportamientos políticos, 1875-1898*, Huesca, Ayuntamiento, 1992.

3 Una síntesis de esa producción en Eloy FERNÁNDEZ CLEMENTE: «Medio siglo de costismo a la vista», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 27 (2013), pp. 13-29. Carlos FORCADELL ÁLVAREZ: «De la escritura a la política. Los usos públicos del pensamiento de Costa», en Cristóbal GÓMEZ BENITO (coord.): *Joaquín Costa y la modernización de España*, Madrid, Congreso de los Diputados, 2011, pp. 281-308.

el republicanismo aragonés de comienzos de siglo fue innegable, su trayectoria política como diputado republicano resultó breve, por lo que las investigaciones en torno a su vida, su obra y más recientemente sobre los usos públicos de su figura y de su pensamiento no se han traducido necesariamente en un mejor conocimiento de la trayectoria del republicanismo en Zaragoza. Esta sigue pendiente de estudios monográficos que superen la información fragmentaria que han ido aportando otras investigaciones centradas en cuestiones electorales, en manifestaciones de protesta sociopolítica o en la configuración de la cultura política republicana local.

Esas investigaciones han puesto de relieve la variada implicación del republicanismo en la conflictividad política y social aragonesa desde el Sexenio a los años de la Primera Guerra Mundial. Han hecho hincapié en las oportunidades políticas que ofrecían para la acción de los republicanos la protesta urbana y rural en torno a las quintas y el impuesto de consumos, el anticlericalismo, las resistencias campesinas o las formas de protesta obrera más organizadas. En las últimas dos décadas los estudios sobre la movilización política y social impulsada por los republicanos en Aragón han transitado entre la influencia de las teorías de los movimientos sociales y la incorporación del concepto de cultura política, a medida que han adquirido mayor importancia para los historiadores el ámbito cultural de la política y la creación de identidades colectivas. La defensa del laicismo en la educación, la promoción del patriotismo y el regionalismo, así como el fomento de la sociabilidad republicana a través de casinos y ateneos han recibido una atención creciente, aunque dispar, por parte de la investigación desarrollada en las últimas décadas en Aragón. El estudio de la prensa ha sido uno de los ámbitos más abordados



Con los participantes en el Congreso de Historia Local celebrado en Molinos (Teruel). Pilar Salomón —cuarta por la dcha.— y, en primer término con puro, el historiador italiano Giovanni Levi. 2005.



Con Pilar Salomón en primer término. Congreso de Historia Local. Ainsa, 2014.

a partir de los trabajos pioneros que Fernández Clemente y Forcadell llevaron a cabo a finales de los años 70 del pasado siglo, si bien sigue abierto su análisis como manifestación de la cultura política republicana.

A pesar, pues, de la profusión de investigaciones fragmentarias acumuladas en las últimas décadas sobre el republicanismo histórico aragonés, siguen faltando historias de los partidos y de los líderes que pugnaron en la esfera pública; también de los protagonistas de la gente corriente, mujeres incluidas, que dieron vida al republicanismo. Desconocemos cuáles fueron las dinámicas locales que condicionaron los proyectos de los republicanos y sus logros; qué propuestas plantearon ante las realidades políticas, sociales, económicas y culturales de las distintas localidades; cómo contrarrestaron las limitaciones que imponía el régimen monárquico a su acción política, etc. Muchas incógnitas e interrogantes que deberían servir de acicate a la historiografía local y regional para impulsar investigaciones amplias y de conjunto sobre la diversidad de la cultura política republicana de la Restauración en Aragón.



## **Cualquier tiempo pasado fue diferente**

**José Luis Ledesma**

Universidad Complutense de Madrid

**C**orría el mes de febrero de 1996 y, acabados los exámenes parciales de ese mes, decidí recoger el guante. El profesor de la asignatura anual «Historia de España Contemporánea II» nos daba la posibilidad de realizar un trabajo voluntario individual y pensé que valía la pena hacerlo. Llamé a su puerta y la reunión fue breve. Él me planteó si tenía algún tema en mente, yo le dije que no. Preguntó qué temas me interesaban, creo que respondí que la historia social, el anarquismo y el primer tercio del siglo XX español. Me propuso un tema concreto que aunaba tan poco originales generalidades y yo lo acepté y salía del despacho dispuesto a acometer lo que sería mi primer trabajo de investigación. El tema del trabajo era el asesinato del Cardenal Soldevila, ocurrido en Zaragoza un 4 de junio de 1923, y el profesor, Carlos Forcadell.

Mi vinculación con él dista de reducirse a aquel trabajo. A lo largo de los años, fue mi profesor, catedrático del departamento donde fui investigador y luego docente y organizador de congresos y libros colectivos en los que participé. Recuerdo de él por ejemplo sus clases ágiles, en las que casi cada día acudía con alguna novedad editorial sobre el tema que tocaba tratar, o el día en que me espetaba sin más en un pasillo que estaba leyendo mi primer libro y que tenía «pulso narrativo» y solidez argumental. Tras su inconfundible mezcla de aparente lejanía y reservada cercanía, de prudencia e ironía, poco a poco me di cuenta de que el profesor Forcadell era un organizador nato y un lector atento y voraz –de largo con quien más veces he coincidido en la Librería Antígona– pero también una persona generosa y curiosa que sabía escuchar y que aprendía de lo que oía y leía.

Pero como de todo ello hablarán con más tino el resto de autores y autoras de este volumen, me tomaré la libertad de volver a aquel trabajo sobre al atentado de 1923. Yo ya había hecho otros trabajos en la carrera, pero este era diferente porque no bastaba con usar libros. Había que ir al archivo. En la Hemeroteca Municipal pasé muchas mañanas pasando las hojas de las colecciones en papel de *Heraldo de Aragón*, *El Noticiero* y *El Pilar*, y a eso añadí las copias del semanario libertario *Cultura y acción* que me dejara el propio Carlos Forcadell. Durante una semana en el Archivo Histórico Provincial de Zaragoza, me sumergí en los más de 1500 folios de la Causa-proceso núm. 237 de 1923, relativa al «asesinato del Excmo. Sr. Cardenal Juan Soldevila». Y poco antes, marchaba de madrugada a Madrid un 23 de abril para consultar durante todo el día los telegramas entre el Gobierno Civil de Zaragoza y el Minis-

terio de Gobernación en 1920 y 1923, depositados en la Serie A de Gobernación del Archivo Histórico Nacional.

De aquella investigación no salieron grandes descubrimientos. Como habían escrito antes otros, todo apuntaba a que el atentado lo cometieron dos «Solidarios», Francisco Ascaso y Rafael Torres Escartín y formaba parte de una campaña de eliminación de figuras de la «reacción» en respuesta a la represión gubernamental y al pistolero patronal que tres meses antes se había cobrado la vida, entre otros, de Salvador Seguí. Ahora bien, visto hoy, el interés del texto no está ahí. Ni siquiera está en la curiosidad de que, aunque para un periodo anterior, en él estuvieran ya las cuestiones a las que he dedicado la mayor parte de mi práctica investigadora posterior: la violencia, el anarquismo y el anticlericalismo. ¿Mera casualidad?. Si hubiera algún interés, estaría en usarlo para un ejercicio introspectivo que historicice los primeros pasos de un historiador. Pero como eso es mucho decir para un texto tan breve, me limitaré a un par de apuntes.

Leído tantos años, lecturas y trabajos después, aquel texto de 1996 despierta muchas dudas. Hay desde problemas formales hasta algunas opiniones subjetivas y afirmaciones rotundas sin suficiente demostración, pasando por la ausencia de muchas fuentes secundarias, reflexión metodológica, apoyatura teórica y definición de términos como terrorismo y violencia. Sin embargo, tan relevante o más que lo que falta es lo que sí había. Por un lado, tenía algunos logros. Aunque lo escribía un aún estudiante de licenciatura, el trabajo tenía una estructura aceptable, manejaba una treintena de referencias bibliográficas, citaba con seguridad sus fuentes. El texto contenía cosas válidas, como huir de explicaciones del terrorismo en clave meramente ideológica o como desviación aberrante y, a cambio, ver al atentado a la luz de sus protagonistas y del marco social y político en el que se producía.

Por otro lado, los argumentos fuertes del trabajo tienen hoy el aroma de la época en que fue escrito. En las conclusiones podía leerse que el atentado era un episodio más dentro de un conjunto de experiencias e intereses comunes que articulaban las conciencias de clase del obrerismo y de quienes se enfrentaban a él. Incluso se afirmaba, nada más y nada menos, que no se defendía «un dogmatismo determinista que abocara a la inevitabilidad social del atentado», pero tampoco «una visión decisionista de la historia» que la explique a partir de la radical autonomía individual de los sujetos históricos.

Huyendo aún del intencionalismo, tiendo a pensar que ni los logros ni esos argumentos eran mérito o producto del autor. Eran sobre todo fruto del tiempo y el lugar en el que escribía. Para empezar, aquel trabajo de 1996 puede ser visto como un primer eslabón en la labor individual de aprendizaje de los usos, discursos y formas de la historiografía, la cual, como cualquier disciplina, y por decirlo al modo de Bourdieu, genera mecanismos de institucionalización y modos epistémicos con sus correspondientes «estilos de pensamiento», *habitus* disciplinarios y esquemas de validación. Como texto iniciático, hay cosas en él que pueden chirriar porque le faltaba disciplina al tiempo que le dan la ingenua frescura de una cierta inocencia. Pero a la vez adquiere sentido precisamente porque participaba ya de las formas narrativas, códigos, juegos de inclusiones-exclusiones y condiciones de inteligibilidad y reproducción del gremio en el que tengo la suerte de trabajar gracias a maestros como el que es objeto de este homenaje.

Y, en segundo término, la mirada contextualista a la violencia y la identificación de luchas e intereses de clases, aunque fuera en la versión experiencial de E.P. Thompson, casaban mejor con la historia que se escribía y se enseñaba aquí hace un cuarto de siglo que con la que se hace hoy. Su crisis ya era entonces una realidad y pronto el resultante de su cambio sería



Con José Luis Ledesma –primero por la dcha. sentado–, Ignacio Peiró, Pedro Rújula, Javier Rodrigo, María José Solanas y Ángel Hernández Sesé. Congreso de Historia Local de Aragón, Molinos, 2005.

menos renovación que recusación, más cultural que social, pero la historia social mantenía un cierto atractivo. En Zaragoza, y como Julián Casanova, el propio Carlos Forcadell sumó a su escritura el utillaje y temas de la historia política y de las culturas políticas e identidades, pero entonces e incluso más tarde reivindicaba no olvidar lo social ni las prácticas y lenguajes de las clases trabajadoras. No ha dejado de hacerlo y creo que, en tiempos de tanta mudanza y presentismo, eso le honra y nos aporta indirectamente otra lección: la de que venimos de tiempos que no fueron por fuerza mejores pero tampoco peores. Solo, y no es poca cosa, diferentes.





## **Carlos en el aula**

**Javier Rodrigo**

Universitat Autònoma de Barcelona

**S**i tengo que recordar a Carlos Forcadell me gusta hacerlo como docente. Más allá de su labor como historiador e investigador, como presidente de la Asociación de Historia Contemporánea, director de la Institución Fernando el Católico, cronista de la Muy Noble, Muy Leal, etc., ciudad de Zaragoza (hubo un tiempo muy divertido en el que cada vez que le sonaba el móvil decía: «a ver qué cargo me proponen») o como compañero de departamento, siempre he creído que Carlos era, por encima de todo, un excelente profesor y un increíble comunicador en el aula. De los muchos aspectos de que podría hablar aquí, permítaseme dado el escaso conteo de palabras disponible (6000 caracteres se acaban pronto: los textos largos son aquí privilegio de currículos más amplios) centrarme en ese aspecto.

Recuerdo bien sus clases de Historia de España por cómo combinaba el análisis de referencias provenientes de la historia social con aspectos propios de una historia cultural entendida como estudio de las formas de identificación y representación. Carlos era, o al menos así lo es en mi memoria, un profesor de vieja escuela, de los de larga digresión y pocas preguntas. Un clásico en lo docente, y un clásico en lo historiográfico, pues para cuando fui alumno suyo (el curso 1996-1997) las herramientas teóricas y metodológicas de la historia social en las que se había formado y que aún proyectaba en las aulas constituían un inevitable bagaje *sine qua non* de la historiografía contemporaneísta, pese a que por entonces fuese un edificio que en España comenzaba a mostrar fatiga de materiales y que fuera de la Península estaba desde hacía tiempo bajo el acoso de las bolas de demolición culturalistas. Pero un clásico en constante movimiento. De hecho, un aspecto interesante de la trayectoria científica de Forcadell es su contribución como editor de volúmenes colectivos, o desde su responsabilidad editorial en la IFC, al desmontaje de una historia social increíblemente conservadora en la elección de sus sujetos de estudio y perspectivas de análisis, devenida en no pocos casos vulgata política moralista de buenos y malos proyectada hacia el pasado. Forcadell provenía de una historia social que en España se tradujo en el monopolio de los libros amarillos de Crítica, tan importantes por lo que publicaban como significativos por lo que omitían. Pero con su serie de libros azules en la IFC, menor en cantidad pero no en espesor, ha contribuido de manera decisiva entre nosotros a echar los cimientos de otro tipo de historia y otra manera de entender la historiografía. Forcadell representa un tipo de historiador en constante movimiento de lo clásico a lo actual, del papel al *pentium* y luego al *big data*. Sin embargo, no es ese el objeto de este texto.



Con Javier Rodrigo –primero por la izda.–, Encarna Nicolás, Manuel Pérez Ledesma, Manuel Redero, Ramón Villares, Luis Martínez Campo, Gustavo Alares, Isabel Moll, Mariano Esteban, María Dolores Lacalle; sentados: Ignacio Peiró, Miquel A. Marín y Pedro Rújula.

Decía, de hecho, que me gusta recordarlo como un docente agudo e irónico, de vastos conocimientos y capacidad explicativa extraordinaria. Sin embargo, a la fascinación por el discurso y la riqueza argumental, Carlos sabía perfectamente añadir de manera puntual las justas gotas de autoridad y de control del aula mediante un dominio escénico que he visto en muy pocos docentes. Carlos Forcadell ocupa un espacio enorme en mi vida profesional. Como alumno, aprendí de lo teórico y de lo práctico. Como investigador, su legado fue siempre el de la pregunta justa en el momento crítico, algo nunca reñido con un cariño y un afecto personalísimos. Como historiador, su presencia en todas las presentaciones de mis libros, incluida sobre todo aquella de 2005 en la que no estaba previsto que participase pero que presidió en ausencia (aún hoy no justificada) del invitado principal, supuso siempre un reto para intentar estar a la altura. Como compañero, recuerdo cómo le entristeció mi decisión de marchar de Zaragoza y sus palabras de aquel día: «no creo que allá te quieran tanto como nosotros». Como amigo, en fin, son muchos los recuerdos, de alegrías y también de tristezas. La misma mañana que falleció Juan José Carreras me lo encontré por casualidad en la Puerta del Carmen, pues yo tenía una visita médica en su mismo edificio, y sus lágrimas me conmovieron entonces y me conmueven ahora.

Pero decía, sobre todo me quedo con su labor de profesor. El legado de Carlos Forcadell como persona, como amigo y como docente se extiende por España y por media Europa. De hecho, muchos de sus mejores alumnos han acabado asentándose profesionalmente fuera de Zaragoza: en Barcelona, en Madrid, en París o en Grenoble, por ejemplo. Desconozco si Mercedes, Nicolás, Javier o José Luis (hay, por supuesto, muchos más) utilizan en sus clases técnicas de control del aula basadas en la fascinación por el discurso bien construido, la ironía y, puntualmente, el uso de la autoridad intelectual. Pero espero que así sea, y que de alguna manera u otra también lo hagan como una forma de recuerdo y homenaje a Carlos Forcadell. Porque puede que mucho de su legado sea inmaterial. Al final, donde más claramente se notan los signos filiales es en el recuerdo y en la repetición, consciente o no, de las maneras de moverse, de caminar o de hablar.



## **Un capitán Swing de la enseñanza**

**Nicolás Sesma Landrín**

Université Grenoble Alpes

**E**n el año 1995 comenzaron a implantarse los planes de estudios que establecían el sistema de créditos académicos, una de cuyas principales consecuencias fue la reducción de las licenciaturas de cinco a cuatro años. No obstante, como mandan los cánones de las leyes educativas, la experiencia no resultó nada duradera, pues la llegada de los conservadores al poder y el proceso de construcción del Espacio Europeo de Educación Superior impulsaron nuevos cambios que provocaron la sustitución de estos programas a partir del año 1999. Apenas, por tanto, una promoción cursó este modelo de licenciatura, promoción a la que pertenezco.

A la mayoría de los estudiantes originarios o residentes en la ciudad de Huesca, la implantación del nuevo plan de estudios no nos favorecía, al menos económicamente, pues ya no podía seguirse el primer ciclo de Historia en el campus oscense, con lo que había que instalarse en Zaragoza o bien, como también fue mi caso, viajar cada día en autobús, escuchando a los Gomaespuma a la ida y convirtiéndonos en profesionales del guiñote a la vuelta. Aunque no implicaba el mismo esfuerzo que hoy supone el ridículo y antisocial precio de las matrículas de un máster, no dejaba de ser una carga suplementaria para nuestras familias, asumida en aras de la ilusión que suponía haber alcanzado la universidad. Sin embargo, a lo largo de las primeras clases, la decepción iba abriéndose camino, entre unas aulas masificadas, unas instalaciones bastante precarias y una parte del profesorado para el que cualquier tiempo pasado parecía haber sido mejor, pues básicamente se dedicaban a lamentar las condiciones establecidas por los nuevos planes. No todos, claro, en sus clases de Historia contemporánea de España, nunca escuché a Carlos Forcadell decir palabra alguna sobre los créditos asignados a su asignatura, sobre el número de prácticas o si la licenciatura duraba tres, cuatro o cinco años.

Mucho tiempo después, ya como compañeros de departamento, en una de las cenas navideñas, y a propósito del enésimo cambio de legislación que se avecinaba, Carlos me proporcionó, como en muchas ocasiones hacía, probablemente sin pretenderlo, y entre risas, una perfecta explicación a su comportamiento de quince años antes: «mira, creo que este va a ser mi quinto plan de estudios, pero yo siempre doy la misma clase».

A la hora de diseñar las sucesivas leyes educativas que han ido implantándose desde los años noventa, la sensación es que muchas veces se ha olvidado que lo verdaderamente importante es la calidad del profesorado, pues, aunque lógicamente la solidez y la coherencia del cu-



Con Javier Rodrigo, Miguel Ángel Carnicer y Nicolás Sesma, en la presentación del libro *Falange*..

rículo oficial sean cruciales, los que finalmente harán bueno o no cualquier plan de estudios son los profesores. Y las clases de Carlos eran magníficas, y lo serían bajo cualquier sistema de enseñanza. Carlos lo sabía, y por eso no sentía la más mínima necesidad de modificar sus fundamentos y su metodología, basada en presentarnos la historia directamente a través de las fuentes, de las que nos hacía extraer y estructurar la información y relacionarla con nuestros conocimientos previos, establecer puntos de conexión, buscar interpretaciones, identificar regularidades y excepciones... en definitiva, ayudarnos a pensar históricamente. En la era de la obsesión tecnológica, en la que, para empezar en la Universidad para la que trabajo, se nos plantea ya proyectar virtualmente nuestras clases en varias aulas simultáneamente con el fin de ahorrar costes, alguien debería recordar que la presencia del profesor es imprescindible, y que interactuar directamente con él supone la clave educativa y social del aprendizaje. Y ello en absoluto es sinónimo de inmovilismo. Lejos del estereotipo del catedrático que año tras año retoma un amarillento taco de folios, las clases de Carlos estaban en constante actualización, pues constante era su incorporación de nuevas lecturas, teorías y paradigmas historiográficos producidos en cualquier idioma. Y es que si algo ha sido Carlos Forcadell es un lector excepcional, algo de lo que no se podía ser plenamente consciente hasta que, convertido uno mismo en investigador, comprobaba hasta qué punto Carlos estaba siempre a la última de cualquier publicación, sin importar cuán lejana o cercana estuviera de sus temáticas concretas de especialidad. Así, en el año 2000, ya como alumno de sus cursos de doctorado, Carlos no tendría reparo en matizar la interpretación que nos ofreciera previamente sobre el proceso de construcción nacional que desembocaría en las Cortes y la Constitución de Cádiz, pues la aparición de una antología de textos del pensador Juan Amor de Soria, recopilados por el malogrado Ernest Lluch bajo el título de *Aragonesismo austracista*, había ampliado las perspec-



tivas hasta entonces imperantes. Sin duda, un magnífico ejemplo de cómo nuestra visión del pasado se encuentra siempre en revisión, moviéndose al compás del descubrimiento de nuevas fuentes y testimonios.

Bajo estos mismos parámetros, tan exigentes como intelectualmente inspiradores, pasaron ante nuestros ojos la guerra de la independencia, cuya mera denominación ya ponía en cuestión haciéndose eco de otro de los grandes, los pronunciamientos militares y sus consecuencias, los pucherazos de la Restauración y, sobre todo, el movimiento obrero. En sus manos, la lucha de los trabajadores iba tomando naturalmente forma a partir de la tradición sindicalista, incorporaba tímidamente a las mujeres al combate y se desarrollaba en su doble vertiente marxista y anarquista. Todo ello en unas exposiciones que invitaban al análisis y atizaban preguntas, alguna de ellas tan sesuda que, como se encarga todavía de recordarme mi fiel grupo de amigos, desencadenó aplausos, palmadas e incluso el lanzamiento de algún caramelo, mientras Carlos asistía a la escena con una risa inconfundible, antes de contestarla, como siempre, con una pincelada, un dato, una anécdota o una referencia tomada al vuelo de sus últimas lecturas.



## **La audacia discreta** **A propósito de Carlos**

**Gustavo Alares López**

**N**o fue la herencia invisible de un hogar de clase media ilustrada afin por genética a la bibliofilia. Tampoco la rutinaria biblioteca técnica –con previsibles concesiones literarias– de unos padres marcados por el ejercicio de una profesión liberal. La razón fue más ordinaria, aunque no por ello menos trascendente: mi padre trabajaba como litógrafo en Octavio y Félez, una de las grandes imprentas de Zaragoza. Por eso en casa siempre existió un inocente contrabando de libros consistente en los variados ejemplares editados en la imprenta que llegaban subrepticamente a casa. Libros, láminas, folios, y el olor a tinta y disolvente que acompañaba a mi padre y que conforma también mis recuerdos de infancia.

Y recuerdo que fue a principios de los ochenta cuando durante unos días tuvimos en casa al primer gato. Una gata en realidad: «la GEA». La habían adoptado los trabajadores de la imprenta –siempre viene bien disponer de un gato para el control de unos roedores aficionados al papel–, y le habían puesto como nombre el acrónimo de la *Gran Enciclopedia Aragonesa* que por esas fechas estaban imprimiendo.

Lo cierto es que los volúmenes azules de la GEA fueron una atípica lectura de infancia: un pasatiempo desordenado, imaginado como furtivo y no exento de cierto ceremonial. Y ahí estaba Carlos Forcadell, C.F.A., entre ese conjunto de historiadores e intelectuales (hombres barbados en su mayoría) que hicieron el Aragón de la Transición. Por eso, cuando a mediados de los noventa conocí al profesor Forcadell en las aulas de la Universidad de Zaragoza, en realidad ya lo conocía.

Carlos Forcadell integró aquella galería de intelectuales aragoneses que, en las postrimerías de la dictadura, iniciaron la construcción política y cultural del Aragón democrático, ya fuera desde las páginas de *Andalán*, o desde la Universidad. Y lo hizo a través de un compromiso cívico que aunaba el conocimiento histórico con el rigor en la divulgación para una sociedad criada en la inopia del franquismo. Carlos Forcadell se convirtió en uno de los nombres reconocidos y reconocibles de la cultura aragonesa y, sobre todo, de la historiografía democrática.

Porque junto a ese compromiso cívico el profesor Forcadell es, ante todo, historiador. En su lejano *Parlamentarismo y bolchevización*, editado por Crítica en 1978, Carlos Forcadell aunó un profundo conocimiento del marxismo con una –entonces no muy común– atención a la bibliografía internacional, particularmente alemana y francesa. Pero, sobre todo, la obra ambiciona-



Con Gustavo Alares –en el centro– y Miquel À. Marín. París, 2013.

ba contribuir a la modernización de la historia del movimiento obrero que, por razones obvias, en España se mostraba retardataria. En el fondo, *Parlamentarismo* y *bolchevización* anticipaba esa ruptura historiográfica que, unos pocos años después, teorizaron José Álvarez Junco y el recordado Manuel Pérez Ledesma.

En este punto sería oportuno señalar cómo renunciando a la placidez de la rutina y la nostalgia, Carlos Forcadell llevó a cabo sin grandes fracturas ese tránsito –para muchos traumático– desde la historia social a la historia cultural, en un momento de hundimiento de las certezas –muchas de ellas ya ilusorias–, que salvaguardaba la existencia del muro. Momentos de desencanto generacional, pero también de acometida epistemológica contra la historia, de acoso hacia la disciplina, de múltiples llamamientos apocalípticos que decretaban su final o la reducían a mera literatura: a narrativa inútil. Fue tiempo de precipitados «finales de la historia», en un fin de siglo plagado de «milenarismos invertidos» como oportunamente señaló Juan José Carreras. Un desconcierto que se trasladaba a las aulas, y que se sumaba al estupor de unos historiadores que respondían atemorizados, iracundos o cautos, ante una sensación de orfandad sobrevenida.

Y en ese contexto de desmoronamiento de antiguas certezas y de cuestionamiento de la profesión, el profesor Forcadell se mostró como el historiador acostumbrado a nadar entre incertidumbres, a navegar de través, componiendo una obra variada reflejo de una curiosidad intelectual insaciable. Carlos Forcadell ha desarrollado una trayectoria rica y variada que ha discurrido por la historia del movimiento obrero, la historia de las identidades nacionales, las culturas políticas o los usos públicos del pasado, sin olvidar la reflexión historiográfi-

ca tan querida por su maestro Juan José. Ello le ha llevado a estar oportunamente presente en la práctica totalidad de los grandes debates historiográficos de la historia contemporánea reciente.

Por estas y otras cosas, he de reconocer el privilegio de haberme acogido a su magisterio flexible y abierto. Como principal albacea y continuador del magisterio de Juan José Carreras, el profesor Forcadell ha sido sostén de esa línea invisible de intercambios y magisterios, de experiencias compartidas y recordadas, de encuentros, debates y discrepancias en torno a la historia y la vida que conforman las comunidades historiográficas. Y en ese transitar por la profesión, Carlos Forcadell se ha situado como referente destacado dentro de esas genealogías cada vez más deshilachadas por la degradación de la Universidad. En un momento de obsesión econométrica en torno a la productividad académica y la inevitable consagración del maestro burócrata, conviene recordar las virtudes de los magisterios tradicionales en su dimensión reflexiva, evocadora y estimulante.

Pero junto a esa vocación por la historia, el profesor Forcadell también ha destacado por su capacidad de gestión. En el seno de la Asociación de Historia Contemporánea, en el departamento de Historia Moderna y Contemporánea, pero también al frente de la Institución Fernando el Católico, una de las instituciones culturales de referencia en la región. En su actualización se embarcó hace años, impulsando una decidida apuesta por los contenidos digitales. Un esfuerzo de digitalización entendido como valorización del patrimonio cultural y documental, pero, sobre todo, como extensión del carácter de servicio público de la entidad.

Todo lo anterior compone sintéticamente un testimonio incompleto de una trayectoria académica e intelectual de largo recorrido. Pero me gustaría concluir con Carlos. Porque al margen de las cortesías propias de la academia y los ritos emanados de una indiscutible *auctoritas*, Carlos retiene la virtud de la llaneza en el trato: incisivo e irónico, ingenuo en ocasiones, ocurente casi siempre. Y al mismo tiempo, deja descender un velo de reservada prudencia. Quizá como hábito de supervivencia. Tal vez como tímida reserva. Puede que como actitud natural de una vocación observadora. O quizás no. Porque en la audacia discreta de Carlos hay también algo gracianesco: aquello de «llevar sus cosas con suspensión».



## CONCLUSIÓN







## **Palabras de Carlos Forcadell\***

\* Palabras pronunciadas por el profesor Forcadell en el acto inaugural del congreso *A propósito de la Historia* en el aula Pilar Sinués del Paraninfo de la Universidad de Zaragoza el día 8 de noviembre de 2018.

**G**racias, querido Rector, la nómina de agradecimientos es larga, como podéis imaginar, así que la dejo para el final, y voy a comenzar desplegando, brevemente, algunas reflexiones o divagaciones suscitadas por este encuentro que me habéis organizado y al que hemos sido convocados. La hora de la jubilación suele propiciar una mirada hacia atrás en la trayectoria profesional y personal, algo, ese repaso o revisión del pasado, a lo que yo creo no ser demasiado propenso, de modo que, inicialmente, despaché con rapidez esa tentación.

Pero al tramitar la solicitud del reconocimiento de profesor emérito a nuestros órganos universitarios hube de reconstruirme un currículum más o menos completo, que no tenía en orden desde que en 1990 accedí a la cátedra de Historia Contemporánea. Y ahí sí que comencé a encontrarme yo conmigo, rebuscando por pantallas de ordenador, carpetas y archivadores y comprobando la magnitud del olvido, a la vez que esta sistematización de informaciones componía una cierta silueta de coherencia significativa, cierto sentido en perspectiva, al casar en el paso del tiempo y desde la distancia fechas, temas, clases, viajes, publicaciones, conferencias, cursos...

No había más remedio que pensarse o repensarse, a la vista de tanto material de archivo sobre uno mismo. Y al poco sucedió otra circunstancia que incidió en la misma dirección: la demandada y necesaria reforma del edificio de la Facultad de Filosofía y Letras, que esperamos sea una destrucción creativa, nos obligó a desalojar y levantar nuestros antiguos despachos, el mío amplio y con material acumulado a lo largo de más de un cuarto de siglo, hubo que mirar libro por libro, donar muchos cientos a la biblioteca universitaria, encontrar muchos papeles olvidados, tirar la mayor parte de los mismos, decidir, en definitiva, qué conservar y qué eliminar del pasado. Y, por último, esta reunión con tantas amistades y compañías de viaje, cuyo detalle he conocido hace pocos días, ha completado esta reflexión sobre el propio pasado personal y profesional.

Había una fábula griega que sostenía que cerca del Oráculo de Trifonio había dos fuentes de aguas manantiales, una era la de olvido, y otra la de la memoria, alumbraban el río del olvido y el río de la memoria, que se llamaban Lete (río Leteo) y Mnemosine, lo sabían todo, aquellos griegos. Lo opuesto al olvido no era el recuerdo, sino la *Alétheia*, que se traduce como *verdad*, es el concepto filosófico que se refiere a la realidad de los hechos. Literalmente la palabra sig-

nifica *aquello que no está oculto, u olvidado, aquello que es evidente, lo que es verdadero*. También este término hace referencia al *desocultamiento del ser*. Los historiadores ahora hablamos mucho de memoria, y muy poco del olvido, cuya dimensión personal he comprobado a través de estas recientes experiencias, cuando nuestra tarea consiste en rescatar los muchos lados y hechos ocultos de la realidad.

Y este es el fundamento del conocimiento en general. Me voy a permitir tres citas, contadas, tres: Marx, *El Capital*, [...] *toda ciencia sería superflua si la forma de manifestación (Erscheinungform) (apariciencia) y la esencia de las cosas (la realidad) coincidiesen directamente*, era su programa y proyecto para desmontar los mecanismos ocultos del capitalismo de su época. Esto vale para ciencias básicas y para ciencias humanas, incluso para la poesía, un poeta centroeuropeo al que le tengo especial afición, Rilke, sostenía que la transformación de lo invisible en visible supone acceder al nivel más alto de la realidad, y en esto mismo consiste el conocimiento científico y humanístico.

Y voy subrayando para acabar, algunas cuestiones que creo, personalmente, que es necesario no olvidar, y reitero que lo contrario del olvido no es la memoria, sino la verdad. En ocasiones he recordado al Max Weber de las famosas conferencias de 1919, recogidas en su libro *El político y el científico*, de donde traigo la tercera cita: *apenas conozco otra carrera en el mun-*



Primer nombramiento de Carlos Forcadell como Ayudante de Clases Prácticas en la Facultad de Filosofía y Letras de 1968.



Carlos Forcadell con los asistentes al reconocimiento de que fue objeto a la hora de su jubilación. Aula Magna de la Universidad de Zaragoza, 9 de noviembre de 2018.

*do en la que el azar juegue un papel semejante. Estoy tanto más calificado para hablar así cuanto que yo, personalmente, tengo que agradecerle a ciertas casualidades puras el haber sido nombrado muy joven profesor ordinario en una materia en la que otros colegas mayores que yo habían producido para entonces obras más importantes que la mía. En virtud de esta experiencia creo tener una sensibilidad muy aguda para percibir el inmerecido destino de muchos para los que la casualidad ha jugado y juega en sentido contrario y que, pese a su capacidad, no llegan a ocupar el puesto que merecen... Si Max Weber subraya el papel del azar en su destino académico, los demás, a callar. Y la segunda sensación que transmite creo que la hemos compartido muchos.*

El azar se manifiesta de muchas formas, y en mi trayectoria académica, en mi biografía profesional, se manifestó, como sabéis, mediante la aparición imprevista de Juan José Carreras, un azar del que nos beneficiamos muchos de los presentes, en la Universidad de Zaragoza. Sucedió

en torno a ese mítico año de 1968 del que recordamos hoy el cincuenta aniversario. En 1969, obtuvo la cátedra, agregación entonces, de Historia moderna y contemporánea de la Universidad de Granada, desde la que se trasladó a Zaragoza dos meses después, probablemente porque ya estaba instalado familiarmente aquí desde 1965, año en el que obtuvo el número uno en las oposiciones de cátedras de instituto y eligió el Goya de Zaragoza, en el que profesó hasta 1969. La causalidad quiso que en aquel 68 yo cursara el CAP (certificado de aptitud pedagógica) y me enviaran a hacer las prácticas al Instituto Goya, unas prácticas bien reales porque lo sustituí en la docencia varios meses mientras iba y venía de las dos largas oposiciones universitarias convocadas en el CSIC de la calle Medinaceli en Madrid, iniciando desde entonces una estrecha y constante relación a lo largo de cuatro décadas.

De modo que siempre hay elementos de azar, luego la voluntad y el carácter completan el destino de cada uno, pero en el origen suele contar algún tipo de azar. De la evocación de Juan José Carreras quiero retener el hecho de que su magisterio fue esencialmente oral, como es el de los grandes maestros, y esto no ha cambiado, desde Platón hasta nosotros. Como dice un querido compañero, aquí presente, por lo que nos pagan a nosotros es por dar clases. George Steiner, un crítico y teórico de la literatura cuya obra ha tenido gran influencia, estricto coetáneo de Juan José (París, 1929), recordaba con humor como en momentos de gran presión curricular para acceder a plazas docentes, en la que primaban, como ahora, las publicaciones, su número, escribe: *un buen maestro, pero no publicó, este es el final de un macabro chiste de Harvard sobre Jesús de Nazareth*. Juan José fue un buen maestro, otros le publicamos sus textos y lecciones, como le hicieron a Hegel sus alumnos con las lecciones de filosofía de la historia.

Estas profesiones y dedicaciones universitarias, como muchos de vosotros sabéis por experiencia, están maceradas con muchas horas de trabajo, lectura y escritura, con la familia como testigo paciente, espero que no demasiado, presentes aquí mi compañera Pilar y mis hijos a quienes quiero expresar mi agradecimiento y devoción en primer lugar, que ya es hora de los agradecimientos, a la Universidad de Zaragoza a la que tanto debo, y en la que he descubierto que cumpla 50 años a la vista de este documento encontrado y salvado para el río de la memoria, a los institutos de estudios de Aragón, IET, IEA, IFC, al Gobierno de Aragón, cuyo presidente doctor en historia me transmite su adhesión y abrazo desde China, donde se encuentra inventando negocios, a los organizadores, compañeros cuya condición de antiguos alumnos y doctorandos se me ha perdido en el río del olvido, a quienes habéis aceptado participar en este reconocimiento, de diez universidades, tres exrectores, ninguno químico como el nuestro, con quienes hemos compartido tantas empresas: tribunales de tesis doctorales, cursos, seminarios, congresos, proyectos editoriales, asociación de historia contemporánea, comités de revistas, proyectos de investigación, redes temáticas, organización y gestión de nuestro máster interuniversitario en Historia Contemporánea..., pues uno es autor de una biografía propia, pero también, o debe serlo, de una biografía colectiva. Y quiero recordar con tanto cariño como pena a algunos compañeros generacionales ausentes, tempranamente desaparecidos, que hubieran estado aquí, Manuel Pérez Ledesma, Julio Aróstegui, Pere Anguera, Santos Juliá, fallecido mientras corregía estas líneas.

Agradezco extraordinariamente también estar reunidos en este edificio que reúne para mí azar, sentido y destino. Conocí a Pilar recién salida con su título de médica de estas aulas, segunda mitad de los años setenta, y me la presentó un amigo de la infancia, conocido médico y profesor, Jesús Gómez Tolón, que nos acompaña, en un bar muy cercano ya desaparecido. Pero aún es escenario este edificio de un azar más trascendente, que me permite evocar a mis padres, y



La esposa, Pilar Aznar Plana, que asistió pero no ha podido ver este libro, y los hijos, Diego y Lucía.

con esta historia acabo: mi padre, turolense nacido en 1915, fue sorteado en el reemplazo militar de 1936, de modo que se hizo los casi tres años de guerra, y como era uso y costumbre tenía una madrina de guerra, no sé si varias, pero una con la que intercambiaba más asiduamente correspondencia desde el frente. Finalizada la guerra decidieron conocerse personalmente, y ¿dónde quedaron?, pues en las escaleras de la Facultad de Medicina y Ciencias, hoy edificio Paraninfo, un lugar ciudadano que sigue siendo de citas, en el sentido más noble de la expresión, y de encuentros como este. Muchas gracias.





**Carlos Forcadell,  
bibliografía**



### **Libros de autoría/edición individual o compartida**

*Los aragoneses*, Madrid, Istmo, 1977, 506 pp. (VV.AA.).

*Estudios de Historia Contemporánea de Aragón*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, 1978 (en colaboración con Eloy Fernández Clemente), 314 pp.

*Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español 1914-1918*, Barcelona, Crítica, 1978, 415 pp.

*Historia del socialismo en Aragón. PSOE-UGT (1879-1936)*, Zaragoza, Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, 1979, 158 pp. (con Santiago Castillo, Ignacio Barrón y Luis G. Zubero).

*Historia de la prensa aragonesa*, Zaragoza, Guara Editorial, 1979, 253 pp. (en colaboración con Eloy Fernández Clemente).

*Tres estudios de Historia Económica de Aragón*, Zaragoza, Departamento de Historia Económica, Universidad de Zaragoza, 1982, 198 pp. (en colaboración con J. Torras Elías y E. Fernández Clemente).

*Historia de Aragón*, t. II, Zaragoza, Guara Editorial, 1985, 183 pp. (en colaboración con Eloy Fernández Clemente).

*El anteproyecto de Estatuto de Autonomía de Aragón de 1931. Estudio jurídico y análisis histórico*, Zaragoza, Diputación Provincial de Zaragoza, 1985, 48 pp. (en colaboración con Antonio Embid Irujo).

*Aragón contemporáneo. Estudios*, Zaragoza, Guara Editorial, 1986, 250 pp. (editor, con Eloy Fernández Clemente)

*¿Por qué fue importante Costa?*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1987, 42 pp. (con G. Cheyne, J.-C. Mainer et alii).

*Historia contemporánea de Aragón. Dos siglos cruciales del siglo XIX al XX*, Zaragoza, Heraldo de Aragón, 1993. 432 pp. (coordinador general de la obra).

*El regeneracionismo turolense a finales del siglo XIX*, Cartillas Turolenses, 15, Teruel, Instituto de Estudios Turolenses, 1993, 68 pp.

- Historia del mundo contemporáneo*, Madrid, Anaya, manual de enseñanza para bachillerato, 1ª ed., 1996, diversas reediciones y revisiones hasta 2012 (con J. Prats, I. Izuzquiza *et alii*).
- Industrialización y enseñanza técnica en Aragón 1885-1995: cien años de escuela y profesión*, Zaragoza, Colegio Oficial de Ingenieros Técnicos Industriales de Aragón, 1996, 198 pp. (con L. Germán, J.A. Biescas y E. Fernández).
- Finca Sobradiel. 50 aniversario de su adquisición por el Instituto Nacional de Colonización 1945-1995*, Zaragoza, Diputación de Zaragoza, 1996, 100 pp. (con Francisco Zaragoza Ayarza).
- Andalán, 1972-1987: los espejos de la memoria*, Zaragoza, Ibercaja, 1997, 264 pp. (editor).
- Historia de Zaragoza. Zaragoza en el siglo XIX (1808-1908)*, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, 1997, 90 pp.
- Nacionalismo e historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1998.
- Historia de la Unión General de Trabajadores en Aragón: un siglo de cultura sindical y social*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2000, 294 pp. (coordinador, con Enrique Bernad Royo).
- Trabajo, sociedad y cultura. Una mirada al siglo XX en Aragón*, Zaragoza, Publicaciones Unión, 2000, 326 pp. (editor y comisario de exposición).
- Lecturas de la historia. Nueve reflexiones sobre Historia de la Historiografía*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2001, 273 pp. (coordinador, con Ignacio Peiró Martín).
- Manuel Tuñón de Lara: desde Aragón*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2002, 104 pp. (coordinador, con E. Fernández Clemente).
- Usos públicos de la historia*, Madrid, Marcial Pons / Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003, 360 pp. (coordinador, con Juan José Carreras Ares).
- Barbastro 1833-1984*, Barbastro, 2003, 429 pp. (con Juan Carlos Ferré Castán *et alii*).
- Usos de la Historia y políticas de la memoria*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004, 525 pp. (editor, con Ignacio Peiró, Gonzalo Pasamar, Alberto Sabio y Rafael Valls).
- Cultura y política del recuerdo. En el Centenario del Monumento al Justiciazo (1904-2004)*, Zaragoza, 2004, 181 pp. (editor).
- Historia y política: escritos de Braulio Foz*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2005, 415 pp. (con Virginia Maza Castán).
- Zaragoza 1908-2008*, Zaragoza, FCC Construcción, 2006, 181 pp. (en colaboración con I. Yeste).
- Provincia y nación: los territorios del liberalismo*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2006, 322 pp. (con María Cruz Romeo Mateo).
- Las escalas del pasado: IV Congreso de Historia Local de Aragón (Barbastro, 3-5 de julio de 2003)*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses / Universidad Nacional de Educación a Distancia, Patronato de la UNED, 2005, 467 pp. (con Alberto Sabio Alcutén).
- Paisajes para después de una guerra. El Aragón devastado y la reconstrucción bajo el franquismo (1936-1957)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2008, 348 pp. (con Alberto Sabio Alcutén).
- Discursos de España en el siglo XX*, Valencia, PUZ, 2009, 281 pp. (con I. Saz y P. Salomón).
- «*Vanguardia*», *Semanario de las Juventudes Socialistas y de las Juventudes Comunistas de Aragón (1935-36)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2010, pp. 1-22 (editor e introducción).

*Razones de historiador. Magisterio y presencia de Juan José Carreras*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2009, 497 pp. (editor).

*Revista Nacional de 1899*, dirigida por Joaquín Costa, Zaragoza, Institución Fernando el Católico-CREA, 2011, pp. 1-18 (editor e introducción).

*Zaragoza, años veinte. Las fotografías de Roisin (1925-1931)*, Serie Negra, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2014, 237 pp. (con José Antonio Hernández Latas, Víctor Lahuerta y Álvaro Capalvo).

*La Restauración y la República 1874-1936, vol. III de la Historia de las culturas políticas en España y América Latina*, Madrid, Marcial Pons / PUZ, 2014, 471 pp. (con Manuel Suárez Cortina).

*El pasado en construcción. Revisionismos históricos en la historiografía contemporánea*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015, 412 pp. (con Ignacio Peiró y Mercedes Yusta).

Edición e introducción (pp. 1-36) de Juan José Carreras Ares: *Lecciones sobre historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2016, 390 pp.

Edición e introducción (apud C. Frías) de *Veinte años de congresos de Historia contemporánea (1997-2016)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2017, 462 pp.

Edición e introducción (pp. I-XLI) a Gerónimo Borao: *Historia de la Universidad de Zaragoza*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico / Pressas de la Universidad de Zaragoza, 2017, 207 pp.

Edición de *Cultura y política del franquismo a la democracia 1943-2018. 75 años de la Institución Fernando el Católico de Zaragoza* (apud F. Ruiz y Á. Capalvo).

Introducción: «Cultura y política: 75 años en la historia de la IFC», Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2018, pp. 10-25.

*Oficios e industrias: cien años de enseñanzas técnicas en Zaragoza 1895-1995*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2019, 92 pp.

Edición y notas de A. Gil Novales: *Las Pequeñas Atlántidas. Decadencia y regeneración intelectual de España en los siglos XVII y XVIII*, Introducción: «El joven historiador ante un pasado nacional sumergido bajo las aguas del franquismo», Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2019, pp. I-XXV.

*El movimiento obrero español ante la Primera Guerra Mundial (1914-1918)*, Ed. Tesis de la Universidad de Zaragoza (1977), 2019, ISSN 2254-7606 con el número 2019-114.  
[<https://zaguan.unizar.es/record/79839>]

## Artículos y capítulos de libros

«El marxismo y la cuestión colonial», *Cuadernos Aragoneses de Economía*, 1 (1975-1976), pp. 51-64.

«Apuntes históricos sobre el movimiento obrero en Aragón», en Manuel Lombao / Miguel Á. Sacaluga (eds.): *Aragón*, Barcelona, La Gaya Ciencia, 1977, pp. 28-34.

«El problema nacional y la guerra en el pensamiento marxista anterior a 1914», *Cuadernos Aragoneses de Economía*, 2 (1977-1978), pp. 39-49.

«Notas bibliográficas sobre las primeras ediciones en castellano del manifiesto comunista de Marx y Engels», *Cuadernos Aragoneses de Economía*, 3 (1978-1979), pp. 247-250.

«Apuntes para una historia de los movimientos populares en Aragón», en *Actas del I Congreso de Estudios Aragoneses*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1978, pp. 281-302.

- «Prensa aragonesa en el Instituto de Historia Social de Ámsterdam», en Agustín Ubieta Arteta (coord.): *Estado actual de los estudios sobre Aragón: actas de las Primeras jornadas, celebradas en Teruel, del 18 al 20 de diciembre de 1978*, Zaragoza, Instituto de Ciencias de la Educación (ICE), Universidad de Zaragoza, vol. 1, 1979, pp. 496-498.
- «Fuentes para el análisis de la evolución de la estructura económica y social de la ciudad de Zaragoza (1773-1876)», en Agustín Ubieta Arteta (coord.): *Estado actual de los estudios sobre Aragón: actas de las Primeras jornadas, celebradas en Teruel, del 18 al 20 de diciembre de 1978*, Zaragoza, ICE, Universidad de Zaragoza, vol. 1, 1979, pp. 531-532.
- «Fondos y documentación procedentes de Aragón en el Archivo de Salamanca: prensa aragonesa», en Agustín Ubieta Arteta (coord.): *Estado actual de los estudios sobre Aragón: actas de las Primeras jornadas, celebradas en Teruel, del 18 al 20 de diciembre de 1978*, Zaragoza, ICE, Universidad de Zaragoza, vol. 1, 1979, pp. 493-495.
- «Historia contemporánea aragonesa», en Agustín Ubieta Arteta (coord.): *Estado actual de los estudios sobre Aragón: actas de las Primeras jornadas celebradas en Teruel, del 18 al 20 de diciembre de 1978*, Zaragoza, ICE, Universidad de Zaragoza, 1979, vol. 1, pp. 395-424 (con Eloy Fernández Clemente, José Antonio Ferrer Benimeli y Luis Gonzalo Germán Zubero).
- «Comerciantes, artesanos e industriales en la Zaragoza del final de la época isabelina», *Cuadernos Aragoneses de Economía*, 4, Universidad de Zaragoza (1979-1980), pp. 161-180.
- «Optimismo industrial y tradiciones agraristas en el Aragón de la regencia de Espartero (1840-1841)», en Agustín Ubieta Arteta (coord.): *Estado actual de los estudios sobre Aragón: actas de las Segundas jornadas, celebradas en Huesca*, vol. 2, 1980, pp. 777-782.
- «Industrias y fábricas en la Zaragoza del final de la época isabelina», en Agustín Ubieta Arteta (coord.): *Estado actual de los estudios sobre Aragón: actas de las Segundas jornadas, celebradas en Huesca*, vol. 2, 1980, pp. 783-790.
- «El estado de la cuestión en historia regional y local», en Manuel Tuñón de Lara (ed.): *Historiografía española contemporánea. X Coloquio del Centro de Investigaciones Hispánicas de la Universidad de Pau: balance y resumen*, Madrid, Siglo XXI, 1980, pp. 449-455 (en colaboración con Eloy Fernández Clemente).
- «La Historia contemporánea aragonesa en los años 1970-1979», en Manuel Tuñón de Lara et alii (ed.): *Historiografía española contemporánea. X Coloquio del Centro de Investigaciones Hispánicas de la Universidad de Pau: balance y resumen*, Madrid, Siglo XXI, 1980, pp. 456-459 (en colaboración con Eloy Fernández Clemente).
- «La historia agraria en Aragón», en *III Jornadas de Estado actual de los Estudios sobre Aragón (Tarazona, 1980)*. Actas, t. II, Zaragoza, ICE, Universidad de Zaragoza, 1981, pp. 791-854 (con G. Colás y E. Sarasa).
- «Las guías de la ciudad de Zaragoza a lo largo del siglo XIX: demografía y localización industrial», en Agustín Ubieta Arteta (coord.): *Estado actual de los Estudios sobre Aragón: actas de las Cuartas jornadas, celebradas en Alcañiz*, vol. 1, 1981, pp. 363-372.
- «Los estudios de historia agraria en Aragón», *Agricultura y sociedad*, 18 (1981), pp. 253-268  
[[http://www.magrama.gob.es/ministerio/pags/biblioteca/revistas/pdf\\_ays%2Fa018\\_08.pdf](http://www.magrama.gob.es/ministerio/pags/biblioteca/revistas/pdf_ays%2Fa018_08.pdf)]
- «La crisis agrícola y pecuaria de finales del siglo XIX. La provincia de Huesca en la información escrita de 1887», *Argensola*, 92 (1981), pp. 279-301.
- «La función de la prensa en la organización obrera», en Santiago Castillo Alonso (coord.): *Estudios de Historia de España: homenaje a Manuel Tuñón de Lara*, Madrid, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 1981, vol. 1, pp. 451-464.

- «Manufacturas y descomposición gremial. Una encuesta en la Zaragoza de fines del Antiguo Régimen», *Cuadernos Aragoneses de Economía*, 6 (1981-1982), pp. 191-202.
- «Presión tributaria y agravios fiscales en Aragón. 1808-1845», en J. Torras Elías / C. Forcadell Álvarez / E. Fernández Clemente: *Tres estudios de Historia Económica de Aragón*, Zaragoza, Departamento de Historia Económica, Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, Universidad de Zaragoza, 1982, pp. 33-85.
- «La Universidad de Zaragoza en la época isabelina (1845-1868)», en *Historia de la Universidad de Zaragoza*, Madrid, Editora Nacional, 1983, pp. 261-289.
- «Crisis de la II Internacional y la creación del PCE», en VV.AA.: *El marxismo en España*, Madrid, FIM, 1983, pp. 199-209.
- «La recepción del marxismo en España», en C. Forcadell / J.J. Carreras / J.L. Rodríguez: *Breves textos sobre el marxismo y España*, Zaragoza, Servicio de Publicaciones del Ayuntamiento, 1983, pp. 47-61.
- «Los estudios históricos: la función social de la Historia y las salidas profesionales», *Annales. Anuario del Centro de la Universidad Nacional de Educación a Distancia de Barbastró*, 1 (1984), pp. 111-116.
- «Aragón contemporáneo. Siglos XIX y XX», en Miquel Barceló (dir.): *Historia de los pueblos de España*, Barcelona, Arcos Vergara, 5 vols., 1984, pp. 63-85.
- «El sistema fiscal aragonés: de la Única Contribución a los desajustes y agravios tributarios de la guerra de Independencia», en M. Artola / L.M.<sup>a</sup> Bilbao (eds.): *Estudios de Hacienda. De Ensenada a Mon*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1984, pp. 117-137.
- «Zaragoza 1917-1923: conflicto social y violencia política», en J.L. García Delgado (ed.): *España 1898-1936. Estructuras y cambio*, Madrid, Ed. Universidad Complutense, 1984, pp. 361-375.
- «Utilización didáctica de un archivo desde el punto de vista de la Historia», en *Aspectos didácticos de Historia*, 1, Bachillerato, col. Educación Abierta, 53, Zaragoza, ICE, Universidad de Zaragoza, 1985, pp. 65-77.
- «El historiador ante los protocolos notariales», en *Actas de las II y III Jornadas de Archivos Aragoneses: El patrimonio documental aragonés y la historia*, Zaragoza, 1986, pp. 119-133 (en colaboración con G. Redondo Veintemillas).
- «Objetivos y contenidos básicos para la comprensión de la historia aragonesa. La historia contemporánea», en *Las ciencias sociales sobre Aragón: Aspectos didácticos. Actas*, col. Informes, 18, Zaragoza, ICE, Universidad de Zaragoza, 1986, pp. 41-49.
- «Las democracias occidentales y la crisis de Estado liberal: Un posible enfoque didáctico», *Aspectos didácticos de Geografía e Historia: (Historia)*, 2: enseñanzas medias, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, ICE, Universidad de Zaragoza, 1986, pp. 161-179.
- «Historiografía regional y local en los siglos XIX y XX. Algunas reflexiones generales», en *Segundo Coloquio sobre Historia de La Rioja: Logroño, 2-4 de octubre de 1985*, Logroño, Colegio Universitario de La Rioja, vol. 2, 1986, pp. 251-260.  
[<http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=555499>]
- «La crisis agrícola y pecuaria: La provincia de Teruel en la información escrita de 1887», *Actas del Encuentro sobre Historia Contemporánea de las Tierras Turolenses, Villarluengo, 8-10 de junio de 1984*, Teruel, Instituto de Estudios Turolenses, 1986, pp. 177-196.
- «La nueva prensa obrera en la escisión del socialismo español (1918-1921)», en VV.AA.: *Prensa obrera en Madrid 1855-1936*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1987, pp. 251-273.

- «El Político», en C. Forcadell / G. Cheyne / J.-C. Mainer *et alii*: *¿Por qué fue importante Costa?*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1987, pp. 25-28.
- «La dimensión pacifista de Altamira», en Armando Alberola (ed.): *Estudios sobre Rafael Altamira*, Alicante, Instituto Juan Gil Albert, 1987, pp. 51-72.
- «La recepción de temas españoles en el *Journal de Trevoux* (1734-1764)», en *Actas del I Symposium del Seminario de Ilustración aragonesa*, Zaragoza, Departamento de Cultura y Educación, Diputación General de Aragón, 1987, pp. 17-30.
- «La sociedad aragonesa en el siglo XIX: Liberalismo y luchas políticas», en *Destierros aragoneses: ponencias y comunicaciones*, vol. 2. *El exilio del siglo XIX y la Guerra Civil*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1988, pp. 9-20.
- «Zaragoza a comienzos del siglo XX», en J.A. Biescas / C. Forcadell / J. Pinilla: *Banco Zaragozano. 75 aniversario*, Zaragoza, Banco Zaragozano, 1988, pp. 10-34.
- «La recepción de la Revolución rusa en España (1917-1921)», en Francisco Carantoña Álvarez / Gustavo Puente Feliz (eds.): *La Revolución rusa setenta años después: actas del Segundo Coloquio de Historia Contemporánea de la Universidad de León*, León, Universidad de León, 1988, pp. 139-162.
- «La crisis finisecular en la agricultura interior: el caso de Aragón», en Ramón Garrabou Segura (coord.): *La crisis agraria de finales del siglo XIX: I Seminari Internacional d'història de Girona*, Barcelona, Crítica, 1988, pp. 69-93 (en colaboración con Luis Gonzalo Germán Zuberó).
- «Población y crecimiento agrario en el Aragón del siglo XIX», en *Historia de Aragón. Vol. 1. Generalidades*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1989, pp. 247-254.
- «El desarrollo de la Revolución Liberal en el territorio aragonés: transformaciones burguesas y lucha política», *Historia de Aragón. Vol. 1. Generalidades*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1989, pp. 255-262.
- «La historia contemporánea en Aragón», en Agustín Ubieto (dir.): *Por qué y cómo estudiar Aragón. Aspectos didácticos*, Zaragoza, ICE, Universidad de Zaragoza, 1989, pp. 139-159.
- «La redempció de censos a Aragón: el cas del terme municipal de Saragossa (1855-1856)», *Estudis d'història agraria*, 7 (1989), pp. 41-50.
- «La consolidación de la prensa durante la Restauración (1874-1931): un marco general para la prensa aragonesa», en Juan Antonio Dueñas Labarías (coord.): *Historia del periodismo en Aragón*, Zaragoza, Diputación de Zaragoza, 1990, pp. 49-58.
- «Aragón en el siglo XIX: del dominio religioso y nobiliario a la parcelación y pequeña explotación campesina», en Pegerto Saavedra / Ramón Villares (coord.): *Señores y campesinos en la península ibérica, siglos XVIII-XX. Comunicaciones presentadas al Simposio Internacional de Historia Rural de los siglos XVIII al XX, celebrado en Santiago de Compostela en 1988*, Barcelona, Crítica / Santiago de Compostela, Consello da Cultura Galega, 1991, vol. 1, pp. 138-172 (con Ángela Atienza López).
- «Sobre la localización de los *pleitos de presentación de títulos de señorío* y algunas reflexiones más», en Agustín Ubieto Arteta (coord.): *Metodología de la investigación científica sobre fuentes aragonesas: actas de las VI Jornadas Graus*, Zaragoza, ICE, Universidad de Zaragoza, 1991, pp. 99-114.
- «Crecimiento económico, diversificación social y expansión urbana en Zaragoza, 1900-1930», en José Luis García Delgado (coord.): *Las ciudades en la modernización de España: los decenios interseculares. VIII Coloquio de Historia Contemporánea de España*, Madrid, Siglo XXI, 1992, pp. 433-460 (con Eloy Fernández Clemente).





- «Aragón en el estado nacional español contemporáneo», en *El ser aragonés. Actas*, Zaragoza, El Justicia de Aragón / Ibercaja, 1992, pp. 63-71.
- «Propietarios y campesinos: el punto de partida de la propiedad amillarada a mediados del s. XIX», en Javier Lambán Montañés (coord.): *Historia contemporánea*, Ejea de los Caballeros, Centro de Estudios de las Cinco Villas, 1992, pp. 87-103.
- «Sobre desiertos y secanos: Los movimientos sociales en la historiografía española», *Historia contemporánea*, 7 (1992), pp. 101-116 (monográfico sobre *Historiografía contemporánea reciente*).
- «Un libro: *La fundación de la Cámara Agrícola del Alto Aragón*», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 9 (1992), pp. 7-8.
- «El nuevo Estado liberal» (capítulo IV), en Carlos Forcadell Álvarez: *Historia Contemporánea de Aragón. Dos siglos cruciales del siglo XIX al XX*, Zaragoza, Herald de Aragón, 1993, pp. 73-96.
- «La prensa en Aragón durante la Restauración. Una aproximación al Regeneracionismo desde Teruel», en María Ángeles Naval (coord.): *Cultura burguesa y letras provincianas: Estudios sobre el periodismo en Aragón entre 1834 y 1936*, Zaragoza, Mira Editores, 1993, pp. 239-253.
- «La nube de Polonio. Del aragonésismo político al *nacionalismo aragonés*», en P. Anguera et alii (eds.): *III Jornades de debat Orígens i formació dels nacionalismes a Espanya*, Reus, Centre de Lectura de Reus, 1994, pp. 121-143.
- «Del campo a la ciudad: Zaragoza en el nuevo sindicalismo de CC.OO.», en David Ruiz González (coord.): *Historia de Comisiones Obreras (1958-1988)*, Barcelona, Siglo XXI, 1994, pp. 315-344 (en colaboración con Laura Montero).
- «Conflicto social y movilización obrera: de la huelga general a la dictadura de Primo de Rivera», en Manuel Redero (coord.), *Sindicalismo y movimientos sociales (siglos XIX-XX)*, Madrid, CEH / UGT, 1994, pp. 99-112.
- «La difusión de la pequeña propiedad campesina en Aragón durante el siglo XIX: estrategias campesinas hacia la propietarización», en *Antiguo Régimen y liberalismo: homenaje a Miguel Artola*, Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid / Alianza Editorial, 1994, vol. 2, *Economía y sociedad*, pp. 507-518.
- «La fragmentación espacial en la historiografía contemporánea: la historia regional / local y el temor a la síntesis», *Studia historica. Historia contemporánea*, 13-14 (1995-1996), pp. 7-27 (número dedicado a *Estudios de historia local*).
- «La historiografía contemporánea española actual: síntesis y microanálisis», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 71 (1995), pp. 47-58 (monográfico dedicado a *La Historia en el horizonte del año 2000*).  
[<http://ifc.dpz.es/recursos/publicaciones/18/32/5forcadell.pdf>]
- «Propiedad de la tierra y poseer local en la comarca de Daroca, siglos XIX-XX», *El Ruejo. Revista de estudios históricos y sociales*, 1 (1995), pp. 247-266.
- «Historia del Bajo Aragón, la historia en el Bajo Aragón», *Al-qannis. Boletín del Taller de Arqueología de Alcañiz*, 5 (1995), pp. 7-13 (dosier dedicado a *Aceite, carlismo y conservadurismo político. El bajo Aragón durante el siglo XIX*).
- «Los movimientos de protesta social en el siglo XIX», en *Historia de Aragón. Vol. 2. Economía y sociedad*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1996, pp. 445-458.

- «El reverso social de la Restauración», en Manuel Espadas Burgos (coord.), *La época de la Restauración: (1875-1902). Historia de España de Menéndez Pidal. Vol. 1. Estado, política e islas de ultramar*, Madrid, Espasa-Calpe, 1996, pp. 509-535.
- «La estrategia campesina hacia la propiedad: el caso de Sobradriel», en C. Forcadell / F. Zaragoza, *Finca Sobradriel. 50 aniversario de su adquisición por el Instituto Nacional de Colonización 1945-1995*, Zaragoza, Diputación de Zaragoza / Ayuntamiento de Sobradriel, 1996, pp. 7-25.
- «El sector agrario aragonés en la crisis de finales del siglo XIX», en *Historia de Aragón. Vol. 2. Economía y sociedad*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1996, pp. 203-212.
- «La Historia y las ciencias sociales: de la historiografía a la didáctica», en *Aspectos didácticos de Geografía e Historia*, Zaragoza, ICE, Universidad de Zaragoza, 1996, pp. 191-206.
- «Cien años de enseñanzas técnicas en Zaragoza, 1895-1995. De la Escuela de Artes y Oficios a la de Ingeniería Técnica Industrial», en L. Germán / J.A. Biescas / C. Forcadell / E. Fernández: *Industrialización y enseñanza técnica en Aragón 1885-1995: cien años de escuela y profesión*, Zaragoza, Colegio Oficial de Ingenieros Técnicos Industriales de Aragón, 1996, pp. 101-145.
- «De la Revolución democrática a la Restauración: el horizonte de una historia social», en Mariano Esteban de Vega / Antonio Morales Moya (coords.): *La historia contemporánea en España: Primer Congreso de Historia Contemporánea de España, Salamanca, 1992*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1996, pp. 103-124.
- «De la Salduie ibérica a la Zaragoza contemporánea», en *El Libro de Oro de Aragón. Recuerdos gráficos de un siglo*, Zaragoza, Ediciones 94, 1997, pp. 146-271.
- «Identidad comunitaria e historia en el Bajo Aragón y en el Maestrazgo», en Pedro Víctor Rújula López (coord.): *Entre el orden de los propietarios y los sueños de rebeldía: el Bajo Aragón y el Maestrazgo en el siglo XX*, Mas de las Matas, Grupo de Estudios Masinos, 1997, pp. 7-22.
- «Las fantasías históricas del aragonésismo político», en Carlos Forcadell Álvarez (coord.): *Nacionalismo e historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1998, pp. 143-160.  
[[http://ifc.dpz.es/recursos/publicaciones/16/30/\\_ebook.pdf](http://ifc.dpz.es/recursos/publicaciones/16/30/_ebook.pdf)]
- «El Gabinete Cánovas y la cuestión cubana: el archivo personal del ministro de Ultramar Tomás Castellano (1895-1897)», en Antonio Morales Moya (dir.): *Los 98 Ibéricos y el mar*, 5 vols., Madrid, Sociedad Estatal Lisboa'98, 1998.
- «Historiografía española e historia nacional: la caída de los mitos nacionalistas», *Ayer*, 30 (1998), pp. 141-158 (dossier dedicado a *Historia y sistema educativo*).  
[[http://www.ahistcon.org/PDF/numeros/ayer30\\_HistoriaySistemaEducativo\\_OrtizdeOrruno.pdf](http://www.ahistcon.org/PDF/numeros/ayer30_HistoriaySistemaEducativo_OrtizdeOrruno.pdf)]
- «La revisión historiográfica del Desastre», *Revista Conciencia Social*, 3 (1999), pp. 266-274.
- «Los Pirineos imaginarios de Radio España Independiente», en VV.AA.: *Historias de maquis en el Pirineo aragonés*, Jaca, Pirineum, 1999 (reed. en 2005), pp. 289-305.
- «El lúcido pesimismo del gobernador general de la isla de Cuba: la correspondencia de Martínez Campos con el Ministerio de Ultramar (junio de 1895-enero de 1896)», *Revista Universidad de La Habana*, 250 (1999), pp. 86-115.
- «Los propietarios del orden: la Restauración desde el Bajo Aragón», en Ignacio Peiró Martín / Pedro Víctor Rújula López (coords.): *La historia local en la España contemporánea: estudios y reflexiones desde Aragón*, Zaragoza, Departamento de Historia Moderna y Contemporánea, Universidad de Zaragoza, 1999, pp. 44-50.

- «El despliegue de una historiografía regional: Pasado reciente y presente de la investigación contemporánea en Aragón», *Huarte de San Juan. Geografía e historia*, 6 (1999), pp. 59-78.
- «Una historia ya no tan oculta: guerra civil y primer franquismo», *Revista de Libros*, 45 (2000), pp. 23-25.
- «La lenta y larga marcha del sindicalismo ugetista entre 1900 y 1930», en Enrique Bernad Royo / Carlos Forcadell Álvarez (coords.): *Historia de la Unión General de Trabajadores en Aragón: un siglo de cultura sindical y social*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2000, pp. 47-78.
- «Nescao, un chocolate con vocación política. Caricaturas republicanas de Sanz Lafita», en VV.AA.: *Luis Pablo Sanz Lafita «Rodio» (1902-1996). Legado de la Universidad de Zaragoza*, Zaragoza, Vicerrectorado de Extensión Universitaria, Universidad de Zaragoza, 2000, pp. 19-22.
- «El lúcido pesimismo del gobernador general de la isla de Cuba: la correspondencia de Martínez Campos con el Ministerio de Ultramar (junio de 1895-enero de 1896)», en VV.AA.: *España en Cuba: final de siglo*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2000, pp. 31-58.
- «Las izquierdas españolas: de la pérdida de las colonias a la Gran Guerra», en Antonio Morales Moya (coord.): *Las claves de la España del siglo XX*, vol. 5, *El difícil camino a la democracia*, Madrid, Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, 2001, pp. 21-40.
- «La historia social en España. Edad Contemporánea», en S. Castillo / R. Fernández (coords.): *Historia social y ciencias sociales*, Lleida, Milenio, 2001, pp. 69-83.
- «Sindicalismo y movimiento obrero: la recuperación historiográfica de las clases trabajadoras», en M. Ortiz Heras / D. Ruiz González / I. Sánchez Sánchez (coords.): *Movimientos sociales y Estado en la España contemporánea*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, Universidad de Castilla-La Mancha, 2001, pp. 243-264.
- «El mito del Justicia en el imaginario del liberalismo español», en Pere Anguera et alii: *Símbols i mites a l'Espanya contemporània*, Reus, Edicions del Centre de Lectura, 2001, pp. 211-226.
- «Sindicalismo y movimiento obrero: la recuperación historiográfica de las clases trabajadoras», Manuel Luis González de Molina Navarro / Diego Caro Cancela (coords.): *La utopía racional: estudios sobre el movimiento obrero andaluz*, Granada, Universidad de Granada, 2001, pp. 31-50.
- «Los historiadores aragoneses del siglo XIX: las otras anticipaciones de Braulio Foz», en J.-C. Mainer / J.Mª Enguita: *Entre dos siglos: literatura y aragonesismo*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2002, pp. 53-71.
- «Tuñón de Lara, los historiadores contemporáneos y la transición democrática», en Eloy Fernández Clemente / Carlos Forcadell Álvarez (coords.): *Manuel Tuñón de Lara: desde Aragón*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2002, pp. 19-28.
- «Tuñón de Lara: el pueblo, protagonista del cambio», en Eloy Fernández Clemente, Carlos Forcadell Álvarez (coords.), *Manuel Tuñón de Lara: desde Aragón*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2002, pp. 91-94.
- «Cultura política en la prensa del primer comunismo español (1918-1931)», en VV.AA., *Del periódico a la Sociedad de la Información*, Madrid, Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, 2002, vol. 1, pp. 341-352.
- «El Regeneracionismo turolense», en VV.AA.: *Historia ilustrada de la provincia de Teruel*, Teruel, Instituto de Estudios Turolenses, 2002, pp. 369-385.
- «En el filo de la navaja: Biografía política de Luis Lucia Lucia», *Trébede. Mensual aragonés de análisis, opinión y cultura*, 70 (2002), pp. 13-27.

- «La ciudad liberal: Barbastro 1833-1868», en *Barbastro 1833-1984*, Barbastro, Ayuntamiento de Barbastro, 2003, pp. 19-45.
- «Las pasiones y vocaciones de Ramón Acín», en *Ramón Acín* (catálogo de exposición), Zaragoza, Departamento de Cultura y Turismo, Gobierno de Aragón, 2003, pp. 101-116.
- «Historia y política: los usos», en Carlos Forcadell Álvarez y Juan José Carreras Ares (coords.), *Usos públicos de la historia: ponencias del VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea (Universidad de Zaragoza, 2002)*, Madrid, Marcial Pons / Zaragoza, Pressas Universitarias de Zaragoza, 2003, pp. 11-45 (en colaboración con Juan José Carreras Ares).
- «Historia de la novela: la cultura política republicana en R.J. Sender (1931-1936)», en J.-C. Mainer / J. Delgado / J.Mª Enguita Utrilla (eds.): *Los pasos del solitario (Dos cursos sobre Ramón J. Sender en su Centenario)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2004, pp. 153-171.
- «La pelea por la memoria y el control del pasado en la Zaragoza de 1908», en *La modernidad y la Exposición Hispano-Francesa de Zaragoza en 1908*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza / CAI, 2004, pp. 13-23.
- «Ciudadanía y liberalismo en Aragón. El justicia: de mito a monumento», en Ángel García-Sanz Marcotegui (coord.): *Memoria histórica e identidad: en torno a Cataluña, Aragón y Navarra*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2004, pp. 47-63.
- «Impacto de la Primera Guerra Mundial y de la Revolución de Octubre en el movimiento obrero español», en VV.AA.: *Contribuciones a la historia del PCE*, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 2004, pp. 63-72.
- «Introducción» al dossier: «A los 125 años de la fundación del PSOE. Las primeras políticas y organizaciones socialistas», *Ayer*, 54 (2004), pp. 11-21.
- «La historia social, de la clase a la identidad», en Elena Hernández-Sandoica / M. Alicia Langa (eds.): *Sobre la historia actual. Entre política y cultura*, Madrid, Abada, 2005, pp. 14-37.
- «La ciudad modernista. La Exposición Hispano-Francesa de 1908», en C. Forcadell / I. Yeste / G. Borrás: *Zaragoza 1908-2008*, Zaragoza, FCC Construcción, 2006, pp. 16-31.
- «Los felices veinte. Crecimiento económico, cambio social y expansión urbana», en C. Forcadell / I. Yeste / G. Borrás: *Zaragoza 1908-2008*, Zaragoza, FCC Construcción, 2006, pp. 32-46.
- «Aragón, el reino en provincias», en Carlos Forcadell Álvarez / María Cruz Romeo Mateo (eds.): *Provincia y nación. Los territorios del liberalismo*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2006, pp. 191-208.
- «Del viejo Reino al nuevo Estado liberal: ciudadanía, liberalismo e identidad en el Aragón del Ocho-cientos», en Luis Castells Arteche (ed.): *Del territorio a la nación. Identidades territoriales y construcción nacional*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006, pp. 65-86.
- «El científico y el ciudadano: ciencia, política y política científica», en José Carlos Mainer (ed.): *Cajal: una reflexión sobre el papel social de la ciencia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2006, pp. 41-54.
- «Aragón en 1873. La democracia republicana que conoció Martí», en J.A. Armillas (coord.): *Congreso Internacional José Martí en nuestro tiempo*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2007, pp. 133-143.
- «El bautizo electoral de los socialistas de Aragón (PSA): de improvisaciones e incertidumbres», en Manuel Contreras Casado / Alfonso Sáenz Lorenzo (eds.): *Memorial democrático. Las primeras elec-*



- ciones democráticas (15 de junio de 1977), treinta años después*, Zaragoza, Asociación de Exparlamentarios de las Cortes de Aragón, 2008, pp. 321-327.
- «El primer sindicalismo de masas en España: la movilización social y política en 1916-1920», en María Dolores de la Calle Velasco / Manuel Redero San Román (coords.): *Movimientos sociales en la España del siglo XX*, León, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 2008, pp. 65-80.
- «Los usos públicos de la historia actual», en Gonzalo Capellán de Miguel / Julio Pérez Serrano (coords.): *Sociedad de masas, medios de comunicación y opinión pública*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2008, vol. 1, pp. 35-55.
- «Tuñón de Lara, los historiadores contemporáneos y la transición democrática», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 30 (2008), pp. 185-198.  
[<http://revistas.ucm.es/index.php/CHCO/article/view/CHCO0808110185A/6732>]
- «Razones para el recuerdo de Juan José Carreras», en Carlos Forcadell (ed.): *Razones de historiador. Magisterio y presencia de Juan José Carreras*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2009, pp. 11-30.
- «Los Sitios de Zaragoza: lugar de memoria, lugar de historia», en *Los Sitios de Zaragoza*, Zaragoza, Fundación 2008, 2009, pp. 13-23.
- «Los socialistas y la nación», en C. Forcadell / I. Saz / P. Salomón (coords.): *Discursos de España en el siglo XX*, Valencia, Universitat de Valencia, 2009, pp. 15-34.
- «Ya no tan distante: recepción y presencia de la historiografía alemana en la España democrática», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 84 (2009), pp. 279-296.
- «Palabras para José María», en Rosa María Castañer / Vicente Lagüens (eds.): *De moneda nunca usada: Estudios dedicados a José M.ª Enguita Utrilla*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2010, pp. 7-8.
- «La Universidad liberal: Jerónimo Borao y la Universidad de Zaragoza en el siglo XIX», en I. Peiró / G. Vicente (eds.): *Estudios históricos sobre la Universidad de Zaragoza. Actas del I Encuentro sobre Historia de la Universidad de Zaragoza celebrado en La Almunia de Doña Godina (Zaragoza) los días 15, 16 y 17 de abril de 2008*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2010, pp. 131-141.
- «Carácter y destino: la ocupación del espacio público en los años setenta», en Pedro Rújula (coord.): *Eloy Fernández Clemente: el tiempo y la historia*, CELAN / Ayuntamiento de Andorra / Diputación Provincial de Teruel, 2010, pp. 75-87.
- «El Parlamento y la calle. Los obreros y la política después de 1909», en Josep Maria Roig (ed.): *Els fets de la Setmana Tràgica (1909): actes de les jornades organitzades pel CHCC, 28 i 29 de maig de 2009*, Barcelona, Centre d'Història Contemporània de Catalunya / Departament de la Vicepresidència, Generalitat de Catalunya. 2010, pp. 87-99.
- «Historia y reparación de la memoria pública», introducción a F. Gracia / G. Sierra: *Abanderados del socialismo. Historia de las Juventudes Socialistas en Aragón*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2010, pp. 15-28.
- «Domingo Gascón y Guimbao (1845-1908): el tercer amante de Teruel», *Turia. Revista cultural*, 93-94 (2010), pp. 395-406.
- «De la escritura a la política. Los usos públicos del pensamiento de Costa», en Cristóbal Gómez (coord.): *Joaquín Costa y la modernización de España: ponencias presentadas al Congreso Nacional sobre Costa y la modernización de España*, Madrid, Congreso de los Diputados, 2011, pp. 281-308.

- «Sociedad y espacio urbano en la Zaragoza isabelina», en C. Forcadell *et alii* (eds.): *Zaragoza en 1861. El plano geométrico de José Yarza*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2012, pp. 6-10.
- «Isidoro de Antillón y Marzo: de provinciano ilustrado a mito de la nación liberal», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 87 (2012), pp. 41-50.  
[<http://ifc.dpz.es/recursos/publicaciones/32/65/03forcadell.pdf>]
- «Políticas de la memoria en la Zaragoza de 1908: el centenario de los Sitios y la Exposición Hispano Francesa», en Pedro Rújula / Jordi Canal (eds.): *Guerra de ideas. Política y cultura en la España de la guerra de la Independencia*, Madrid, Marcial Pons, 2012, pp. 341-361.
- «La escritura y la política», en Ignacio Peiró (ed.): *Joaquín Costa, el fabricante de ideas*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2012, pp. 86-99.
- «Los historiadores y la política: presente y pasado, tensiones y conflictos», *Alcores. Revista de Historia Contemporánea*, 16 (2013), pp. 205-232 (con Ignacio Peiró).
- «Paseo y pasado de la ciudad: un rescate de la Zaragoza isabelina», introducción a M. Gracia Albarcar: *Memorias de un zaragozano (1850-1961)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013, pp. 13-23.
- «Usos públicos de mitos, representaciones y símbolos en el primer liberalismo», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 88 (2013), pp. 259-274.
- «El ojo del fotógrafo y la mirada del historiador», introducción a C. Forcadell *et alii*: *Zaragoza, años veinte. Las fotografías de Roisin (1925-1931)*, Serie Negra, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2014, pp. 6-10.
- «Fatás y Foz, decanos paralelos y escritores públicos desde Aragón», en A. Duplá *et alii*: *Miscelánea de estudios en homenaje a Guillermo Fatás*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2014, pp. 323-335.
- «Costa en su centenario», en P. Salomón / G. Alares / P. Rújula (coords.): *Historia, pasado y memoria en el mundo contemporáneo. VIII Congreso de historia local de Aragón*, Teruel, Instituto de Estudios Turoleses, 2014, pp. 117-125.
- «Ya no tan distante: recepción y presencia de la historiografía alemana en la España democrática», en A. Botti / M. Cipolloni / V. Scotti Douglas (eds.): *Ispanismo internazionale e circolazione delle storiografie negli anni della democrazia spagnola (1978-2008)*, Torino, 2014, pp. 271-289.
- «De la estación al Viaducto: tradición y modernización urbana en el primer tercio del siglo XX», en Montserrat Martínez / José Manuel Latorre (eds.): *Historia de Teruel*, Teruel, Instituto de Estudios Turoleses, 2014, pp. 351-391.
- «El reencuentro de los filósofos europeos en la Argentina peronista: Mendoza, 1949», en Diego Mauro, Juan Pro, María Sierra (eds.), *Desde la Historia. Homenaje a Marta Bonaudo*, Rosario, Prohistoria, 2014, pp. 27-47.
- Edición e introducción (pp. 5-27, *apud* M. Suárez), y el capítulo «Constitución y práctica de una cultura socialista: entre las dos Españas republicanas», en *La Restauración y la República 1874-1936, vol. III de la Historia de las culturas políticas en España y América Latina*, Madrid, Marcial Pons / Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014, pp. 285-315.
- «El programa y la realidad del hundimiento de la Segunda Internacional en el verano de 1914», *Temas para el debate*, 237-238 (agosto-septiembre 2014), pp. 29-32.
- «Regeneracionismo y modernidad: la nación desde sus regiones», en *Ideal de Aragón. Regeneración e identidad en las artes plásticas*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2015, pp. 9-14.



- «Desde la Revista *Ayer* (2010-2012)», en J. Álvarez Junco / R. Cruz et alii: *El Historiador consciente. Homenaje a Manuel Pérez Ledesma*, Madrid, Ed. Marcial Pons, 2015, pp. 109-119.
- «Epifanías y retornos: revisionismos históricos en el presente de la historiografía contemporánea», en Carlos Forcadell / Ignacio Peiró / Mercedes Yusta (eds.): *El pasado en construcción. Revisionismos históricos en la historiografía contemporánea*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015, pp. 1-27 (en colaboración con Ignacio Peiró y Mercedes Yusta).
- «1914: los obreros y las naciones: el final del sueño internacionalista. 1914-1918», en Yolanda Gamarra (ed.): *La Gran Guerra Mundial; 1919, un nuevo orden jurídico internacional*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2016, pp. 55-71.
- «Razón de historia y razón hermenéutica», en Carmen Frías / Ignacio Peiró (eds.): *Representaciones de la historia en la España contemporánea: políticas del pasado y narrativas de la nación*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2016, pp. 147-171.
- «La Revolución rusa y el nacimiento de la Unión Soviética», *Cuadernos de CEHIMO* [Monzón], 43 (2017), pp. 165-180.
- «Historiadores en el siglo XXI: los tránsitos del contemporaneísmo desde Aragón», en C. Forcadell / C. Frías: *Veinte años de congresos de Historia contemporánea (1997-2016)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2017, pp. 151-171.
- «De Leipzig (1983) a L'Ainsa (2014). Evocación de Alberto Gil Novales», *Revista Trienio* [Madrid], 69 (2017), pp. 145-152.
- Presentación (*apud* Martín Almagro Gorbea) a Herbert González: *El monasterio de Piedra. Historia, arquitectura, arte (1195-1835)*, Madrid, Real Academia de la Historia / Institución Fernando el Católico, 2017, pp. 1-5.
- «Los Coloquios de Pau, un club masculino», en F. Cremoux / M. Yusta: *La democracia en femenino. Feminismos, democracia y género en la España contemporánea*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2017, pp. 331-335.
- «Palabras y memorias en tiempos de oscuridad». Introducción a *El Diario de Hertha Nathorff. Vida en Berlín y Nueva York (1933-1945)*, Valencia, Libros de Trapisonada, 2018, pp. 10-26.
- «Cultura obrera, historiadores y marxismo. De la clase a la identidad», en José Gómez Alen, *Historiografía, marxismo y compromiso político en España. Del franquismo a la actualidad*, Madrid, Siglo XXI, 2018, pp. 155-173.
- «Encuesta sobre Marx y el marxismo en la historiografía», *Revista Nuestra Historia, revista de Historia de la FIM* [Madrid], 5 (2018), pp. 15-20.
- Introducción a E. Viñuales / R. del Val: *El Moncayo. Paraíso de los naturalistas*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2019, pp. 3-7.
- «La nostalgia del pasado y el pasado de la nostalgia», nota preliminar a *Vicente Cazarra Cremallé. Cartas de la cárcel (1961-1967)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2019, pp. 1-7.
- «Josep Fontana hoy y mañana: su lugar en la historia de la historiografía», *Revista Nuestra Historia, revista de Historia de la FIM* [Madrid], 7 (2019), pp. 23-33.
- «De Leipzig (1983) a L'Ainsa (2014): evocación de Alberto Gil Novales», en P. Rújula (ed.): *Alberto Gil Novales (1930-2016). Los mundos del historiador*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2019, pp. 333-343.

## Otras publicaciones

### a) Manuales y síntesis para la enseñanza

1. *Historia del mundo contemporáneo*, J. Prats / C. Forcadell et alii, ed. rev., Madrid, Anaya, 2012, 444 pp.

### b) Colaboraciones en obras colectivas

2. Director de la Sección Historia Contemporánea de la *Gran Enciclopedia Aragonesa*, Zaragoza, Unali, XII volúmenes, 1981 y ss.
3. «1911: las primeras huelgas y la creación de la federación patronal», «1920, la violencia política en Zaragoza», «1923 el asesinato del cardenal Soldevila», en la *Gran Enciclopedia Aragonesa*, Apéndice IV, Zaragoza, Unali, 2001, pp. 242, 251 y 254.
4. Colaborador del *Diccionario Biográfico Español de la Real Academia de la Historia*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2012. Voces: «Braulio Foz», «Gerónimo Borao», «Antonio Ramos Oliveira».
5. Colaborador del *Diccionario biográfico de parlamentarios españoles. 1820-1854*, Madrid, Cortes Generales, 2013 (dirigido por Mikel Urquijo). Voces: «Tomás Castellano Villarroya», «Lorenzo Calvo y Mateo», «Miguel Alejos Burriel».

### c) Reseñas de libros

6. Reseña de Mercedes Cabrera: *La industria, la prensa y la política. Nicolás María de Urgoiti (1869-1951)*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, en *Ayer*, 18 (1995), pp. 245-248.
7. Reseña de Carlos Seco / Javier Tusell: *La España de Alfonso XIII. El Estado y la política (1902-1931)*, en *Hispania*, 195 (1997), pp. 383-387.
8. «La movilización del requeté. Una explicación sociocultural de la guerra civil», reseña de Javier Ugarte: *La Covadonga insurgente*, en *Revista de Libros*, 30 (junio de 1999).
9. Reseña de Jesús Millán: *El poder de la tierra. La sociedad agraria del Bajo Segura en la época del liberalismo*, Alicante, Instituto de Cultura «Gil-Albert», 1999, en *Recerques*, 40 (2000), pp. 207-211.
10. «Una historia ya no tan oculta: guerra civil y primer franquismo», *Revista de Libros*, 45 (2000), pp. 23-25.
11. «25 años de la editorial Crítica: algo más que un catálogo», Barcelona, Quimera, 2002, pp. 7-8.
12. «Una nueva historia general de España para nuestro tiempo», reseña de Josep Fontana / Ramón Villares (dirs.): *Historia de España*, Crítica / Marcial Pons, 2008, en *Revista de Libros*, 148 (2009), pp. 24-26.

### d) Prensa y revistas de divulgación

13. «Zaragoza 1923: el asesinato del Cardenal Soldevila», *Tiempo de Historia* [Madrid], 47 (1978), pp. 16-23.
14. «Zaragoza 1917-1923: lucha de clases y terrorismo urbano», *Zaragoza. Revista de la Diputación Provincial de Zaragoza* (julio-agosto 1979), pp. 61-67.
15. «El crac de 1929», *Historia 16*, 35 (1979) (con J.J. Carreras, E. Fernández, J. Lynch).
16. «La educación en las constituciones españolas», *Historia 16*, 34 (1979), pp. 19-33 (con Eloy Fernández Clemente).

17. «Europa con el agua al cuello», *Historia* 16, 35 (1979), pp. 86-91.
18. «La crisis de la II Internacional y sus repercusiones en España», en *Sesenta años en la historia del Partido Comunista de España*, Madrid, FIM, 1980, pp. 37-62 (con Madeleine Reberieux).
19. «Movimiento obrero y cambio de régimen», *Segunda República. 50 aniversario*, *Historia* 16, 60 (1981), pp. 54-62.
20. «Las internacionales obreras», Madrid, *Historia* 16, 1982, 31 pp. (con Fernando Claudín).
21. «El bloque socialista», *Historia* 16, 69 (1982), pp. 75-80.
22. «Hitler y el nazismo», *Historia* 16, 81 (1983), pp. 68-76.
23. «Aragón en Verdi: *Il Trovatore* y *Ernani*», en VV.AA.: *Aragón en el mundo*, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada, 1988, pp. 320-327.
24. «De la huelga general al golpe militar: el protagonismo sindical en la crisis de 1917 a 1923», *Historia* 16, 201 (1993), pp. 20-28.
25. «La Segunda Internacional», en *La Europa de la paz armada. Luchas sociales, religión y cultura (1905-1914)*, Madrid, *Historia* 16, 1997, pp. 81-97.
26. «Las Cámaras de Comercio y la Unión Nacional. El turno de productores y contribuyentes», en *Memoria del 98*, Madrid, El País, 1998, pp. 187-191.
27. «Vísperas republicanas. El Pacto de San Sebastián», en *Protagonistas del siglo XX*, Madrid, El País, 1999, pp. 218-219.
28. «La división provincial de 1833 y el nuevo Estado liberal», *Revista Territorium. El largo camino hacia las comarcas en Aragón*, Zaragoza, Heraldo de Aragón, 2002, pp. 70-75.
29. «Las mujeres zaragozanas en la política de la II República», *Trébede*, 75 (marzo 2003), pp. 43-47.
30. «Zaragoza 1910-1930», en *El fotógrafo Luis Gandú Mercadal, una crónica visual, 1910-1930* (catálogo de exposición), Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2010, pp. 17-26.
31. «Ruta de personajes ilustres», en *Cementerio de Torrero*, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, 2013, 68 pp.

#### e) Prólogos a libros

32. «Prólogo» a Eliseo Serrano Martín: *Tradiciones festivas zaragozanas. Historia de los festejos populares en Zaragoza*, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, 1981, pp. 9-14.
33. «Prólogo» a C. Lozano / F. Zaragoza: *Estudios sobre la desamortización en Aragón*, Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1986, pp. 9-23.
34. «Prólogo» a S. Villén: *Zaragoza y el orden público. Orígenes de la policía municipal en Zaragoza, 1849-1885*, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, 1986, pp. 1-11.
35. «Prólogo» a C. Frías / M. Trisán: *El caciquismo altoaragonés durante la Restauración. Elecciones y comportamiento político en la provincia de Huesca (1875-1914)*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1987, pp. 7-17.
36. «Prólogo» a Nardo Torquet: *La reforma urbana en la Zaragoza de mediados del siglo XIX. Apertura de la calle Alfonso I (1858-1868)*, Zaragoza, Gerencia Municipal de Urbanismo, Ayuntamiento de Zaragoza, 1987, pp. 1-15.
37. «Prólogo» a Sixto Agudo: *Memorias. La tenaz y dolorosa lucha por la libertad (1939-1962)*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1991, pp. 5-9.

38. «Prólogo» a Carmen Frías: *Liberalismo y republicanismo en el Alto Aragón. Procesos electorales y comportamientos políticos 1875-1898*, Huesca, Ayuntamiento de Huesca, 1992, pp. 7-10.
39. «Prólogo» a J.I. Barrón: *La economía en Cantabria en la España de la Restauración*, Santander, Estudio, 1992, pp. 7-11.
40. «Prólogo» a Pedro Rújula: *Rebeldía campesina y primer carlismo. Los orígenes de la guerra civil en Aragón*, Zaragoza, Departamento de Educación y Cultura, Diputación General de Aragón 1995, pp. 11-17.
41. «Prólogo» a Manuel Gil / Javier Delgado: *Recuerdo rojo sobre fondo azul. Luchas obreras en Zaragoza 1940-1975*, Zaragoza, Mira, 1995, pp. 7-10.
42. «Prólogo» a Anabel Bonsón: *Joaquín Maurín (1896-1973). El impulso moral de hacer política*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses / Diputación de Huesca, 1995, pp. 11-17.
43. «Prólogo» a Alberto Sabio: *Viñedo y vino en el Campo de Cariñena. Los protagonistas de las transformaciones 1860-1930*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico / Centro de Estudios Darrocenses, 1995, pp. 5-9.
44. «Prólogo» a Luis Alvar Sancho: *La prensa de masas en Zaragoza (1910-1936). Profesionalización y desarrollo empresarial. Los casos de «Heraldo de Aragón», «El Noticiero» y «La Voz de Aragón»*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1997, pp. 1-5.
45. «Prólogo» a José Estarán Molinero: *Catolicismo social en Aragón (1878-1901)*, Madrid, Fundación Teresa de Jesús, 2001, pp. 2-7.
46. «Prólogo» a D. Garín: *Sástago. La lucha por la propiedad de la tierra. Siglos XIX y XX*, Zaragoza, Ed. Comuniter, 2002, pp. 2-6.
47. «Prólogo» a Régine Illion: *Mujer, política y sindicalismo. Zaragoza 1931-36*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2002, pp. 7-13.
48. «Prólogo» a Mercedes Yusta: *La resistencia armada contra el régimen de Franco en Aragón (1940-1952)*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2002, pp. 3-11.
49. «Prólogo» a *Las escalas del pasado. IV Congreso de Historia Local de Aragón (Barbastro, 3-5 de julio de 2003)*, Barbastro, Instituto de Estudios Altoaragoneses / Universidad Nacional de Educación a Distancia, Patronato de la UNED, 2005 (con Alberto Sabio).
50. «Ni conmemoración ni olvido», introducción a C. Forcadell / A. Sabio: *Paisajes para después de una guerra. El Aragón devastado y la reconstrucción bajo el franquismo*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2008, pp. 5-14 (con Alberto Sabio).
51. «Prólogo» a Gustavo Alares: *Colonos, peritos y mayoresales. Intervención estatal y transformación agraria en Valmuel y Puigmoreno (Teruel, 1951-1971)*, Teruel, Instituto de Estudios Turoleses, 2008, pp. 7-11.
52. «Prólogo» a Ignacio Peiró Martín: *La guerra de la Independencia y sus conmemoraciones (1908, 1958 y 2008)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2008, pp. 6-10.
53. «Introducción» a Encarna Nicolás / Carmen González (eds.): *Mundos de Ayer, investigaciones históricas contemporáneas del IX Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Murcia, Universidad de Murcia, 2009, pp. 9-12.
54. «Introducción» a A. Barrio / J. de Hoyos / R. Saavedra (coords.): *Nuevos horizontes del pasado. Culturas políticas, identidades y formas de representación*, Santander, Publican, 2011, pp. 9-13.
55. «Presentación» a C. Gómez Benito et alii (coords.): *En torno a Joaquín Costa. Conferencias de Barcelona, 2010*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2012, pp. 8-13.



56. Prólogo a Alberto Sabio (coord.): *De la guerra de la Independencia a Joaquín Costa. Monzón en la tinta del siglo XIX*, Monzón, Instituto de Estudios Altoaragoneses, pp. 11-15.
57. «Introducción» a T. Ortega / M.Á. del Arco (ed. lit.): *Claves del mundo contemporáneo, debate e investigación. Actas del XI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Granada, Comares, 2012, pp. 2-6.
58. «Prólogo» a Francisco Foz: *Mis memorias. Andanzas de un veterinario rural (1818-1896)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013, pp. 9-16.
59. «Presentación» a Manuel Hernández (coord.): *Sobre una generación de escritores (1936-1960). En el centenario de Ildefonso Manuel Gil*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013, pp. 6-12.
60. «Introducción» a Raúl Mayoral: *El cinco de marzo de 1838 en Zaragoza. Aquella memorable jornada*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2014, pp. 8-13.
61. «Introducción» a Gustavo Alares López: *Nacional-sindicalismo e Historia. El archivo privado de José Navarro Latorre (1916-1986)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015, pp. 9-11.



Este libro  
se acabó de imprimir  
el 22 de diciembre de 2020





## UN CONGRESO

## "Usos públicos de la Historia", en Zaragoza



El Departamento de Historia Moderna y Contemporánea ha organizado para los días 19, 20 y 21 de septiembre el VI Congreso de la Asociación Contemporánea de Historia bajo el título "Usos públicos de la Historia". Participarán especialistas de diversas universidades norteamericanas y españolas. La nómina abarca a expertos co-

mo Juan José Carreras, Walter Bernerker, José Álvarez Junco, Giovanni Levi, Juan Sistiú Pérez Garzón, Carolyn Boyd, Pilar Maestro, Ramón López Facal, Gabriella Corona, José Manuel Naredo, Manuel González Molina y José-Carlos Mainer, que dictará la conferencia de clausura. Ya se han inscrito más de 200 personas.

cural los historiadores Carreras y Forcadell

## Acabar la transición, tarea de la nueva mayoría socialista

ENRIQUE GUILLÉN

Completar la transición hasta finalizarla, realizando la modernización del Estado que UCD fue incapaz de continuar después de 1979, es la tarea que debe acometer el nuevo Gobierno socialista en sus cuatro años de gestión, en opinión manifestada a EL DÍA por los profesores de la Universidad de Zaragoza Juan José Carreras y Carlos Forcadell.

Los dos especialistas de Historia Contemporánea dieron el viernes una conferencia sobre el tema «Franquismo y transición y su incidencia en Aragón» el pasado viernes, dentro de las IV Jornadas del Reino de Aragón que vienen celebrándose en Monzón desde el

fasista que evolucionó en un medio adverso a partir de 1945.

P.—¿Esa especificidad como sistema político llega hasta el extremo de impedir comparaciones con otros sistemas europeos de aquel momento?

R.—Sólo puede compararse consigo mismo —continúa Juan José Carreras—. Para establecer similitudes con el nazismo y el fascismo de Mussolini habría que extrapolar determinados aspectos. Las diferencias no se centran sólo en la excesiva duración del franquismo, la ausencia del partido único o su acceso al poder por las armas. Franco, por ejemplo, fue el único jefe de Estado de Occidente desde el Imperio Bizantino que pudo dic-

P.—¿Qué características diferenciales presentó el franquismo en Aragón?

R.—Salvo algún caso muy concreto —responde Carlos Forcadell—, el franquismo tuvo unas consecuencias bastante homogéneas sobre todo el Estado. En ese sentido, Aragón presenta pocas novedades. Las fechas claves del franquismo repercuten de forma decisiva y rápida en Aragón. Se firma el convenio con Estados Unidos y pocos años después se instala la base en Zaragoza. Se inicia el llamado desarrollo económico y de nuevo Zaragoza sigue esta transformación industrial, con los mismos defectos estructurales que el resto de España. Como peculiaridad puede calificarse el que el prefalangista entre sustituyendo aquí por derecha católica radi que Zaragoza cumple el retaguardia espírita grandes palabras co-panidad, centrado en. De todas formas, la



Juan José Carreras y Carlos Forcadell esperan que el PSOE adecue el Estado a una realidad democrática.

Los problemas empezarán, cuando se haya cumplido esta fase de modernización —continúa Juan José Carreras— y al PSOE se le pida una política socialista.

P.—Y, ¿qué papel le corresponde en esa dinámica al resto de la izquierda?

R.—Dependerá de lo que haga la propia derecha —asegura de nuevo Juan José Carreras—. Influirá también su

er lo que  
historia-  
ónica de  
profunda  
n experi-  
ciones en

estevirán  
evaluar la  
consultan-  
pensando  
mógrafo,  
ta y hasta  
ón sería  
a las con-

crónicas,  
ólicas  
bles para

el cronista  
sa, que pa-  
s. Mi pa-  
nitir sensi-  
adadano-  
e los can-  
zar por e-  
entrome-  
a a día,  
nd el prin-  
do?

propone-  
duce su  
e de siete  
arcialidad  
que pien-  
de hacer  
er y com-  
es.

la crisis

indicado-  
simo nivel  
hora bien,  
los econo-  
hora será  
epresión,  
podrá con-  
os de que  
ad.

estoriador

tórica?

oy de reco-  
de los de-  
hieron per-  
urante la  
a. Lo posi-  
de repa-  
neron per-  
nente des-  
ca habían  
igna. Pero  
stituir la  
res por la  
ria es una  
ria y debe  
de unos y  
n diversas  
edad de  
antizar su

estoriador

tórica?

oy de reco-  
de los de-  
hieron per-  
urante la  
a. Lo posi-  
de repa-  
neron per-  
nente des-  
ca habían  
igna. Pero  
stituir la  
res por la  
ria es una  
ria y debe  
de unos y  
n diversas  
edad de  
antizar su

estoriador

tórica?

oy de reco-  
de los de-  
hieron per-  
urante la  
a. Lo posi-  
de repa-  
neron per-  
nente des-  
ca habían  
igna. Pero  
stituir la  
res por la  
ria es una  
ria y debe  
de unos y  
n diversas  
edad de  
antizar su

estoriador

tórica?

oy de reco-  
de los de-  
hieron per-  
urante la  
a. Lo posi-  
de repa-  
neron per-  
nente des-  
ca habían  
igna. Pero  
stituir la  
res por la  
ria es una  
ria y debe  
de unos y  
n diversas  
edad de  
antizar su

estoriador

tórica?

oy de reco-  
de los de-  
hieron per-  
urante la  
a. Lo posi-  
de repa-  
neron per-  
nente des-  
ca habían  
igna. Pero  
stituir la  
res por la  
ria es una  
ria y debe  
de unos y  
n diversas  
edad de  
antizar su

estoriador

tórica?

oy de reco-  
de los de-  
hieron per-  
urante la  
a. Lo posi-  
de repa-  
neron per-  
nente des-  
ca habían  
igna. Pero  
stituir la  
res por la  
ria es una  
ria y debe  
de unos y  
n diversas  
edad de  
antizar su

estoriador

tórica?

oy de reco-  
de los de-  
hieron per-  
urante la  
a. Lo posi-  
de repa-  
neron per-  
nente des-  
ca habían  
igna. Pero  
stituir la  
res por la  
ria es una  
ria y debe  
de unos y  
n diversas  
edad de  
antizar su

estoriador

tórica?

oy de reco-  
de los de-  
hieron per-  
urante la  
a. Lo posi-  
de repa-  
neron per-  
nente des-  
ca habían  
igna. Pero  
stituir la  
res por la  
ria es una  
ria y debe  
de unos y  
n diversas  
edad de  
antizar su

estoriador

tórica?

oy de reco-  
de los de-  
hieron per-  
urante la  
a. Lo posi-  
de repa-  
neron per-  
nente des-  
ca habían  
igna. Pero  
stituir la  
res por la  
ria es una  
ria y debe  
de unos y  
n diversas  
edad de  
antizar su

estoriador

tórica?

oy de reco-  
de los de-  
hieron per-  
urante la  
a. Lo posi-  
de repa-  
neron per-  
nente des-  
ca habían  
igna. Pero  
stituir la  
res por la  
ria es una  
ria y debe  
de unos y  
n diversas  
edad de  
antizar su

estoriador

tórica?

oy de reco-  
de los de-  
hieron per-  
urante la  
a. Lo posi-  
de repa-  
neron per-  
nente des-  
ca habían  
igna. Pero  
stituir la  
res por la  
ria es una  
ria y debe  
de unos y  
n diversas  
edad de  
antizar su

estoriador

tórica?

oy de reco-  
de los de-  
hieron per-  
urante la  
a. Lo posi-  
de repa-  
neron per-  
nente des-  
ca habían  
igna. Pero  
stituir la  
res por la  
ria es una  
ria y debe  
de unos y  
n diversas  
edad de  
antizar su

estoriador

tórica?

oy de reco-  
de los de-  
hieron per-  
urante la  
a. Lo posi-  
de repa-  
neron per-  
nente des-  
ca habían  
igna. Pero  
stituir la  
res por la  
ria es una  
ria y debe  
de unos y  
n diversas  
edad de  
antizar su

estoriador

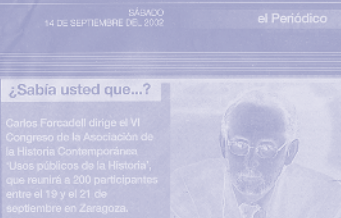
tórica?

oy de reco-  
de los de-  
hieron per-  
urante la  
a. Lo posi-  
de repa-  
neron per-  
nente des-  
ca habían  
igna. Pero  
stituir la  
res por la  
ria es una  
ria y debe  
de unos y  
n diversas  
edad de  
antizar su

estoriador

tórica?

oy de reco-  
de los de-  
hieron per-  
urante la  
a. Lo posi-  
de repa-  
neron per-  
nente des-  
ca habían  
igna. Pero  
stituir la  
res por la  
ria es una  
ria y debe  
de unos y  
n diversas  
edad de  
antizar su



### ¿Sabía usted que...?

Carlos Forcadell dirige el VI Congreso de la Asociación de la Historia Contemporánea "Usos públicos de la Historia", que reunirá a 200 participantes entre el 19 y el 21 de septiembre en Zaragoza.



DIARIO JAÉN | Martes, 7 de septiembre de 2002

### SEDE ANTONIO MACHADO DE BAEZA

## El papel de una historia, objeto de manipulación interesada del pasado



destruido en 1962, y 34 años más tarde se dedicó al cantante pop Michael Jackson.

### ¿sirve la Historia hoy?

Asociación de Historia Con-

cias de varios especial prestigio internacional Juan José Carreras, Wal necker (Universidad de gen-Nuremberg), Giovanni (Venecia), Carolyn (California), o Gabriella (del Consiglio Nazio lle Ricerche-Nápoles, otros.

#### Nacionalismo y ecología

El programa diseñado organizadores pone un especial en las cuestiones de actualidad. Así, en el ámbito a los "usos educativos de la Historia" aforará la c del nacionalismo. "Se este tema, porque los r lismo utilizan la Histora claro que la Histor debe utilizar para 'fabri cos, españoles o catalar para formar ciudadan que procurar entend otros antes que contar dir mitos acerca de n mismos", asegura For También, y de forma no se va a tratar la Histo Medio Ambiente. El ce se inaugura hoy a las 10 con una conferencia de, sé Carreras ("Historia y ca"), a la que asistirán e de la Universidad de Za Felipe Pérez, y la conse Educación, Eva Almuñi. La clausura tendrá lu

## Diferentes miradas que enriquecen la visión de España

Hispanistas y españoles • El catedrático Carlos Forcadell Álvarez afirma que los científicos españoles han pasado a marcar la pauta en las investigaciones que se realizan sobre la Historia de España

#### Carlos Risquez

BAEZA

Los hispanistas escribieron en el franquismo sobre lo que estaba censurado para los españoles

nos aspectos". Está convencido de que la labor de los hispanistas ha contribuido durante los últimos 25 años a eliminar los tópicos que tradicionalmente existían sobre España fuera de nuestras fronteras, como el del atraso económico. "Los países y las sociedades de nuestro entorno estamos cada vez más cercanos, en parte gracias a internet. Por ejemplo, los alumnos de la Beca Erasmus que vienen a España a estudiar son más eficaces para dar a conocer la imagen real de España en el extranjero que un especialista que escribe un libro sobre El Quijote", dice.

Forcadell explica que el movimiento de investigadores extranjeros que estaban interesados en estudiar España nació a mediados del siglo XIX, y que se ha mantenido hasta ahora. Estos hispanistas alcanzaron una gran importancia durante el periodo de la dictadura franquista, pues realizaron un hispanismo de sustitución. "Gerald Brenan escribió 'El laberinto español', una obra sobre la Guerra Civil que no se podía hacer en España por la censura", asevera. Sin embargo, la pujanza de los investigadores españoles ha hecho que se pase a un hispanismo de colaboración con los extranjeros. ■



Carlos Forcadell Álvarez

### Los ojos

Carlos Forcadell Álvarez afirma que el hispanismo europeo orientado hacia Latinoamérica a lo largo de los últimos 400 millones de habitantes del mundo. Según el estudio de Historia de la lengua, esta situación nueva demandará atender los hispanistas que, en el caso de dar clases o hacer negocios, sólo en el mercado potencie

